

PILAR DE ARÍSTEGUI

Ultramar

La fabulosa historia de la diamantista Micaela en el Nuevo Mundo.



Lectulandia

La diamantista Micaela descubre el esplendor del Nuevo Mundo.

Año 1541. La diamantista Micaela Vallesteros y el capitán Íñigo de Vidaurre buscan la libertad en la Nueva España.

Él anhela un ancho horizonte, nuevas tierras que descubrir. Ella se siente atraída por antiguas culturas, crisol de leyendas, que encierran sabiduría y misterio.

Ambos encontrarán, asombrados, un mundo restallante de color y de vida, en el que la variedad de sus gentes, los inmensos paisajes y una naturaleza exuberante en sabores y perfumes embriagan los sentidos.

En esa tierra inmensa no faltarán las ambiciones encontradas y el deseo de poder de extraordinarios personajes, que buscan allí una vida de gloria y honores que, irremediablemente, conducirá a intrigas y traiciones.

Lectulandia

Pilar de Arístegui

Ultramar

ePub r1.0

Titivillus 13.09.2019

Título original: *Ultramar*
Pilar de Arístegui, 2014
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

*A mi marido Carlos, que siempre pensó en su profesión
como servicio a España.*

A mi hija Alejandra, la estupenda fotógrafa, gracias.

*A mi hija Pilar, que posó para encamar a Micaela
mientras Carlota y Juan Francesco crecían en su seno.*

*Al admirado y llorado Gonzalo Anes,
marqués de Castrillón, que me incitó a zambullirme
en esa época y ese lugar, gracias.*

A todos los hombres y mujeres que decidieron hacer el bien.

*«Basta con que los buenos no hagan nada,
para que triunfe el mal».*

Breve razón de una obra

*T*oda vez que me asomo a la historia de España y América, América y España, siento un profundo asombro y muchas veces una sincera admiración hacia esos personajes que construyeron imperios, realizaron descubrimientos portentosos y llevaron una religión de amor —y que deseaban fuera de igualdad—: a los confines de la tierra.

Ultramar se desarrolla en Nueva España, donde unos hombres portentosos fueron capaces de las mayores hazañas. No a todos los que allí marcharon les movía la caridad cristiana. Algunos partieron espoleados por la ambición. Legítima en unos, abusiva y deshonesto en otros.

Mi amor por América me ha llevado a recorrerla casi en su totalidad, alguna vez sola, muchas acompañada por mi marido Carlos. Su magia siempre me embrujó. He de confesar que la emoción que me produce estar en suelo mexicano me inquieta. Es como si en una vida anterior hubiera conocido aquellas gentes, paseado por sus campos, oteado sus cerros y navegado por sus límpidas aguas. O tal vez simplemente me deslumbra la belleza de su naturaleza y la que sus habitantes han creado a través de los siglos con su sentido innato del arte.

Me conmueve así mismo su sentido familiar de la religión. Hace muchos años, en mi primer viaje a México, estando en la capital fui a visitar a la Guadalupana. En la penumbra de la basílica, una mujer joven se deslizaba por el frío suelo de rodillas y hablaba con su «virgencita» pidiéndole la salud de uno de sus «chamacos». Conversaba con Nuestra Señora como lo haría con su madre... incluso detecté un leve reproche en su tono, al no recibir con la debida prontitud el necesario don.

Esa cotidianeidad con la espiritualidad y la magia es propia de pueblos artistas.

¡Pero son tantos los motivos que me impulsaron a escribir esta novela!

Porque fascinante es la historia de las exploraciones.

Los galeones españoles dominaron el comercio en el Pacífico, durante dos siglos y medio, doscientos cincuenta largos y prósperos años, y fueron expediciones españolas las que hallaron, con el Tornaviaje, la ruta entre Asia y América. El tornaviaje de Legazpi y Urdaneta para encontrar la ruta de retorno desde Oriente abrió una senda que el *Galeón de Manila o Galeón de Acapulco*, en 1565, pleno siglo XVI, utilizaría para unir tres continentes durante doscientos cincuenta años, recorriendo en cada viaje veinticinco mil kilómetros.

Los españoles portaban en las panzas de sus navíos mercancías exóticas, que, vía Acapulco y Veracruz, una vez llegadas a los puertos de Sevilla o Cádiz, se distribuían a una Europa asombrada.

El Pacífico, el Golfo Grande, como lo llamaban en el siglo XVI, es un descubrimiento español.

Fueron navegantes españoles los que descubrieron las Marianas, las Carolinas y Filipinas en el Pacífico Norte; así como las Tuvalu, las Marquesas, las Salomón y Nueva Guinea en el Pacífico. La expedición de Villalobos, en 1542, descubre Hawái, dos siglos antes de que lo hiciera Cook.

Es apasionante la curiosidad que mostraron los exploradores de aquella época, que se internaron, espoleados por el ansia de conocimiento, en busca de la *Terra Australis*, y descubrieron las islas Pitcairn y las Nuevas Hébridas, sin olvidar el noble impulso de la evangelización. La primera misa en tierras de Oceanía la celebrarán los franciscanos.

Otro dato sorprendente incitó mi interés: en 1554 las rentas americanas representaban solo el 11 % de los ingresos de la corona española. ¿Qué sucedía con las fabulosas riquezas provenientes de las minas novohispanas?

Una creatividad arrolladora originará en Nueva España poesía, escultura, arquitectura y pintura. A las pirámides del Sol y la Luna, los palacios de Tenochtitlán, Chichén Itzá, de la formidable arquitectura maya y azteca, se les unirá la arquitectura mestiza: Hospitales como el de Jesús Nazareno, iglesias como la de Tepozotlán, las catedrales de México, Puebla, Oaxaca, innumerables palacios y conventos distribuidos por todo el vasto territorio.

Unos hombres con fuerza de voluntad, iniciativa y capacidad crearon gracias a una serie de circunstancias favorables un Nuevo Mundo, que, por un lado, escapaba a los rígidos convencionalismos de limpieza de sangre, y, por otro, ofrecía oportunidades interesantes a segundones que no aspiraban a la milicia ni a entrar en religión.

Tengo para mí, que muchos de aquellos que decidieron marchar a las Indias superaban en valor y capacidad a muchos de sus coetáneos, con el lógico empobrecimiento de la sociedad hispana de aquella época.

Medicina, botánica, ciencias naturales, geografía, minería, cosmografía, navegación..., todas estas ciencias se vieron enriquecidas por los muchos descubrimientos de aquella época asombrosa.

Creo que la historia de España en América es más fascinante y portentosa que la más imaginativa de las leyendas.

España, siguiendo una línea lógica de pensamiento muy moderna para entonces, funda en América escuelas de arte, algunas excelentes como la de fray Pedro de Gante en 1527, en México capital; colegios imperiales, conventos donde se imparte educación a mujeres y a sus hijas, y, finalmente la universidad, que siguiendo el ejemplo de los dominicos y su Universidad de Santo Tomás, en Santo Domingo, en 1538, iniciará un rosario de centros de saber que dotarán América de una cultura mestiza que engendrará grandes escritores. Veinte premios Nobel de Literatura lo avalan.

Botánicos como Celestino Mutis transformarán la farmacopea europea; descubridores como Elcano, Urdaneta, Legazpi cambiarán la visión del globo terráqueo; etnólogos como fray Bernardino de Sahagún, a quien debemos el conocimiento exhaustivo de la vida cotidiana de los mexicas, nos dará un cuadro brillante y descriptivo de la rica cultura azteca; cronistas como Cervantes de Salazar o Díaz del Castillo nos relatan de forma vivida las hazañas y encuentros de dos pueblos formidables; en la ciencia, con el sabio estudio de la cosmografía, Europa ampliará sus confines.

Y evangelizadores ejemplares como fray Toribio de Benavente, Motolinia *El Pobre* le llamaban los indios, o fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, serán respetados por su ejemplo y amor a los nativos, así como por su dedicación a los más necesitados.

Y muchos de estos personajes míticos, que abrieron importantes caminos para la humanidad, los encontramos reunidos en este siglo prodigioso en Nueva España. México en esa época es el crisol en el que se origina el mestizaje, que, procedente de excelsas culturas mesoamericanas, se fundirá con la cultura del país más avanzado de Europa en ese tiempo: España.

Los franciscanos, nos asegura Ramón Menéndez Pidal en su magnífico estudio sobre fray Bartolomé *El padre Las Casas: su doble personalidad*, proclaman en mayo de 1544 este interesante *modus vivendi*: «Este concepto antirracista, ya expuesto por Zumárraga, será expuesto con igual viveza por el Inca Garcilaso^[1]».

En el México del siglo XVI existían ya colegios interraciales.

En otro orden legislativo, Estados Unidos de América habrá de esperar a 1974, en pleno siglo XX, a que sea promulgada la *Civil Rights Act*, o *Ley de Derechos Civiles*.

Otro motivo para escribir esta historia se debe a la iniciativa de nuestro admirado y llorado Gonzalo Anes, marqués de Castrillón, que en el año 2010 era director de la Real Academia de la Historia. Cuando escribí *La diamantista de la emperatriz*, en 2008, dejé el final abierto por si algún día podía hacerla viajar a Nueva España.

Gonzalo, durante la presentación de *La Roldana* en el Círculo de Bellas Artes, me animó con inusual vehemencia —quien asistió a esa presentación tal vez lo recuerde— a narrar el siglo XVI en las Indias. No podía desoir el consejo de tan prestigioso historiador, que se unía a mi ferviente deseo.

Esta es una novela imbricada en la historia, que cuenta las vivencias de una de las muchas familias que decidieron pasar a las Indias, buscando un horizonte más amplio, y unas reglas sociales menos rígidas. Y muchos de ellos con el convencimiento de participar en la creación de un Nuevo Mundo. Micaela y su familia buscan en la Nueva España la libertad que ambos anhelan. El capitán, un ancho horizonte y la diamantista, una cultura, crisol de antiguas leyendas, que encierra sabiduría y misterio cercanos al mito. Las piezas de orfebrería maya y azteca que seguían llegando a Toledo desde las Indias, así como las piedras desconocidas cargadas de extraños poderes, habían despertado con anterioridad el interés de Micaela.

Encontrarán ambos un mundo apasionante, restallante de color y vida, donde los sabores de las frutas y el perfume de una flora exuberante emborrachan los sentidos. Franciscanos entregados a la ayuda a los indígenas, dominicos a la enseñanza, científicos que buscan plantas medicinales... un caleidoscopio variadísimo de un mundo que nace. En esa tierra inmensa no faltarán las ambiciones encontradas y el deseo de poder de inquietantes personajes, que buscan allí una vida de gloria y honores, y que, irremediablemente, conducirán a abusos, intrigas y traiciones.

Espero que sus muchos hallazgos, empresas, aventuras, peligros, anhelos y amores les fascinen tanto como a mí me han espoleado a escribir este relato.

Si he conseguido, amigo lector, inducir su curiosidad para conocer y profundizar en esta nuestra portentosa historia, habré logrado mi cometido, y estos años de búsqueda y trabajo apasionado habrán sido bien empleados.

PILAR DE ARÍSTEGUI, *El Quejigal*.

6 de enero de 2014, día de los Reyes Magos.

*Terminado de corregir en Madrid.
19 de febrero de 2014, día de san Álvaro de Córdoba.*

Inicio

Non Potest cum Timore.

SÉNECA, Carta a Lucilo.

Quiso mi buena estrella que topara con don Hernán cuando este salía de palacio. Me saludó con efusivas muestras de aprecio y nos invitó a que nos reuniéramos con él unos días más tarde.

Tras ese encuentro con Cortés, mi mente rondaba de continuo la vieja idea de partir hacia la Nueva España. Incluso Íñigo, contrario al inicio, comenzaba a contemplar la posibilidad de un encargo en Indias. Los aires de conspiración y revuelta que sobrevolaban Tenochtitlán no se habían aún apagado, y arribaban, magnificados, a Toledo. Los beneméritos^[2] que aspiraban a cargos en la administración o la justicia del virreinato eran muchos. Ante la imposibilidad de ser atendidas todas las peticiones, crecían los descontentos. Esa era la razón de los recelos de mi señor esposo. No quisiera parecer a vuestro entendimiento mujer arrebatada, pero una voz dentro de mí decía que habíamos de marchar, que era la ocasión de conocer mundo y las extraordinarias tierras de las Indias.

Atrás quedaban unos años de dolor, intriga y aventura, que sentía ajenos a mí. Como si pertenecieran a la vida de otra persona. Esos años...

El Mediterráneo, con su potente embrujo, me atrajo sin remisión. Inicé el mandato de mi señora la emperatriz con el vibrante entusiasmo de la juventud. Los reinos itálicos, fuente donde bebíamos del clasicismo reconvertido en tiempos nuevos, era la meta de soldados, artistas y políticos.

En la travesía hacia Nápoles nació el amor de mi Íñigo del alma. Al iniciar el viaje no podía yo imaginar que volvería a amar como había querido a Diego..., mi dulce Diego..., que un odioso asesino me arrebató sin misericordia. Pero sí que era posible amar con toda la fuerza de mi ser y

apreciar más aún el don del amor, tras la experiencia horrenda de perder al amado. Los recuerdos afloran a mi mente, fuertes, vibrantes: el amor, mi boda en Sicilia; la traición, a causa del atentado contra mi persona de manos de alguien que yo creía amiga, —la admiración en el descubrimiento de un mundo admirable, comprometido con el arte—, la complejidad de las relaciones humanas en los encuentros en Roma con personajes que dominaban el mundo—, y yo, ingenua, pensando que nuestra misión era aprender, ¡noble tarea aprender!, pero además, oculto, había un encargo importante y arriesgado; riesgo que me enseñó a valorar más la vida y los verdaderos amigos...

Y luego, cuando supe de mis orígenes... comprendí que el destino me había conducido a promover el retorno de mi gente a su añorada Sefarad.

Mas la muerte nos arrancó a nuestra amada protectora, la emperatriz Isabel, la mujer más bella del orbe.

Todo aquello pasó y una ocasión singular hizo su aparición: una oportunidad para que ambos ensancháramos nuestros horizontes.

La Providencia nos empujó a aceptar los retos, y así comenzó nuestra insólita aventura y el conocimiento de tierras magníficas que poblaron mi imaginación de seres extraordinarios y la razón de Íñigo, de hondas preocupaciones.

Mas no adelantemos acontecimientos: he de relatar a Vuestras Mercedes, en buen orden, la relación de estas nuestras empresas.

Navegamos ahora hacia las Indias, prometedoras..., mágicas..., misteriosas... Estas aguas que aquí contemplo son diversas. Pertenecen a un inmenso océano, que me lleva, una vez más, hacia un mundo incierto, mientras la esperanza se abre camino al conocer las noticias que arriban de las Indias. La Nueva España se me aparece como el mundo nuevo que ansío, la libertad que necesito; culturas esplendorosas; gentes extraordinarias; un eterno sol; la ausencia de frío; la flora exuberante; riquísimas piedras y joyas exóticas...

Y hazañas realizadas por seres míticos que están creando un mundo nuevo.



LIBRO I:

EL VIEJO MUNDO 1541-1546

Y estos dos anchos mares, que pretenden,
pasando de sus términos, juntarse,
baten las rocas, y sus olas tienden,
más esles impedido el allegarse.

ALONSO DE ERCILLA,
La Araucana, canto primero.

1

Argel

1541

*T*oledo nunca dejaba de sorprenderme. Durante los pasados años, mis viajes a través de los reinos itálicos me habían enseñado a apreciar la rotunda belleza de mi ciudad natal: las tres culturas fundidas en riqueza singular; la quebrada del Tajo rodeando con sus brazos la empinada villa, y las inagotables alternativas de gloria y aventura que su categoría imperial proporcionaba a sus ciudadanos.

Había también reencontrado a mi gente de siempre: a mi padre, Juan Vallesteros, tan esclarecido que me había dado un oficio —más tarde proclamado arte por el mismísimo emperador— para que yo pudiera valerme; a María, la hermana de mi recordado Diego; a mi ama, Marialonso, tan viejecita y necesitada de cuidados... Mi madre Teresa estaba ya en la Casa del Padre, pero me había enviado una hija que me recordaba en todo a ella: dulce, cariñosa y que había heredado sus ojos de intenso azul. Cada vez que miraba a la pequeña Teresa veía a mi madre. Mi hijo crecía sano y fuerte. Lo habíamos bautizado con el nombre de Diego, en recuerdo del padre de Íñigo, que así se llamaba.

La vida, a fin de cuentas, había sido benévola conmigo. Una sola sombra enturbiaba mi pensamiento. El capitán de Vidaurre, mi esposo, había decidido unirse a la gran armada que atacaría el refugio de los piratas en la costa norteafricana: Argel.

El recuerdo de la victoria de Carlos v en Túnez enardecía a las tropas que hablaban ya del fin de la Berbería. Yo, sin embargo, no compartía esa seguridad, porque estaba siempre temerosa de que algo maligno sucediera a mi Íñigo.

Ensimismada en mis pensamientos, caminaba rauda por las estrechas calles toledanas para ir a rezar por él a San Juan de los Reyes, mi lugar favorito entre todas las magníficas iglesias de Toledo. Volví a deleitarme en

el presbiterio con la sinfonía en piedra que componían las águilas de san Juan, gocé de la atmósfera mística del recinto, y serené mi ánimo al pedir protección para mi amado. Al salir, contemplé de nuevo los pináculos que añoraban el cielo, pugnando por alcanzarlo.

Con la vista alzada, no alcancé a advertir la pareja que estaba en la plaza. Una voz que me traía extraños recuerdos me hizo detenerme.

—¡Dios sea loado, Micaela! ¿Ya no saludas a los amigos?

Era Tarsicio. Se agolparon en mi memoria los sucesos que parecían pertenecer a otra vida: la tarde en la ribera del Tajo, donde gozábamos de nuestra juventud y vi por última vez a Diego antes de que le asesinaran... Pero ese día conocí a quien, y yo no lo sabía, sería el hombre de mi vida, el capitán Íñigo de Vidaurre. Pudimos todos contemplar la relación, a ojos vista voluptuosa, entre el hermoso Tarsicio y la galana Magdalena.

Y luego los acontecimientos se precipitaron a velocidad inevitable: mi dedicación a la orfebrería en el taller de mi padre, trabajo que me distinguí ante la emperatriz, quien me hizo el encargo de marchar a los reinos itálicos, para allí instruirme con sus espléndidas técnicas de suntuosas alhajas.

Yo no comprendí entonces, pero lo aprendí con sufrimiento, que mi felicidad podía resultar insoportable para alguien a quien creí amiga: el intento de envenenarme de la mujer de Tarsicio, Refugio; el encarcelamiento de esta en Palermo. Hubimos de luchar contra los conjurados que se oponían a los designios de la emperatriz: el retorno de los judíos a su patria, añorantes de su amada Sefarad. La emoción profunda que sentí cuando de labios de mi madre supe que ella, nacida judía, se había convertido en ferviente cristiana. Primero por amor a mi padre. Y luego por convicción, que brotó a causa de una religión que ella consideraba de amor.

La voz de Tarsicio me devolvió a la realidad.

—Mica, soy Tarsicio...

Y como yo no reaccionara, inició una disculpa.

—Nunca participé en la trama de Refugio... Necesito que me creas. Tú bien sabes que siempre te amé.

—Nada te reprocho, Tarsicio. La sorpresa me ha confundido. Pensé que continuabas en Sicilia.

—Permanecí allí unos años, pero los padres de Refugio murieron y hube de tornar para tomar cuenta de la herencia de mis hijos.

—¿Y Refugio? —pregunté con auténtica pena—. ¿Cuál ha sido su suerte?

—Sigue presa en una cárcel de Sicilia, pero no dudo que saldrá en breve, pues el virrey ha tenido en cuenta las peticiones de indulto que Íñigo y tú

enviasteis. —Permaneció pensativo unos instantes y añadió—: ¿Por qué lo hiciste? Quiso matarte; sabes bien que, acuciada por la Dormuth, el objetivo era el capitán para descabezar el empeño de la emperatriz, pero ella utilizó el veneno contra ti. No es buena, Mica.

—Pensamos, Íñigo y yo —respondí—, en unos hijos sin madre, en...

Me detuve. Observé a unos pasos de Tarsicio, intimidada, a una morena exuberante, de labios carnosos y ojos de fuego. ¡Magdalena!

Su cuerpo se había hecho aún más opulento con la maternidad, y comprendí que había sido madre porque cogidas de sus manos llevaba dos criaturas muy parecidas a ella. Me hice cargo al instante de la situación. La moza de fuego, Magdalena, había estado con Tarsicio desde el ingreso en prisión de Refugio. Y ella, además de ocuparse del bienestar de su amante, cuidaba a los otros dos chicos que estaban con ella, rubios y descoloridos, que, con seguridad, eran hijos de la mujer encarcelada.

—Veo que tus sufrimientos hallan consuelo en Magdalena.

—¡Ah! ¿La recuerdas?

—Has hecho volver —respondí con dulzura— los tiempos de nuestra mocedad.

—¿No rechazas a Magdalena?

—¿Por qué habría de hacerlo? Nunca quiso mi daño.

—Entonces... —Casi no se atrevía—, ¿consientes en saludarla?

Ante mi gesto afirmativo, la llamó. Ella se acercó un poco temerosa. Era evidente que había sufrido muchos desprecios como manceba de Tarsicio.

Tras unas breves palabras de circunstancias, él la instó a que tornara a la casa, y al quedar solos me dijo:

—¡Qué pena, Mica! Supe que contigo mi vida se hubiera enderezado... Hemos de vernos...

No quise continuar por aquel sendero, y me despedí con mis buenos deseos para su numerosa prole. Me dirigí presurosa al taller. Agradecía a Dios haberme dado el entendimiento para rechazar al vistoso Tarsicio y que hubiera puesto en mi camino a mi Íñigo del alma. ¡Cuánto le quería!

«¿Dónde estará? —me decía—. ¿Qué suerte será la suya en esa condenada batalla?».

Era el mes de octubre. Íñigo había marchado con entusiasmo, con el fin de participar en la que había de ser una gran victoria. La gloria tocaría también a Daniel, el marido de mi cuñada Pilar, pues él formaba parte de la armada que el almirante Andrea Doria había conseguido reunir en los reinos itálicos, y que se uniría en Baleares a las fuerzas del Imperio.

Pero las nuevas que llegaban del Mediterráneo me causaron gran desaliento. Incluso corrió el rumor de que el mismísimo emperador había sucumbido durante la batalla.

¡Cuántas veces rogué a mi esposo que demandara un encargo sin peligro! Pero él repetía: «Se ha de estar donde la patria peligra».

Cierto es que los piratas y corsarios pululaban a sus anchas por nuestros mares y que hacían gran número de cautivos, causando extrema angustia entre sus familiares, y que se imponía acabar con sus guaridas, tan cerca de nuestras costas.

Pero... ¿era menester que mi señor marido anduviera en todas las reyertas?

Absorta estaba en esas cavilaciones, cuando oí el rumor de la puerta del zaguán y los saludos exultantes de la gente de mi casa dando la bienvenida al recién llegado. Corrí escaleras abajo con el corazón desbocado y la esperanza martillándome en la sien. Sí. Era él.

Ante mí estaba el capitán de Vidaurre, mi esposo, macilento, enflaquecido, maltrecho... sí... Mas ¡vivo!

Me abrazó con el ansia de aquel que ha visto la muerte muy cerca, y creyó que su vida finalizaba en ese instante. Me besó cien veces, con sollozos contenidos al comprender que iniciaba una nueva existencia.

Por fin aparecieron nuestros hijos de la mano de mi padre, que, discreto, había esperado a que pudiéramos gozar del reencuentro. Todos preguntaban en tropel.

—¿Estás sano? ¿No sufriste herida alguna?

—¿Ha sido tan gran desastre como cuentan?

—Y Daniel... ¿dónde está? ¿Qué le ha sucedido?

—¿Es cierto que ha muerto el emperador?

—Nada malo ha sucedido a Daniel. Vendrá a saludaros antes de partir para Vascongadas, donde le aguarda mi hermana Pilar. —Hizo un gesto como queriendo apartar de sí las atroces visiones del combate, y añadió—: El César Carlos vive, pero tardará en tornar.

Íñigo pidió una tregua en las preguntas y que le diéramos ocasión de aviarse un poco, comer algo y descansar. Prometió narrar luego aquellos días de fragor y lucha.

Una vez restauradas sus fuerzas, mi esposo nos reunió en torno al crepitante fuego del hogar para escuchar el trance en el que se halló y que pudo costarnos un serio disgusto.

No puedo recordar sin sentir espanto las jornadas que nos refirió Íñigo. La posibilidad de haberlo perdido en esa ocasión me producía tal desaliento que mi esposo hubo de detener su relato en numerosas ocasiones; pero yo le invitaba a que continuara, pues deseaba, a pesar de todo, conocer las gestas de nuestros valerosos soldados.

—El puerto de Mallorca era un hervidero de las gentes más variadas: marinos vascongados, gallegos y astures se entrecruzaban en sus tareas, preparando las galeras, zabras y galeones que compondrían la imponente armada que Carlos V disponía para atacar al renegado Azán-Aga, cuyo hostigamiento había colmado la paciencia del emperador.

—Íñigo, hemos soportado ya muchos años de escaramuzas y batallas — aseveró mi padre—. Era hora de dar serio escarmiento para acabar de una vez con esos insufribles piratas, que, con toda impunidad, saquean barcos, tomando como rehenes no solo a señores principales, sino también a mujeres y niños. Además, destruyen en asaltos rápidos y emboscados las naves imperiales.

Me pareció harto inoportuna la interrupción de mi padre, pues yo solo deseaba escuchar a mi esposo. Antes de que yo pudiera reconvenirle, Íñigo retomó su historia.

—Así lo creíamos. La visión de la ciudad con todas esas tropas era formidable. Los gallardetes de los buques flameaban con la suave brisa del mar, mientras el mascarón de proa hundía suavemente sus pies de madera en el agua.

»Las dotaciones se afanaban en las múltiples cubiertas de las diferentes naos, ordenando los puentes, trincando los cañones, apilando bastimentos, mientras los maestros daban direcciones precisas para organizar aquel universo guerrero. Los mástiles, arrullados por el viento, y acompañados por pífanos y tambores, interpretaban una música heroica, que infundía ánimo a las tropas...

Yo seguía ansiosa el relato, y con un gesto le invité a que prosiguiera.

—Ferrante Gonzaga, el victorioso *Condottiero*, impartía instrucciones a sus ocho mil hombres, esforzados españoles que pertenecían a los gloriosos Tercios de Nápoles y Sicilia.

»Las tropas del duque de Alba partirían unos días más tarde desde la Península hacia el norte de África para reunirse allí con la poderosa armada que vencería, nadie lo dudaba, a los hermanos Barbarroja y sus secuaces en su guarida de Argel. Muchos de entre nosotros habían perdido familiares y amigos en las emboscadas de los corsarios, liderados por ese demonio del

pirata Kareidín que había convertido el espléndido Mediterráneo en un peligroso mar. Todos esos desmanes y desvergüenzas estaban alentados por el Turco con la intención de dominar el Mediterráneo.

»Entre nuestras tropas había aquellos que lamentaban el secuestro de hermanos o padres, que se pudrían en las sórdidas mazmorras de Argel; otros no cesarían de buscar a mujeres de la familia que fueron secuestradas con el objeto de encerrarlas de por vida en un harén, o, peor aún, para ser vendidas en un mercado de esclavos del norte de África.

—¡Dios nos libre de ese mal! —exclamó horrorizado mi buen padre.

Mi valeroso capitán continuó:

—Todos esos hombres acudían a cobrar venganza, o albergaban la esperanza de, una vez tomada la ciudad, liberar a los familiares que pudieran hallar entre los cautivos.

Las fuerzas imperiales formaban un mundo complejo: doce mil marinos repartidos en los diversos buques, sesenta y cinco galeras y otros cuatrocientos cincuenta barcos de variada eslora y envergadura aguardaban al emperador, que no tardaría en arribar.

Yo esperaba el desarrollo de los hechos.

—Era el 15^[3] de octubre cuando aparecieron en lontananza las galeras del gran almirante Andrea Doria, que había tornado, unos años atrás, al bando imperial, gracias a los buenos oficios del príncipe Colonna. Doria gozaba del honor de transportar en su nave capitana a Carlos V, jefe supremo de los ejércitos. Fueron recibidos con el potente son de las trompetas y las aclamaciones de los marineros. Los soldados que participarían en la contienda procedían no solo de España, sino también, como antes os dije, de los reinos itálicos y de Alemania. —Se detuvo un momento, para recordar—: Al día siguiente amaneció gris y con la mar arbolada. A medida que pasaban las horas, el tiempo empeoraba: las aguas se agitaban, los cielos se cubrieron de densos nubarrones y el viento comenzó a ulular. Los marineros, que bien conocían la posible violencia del *Mare Nostrum*, iniciaron sus murmuraciones y temerosos presagios.

Yo estaba tan pendiente de sus labios que apenas respiraba para no interrumpir. Mi padre y mis dos hijos seguían la historia sin pestañear.

—Ferrante Gonzaga me refirió en confianza que el propio almirante Doria, con la experiencia que le daban sus muchos años y numerosas contiendas, intentó convencer al emperador de posponer la expedición para una época de tiempo más propicio. Pero nuestro emperador era el comandante

supremo, y tenía prisa por solucionar ese conflicto y retornar a sus asuntos europeos.

—¡Lástima que Doria no fuera escuchado! —sentenció mi padre.

—He de deciros —prosiguió Íñigo— que el almirante no se amilanó y tornó a insistir: «Perdonad mi osadía, majestad, pero he de porfiar en que aplacéis el asedio, porque la mar está cada vez más embravecida, y las lluvias que en octubre son frecuentes, pueden entorpecer la victoria».

»—Almirante —respondió el emperador—, ¿olvidáis el cumplido triunfo sobre Barbarroja en Túnez?

»—No he de olvidarlo mientras viva, y me enorgullezco cada vez que lo recuerdo. Mas en aquella ocasión los meses, mayo y junio, nos eran favorables.

»—¡Ea, señor almirante, asomaos a la ventana y contemplad la poderosa armada congregada en el puerto! Y a ellas habéis de añadir las tropas de Alba y de Bernardino de Mendoza, que se unirán a las nuestras en la costa de Argel. Tenemos un ejército imponente.

»—Señor, tal vez mi avanzada edad me haga ser en extremo cauteloso, pero siento que pueden surgir graves impedimentos.

»El emperador no le dejó terminar:

»—Estoy decidido a atacar al enemigo y perseguirlo hasta hacerlo huir de los mares cristianos. ¡Arriba los corazones! Obtendremos la victoria^[4]». Sucedió que el domingo 23 se consideró una jornada de buenos auspicios para comenzar el desembarco, y así lo hicimos.

En ese instante se acercaron Damián e Inés, que habían sabido de la llegada, sano y salvo, de mi esposo.

—¡Dios sea loado! ¡Os habéis salvado! —dijo mi hermano mientras le abrazaba—. ¡Qué terrible desastre!

—Venid, sentaos —les invité—, que Íñigo nos estaba refiriendo sus penalidades. ¡Escuchémosle!

Mi marido tomó un sorbo del buen vino de malvasía de Tenerife, lo escanció para los demás y reanudó su historia.

—Al día siguiente, mientras descansábamos, la lluvia, hasta entonces endeble e intermitente, se tornó constante e invencible.

—¡Lo que había anticipado el almirante! —dije, presintiendo mayores males.

—La pólvora y las armas, desguarnecidas como estaban, se mojaron, quedando de momento inservibles. Los defensores de la ciudadela, al ver lo

que sucedía en el campamento contrario, salieron en un ataque inesperado y lograron poner en fuga a italianos y alemanes.

—¿Y la mar? —preguntó Damián—. ¿Qué sucedía con la armada?

—Tuvimos noticia de que la tempestad, que crecía en furor, había aplastado contra la costa más de ciento cincuenta barcos.

—¡Señor! —exclamó Inés—. ¡Qué trance!

Mi marido cerró los ojos unos instantes y siguió, con visible pesar:

—El emperador se comportó con valor extraordinario en la batalla, y nos animaba como él solía:

»—¡A mí, mis leones de España!

»Pero, a pesar de la bravura de sus soldados, hubo de admitir la derrota y ordenó la retirada.

—Corren rumores —apuntó mi hermano— que don Hernán se opuso con vehemencia.

—Es cierto. Aseguraba Cortés que con el ejército que restaba podía él rendir Argel. Pero no le escucharon. Tal vez si lo hubieran hecho, la victoria fuera nuestra. La ciudadela no contaba con suficientes defensores.

Quise consolar entonces a mi esposo.

—O hubierais lamentado un desastre mayor.

Estaba inmerso en sus recuerdos. No prestó atención y prosiguió:

—La huida hacia las naves fue una catástrofe. La lluvia arreciaba y nos cegaba; el enemigo acosaba nuestra retaguardia; el terreno era desconocido para la mayoría y habíamos de apresurarnos entre un fango en el que se hundía la artillería pesada, y que nos aprisionaba las piernas, impidiéndonos avanzar. ¡Y el enemigo nos pisaba los talones!

Mi hermano ansiaba conocer, como nos sucediera anteriormente a nosotros, la suerte que habían corrido Daniel y don Hernán.

—El repliegue nos desperdigó a todos. Buscábamos desesperados al amigo o al pariente. Los piratas aullaban su contento, creando pavor en los heridos rezagados que ya se veían en una lóbrega cárcel de Argel; el desorden de la derrota aniquilaba nuestro ánimo. Cada uno intentaba ayudar al compañero maltrecho a alcanzar la costa, y, con ella, la salvación en las naves.

—Y Daniel y don Hernán, ¿qué les ha sucedido? —insistió Damián.

—Daniel tornó con Íñigo —apunté yo—, pero don Hernán, ¿se encuentra a salvo?

—Aunque desalentado por un fracaso ajeno a él, libró junto a sus hijos Martín y Luis, que se enrolaron con él para el combate. Le aguardamos sin

demora.

Mi padre se atrevió entonces a preguntar aquello que había antes quedado sin respuesta:

—Y el emperador... corrió el rumor que había perecido en el combate...

—Afortunadamente, vivo es, pero su galera fue zarandeada sin piedad por la mar encrespada y quedó a la deriva.

Inés sofocó un lamento con las manos.

—Mas dicen que está a salvo en el puerto de Bujía —continuó mi esposo — y presto acudirá a Toledo.

RETORNO A LA VIDA COTIDIANA

La vida en la capital del Imperio, con mi esposo a mi lado, tenía el aroma de la felicidad. Nuestros hijos, Teresa y Diego, no se separaban de Íñigo, como si temieran que una fuerza maléfica fuera a arrebatarlo de su lado. Mi padre, al verme tan dichosa, sonreía y acunaba la esperanza de retener esa felicidad entre los muros de la casa. Ciertamente, muchas mujeres se hubieran dado por afortunadas en aquel hogar tranquilo, venturoso, cuyo aromático jardín descendía por una misteriosa escalera de piedra hacia el rumoroso Tajo.

Toledo, como ciudad imperial, era la destinataria de todos aquellos productos extraordinarios que llegaban al puerto de Sevilla en las panzas de los galeones de la Flota. Los productos de la tierra que llegaban de las Indias causaban pasmo en Toledo y en el resto de Europa. El maíz, con su alto poder nutritivo, hacía las delicias de todos y era considerado un alimento muy saludable para los niños. El cacao seguía siendo una bebida de palacio y corte, de modo que en nuestra casa degustábamos ese bálsamo, que se deslizaba cálido y sabroso, acariciando la garganta, en ocasiones principales.

Otra de las nuevas que me produjo interés fue el inicio de la producción de la seda en las Indias. Decían que un granadino había llevado a Nueva España unas semillas de plantas de morera. Hubo de cuidarlas con mimo durante la travesía, y una vez en su destino, las hizo germinar con total éxito. A mi entender era cosa de maravilla que aquellos pequeños gusanos que se alimentaban de hojas de morera pudieran crear algo tan suave y poético como la seda.

Don Hernán ya en 1523 las cultivaba y criaba gusanos de seda en su propiedad, iniciando un próspero negocio que iría creciendo con los años. Producían una seda de calidad y, sobre todo, según decían, el virreinato daba así trabajo a los naturales del país, que eran artesanos muy habilidosos.

Nuestro señor, Carlos I, había concedido el permiso de instalar telares en el virreinato, estimulando la industria de la seda. Los tejedores habrían de agruparse en el gremio del Arte Mayor de la Seda.

Por otra parte, yo seguía recibiendo de Nueva España amuletos y objetos de oro que representaban los más variados animales, aves, felinos y figuras zoomórficas. La inventiva de ese pueblo me asombraba de continuo, y su cercanía con el mito me producía intensa admiración. Trabajaban las piezas de orfebrería con tal perfección que a veces permanecía horas intentando adivinar el secreto de su arte.

Di en pensar que la combinación del número ocho, que tanto alababa el cardenal Farnese en la isla Bisentina^[5], aunada a estas fascinantes piezas de las Indias, podía resultar en un mestizaje artístico de sumo interés.

—¡Decidido! —anuncié a Damián en el taller—. En el próximo encargo expondremos esta idea.

—Mica —respondió él, razonable—, no vuelvas a las andadas. Recuerda que lo que en dibujo es cabal, en la ejecución puede ser empeñado.

—Bueno... ya pensaremos en la dificultad cuando hayamos de realizarlo. —Y al ver la cara de alivio de mi hermano apostillé—: Recuerda las palabras del cardenal Castrillón en Roma: «El arte es el vehículo de entendimiento entre los pueblos. Todas las gentes pueden comprender este idioma sin palabras, que llega súbito al corazón y la mente».

Todas las nuevas de Indias, con su aroma de misterio desconocido, me incitaban a repensar mi vieja idea de viajar a Nueva España para conocer aquellas tierras. Pero al poco me asaltaban las dudas, se imponía la razón y me entregaba al trabajo.

De las Indias nos llegaban sin demora muchas noticias asombrosas. Un fraile franciscano, uno de los «*Doce Lirios de Flandes*» que partieran con fray Martín de Valencia hacia Nueva España en 1524, se había destacado por su humildad y pobreza. Hasta tal punto que los nativos le apodaban Motolinia *El Pobre*, en náhuatl, a causa de la sencillez de su vida. Al mismo tiempo, se mostraba decidido y valiente en la defensa de los indios, animando a estos a denunciar ante el obispo de México, Juan de Zumárraga, los abusos contra ellos cometidos. Este buen obispo había merecido el título de *Defensor de Indios*.

Fray Toribio de Benavente había fundado, junto a los restantes frailes, una ciudad en 1531, que adquiriría con los años importancia como población y como lugar de conducta cristiana, Puebla de los Ángeles. Según decían, corrió la voz entre las gentes de la comarca que en aquella nueva localidad la convivencia era ejemplar, y así venían de villas y poblados para ayudar en su quehacer a los cristianos^[89].

Otra noticia me llamó poderosamente la atención. Por instrucciones de la orden franciscana, fray Toribio había comenzado la relación de los usos, costumbres y cultura antigua de las poblaciones nativas del Anahuac, ya que su conocimiento y dedicación a ellos le abrían todas las puertas de los autóctonos que le querían y admiraban. Además, veían en él a su protector y le confiaban de buen grado sus antiguas costumbres.

Estos «doce apóstoles» habían sido recibidos por don Hernán con los máximos honores, pues era tal la humildad de los buenos frailes en el comportamiento y el vestir, que nadie hubiera podido pensar que eran gente principal.

Yo anotaba todas estas informaciones, sin saber muy bien si me serían de utilidad en el futuro, pero, poco a poco, constataba con satisfacción que también Íñigo mostraba un creciente interés por ellas.

Estaba yo leyendo estas nuevas con suma curiosidad y se acercó mi marido mostrándome otra misiva en la que le hablaban de la importancia de la minería en las Indias.

—Para ser tan reticente con el traslado a Nueva España, mucha atención concedéis a sus asuntos —comenté con sorna.

—Sé que la ironía es en vos natural —contestó sin inmutarse—, por tanto, solo os diré que todo aquello que concierne al Imperio me interesa. Y no cabe duda de que es menester que admiremos la labor que allí desarrollan clérigos y funcionarios de la corona.

Y a continuación leyó en voz alta la descripción de las importantes minas que allí se explotaban.

La minería en Indias era una industria en auge, que podría llegar a ser la industria principal de Nueva España. Pero también muchos productos que serían cada vez más populares en Europa se iban introduciendo en nuestra dieta. El nutritivo y dorado maíz, los sustanciosos frijoles y los vigorizantes chiles maridaron con la cocina de las diversas regiones, iniciando el mestizaje gastronómico.

Las modas en la vestimenta iban también a conocer cambios notables. La cochinilla, un insecto que se alimentaba de un cactus, el nopal, y que producía

un color rojo vibrante, iba a causar furor entre las damas, ya que resultaba más luminoso que el púrpura que se utilizaba hasta entonces. El intenso azul del añil se convertiría también en un tono ansiado por las rubias y las morenas. Favorecía a ambas por igual.

Incluso la sonoridad poética de los nombres en náhuatl me hacía entrever antiguas leyendas de culturas desconocidas que incitaban mi curiosidad.

Otra noticia de Ultramar me causó profundo asombro. Parecía que los hechos que allí sucedían eran protagonizados por seres míticos, resistentes a las penurias, las guerras, las calamidades, las tempestades y los huracanes. Comenzaba el año del Señor de 1542 y la rebelión araucana era feroz. Los españoles luchaban con ahínco durante horas contra un enemigo feroz, y la derrota amenazaba los espíritus. Ante el abatimiento que asolaba las tropas, una mujer, Inés Suárez, decidió tomar el mando. El cronista describía los hechos de manera vivida: «Viendo Inés que el negocio iba de rota batida y se iba declarando la victoria de los indios, echó sobre sus hombros una cota de malla y desta manera salió a la plaza y se puso delante de los soldados con palabras que eran más de un valeroso capitán hecho a las armas que de una mujer^[6]». Lo que yo había tomado por un mundo de hombres resultaba que estaba siendo también forjado por mujeres valerosas, que no solo acompañaban a sus maridos, sino que les sustituían si era menester. También para ellas se abrían expectativas de progreso, pues la educación contaría con el interés de las novohispanas^[90].

Algunos relatos resultaban estremecedores. El obispo de Michoacán, Vasco de Quiroga, *Tata Vasco*^[7] escribía que eran numerosos los niños que aparecían muertos en las acequias, ahogados posiblemente por unos padres que no querían, o no podían hacerse cargo de ellos. Para preservar el anonimato de estos progenitores, detrás del torno del convento había siempre un alma caritativa dispuesta a recoger y cuidar a las criaturas abandonadas.

De Indias llegaban también noticias de monjas notables, que escribían interesantes crónicas de aquellos reinos, y que cuidaban con esmero de la calidad literaria de sus escritos, así como de la buena administración del convento y sus tierras. Pero tal vez lo más estimulante era que animaban a damas seglares a desarrollar y ampliar su instrucción, como puerta a una vida plena.

También las religiosas gozaban de cierta libertad, hasta tal punto que ellas enviaron numerosas quejas, toda vez que los prelados intentaban recortar sus iniciativas e inmiscuirse en sus asuntos.

Todas estas lecturas mostraban un renacer, un inicio de un mundo diverso, que me atraía sin remisión. Pero al mismo tiempo, mi hermano Damián con su familia y, sobre todo, mi padre eran un eslabón fortísimo que me ataba a Toledo. Sin embargo, la emoción de aquello que no conocía, y que la imaginación hacía aún más vivido, poblaba mis días. El recuento de la creación de escuelas me parecía el concepto más generoso del ser humano: la transmisión del saber y, mediante ese conocimiento, la libertad para poder mejorar su modo de existencia. La organización de ciudades y gobiernos, el descubrimiento de las vastas tierras que se extendían por lomas y collados estaba segura que habían de interesar también a mi receloso marido.

Las Indias, lo quisiéramos o no, estaban presentes en nuestros pensamientos.

Por otra parte, supimos que Cortés había presentado al Consejo de Indias un memorial en el que atacaba al primer virrey, acusándole de agravios cometidos contra los indios y los españoles. La anterior amistad entre ambos se había convertido, como era de temer, en una rivalidad sin cuartel.

Alegaba el marqués del Valle que los visitantes que el Consejo había enviado a Nueva España se encontraban allá sin el poder necesario para frenar el afán descubridor del virrey, que así haciendo, descuidaba las tareas de gobierno. Decía también que sería conveniente mandar a un juez de residencia que juzgara por sí mismo los terribles desmanes de los que Mendoza era reo.

Estas nuevas sorprendentes fueron para mí determinantes. Comenzó a anidar en mi mente la idea de trasladarnos a ese universo pleno de posibilidades, inquietantes misterios y acción trepidante.

Boda del príncipe Felipe

1543

UNA JOYA PARA UNA PRINCESA

*E*l trabajo en el taller seguía su ritmo creciente. Nuestra dedicación a las nuevas formas y piedras que llegaban de las Indias, unido esto a la influencia que los reinos itálicos habían tenido en el desarrollo de nuestras creaciones, nos distinguía por un estilo diverso, original. Esta era una de las causas por las que nos llovían los encargos. Nuestro progenitor, continuador de una familia que entregaba su mejor hacer a la orfebrería, estaba orgulloso de la orientación que Damián y yo habíamos introducido en el taller.

—Hija —me decía—, habrás siempre de agradecer a la emperatriz el encargo que te encomendó. Recibiste un conocimiento que hace únicas vuestras alhajas.

—Padre, recuerde que el emperador nos alzó el rango: ahora somos artistas. Mi responsabilidad era aprender.

Damián había salido a unos asuntos urgentes y me hallaba sola con mi padre. Mis hijos, aprovechando el buen tiempo de aquel día de marzo, estaban en el jardín con Marialonso, que, aunque ya viejecita, adoraba cuidar a la segunda generación. Eran los nietos que nunca tuvo. Yo apreciaba ese plácido ambiente, que me empapaba de serenidad, tras la agitada y venturosa, aunque de sumo interés, experiencia de los años pasados.

Unos golpes del llamador me sacaron de mis pensamientos. Al dar licencia para pasar, entró un joven paje que traía encargo de importancia. Habíamos de acudir al Alcázar sin demora para conversar con don Juan de Zúñiga. Quedó convenido que esa misma tarde iríamos mi hermano y yo. Un requerimiento del mayordomo del príncipe se atendía con celeridad.

Una vez en el antedespacho, Zúñiga nos recibió de inmediato.

—Conozco la bondad de vuestros empeños. En todos los sentidos —añadió con un gesto de complicidad.

Damián y yo entendimos al instante que se refería al encargo que, años atrás, nos hiciera la emperatriz.

—Habéis de realizar una alhaja única para una novia: doña María Manuela de Portugal, que en breve celebrará esponsales con el príncipe Felipe.

—¿Cuán breve, señor?

Damián ya estaba preocupado y con su estilo directo castellano iba al meollo del asunto.

—Agradecería que elaborarais varios dibujos y en dos días me los trajerais. Los enseñaré al príncipe, pues gusta del arte, y desea escoger el regalo de su prometida personalmente.

—¿Hemos de seguir alguna indicación de vuestra señoría? —inquirió mi hermano.

—La calidad de vuestra orfebrería es notoria. Dejad volar la imaginación y traedme el resultado.

Y tornó a los numerosos papeles de su escribanía.

En el camino de vuelta, Damián y yo intercambiábamos ideas y, al llegar al taller, cada uno se dedicó a su boceto. A medida que dibujábamos, nos mostrábamos el resultado y corregíamos imperfecciones. Esa noche pedimos que nos trajeran un poco de queso y buen pan candeal de Toledo, y continuamos con el trabajo. Venciendo el sueño, y espoleados por la euforia de la creación, conseguimos rematar los diseños. El resultado fue una colección de cuatro joyas, que enlazaban intereses, símbolos y tradiciones de los dos reinos, España y Portugal: un collar con sus zarcillos y dos broches. Al día siguiente mandamos recado a don Juan. La respuesta fue inmediata.

—Venid ya.

Miró con atención nuestra propuesta, nos felicitó por la presteza y prometió que nos avisaría en cuanto don Felipe hubiera escogido. Dos días más tarde, don Juan nos llamaba de nuevo.

—Su alteza ha gustado tanto de vuestras ideas que desea encomendaros las cuatro alhajas. Así las tengáis prontas, traedlas.

Cuando hubimos terminado nuestro empeño, acudimos a entregarlo. El señor de Zúñiga no salía de su asombro.

—¡Qué celeridad! ¿Cómo habéis podido realizarlas en tan corto tiempo?

—No tuvimos que esperar a obtener las piedras necesarias... —empezó a explicar mi hermano, y como vi que se atascaba, continué:

—Mi padre siempre nos aconsejó aprovisionar el taller con los materiales necesarios para hacer frente a posibles cometidos.

—Eso significa una gran inversión —dijo don Juan. Ante nuestro discreto silencio, continuó—: Mostrádmelas.

El primero fue el collar y los zarcillos a juego. Era un trabajo en filigrana de oro, con hermosos chatones de esmalte, que llevaban las armas de Austria y Avis; otros chatones más pequeños iban intercalados con esmeraldas; en el centro de la pieza lucía una roseta con un rubí de rojo intenso, y de ella pendía un colgante con una esmeralda octogonal, rodeado de perlas diminutas y rubís del mismo tamaño.

Los broches eran similares entre sí, por tanto, podían ser considerados pareja. El primero representaba una sirena con bello torso de mujer y cola de oro recamada de diamantes. El segundo figuraba un tritón de oro con un refulgente diamante en el pecho y otros menores recorriendo la cola.

Ambos significaban el océano que unía los reinos de Portugal y España al mundo de las Indias.

—Son creaciones no solo hermosas, sino plenas de significado. Complacerán al príncipe. Cuidaré que vuestro trabajo sea abonado con prontitud. —Y cuando íbamos a despedirnos, añadió—: Olvidaba deciros: sería conveniente que en los días previos a la boda estuvierais en Salamanca, donde se celebrará la ceremonia, por si fuera menester realizar algún cambio o elaborar alguna pieza más.

—Sin duda, Excelencia. ¿Qué días serán esos? —pregunté.

—No lo sabemos con exactitud, pero calculad las dos últimas semanas de noviembre. Quedad descansados, se os avisará con antelación.

LA BODA REAL

15 de noviembre, 1543.

*M*ucha fue nuestra honra al recibir el encargo para la futura princesa de las Españas. Acudimos Damián y yo a Salamanca para entregar dichas joyas irrepetibles, arropados por la satisfacción del trabajo bien hecho. Una gran animación exaltaba la ciudad. Por doquier se oían las distintas lenguas del Imperio en boca de aquellos personajes invitados a la ceremonia y que habían

viajado en luengas jornadas para asistir al enlace del joven príncipe Felipe con doña María de Portugal.

Las victorias del almirante Doria contra la alianza del Turco y el Francés frente a las villas de Niza y Tulón contribuían al entusiasmo reinante. Parecía que la diosa Fortuna sonreía de nuevo a los empeños de Carlos I, si no fuera por los príncipes protestantes de la Liga de Esmalcalda.

El emperador había de partir de nuevo hacia el norte de Europa para ocuparse de esos graves asuntos, y decidió que el joven príncipe debía desposarse y dar un heredero al trono para seguridad de los reinos. Atrás habían de quedar los días de luto y quebranto al morir la amada esposa, Isabel, tan inteligente como bella y discreta. Unas cartas entre el emperador y la reina de Portugal, su hermana Catalina, habían iniciado la propuesta de desposorio entre don Felipe y su prima María Manuela.

Las diligencias para el contrato matrimonial comenzaron al principio de 1542, firmándose el mismo a final de ese año. Ese fue el punto de partida de una boda que había de ser de las más notables que se han hecho entre príncipes en España.

El matrimonio por poderes se celebró el 12 de mayo en Almeirim y fue oficiado por el tío de la novia, el cardenal-infante don Enrique. A esta ceremonia siguieron innumerables recepciones, justas y festejos en todas las ciudades de Portugal por donde pasaba el cortejo de su princesa.

España no podía hacer menos. Y el resultado fueron unos actos espléndidos.

Desde el momento de la entrega de la novia en la frontera, junto al río Caya, los componentes del séquito de la ya princesa española se desvivieron para que cada villa, cada ciudad, recibiera a María Manuela con toda la pompa requerida^[91].

Fue un recorrido triunfal. Pero Salamanca, la ciudad escogida para el enlace, había de ser la más suntuosa y entregada. La princesa, con su nutrida comitiva, fue recibida a la puerta de la villa por el corregidor, con el Ayuntamiento en pleno, vestidos de terciopelo carmesí con adornos de oro; el cabildo, ataviados todos con airosas capas violeta, y los miembros de la universidad, con ropajes suntuosos.

Las damas de ambas cortes habían derrochado ingenio en sus vestidos y tocados, pero los hombres no les iban a la zaga. Un veterano caballero animaba sus muchos años con sayo de terciopelo negro, jubón de raso oscuro, acuchillado en gris. Dado el frío tiempo de noviembre se cubría con un capote de paño y una parlota de terciopelo bermellón, con una medalla con un

espléndido rubí. Otro más joven llevaba bajo la capa negra, jubón de terciopelo sobre camisa de hilo, y una pulcra y rizada lechuguilla ponía de relieve sus agudos rasgos y su barba negra y cuidada.

En la comitiva de la novia, algunas doncellas usaban la moda portuguesa: el terciopelo color de otoño se ajustaba al joven cuerpo de una dama, y el escote cuadrado era velado por sutil gorguera, mientras que el sedoso cabello, adornado por capullos de flores y minúsculas frutas, caía sobre las espaldas; una morena galana lucía un damasco bermellón, en el que el verdugado ahuecaba de manera airosa la saya.

La camarera mayor mostraba la importancia de su cargo con un espléndido brocado azul, bordado en hilo de plata, con un justillo terminado en punta bajo la cintura y escote cuadrado guardado por la valona; el cabello lo sujetaba hacia atrás un balzo negro adornado por hilos de oro y una medalla en esmalte que representaba a la Virgen María.

La princesa portuguesa se abrigaba con un manto en terciopelo azul, recamado en mangas y escote en rutilante oro, que se abría sobre un maravilloso damasco dorado. Su tocado llamó la atención: dos redecillas consteladas de diminutas perlas, sujetaban el claro pelo de doña María Manuela, cuya cabeza era coronada por una airosa diadema de oro y perlas.

Las españolas estaban a la altura de la ocasión. Una señora aún joven se adornaba con un espléndido brocado dorado, bordado con dibujos florales en negro y bermellón. Una doncella usaba un damasco del color de la niebla, adornado con centelleantes lazos coral, bordados en oro, con su espléndida cabellera resbalando sobre la capa de paño negro.

Cuando María Manuela hizo su entrada en la ciudad, una música festiva recorrió el aire: Los músicos interpretaban con vihuelas, trompetas y chirimías una composición dinámica que invitaba a la danza. La música tan alegre, diferente de la portuguesa, encandiló a la princesa de Asturias, que se hallaba muy entretenida admirando los bailes que en su honor efectuaban unos muchachos castellanos. Asomado a uno de los balcones de aquella plaza, apareció un joven apuesto, vestido con greguescos y jubón negro, color que usaba a menudo pues resaltaba su figura, su tez transparente y sus claros ojos azules. Se mostraba ansioso por conocer a su prometida, al tiempo que intentaba pasar desapercibido.

Pero la joven princesa lo reconoció y de inmediato se cubrió el rostro con un abanico de acariciantes plumas. El bufón del conde de Benavente, Periquito de Santervés, como era llamado, mirando con gesto de complicidad

al príncipe, dio un salto, se acercó a la princesa y, apartando las plumas, descubrió la cara de la infanta.

El regocijo fue general, ante la impaciencia que demostraba el príncipe enamorado. Pero este cumplía así también con el protocolo: demostraba ante la entera población el deseo irrefrenable de conocer a su esposa.

El séquito siguió su recorrido entre los vítores de la curiosa multitud. La luz se posaba con ardor sobre la piedra de la ciudad, restallante de sol. Doraba con su fulgor un ciprés que se elevaba elegante y solitario en un escondido vano del muro. La homenajeadá atravesó siete arcos triunfales preparados en su honor, mientras los músicos la acompañaban con melodías ora festivas, ora tiernas, que hablaban de amores entre diosas y mortales.

El 15 de noviembre se celebraba la misa de velaciones. Tras una de las celosías de la iglesia tuve el privilegio de contemplar la escena.

Un joven príncipe, de dieciséis años, de penetrantes ojos azules, rubio, gallardo, enfundaba su torneada figura en un jubón de raso marfil bordado en hilo de oro. Apareció María Manuela, radiante, vestida de espléndido brocado con hilos dorados, con las mangas forradas en armiño, y en la cabeza, para sujetar el sutil velo, una corona de oro con rosas de coral de un tenue rosa y hojas de diminutas esmeraldas; en el cuello el hermoso collar de filigrana y esmalte, regalado por el novio y elaborado en nuestro taller. El arzobispo de Toledo, Juan Pardo de Tavera, bendijo a los contrayentes. Era un hombre enjuto, nariz aguileña, ojos hundidos y demacrado por las penitencias y demorados servicios a la corona. Como testigos del enlace, aquellos, muy pocos, a los que se les había hecho el honor de invitar. Reconocí a algún personaje que frecuentaba la corte, y otros ciudadanos conocidos en Toledo por sus hazañas o por ser generosos mecenas de artistas, el duque de Alba, los amigos del príncipe, como el portugués Ruy Gómez de Silva, de negro, con jubón de mangas acuchilladas en seda ocre, el rostro serio y cuidada barba; el mayordomo mayor del príncipe, Juan de Zúñiga, y su hijo Luis; el duque de Medina Sidonia, y el conde de Benavente.

Feliz también la multitud que se arremolinaba en el exterior y que prorrumpió en vítores cuando los novios salieron al balcón.

Me contaron al día siguiente que la noche de bodas, privando a los esposos de toda intimidad, el mayordomo del príncipe, por orden del emperador, entró en la cámara nupcial, con objeto de separarlos y controlar el ardor juvenil del príncipe. Di en pensar que recordaban en la corte la triste muerte del príncipe don Juan, el amado hijo de los Reyes Católicos. Mucho había dado que hablar ese fallecimiento, atribuido a un exceso de amores.

Los juegos de cañas, toros y torneos se sucedieron en total alegría. La joven princesa, de natural discreto, no podía disimular su felicidad. Su expresión de contento se aunaba a las atenciones que le prodigaba su esposo. Muchos eran los caballeros que se distinguieron en las justas, retando a caballo a los poderosos toros, salvando así a los peones de las súbitas embestidas de las fieras.

Damián y yo participábamos en los festejos, confundidos entre la multitud, y nos enorgullecíamos de haber contribuido con nuestro arte en esta ocasión memorable.

Mientras el joven príncipe se desposaba, de las Indias llegaban noticias fabulosas, que los *Romances de ciego* cantaban en esquinas y plazas. Yo las escuchaba ávida, sin discernir bien el motivo de mi interés. Como si fueran nuevos Amadís de Gaula, conquistadores, pobladores y descubridores abrían las puertas de nuevos continentes, mares y océanos.

Cabeza de Vaca había recorrido el continente de norte a sur, y al llegar a las cataratas de Iguazú, el que había visto ya lo extraordinario exclamaba sorprendido: «¡Santa María, qué belleza!».

Jiménez de Quesada había fundado Santa Fe de Bogotá; Almagro y Pizarro se disputaban el Perú; Vázquez de Coronado encontraba, no el Dorado que buscaba, sino, con los ojos teñidos de asombro, las montañas Rocosas, el río Colorado y su Gran Cañón; Pedro de Valdivia, el experimentado soldado de Flandes, fundaba en Chile la villa de Santiago del Nuevo Extremo; Orellana recorría otro cauce fluvial deslumbrante, el Amazonas...

Pero no todos los sucesos eran festivos.

Hernando de Soto, el valiente explorador del río Misisipí, había hallado la muerte en la desembocadura del Wichita, a los cuarenta y siete años. Fue sepultado en el lecho del colosal río.

Eran personajes de leyenda, y, sin embargo, habían nacido y crecido entre nosotros, hasta que el destino —o ellos mismos— les había empujado a la gloria... o a la muerte.

Los hombres más valientes del país o aquellos que habían de buscar la fortuna que no habían heredado se disponían a partir hacia esas tierras llenas de magia y misterio, pero también de peligros que tragaban a los seres humanos como si estuvieran hechos de barro.

Ese ambiente de exaltación de los héroes me infundía una excitante euforia, que me empujaba a conocer todo lo que llegaba de Ultramar. Mil pensamientos contradictorios me asaltaban por las noches, cuando hubiera

debido reposar. Mi padre, mi familia, Toledo, todo aquello que era mi entorno me sujetaba con las sólidas ataduras del amor. Pero esas Indias que yo había ya mitificado en mi mente me atraían con una fascinación invencible. Cuando me imaginaba en aquel lugar, se me ensanchaba el alma, respiraba con más intensidad y sentía una extraña plenitud. Luego, entraba en razón y tornaba a mi realidad. Recordaba la orfebrería, mi taller de diamantista, Toledo y su entorno...

Y un singular sabor de pérdida se agolpaba en mi corazón.

EL ENCUENTRO

A punto ya de tornar a Toledo, observaba yo la multitud de personas de diverso rango y condición que poblaban la villa de Salamanca, cuando mi hermano llamó mi atención hacia un caballero, que, aunque despojado de su antigua pujanza, lucía aún gallardo. Mi corazón se llenó de alegría.

—Don Hernán, Excelencia. ¡Qué ventura la nuestra! ¡Encontraros aquí...!

—Micaela, ¡la mejor diamantista de Toledo! ¿Qué os trae a Salamanca?

Saludó correcto a Damián y presentó al caballero de aspecto reservado que le acompañaba:

—Habéis de recordar a este hombre: Ginés de Sepúlveda. Escribirá la crónica de nuestros hechos en las Indias^[8].

—Si vuestra merced no me hubiera relatado estas gestas en primera persona, creería que son las más fantásticas de las leyendas —sentenció Sepúlveda. Y añadió—: ¡Un puñado de hombres esforzados, que conquistan un Imperio! ¡Perteneceís ya al mito!

Mi mente de nuevo imaginaba tierras lejanas, naturaleza exuberante, guerreros formidables y paisajes infinitos, y sentía el pesar de no haberlos conocido. No podía sospechar lo que ese encuentro me iba a deparar.

—¿Por qué no os unís a nosotros y me acompañáis en mi almuerzo? —invitó. Al ver mis dudas, me animó—: Nos espera también un hombre brillante cuya conversación intriga. Enseña en unas horas más de los que otros os mostrarían en cien días. Se llama Francisco Cervantes de Salazar.

—¿El secretario del cardenal Loiasa? —preguntó mi hermano.

—El secretario del presidente del Consejo de Indias —confirmó Cortés.

Damián me hizo una señal de aceptación, y nos dirigimos los cuatro hacia un figón que tenía fama de asar el mejor cordero de la región. Una vez que

hubimos saludado al sobrio personaje que aguardaba a don Hernán, este nos condujo hacia una apartada sala, a salvo de indiscreciones, donde pudiéramos charlar con entera libertad.

—He de saber de vuestras aventuras en los reinos itálicos y de vuestros empeños presentes en la capital del Imperio.

Vi que el interés de nuestro anfitrión era real, y respondí:

—Excelencia, nos encontramos en Salamanca dado que hemos realizado las alhajas que lucía la princesa en el día de sus esponsales.

Don Hernán, tras felicitarnos, insistió:

—¿Qué nuevos empeños os aguardan?

—Intento llevar una vida tranquila, pero mi esposo añora la milicia y la mar... —contesté.

—Lo sé... Vi a vuestro esposo, el valeroso capitán, antes del desastre de Argel. —Las tinieblas se apoderaron de su semblante. Temí su furia al recordar la retirada, pero él se rehízo y me dijo con energía—: He oído que vuestra fama se acrecienta con los años. Sois mujer de buena estrella, habéis triunfado en todo lo que acometisteis.

—No en todo, Excelencia. No pudimos terminar el encargo que la emperatriz nos encomendó y tan necesario era para este reino.

Los dos caballeros escuchaban con atención. Me asombró que personas tan ilustradas pudieran hallar inclinación en nuestras vidas.

—Su muerte fue un desgraciado revés para vuestro afán. Tal vez, si ella hubiera continuado viva, el resultado hubiera sido diverso —sentenció don Hernán.

—Nunca lo sabremos, señor —contestó con tristeza mi hermano.

Permanecimos en silencio, imaginando aquello que ya nunca sería posible. Al menos no con la voluntad de la bella Isabel.

—La vida nos roba a todos gloria, afectos y hacienda —expresó con sentimiento Cortés. Y de repente, como animado por una idea brillante, se dirigió a mí—: Micaela, ¡habéis de hallar en Indias lo que perdí en Argel!

No se me alcanzaba su intención.

—¿Lo que extraviasteis en Argel? —pregunté desorientada.

—Dadme licencia para exponeros mi tribulación.

Sepúlveda le miraba con curiosidad. Damián y yo centramos toda nuestra atención en Cortés, convencidos del interés de lo que íbamos a escuchar.

—Como os habrá contado el capitán de Vidaurre, para mi quebranto y disgusto, hubimos de emprender una confusa retirada en Argel.

—Mi esposo y Daniel de Zubieta, que estaba con la armada de Doria, nos han contado las desgraciadas jornadas que hubisteis de padecer —afirmé compasiva.

—Os ahorraré un demorado recuento de todo lo que se perdió en aquella derrota, pero oídmeme con atención pues he de haceros una súplica.

—¿Una súplica, don Hernán? Siempre nos habéis favorecido. De vos somos deudores —le contesté.

Él, complacido, inició su relato:

—Por vuestro esposo conocéis los prolegómenos de esos días antes de que llegáramos a Argel. Empezaré pues a narraros el desembarco en las costas africanas.

»La lluvia comenzó fina y constante, para convertirse, a medida que pasaban las horas, en un estruendoso diluvio. Las ráfagas de agua nos azotaban de manera cruel y sin tregua, convirtiendo el camino en un peligroso lodazal. La presencia de mis hijos, Martín y Luis, hacía más angustioso el trance. Pensé que había llegado nuestra hora. Yo había conocido la gloria, pero ellos... ellos apenas empezaban a vivir.

Permaneció pensativo mientras Sepúlveda y Salazar eran todo oídos. Estaba claro que don Hernán rememoraba su pena. Y continuó:

—Intentábamos retirarnos lo más ligero que nos permitían nuestras fuerzas, pero el fardaje necesario en una batalla, con su peso, nos hundía más aún en el fango.

—Pero oí decir —me atreví a intervenir— que vos no consentíais la retirada...

Antes de que el marqués del Valle hubiera contestado, Sepúlveda intervino entusiasta:

—¡Hubieran debido dar audiencia a vuestro consejo!

—Tal vez... Sabed que, desbaratados como estaban en la ciudadela, hubiéramos podido atacar y vencer. Mas eso es negocio de otro calibre. Escuchad, diamantista.

—A disposición de vuestra merced —dispuso mi hermano.

—¿Recordáis las famosas esmeraldas que regalé a mi esposa, doña Juana?

—¡Toda la corte se hacía lenguas sobre esas esmeraldas! —expresó Salazar con sincera admiración.

Yo entonces me atreví a corroborar:

—Sí, fueron notables vuestras cinco... —No pude terminar.

—Veo que las tenéis presentes —continuó don Hernán—. Por miedo a perderlas si las dejaba tras de mí, las hice coser en un cinto de paño, ceñido

siempre a mi cuerpo.

Damián y yo escuchábamos con suma atención. El rostro de Cortés reflejaba un cansancio infinito.

—En el desbarajuste, arrecido por el frío, cegado por el aguacero, maltrecho por la derrota, no advertí que había perdido el fajín, hasta que, al comprobar si allí seguía, vi que faltaba.

—¡Qué desgracia! —exclamó Damián—. Valían más de cien mil ducados.

—No es ese mi mayor pesar —aclaró don Hernán—. Eran unas piedras singulares. Recordaréis que una asemejaba una sirena con los ojos de oro; la segunda, labrada a modo de rosa; otra como una corneta; la cuarta, una tacita que tenía el bebedero de oro y un dicho grabado: «Entre los nacidos de mujer, no ha existido uno mayor»; y la última, mi más preciada, simulaba una campanilla cuyo badajo era una hermosa perla, y, en derredor, una frase en oro que decía: «Bendito quien te crio».

Expectante aguardé a que Cortés me aclarara cuál era mi encargo en ese enredo. Pero él continuaba ensimismado en sus recuerdos:

—¿Sabéis que la mismísima emperatriz las codiciaba? —me preguntó—. Hube de decirle que yo las había regalado a doña Juana, mi esposa.

Una leve sonrisa se dibujaba tanto en el rostro de Sepúlveda como en el de Salazar. Don Hernán, como si volviera de un tiempo lejano, pidió:

—Solo vos —y me miró con anhelo— podéis encontrar otras cinco esmeraldas que restituyan las que perdí.

—Excelencia, vos podéis regresar a Nueva España...

—Ahora es imposible. No me es permitido tornar. Habéis de ir y buscarlas. Vos amaríais esa tierra fabulosa, origen de incontables maravillas...

—Señor, tengo marido e hijos —interrumpí, inquieta, ante la posible realidad de mis sueños—. Es grande la mudanza que exigís.

—No habéis de permanecer muchos años —continuó insistente—. Y para vuestro capitán, las Indias ofrecen cargos de gloria y hacienda.

—¡Si pudierais oír los asuntos tratados en el Consejo de Indias, partiríais de inmediato! —animó Salazar. Y aseguró con firmeza—: Algún día navegaré hacia esos reinos.

—Es el Nuevo Mundo que ofrece sus maravillas a los europeos. ¡No desechéis ese buen consejo! —intervino con vehemencia Sepúlveda.

No quise comprometerme a nada sin hablar antes con Íñigo. Alguna vez habíamos contemplado la posibilidad de partir a las Indias, como algo viable

pero tan lejano como lo es una quimera. Ahora que la quimera estaba tan cercana me asustaba.

—Conversad con vuestro esposo. Contadle mi propuesta. Tras los esponsales del príncipe Felipe, tornaré a Toledo y me diréis qué habéis resuelto. —Y de repente añadió—: Existía una sexta esmeralda... que regalé a doña Marina, *La Malinche*... ¡Cuántos recuerdos de gloria evoca su nombre! A mi entender, esa gema desapareció hace tiempo. O ¿tal vez...?

La conversación con Cortés había encendido en mí más aún la llama de la curiosidad por las nuevas tierras. Ocurrió también que llegó a Toledo la funesta nueva de la muerte del valiente Alvarado, en una feroz batalla contra los chichimecas en Nueva Galicia^[9], donde había sido llamado por Cristóbal de Oñate. Esta noticia, como suele suceder a los españoles, en vez de desanimarlos, inflamó los ánimos, y eran muchos los que deseaban partir hacia Ultramar. Se respiraba ambiente de Indias; todos hablaban de sucesos extraordinarios que allí llevaban a cabo nuestros compatriotas.

Sin que mi padre sospechara —no quería infligirle esa tristeza hasta que estuviera segura—, consulté documentos que él guardaba con esmero en su nutrida biblioteca. Así haciendo, topé con legajos que hablaban de la meritoria labor que España desarrollaba en las Indias. La educación siempre fue, ese es mi parecer, el mayor legado que podían dejarnos nuestros mayores.

Y de educación y cuidado de su salud trataban todas las decisiones tomadas por las autoridades de aquellos reinos. Contaban del afán del obispo de México, don Juan de Zumárraga, en la fundación de la escuela de Santa Cruz, en Tlatelolco, para instruir a niños nativos. Zumárraga animaba a: «Ayudarse unos a otros como cristianos a derechas^[92]».

Así mismo, el obispo se ocupó de la instrucción de las chicas en los colegios de Huejotzinango, Cholula, Otumba y Coyoacán.

Huejotzinango, Cholula, Otumba, Coyoacán...

Me embriagaba con la musicalidad de los nombres indígenas. Otro franciscano, fray Bernardino de Sahagún, animaba a los colegiales indígenas que conocieran sus antiguas tradiciones a que se las refirieran, para comenzar su *Historia General de la Nueva España*^[93].

El obispo de Pátzcuaro había fundado un pueblo-hospital, Santa Fe de la Laguna, a la vera del lago del mismo nombre.

Todos ellos laboraban para alcanzar un mundo mejor. Di en pensar que toda una tierra desconocida y apasionante nos estaba esperando al otro lado del que hubiera debido llamarse mar de Colón y que denominaban océano Atlántico. Me sentí culpable ante la idea de abandonar a mi padre, pero, al

mismo tiempo, aquellos dominios fascinaban mi pensamiento de tal manera que comencé a soñar con ellos.

EL ENCARGO DE INDIAS

No pasó mucho tiempo antes de que fuéramos requeridos por don Hernán para ir a visitarlo. No tenía yo certeza de cómo sería la reunión, pues Cortés gozaba de cumplida fama de organizar tertulias en las que lo más granado de la filosofía, historia y política debatía con su anfitrión durante horas. El virrey de Sicilia, Juan de Salces, el cardenal Francesco Poggio, el poeta Gutierre de Cetina o Juan Ginés de Sepúlveda, aquel que habíamos ya conocido, eran los frecuentes contertulios de aquellas cultas veladas. Acudía así mismo el cronista Cervantes de Salazar, que, fascinado con la personalidad del conquistador, comenzó, inspirado por Cortés, como ya nos anunciara en Salamanca, lo que sería su magna obra, *Crónica de la Nueva España*.

Yo no me consideraba a la altura de semejante intelecto. Pero di en pensar que siempre podía escuchar y aprender. Y entonces quedé descansada.

Una pregunta me rondaba la mente de continuo. Y para estar preparada en la inminente conversación que tendríamos con don Hernán, resolví indagar. Mi esposo había de saberlo.

—¿Cómo es posible que un hombre que ha rendido tan grandes servicios al emperador sufra la prohibición de tornar a las tierras que él ha conquistado? —consulté a Íñigo.

—Por desgracia, no hay una sola razón, sino varias y todas de peso —respondió él con pesar.

—Relátame las causas de esa condena. Porque condena es para Cortés —pedí.

—Ante todo, bien que al inicio la relación entre el virrey Mendoza y don Hernán fuera amistosa, las diferencias de criterio en la gobernación fueron envenenando la concordia.

—¿Y las discrepancias fueron tales que originaron tamaño destierro? —Yo estaba perpleja.

—Sí, porque ambos personajes, y sus seguidores, hicieron acusaciones mutuas, que obligaron a la corona a enviar un juez de residencia, Luis Ponce de León, para que investigara los hechos.

—Y hallaron culpable a don Hernán —deduje.

—Ni mucho menos —respondió mi esposo, indignado—. El juicio de residencia^[10] sobre Cortés se ha demorado, y hasta que no exista un veredicto, no le es permitido tornar. Y lo que es peor, la sospecha sobre abusos contra los indios sobrevuela desde entonces sobre el buen nombre de Cortés.

—De modo que las conjeturas pueden llevar a la inquina —supuse.

—No solo esas sospechas —aseveró enigmático mi esposo—. Flotaba también en la corte un recelo dañino: el temor a que esos bravos conquistadores, y entre ellos el más arrojado, Cortés, resolviera «alzarse con la tierra».

—¡Qué dislate! —exclamé—. Don Hernán es leal servidor del monarca.

—Lo creemos tú y yo, pero Cortés tiene enemigos poderosos que desean su desgracia. Sea o no inocente de los cargos pronunciados contra él.

—Le han concedido grandes mercedes... —apostillé confundida—. Adelantado, marqués del Valle de la Oaxaca, escudo de armas...

—Es habitual en los reyes. Otorgan honores, al tiempo que suprimen el poder de aquellos hombres a los que consideran peligrosos.

—¿Peligrosos? —indagué. Ahora sí que estaba confundida.

—Así se considera a los que siguen ciegamente huestes aguerridas y leales —argumentó Íñigo. Y continuó—: Con el fin de cercenar cualquier posibilidad de revuelta, comenzaron a nombrar para ir a Nueva España a gentes que no tuvieran ataduras ni intereses en el lugar y que su futuro dependiera de la corona. A esto se añade los pleitos de Cortés, reclamando sus derechos.

Ahora conocía la situación y podía entenderla mejor, pero todo ello me producía una terrible tristeza. Partimos al encuentro con don Hernán. Esta vez, nos esperaba para un almuerzo íntimo, en el que cuidó hasta el mínimo detalle, según era su costumbre. Bien porque nuestro primer encuentro datara de su época gloriosa, cuando toda Toledo le vitoreaba y el propio Carlos V le recibía en el Alcázar, o porque nuestra manera de ser era la que él gustaba, nos acogió con verdadero afecto.

Íñigo me tenía advertido que escuchara y no aceptara de seguido, pues mi marido bien conocía la destreza de don Hernán para convencer a sus oyentes de sus propósitos. Y, además, lo urdía de tal manera, que el infeliz creía que de sí mismo había surgido la brillante idea. La sala en la que dispuso la comida era soleada, y en la mesa, cubierta de un hermoso tapiz, lucía una

espléndida vajilla de plata, que luego supe que había sido cincelada por artesanos de Nueva España.

Una vez que hubimos degustado las sabrosas perdices regadas por un excelente vino, y cuando él comprendió que teníamos Íñigo y yo el ánimo pronto al entendimiento, inició la conversación que le interesaba.

—Os habrá referido vuestra esposa el anhelo que confío resolveréis.

—Algo me ha contado Mica sobre la pérdida de vuestras esmeraldas —contestó mi esposo.

—Ocurrió después de encontraros, capitán, durante la oprobiosa retirada de Argel. —Su voz aún rebelaba una furia apenas contenida.

—Don Hernán —le contestó Íñigo—, temo que la retirada era nuestra única posibilidad. Los elementos fueron nuestro cruel enemigo.

—Incluso en esas duras circunstancias —repuso él— hubiéramos podido alcanzar la victoria. Así lo dije entonces, y así lo mantengo ahora.

—Tal vez cumplía escuchar al almirante Doria, y posponer la batalla —insinuó mi marido.

—Bueno. ¡Ya no tiene remedio! Sin embargo, vos podréis remediar mi pérdida de aquel aciago día.

Íñigo, que conocía su intención, adquirió esa cierta rigidez que le acometía cuando algo le disgustaba.

—Vos diréis —sentenció lacónico.

—He pensado mucho en vos y en vuestra esposa; la gloria y el poder podrían ser vuestros...

—No ambiciono más de lo que tengo. Me considero hombre de fortuna al tener la familia que Dios me dio.

—Escuchadme sin rigor, capitán. Puedo aseguraros que ambos podríais otorgar un gran servicio al emperador en Nueva España.

Mi marido comenzó a interesarse. Yo observaba fascinada, pues Cortés, estaba claro, iba a poner toda su habilidad en persuadir a mi esposo.

—El virreinato anda revuelto. Los «beneméritos», hijos de españoles allí afincados, pretenden cargos y sinecuras, como les permite la ley. Mas los solicitantes son numerosos y los puestos escasos.

—Y de ahí al descontento no media más que un paso —dedujo mi esposo.

—Esa es la situación —prosiguió don Hernán—. Un valeroso soldado como vos, leal a su emperador y con la experiencia en resolver conflictos que vos atesoráis, sería de suma importancia en el gobierno del virreinato.

—Pero no conozco nada de aquellas tierras. Y no se me alcanza en qué posición habría de ser útil allá.

—El virrey Mendoza es señor cabal —al decirlo, no parecía muy convencido—, pero está necesitado de buen consejo. No estaría de más que pudiera contar con alguien de probada diplomacia en asuntos espinosos.

—Llamad pues a un legado habituado a tareas diplomáticas. —Fue el cortante argumento de Íñigo.

—No me vengáis con argucias, señor capitán. Vos sabéis que es harto difícil hallar personas que reúnan, como vos, conocimientos militares, de la mar y, aún de más enjundia, de los hombres. —Y continuó con una pregunta —: ¿No os entusiasma la posibilidad de un mundo nuevo? —Para responderla él mismo—: «Han de saber vuestras mercedes que aquel es un mundo nuevo, que ha de venir». Así arengué a mis compañeros, pues había de animarles en la hazaña que habíamos de emprender.

—Y ahora vos me *arengáis* a mí —replicó mi esposo con sorna.

—No, capitán. Intento daros la oportunidad que a mí se me niega. Es un reino llamado a la gloria... Sus paisajes, tan hermosos como variados, sus gentes provenientes de unas culturas milenarias... ¡Y llevan el arte en las yemas de los dedos! Sus huertas feraces. Todo lo hace un paraíso en tierra.

Percibí la nostalgia que el conquistador sentía por la tierra por la que había sido conquistado. La había hecho su patria de adopción.

—Pero ahora la situación no es tan idílica como vos pintáis. Los descontentos...

—¡Ahí, ahí quería ver a vuestra merced! —interrumpió don Hernán—. Bien se me alcanza que dejar vuestra actual posición y contento familiar os haga dudar.

Yo observaba a ambos. Cortés mostraba su consabida astucia, conduciendo a mi marido al terreno de la responsabilidad, que era lo único que podía quebrar la incertidumbre que, para Íñigo, ocultaba la empresa.

—Pocos hombres como vos, capitán, unen, repito, lealtad a su rey, conocimiento de los usos del mundo y talento militar.

Mi marido, que me había advertido de desconfiar de sus buenas palabras, mostraba una expresión perpleja. Y viendo Cortés que Íñigo comenzaba a estar receptivo, insistió:

—En vuestra mano está colaborar en magna empresa: que aquellas tierras sean llevadas con buena y compasiva mano, bien dirigidas sus gentes en prosperidad y temor de Dios.

Permanecimos los tres en silencio tras estas contundentes palabras, y luego el marqués del Valle, con auténtica tristeza repitió:

—No me es permitido tornar, si no, lo haría.

Íñigo, ya interesado, preguntó:

—¿Puede vuestra merced decirme cuál sería mi cargo?

—Para ser alcalde mayor habréis de conocer aquellas tierras. Podríais partir como capitán de las fuerzas del virrey, y actuar, en la sombra, como consejero de su señoría. Una vez que os hicierais con el conocimiento necesario, podría Mendoza nombraros alcalde mayor^[11]. Sería para bien de ese virreinato.

Mi esposo le miraba consternado, pues se veía ya camino de las Indias, a fin de ocupar un cargo del que nada sabía. Él, tan determinado y valeroso para enfrentar lo que bien conocía, dudaba ante aquel mundo ignoto.

—En cuanto a la diamantista —y me miró, pidiendo mi asentimiento—, hallaría un mundo rico de piedras insospechadas, minas de las que extraen oro y plata fabulosas, y una cultura antigua, que, estoy seguro, ha de entusiasmaros.

Yo le escuchaba ya fascinada.

—Varias culturas, como os decía, han ido superponiendo sus conocimientos, de manera que hallaréis los objetos más sorprendentes, trabajados con un esmero singular por artesanos entregados a su arte. La plata más pura y el oro más portentoso; piedras desconocidas para nosotros, que portan en sus entrañas fabulosos poderes.

Me veía yo descubriendo esas gemas míticas.

—¡Y la flora y la fauna! —continuó don Hernán, desbordado ya por su propio entusiasmo—. Animales y plantas que revolucionarán las creencias europeas. El universo de nuestra farmacopea añadirá remedios para muchas enfermedades...

—Pero sus gentes, que vos pintáis tan mansas... —terció Íñigo—, ¿no son ellos los que practican una religión con sacrificios humanos? ¿Niños y doncellas llevados al patíbulo?

—Han vivido en una sociedad que les imponía sacrificios humanos; en algún territorio practicaban el canibalismo...

—¡Buen Jesús, qué horror! —exclamé, sin poder contenerme. A lo que Cortés contestó:

—Ese es uno de nuestros deberes: anunciarles la religión del amor. Será símbolo de libertad.

—Pues habrán de elegir con sumo cuidado sus altezas a quién mandan allá. —Con este acertado pensamiento rompió la magia mi marido, que siguiendo su pensamiento, sentenció—: El ejemplo es fundamental. Y parece que ya se han cometido ciertos abusos.

Rápido contestó don Hernán:

—Ese es otro de los aspectos que había de encomendaros. Capitán, contáis con esposa de sobrada industria, y allá necesitan el ejemplo que antes mencionaba de esposos cabales, pues formar una familia es requisito indispensable para acceder a propiedades en la ciudad, tierras y mano de obra indígena.

Escuchábamos los dos atentos a su designio, y él continuó viendo la partida casi ganada:

—Los mismos religiosos consideran a la mujer española un eficaz remedio para enderezar el desorden moral que se produjo a raíz de la Conquista. Por desgracia, he de admitirlo.

Callamos. Él sabría de sus pecados. Y continuó:

—No creáis que allá va quien quiere. Hay normas estrictas mediante las que se selecciona quién debe ir.

—¿Y qué normas son esas? —No lograba yo ocultar mi curiosidad por aquel mundo desconocido. E indagando añadí—: Tal vez yo no cumpla esos requisitos.

—Por el contrario. Ambos sois perfectos.

—Tengo entendido —sugerí— que algunas mujeres viajan solas a las Indias...

—Sí, pero os he de aclarar que para permitir a la mujer sola embarcarse a las Indias ha de ser «cristiana vieja; no tener procesos con la Inquisición y la evidencia del propósito honesto de la travesía».

—Se me antoja que son muchas las condiciones —apuntó mi esposo.

—Ninguna de ellas os concierne —afirmo Cortés—. También son bien recibidas aquellas que son llamadas por padre, hermano o un familiar que pueda mantenerlas.

—Micaela, entienda vuestra merced —me dijo con énfasis— que la mujer española ha sido reclamada para realizar una importante labor de difusión y conservación de la cultura hispanocristiana.

—Mucha responsabilidad cargáis en mis frágiles espaldas —respondí con ironía.

—«Tómenlo o déjenlo vuestras mercedes, que las sonrisas de la fortuna suelen durar poco pero valen mucho^[12]». —Insistió don Hernán—: Espero, diamantista, que calibréis mi afán. He de obtener otras esmeraldas por el poder y la fortuna que aquellas me portaron.

—Bien decís, Excelencia, las piedras tienen poderes que los humanos desconocemos.

—Si hallarais la que regalé a *La Malinche*... Siento que mi suerte tornaría...

—No solo vuestra fortuna se vería beneficiada. Los antiguos, sabios conocedores de los valores de la esmeralda, aseguraban que es una piedra que favorece el buen amor y la amistad.

—Don Hernán no necesita ayuda en ese campo —intervino mi esposo—, siempre se ha visto favorecido por las damas.

—No es tan fácil encontrar amor verdadero y leal —aseguró Cortés. Parecía cansado, pero tras una pausa me preguntó—: ¿Qué otras propiedades se les atribuye a estas piedras inquietantes?

—Se las considera un potente antídoto contra los venenos.

—Habré de portarlas entonces en mis visitas a la corte.

Reímos los tres al unísono, aunque sabíamos que las envidias habían tramado el descrédito del marqués del Valle de la Oaxaca, Él, con sentido del humor, nos recordó:

—Nunca estuve tan cerca de labrar mi desgracia como cuando al caer gravemente enfermo, el duque de Béjar, mi protector, y el poderoso Los Cobos, aconsejaron al emperador que acudiera a visitarme en mi lecho de muerte.

Bien sabíamos Íñigo y yo de los chismes y calumnias que los envidiosos de la grandeza de Cortés propalaron por la corte.

—Al seguir yo en vida —prosiguió don Hernán—, los avinagrados de siempre que buscaban mi mal consideraron que la visita había sido un honor excesivo para un advenedizo como yo, y comenzaron de nuevo insidias y ataques. —Dio por terminada la entrevista y al despedirse, el marqués del Valle de la Oaxaca reiteró—: Y no tengo nada más que decir, sino que el poder y la magnitud de aquellas tierras serán vuestra recompensa cuando el rey vea vuestro empeño.

CONVERSACIÓN ENTRE ESPOSOS

Íñigo se debatía entre la incertidumbre de lo desconocido y el honroso encargo de imponer orden en Ultramar, llevando al mismo tiempo a los buenos indígenas la fe del amor. Por mi parte, abrazaba con entusiasmo la novedad, que preveía de corta duración, y el dolor cierto de volver a dejar a mi padre. Pensaba en el bagaje de conocimiento e inspiración que había

adquirido en mi viaje a los reinos itálicos, y sopesaba lo que este nuevo encargo podía suponer para el enriquecimiento de mi trabajo.

Era una soleada tarde del inicio de primavera y me hallaba sentada mirando el río cuyas aguas el sol convertía en oro. Me asaltó un repentino sentimiento de tristeza ante la posibilidad de dejar toda aquella felicidad. Tan segura. Tan real. Tan mía.

—¿Qué te sucede, Mica? Parece que hubieras visto al demonio.

La voz de mi padre me devolvió a la realidad.

—Conoce vuestra merced que tenemos en el pensamiento una proposición de don Hernán.

—Y soy consciente de las dudas que ambos abrigáis... —Sopesó bien sus palabras y añadió—: Sé que os apena marchar y dejar Toledo.

—No tanto Toledo —interrumpí—. Es a vos a quien temo abandonar.

—Mica, yo soy un viejo, tú tienes la vida por delante. Mi consejo es que tomes resuelta la oportunidad que te brinda Cortés. ¿De verdad crees que tu carácter inquieto te permitirá permanecer hasta el día de tu muerte aquí, sin conocer esas nuevas tierras que se anuncian mágicas? —En ese instante apareció mi marido, y mi padre le interpeló—: Y tú, ¿despreciarás la ocasión de servir a tu emperador con los talentos que Dios te concedió?

—Mucho habéis de amar a vuestra hija para así animarla a dejarnos —sentenció emocionado Íñigo.

—Padre, si decidimos partir, permaneceremos poco tiempo allá —determiné—. Íñigo cumplirá con su cometido de aplacar a los revoltosos y yo hallaré las esmeraldas que anhela Cortés. Y tornaremos.

—No has de preocuparte —dijo mi padre con una sonrisa—. Quedo en buenas manos, en la compañía de tu hermano e Inés, que es una hija para mí, y con esos chiquillos del alma mía con los que les ha bendecido el Altísimo.

—Vuestra merced debe saber que nada está decidido —reconoció mi esposo—. Abrigo muchas reticencias respecto al viaje. No veo claro mi cargo, ni la utilidad que este llevaría al virreinato; desconozco aquellas costumbres y la actual situación me parece enrevesada. —Permaneció pensativo, como ordenando sus ideas, y más tarde aclaró—: He sabido que ha llegado a esta villa don Miguel de Legazpi, buen amigo de la familia. Conoce Nueva España, y lo que allí sucede. A él habremos de pedir consejo.

La mirada que mi padre me dirigió era ya de despedida.

LEYES DE INDIAS

4 de junio de 1543.

Desde nuestra charla con don Hernán, mi esposo estaba pendiente de todas las noticias de Ultramar. Su carácter reflexivo y prudente le hacía sopesar toda buena o mala nueva de allende, y, después, someterla a mi juicio. Y sucedió algo que vino a corroborar el análisis de los asuntos novohispanos, que habíamos escuchado a Cortés. Íñigo inició a leer en voz alta las noticias que tanto nos interesaban:

—Las anteriores Cédulas Reales por las que Carlos I prohibía el trabajo de los indios en sábado y domingo habían sido refrendadas por el Consejo de Indias. Las Leyes Nuevas de Indias, aprobadas en junio, eran mucho más precisas y rigurosas. Son normas que establecen los derechos de los nativos para el buen funcionamiento de virreinos y capitanías generales.

»El punto principal de estos mandatos es suprimir las encomiendas que han originado abusos que el emperador no está dispuesto a consentir. Se respetan sin embargo las prerrogativas existentes, que no serán renovadas al fallecer el encomendero. Por tanto, las encomiendas dejarán de ser hereditarias.

Luego comentamos todo lo leído y he de resaltar que determinados puntos eran muy curiosos, como la prohibición de utilizar a los naturales de México para la pesca de las perlas. Ante la rebelión originada por estas disposiciones, el emperador hubo de enviar sus visitadores en un intento de sofocar la revuelta. Corrían voces de que en el Perú, esta era particularmente violenta y que estaban al borde de la guerra civil.

A Nueva España mandó a Francisco Tello de Sandoval, que había sido nombrado para hacer cumplir las leyes y suavizar la situación.

Parece ser que el virrey, Antonio de Mendoza, de muchos méritos y leal servidor de la corona, había tenido desencuentros notorios con Cortés, que era amigo de Sandoval.

A la llegada a Veracruz del visitador Tello de Sandoval, los encomenderos le habían preparado un peculiar recibimiento: en el muelle del puerto, serios y circunspectos, aguardaban en nutrido número, los encomenderos. Todos de riguroso luto.

Absorbíamos estas nuevas que podían sernos de extrema utilidad para conocer lo que nos esperaba.

—No podrá, Sandoval, hacerse ilusiones sobre lo que le espera — argumentó Íñigo—. Pero Mendoza siempre ha tenido como aliado al fiel obispo Juan de Zumárraga, que, ante la tensión creciente, cuentan que ha sugerido al virrey el aplazamiento temporáneo de las controvertidas leyes^[94].

—Por lo que dices, México ha de ser un polvorín —comenté un poco asustada.

Entonces mi esposo dio lectura a un documento que llevaba consigo:

—«La postura de los encomenderos se hizo tan hostil, que Sandoval tuvo que retrasar, como aconsejara el obispo, la ejecución de las leyes que había venido a instaurar».

Cuando mi esposo concluyó, logró entender la intención de don Hernán. Era muy necesario, para la buena marcha del virreinato, que los hombres que ostentaran poder fueran personas acostumbradas a la diplomacia, señores que estuvieran dispuestos a perder en algo, para dejar al adversario ganar un poco. Triunfar sin aplastar. Creo que hubo de recordar Íñigo entonces la frase que había oído tantas veces en los reinos itálicos: «*Si può vincere, ma non extravincere*^[13]».

Algunos religiosos, entre los que destacaba el obispo de México, fray Juan de Zumárraga, habían recibido dolidas quejas de los señores de Tlatelolco, que acusaban a ciertos encomenderos de no acatar las Cédulas Reales sobre el buen trato a los indígenas. Íñigo leía con atención estas nuevas, y, una vez que hubo terminado, comenzamos a meditar en voz alta:

—Micaela, he de contarte que no todo es tan hermoso como lo pinta Cortés. Hemos de conocer la realidad a la que nos enfrentaremos si finalmente decidimos marchar allá.

—Sé del carácter empeñado e intrépido del capitán general, y lo que hubo de enfrentar. No dudo que encontraremos dificultades en las Indias. ¿Dónde no las hay?

Lo temía, pero estaba resuelta a no dejarme amilanar.

—Has de saber que el obispo Zumárraga ha sufrido gran aflicción a causa de un terrible desencuentro con compatriotas que ensucian en Nueva España el buen nombre de nuestra patria. —Su tono indignado consiguió preocuparme—. Años atrás, hombres sin piedad ni conciencia decidieron que tomarían por fuerza a las indígenas más hermosas.

Me indignaban las tropelías cometidas contra personas indefensas. Era toda oídos.

—Zumárraga recibió a los afligidos parientes, y les aconsejó que se resistieran, que no las entregaran.

—¿Y no tomó cartas en el asunto? —indagué consternada.

—El obispo predicó desde el púlpito contra el abuso a los indios, y el presidente de la Real Audiencia de Nueva España tuvo la osadía de amenazarle.

—¡No puedo creer que se atreviera a intimidar al obispo!

—Le advirtió que le iba a bajar a patadas del púlpito —contestó mi marido.

Quedé perpleja.

—Estos hechos lamentables no acaban ahí: los franciscanos, que mucho y bien laboran en Nueva España, acogen a muchachas jóvenes que no tienen padre o parientes que las protejan de las maquinaciones de varones sin clemencia.

Me horrorizaba lo que adivinaba que iba a oír. Siempre me revelaba ante los abusos cometidos contra los más débiles.

—A pesar de las prédicas del buen obispo, unos desaprensivos atacaron el convento de noche y se alzaron con las más bellas.

—¡Qué infame indignidad! ¿Qué hicieron entonces los franciscanos? —pregunté.

—Dieron noticia del asalto a Zumárraga. Pero lo más escarecedor fue la reacción de Nuño Beltrán de Guzmán y los oidores.

—¿Qué sucedió entonces? —Yo estaba en ascuas.

—Guzmán advirtió a los parientes de las muchachas que no fueran a lamentarse a las autoridades religiosas, porque, si lo hacían, los ahorcaría con sus propias manos.

—¡Qué mal que hacen hombres de esa catadura al buen nombre de nuestra patria!

Me dolía pensar en esas pobres jóvenes. Pero Íñigo continuaba:

—Completó Guzmán su insolencia, advirtiendo a Zumárraga que si porfiaba en las críticas a su comportamiento, a él también le mandaría colgar.

Reflexioné sobre todo lo que acababa de oír, y tras pensar lo que debía decir, concluí:

—Bien habló don Hernán cuando nos propuso irnos a las Indias. Es indudable que precisan allá de gentes de conciencia y buenos cristianos. Creo que nuestro deber nos conduce a Nueva España.

Tomar una decisión de tal calibre no era tarea fácil, e Íñigo sopesaba los pros y los contras de semejante aventura.

Un buen día le anunciaron una visita. En el umbral de la puerta se dibujó una silueta familiar, que le transportaba a sus años de mocedad. Al acercarse,

el visitante recibió en el rostro un haz de luz.

—¡Señor de Legazpi! ¡No doy crédito! —exclamó mi esposo.

Miguel era un poco mayor que mi marido, pero se percibía que atesoraban muchos y buenos recuerdos de la juventud.

—Él mismo, Íñigo. Vengo a parlamentar con vuestra merced por encargo de nuestro amigo Cortés.

Íñigo se sintió ya vencido. Les miré con curiosidad Sentada en mi escabel, e hice ademán de dejarlos solos, pero mi marido me retuvo.

—Mica, has de conocer a un buen amigo de la familia y mío, don Miguel López de Legazpi.

Una vez hecha la presentación, los dos amigos rememoraron con alegría los tiempos felices.

—¡Qué hermosa juventud tuvimos! ¡Qué alegres reuniones en vuestra casa, en Jáuregui Haundi! —decía Íñigo.

—¡Cuántos sueños de gloria desgranábamos con la ilusión que dan los pocos años! —añadía don Miguel.

—En las bravas montañas que rodean el caserío de Oyanguren^[14], las amistosas batallas entre Urdaneta y tú eran, en verdad, legendarias... ¡Qué furia, qué fuego! ¡Vencíais al mundo entero!

Mi esposo me había contado que los padres de ambos habían sido compañeros de armas, y habían combatido en las guerras de los reinos itálicos y en Navarra, bajo el mando de Martín e Íñigo de Loyola.

Pero Íñigo ansiaba preguntar:

—¿Qué encargo os trae a Toledo?

—El rey nuestro señor me manda viajar a Nueva España para apoyar al virrey en su empeño de dar paz y prosperidad a aquellas gentes —respondió el visitante.

—Teníais vida y hacienda resueltas en nuestros lares... Fuisteis buen concejal en Zumárraga y escribano en Avería. ¿Qué os impulsa a partir?

Íñigo anhelaba entender los motivos que empujaban a Miguel, a quien respetaba y admiraba, a abandonar la seguridad y adentrarse en lo desconocido.

—El reto de un mundo nuevo, mares por descubrir, paisajes infinitos... y ahora... ¡Dios sea loado!

Mi esposo escuchaba con atención, pero, de repente, recordó algo:

—¿Y qué ha sido de nuestro paisano el buen Urdaneta?

—Tras sus expediciones de descubierta, como la de García de Loiasa, sigue en los reinos de Ultramar y ha desempeñado cargos de relevancia,

corregidor, visitador de pueblos y del Puerto de la Navidad... Desde allí me mandó misivas tan seguidas y convincentes para que me decidiera a partir, que en poco tiempo me embarcaré hacia las Indias.

Yo escuchaba y me preguntaba quién de los dos reconocería la verdadera razón de la visita, fue Íñigo:

—Y ¿cuál es el negocio que don Hernán os ha encomendado que me trasladarais?

—Cree, y también lo pienso yo, que sois dos cristianos cabales, de aquellos que se necesitan para hacer el Nuevo Mundo.

—¡Vos también! ¡Esto es una conspiración!

Legazpi recordaba con claridad a aquel muchacho que había conocido en Villafranca de Ordicia, serio, con claro sentido de la responsabilidad y sabía cómo acometer el acoso.

—Carlos I, siguiendo la doctrina cristiana, pretende hacer en Ultramar un estado justo y corregir los abusos cometidos en las Indias.

—¡Y eso a pesar de las repetidas cédulas de su abuela doña Isabel ordenando el buen trato a los nativos! «Vasallos libres de la corona», los llamaba la reina —recordó indignado mi esposo.

—Es menester apoyar a la corona en sus pleitos con los encomenderos. Bien conocéis que el virrey Mendoza es hombre de recto proceder y no ha de ser rehén de compromisos —continuó Legazpi su reflexión. Y añadió—: Muchos encomenderos están por casar, y tienen hartos hijos con las mujeres nativas. Y otros, que dejaron esposa e hijos en Castilla, los olvidaron dejándoles en gran necesidad. Nueva España precisa de familias bien urdidas, que den ejemplo.

Estaba muy claro que Miguel sabía cómo argumentar con mi esposo.

Íñigo, que permanecía pensativo, preguntó:

—¿Estimáis que don Hernán cree aún ser merecedor de la máxima autoridad?

—A mi entender, añora aquellas tierras. Las hazañas de Cortés son inigualables... pero no cabe duda de que un hombre libre de intereses locales tiene menos ataduras —respondió Miguel.

—De ahí los nombramientos que se están produciendo —apostilló Íñigo.

—Así lo estima la corona, que elige a hombres de la Península de probada lealtad y cumplido servicio —respondió Miguel, y tras unos instantes de reflexión, decidió ilustrar a su amigo. Había de saber, caso que decidiera partir para allá, a lo que se podía enfrentar. Su amistad así lo exigía—. El

cabildo y la ciudad de México apoyan la unión y la mezcla de las razas y las tierras. Lo intentan, a pesar de tener una consistente oposición.

—¿Quién se opone a un ideal semejante? —Íñigo empezaba a interesarse.

—Muchos son los españoles que llegan de la Península con cédulas de recomendación para ocupar cargos públicos —respondió Legazpi.

—¿Y qué hay de malo en ello? —preguntó mi esposo.

—Que esos cargos son ambicionados o ya están en manos de antiguos conquistadores... O de sus hijos, llamados «beneméritos».

Otra vez aparecía amenazante esa palabra: beneméritos.

Yo escuchaba con atención, y en cada palabra de Miguel percibía con más nitidez que las Indias no eran del todo el paraíso que nos había descrito Cortés. Íñigo preguntó a Miguel en toda lógica:

—Mas, si como vos afirmáis, es un mundo en creación, habrá mil oportunidades de trabajos diversos y útiles para la corona.

—Sin duda —le aclaró Legazpi—, pero son numerosos los que desean empleos de honra, no cualquier ocupación. El fiscal Maldonado opina con razón que «puestos acá, todos son condes».

Íñigo comenzaba a sentirse implicado, pero no quería rendirse sin batalla.

—No se me alcanza en qué puedo enderezar estos entuertos.

Pero yo, que le conocía, comprendí que la idea comenzaba a hacerse camino en su mente.

—He conversado con don Hernán y me ha confiado que os aconseja ir a las Indias como consejero del virrey. Sin embargo, yo creo que vuestra preparación os designa, además, para ser capitán de la Guardia Virreinal y tener la autoridad necesaria para desentrañar conjuras y apresar revoltosos.

Legazpi tenía una idea muy clara sobre el cargo que su amigo debía ocupar.

—No he de negaros —contestó mi esposo— que me es grato saber que contáis conmigo para empresa singular, pero apenas llegamos de una demorada misión en los reinos itálicos...

—¡Voto a bríos! ¡Sois ambos mozos! ¡Miradme! ¡Os aventajo en edad y sé que aún me aguardan nuevos afanes por comenzar! Ayudad en la construcción de un nuevo reino, y tornad, tras cinco años de servicio a la corona, a vuestra hermosa casa del río, con el deber cumplido —replicó Legazpi. Y añadió—: Es una honrosa tarea. Os repito que el César desea continuar el legado de su abuela, la gran Isabel. Recordáis lo que ordenó a Colón cuando trajo a nativos de las Indias a Barcelona, ¿verdad?: «Regresad a

estos mis súbditos a sus pueblos. Son sujetos de derecho y se ha de respetar su libertad».

—Es noble y singular que este valor moral sea el eje diamantino de los derechos de los indios —apuntó Íñigo.

Entonces Miguel añadió:

—Pero algunos combaten tan altos principios. Si, tras vuestra reflexión, decidís acompañarme, hablaré con el presidente del Consejo de Indias para recomendar vuestro encargo. —Como permanecíamos pensativos, remató—: ¿Sabéis cuál fue el argumento de Urdaneta que decidió mi suerte?: «Solo vos y hombres como vos podéis hacer allá un país cristiano».

A pesar del silencio que invadía la estancia, don Miguel supo que tendría como compañeros de viaje a la familia Vidaurre.

3

Adios a Toledo

1544

Lloré la despedida de mi padre. Era mayor y repetía de continuo a Inés que no nos volvería a ver. Ante mí callaba su pena. Su angustia me atormentaba y me preguntaba a mí misma una y otra vez si era justo pensar tan solo en nosotros y partir a las Indias. Así mismo, me consolaba saber que Damián e Inés, con sus tres hijos, quedaban a su lado, y que no podría sentirse abandonado.

Una tarde de junio, abrumada por el sentimiento de anticipación de la pérdida que hace todo más precioso, estaba con mi progenitor sentada junto al muro que daba al río. Las risas de los niños llegaban desde el huerto, donde cogían las primeras cerezas, tibias de sol; la brisa fresca de las aguas subía hacia nosotros, el aire derramaba el perfume de las rosas y las ramas de los frondosos árboles susurraban una música sutil. En ese momento creí no ser capaz de dejar ese paraíso.

Pero la visión que a menudo asaltaba mi mente me hizo mudar el pensamiento. Ante mí desfilaban mares cristalinos, tierras de horizontes ilimitados, inagotables riquezas en piedras y metales, y todo un mundo desconocido, pero no por eso menos vibrante y real.

Entonces tomé las manos del anciano que me miraba con callado dolor y prometí:

—Padre, he determinado que, tras unos años de empeño esforzado, volveré a los míos, a mi casa, a Toledo.

—Micaela —me llamaba de esta manera cuando era muy seria su intención—, no hagas promesas que no sabes si podrás cumplir.

—¿Por qué dice eso?

—Aquellas tierras están muy lejos. Un vez que allí os afinquéis, os costará tornar.

—No padre, no. Regresaremos y habremos de pasar sus últimos años juntos —prometí.

En ese momento así lo creía, pues no deseaba dejar pasar esa oportunidad, pero estaba segura de que permaneceríamos en Ultramar unos pocos años.

—Sé que estimas interesante para tu trabajo ir a conocer esa civilización y todo lo nuevo que puede aportarte, pero... hay algo más, ¿no es cierto, hija?

De nuevo me sorprendía la sagacidad de mi padre. Antes de que yo hubiera desentrañado mi sentimiento, él ya lo había intuido. Por primera vez puse palabras a mi sensación.

—Padre, el empeño de crear en las Indias un mundo más justo es un gran acicate para mi esposo... pero también para mí lo es. Además, padre... —Dudé unos instantes—. Allí no ha llegado la Inquisición.

La emoción se leía en su rostro.

—No has de albergar la menor duda —me dijo—. Ve. Tu madre te bendice desde el cielo, y yo lo hago aquí en la tierra.

La vida se repetía. Pasaron los meses y me veía de nuevo preparando un viaje que me entusiasmaba, pero con el dolor de dejar a un padre que no era ya tan joven, como cuando la emperatriz nos envió a los reinos itálicos. Además un inmenso océano nos separaría aún más. Pero él había tomado la decisión de no lamentarse, y no dejaba traslucir el pesar que le producía nuestra marcha. No podíamos demorar nuestra partida, pues habíamos de embarcar en la nave que partiría en breve de Sevilla. Mi hermano Damián, a quien yo sabía no le convencía nuestra decisión, ayudaba, sin embargo, para que nuestro padre se sintiera querido. Inés, mi cuñada, extremó su afecto hacia su suegro, y uno de los nietos estaba siempre al retortero para ir a pescar al río, dar un paseo por la vereda, o conversar junto al fuego del hogar con su abuelo.

La despedida la recuerdo como un desgarró. Mi padre se mantenía erguido, flanqueado por su hijo y su nuera y con los nietos agarrándole la mano.

—¡Buen viaje! —nos deseaban—. ¡Hasta pronto! —repetían mientras nuestro coche se alejaba. Al volver la esquina de la empinada calle ya no les vi más, pero sus voces seguían resonando en mis oídos con ensordecedor rumor.

El camino hacia el sur, después de los fríos invernales de Toledo, era una caricia en el alma. La naturaleza iniciaba el despertar con el ansia de una vida que nacía de nuevo. Extremadura, que yo no conocía, me pareció un

esplendor. Los campos danzaban con la brisa, donde el trigo verde y tierno se dejaba acariciar. Unas encinas rotundas punteaban las dehesas en las que pacía el ganado disfrutando de los brotes nuevos y del calor del sol. Como en la vez anterior, la anticipación de lo que íbamos a encontrar me distraía y me hacía olvidar, en algunos momentos, el desgarró de la separación. Mis hijos estaban maravillados. Nacidos en Toledo, no habían salido nunca de la ciudad imperial, y la novedad les llenaba de excitación y curiosidad.

Creo que mi carácter investigador, pero necesitado también del calor familiar, me hacía oscilar entre la certeza de la decisión y el sentimiento de culpabilidad por la despedida de mi padre y mi casa. Íñigo, con su temperamento tan firme, no dudaba. Una vez que había tomado una determinación, no dejaba lugar a los reparos.

Al cabo de varias jornadas arribamos al monasterio de Guadalupe, en la provincia de Cáceres, donde pensábamos implorar la gracia del Altísimo para que nos acompañara durante la travesía y nos protegiera en la decisión que habíamos tomado.

Era un glorioso atardecer de primavera, y el cielo azul intenso se vestía de girones de nubes grisáceas que alternaban con fulgores de oro y retazos de púrpura. Sobre ese fulgor se recortaba el perfil del monasterio, con sus esbeltas torres, entre las que destacaba, así me dijeron que se llamaba, la Torre de las Campanas.

Los monjes, avisados de nuestra inminente llegada, nos recibieron con afecto, y, al pasar, tuvimos ocasión de admirar el muy afamado claustro mudéjar, o Claustro de los Milagros. Los buenos frailes jerónimos nos llevaron a la capilla para dar gracias por las jornadas que acabábamos de finalizar.

Presidía el retablo una bella imagen de Nuestra Señora, muy venerada en toda la Península. En el altar, a los pies de la Virgen, casi rozando el manto, un extraño objeto atrajo mi curiosidad: era un escorpión de oro. Seguí con mis oraciones, pero al finalizar nuestra visita, pregunté por el singular broche.

—Se trata de un exvoto de don Hernán. Parece que uno de estos peligrosos arácnidos le infligió una picadura casi mortal, que le produjo altas fiebres que le llevaron al delirio.

—¿Son muy frecuentes en esas tierras? —pregunté con temor.

—No os alarméis, buena diamantista —respondió el fraile—, no los encontraréis donde vos estaréis.

—¿Qué sucedió tras la fiebre? —indagó Íñigo.

—En un momento de lucidez, Cortés se encomendó a Nuestra Señora, y tras pocos días, sanó. Cuando tornó a España, peregrinó hasta este santuario y, en reconocimiento a la intervención de María, colocó a su vera el escorpión.

Yo aún estaba intrigada.

—¿Queréis decir que esta joya tan hermosamente cincelada viene de las Indias?

—Lo cierto es que el orfebre no tiene mucho mérito en este asunto —repuso el fraile esbozando una leve sonrisa.

—¿Por qué decís eso? —dije yo, asombrada—. Es un admirable trabajo de orfebrería.

—La verdad es que los ayudantes de Cortés tomaron al repelente escorpión y lo guardaron en una jaula, por si habían de conocer el tipo de veneno y procurar un antídoto. —Yo le escuchaba fascinada, y él siguió—: Al sanar don Hernán, mandó que tomaran el bicho venenoso y un orfebre local lo bañara en oro. De ahí la perfección de su apariencia. Está dentro del metal.

Al día siguiente nos pusimos en marcha para continuar nuestro camino hacia Sevilla. Allí nos uniríamos a Legazpi, que nos aguardaba desde hacía unas semanas. Nos había dicho que deseaba estudiar las naves de la Flota de Indias, y lo que cargaban para llevar a Ultramar. Comenzaba su aprendizaje para la magna empresa que en años venideros había de emprender.

El Guadalquivir

1545

PUERTO DE SEVILLA

*E*l viaje por los reinos itálicos me había transportado a un mundo desconocido, fascinante y único; las maravillas de sus hermosas ciudades, que atraían a tantos artistas, las cantaban hasta los romances de ciego. Sin embargo, no estaba preparada para lo que en Sevilla vi. La hermosura de esa ciudad, la suavidad del clima, la alegría de sus gentes me enamoraron desde el primer día.

Legazpi, a quien habíamos encontrado nada más llegar, había conseguido un permiso para visitar el Alcázar, y allí nos dirigimos para conocer uno de los monumentos característicos de Sevilla, que, de manera diversa, me recordaba Toledo. Siempre me había interesado el arte que los árabes habían dejado en esta tierra que tanto amaron. Mi asombro no tuvo límites al contemplar este palacio: las yeserías se multiplicaban en un juego sin fin de fugas y retornos, transformando cúpulas y muros en un dédalo que atrapaba luz y pensamiento; los vidrios multicolores tamizaban la claridad, tornándola mágica.

Del jardín llegaba el rumor del agua que cantaba en las numerosas fuentes, y el intenso perfume de los jardines nos atrajo hacia aquel paraíso, donde el albero doraba las estrechas avenidas y los jazmines se enroscaban entre los erguidos cipreses. Era una creación destinada a complacer todos los sentidos.

Pero fue la catedral la que me causó más viva impresión. Al llegar a la amplia plaza, el aroma del azahar, en ese momento en plena floración, nos envolvió en una nube sensual. Flanqueado por dos guardias, un escribano requería la atención de los mozos a fin de que se decidieran a embarcarse hacia las Indias. Una música marcial de pífanos y tambores animaba a los

recelosos a enrolarse en las míticas aventuras allende los mares. Estas leyendas recorrían el país, narradas en romances de ciego y escritas en literatura de cordel.

En las gradas de la iglesia se arracimaban multitudes de gentes: rezagados que esperaban a ser contratados para la nueva expedición en curso; mujeres valerosas que deseaban partir para encontrar marido o reencontrar un familiar; comerciantes poseedores de mercancías, celosamente guardadas en las atarazanas, que esperaban vender a buen precio; o simples curiosos que disfrutaban gratis del espectáculo que les era ofrecido.

Entramos en el templo y toda la actividad exterior se transformó en una serenidad espiritual sin parangón. La magnitud y la altura de las naves, sostenidas por sólidos pilares de piedra que se elevaban como esbeltas palmeras, floreciendo sus palmas en bóvedas armoniosas; las numerosas y excelentes pinturas que la adornaban y que daban fe de la intensa actividad artística de la ciudad; la Giralda, imponente y graciosa a la vez, y la vida que discurría dinámica en las gradas de la iglesia, me conmovieron. Las vidrieras tamizaban la refulgente luz de Sevilla, convirtiéndola, con sus haces de luz verdosa, azulada o rojiza, en una claridad mística; los diferentes altares conducían a los fieles a su santo protector para implorar por una feliz travesía, salud para un pariente o un parto libre de mal para madre y niño.

Cuando salimos de nuevo, recios marineros arbolaban las banderas, mientras las chirimías tocaban con ardor para infundir coraje a los indecisos. Los más atrevidos firmaban ya su contrato con la Flota de Indias para zarpar en los próximos días. Algún pobre diablo había de estampar su dedo, pues nadie le había enseñado a escribir. Pero a todos se les demandaban sus intenciones: si en su ánimo estaba servir a la corona y después tornar, o bien iban para quedarse y fundar estirpe.

A esa villa sensual y dinámica arribaban personajes de todo el mundo civilizado. La Cédula Real que concedía a esa ciudad el monopolio del comercio con las Indias la había convertido en una de las villas más importantes, ricas e industriosas del orbe. Dos veces al año, este universo complejo y fascinante se ponía en marcha para organizar el viaje que llevaría a cabo la Flota de Indias para unir los dos lados del Atlántico.

Nada más atravesar el postigo de los Azacanes, la actividad semejava a la de una laboriosa colmena en plena efervescencia. Sevilla se me apareció en todo su esplendor como la capital del mundo transatlántico.

En las naves que habían llegado a su destino, la dotación guindaba las velas; en otras se preparaban para una singladura mediterránea, y nuestra

flota, para la más compleja del océano.

Los preparativos en estos barcos que iban a zarpar eran incesantes, y el número de navíos, abrumador.

Representantes de las grandes bancas de Flandes, Génova y Alemania, de los Fugger o Welser, se esforzaban en conseguir los negocios más prometedores; mercaderes de todos los lugares acudían para obtener beneficios de la carrera de Indias, que serían jugosos, a pesar del quinto real que estaban obligados a ceder a la corona. Los portugueses, grandes marinos de océanos bravos, intentaban formar parte de la tripulación; las gentes de los reinos itálicos, florentinos, genoveses o napolitanos, trataban de convencer con su encanto y garbo al maestro, argumentando que nadie como ellos para ser útiles en cualquier situación. Pilotos, maestros y contramaestres, calafateadores, grumetes y marineros se afanaban de aquí para allá, aprestando las naves para una feliz singladura.

La Flota de Indias que allí se preparaba para cruzar el océano componía un imponente espectáculo: eran unas cincuenta naves con sus tripulaciones, viajeros, cargos nombrados por el rey, y las consiguientes «gentes de mar y guerra».

Partían las naves surcando el Guadalquivir y, tras navegar juntos durante semanas, una parte de la flota, la nuestra, tomaría rumbo a Santo Domingo y después a nuestro destino, Veracruz. La otra continuaría viaje hacia Panamá y la esplendorosa Cartagena de Indias.

Sentí no proseguir la ruta y llegar a ese imponente puerto, pues decían que quien ha llegado a Cartagena de Indias al atardecer, nunca olvidará el imponente castillo de San Felipe, que se alza poderoso sobre el cerro de San Lázaro.

Capitanes, alféreces, arcabuceros, lombarderos, artilleros y otros soldados comprobaban el buen estado de las sacas de pólvora, la solidez de la alcuza de los falconetes, el número de armas que debían embarcar y la idoneidad de las mismas.

Íñigo desapareció en cuanto llegamos al puerto para subir a bordo, saludar al capitán general y confirmar en qué galeón habíamos de embarcar. Deseaba también ponerse a su disposición en lo que hubiera menester. Nuestros hijos, Teresa y Diego, observaban ese mundo insólito y variopinto con total asombro. Diego, que ya tenía ocho años, comprendía mejor el alcance de aquel Cafarnaúm, pero para Teresa, de tan solo seis, era un mundo de maravillas incomprensibles cercanas a un cuento.

Los oficios estaban bien representados: zapateros, sastres, talabarteros, borceguineros, molineros, ofrecían sus servicios y mercancías. El maestro, responsable del avituallamiento, examinaba los productos, harinas, salazones de pescado y carne, tocino, sacas de garbanzos y habas, bizcochos, frutas, odres de agua y barricas de vino. Incluían, así mismo, algunas golosinas: azúcar blanco y negro, blanco de pan; frutos secos, ciruelas pasas y confituras como el calabazate, la cidra confitada y el dulce de membrillo.

En la urca que fungía de hospital atesoraban, ante todo, medicinas: píldoras, emplastos, unguentos y aceites conservados en botellas bien protegidas por cajas de madera. No podía faltar comida para los posibles enfermos, como bizcochos amasados con azúcar y huevo y bizcochetes, y también barricas de vinagre para la desinfección.

Mientras tanto, los azacanes ofrecían su precioso líquido a la atareada multitud.

El puerto parecía una Babel que hubiera sido ordenada de manera súbita, para que cada cual llevara a cabo su cometido. Muchos marineros se afanaban, mostrando ante los ojos admirativos de sevillanos y forasteros, toda suerte de productos, portados en viajes anteriores de las Indias: papagayos de colores suntuosos y habla despierta; piezas de algodón de un blanco cálido y sedas de azules intensos y rojos inigualables; grandes canastos con árboles de frutas aromáticas nunca vistas...

En algunos subían los bastimentos que guardarían en los paños: olivos, vides y naranjos, que habrían de regar y cuidar con esmero. Unos hombres intentaban convencer a hermosos caballos cartujanos para que se dejaran llevar al interior del galeón, y unos perros de aspecto fiero pugnaban, sin embargo, por seguir a sus amos fuera donde fuese su destino.

—Están inquietos esos magníficos equinos. Serán temibles si se desata una tempestad —comenté preocupada.

En ese momento se acercó Miguel de Legazpi, seguido por un criado cargado con los innumerables regalos que llevaba para su familia, y más tarde comprobaría que también contaba con numerosos amigos en la capital novohispana.

—Serán convenientemente cinchados bajo el vientre y les sujetarán con una soga a una sólida viga, para que no puedan dañarse, ni herir a los marineros —me informó Legazpi. Diego, que adoraba a los caballos, escuchaba atento. Al ver el interés del niño, Miguel añadió—: No te aflijas, Diego. Los cuidan muy bien durante la travesía. Son muy importantes para nosotros. Es difícil encontrar buenos ejemplares en las Indias.

—Pero resbalarán con sus cascos en la pulida madera —le apunté.

—Cuando embarquemos os llevaré a ver la segunda cubierta donde los colocan —aseguró—. Una vez allí veréis que echan una abundante capa de arena para que no patinen.

La expresión de felicidad de mis hijos me ratificaba en una decisión que había sido difícil de tomar: marchar hacia lo desconocido era lo que la familia necesitaba en ese momento: abrir las puertas al esplendor del universo.

Miguel dijo a modo de colofón:

—¡Ah!, y tendrán en el viaje comida en abundancia.

Los marineros hicieron subir, así mismo, vacas y ovejas, que tan útiles se revelarían en la travesía como en las dehesas de Ultramar. Algún marinero impaciente ya cazaba los cabos para iniciar el viaje.

Una vez cargados y ordenados todos los bastimentos y pagado el almojarifazgo, podíamos partir.

El viento hacía entrechocar los palos de los galeones, zabras, pataches y bateles, interpretando una música marinera, a la que se unían pífanos, tambores y trompetas de sonido marcial.

Para mi sorpresa, muchas mujeres se aprestaban a embarcar.

—¿Por qué están aquí todas esas mujeres?

—Son las «soldaderas». Acompañan a sus maridos, con quienes compartirán las penas y las dificultades de guerrear, cazar y trabajar el campo —me informó mi marido, que ya se había unido a su maravillada familia.

—¿Qué galeón es el que nos han destinado? —pregunté.

—Navegaremos en la nave capitana, la *Virgen del Rosario* —dijo—. Nada debéis temer, va bien artillada y pertrechada. Subamos y lo comprobaréis —corroboró Legazpi, al percibir mi angustia de última hora, sobre todo porque llevaba a mis hijos conmigo. La dualidad de mi carácter me jugaba estas pasadas.

Juntos, volvimos a contemplar aquella sorprendente tripulación, que iba a ser nuestra compañía a través de mares ignotos.

Eran hombres bragados, oriundos de una nación que apenas abandonaba el Medioevo, y se adentraban en el Renacimiento. Los ideales de ambas concepciones crearon estos héroes capaces de las mayores gestas, los trabajos más arduos y los resultados más sorprendentes. Y que, además, contaban con la inestimable ayuda de sus compañeras.

Y todo eso a la vera de un río plácido, cuyas aguas doraba el sol de la tarde, mientras damas de postín montadas a caballo paseaban por la alameda,

chiquillos revoltosos corrían jugando a esconderse y encontrarse, y todos gozaban de la energía de esa ciudad privilegiada.

El correo mayor de Indias, hombre recio y de porte erguido, entregó al capitán de la nave capitana las órdenes del emperador destinadas al virrey y a la Real Audiencia y los despachos de la Casa de Contratación y la Casa del Mar para las autoridades novohispanas.

Apenas unos días y estaríamos iniciando la travesía por ese océano inmenso de las leyendas.

Embarcamos, y nada más hacerlo, Íñigo fue requerido, como capitán de Infantería de Marina^[15] para que diera fe ante el escribano de que era «hombre de mar y de guerra».

Los pilotos de río hicieron la señal anunciando que estaban prontos para guiar las naves de calado y pasar la barra con la creciente. Nos seguían unas cuantas embarcaciones menores que transportaban numerosos bastimentos. Oteé el horizonte y, a la altura de El Arenal, vi a la muchedumbre contemplando el espectáculo de la flota deslizándose con calma, segura, tranquila, por la senda fluvial. Yo llevaba conmigo una imagen de Nuestra Señora del Buen Aire, que me había regalado una amiga de Sevilla, y me aferré a ella en un movimiento reflejo.

Descendimos el cauce del Guadalquivir con emoción contenida. Las aguas se me antojaron mágicas, la suavidad del descenso y el sol que comenzaba a despuntar y tornasolaba el río me hicieron ver la belleza de la patria que estaba a punto de abandonar. Un súbito dolor me atenazó el pecho y me agarré a las manos de mis hijos en un intento de protegerlos de todo mal. En ese momento llegamos a la altura de la ermita de Nuestra Señora de Bonanza, en Sanlúcar de Barrameda, y me arrodillé rezando a la Virgen para que nos protegiera. Al alzarme, intenté llamar la atención de los niños sobre las maniobras de los galeones, y ocultar así mi inquietud.

Al acostar las pequeñas embarcaciones junto a las de mayor tonelaje, se armó un zafarrancho en nuestro buque, pues tenían que embarcar lo que portaban las zabras y pataches.

—¿Por qué nos detenemos ahora? ¿Y qué hacen esas naves chicas junto a las grandes? —preguntó Diego a su padre.

—Tenemos que izar el material de guerra.

—¿Y por qué no las cargaron antes, en Sevilla? —Diego estaba en esa época de la infancia en la que tenía que tener respuesta para todo lo que observaba.

—Se debe a que esas armas son muy pesadas, la nave va muy cargada y podía tocar el lecho del Guadalquivir y embarrancar. Ahora, con mayor calado, no corremos peligro —contestó Íñigo, con paciencia.

Iniciaron el embarque de los cañones, culebrinas y los ligeros falconetes, acompañados de su balerío de hierro o de piedra; alabardas y lanzones vizcaínos, y demás utensilios de guerra, como ballestas, hachas y chuzos de abordaje.

Cuando vi izar unas maderas cumplidas, fui yo la que pregunté:

—Y esos tablones inmensos, ¿para qué sirven?

—Son empavesadas, muy útiles para resistir un abordaje —respondió mi esposo.

Me vi de repente rodeada de piratas feroces, mis hijos raptados y conducidos al reino de Tremecén o a algún lugar semejante. Miguel debió de entender mi temor y dijo sonriendo, como para quitarle importancia:

—No temáis, señora diamantista. Navegáis con la mejor marina del mundo.

CABO SAN VICENTE

*A*nsiaba el momento en el que el río abrazara el océano. Las «gentes de mar y guerra» se reunieron para realizar el «alarde», reunión o exhibición de fuerzas, y, concluida la parada, un buen cañonazo indicó la «señal de recoger», que anunciaba que se zarpaba, sin esperar a nada ni a nadie. La bandera fue arbolada en nuestra nave, la capitana, acompañada esta ceremonia por una música heroica que interpretaban trompetas y chirimías. Teresa y Diego no cabían en sí de contento, pues percibían que había comenzado una gran aventura. Tan pronto izaron la bandera en todas las embarcaciones, sonó el segundo estruendo. Era la «señal de partida», instante en el que habíamos de ponernos en ruta.

La *Virgen del Rosario* tomó la delantera e iniciamos la singladura. La tajamar hendía las aguas en una cadencia rumorosa que me exaltaba el ánimo. Creo que verme tan exultante contribuyó a que mis hijos creyeran, en efecto, que emprendíamos un viaje mágico, en el que habían de fijarse en todo, porque navegábamos hacia un mundo nuevo, pleno de animales, plantas y paisajes nunca vistos.

Las naves más lentas fueron quedando atrás, pero uno de los galeones cuidaba de todas, permaneciendo siempre en la retaguardia. Esto es, cuidando la cohesión de la flota. Era un día de luz y sombra. Amplios claros de sol jugaban a esconderse tras etéreas nubes blanquecinas, que poco a poco fueron tornándose más oscuras y amenazadoras. La mar comenzó a rizarse; pequeñas cumbres de espuma punteaban las agitadas aguas, cuyo color iba virando del verde transparente a un azul oscuro. Íñigo, que estaba con el capitán de la nave, se unió a nosotros para explicarnos la próxima maniobra.

—Navegaremos con toda tranquilidad, pero como hasta rebasar los cabos de San Vicente y Santa María es lugar de tormentas y piratas, lo haremos en formación de «buena orden de guerra». —¡Menos mal que nos has avisado!— comenté.

—He venido a decíroslo, porque cuando los marineros y gentes de guerra inicien las maniobras, podíais asustaros.

Y marchó de nuevo a sus asuntos. El vigía, desde lo alto, dio la voz de alarma.

—No tengáis miedo —dije a mis hijos—, es todo fingido. Vamos a deleitarnos con esta visión marinera.

Los dos niños habían salido a su padre y a mí. Ya amaban el mar. A pesar del movimiento de balanceo del barco, no se sentían en absoluto mareados, por el contrario, se les veía gozar de la ancha mar, del aire limpio y recio y de cabalgar sobre las ondas, mientras desfilaba la ya lejana costa ante nuestros ojos maravillados.

—¡Madre, mirad! —exclamó Diego, que tenía una vista excepcional—. ¡Hay dos puntos en el horizonte!

—¡Zafarrancho de combate! —ordenó el capitán—. ¡Formación de guerra!

Teresa me miró un poco inquieta, y yo torné a repetir:

—Sosegaos, es pura rutina de la flota.

Seguimos disfrutando de lo que yo creí ser un simulacro. De inmediato las naves se colocaron muy juntas y las más necesitadas se vieron rodeadas por las más potentes, que se situaron a barlovento para protegerlas. Las embarcaciones menores se situaron pegadas a nosotros, a la vera de la capitana, que había ya virado a sotavento.

Los dos puntos en la lontananza se hicieron más visibles, y comprendí que eran dos naves.

—¡Madre, son dos barcos! —explicó Diego con alegría.

—Es una espléndida simulación —asentí—. ¡Hay que ver! ¡Hasta tienen unas naves aguardando para hacerse ver y que la amenaza sea más realista!

De repente, los dos lejanos galeones giraron y desaparecieron con lentitud rumbo norte. Aplaudimos con entusiasmo y lo mismo hicieron algunos de los pasajeros que habían oído nuestra aclaratoria conversación.

Estábamos comentando lo acaecido, cuando llegó mi esposo.

—Me siento orgulloso de vosotros. ¡Con qué serenidad habéis encarado el peligro! —dijo esbozando una gran sonrisa.

—¿Peligro? ¿A qué te refieres? —pregunté.

—A la amenaza que suponían los dos navíos.

—Pero... estaba todo preparado. ¿No es así? —dije yo un tanto asustada.

—No, Mica —contestó mi marido—. Hasta que no hemos avistado bien el pabellón, temíamos que fueran piratas.

Al oírlo, Diego gritó con entusiasmo:

—¡Piratas, Teresa, eran piratas!

Tomando su espada de juguete, amenazó a su hermana, como si ella fuera un malvado corsario, a lo que ella respondió con un buen mandoble de la suya. Y siguieron jugando alegremente, ignorantes del ataque que podíamos haber sufrido. Una vez que se habían alejado, musité a Íñigo:

—No digas a nadie de nuestro error. Deja que nos crean tan valientes y esforzados.

—Señora —respondió mi esposo con sorna—, nada diré. Dejaré que crean en vuestro arrojo y vuestra serenidad. No es generosidad por mi parte; vuestro valor acrecienta mi buen nombre.

A pesar del tono de humor en el que había proferido estas palabras, yo podía detectar en su voz una cierta aprensión. Y razón había de ello, íbamos a atravesar una de las zonas preferidas por los piratas.

El Oceano

*H*abíamos superado los dos cabos sin zozobras y un poco antes de la anochecida tuvo lugar una preciosa ceremonia que nunca olvidaré. El sol continuaba su descenso para encontrarse con la mar, y tras el aviso del contramaestre que indicaba con los pitidos de ordenanza el momento de «salvar», acostaron todas las naves a la capitana y se transmitieron el santo y seña.

Miguel de Legazpi, que había tomado mucho afecto a mi hijo, le explicaba despaciosamente:

—Observa, Diego, cómo se llegan las naves para saludar a la capitana. Fíjate que primero han de cantar la palabra secreta, y solo entonces se comunican las novedades de la travesía.

—¿Es por si nos escuchan los piratas? —indagó con acierto el niño.

—El silencio es una regla que debemos siempre respetar en la mar, porque, aunque ahora la luz reinante nos permite reconocernos, de noche los corsarios pueden intentar una traición al amparo de la oscuridad.

No bien don Miguel hubo terminado su explicación, el capitán dio la palabra secreta para la próxima jornada. Entonces la tripulación, marinería y pasajeros se reunieron en sus respectivas cubiertas para cantar la «*Salve a Nuestra Señora*» que había de protegernos en el viaje.

Las siguientes jornadas nos regalaron una mar en calma y un sol esplendoroso.

Desde el castillo de proa contemplaba aquellas aguas que discurrían veloces bajo la quilla, y que me alejaban de mi hogar, de Toledo, de España. El astro dorado de poniente me abrazaba como un amante. Esa vez iba al encuentro del océano, que me llevaría a un mundo desconocido.

«Sé que hallaré lugares de fábula, pero también sé que es posible que me tope con peligros que desconozco...». «Con Íñigo a mi lado, no temeré...».

LOS TRABAJOS DE LA MAR

*H*abía transcurrido ya una semana y, de nuevo, vinieron a requisar nuestros baúles. Me molestaba en extremo porque nos permitían guardar en el camarote solo lo imprescindible.

—¿Es necesario despojarnos de nuestras pertenencias? —preguntaba a mi marido.

—Lo es. Nos acercamos a otro lugar de posible ataque de los corsarios a sueldo de los renegados de Argel. Sin mencionar a los crueles piratas de la Berbería, que pululan por estas aguas.

—¿Y qué tienen mis vestidos y los de mis hijos con esos asuntos de guerra? —insistía yo, nada convencida.

—Son órdenes que hemos de respetar. Camarotes, cubiertas, estancias, todo ha de estar expedito en caso de ataque, para no impedir las maniobras de defensa.

—Tuve que habituarme a la estrechez de nuestro camarote, y ahora me quedo sin mi equipaje —rezongué.

—Ten paciencia, Mica. En las áreas de piratería, el cuidado ha de ser extremado. Así naveguemos por el Atlántico, volverás a tenerlo todo aquí —prometió Íñigo.

Habituada al espacio de mi casa en Toledo, el reducido camarote, compartido con nuestros hijos, me producía desasosiego. Tal vez lo más enojoso resultaba la falta de intimidad para el aseo personal. Era en extremo difícil hallar la deseada privacidad. Pero el horizonte infinito de la mar compensaba todas las privaciones. Ante el esplendor del océano quedaban olvidadas al acabar el día y contemplar las aguas bañadas de oro y los cielos abrasados de rojos azules y cárdenos.

Otro asunto que me preocupaba era la alimentación de mis hijos durante la travesía y que la carencia de algunos víveres hiciera mella en su salud.

¡Había oído tantas historias sobre enfermedades y dolencias producidas por la carencia de viandas frescas! Mas he de afirmar que el avituallamiento había sido realizado con sumo cuidado, y sin gozar de una gustosa dieta, no nos faltó lo necesario. Con nosotros viajaba un médico notable, lo cual me tranquilizaba en extremo, porque muy pronto tomó mucho afecto a mis hijos, y supe que si algo les ocurría se desvelaría en atenderlos. Era un hombre alto, gallardo, de pelo oscuro que enmarcaba unas facciones como talladas en

piedra. La nariz aguileña, la mandíbula poderosa y el firme mentón eran dulcificados por una mirada apacible y maneras sosegadas.

Se llamaba Rodrigo Bernáldez, y supe que tenía esposa en Nueva España, y él mismo nos contó de su interés por la botánica novohispana, que abriría una puerta importante a medicinas desconocidas hasta entonces.

Tomé la costumbre de tomar el almuerzo al despuntar el día. Me llevaba a mis hijos a proa, y allí, agarrando con firmeza nuestras escudillas, mirábamos como nuestra nave surcaba las aguas, dejando tras de sí una estela de espuma. Las vacas que llevábamos a bordo nos proporcionaban un cuartillo de leche, en la que mojábamos unos tiernos bizcochos.

Dos días más tarde, y sin presencia de filibusteros cuando estábamos a la altura de las islas Afortunadas, aparecieron unos ágiles delfines que acompañaron la singladura saltando con energía en la estela de la nave. Toda la marinería les saludaba con alegres vítores, pues era conocido que esos cetáceos eran buenos compañeros del hombre. Teresa y Diego seguían embobados en sus acrobáticas evoluciones que nos acompañaron durante un largo recorrido.

No sería la única vez que esto había de suceder.

Avistada la punta de Naga en la isla de Tenerife, el capitán envió tres barcos de menor tamaño a puerto, para realizar la aguada y tomar víveres. Cargamos de nuevo bastimentos y alimentos frescos, antes de adentrarnos en el proceloso océano. Toneles de agua fresca, peces recién cogidos, así como tocino, carne y pescado salados, quesos, sacas de habas y de garbanzos, y pencas de plátanos que habrían de ser nutritivos e importantes para nuestra alimentación. Terminada la carga, y decidido el derrotero en consejo por el capitán general y los capitanes de todas las naves, el mando de la capitana dio instrucciones de levar anclas.

Continuamos navegando «en conserva», que agrupaba todas las naves bajo la autoridad de la capitana. Causaba estupor ver la pericia con la que las tripulaciones conseguían mantener la distancia necesaria, y, sin embargo, seguir unidas.

Todos los días, el capitán general recorría el barco observando de proa a popa cómo se efectuaban los trabajos; que los linternones estuvieran encendidos al anochecer; y vigilando de babor a estribor que todos y cada uno cumplieran su cometido, manteniendo así la disciplina y mostrando que vigilaba con suma atención lo que sucedía en su nave. Estando una mañana en cubierta con mis hijos, se acercó a mí el capitán general.

—Mucho agradezco a la fortuna que me haya enviado a vuestro esposo en esta carrera de Indias —me dijo con un respetuoso saludo.

—Y nosotros agradecemos a vuestra merced su cuidado para nosotros —le contesté.

—Sé que, a veces, os incomoda la estrechez de vuestro aposento, pero en cuanto rebasemos estos lugares de peligro, estaremos descansados, y vos, más cómoda —aseguró.

«¿Por qué le habrá contado Íñigo —pensé enfadada— lo que privado debía permanecer?».

Pero él, ante mi silencio, continuó:

—Habéis de conocer el sosiego que me embarga al tener a mi lado al capitán de Vidaurre.

Diego y Teresa le miraban con la satisfacción pintada en sus rostros.

—Sé que si algo me sucede, él continuará la singladura y llevará la flota a buen puerto. Combatimos juntos en Argel y conozco de su valor y serenidad.

—Quedo deudora de vuestra merced —le dije con cortesía, y sinceramente agradecida.

En ese instante el maestre de campo vino a buscarle, pues necesitaban consultarle sobre una de las naves que se estaba quedando rezagada.

Las «zorreras», al ser más pesadas, iban más lentas y teníamos que esperarlas para que el convoy navegara unido.

Aminoraron la marcha y, cuando el último patache recuperó velocidad y se unió a la flota, igualamos las velas y continuamos la singladura. Poco tiempo después era ya anochecido. El cielo estaba cuajado de estrellas y la lumbre de los fanales se reflejaba en la mar con tal intensidad que parecían fuegos acuáticos. La repetición de las tareas marineras, la vida que se desarrollaba en el espacio restringido del barco, me producía una sensación incomparable de estar aislada del resto del mundo. Como si nada ni nadie pudiera interferir en esa ordenada existencia.

Por otra parte, el efecto que siempre tenía en mí la mar me inspiraba una invencible euforia.

Hasta entonces, mi mar, la mar, había sido el Mediterráneo, familiar, suave o tormentoso, plácido o infestado de piratas, pero conocido y contenido. Otros corsarios, más distinguidos, pero mucho más ladinos, habían de poblar nuestros temores. Franceses, ingleses y holandeses, ávidos de las riquezas que pertenecían al Imperio español, surcaban el océano henchidos de audacia y avaricia. La razón me decía que, esta vez, un océano inmenso, de oscuras historias de monstruos y peligros; de marineros tragados en un

santiamén por una mar devoradora; de silencios insondables y fragores aterradores, se presentaba ante mi vista. Pero yo rechazaba ese pensamiento. No quería arruinar mi entusiasmo. Y así sería durante las semanas que duraría la singladura.

MONSTRUOS Y SIRENAS

Al final de cada jornada, se reunía la flota, se contaban las velas para comprobar que no hubiese ninguna ausencia, y se encendían los faroles de popa. Pasaron los días en una mar en calma, en la que el viento suave hinchaba las velas, haciendo que navegáramos deslizándonos por las aguas. Cuando hubieron transcurrido quince jornadas desde nuestra marcha de las Afortunadas, el capitán general mandó realizar un alarde, y también repetir el simulacro de zafarrancho de combate, para tener a la marinería y la tripulación bien entrenadas y dispuestas ante los posibles ataques. Cada dos semanas se repetían estas operaciones para goce de chicos y grandes, pues nos daba sensación de estar preparados ante cualquier contingencia.

Mis hijos, que ya habían hecho amigos entre los grumetes, corrían al anochecer a escuchar las leyendas que contaban los marineros más expertos a los más jóvenes. Me acerqué yo también en una ocasión, y estaban Teresa y Diego tan obnubilados por las leyendas allí narradas, que no advirtieron mi presencia.

—Sé de buena tinta —contaba uno— que dos marineros caídos en una tormenta fueron devorados por un monstruo blanco de mil colmillos, ¡grandes como los de un elefante!

—Esteban no me dejará mentir —decía otro mientras miraba fijamente al que debía de ser Esteban—, si os juro que, en una noche de calma chicha, salieron unas sirenas que nos hacían signos de amistad para que con ellas nos fuéramos.

La débil luz que arrojaba algún candil exageraba las facciones de los fabuladores y les otorgaba un terrible aire fantasmagórico.

—Dicen, pero eso yo no lo he visto —iniciaba el más prudente—, que una extraña luz viene de las profundidades marinas, y que si no estás atento, te envuelve y te arrastra al fondo.

Si en ese instante alguien hubiera gritado «¡Fuego!», mis hijos ni se hubieran movido. Estaban absortos.

—Eso no es nada —quiso impresionar un cuarto marinero—. Yo he visto con estos ojos una enorme serpiente, que tras agitar las aguas, se alzó sobre la cubierta y se llevó a tres de un solo bocado.

Los murmullos de los oyentes acompañaban las fantasiosas declaraciones de los romanceros.

—Pues una noche oscura como la boca del diablo —anunció otro, hipnotizando a todos— tuve a un pulpo gigante que surgió del abismo cara a cara, amenazándome con sus ojos colorados inyectados en sangre.

Y tras dar una vuelta al ruedo con expresión complacida, le dio un empujón a uno de los compañeros retándole:

—¡Ahí te querría yo ver!

La expresión de Teresa era de tal espanto que decidí intervenir y llevármelos a nuestro camarote.

Que durmieran resultó una tarea imposible. Preguntaban sin cesar por la veracidad de los hechos que habían escuchado, y, a pesar de que su padre les repitió que eran solo leyendas, durante el agitado sueño se despertaron varias veces, sudorosos y aterrados, pidiendo ayuda. A la mañana siguiente les prohibí las sesiones nocturnas de romances marineros.

Pensé que no necesitaban escuchar fábulas marineras, pues la naturaleza, pródiga en fenómenos espectaculares, iba a mostrarles las inagotables sorpresas del océano. Una noche, cuando me deslizaba placentera hacia el duermevela, vino Íñigo y me susurró:

—Mica, ¡presto!, ¡acomódate y ven! ¡Vas a sorprenderte!

Los niños, que habían escuchado a su padre, saltaron como si tuvieran un resorte, y en un visto y no visto, corríamos los cuatro hacia proa, seguidos por nuestro perro *Titán*, un fornido mastín, que mostraba su excitación con alegres aullidos. Era noche cerrada, no había luna y, sin embargo, la mar resplandecía con una claridad misteriosa. La vena poética de mi hija le hizo exclamar:

—¡Madre, mira! ¡La luna ha venido a bañarse en la mar!

Nadie hubiera podido explicarlo mejor. En efecto, las aguas mostraban una brillante luminosidad, que en diversas capas tomaba una tonalidad azulada. La oscuridad reinante en lontananza hacía aún más extraordinaria nuestra situación. No soplaba una brizna de aire, la Flota estaba reunida en la mar en calma, rodeada por esta luminiscencia como una isla solitaria, incandescente, brillante como una joya en la oscura noche. Permanecimos absortos contemplando y gozando de aquel fenómeno marino, fabuloso, inverosímil... Pudimos observar entonces que innumerables seres minúsculos

se desplazaban con lentitud de un lado a otro, produciendo con su movimiento estelas de luz que iluminaban el océano. Con las primeras luces del alba, comenzaron a apagarse las de las aguas, y, solo entonces, muchos de entre nosotros consentimos volver al reposo.

Habían transcurrido varias semanas de navegación y la mar estaba en calma. La luz del amanecer se deslizaba sobre la superficie de las aguas como un amante que despierta a su amada acariciando su piel tibia y dormida.

Sentí un escalofrío al envolverme la brisa marina que comenzaba a hinchar las velas. La actividad en el galeón aumentaba al pasar los minutos. Habían de aprovechar los vientos propicios que harían volar la nave en el anchuroso océano, en pos de su destino, las Indias.

Una tierra de mitos y leyendas se agolpaba en mi mente. Suspiré: ante mí se extendía un mundo nuevo, culturas, gentes insospechadas, un futuro que ansiaba conocer.

Algunos atardeceres nos atraían como mariposas a la luz. La contemplación de ese horizonte infinito, teñido de cárdenos, rosas, púrpuras y violetas que encendían las aguas al unirse con ellas, nos llenaban el ánimo de euforia. Diego y Teresa preguntaban de continuo, como hacen todos los chicos, si faltaba todavía mucho para llegar.

—No seáis impacientes —les respondía yo— y disfrutad del viaje. A veces es más hermosa la ruta que el destino.

Ellos no comprendían lo que yo les decía, eran muy jóvenes para saberlo, pero convenía que fueran aprendiendo.

Una de esas tardes, cuando las tinieblas cubrían la mar y los marineros comenzaban a encender los fanales, Miguel de Legazpi nos dijo a mi marido y a mí que algunos criollos llamaban a los españoles *gachupines*.

—¿Y qué quieren decir con eso? —pregunté alarmada.

—Sosegaos, Mica —respondió él—. Los encomenderos y las gentes afincadas desde la Conquista en esas tierras se consideran ellos, los criollos, injustamente tratados.

—En Toledo me advertisteis —inició Íñigo— del descontento en México. Pero ¿existe alguna causa más de resentimiento?

—Como os referí en su momento —contestó Legazpi—, los antiguos conquistadores o sus hijos ven con enfado que los mejores cargos del virreinato vayan a parar a manos de funcionarios que llegan de España.

—Como nosotros. Y todos los nuevos soldados que van para allá —subrayó mi marido.

—Los «beneméritos», así llamados porque creen tener los méritos por conquista o herencia, pueden provocar conflictos en breve —reflexionó Miguel.

—Y la corona no desea que los criollos, con claros intereses, rijan los destinos de Nueva España —afirmó Íñigo.

De nuevo el mismo problema se asomaba a nuestras vidas.

—El rey no solo desea controlar la política novohispana, sino que está determinado a que se haga con justicia. Han tenido lugar demasiados abusos —aclaró Miguel.

—Y los indios, ¿por qué han soportado ese estado de cosas? —pregunté.

—Porque sus anteriores soberanos les gobernaban con más dureza —contestó Miguel—. Y además la evangelización a cargo de nuestros buenos franciscanos les muestra una sociedad de libertad.

—Para esto es fundamental el ejemplo —añadí.

—Podéis estar descansada. Lo dan —afirmó Legazpi—. Al menos son las nuevas que recibo de Urdaneta.

—¡Mi amigo de infancia! —exclamó mi marido, y quiso saber—. ¿Le veremos en México?

—Según tengo entendido, ahora es visitador del Puerto de la Navidad. Son muchas sus ocupaciones. No sé si podremos verlo enseguida... —explicó dubitativo Miguel.

LA TEMPESTAD

El aire se iba haciendo más cálido a medida que nos acercábamos a las Indias. Faltaban ya pocos días para que atracáramos en el puerto de Santo Domingo, antes de nuestro destino final, Veracruz. Hasta ese momento, un tiempo plácido nos había acompañado en el viaje. Ojalá no lo hubiera pensado.

El día anterior un pesado solanazo nos había perseguido durante toda la jornada, y un veloz meteoro de fuego, un «piteo» con su extraña forma de tinaja, surcó los cielos, pero este día amanecía sereno y con un agradable aire refrescante.

Cuando terminamos de almorzar, salí a cubierta con Diego y Teresa para gozar de la brisa marina, pero, extrañamente, esta se había tornado fría y el cielo ya no lucía límpido como lo hiciera por la mañana. De manera

inesperada, una lengua de fuego incandescente envolvió los mástiles y la arboladura en muchas de las naves. Danzaba de uno a otro palo, enredando su cola de lumbre fantasmagórica entre velas, aparejos y jarcias. El resplandor nos deslumbró e incluso marineros avezados quedaron inmóviles de estupor. Sabían que se avecinaba una potente tempestad, que aterraba a todo buen conocedor de la mar. Una corriente de miedo contagió la tripulación que faenaba por las cubiertas. Yo conservaba en la memoria el fuego de san Telmo que nos sorprendió cuando navegábamos hacia Nápoles, pero no recordaba que hubiera producido el pavor que ahora constataba con estas aterradoras bolas de fuego. La marinería, que bien conocía estos fenómenos, tenía por seguro que se avecinaba una seria tempestad. Y una tempestad en el océano había de ser imponente. Pero conocían también que si san Telmo enredaba su fuego ardiente en mástiles y palos era segura señal de que les libraría de perecer. Unas voces roncadas se elevaron suplicantes:

—¡Señor san Telmo, cuida de nosotros!

—¡Aparta las garras del maligno de nuestra nave!

—¡No dejes que nos arrastre al averno!

Los capitanes avisaron:

—¡Fuego de san Telmo! ¡A vuestros puestos!

El firmamento se encapotó y adquirió una coloración siniestra de oscuros grises. Parecía que una poderosa fogata nos hubiera rodeado con su negro humo. La atmósfera se hizo irrespirable; los animales preveían el temporal y se agitaban inquietos en la bodega, los caballos se encabritaban y balaban las ovejas.

La mar comenzó a arbolarse, alzando a gran altura las olas; las puntiagudas crestas crecían por momentos y se alzaban amenazantes como cuchillos sobre la superficie, produciendo el incómodo balanceo de la nave.

Era solo el inicio. En unos instantes, las olas encrespaban la superficie, que se tornó negra y amenazante; el viento azotaba la cubierta y los hombres se miraban unos a otros, mientras algunos invocaban a santa Bárbara. Íñigo, sereno, ayudaba en las maniobras:

—¡Encabalgad los cañones! —Y dirigiéndose al piloto, gritó—: ¡Aprovecha el socaire de las olas! ¡Domina el timón!

Una luz violenta atravesó la oscuridad y rasgó las negras aguas. Fue tan rápido que no pudieron calibrar su cercanía, pero el atronador fragor del trueno les mostró que navegaban en el ojo del temporal. La lluvia caía con tal saña que cegaba a la tripulación que se afanaba en amarrar los cabos a las cornamusas, calzar las escotas y recoger las drizas. Unos marineros en

cubierta se ataron un cumplido cabo a su cintura, a fin de que la marejada no los arrastrara por encima de la borda. La nave cabeceaba a causa de la furia de las olas, mientras la marinería capeaba el temporal y todos tratábamos de mantener el equilibrio y la calma. Permanecí durante creo que fueron horas en el camarote intentando infundir a mis hijos la seguridad que no sentía. Salí un par de veces a cubierta por si oteaba un inicio de escampar.

Pero el panorama era aterrador. El agua se agitaba en trombas poderosas que descargaban su furia en los cascos de las naves, arrojándolas al vacío que originaban las olas. El viento rugía añadiendo pavor a los marineros, que intentaban controlar el miedo que sentían, pero los rayos que se lanzaban incesantes contra la mar erraban su objetivo de vez en cuando y alcanzaban el puente o los mástiles de alguna nave, y la tripulación se afanaba desesperada en apagar el fuego.

Arreció la lluvia con desmedida fuerza, lo cual vino a atenuar la tensión de incendios, pero seguía tan fiera que impedía llevar a cabo las tareas para paliar el temporal. A este ruido infernal se unían los truenos que parecían anunciar el fin del mundo. Torné a la cámara con mis hijos y, aunque pidieron subir a ver la tempestad, lo prohibí terminante.

Pensé, lo digo con convicción, que había llegado nuestra última hora. Sentí una pena infinita por esos niños que no habían vivido. Y culpabilidad. Sí, porque mi decisión había sido determinante para ese viaje. Recordé la casa de piedra junto al río, el calor seguro de mi hogar toledano y el amor incondicional de los míos. Volví mi rostro hacia un lado para que mis hijos no vieran mis lágrimas. Y recé con la intensidad que da la impotencia. La oración me produjo una paz misericordiosa que me envolvió en su manto, y, así, con mis hijos adormecidos en mis brazos, anhelando la salvación, pasó una eternidad.

Se abrió la puerta y en el umbral apareció Íñigo. Su cara demacrada reflejaba la preocupación sufrida, pero una débil sonrisa aclaraba su rostro. Supe que escampaba. Esta vez, habíamos librado, pero supuse que acabábamos de vivir los peores momentos de nuestra vida.

Estaba equivocada. Me aguardaban notables experiencias, situaciones extraordinarias, pero también insoportables ausencias y dolor lacerante.



LIBRO II:

NUEVA ESPAÑA 1545-1558

El 13 de agosto de 1521.
Heroicamente defendida por Cuauhtémoc
cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés.
No fue triunfo ni derrota,
fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo
que es el México de hoy.

Zona Arqueológica de Tlatelolco,
Ciudad de México.

Nuevo Año de Ce Acalt

Me hallaba en Tenochtitlán, en la azotea de mi esplendoroso palacio. Yo, Moctezuma, gozaba del hermoso paisaje de mi reino. Extensas lagunas brillaban al sol de la mañana; suntuosos edificios, tanto templos como palacios, daban testimonio de la magnitud de nuestra cultura. El imponente paisaje de cerros y volcanes acompañaba la grandeza del Anahuac, y el aire tonificante de la mañana me devolvió la energía que había perdido en las cavilaciones que me afligían en las últimas semanas.

Era día de mercado, y en plazas y calles, la febril actividad daba cuenta de la riqueza y vitalidad de mi Imperio. Las gentes más diversas se afanaban en sus ocupaciones: los tejedores ofrecían sus preciados tejidos; los artesanos de plumería, sus refinados trabajos; jaulas con las aves más exóticas o las fieras más fascinantes mostraban las maravillas de tantas y variadas regiones; los orfebres, orgullosos, colocaban con esmero cascadas de bellísimas perlas, turquesas mágicas y misteriosas esmeraldas, todas estas alhajas, acompañadas del refulgente oro y la seductora plata.

Y yo era el dueño y señor de todo ese mundo fascinante.

Sin embargo, me embargaba la preocupación. Los presagios y profecías eran nítidos como el sol que ilumina mis dominios. Años atrás, en el año 3 Tepalc^[16] los adivinos habían visto fantasmas terroríficos, «taclahuilomes», pululando por los claros cielos del Anahuac. Un poco más tarde, el astro rey nos abandonó en pleno día, y se quemó el oratorio del templo del dios Huitzilipochtli, terrible y vengativa deidad, causando extremo terror entre la población.

Y, para colmo de males, murió mi adorada hermana, la princesa Papatzin, a la que me unía una tierna complicidad, mientras un cometa incendiaba el firmamento con su cola de fuego, que, para más afirmación, cayó en tierra anunciando desastres sinfín. Ante mi asombro y el de toda la real familia, Papatzin resucitó y aseguró haber visto en su letargo mortal: «Hombres blancos y barbudos que arribarían en portentosas naves, y que, con las armas, se harían dueños de estos países».

No acabaron ahí mis tormentos. En el año 11 Tecpatl^[17], otro cometa inmenso que todos tomaron como signo de calamidades, cruzó el cielo. Poco a poco, con estas funestas señales, se apoderó de mi mente la antigua profecía del retorno de Quetzalcóatl, el omnipotente dios que partió hacia Oriente, disgustado con el comportamiento de los hombres de estas tierras.

Era profunda mi angustia. La visión de esos seres poderosos nublaba mis más excelsas vivencias: ni mi concubina más deseada, ni las alabanzas más extremas de mis súbditos, ni las riquezas más lujosas de mi Imperio conseguían hacerme olvidar esa mi obsesión, que me turbaba incluso el sueño. El rey de Tezcucó, Nezahualpili, sabio conocedor de la astrología y su interpretación, me había confiado allá por el año 5 Tochli^[18]: «De aquí a muy pocos años, nuestras ciudades serán destruidas y asoladas, nosotros y nuestros hijos, muertos, y nuestros vasallos, apocados y destruidos^[19]...».

Absorto en estos lúgubres pensamientos, no reparé en la presencia de un emisario, acompañado por uno de los dignatarios de la corte, que, con un leve murmullo, atrajo mi atención. Con evidente disgusto pregunté la causa de la interrupción.

—Señor, tu servidor implora que escuches a este vigía que ha visto algo extraordinario en la costa.

Un ligero temblor me recorrió la espina dorsal. «¿Más aún? —pensé—. Soy el emperador —me dije—. He de componerme».

Haciendo uso de mi autoridad conminé al joven a que relatará las nuevas.

Este, un tanto atemorizado, pues las noticias corroboraban todos los anteriores presagios, empezó su recuento:

—Señor reverenciado de México —Tenochtitlán, hemos avistado barcos extranjeros...

No dejé al infeliz acabar su relato.

—¡Ajusticiadlo! —ordené vengativo. El terror había paralizado mi mente y solo deseaba la muerte de quien había osado ser portador de semejante horror.

Cuando logré serenarme empecé a dilucidar si debía oponerme al invasor, o si sería más prudente alabarlo y contentarlo con espléndidos regalos y fabulosas ofrendas.

Era el nuevo año de Ce Acati^[20] y, aunque yo no fuera plenamente consciente de ello, estaba por iniciarse una nueva raza y un nuevo mundo.

1

Veracruz

1545

Es razón que los indios entiendan,
que somos tan valientes los españoles,
que hasta sus mujeres saben pelear.

MARÍA ESTEBAN a Cortés en Tlaxcala,
tras la derrota de Otumba.

*L*a noche anterior a nuestro arribo a Veracruz, la anticipación de lo que allí me esperaba me causaba tal excitación que no pude dormir. Por fin, con el alba, me vestí presta y salí a cubierta. La proa hendía la tajamar en las aguas plateadas, aún cubiertas por sutil penumbra. Poco a poco, lentamente, la claridad fúlgida se apoderó del firmamento, que se iluminó con un sol que nacía tras la popa y que, al elevarse, descubrió la ciudad dormida en la lontananza.

Rememoré la llegada a Nápoles en una amanecida de otoño. Aquella era una hermosura serena mecida por antiguas culturas y acunada por años de historia. La belleza que ahora divisaba era otro mundo, desconocido y rutilante, rodeado de un encanto misterioso y salvaje. Di en imaginar que estaba construido con mil leyendas, entretejidas de torturas inhumanas y sacrificios brutales, gloria y crueldad, magnificencia y dolor, que se agazapaban bajo las dulces palmeras que parecían querer alcanzar las aguas con sus cimbreantes brazos.

Un torrente de emociones desconocidas se apoderó de mi mente; y mi corazón, sin saber muy bien por qué, tocó a rebato, en un torbellino delicioso e inquietante de futuras vivencias que aún no podía dilucidar si habían de ser para bien. Mis hijos, que llegaron en ese momento, al sentirme tan lejos de

ellos, como arrebatada por unas oscuras fuerzas, se agarraron con firmeza a mi mano, devolviéndome a la realidad.

—No temáis... Es el contento que me hace imaginar nuevas aventuras. ¡Venid aquí los dos!

Y les abracé con fuerza, en un intento de transmitirles tan solo la energía que yo había ya recibido con la mera contemplación de ese lugar seductor. Las naves empujadas por la brisa marina ondulaban en la mar acercándose a su destino. Al grito de «formar en buena guerra», todos los buques igualaron las velas, las de menor cabotaje se pusieron al lado de la capitana, a la que precedía un patache. Entonces sí, iniciaron la maniobra para entrar en el puerto.

Siguiendo las *ordenanzas* establecidas ese año, desde la capitana hicieron una salva de tres tiros, y mandaron un batel a la fortaleza pidiendo licencia para entrar. Antes de llegar se podían ya advertir los rumores de un puerto que esperaba una carga importante. Así era, pues con nosotros, venía toda una Flota y su llegada era siempre un asunto relevante. Hasta tal punto lo era, que la ciudad se transformaba, me dijeron, doblando el número de habitantes.

Lo cierto es que se veían por doquier carretas tiradas por mulas que venían a recoger lo que habíamos visto cargar en los muelles del Guadalquivir. Tanto las plantas como los rebaños irían a engrosar las haciendas que crecían por todo el país. Las armas y la munición las transportarían los soldados hasta la capital, quedando algunas para protección de Veracruz, bajo el mando del alcaide. El sol, que ya iluminaba con fuerza la ciudad, la mostró tal cual era. En realidad, no se trataba de una metrópoli, pero la luz que el astro derramaba sobre ella reveló un mundo variopinto de casas bajas, algunas con techos de palma, otras, muy pocas, con tejas, y un sinfín de tiendas de campaña, preparadas para recibir a esa población flotante, y que, una vez que tomara lo que había venido a buscar, tornaría a su lugar de origen.

Para recibir todas las mercancías procedentes de lugares diversos y alejados las autoridades españolas habían erigido un bello edificio, muy cerca del puerto, que albergaba la Casa de Contratación, donde se depositaban las mercaderías provenientes de Sevilla, y que no podían ser retiradas sin previo pago del almojarifazgo, los impuestos sobre los productos llegados a Veracruz. La institución estaba regida por tres tenientes de oficial y un oficial superior que venía de la capital para supervisar la buena marcha de los negocios y que nadie escapara sin pagar lo debido.

En un islote en la bocana del puerto, sobre un promontorio, vigilaba la entrada el incipiente fuerte de San Juan de Ulúa, desde donde nos habían dado la bienvenida con unas pacíficas salvas. Era un mundo rico en diversidad: personas, razas, vestidos y tocados que nunca había visto y una vegetación que me resultaba asombrosa.

Unos caballeros, a lomos de recios caballos españoles, parecían aguardar a que la nave completara la maniobra de amarre para acudir a darnos la bienvenida. Durante la operación tuve tiempo de observar las idas y venidas de una multitud de gentes ataviadas de modo extraordinario. Unas mujeres de piel cobriza y pómulos enhiestos vestían unas túnicas de fino algodón bordadas en vivos colores, y adornaban su pelo negrísimo con lazos, tocas, plumas, flores y mil artilugios que las tornaban bellísimas.

Hombres de piel más oscura que los españoles, conocidos como mestizos, vestían todos de manera similar con calzones de gamuza o bien de paño, camisa blanca, el sarape con el que se cubrían las espaldas a pesar del calor, y anchos sombreros de oscuro fieltro. Los indios, sin embargo, usaban pantalones blancos que contrastaban con su piel oscura, curiosos sombreros hechos con hojas de palma y unas zapatillas, a modo de sandalias, que luego supe que se llamaban *huarachas*.

Contrastaban con algunas damas que usaban la misma moda de España, con mucho garbo debo decir, pero que percibí que eran indígenas. Formaban grupos con señoras de nuestra patria, y todas ellas utilizaban el abanico, dado que la temperatura subía con el pasar de las horas.

Atrajo mi mirada un hombre extraño, que llevaba la cara tatuada y pintada de negro, las orejas perforadas, la frente afeitada, las uñas largas y unos enormes colmillos adosados a su boca. Estaba sentado a la sombra de una blanca toldilla, rodeado por diversas personas que le mostraban desmedido respeto. Esparcía incienso, con ademán terrorífico, a los cuatro puntos cardinales. En ese grupo distinguí una dama nativa, bella, fascinante, que se sentaba frente al curioso personaje. Ella vestía con refinamiento exótico: la túnica usual en las mujeres de aquella tierra, de nombre *huipil*, tejido en blanco algodón pero con unas franjas rojas, que bordeaban mangas y cuello, incrustadas de brillantes piedras verdes. Unas ligeras sayas completaban el vestido.

Recordé de inmediato mi primera razón para este viaje, las esmeraldas de don Hernán. Tal vez no fuera tan difícil como yo había anticipado.

—Las esmeraldas que lleva cosidas al vestido son extraordinarias — afirmé, admirada.

—No son esmeraldas —me informó nuestro acompañante—, son *chalchivits*, lo que los españoles llamamos «piedra de ijada».

—¡Ah!, es cierto, la que tiene el poder de sanar dolencias de los riñones —recordé.

—En el Anahuac son muy apreciadas y se utilizan por motivos ceremoniales, simbólicos u ornamentales.

Torné a mirarla. Ceñía su cabeza con la misma banda bordada, y de ella se alzaban airoas plumas rojas. Era en verdad muy hermosa y seguía las desaforadas explicaciones del hombre, tranquila, serena, sin demostrar ninguna emoción.

Pregunté de inmediato a uno de nuestros compañeros de viaje, que conocía bien estas tierras.

—¿Podría vuestra merced decirme quién es la hermosa dama?

Él respondió de buena gana.

—La bella es una princesa azteca, Rosario es su gracia, y es una de las muchas hijas del emperador Moctezuma, que tratamos con la cortesía y deferencia que merece. Es dama de calidad.

—¿Vive aquí en Veracruz?

—No, reside en México, pero viene a recibir a su marido, que no es otro que Rodrigo Bernáldez, que vos conocéis, pues navega en nuestra flota.

—O sea que... ¿casó con un español?

—Al inicio vinieron a Indias muchos hombres solos, y también las familias indígenas consideraron un honor que sus hijas desposaran a los españoles.

—¿Y el terrorífico personaje?

Él rio de buena gana.

—El hombre es un *tonalpouhque*, un curandero, que intenta con sus voces no perder el prestigio que le han robado nuestros buenos franciscanos.

—Los franciscanos... ¿robar?

Volvió a reír.

—La medicina de los frailes es más poderosa, y, sobre todo, su predisposición, tan dulce y comprensiva, que el hechicero pierde muchos adictos.

—¡Mucho imaginé de estas tierras, pero jamás pude idear este entorno fascinante! —respondí entusiasmada.

—Alabo vuestro buen gusto —dijo él, complacido—. Son muchos los años que torno a Nueva España y siempre hallo algo nuevo, diverso y deslumbrante.

En ese momento vino Íñigo, que había acompañado las maniobras desde el castillo de proa.

—Qué te parece, Micaela, ¿crees que hicimos bien en llegarnos a Indias?

—¡Es tan diferente...!

—¿Sigues pensando que quien no ha visto Palermo a la amanecida...?

—¡No sigas! —le interrumpí—. Fue en otra vida. Ahora hemos entrado en este universo fabuloso del que hemos de conocer... ¡todo!

—Ya podemos desembarcar y así podrás comenzar tu descubierta —comentó mi marido, con un deje de ironía. Me desagradaba cuando mi esposo intentaba apagar mi sentimiento. Él siempre tan comedido...

En cuanto pusimos pie en tierra, me envolvió una oleada de aromas diversos: clavo, canela y el proveniente de otras especias que aún no sabía distinguir, cuyo perfume era tan penetrante, que a punto estuve de desvanecerme. Hube de recomponer la figura, porque vi que se aproximaba la princesa Rosario para saludarnos.

—Sed bienvenidos —dijo en castellano de suave cadencia—. Vuestra fama os precede, diamantista. He sabido de vos y vuestro arte en la orfebrería.

Rodrigo, su marido, que había descendido a tierra tras nosotros, la miraba embobado. Tenía ella encanto singular; la voz era dulce, y sus maneras, afables, pero su porte era regio.

—Os deseo que seáis tan dichosos en estas tierras como lo somos nosotros —añadió él.

Íñigo, asombrado al verme silenciosa, agradeció.

—Deudores quedamos de vuestra merced.

—Señora —quise remediar—, mi falta de palabras no se debe al descontento, sino todo lo contrario: la emoción me ha dejado muda.

—Sed bienvenida a mi patria. Aunque he de deciros que habréis de tomar cuidado, acabamos de sufrir una epidemia de *huey cocoliztli* y hemos tenido muchas pérdidas por esa enfermedad.

—¿*Huey cocoliztli*? ¿Qué enfermedad es esa? —pregunté preocupada.

—Es una epidemia desconocida. Pero no ha de inquietarse vuestra merced. Somos más resistentes a ella de lo que son los indígenas —me respondió Rodrigo.

—Los naturales no habíamos padecido esa dolencia. No estábamos preparados para los estragos que causa.

Me preocupaba en verdad la edad de mis hijos frente a ese terrible padecimiento, y pregunté asustada:

—¿Cuáles son los primeros síntomas?

—Dolor de cabeza, fiebre alta, vértigo, ictericia... Es fácil reconocerla — aseguró Rosario, que bien conocía las artes de la medicina, pues adoraba a su esposo y todo lo que a él le interesaba. La intranquilidad se apoderó de mí.

—¡Solo faltaba que los hubiera traído tan lejos para someterlos a tamaño peligro!

Comenzaba a sentir una viva inquietud.

Íñigo, que debía de estar leyendo mis pensamientos, se apresuró a intervenir:

—Hemos de permanecer unas semanas más en Veracruz. —Y mirando a nuestros hijos añadió—: Cuando llegemos a México, el peligro habrá disminuido.

—Nosotros partimos de inmediato hacia la capital —dijo Rodrigo. Y luego propuso con una sonrisa—: Venid a visitarnos así que lleguéis.

Y, despidiéndose, montaron en un pequeño carruaje y se alejaron entre la multitud.

—¿Es posible que consintiera desposar un español? —pregunté asombrada—. ¿No nos odia? Pues fueron españoles los que vencieron a su padre y emperador.

—Muchas damas de estos reinos han casado con los nuestros —respondió otro compañero de viaje. Y bajando la voz susurró al oído de mi marido—: Dicen que estas indias son hembras muy ardientes...

De inmediato, imaginé a mi apuesto Íñigo seducido por una de esas fascinantes mujeres, y el aguijón de los celos me sobresaltó.

—Mostrad un poco más de respeto hacia las damas locales —cortó Legazpi en tono seco—. La corona nos exige un cuidadoso trato con las familias de aquí.

La velada sonrisa de Íñigo mostraba que bien conocía a don Miguel y esperaba esa reacción.

Había acudido a recibirnos Fermín de Buitrago, que se presentó como «caballero de capa y espada, para servir a vuestra merced».

Era hombre recio de aspecto y sobrio en el ademán, alto, moreno, de fuerte musculatura, la mandíbula ancha demostrando determinación, la frente despejada y unos ojos de mirada limpia y directa. De pocas palabras, de inmediato intuí que Íñigo podría confiar en él. O así me lo pareció. Su encargo era asesorar y apoyar en todo al capitán de la Guardia Virreinal, y había viajado hasta Tierra Caliente para ayudarnos en la llegada y posterior

viaje hacia México. Aprovecharía, dijo, esas jornadas para informar a mi marido de los acontecimientos presentes y los que él preveía en el futuro.

Su mujer, Juana, nos esperaba en la capital, donde nos recibirían en su casa hasta que eligiéramos nuestro futuro hogar.

Nos acompañó a la morada que nos tenían preparada en Veracruz. En el camino observé unas extensas plantaciones de unas varas muy altas y de intenso verdor, y que componían un hermoso espectáculo al cimbrear sus tallos con la brisa que venía de la mar.

—¿Qué clase de cultivo es ese? —indagué con curiosidad.

—Es caña de azúcar —me contestó Fermín, y me aclaró—: La han traído de su tierra campesinos canarios, que la han adaptado aquí, en Tierra Caliente.

Me abstraí imaginando las mil y una maravillas que me quedaban por conocer en este nuevo mundo al que acababa de llegar. Una exclamación de Fermín me hizo volver a la realidad.

—¡Mirad! ¡Ya hemos llegado! ¿Es de vuestro gusto? —preguntó.

La casa parecía pequeña, pero, al entrar, nos internamos en un dédalo de corredores y patios, desde donde se podía gozar de una deliciosa proximidad al jardín. Las paredes eran blancas, y los muebles, sencillos, salvo algún que otro de excelente factura. Las leves cortinas estaban pintadas con aves que se posaban tranquilas en ramas curvas, o revoloteaban de aquí para allá. El conjunto rezumaba una alegría sencilla que agradó a todos. Mi hija, a quien, a pesar de su corta edad, le había costado dejar Toledo y sobre todo a su abuelo, comenzó a sonreír.

Nos acostamos temprano, pues al día siguiente nos proponíamos salir muy de mañana a conocer nuestro entorno. El calor en Veracruz, llegado el mediodía, era agobiante. Al despuntar la aurora, un destello de luz turbó mi duermevela: «Qué raro —pensé—, qué fuerte está ya el sol».

Un recuerdo atravesó mi mente: «Pero... ¿dónde estoy?», me pregunté, confundida. En mis tinieblas internas, otra claridad distinta, la lucidez, me hizo entender mi nueva situación: «¡Es la luz del trópico! ¡Levántate, Mica! ¡Tienes todo un Imperio que descubrir!».

Esa mañana volvimos a recorrer las calles, más animadas aún que el día anterior, pues era jornada de mercado. Unas muchachas desplegaban sus tejidos en unas barras de madera; el aguador anunciaba su líquido tesoro que atesoraba en unas vasijas decoradas con primor; otros portaban frutas olorosas en unos cestos de mimbre; un hombre cargaba a sus espaldas una jaula voluminosa donde revoloteaban pájaros de exótico plumaje.

La vida palpitante nos rodeaba produciéndonos una potente euforia. Oímos una música ora suave, ora heroica, y nos dirigimos hacia donde provenía la melodía.

En una plaza recoleta unos chicos adornados con pieles de leopardo, cabezas de coyote o penachos de plumas de águila bailaban en círculo al son de unas inmensas trompetas hechas con caracolas de la mar y tambores de formas desconocidas para mí. Miré a mis hijos. La estupefacción se leía en sus semblantes.

Supe en ese momento que amaría este país de cultura antigua, cuyos habitantes llevaban el arte en las yemas de los dedos. Por otra parte, mi entusiasmo se veía mermado por el temor de que la comida o el agua pudieran sentar mal a Teresa y a Diego, que eran aún tan chicos, pero pasaban los días y salud y armonía reinaban en nuestro hogar.

Las semanas siguientes las empleamos en la búsqueda de perlas singulares, que abundaban en las islas de pesquerías del entorno; ahondando en el conocimiento de la turquesa, piedra muy apreciada en los ritos del Anahuac, ahora Nueva España, tanto así, que confeccionaban las máscaras de sus dioses con turquesas de un ligero tono verdoso, muy diferentes a las que yo conocía, aquellas que provenían de Persia.

Compré algunas piedras de jade, *chalchivits* como los llamaban los indios, de intensas tonalidades de verde.

Visitamos luego varios comercios donde pude encontrar plata y oro de excelente calidad para crear el sol de oro y la luna de plata que tenía intención de elaborar. Quise que la primera joya realizada por mis manos fuera un recuerdo a don Hernán. Él me había contado que, tras la Conquista, un orfebre local creó para el conquistador un sol de oro y una luna de plata, como atributos del vencedor y símbolo del Nuevo Mundo. Las realicé con todo mimo y pensando mandarlas a Cortés en agradecimiento a sus muchas mercedes para con nosotros.

Me asombró también la utilización que los nativos hacían de su riqueza mineral. Los espejos se realizaban en pulidísima obsidiana; los muebles de madera se incrustaban con oro o plata en diseños florales, formando una intrincada taracea.

En una de las visitas al mercado, que se congregaba cada cinco días, vi una hermosa piedra caliza, en la que el artesano había grabado con mucho arte lo que me parecieron extrañas figuras, composiciones geométricas, círculos y cuadrados, rostros convulsos, collares y estrellas fulgurantes. Pedí a

Fermín, ya conocedor de la cultura que yo apenas entreveía, que me explicara los secretos de ese abigarrado misterio.

—Acabas de encontrarte con el calendario azteca. Es tan preciso como podría ser el nuestro, y hallarás muchas similitudes entre los dos almanaques —me explicó.

—¿Cómo es posible? —pregunté asombrada—. ¿Qué relación tienen estas expresiones descompuestas con nuestras dulces imágenes?

—Mira bien, observa. Si lo conoces, verás que tiene símbolos de extraordinaria poesía. En el centro está Tonatiuh, el sol,...

—¿Y por qué saca la lengua? —interrumpí con curiosidad.

—No es la lengua. Lleva un cuchillo en la boca.

—¡Qué horror! ¡Un dios que parece un pirata! —me extrañé.

—Para alguien que no conozca nuestra religión, y sepa que el crucificado está realizando el mayor acto de amor, la imagen del calvario puede ser impresionante.

—Visto así... —repliqué no muy convencida.

Él continuó:

—Hallarás en este anuario los diferentes años, meses, lunas, mitos, conocimientos, referencias a las cosechas... Toda una cultura encerrada en esta piedra.

—Este calendario se me alcanza difícil de entender. ¿Tiene meses o semanas como nosotros?

—Para ellos, el año está dividido en dieciocho meses, que constan de veinte días cada uno. Notarás que sobran cinco días...

—No lo había percibido —reconocí. Los números no eran mi fuerte.

—Esas cinco son jornadas infaustas en las que los humanos han de tener mucho cuidado... Pero para resarcir a los hombres, los dioses han decidido apadrinar cada amanecer con su favor —explicó.

—¿Quieres decir que cada día tiene un protector?

Cada vez me encontraba más interesada.

—Cada jornada del año está protegida por un dios, y, además, tiene un color propio que le une a la fuerza del cosmos.

—¡Vas a tener razón! Nosotros tenemos el santoral cuidando de nosotros durante el año —exclamé.

—Veo que empiezas a apreciar los secretos de esta cultura —me dijo con satisfacción. Y prosiguió—: Alrededor de Tonatiuh observa los cuatro cuadrados, representan las cuatro eras: sol de tierra, sol de viento, sol de fuego y sol de agua.

Examiné el precioso objeto con atención. En derredor del dios, círculos precisos referían los ritos, mitos y sacrificios; la luna, cielos estrellados y soles esplendorosos regían la vida y las cosechas.

—Es una cultura cargada de poesía —accedí.

—Y con grandes conocimientos de astronomía. Has de conocer la leyenda que afirma que Quetzalcóatl, antes de partir enfadado con los hombres del Anahuac, entregó a los humanos el calendario para que pudieran regir sus vidas exentos de pasión, con el conocimiento y la ciencia.

—Sé que el emperador creía que Cortés y sus hombres eran los enviados que llegaban para preparar el retorno de Quetzalcóatl.

—Créeme, esta tierra encierra tanta belleza e interés, que muchos de nosotros tomamos la providencia de permanecer en ella.

—En todo caso, no para siempre —afirmé.

—Hasta que nos quede un hálito de vida —fue su respuesta.

VERACRUZ A MÉXICO

Íñigo recibía la información detallada sobre la situación novohispana de Fermín, cuya dedicación y rigor aprendió a valorar muy pronto. Así yo podía hacer la descubierta de aquel interesante universo, acompañada de un indio que Fermín había destinado a nuestro servicio. Era persona muy mañosa, delgado, de baja estatura, pero sus chispeantes ojos oscuros denotaban una rápida inteligencia, y el ánimo dispuesto para aclarar nuestra ignorancia y resolver cualquier contingencia. Se llamaba Xochitonal, «Lagartija Verde», nombre que le iba como un guante, pues era por demás activo e industrioso.

El viaje hacia la capital había de ser demorado, pues distaba de Veracruz unas buenas setenta leguas castellanas. Pero la variedad de las regiones que habíamos de atravesar incitaban mi curiosidad. Un inmenso territorio me aguardaba.

Estaba preparada para descubrir y aceptar la diferencia, pero algunas de sus costumbres ancestrales me provocaron el más absoluto desconcierto. La mañana anterior a nuestra partida hacia México eché en falta a uno de nuestros servidores, al imprescindible Xochitonal.

Mandé llamarlo, pero, en contra de su costumbre, no se presentó. Al preguntar la causa, noté en sus compañeros un cierto desasosiego. Un tanto disgustada, fui en su busca y me interné en los patios de la casa. Recorrí

varias habitaciones, abrí las puertas y no lo hallé. Estaba ya a punto de darme por vencida, cuando oí un imperceptible rumor sincronizado que procedía de una alejada estancia. Me acerqué sin hacer ruido, entre temerosa y curiosa, y empujé la puerta...

Allí estaba mi buen Xochitonal, tan enfrascado en su tarea que ni me oyó entrar. Rodeado de un millar de papelillos de colores, se afanaba en confeccionar unas hermosas mariposas en el efímero pliego.

—¡Lagartija...! ¿Qué haces aquí jugando? Te necesitamos para preparar el viaje —amonesté, un tanto enfadada.

—*Micatzin* —contestó sereno, dándome el trato respetuoso para los señores—, estoy ocupado con la tarea más importante para viajar.

—Pero... —Yo no salía de mi asombro—. Jugar con los papelillos... ¿dices que es lo principal?

—Sí, *Micatzin*. He de hacerlo.

Ante su insistencia, un tanto irritada, reincidente en un tono de voz lleno de autoridad:

—Deja eso y ven a ayudarnos.

—No puedo. Ofendería a Zacatlonzi.

«¿Quién demonios es Zacatlonzi?», pensé.

Pero procuré calmar mi enfado, pues bien sabía que nuestra brusquedad en el hablar paralizaba a los nativos de estas tierras.

—Lagartija, no sé quién es Zacatlonzi y por qué razón ha de disgustarse con nosotros. Explícamelo.

—El señor Zacatlonzi es el dios protector del viajero, el dios del camino. —Y continuó muy serio—: Hemos de ofrendarle mariposas de colores, para que esté contento con su alegre vuelo, y no nos mande tempestades y su cólera de fuego.

—¿Quieres decir el rayo?

—Sí, *Micatzin*. Muchos han sido muertos por los malos vientos de las montañas y el fuego que manda el dios del camino si no se le respeta. —Y su rostro tomó una expresión de indignado horror.

—Pero... —Inicié conciliadora— tú sabes que esos dioses que adoráis no son verdaderos.

—Eso dice Motolinia en México, pero no sé qué mal puede hacer que yo rece a mi señor del camino y *Micatzin* a su buen Jesús. Ambos nos atenderán y tendremos feliz jornada.

Lo dijo con tal aplomo y su razonamiento era tan sosegado, que decidí contemporizar.

—Acepto, sigue con tu trabajo; pero que no se entere nadie. Mejor así... por ti y por nosotros.

—Zacatlónzi te protegerá.

—¡Ni se te ocurra repetirlo! Me voy y diré a todos que te he encargado preparar algunos víveres.

Marché a mis afanes, pero siempre recordaría el sentido práctico que demostró tener Lagartija Verde en aquella ocasión. Para mi fortuna, este muchacho sería en el futuro uno de mis constantes apoyos en las muchas aventuras, dichas y adversidades que me tocaron vivir.

Al atardecer, al no ver a Lagartija Verde en todo el día, la curiosidad me impulsó a acercarme de nuevo a la estancia de las mariposas. No lo encontré. Busqué por todas partes. Nada. Por fin intenté en lo más recóndito de la casa, un patio abierto, que no utilizábamos. Bajo un inmenso árbol, una frondosa ceiba, en la penumbra de la oscuridad, se empeñaba Lagartija en extraer algo de un trozo de maguey, la planta espinosa tan frecuente en esa zona.

Le observé en silencio. Consiguió su propósito, y con una exclamación de contento dispuso sobre una piedra unas aceradas espinas, en riguroso orden.

Ante mi asombro, tomó la primera y se la clavó con ahínco en la oreja derecha; tomó otra e hizo lo propio en la izquierda. Recogió las gotas que le resbalaban por el cuello, y las arrojó decidido y con gesto de suma reverencia hacia el cielo, a la vez que repetía:

—¡Zacatlónzi, Zacatlónzi, Zacatlónzi!

Hecho esto, escogió la tercera espina y, sin dudarle, se traspasó la lengua. No pude reprimir una exclamación de asombro, y entonces él se volvió y me miró. Sin inmutarse al advertir mi presencia, continuó sus ritos paganos. Esparció las abundantes gotas que manaban de su lengua sobre el fuego que crepitaba a su lado, y tras lacerarse de nuevo la lengua con otra espina nueva, dirigió las últimas gotas hacia el firmamento. Solo entonces se volvió hacia mí y dijo tranquilamente:

—Ahora ya podemos marchar.

El día de nuestra partida, me negué a ir en el carruaje que me habían destinado, y ante el asombro de los indios, que debían de juzgarme dama principal, monté en un caballo zaino a mujeriegas, para poder contemplar a mis anchas pueblos, sembrados y paisajes. Gozaba así en el camino de las extensiones formidables del horizonte, de los penetrantes perfumes que tan nuevos eran para mí, y de la música que originaban los cascos de los caballos y el tintineo de los cascabeles de las mulas. Percibí cierto recelo en algunos

nativos, cuando los equinos se pusieron en marcha, y lo atribuí a la condición de deidades que los nativos atribuían a estos bellos animales. El sol brillaba radiante y yo me encontraba junto a mi familia en un lugar portentoso, en el mismo camino que Cortés había realizado para iniciar su conquista.

No bien habíamos dejado la villa de Veracruz, nos cruzamos con una caravana de numerosas mulas, carretas cargadas con muchas mercaderías y numerosos *tlamemes*, los portadores que llevaban las mercancías más delicadas. Poco a poco esta ruta había ido adquiriendo una considerable importancia comercial y estratégica, pues a través de ella se unía la capital con el puerto que recibía aquello que llegaba de España y de donde partía la poderosa flota. La vegetación de Tierra Caliente nos aparecía en toda su exuberancia, árboles inmensos con innumerables lianas colgando como fantasmas y flores esplendorosas.

Un sinfín de mariposas de los más variados colores y tamaños nos flanqueaba el camino. Antes del ocaso nos detuvimos en una venta donde probamos una sabrosa comida de la comarca, guajolote y conejo asado, con un dorado pan de maíz.

Al día siguiente, cuando nos aproximábamos a Citlaltépetl, el calor se hizo tórrido. El cielo plomizo se tornó opresivo y creí desmayarme, pero miraba a mis hijos y les veía tan animosos, que tras un breve alto, y unos buches de agua fresca, resolví continuar.

Esa noche nuestro esfuerzo fue recompensado con una visión insólita: el cielo, con negrura de noche oscura, se cubrió poco a poco de luminarias que brillaban con una luz cálida y esporádica. Asombrados por ese fenómeno luminoso, permanecimos los cuatro contemplándolo. Nunca lo olvidaré:

Todas las luciérnagas de Nueva España habían salido a darnos la bienvenida.

Las jornadas hasta la villa de Cholula habían sido placenteras, alternándose las tierras pardas con extensas plantaciones de maguey. Pero sabía que lo más difícil del camino quedaba por andar. Enseguida encontramos a la vera del camino una pequeña capilla, que, con toda seguridad, los antiguos conquistadores habían construido en prueba de su fe. Reiniciamos nuestra andadura y pronto la naturaleza lujuriente dio paso a barrancas cubiertas de matorrales escasos, a senderos descarnados poblados de rocas que flanqueaban la peligrosa calzada.

Los caballos resbalaban y las mulas se negaban a avanzar, así que el acemilero había de tirar de ellas con el consabido peligro de resbalar y caer al vacío. La marcha se hizo lenta, subiendo las agrestes pendientes bajo el ulular

del viento y el azote de la fría lluvia. Lagartija me miraba de soslayo, como diciéndome:

—¡Ahora te alegras de haber contado con Zacatlonzi!

Durante tres días, el cuidado hubo de ser extremado porque los pasos de montaña eran muy estrechos y con inquietantes precipicios a los lados.

Fermín nos animaba de continuo, diciendo que era como el purgatorio que habíamos de pasar para contemplar el paraíso.

—Comprobaré vuestra merced —inició Fermín— que se adentra en una tierra que es la unión entre la acción y la magia, la historia y la leyenda.

Quedé perpleja, y quise saber el significado de sus palabras:

—¿La historia? ¿A qué historia os referís?

—A la que estamos escribiendo ahora —contestó seguro de sí.

—Soy mujer, no se me alcanza qué papel determinante puedo jugar en las Indias.

—La Conquista se realizó gracias a mujeres bravas como María Esteban o María de Estrada. Esta última, de talento literario, dice: «Damas a quien debe el mundo nobles famas^[21]».

Me impresionaron esas palabras, y deseando entretener la andadura, quise saber más sobre ella:

—¿Acompañó a Cortés? ¿Tornó a España?

—Echó sus raíces en la capital, y es admirada por su bella poesía. Pero sobre todo es única, porque súbito entendió el importante papel que la mujer podía jugar, y lo que significa el mestizaje.

Íñigo, que parecía solo preocupado por las incidencias de la ruta, y, sin embargo, escuchaba con atención, preguntó intrigado:

—¿Qué queréis decir, Fermín?

—Os recitaré uno de sus poemas, que aclarará vuestras dudas:

*Gloriosamente ufana.
Iba la gran nobleza mexicana
logrando ostentaciones
entre las militares regiones.*

»Es dama identificada con lo novohispano —continuó Fermín—, ese mestizaje de costumbres españolas y aztecas. Escuchad lo que escribe sobre los populares juegos de cañas y toros:

*Y aunque al verles te inquieta,
mayores fiestas México promete,*

*máscaras, toros, cañas,
que puedan celebrarse en las Españas.*

En efecto. Había algo de ininteligible y misterioso en ese mundo en el que estábamos a punto de entrar. Mis reflexiones fueron cortadas por una exclamación de nuestro guía:

—¡Ved allí! Jamás olvidaréis esta aparición.

En verdad, cuando coronamos la sierra, la visión que se extendía bajo nuestra mirada era imponente. Una cadena de cerros azulados rodeaba un paisaje, de tan bello, casi irreal. La laguna espejeaba con el sol de la mañana, y manchas de un verde vibrante señalaban parques, huertas y jardines. La inmensidad del valle corría pareja con sus montañas y un horizonte infinito.

Atravesando las densas nubes, surgían las cumbres de los dos volcanes, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, que elevaban sus cimas nevadas hacia el cielo. Para mi sorpresa, de uno de ellos, el Popocatépetl, se elevaba de continuo la misma columna de humo que nunca dejaba de aparecer, erguida y oscura, a la que nadie parecía dar importancia.

—¡Qué peligro! —exclamé—. Ese volcán está en erupción.

—No se inquiete vuestra merced —me tranquilizó Fermín—. Siempre está así. Amenaza, eso es todo.

Nos acercamos poco a poco al valle, donde tras unas suaves colinas pude vislumbrar la ciudad de México-Tenochtitlán, brillando como una joya en las aguas del lago.

2

México

1546

*A*l coronar la última loma que nos separaba de México, apareció ante nuestros ojos la ciudad ya muy cerca, en todo su esplendor. Detuvimos las cabalgaduras para contemplar el espectáculo majestuoso que se nos ofrecía.

Anchas calzadas atravesaban el lago de Tezcucó cuyas aguas relucían al sol de la mañana; las calles parecían trazadas con un orden perfecto, donde alguna iglesia cristiana alzaba sus agujas al cielo, y las pirámides de los templos aztecas que no habían sido destruidas marcaban con su geometría imperiosa las cuadrículas urbanas. Un anfiteatro de montañas azuladas rodeaba México, y, en la lontananza los inquietantes volcanes, entre los que destacaba el cono del Popocatepetl, parecían unirse al firmamento en extraño matrimonio.

Nunca supuse que una tierra podía procurarme aún más emoción que la que gocé en Sicilia, en los templos de Segesta. Quise expresar a mi marido el entusiasmo que me embargaba, y asegurarle que no se había equivocado.

—Íñigo, siento como si esta tierra me hubiera llamado, como si mi destino estuviera aquí. Siento una dicha, una plenitud...

—Eso mismo dijiste en Segesta.

—Agradezco al cielo que me permita tener esos sentimientos de asombro ante la hermosura por Él creada. Pero mi fervor tiene otro origen.

—¡Qué enigmática os veo, señora mía! —me espetó con un deje de ironía.

—Quiero decir que en los reinos itálicos hallaba la cultura a nosotros legada por la Antigüedad.

—Los aztecas y los mayas son poseedores también de antiguas civilizaciones —me informó.

—Sí, Íñigo, lo sé —respondí— pero son desconocidas..., son el futuro... Es un mundo entero que... creo... es...

Y mi marido acabó mi frase:

—Algo que se goza en unos instantes alguna vez en la vida. Se llama «plenitud» y muchos no la conocerán jamás.

Yo le seguí la corriente:

—Me suena...

—Es lo que tú expresaste en el anfiteatro de Segesta —recordó mi esposo.

—No lo has olvidado...

—Recordaré mientras viva ese viaje y lo que tú expresabas.

Ya no había el menor rastro de ironía en su voz. Éramos conscientes de la importancia de aquel instante.

A medida que nos fuimos acercando, los perfiles se fueron haciendo más nítidos, y los colores, vividos y suntuosos. Destacaban los blancos immaculados del algodón en la vestimenta de los nativos, que contrastaba con el color cobrizo de su piel y el negro intenso de sus cabellos. Cuando ya entrábamos por la calzada de Iztapalapa, vi que provocábamos la curiosidad de sus habitantes, que, era obvio, disfrutaban con la novedad saliendo a la calle para ver pasar el cortejo. La actividad era incesante: azacanes cargados con sus tinajas o con pesados odres anunciaban su preciso elemento; los *tamemes*, jóvenes muchachos cargadores de fardos voluminosos envueltos en blancos paños; otro hechicero, parecido al que viera en Veracruz, se adornaba con terroríficas pinturas y puntiagudos colmillos, y ofrecía conjuros y remedios sentado en cuclillas en una esquina.

Atravesamos los barrios, *calpulli* me dijeron que era su nombre, donde las casas eran de simple adobe, de uno o dos pisos, coronadas a menudo por airosa azotea. Pude vislumbrar, detrás de unas rejas, umbríos patios, en los que, de vez en cuando, una fuente cantarina refrescaba el entorno. Las calles lucían aseadas, pues en cada una un barrendero se ocupaba de mantenerlas limpias. Nos internamos en el barrio donde se asentaban los gremios de los artesanos:

Los tejedores, sentados en esteras y rodeados de innumerables hilos verdes o colorados; los alfareros, acariciando en el torno el moldeable barro, que convertían en cumplidas vasijas; las bordadoras, con sus hilos de brillantes colores; los zapateros, curtiendo las sutiles pieles, que se convertirían en cómodos borcegués.

Las mujeres eran hermosas y vestían casi todas como en Veracruz, unas túnicas, *huipiles*, de artísticos bordados multicolores; recogían la mitad de su negra melena con lazos o flores en la parte superior de la cabeza, dejando caer sobre el lino de su vestido la otra mitad. A menudo, se adornaban con vistosos collares, aretes de coral o pendientes de plata pulida que refulgían al sol.

Una de ellas vendía inmensos ramos de flores de luengos tallos y misteriosas corolas, de las que surgía impertinente un amarillo pistilo... y todo ello dando vida a este mundo ajetreado y variopinto.

—¿Es cierto que la población reúne a casi trescientos mil habitantes? —pregunté. Me interesaban esos datos precisos.

—No tantos. Más bien alrededor de unos doscientos mil —respondió Fermín.

Sin embargo, flotaba aún en el ambiente la tristeza y el miedo que acarreaba toda epidemia. La población, me dijeron, había sido diezmada por esa terrible *cocolitze*, y no brillaba en la capital la alegría de antaño. El espacio en plazas y calles era notable.

Fermín, que sabía de mi curiosidad e interés por todo arte, me ilustró:

—La capital fue diseñada en manzanas de al menos doscientas varas de largo y unas cien de ancho.

—¿Quién ha sido el autor de semejante arquitectura? —pregunté.

—Las obras corrieron a cargo del afamado alarife Alonso García Bravo. Es reconocido como importante maestro de obras.

Al entrar en la plaza Mayor, casi me creí en España. Numerosas casas se adornaban con blasones en piedra, en un peculiar estilo abigarrado y hermoso, que admiré de inmediato.

—¡Qué amplitud la de esta plaza! Los edificios son similares a los de nuestra tierra. ¿Cómo es posible? —pregunté admirada.

—Don Hernán, tras la destrucción de la batalla final, mandó trazar la ciudad en líneas regulares —respondió mi marido, que había escuchado la conversación de Fermín.

—¿Pero no decíais en Toledo que la antigua Tenochtitlán estaba en medio de un anchuroso lago? —insistí.

—Así fue —contestó Fermín—, pero Cortés mandó desecar una gran extensión y rellenarla con torta de argamasa. De esta manera pudo edificar los palacios que ahora tenéis ante vos.

—¿Ese imponente palacio —preguntó Íñigo— es el del marqués del Valle?

—Antes fue palacio de Moctezuma, y don Hernán lo convirtió en su morada. La catedral está a vuestra espalda, y enfrente, el cabildo y la alhóndiga. Cierra la plaza el portal de Mercaderes.

Me volví para ver la catedral, que era bastante modesta; al otro lado, según señalara Fermín, las «casas viejas» o palacio de Cortés, el Ayuntamiento, y muchos y variados comercios en derredor.

—Es gran maravilla que pudieran realizar tanto en tan poco tiempo — comentó mi esposo.

—Los conquistadores encontraron una gran ciudad, y sobre ella, edificaron sus palacios —añadió Fermín, y continuó^[22]—: Tengo para mí que habréis de amar este mundo nuevo. Gozáis de curiosidad y entusiasmo. Tal vez se convierta en vuestra tierra —intuyó Fermín.

—No lo creo —respondí rápida—. Acabados aquí nuestros empeños, tornaremos a Toledo.

—Ved que Nueva España atesora magia singular. Son ya muchos los que decidieron permanecer y formar estirpe.

—Nos llegamos con hijos de corta edad —corroboró mi marido, dirigiéndoles una mirada llena de afecto—. Antes de que les llegue el tiempo de desposarse, embarcaremos para nuestra patria.

Al acercarnos a la que sería nuestra morada en México, topamos con un cortejo de gente principal. Mi marido les cedió el paso con un gesto, y la dama que viajaba en el palanquín nos miró con intensidad y agradeció con una leve inclinación nuestra deferencia. Era una persona fascinante: sobre su vestido llevaba una capa muy leve, hecha con plumas azules y verdes, sujeta por dos broches de oro cuyo motivo no reconocí; su pelo estaba recogido en complicada simetría y adornado por penachos de plumas.

Tenía ojos muy oscuros y ligeramente rasgados, la nariz aguileña y una boca grande de labios sensuales.

Era elegante y mostraba una actitud que intentaba parecer indiferente, mientras cuatro servidores con extrañas casacas verdes la llevaban en su litera de dorada paja. Iba erguida y distante, pero al cabo de unos pasos, asomó la cabeza para mirarnos de nuevo y, al inclinarse, un objeto que llevaba al cuello produjo brillantes destellos. Era un hermoso collar de oro del que colgaban unos camarones de oro purísimo. Había visto muchos animales realizados en ese metal, rituales u ornamentales, pero era la primera vez que contemplaba seres llegados de la mar. Y me gustó.

Ella, al entender mi interés me sonrió. Me quedé perpleja: mujer tan distinguida llevaba los dientes pintados de rojo, lo que le daba un aspecto feroz.

Pregunté de inmediato a nuestros acompañantes:

—Que es señora principal no ofrece duda alguna... pero... ¿quiénes?

—Es la princesa Tlacopatli, sobrina de Moctezuma, y desde que casó con el español Diego Cano, tomó el nombre cristiano de Estrella.

—Es hermosa, pero... ¿por qué afea su sonrisa con esa tintura bermeja?

Rieron todos. Y Fermín respondió:

—Sorprende a los españoles que las damas aztecas se pinten los dientes de esa manera. Ellos lo consideran de suprema belleza y solo las mujeres de alcurnia pueden hacerlo.

Era el inicio de las mil diversidades que nos habían de inspirar unas veces curiosidad, otras horror, y muchas otras admiración.

LA INTRIGA

U nos días después de nuestra llegada, Íñigo fue a presentarse al virrey. Este, me contó después mi marido, le pidió que se incorporara de inmediato a su puesto de capitán de la Guardia, aconsejándole que confiara en su ayudante, Fermín de Buitrago, que había demostrado siempre tener buen juicio. La reunión con Mendoza se había desarrollado con cordialidad, ya que don Antonio le había dicho a mi esposo que su fama le precedía pues le habían afirmado que «el capitán de Vidaurre era hombre de trayectoria limpia, firme en sus creencias y capacidad de sacrificio, realizándolo con la elegancia de la naturalidad».

«Espero poder demostrarlo» había sido la lacónica respuesta de mi esposo.

—Es un buen comienzo —me comentó mi marido—. Esta tarde haré una ronda con mis hombres para tomar conciencia de lo que será mi empeño.

Le vi salir montado en su caballo alazán, con el farol que más tarde alumbraría sus pasos, colgado del arzón; la espada de costado y su chambergo de fieltro cubriéndole el rostro. A su lado, Fermín le iba explicando pormenores y detalles de lo que era preciso que conociera. Les seguían sus hombres de espada, otros soldados con las adargas enhiestas, algún arcabucero, y todos a pie y atentos a prevenir en las estrechas calles las celadas que se amparaban en la oscuridad.

Era ya noche cerrada cuando volvió. Llevaban todos las linternas encendidas, y como venían tranquilos, parecía que se tratara más de una procesión que una ronda de noche. Sin embargo, mi marido estaba preocupado. Al preguntar qué le sucedía, se sinceró.

—No sé si lo que he visto es señal de malfacer, pero la experiencia me dice que el que intenta pasar desapercibido en la noche oscura nada bueno trama.

—¿A quién habéis visto?

—A un caballero de porte elegante saliendo con precaución de un zaguán oscuro, mirando de un lado a otro, evitando ser visto.

—Nada bueno parece —asentí. Y él continuó:

—Además, iba embozado y con el chambergo calado para, caso de que le vieran, no ser reconocido.

—¿Y cuál puede ser la razón de ese comportamiento?

—Solo veo dos motivos: tenía una cita galante, y esto no me atañe, o una reunión de la que no quería que quedara constancia. Y esto sí que me incumbe.

—¿Él te vio?

—Creo que sí.

—Y ¿qué hiciste entonces?

—Nada, porque él tornó a entrar en la misma casa. Pero ahora sé cuál es y dónde está.

—Ve con cuidado —avisé—. Has de estar muy seguro.

—No he venido aquí para sestar —me contestó rotundo—. Por eso dudé en aceptar. Ahora que aquí estoy, habré de cumplir mi cometido. Sea el que fuere.

Consideraba yo que la elección de nuestro hogar era asunto de suma importancia. Juana y Fermín habían sido en extremo generosos y no consentían que nos fuéramos de su casa, pero nosotros necesitábamos el espacio y la intimidad de una morada propia. Nos adjudicaron una vivienda que, aunque deteriorada, estaba al flanco de palacio, muy cerca de la plaza Mayor, y a unos pasos de la iglesia de San José de los Naturales, a la espalda de la iglesia de San Francisco.

Para acondicionarla tuvimos que pagar una buena suma de dinero, doscientos pesos de oro, pero su estructura cuadrada, rodeando varios patios donde cantaban las fuentes y trinaban los pájaros en las frondosas enramadas, me cautivó desde el primer día que la vi.

Las estancias encaladas recibían el sol de la mañana y reverberaban sobre nosotros, infundiéndonos una cálida energía a todos.

Teresa y Diego se adaptaban poco a poco a su nuevo entorno, y jugaban con los hijos de los Buitrago como si se conocieran de toda la vida.

Pero los acontecimientos inmediatos nos habían de mostrar que ni en Nueva España existía el paraíso.

SE ACATA, PERO NO SE CUMPLE

*H*abíamos de interesarnos por todo aquello que sucedía en la capital, y lo que tenía lugar incluso en las alejados territorios mineros. Michoacán había sido una de las regiones más conflictivas desde el inicio de la Conquista. Unos meses antes de nuestra llegada, un brote de violencia había preocupado y ocupado al virrey. No había sido tan cruento como el de cuatro años atrás, cuando murieron tantos valientes españoles, entre ellos Pedro de Alvarado, *Tonatihú*, el de los cabellos de oro, que tanto asombraba a los indios.

Las Leyes Nuevas que habían sido enviadas a Nueva España, y que tantos enfrentamientos habían originado e iban a causar, continuaban dividiendo las opiniones de la gente del virreinato. Los encomenderos se aferraban a sus «derechos adquiridos», sin pararse a pensar que no eran justos, y, que, por tanto, merecían una profunda reflexión. Como ya hicieran con anterioridad, repetían con toda seriedad: «Se acata, pero no se cumple». Y continuaban con sus costumbres de antaño.

Las autoridades, queriendo hallar una solución al conflicto, habían decidido permitir la duración de las encomiendas tan solo por dos generaciones.

Comentando las leyes e intentando entender, Íñigo y yo, sus ordenanzas, decidí contar a mi esposo las quejas que me habían referido de una mujer que había perdido a su marido y peligraba su propiedad sobre la encomienda.

—He de contarte un caso que me parece de justicia atender.

—Parece tal como si fueras caballero andante, ayudando a los que han menester —me contestó un tanto irónico, pero dispuesto a escuchar.

—Esta mujer, que acompañó a su marido a estas tierras, ha quedado viuda, y ante el temor, tal vez fundado, de perder su encomienda, ha acudido a una madre abadesa de reconocido poder.

Íñigo me aconsejó:

—No intentes socorrer a todos los que sufren.

La injusticia y la soledad en la que se hallaba esa mujer me hicieron porfiar.

—La súplica de esta viuda ha llegado a mis manos, y no puedo mirar para otro lado. ¡Ella ha trabajado tanto aquellas sus tierras^[95]!

Él permanecía pensativo y yo insistí:

—¿Por qué no le ayudas, Íñigo, a elevar a las autoridades su petición?

—Procuraré hablar con el virrey al respecto, pero si se trata de la madre abadesa en la que pienso, la viuda ha recuperado ya su encomienda —afirmó con seguridad.

—¿Es tanta la influencia de esa religiosa? —pregunté asombrada.

—Creo que sí, pero yo también contribuiré para que la escuche el virrey.

Me propuse conocer a estas monjas que desde sus conventos mantenían el interés por las preocupaciones de sus semejantes. El caso de esta viuda era uno de los muchos comentados por la sociedad novohispana. ¡Tenía que aprender tantas cosas!

Íñigo intentaba aunar voluntades para pacificar la capital, pero la ciudad era un hervidero de comentarios, murmuraciones y amenazas. El problema venía de atrás, cuando la corona había enviado en 1544 al visitador Francisco Tello de Sandoval, a fin de imponer las Leyes Nuevas. Sandoval tenía también el cometido de averiguar qué había de cierto en las acusaciones que Hernán Cortés prodigaba a Mendoza. Las primeras fiestas de cañas y toros habían acabado y habían sido sustituidas por enfrentamientos enconados, tanto entre el visitador y el virrey, como con los encomenderos.

La furia de estos llegó a tal punto que iniciaron una rebelión que hubiera podido acabar en sangrienta guerra civil, como la del Perú, si el criterio y consejo del obispo Zumárraga no hubiera calmado, de momento, a los exaltados.

Visitador contra virrey, encomenderos contra oidores, religiosos contra abusadores de los indígenas... Y, sin embargo, las leyes eran muy precisas.

El clima se enrarecía día a día, y en la mente de todos sobrevolaba el recuerdo del atentado que antaño había sufrido el virrey. Nos encontrábamos en un momento de profundas disensiones, y temíamos que se pudieran repetir las revueltas de hacía unos años.

Era domingo y estábamos a punto de contemplar una escena que nos había de enseñar más en minutos que años de vivencias. Salimos para misa, con un sol espléndido entibiando la mañana, y preparados para celebrar una bella ceremonia, en la que encontraríamos muchos notables del virreinato. El anciano obispo de México, fray Juan de Zumárraga, viendo que las partes en litigio no lograban entenderse, haciendo gala de santa terquedad, no cejaba en su lucha por obtener el cumplimiento de la ley, y un trato humano para los indígenas.

Don Antonio de Mendoza acudió puntual y se situó en el lugar de preferencia reservado al virrey. La iglesia estaba a rebosar de autoridades, encomenderos, hacendados y damas de notable hermosura que atraían las

miradas de los hombres. Ellas se arrodillaban en mullidas almohadillas que sus dueñas colocaban en el piso. Alguna que otra, en signo de humildad, apartaba la suya, postrándose de hinojos en la húmeda tierra. Me llamó la atención una joven muchacha, que, en lugar de mostrar el conveniente recogimiento, lanzaba osadas miradas a los caballeros cercanos. Era galana y de poca edad, pero su mirada denotaba extenso conocimiento del mundo.

Desde su sitial, el visitador Tello de Sandoval observaba con reprobación el alarde que algunas damas hacían de cojines y alfombras, así como aquellas que aprovechaban la reunión para actitudes que suscitaban requiebros.

Después del evangelio, el obispo subió al púlpito y mostró su reciedumbre de espíritu con un sermón que conmovió a la sociedad novohispana.

Tras las consabidas reflexiones sobre las virtudes necesarias al buen cristiano, referencias al Nuevo Testamento y otras imágenes piadosas, quiso proclamar su advertencia. A pesar de su aparente fragilidad, proclamó con voz tonante:

—Alguien quiso encomendarme que no anduviera tanto con indios por ser gente desarrapada y sucia y de mal olor, que podían perjudicar mi salud. ¿Sabéis qué le respondí?

Toda la congregación estaba pendiente de sus labios, sobre todo los indios que, desde el patio, intentaban discernir la prédica. Tras unos instantes el religioso continuó:

—Que su pobreza me enseña la aspereza de la vida que convenía usar para salvarse. Y le aclaré que no me molesta ese olor —añadió—, sino el que despiden aquellos que han pasado su existencia en el ocio y en el regalo.

Un estremecimiento de esperanza recorrió las filas del atrio donde se situaban los indígenas. Fray Juan entró directo al meollo de la cuestión:

—Solo por un milagro de Dios, consentirán los encomenderos libertar a sus esclavos, pero nadie de buen grado renunciará a ellos, habiendo menester de toda una armada para hacer cumplir las Leyes Nuevas.

Muchas miradas se dirigieron hacia el virrey y Sandoval, para ver su reacción. Mendoza permaneció inmutable, escuchando con atención, pero Tello de Sandoval mostraba su asentimiento.

Un murmullo de desaprobación recorrió las filas de algunos fieles. Se revolvían incómodos los hidalgos pobres, con ropas remendadas y cicatrices en su rostro, prueba incontestable de sus penalidades, pasadas y presentes. Hubo quien abandonó el templo airado y jurando mil venganzas, otros decidieron aguardar y escuchar la acusatoria homilía. Como algunos temían, el franciscano no se arredró y continuó la plática:

—¿Habéis acudido aquí acaso para celebrar prematuramente mi muerte o la del virrey y gobernador de la Nueva España?

Hizo una pausa para comprobar el impacto de sus palabras. Ira impalpable sobrevolaba las naves de la iglesia.

—Sean los que fueren vuestros deseos y propósitos, ante la imagen de Nuestro Señor, deponed rencores, envidias y armas.

Fray Juan sintió un repentino malestar. Un sudor frío y pegajoso perlaba su frente; entonces decidió finalizar y bajó lentamente del púlpito. En ese instante una voz ronca de gritos en mil batallas, en las que la muerte era intangible compañera, amenazó:

—¡Ni tu hábito te protegerá! ¡Maldito seas! ¡Nos robas el patrimonio que ganamos con mil pesares! ¡Caerás de bruces a nuestros pies!

Los alguaciles intentaron descubrir entre la multitud de dónde procedía tal escarnio, pero solo oyeron los cascos de varios caballos repicando en el empedrado.

LAS ESMERALDAS

*H*abían pasado ya varios meses desde nuestra llegada, y yo debía comenzar a buscar las extraordinarias esmeraldas que me encomendara don Hernán. Hasta ese momento las que me habían traído eran hermosas, pero no alcanzaban el nivel de fábula de las que perdió Cortés en la batalla de Argel.

Me absorbía, tal vez en demasía, la vida tan diversa que discurría como un río rumoroso a mi alrededor. El sermón del domingo me había impresionado. En Castilla, las modas eran sobrias, y las gentes artesanas y de oficios, no digamos criados y servidores, se vestían de manera mesurada, casi austera. Aquí el lujo era una forma de mostrar el poder. Por tanto, las Leyes Nuevas, que atajaban la ostentación, eran difíciles de imponer.

En esos pensamientos estaba, y oí la voz cantarina de Juana que pedía licencia para entrar. Percibí que tenía ganas de cháchara y de comentar los acontecimientos recientes. Era una de las ocupaciones favoritas de los novohispanos.

—He de admitir —inició mi amiga— que me ha dado que pensar el sermón del obispo Zumárraga.

—¡Yo estaba justo en ello! —admití.

—Sé de buena tinta que está muy en contra también del lujo excesivo...

Yo esperaba, pues la veía deseosa de hablar.

—En Nueva España, todo el mundo ostenta. ¡Fíjate en algunas esclavas y en las «mujeres enamoradas»! ¡De dónde sacan para tanto lucimiento!

—¿Mujeres enamoradas? —repetí yo—. ¡Qué nombre más poético!

—¡No tiene ninguna poesía dejarse entretener por caballeros, que, tantas veces, tienen ya otros compromisos!

Juana empezaba a alterarse.

—Juana —le dije, intentando tranquilizarla—, mal en ellas de actuar así, pero claro es que hay hombres que las regalan y entregan esos presentes suntuosos.

—¡Ah! ¿Es que no sabes la última? —me interpeló con aire triunfante.

—Desconozco a qué te refieres —acepté con humildad.

Entonces, Juana, gozosa por tener información preciosa, me ilustró:

—El visitador Tello de Sandoval ha recibido el escrito de unas damas de alcurnia con serias quejas.

—¿Qué señoras son esas y cuáles son sus demandas?

—¡Ay, Mica! ¡Que tenga yo que instruirte, con la cercanía de tu esposo a palacio! —Disfrutaba de su ciencia.

—Dime entonces qué sucede —le pedí. Lo cierto es que ya sentía curiosidad.

—Esas damas son criollas principales, que, hastiadas con el osado comportamiento de ciertas mujeres que no quieren admitir su lugar, decidieron dar a conocer sus cuitas al visitador.

—¿Y cómo ha resuelto Sandoval el pleito?

—Con celeridad ha proclamado la siguiente ordenanza.

Y sacó con parsimonia un escrito que comenzó a leer:

Porque soy informado que las «mujeres enamoradas», cuando salen de sus casas llevan faldas muy largas, y mozas que llevan cojines y alfombras a la iglesia, como los llevan las mujeres de los caballeros y personas de calidad, en mal ejemplo de la república y en perjuicio de personas casadas y de honra. Porque no son conocidas las unas de las otras, mando que dichas mujeres por ninguna vía se

les lleve la falda, sopeña que pierdan el manto y la saya que llevaren... Y no lleven a la iglesia cojín ni alfombra.

—¡Ahora verán esas mancebas que andan robando maridos y los incitan al derroche! —Fue la triunfante conclusión de mi amiga.

—Pero, Juana, tú no tienes quejas de Fermín en ese aspecto... Ni en otros. Es un marido dedicado —recordé.

—¡Lo sé. Fermín es un ejemplo... pero no me gusta que se altere el orden de las cosas! Cada cual en su sitio.

Yo pensé que en Nueva España, en ese mundo nuevo que entre todos habíamos de crear, al contrario de lo que decía mi amiga, las viejas costumbres cambiarían para dar paso a las nuevas. Pero nada dije para no irritarla.

LA CASA DE LEGAZPI

Mayo 1546.

Un buen día, llegaron a México con la Flota de Indias unos valientes soldados, que Íñigo conocía de sus tiempos en Sicilia, y fuimos todos invitados, con la acostumbrada generosidad, a casa de don Miguel de Legazpi. Era notorio que ese hogar acogía siempre a los vascongados, que habían oído de la hospitalidad de su dueño. Unos le conocían y tenían relación de familia, y eran siempre bienvenidos.

La casa de Miguel era un lugar de encuentro para los españoles y todo aquel que necesitara ayuda. Su talante comprensivo y razonable lo había convertido en el hombre a confiar para todos los que deseaban el bien del virreinato, sus gentes y la corona. Era un difícil equilibrio que él sabía mantener.

Su compromiso matrimonial con Isabel Garcés, sobrina de Juan Garcés, obispo de Tlaxcala, le había confirmado un puesto de relevancia en la sociedad novohispana.

Nada más entrar en el zaguán del hogar de Legazpi, el visitante se sentía bien acogido. La fuente cantarina del centro del patio estaba adornada con

unas *exóticas* frutas, que, bañadas por minúsculas gotas, brillaban a la luz misteriosa de los candiles.

En el claustro que rodeaba la vivienda se distribuían mesas con viandas variadas, guajolotes asados, un delicioso pavo salvaje muy abundante en estas tierras; piernas de cerdo y ternero; comida indígena como tamales y huitlacoche; higos y orejones secos traídos de la Península y de nuevo frutas frescas, algunas abiertas para que su intenso aroma perfumara el ambiente. Allí nos encontrábamos unos con otros, y entre saludo y venia, probábamos las delicias preparadas, que, como decía nuestro anfitrión: «Ha de haber de todo y por su orden, como en toda comida vasca que se precie».

Los vascongados, como mi marido, eran a menudo mayoría, ya que de muchas casas solariegas de Guipúzcoa y Vizcaya habían venido segundones en busca de fortuna. Los servidores indígenas, y algún español, se afanaban para que nada faltara, dirigidos por la anfitriona, que se ocupaba de que repusieran de inmediato los vacíos azafates.

La noche estaba iluminada por multitud de velas de tamaños diversos en todos los lugares de los patios y los salones.

Era una de las causas de asombro para los nativos.

A pesar de que habían ya pasado muchos años desde que los primeros conquistadores asombraran a los mexicas con las velas, que ellos desconocían, la candela, con su luz danzante y misteriosa, seguía fascinando a los naturales.

Era en verdad un espectáculo sin igual. En las esquinas, donde se multiplicaban en número, el titilar producía fugitivas sombras que inducían la imaginación. En las noches frescas, en los salones crepitaba el fuego en amplias chimeneas.

Abandoné mi observación, que me procuraba gran deleite, y me uní al grupo de compañeros de Íñigo.

—¡Voto a bríos! —exclamó uno de ellos—. ¡A esa la conozco!

Miré hacia donde él señalaba y vi a una mujer, demudada al comprender que la habían reconocido.

Quise dar un giro a la conversación, pues la preveía difícil, pero parecía imposible detener a quien deseaba ajustar cuentas pasadas.

—Mala gente, esa Mónica. Pertenece a una estirpe de mujeres entretenidas que causan males al necio que cae en sus redes.

—Mire vuestra merced, que este no es lugar apropiado. Nuestro anfitrión no merece que aquí hagamos pendencia —le dije, a pesar de que yo también la había reconocido. Era la muchacha que el pasado domingo retaba, en plena

misa, a los hombres con su mirada provocativa. Pero no deseaba escenas inconvenientes en casa de Legazpi.

—No temáis. No deseo escándalo alguno. Solo quiero que estéis avisada, pues sus costumbres son muy diversas a las vuestras, y siendo amigo como soy de vuestro esposo, no deseo que su pendencia llegue a alcanzaros un mal día.

—Me asustáis. ¿Qué perjuicio ha de ocasionarme?

—Escuchadme con atención. Solo os diré que su madre vivía con un hombre, que, tras nacer ella, escapó como alma que lleva el diablo.

—¿Vivían? ¿Queréis decirme que no estaban casados? —pregunté.

—Nunca se desposaron, pero lo interesante es que la madre de su madre, su abuela, fue entretenida, mientras se mantuvo lozana, por aquel que deseaba costear sus gastos.

—Por favor, os pido —rogué— que no comentéis esto con nadie más.

—Esa que veis arruinó a mi hermano, y él hubo de pagar su error con la prisión. Cuando ella lo vio acabado, lo abandonó. —Su expresión era feroz—. Mala pécora, sí, señor. ¡Mala pécora que el diablo lleve!

—¡Silencio, por favor, que se acerca nuestro anfitrión!

En efecto, don Miguel se aproximaba a nosotros, y tras unas palabras de bienvenida a los recién llegados, nos rogó que le acompañáramos.

Cuando entramos en la reducida sala, Íñigo contuvo un grito de sorpresa. Sentado junto al fuego estaba su amigo de la infancia Andrés de Urdaneta. Se fundieron en un abrazo, que entrañaba la sólida amistad que de niños tuvieron. Hacía muchos años que no se veían, pues Íñigo había comenzado desde muy joven sus andanzas por los reinos itálicos, y Andrés las suyas en los océanos lejanos. La participación de Urdaneta en la exploración de Loiasa y el memorial presentado al César; su conocimiento de los mares y su estudio sobre las fiebres tropicales, amén de ser un superviviente de naufragios e intrigas, le habían granjeado el respeto de sus conciudadanos.

Había servido al virreinato como corregidor de la villa de Avalos y visitador del Puerto de la Navidad.

—Menuda sorpresa nos tenía preparada vuestra merced —agradeció con su voz sonora Urdaneta.

—Entonces... Vos tampoco conocíais... —comentó mi esposo.

—Deseaba —aclaró Miguel— presenciar el inesperado encuentro de dos viejos amigos.

Se preguntaron el uno al otro sobre sus respectivas familias y las novedades acaecidas en años pasados. Legazpi esperaba tranquilo, pero

cuando entendió que ya se habían puesto al día, inició la conversación sobre el asunto que le inquietaba.

—Hemos de conversar sobre las consecuencias que han de traer las Leyes Nuevas —anunció.

—La ciudad anda revuelta, y en la plaza Mayor se reúnen corrillos de criollos, echando pestes contra las autoridades peninsulares —corroboró mi esposo.

—Tal vez sea como en ocasiones anteriores: «se acata pero no se cumple» —indicó Urdaneta.

—No lo creo así —respondió Miguel—. La corona ha decidido erradicar los abusos cometidos en el pasado, que dan tan mala fama a nuestro noble empeño.

—Bien decís —concedió Andrés—. Esta es una buena tierra, de gentes mansas...

—¡Ojo, amigo! —intervino mi esposo, el soldado—. Por don Hernán conozco la lucha feroz que hubieron de entablar y el horror de los sacrificios humanos.

Urdaneta interrumpió a su amigo:

—Esa es precisamente la razón de nuestra presencia aquí: liberar a estos indígenas de esos horribles martirios de mujeres, niños y hombres. Pero hay que hacerlo desde nuestra condición cristiana, con el amor y con el ejemplo.

—Los primeros que habríamos de dar ejemplo somos nosotros, y temo que la oposición de algunos encomenderos a cercenar sus abusos no sea muy edificante —reflexionó Íñigo en alta voz.

—Tú tienes un empeño importante, Íñigo —respondió Urdaneta—. Como capitán virreinal, te corresponde conocer las reuniones secretas, y no tan secretas, de los beneméritos, que se creen por encima de la ley, y poner orden.

—¿Crees que los beneméritos son una amenaza? —preguntó Íñigo—. Yo creía que los encomenderos eran el principal problema.

—Querido amigo —respondió Andrés—, los beneméritos, como tú sabes, son los descendientes de los conquistadores, que, solo por el hecho de serlo, piensan que son acreedores de cargos y prebendas. Presentan muchas dificultades, ya que son de espíritu inquieto y poco aficionados al esfuerzo y desprecian la actividad comercial.

Mi esposo afirmó lo que ya conocía:

—Han crecido en número y pretensiones, y no hay para todos.

—Atraídos a su bando por los encomenderos, que les respaldan en sus reivindicaciones, pueden producir peligrosas revueltas —intervino Legazpi.

—Los encomenderos pertenecen a una clase económica que se resiste a perder sus privilegios de posesiones y mano de obra indígena. Exigen que la encomienda sea hereditaria —apuntó Andrés.

—Y la corona, aunque les pide a cambio defender el territorio, no puede dar cargos a todos ni consentir abusos —completó Íñigo.

A lo que Miguel contestó:

—Comprenderás que el empeño ha de ser llevado de manera firme, pero hábil.

—Siempre tuviste mucha aguja de marear, Íñigo —dijo sonriendo Urdaneta—, pero, además, has de tener buena información para desarrollar tu encargo. Yo te llevaré a que conozcas a frailes franciscanos y agustinos, obstinados en defender a los indios de los abusos de algunos encomenderos.

—¿Y cómo pueden hablar con los nativos? ¿Conocen su idioma? —preguntó Íñigo.

—Muchos de estos frailes han recibido formación en las universidades de Salamanca o de Alcalá de Henares, donde se enseñaba latín, hebreo y árabe. Tienen por tanto costumbre de aprender y predisposición para las lenguas. No olvidéis que la Biblia políglota allí fue escrita —contestó Andrés.

—Corrían rumores —recordó Íñigo— de que las enseñanzas de Erasmo habían tenido una profunda influencia en estos estudiantes.

—Cierto. Y estos religiosos anhelan realizar aquí la «utopía» de Erasmo. Es un bello sueño —concluyó Urdaneta.

—¡Cuidado, Andrés! —advirtió Legazpi—. No todos admiran tanto a Erasmo.

—Lo sé. El rey de Inglaterra escribió un feroz manifiesto contra Erasmo, pero él, a su vez, hizo el mayor daño a nuestra Santa Madre Iglesia. No creo que nuestro empeño en evangelizar a los indígenas con amor cristiano pueda ser origen de ningún mal.

—Noble y esforzada tarea te espera, Íñigo, pero contigo estaremos para hacer de esta tierra un Nuevo Mundo.

LA GUADALUPANA

Yo escuchaba con suma atención aquellas conversaciones, que me sirvieron para comprender el entorno en el que había de vivir. Desde entonces me fijaba en esos hombres que enseñoreaban la capital con aire de suficiencia,

haciendo alarde de sus armas y su caballo, cuando muchas de las veces no podían costear esos gastos, pues su verdadera situación era precaria. Su afán de honras y su estado verdadero estaban en contradicción, lo que les hacía irritables, dados a las disputas y pendencias. Para entretenerse, eran aficionados a los juegos de azar, que, a menudo, los empobrecía más aún.

Pero lo que más me enfurecía era su desprecio hacia los indígenas, que mostraban con entusiasmo y jaleados por sus compinches.

Estaba empero convencida de que Íñigo sabría cómo equilibrar fuerzas tan dispares, y yo me entregué a conocer la capital, sus buenas gentes, que también las había, y a disfrutar de la naciente amistad con Rosario, la bella señora que conocí en Veracruz, y Juana, la mujer de Fermín. Juana era de carácter alegre, pero de genio pronto. Cuando se enfadaba, había que esperar a que restableciera su buen humor, cosa que sucedía con prontitud. Gustaba de contar las muchas noticias que yo desconocía, sobre la vida y milagros de las gentes de nuestro entorno, de las que estaba siempre informada. No era bella, pero tenía un pelo negro luciente, una sonrisa espontánea y unos ojos claros de mirada penetrante. Era alta y, al expresarse, sus movimientos eran tan armoniosos que la tornaban hermosa.

Era una mañana fresca de diciembre, y apurábamos el paso hacia la iglesia de la Virgen del Remedio, dado que era una devoción muy extendida entre los españoles y los criollos de la ciudad. Me acompañaba Juana a poner unas velas a Nuestra Señora en agradecimiento a todo lo bueno que nos había sucedido desde que partimos de Toledo.

En eso, me llamó la atención un indígena que vestía ropas españolas y lucía buen porte.

—Juana, ¿quién es ese caballero tan gallardo? —pregunté con curiosidad.

—Se llama Fernando Alva Ixtlixochitl, descendiente de los reyes de Tezcucuo, y es persona muy respetada en el virreinato.

—Parece muy interesante...

Animé a mi amiga, que estaba deseando contarme algo que yo no alcanzaba a vislumbrar.

—Dicen que posee el manuscrito del *Nican Mopohua*.

—¿Y de qué trata ese objeto extraordinario?

No sentía un especial interés por un libro en náhuatl, pero no quería mostrar a Juana mi desinterés.

—Es el relato de las apariciones de la Virgen de Guadalupe.

—¿La Virgen de Guadalupe? ¿Cómo la de Extremadura?

Ella me miró asombrada con sus límpidos ojos azules:

—¿Llevas meses en México y no has oído hablar de la Guadalupana? —Y siguió su plática como un torrente—: Se le apareció a un pobrecito indio llamado Juan Diego en el cerro de Tepeyac, y como el obispo quería saber si el indito era un fraude, lo mandó de nuevo a la colina, con el mandato que le trajera flores de allá. ¡Y cómo iba a encontrar nada! ¡Aquel altozano es seco y árido! ¡Solo hay pedruscos! —añadió decidida, pará luego asombrarme—: Pues Juan Diego tornó con unas fragantes flores envueltas en su manto.

Juana tenía toda mi atención, y tras comprobarlo, continuó su apasionante relato:

—Zumárraga, al desenvolver el *tamil* halló las perfumadas flores, pero su asombro no tuvo límites, cuando vio la imagen de Nuestra Señora dibujada con perfección inaudita en la burda tela.

—¿Qué explicación dio el obispo a semejante lance? —Ahora sí que estaba metida de lleno en el extraordinario suceso.

—Afirmó que semejante maravilla había de proceder de la Virgen, que la aparición era cierta, y que construiría la capilla que Ella había pedido a Juan Diego.

La noticia era fascinante. Abrumé a mi amiga con un torrente de preguntas:

—¿Dónde está esa imagen? ¿En qué lugar se edificó la iglesia? ¿Cómo puedo obtener una copia del libro? ¿Pronunció la Virgen algún mandato?

—¡Calma, mujer! —me dijo mi amiga—. Vamos por partes. El retrato que creó Nuestra Señora en el *tamil* está en la basílica que construyeron en Tepeyac. Y sí, la Guadalupana fue muy clara en su mensaje: «Habéis de construir un templo donde pueda yo mostrarme madre amorosa y refugio de cuantos me invoquen en sus aflicciones» —repitió con total naturalidad.

—¡Pero cómo no me habías narrado esto antes! ¡Hemos de ir presto a visitar el lugar de la visión!

—¡No te extremes tanto! —me aconsejó Juana—. ¡A ver qué harás cuando te refiera los milagros que ya ha realizado!

—¿Milagros, dices? ¡Cuéntame! —No podía esperar.

—Fermín tiene un amigo indígena llamado Antonio Valeriano, que es el que escribió la *Relación de los milagros acaecidos desde 1531*, la fecha de la primera aparición.

—¡Cuánto me gustaría conocerle! —sugerí.

—El día y hora que desee vuestra merced —accedió con aire de importancia, y continuó—: En cuanto al libro, nos llegamos a la imprenta de Cronenberg^[23], que seguro que tendrá un ejemplar —me contestó ufana.

Le cogí del brazo y juntas nos fuimos al Remedio. En el camino de vuelta, daba gracias al cielo, y a don Hernán también, de haberme inspirado el viaje a estas tierras, donde lo milagroso y lo mágico se unían en estrecho abrazo.

En efecto, a los pocos días, nos reuníamos en casa de los Buitrago para conocer a Antonio Valeriano. Era un hombre tranquilo, correcto en su vestimenta, pero sobrio; usaba un pelo largo y lustroso que recogía en una coleta, bajo un sombrero de fieltro, que no ocultaba sus nobles rasgos: nariz aguileña, los altos pómulos de su raza y una tímida sonrisa que se tornó más cálida a medida que fue hablando de los milagros de «su». Guadalupana. Según él decía, los favorecidos habían sido muchos y de diverso origen social, indios, mestizos, criollos y españoles habían recibido curaciones, nacimientos, socorro en los peligros y consuelo a sus penas. El fervor con el que hablaba, teñido al mismo tiempo de una plácida naturalidad, me emocionó de tal manera que le rogué que nos acompañara a la visita que deseaba hacer a Tepeyac.

—Será para mí un honor presentaros a Nuestra Reina de México. Es venerada en toda Nueva España —respondió con entusiasmo. Pendiente quedaba mi encuentro con la Guadalupana.

La vida en esa ciudad tan distinta de Toledo o de las de los reinos itálicos me fascinaba. El sabor de todo aquello que había de descubrir me hacía alzarme por las mañanas, como si cada día fuera el inicio de mi existencia. Una actividad febril se desarrollaba en la capital. Era, en verdad, la creación de un Nuevo Mundo. Esta sensación de asistir a la construcción de una tierra diversa, con hombres y mujeres de varias razas, era algo que nosotros, los españoles, ya habíamos conocido.

Yo imaginé que podíamos empezar una convivencia real entre personas de diferentes orígenes, y que nuestros hijos serían todos hijos de aquella experiencia. Por otra parte, Íñigo estaba siempre muy ocupado, pues el virrey, como ya le adelantara nuestro amigo Legazpi que ocurriría, había depositado gran confianza en mi marido, y además de hacerse acompañar a todas partes por él, demandaba constantemente su consejo.

Una mañana, le pidió que asistiera el martes con él a su reunión semanal en la Real Audiencia.

«Es menester que conozcáis las instituciones de gobierno novohispanas. Tal vez un día estaréis al frente de ellas», sugirió Mendoza.

«No es esa nuestra intención. Pensamos que nuestra estancia no alcanzará los cinco años», contó mi marido que fue su respuesta.

«Querido capitán, he visto a muchos hombres de valía como vos llegar a estas tierras con semejante propósito y acabar hechizados por el duende que encierra este país».

Mientras mi esposo lo relataba, me vino a la mente la idea de la permanencia, y ante mi sorpresa, no me disgustó.

Llegó el martes convenido, y mi Íñigo salió de casa gallardo y apuesto: había de hacer buena impresión a los oidores de la Real Audiencia, que eran muy celosos de sus prerrogativas y opiniones.

Esperé ansiosa el retorno de mi esposo para que me contara cómo se había desarrollado la sesión. Cuando abrió la puerta del taller, ya estaba yo haciéndole mil preguntas:

—¿Cómo te fue? ¿Qué te dijeron? ¿Qué hizo el virrey?

—Paso a paso, mujer. Deja que te cuente. A nuestra llegada estaban los oidores esperando al virrey, y le saludaron con mucha prosopopeya: «Señor capitán general, gobernador de estas tierras, vicepatrono de la Iglesia...».

Él agradeció las muestras de deferencia y se dirigieron a la sala donde tendría lugar la reunión. Allí esperaban el fiscal, que defendía todo lo referente al rey y el fisco; el relator, que se ocupaba de las relaciones de los pleitos; el escribano de la cámara, que con su firma había de dar fe, y el alguacil mayor.

—¡Virgen del Remedio, qué multitud! —comenté asombrada.

—Es una maquinaria compleja, donde cada uno tiene su cometido. Por tanto, hay que medir mucho los pasos, sopesar las iniciativas... para no cometer errores.

—Tienes razón. Yo también observaré antes de tomar decisiones.

—Cada cargo tiene sus atribuciones, pero la interpretación de las leyes cambia las situaciones.

—¿A qué te refieres? —pregunté intrigada.

—El alguacil mayor es un hombre cordial, con él que enseguida he congeniado. Sin embargo, me ha sorprendido saber que cuenta con posesiones en tierras y en las recién descubiertas minas.

—¿Y qué hay de malo en ello? —indagué.

—En principio, muchos de los cargos virreinales conllevan estrictas prohibiciones.

—¿Prohibiciones? —Cada vez entendía menos ese galimatías.

—Los oidores no pueden poseer tierras, ni ganado, ni riquezas; han de abstenerse de contraer nupcias en el territorio y no les es permitido participar en descubrimientos.

—¿Y cómo lo consienten entonces al alguacil?

—Poco a poco habremos de aprender los vericuetos de las leyes y de su aplicación.

Miré a mi esposo y reconocí aquella prudencia que enarbolara durante nuestro viaje a los reinos itálicos. Supe entonces que ante nosotros se abría una aventura clamorosa. Tras unos instantes mi esposo concluyó:

—El fascinante México es también complejo... Es menester que estemos muy atentos hasta que sepamos cómo comportarnos en él.

FIESTA DEL VIRREY MENDOZA

A cudimos Íñigo y yo a presentar nuestros respetos al virrey. Tenía fama ganada de persona prudente y moderada, y sus acciones a lo largo de más de doce años lo atestiguaban. Su labor no se había limitado a pacificar el virreinato. La economía era su preocupación, ya que sabía que con ella provista los súbditos respetarían el buen gobierno y la paz duraría.

Extendió la ganadería a terrenos hasta entonces semiabandonados; fundó estancias en tierras apenas descubiertas, y, de importancia suma, comenzó las obras de caminos y calzadas para comunicar el virreinato, siendo esto muy necesario para el desarrollo del comercio en estas tierras.

Y se empeñó en algo que para mí iba a tener importancia primordial: los textiles.

La lana, los telares y talleres de costura, nada escapaba a su cuidado. Pero lo que atrajo mi atención fueron las haciendas dedicadas a la seda. Por doquier se plantaban árboles de morera, que criaban el gusano que produciría aquella maravilla de tacto y levedad.

Una sola sombra opacaba tanto brillo: su relación con don Hernán era tirante, y, si era cierto lo que contaban, Mendoza no se había portado bien con el capitán general y conquistador de aquellas tierras.

Nos dirigíamos a la recepción del virrey, en compañía de nuestro amigo Legazpi, que iba a ser nombrado para un alto cargo de la Casa de la Moneda.

Embocamos la calle de los Bergantines, y enseguida nos encontramos ante la puerta de la residencia virreinal. En la plaza, jóvenes ataviados con exóticas vestimentas tomaban posiciones en distintos ángulos de la misma, donde efímeros, simulando tupidas selvas, misteriosos senderos o altivas montañas, sugerían que íbamos a gozar de una interesante representación.

Entonces vi a una dama nativa que me pareció aquella de la comitiva del marqués del Valle de la Oaxaca, cuando le recibió el emperador en el Alcázar de Toledo.

—¡Mira, Íñigo, es *La Malinche*!

—No —intervino nuestro amigo Legazpi—, se le parece, pero no es ella. Doña Marina murió en 1527.

—Entonces —pregunté confundida—, la dama que yo creí ser *La Malinche*...

—No sé a quién veríais en Toledo, pero esta señora es la princesa Isabel Moctezuma, de la real casa azteca, la Gran Dama, así llamada por su buen genio y alegre disposición. Está casada con Juan Cano, y dicen que en efecto, tiene una notable semejanza con la célebre doña Marina.

Me fijé en su atuendo. Vestía una mezcla de ropas nativas y españolas con notable elegancia: sayuelas de seda, ceñidor de tafetán y chapines colorados, pero su tocado era indudablemente indígena. Una corona de fragantes flores blancas adornaba su oscurísimo pelo, y le proporcionaba un aire de diosa de la antigüedad.

Al coronar la escalera, entramos en una estancia donde unos papagayos de brillante plumaje nos observaban con total seriedad, encaramados en sus altas alcándaras. Numerosos fámulos se afanaban de un lado a otro, recogiendo los mantos de unos, ofreciendo refrescantes aguas de granada y perfumada agua de almendras o dirigiendo a los invitados hacia el salón donde nos recibiría don Antonio de Mendoza. Las autoridades del virreinato, corregidores, regidores, oidores y algún obispo, entretenían la espera en distintos corrillos en los que se comentaban novedades, rumores de promociones y chascarrillos festivos. Yo conversaba con una dama afincada en el virreinato, cuando un caballero se acercó a nosotros. No me agradaba, y eso que yo aún no conocía la turbulencia de los asuntos que él manejaba. Se presentó.

—Soy Gaspar Revuelta, y estoy al servicio de vuestras mercedes.

«Tanta amabilidad me confunde», pensé.

Hice solo una inclinación de cabeza, y ahí él tomó a mi esposo del brazo, como de paseo, y se alejó un tanto para que yo no escuchara su conversación. Lo que él no sabía es que me adornaba un fino oído que me hacía enterarme de mucho más de lo que yo hubiera deseado. Era un caballero que había casado con noble dama, Isabel, de mucha prosapia y pocas gracias.

Pasó junto a ellos la agraciada joven que yo había observado en la misa del domingo, y más tarde en casa de Legazpi. Sabía ya que se llamaba Mónica, que era de familia pobre, y que, espoleada por su ambición, había

encontrado por fin en un buen hombre llamado Pascual, el matrimonio que le consintiera la vida regalada que ella apetecía. La escasez de su fortuna la acongojaba, y, como hiciera aquel domingo, sonreía seductora a todo varón con el que se cruzaba, dispuesta a cambiar a su buen marido por un mejor postor.

Varias damas la miraban con evidente disgusto. Me miraron y, al comprender que estaba recién llegada, vinieron raudas hacia mí.

—Vos, bien se ve, sois dama cabal. ¿Sois la esposa del nuevo capitán? —
Inició una.

—Soy Micaela Vallesteros y estoy casada con el capitán de Vidaurre.

—Hemos de advertiros sobre la mala cizaña que intenta arruinar la paz de nuestros hogares —anticipó otra.

—Utiliza su belleza como un arma para embrujar a todo hombre que a ella se acerque. Lleva a cabo una estratagema fría y calculadora. Intenta siempre dominar a los hombres por medio de una aparente dulzura, un batir de pestañas, miradas ensoñadoras, silencios insinuantes, prometedoras sonrisas y actitudes provocativas —dijo una tercera, observándome para ver el efecto que sus palabras tenían en mí.

Yo callaba.

—Para obtener sus mezquinos fines, un cargo para un pariente, tan alacanzado como ella, no duda en pisotear el mérito de un caballero...

—Aún peor, Clotilde —interrumpió la primera, con el rostro arbolado por la excitación—, atropellar la escasez de una viuda o de una huérfana.

—Tal vez se siente sola... —argüí sin mucha convicción.

—¡Dios nos libre de esa arpía! —exclamó Clotilde con expresión iracunda—. Se divierte haciendo daño.

—¡Y ese Gaspar! ¡Vergüenza le debía dar mirarla de esa manera! —
Remató Clotilde.

—Os agradezco el interés que tomáis en prevenirme —agradecí.

Entonces, tras una cortesía, se alejaron ufanas de su buena obra.

Supe que habría de tomar cuidado con las «almas caritativas», pero no eché en saco roto la información recibida.

A Gaspar se le iban los ojos, y casi las manos, tras la pizpireta y terrible mujer. Tal vez él no la veía como en realidad era. Yo observaba la desagradable escena y, en eso, le oí suspirar melancólico y confesar a mi esposo:

—¡Qué pesada carga es el matrimonio, capitán! ¡Menos mal que están los hijos para aliviar las penas!

—Hablad por vos —respondió Íñigo—. Yo tengo la enorme fortuna de haber encontrado la mujer de mi vida y con ella me desposé. Bien al contrario de lo que vos decís, doy gracias al cielo por haberme dado un hogar que es mi puerto de refugio.

—¡Notable, querido amigo, os felicito! Sois hombre afortunado y que agradecéis los bienes que el cielo ha derramado sobre vos.

Cambió de asunto y continuaron hablando de aquello que afectaba a la buena marcha del virreinato. Vi que mi esposo le observaba con atención, como si quisiera averiguar en qué chanchullos estaba metido Gaspar.

Me recreé en la contemplación de mi marido. A pesar de los años transcurridos, Íñigo mantenía su aspecto gallardo y esa seriedad de hombre de buena ley, que me atrajo en él al instante. Presentaba una continencia segura y serena. Su plácida situación familiar y el empeño que el príncipe Felipe le había encomendado colmaban sus anhelos y afianzaban su posición en la vida.

Como suele suceder, esta felicidad despertaba envidias de las que él no era consciente. O bien se negaba a reconocerlas. Aquellos que por ambición habían truncado su destino, o los que habiendo buscado la dicha, habían fracasado en el intento, le tenían enojos.

En un momento en que pude hablar con Íñigo a salvo de oídos indiscretos le advertí:

—Habrás de tener cuidado con Gaspar. Según me ha contado la señora con la que conversaba, es hombre que ha labrado su hacienda desposando a una señora que no ama. En los primeros años, su ascensión a territorios antaño a él vedados, la estima que le mostraban personajes de relieve en este virreinato, colmaban su contento. En el presente, su habilidad en los negocios le ha llevado al puesto de preeminencia del que goza.

—Esto debiera ya satisfacerle —respondió mi bienintencionado marido.

—No. Porque en su hogar halla solo mujer insípida, que no colma, ni jamás lo hizo, sus deseos. Además —añadí—, ¿no será Gaspar el que entreviste la otra noche, verdad?

—No estoy cierto que sea él.

Pero yo comprendí por su tono de voz que sospechaba que era el mismo.

—¡Y bien, Mica! En cuanto a esposa aburrída, son males que a él conciernen. Nada tengo yo en ese asunto.

—Al contrario. Creo que debes callar sobre nuestra armonía familiar. Vivirla, gozarla, pero silenciarla frente a los de fuera. El mayor resentimiento

nace en aquellos que, alcanzada su ambición, descubren que han errado en la dicha.

No pudimos continuar con nuestra conversación porque un clavicordio inició su música cristalina acompañado por varios violines, anunciando así la entrada de Mendoza, que comenzó a saludar a los presentes con amables muestras de afecto.

Era el virrey hombre de estatura mediana, fina barba y aspecto pulido. Su continencia discreta y afable originaba de inmediato simpatía en aquellos que, como yo, por primera vez le conocían.

Las trompas de caracol interrumpieron el besamanos con su sonido marino, hondo, como venido de las profundidades del mar. Era la señal convenida para anunciar la escena que se desarrollaría ante nuestros asombrados ojos. El virrey invitó a los presentes a que nos asomáramos a las galerías que daban a la plaza.

Habíamos de admirar el cortejo que abrían muchachas nativas con las caras pintadas de amarillo, los dientes de carmesí, a la antigua usanza de las princesas, y usaban en brazos y piernas vistosas plumas bermejas, que acariciaban el aire, pues venían las doncellas bailando una tonada rítmica y asaz sensual.

Los tambores, *teponaztli* y *huehuetl*, retumbaron con un trueno guerrero, que hizo irrumpir en escena a hombres que saltaban, se retaban y agredían en un simulacro de batalla. Por un momento, sentí temor de que aquellos fieros soldados nos atacaran, pues el combate era de extremada veracidad. Íñigo me tomó de la mano y me sonrió.

—No te inquietes, ya ves que las armas son de madera. No hay peligro, es una danza.

Ya más tranquila, pude disfrutar de las insólitas evoluciones de los bailarines-soldados. Los caballeros leopardo, cubiertos por extraordinarias pieles de ocelote, atacaban las posiciones de altas montañas, donde los caballeros águila, cubierto el cuerpo de oscuras plumas y en la cabeza, una imponente testuz de águila real, resistían con denuedo. Lograron las águilas rechazarlos, y persiguieron a los leopardos hasta el efímero que representaba la densa selva, y ahí se internaron ambos bandos, para salir de nuevo a la plaza sacudiéndose fingidos mandobles.

De repente apareció otro inesperado combatiente: eran los caballeros coyote, que se unieron a la pelea aullando terroríficos gritos de guerra. La danza se hizo más rápida, los movimientos más precisos, los gritos más feroces...

No acabó ahí la lucha.

Entraron en acción unos batallones de soldados en perfecta formación, cada uno vestido de diverso color y con diferentes estandartes flameando al viento. Los capitanes usaban brazaletes de cuero, cascabeles en las piernas que tintineaban a cada movimiento, ligeras capas de plumería y el pelo recogido en lo alto y adornado por espléndidos penachos de plumas. Era una ceremonia insólita, de una hermosura inquietante y poderosa, de la que no conseguía apartar los ojos. Entonces aparecieron unos honderos que nos hicieron creer que podrían hundir el palacio con sus certeras andanadas.

—Dicen que se situaban siempre en la vanguardia para diezmar al enemigo antes del cuerpo a cuerpo —comentó mi marido.

Pensé entonces en ese puñado de españoles que hubieron de enfrentarse a esos formidables luchadores, y musité al oído de mi marido:

—¡Menos mal que hemos llegado en tiempos de paz! ¡Las batallas han tenido que ser cruentas!

—Hemos sido afortunados —sentenció él—. Muchos han de haber sido los trabajos en el real servicio.

—Lo más hermoso queda por hacer —le contesté.

—¿Y qué es ello?

—La comprensión de esta cultura —respondí—, la educación en el común pensamiento. El mestizaje.

3

La minería

Tanto Teresa como Diego habían de comenzar con sus estudios, y para decidir qué colegio sería mejor para ellos, había consultado con Juana y Rosario.

La importancia que los españoles daban a la educación era evidente con los numerosos colegios que enseñaban en la ciudad. Ante mi asombro, los naturales tenían amplias posibilidades.

—Uno de los más completos —me informó Juana— es el Colegio de Indios de San José de los Naturales.

—¿Es el que fundó fray Pedro de Gante? —pregunté.

—El mismo. Pero hay otro magnífico junto al convento de San Francisco, donde los nativos aprenden latín, música, oficios como la imaginería y artes tradicionales de la plumería.

—¡Es admirable la preocupación de los religiosos y las autoridades novohispanas por la enseñanza de los indígenas! —No pude por menos de exclamar.

—Tienes que ir y conocerlos para que puedas apreciar su valor —indicó Rosario—. En un barrio al norte de la capital, está uno de los mejores: el Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco, donde se imparten clases de humanidades a los hijos de caciques y principales indígenas.

—¡Y fue concebido bajo la proyección del mismísimo emperador! —apostilló Juana, y Rosario insistió—: Allí, un fraile amable y estudioso, fray Bernardino de Sahagún, indaga y escribe sobre nuestra cultura.

—¿Existen entonces pergaminos con noticias sobre los usos de aztecas y mayas? —pregunté con curiosidad.

—No —respondió mi amiga nativa—. Se cuenta que el buen franciscano ha reunido a los ancianos del pueblo de Tepepulco para que le trasladen la tradición oral que ellos atesoran.

—Y... ¿cómo les entiende? ¿O es que habla fray Bernardino el náhuatl?

Yo iba de asombro en asombro. Rosario contestó llena de felicidad al comprobar que mi interés era sincero.

—Lo habla, pero, además, cuatro jóvenes nativos, estudiantes del colegio, le hacen de intérpretes.

—¿Cuándo se publicará y cómo se llama la obra?

—No está terminada y se llama *Historia de las cosas de Nueva España*. Fray Bernardino la comenzó hace más de veinte años —anunció Rosario, llena de respeto.

Una pregunta de orden totalmente diverso me vino a la mente.

—Por lo que oigo, todos los centros que mencionáis son para muchachos. ¿Qué sucede con las doncellas? —pregunté.

—Las niñas mestizas, y también las españolas pobres, sin parientes que las acojan y carentes de dote, cuentan con una espléndida institución que las protege: el Colegio de la Caridad, aquí, en la capital —me informó Rosario—. Has de saber, Micaela, que el obispo dio licencia para la fundación del Colegio de las Niñas de la Caridad, que acogía a niñas y mujeres de toda edad y condición. Y recomendó Zumárraga: «Hemos de evitar que doncellas españolas y mestizas anden perdidas por la tierra».

Entonces declaré:

—Y así surgió aquel lugar donde las jóvenes sin herencia o familia estaban protegidas de aquellos que siempre buscan aprovecharse del más débil.

Aunque la mayoría de los chicos españoles, como los Buitrago, y casi todos los criollos, estudiaban en casa con profesores contratados como tutores, decidí conocer otras opciones. Los hijos de los Bernáldez estudiaban en el Colegio de San Juan de los Naturales, que quedaba muy cerca de nuestra casa y había sido fundado poco después de terminada la Conquista. Fui a visitarlo con Rosario, que me había contado de la intensa y provechosa actividad de los franciscanos en este campo, y me gustó tanto que decidí mandar a esa escuela a mi hijo, donde aprendería a leer y escribir, catecismo, cuentas y música.

Era importante defender la unión de las razas, y pensé que en ese colegio, Diego aprendería a conocer mejor, y por tanto a apreciar la tierra y las gentes que nos acogían. Los buenos franciscanos habían organizado unas aulas luminosas y alegres que daban a un atrio con una fuente cantarina, y donde vi que asistían por igual españoles, criollos e indios, hijos de caciques. Los nativos habían aceptado estas escuelas con total naturalidad, pues en su religión azteca, también sus colegios, *calmecac* los llamaban, estaban dentro del recinto del templo.

Los chicos parecían estar muy atentos a las enseñanzas de un fraile que los trataba con afecto, pero con disciplina. No toleraba bromas ni chascarrillos.

—¡Aquí se viene a trabajar, no a hacer tonterías! Salga usted al patio, y cuando reflexione, vuelva a pedir perdón —le dijo a un chiquillo que perturbaba a sus compañeros.

De vuelta a casa, hice saber a Rosario mi asombro:

—Estoy sorprendida —le dije—. Veo que acuden a la misma escuela españoles e indios.

—¿Lo repruebas? —me preguntó mi amiga.

—Por el contrario, lo admiro —le contesté—. Me parece inteligente formar juntos a niños de distintas razas. Solo así podrán formar un mundo nuevo.

—Pues han fundado muchas otras escuelas, además de esta. Una de las mejores es el internado de Santa Cruz, en Tlatelolco, que te he mencionado, donde enseñan latinidad^[24].

—Sí, también me hablaste de él.

Yo estaba admirada. A pesar de que había leído en Toledo sobre Nueva España, no esperaba el número y calidad de colegios que impartían sus enseñanzas en la capital.

—¡Es asombroso que hayan organizado tantos centros de saber! —exclamé con entusiasmo.

—Si piensas que inmediatamente después de la Conquista se fundaron tres colegios para externos y cuatro en régimen de internado, te parecerá aún más extraordinario —me informó. Y, como si hubiera olvidado algo importante, añadió—: Además los cabildos se ocuparon de fomentar escuelas dependientes de la catedral, que dieron magníficos resultados, pues enseñaban a los indígenas la técnica avanzada de los españoles, para que pudieran estar en igualdad de condiciones al realizar sus trabajos.

—¡Lástima que todavía no cuente el virreinato con una universidad! —me lamenté.

—No creo que tanto el virrey como el obispo tarden mucho en obtenerla. Hace años que están intentando conseguir el permiso —contestó con seguridad. Y enseguida me preguntó—: ¿Qué vas a hacer con Teresa?

—Voy a buscar con calma una escuela donde pueda continuar su aprendizaje. Ahora viene a darle clases una maestra con la que prosigue sus lecciones de lectura, escritura y música, en la que es muy hábil.

—¿Siente inclinación por tu trabajo?

—En sus horas libres viene al taller y se esmera en el dibujo y todo aquello que puede instruirle en el arte de la orfebrería. —Sonreí complacida y confesé a mi amiga—: Dice que quiere ser diamantista... y a mí me gusta. Yo tengo un taller que va viento en popa, y ella puede tomar las riendas, cuando yo sea viejita.

—La vejez se instala cuando ya nada te interesa. ¡Tú nunca serás vieja! ¡Tienes tanta curiosidad!

Y marchamos las dos riendo y haciendo planes de futuro bajo el tímido sol de la incierta mañana.

NUEVA GALICIA

*A*l inicio del año, llegó a la capital la nueva del descubrimiento por Juan de Tolosa de una mina portentosa en Zacatecas, que prometía ingentes cantidades de plata. Sin embargo, unos meses más tarde, las noticias que llegaban de Nueva Galicia eran desalentadoras. Los aguerridos chichimecas asaltaban las caravanas de los mineros y soldados, de costumbre al atardecer o al amanecer. Aparecían desnudos, su piel pintada con los colores de guerra y aullando terroríficas consignas, y dejaban a su paso la desolación y la muerte.

Michoacán había sido una de las regiones más conflictivas desde el inicio de la Conquista, y ahora, de nuevo, los naturales estaban alzados en armas.

Con el hallazgo de la portentosa mina de Zacatecas, numerosos colonos españoles habían acudido a la capital para prepararse y marchar a explotar la mina y hallar la ansiada fortuna. Mineros, colonos, mercaderes, esclavos, blancos, negros e indígenas se apresuraban a llegar a aquellas minas que prometían ilimitada prosperidad. El descubrimiento de dichas minas había producido una riada de gentes variopintas, que, armadas de carretas, carretillas, cedazos, picos y toda serie de artilugios necesarios para la extracción del codiciado metal, marchaban con sus recuas de mulas a encontrar posición y fama en las tierras del oro y la plata. Una multitud recorría la ciudad tratando de encontrar abastos, enseres y víveres al mejor precio para dirigirse al naciente Real de Minas. Ninguno de ellos quería oír las terribles historias sobre la fiereza de chichimecas y guachíchiles.

El afán de riqueza era el impulso que cegaba a muchos, y el anhelo de contribuir a la creación de un mundo nuevo era lo que espoleaba a unos pocos. Las mujeres veían con pesadumbre la ambición que empujaba a sus

hombres y que algunos pagarían muy caro. Estas caravanas representaban un codiciado botín para los belicosos naturales, que vieron en esa oportunidad una forma inmediata de avituallamiento. Atacaban al amanecer, y tras encarnizada lucha, se llevaban todo dejando los solitarios caminos de Nueva Galicia sembrados de cadáveres mutilados.

También en la capital las aguas bajaban turbulentas. Como sospechara el trío de amigos en aquella conversación en casa de Legazpi, la revuelta se dibujaba cada día con más precisión.

Entre los conspiradores supo Íñigo que merodeaba, sin decidirse aún por qué bando tornar, un tal Ocelote, de quien los «ojos y orejas» que le informaban no sabían ni el verdadero nombre, ni el apellido, ni le habían visto jamás. No asistía a las reuniones a las que acudían los infiltrados, pero estaba representado por distintos personajes, algunos de muy mala catadura. Pensaban los dichos espías que Ocelote estaba esperando a que el destino le proporcionara la identidad del vencedor, para unirse a su carro.

Pero uno de los confidentes había podido vislumbrar su rostro a la luz de un candil, zascandileando con los conjurados. Intuía que más tarde o más temprano volvería a encontrarle. Dio mi marido en pensar que podía ser alguien que él conocía y temió que así fuera.

Pues sabía de su forma de proceder. Lo comentamos en un atardecer soñoliento, en el que los cárdenos y rojos inflamaban con su fuego el firmamento. Gozábamos de la serena música de la fuente del patio y la conversación fluía mansa e interesante.

—Temo que sea uno de nuestro entorno. Por lo que me cuentan, es español y persona principal. Cuentan que es un ser amotinado contra sí mismo. Han podido observarle y su naturaleza es tal que no puede controlar su ira cuando algo o alguien provoca su descontento —confesó Íñigo.

—¿Es que le has visto alguna vez? —pregunté asombrada. No se me alcanzaba qué podía tener en común con personaje tan dispar.

—Me visita mucha gente para ofrecirme su ayuda en lo que hayamos menester. Puede ser cualquiera de mis visitantes... pero no sé por qué tengo la impresión de que Gaspar no es trigo limpio —respondió:

—¿Podría ser el Ocelote? —Ya estaba yo intrigada.

—No lo sé de cierto —respondió mi esposo, siempre prudente.

—¿Qué te hace sospechar de él? —insistí.

—Excesiva amabilidad... Y no parece que sea el tipo de hombre que se ofrece, cosa que es habitual en él, sin esperar nada a cambio.

—Ese Ocelote —argumenté— refieren que es violento, y, sin embargo, Gaspar no lo es.

—No lo creas. He visto a Gaspar comportarse de manera desatinada en alguna de las reuniones con los pobladores. Por los motivos más fútiles, Gaspar desencadenó contra su interlocutor una tormenta de improperios, acusaciones e insultos. Además tiene la rara habilidad de retorcer las palabras de tal manera que un inocente comentario lo puede convertir en hiriente ponzoña.

—¡En el palacio virreinal era todo mieles y adulación! —recordé.

—Reparé en ello. Se deshacía en halagos con aquellos que él consideraba que podían traerle beneficio —añadió mi esposo.

—Tengo para mí —sugerí a mi marido— que cree ser superior a sus congéneres.

—No solo eso: disfruta al situarse en posición de ventaja sobre los demás. Esta maña y su peligrosa cólera le hacen ser temido, pero no amado —añadió Íñigo.

—Tal vez sea esa su intención —consideré.

—Doy en pensar que anhela el respeto que su temperamento incontrolado le veta. No sé si sus compinches son sus verdaderos amigos. Creo que comparten intereses, y le temen —sentenció mi esposo.

Tras esas reflexiones, decidimos disfrutar de la magia de ese crepúsculo y subimos a la azotea a contemplar el portentoso panorama del valle de México. La vida era demasiado hermosa para dejarme arrastrar por especulaciones.

Unos días después averiguó Íñigo que Gaspar, con otros seres mediocres, había constituido una casta de descontentos que se unían por el afán de lucro y que pretendían alcanzar fama y honores tan solo por su origen español.

Íñigo era consciente de la gravedad de la situación. Se dirigió a casa de Legazpi, amigo y de probada lealtad a la corona. Allí se encontraba Juan Cano, hermano de Diego, que estaba casado con Isabel Moctezuma, hija del emperador, y ocupaba el cargo de regidor del pueblo de Tacuba. Juan era una persona relevante en la sociedad novohispana y, dada la situación estratégica de dicha villa, era necesario conocer sus lealtades.

Diego Cano, el hermano de Juan, era el marido de la sorprendente princesa de los dientes rojos, Estrellatzin. Colaboraba con Legazpi en la Casa de la Moneda y parecía estar del lado del virrey. Al menos así había sido en el intento de asesinato que había sufrido antaño Mendoza, y del que este había salido ileso. La reunión fue secreta, y por más que intenté conocer lo hablado, Íñigo se resistió. Tan solo me dijo:

—Es inútil inquietarte con lo que pueden resultar suposiciones sin fundamento.

Pero la sociedad novohispana era una sociedad reducida, sujeta a influencias y deseos encontrados de poder, y las lealtades podían mudar con facilidad. Era menester estar ojo avizor.

LAS CASAS

Otras preocupaciones vinieron a unirse a las anteriores. Los que conocían el genio de fray Bartolomé de Las Casas, auguraban aceradas controversias. Acababa de llegar a la capital el licenciado Juan Rogel, hombre de estricta conciencia y conducta intachable. Venía con el encargo de revisar el cumplimiento de las Leyes Nuevas y escuchar la opinión de las autoridades civiles y religiosas.

Íñigo, por su cargo de capitán, había de asistir a alguna de las sesiones, en las que también participaba Miguel de Legazpi, que por su trabajo en la Casa de la Moneda tenía interés en todo lo que sucedía en el virreinato.

Por las noches nos reuníamos en casa de Legazpi o en la nuestra para comentar los acontecimientos.

—Dios guarde esta casa... —dijo a modo de saludo Miguel al entrar.

—¡Qué paciencia la de Rogel! —argumentó Íñigo, que parecía enfadado.

—Contadnos lo sucedido —pedimos al unísono Isabel, Andrés y yo.

—Sucede que, nada más anunciarse la visita de Las Casas para participar en las reuniones, se armó un gran alboroto en la ciudad... —comenzó mi esposo, pero fue interrumpido por Isabel.

—¡Y tanto que la capital andaba revolucionada! Muchos criollos recibieron gran ofensa con las acusaciones del fraile.

Íñigo continuó:

—Con el fin de apaciguar los ánimos, el virrey y el visitador tuvieron que enviar una carta a fray Bartolomé aconsejándole que demorara su llegada diez días. Esto les daría tiempo para calmar a los sulfurados.

—Fray Bartolomé —inició Legazpi— no sabe contener su ira cuando explica sus argumentos. Sucede que Rogel estaba bastante predispuesto a favor del obispo de Chiapas, pero las denuncias de Las Casas fueron tan extremadas, sin clemencia ni justicia algunas para sus compatriotas, que el licenciado le espetó: «Bien sabe vuestra señoría que, aunque estas Leyes

Nuevas se hicieron de acuerdo de muy graves personajes, una de las razones que las han hecho aborrecidas es ver la mano de vuestra señoría en ellas». — ¡Válgame la Virgen! Estuvo muy duro Rogel con el obispo— se lamentó Isabel.

—¡Aguarda! Escucha lo que dijo después —continuó Íñigo—. Sin ningún reparo le acusó de actuar más por odio a los españoles que por amor a los indios^[96].

—¡No puede ser! —insistió Isabel—. Un obispo no puede aborrecer a su grey.

Íñigo entonces se encontró en el deber de ilustrarnos.

—Nada más llegar a su sede episcopal, mudó el sistema de referencias sobre la moral y costumbres de sus feligreses.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿En qué consistía el cambio?

Fue Andrés el que intervino con gesto de suma preocupación:

—Antes se hacía de manera discreta, sin herir la fama de las personas, e informándose con personas de «vida honesta y fidedigno testimonio»...

Y como Urdaneta dudara en hablar, yo insistí:

—¿Qué hizo Las Casas que tanto os cuesta referir?

—Instó a los vecinos de Chiapas a que denunciaran cualquier pecado de sus amigos, parientes o conocidos.

—¡Qué horror! —exclamé—. ¡Tengo por seguro que este proceder instaló un clima de delación insoportable!

—Fue aún más lejos: Las Casas convocó al vecindario de Chiapas para que pú-bli-ca-men-te —pronunció Andrés con énfasis, recalcando bien las sílabas—, se acusaran unos a otros de sus faltas.

—Olvidando con esta acción el mandamiento del amor al prójimo —concluyó Legazpi.

—Las Casas, tal vez con la mejor intención, llevó a cabo una obra destructiva con su grey. ¿No es así, Andrés? —Fue el razonamiento de Íñigo, a lo que Urdaneta respondió:

—Más le hubiera valido escuchar a los franciscanos que proclamaban el amor y la concordia^[97].

Y de los franciscanos se trataba, cuando organizaban las ornamentadas obras de teatro, las procesiones para rogar por la lluvia o para que cesaran las aguas extremas; porque era la festividad de un santo patrón; o bien las romerías, en las que se llevaban unos cestitos con la comida, ya que duraban todo el día. A estas diversiones había que añadir las establecidas por las

autoridades, como los juegos de cañas y los toros, que eran verdaderos espectáculos.

Pero mi interés se centraba en lo que, con los años, sería una realidad: el mestizaje.

Los elementos artísticos españoles se fundían con los autóctonos, originando un estilo que abarcaba arquitectura, pintura, escultura, teatro, literatura, así como efímeros, arcos y colgaduras.

Ese día se celebraba una procesión para festejar a la Virgen de Guadalupe y parecía que toda la capital se hubiera volcado en aquellas largas filas de hombres y mujeres, que se dirigían festivos hacia el cerro de Tepeyac. Encabezaba la comitiva el obispo Zumárraga, iniciador de esta devoción, seguido por varios franciscanos *doctrineros*, religiosos dominicos y agustinos, autoridades novohispanas, entre las que se encontraba mi esposo, oidores, alcaldes de indios y un sinfín de gentes, entre las que nos hallábamos Juana, Rosario y yo, con nuestros respectivos hijos.

La mañana había amanecido radiante y así continuaba mientras ascendíamos hacia el altozano de la aparición. En estas ocasiones, llevaba yo material de dibujo para plasmar, antes de que el olvido difuminara el recuerdo, los mil objetos de interés que llamaban mi atención.

Hoy habría de apresurarme, porque además de españoles y criollos, también los fieles indígenas eran muy numerosos. Su sentido mágico de la vida, su arte innato y su alegría de vivir eran fuente constante de inspiración. Sus vestidos blancos bordados en tantos colores, los temas de los bordados, águilas, colibrís, papagayos, flores de todo tamaño y tonalidad; sus tocados adornados con suma gracia con plumas y lazos; los hijos de los caciques ataviados con sus mantos, y profusión de plumas y collares, todo había de pasar en rápidos trazos al papel.

Luego, algunos se convertirían en mi taller en broches, zarcillos, ajorcas y collares, que eran requeridos por las señoras novohispanas. Era un día de fiesta, y nuestros hijos, jugando, corriendo y entre bromas y chascarrillos, pasaron una jornada felicísima.

A la mañana siguiente, cuando fui a despertar a Diego para ir al colegio, lo encontré en la cama, amodorrado y con mucha calentura. Le puse unos paños de agua muy fría del pozo para bajar la fiebre, pero pasaban las horas y el malestar no cedía. Al contrario, mi hijo empezó a sufrir violentas vomitonas, que lo dejaban aún más desarbolado. Muy inquieta mandé llamar al boticario, que era persona experta en la materia.

Tras examinar al chiquillo, vi con horror que su expresión denotaba inquietud. Alarmada, iba a preguntarle qué se había de hacer, cuando oí la voz de Íñigo que daba la bienvenida a su amigo Urdaneta. Dejé a Diego a cargo de Inés, la mujer de Lagartija, y fui a contar mis temores a mi esposo.

—Siento enorme inquietud, Diego arde con fiebre alta... He mandado llamar a Rodrigo, pero está de viaje y tardará en volver.

Andrés, al escuchar mi dolor, pidió ver al niño. Lo observó con detenimiento, y luego me dijo:

—Conozco a un alumno del colegio de Tlatelolco, Martín de la Cruz, que es conocedor de botánica y el uso de las plantas medicinales. Hemos de llamarle.

Partió Íñigo a buscar al sanador, al lugar que Andrés le había indicado. Salió a toda velocidad por el zaguán de la casa, y al poco tornaba con él. Traía Martín consigo una gran cesta, de la que asomaban plantas y raíces en profusión, y otra de la que no pude ver el contenido. Se acercó a mi hijo, y tras examinarlo con suma atención, me miró y preguntó.

—¿Dais la venia para realizar lo que, a mi juicio, es menester?

—Haced presto —fue mi respuesta.

De la segunda cesta, extrajo una bolsa de la que sacó un polvo amarillento, que mezcló con cuidado con un líquido que traía en una redoma. Hizo probar a Diego el remedio, y cuando vio que el chiquillo lo aceptaba sin náuseas, continuó a dárselo a pequeños sorbos.

—Traed más paños fríos para ponerlos en todo el cuerpo.

Parecía sugerir, más que ordenar, pues hablaba en voz muy queda. Sus maneras suaves, pero determinadas, nos confirmaron que sabía lo que hacía. Poco a poco, la temperatura comenzó a ceder, y por fin nuestro hijo se sumió en un sueño reparador. Quise enseguida agradecer al sanador su pronta actuación, y a Andrés, su brillante idea.

—Somos de vuestras mercedes deudores. A vos, don Martín, por acudir tan presto, y a Andrés, por estar siempre presente en nuestras vidas. ¿Cómo podré agradecer tantas bondades?

Fue Urdaneta quien contestó por los dos:

—Continuando con la amistad que siempre mostráis para mí y abriendo vuestro hogar al nuevo amigo que acabáis de hacer. Martín es un pozo de sabiduría, que os enseñará muchas cosas interesantes sobre esta tierra prodigiosa.

Íñigo les invitó a pasar a la estancia de la chimenea y mandó a Lagartija que trajera un refrigerio. Estábamos los cuatro junto al fuego y solo entonces

me atreví a preguntar:

—¿Qué mágico remedio le habéis administrado?

—No hay magia en el saber —respondió discreto—. La raíz de Michoacán es medicina potente. Cierto es que se ha de conocer la justa proporción de polvo de esa raíz, sobre todo cuando se trata de un niño.

Urdaneta corroboró:

—Martín atesora el conocimiento de las hierbas y plantas de sus antepasados aztecas.

A lo que mi esposo añadió:

—Contad con nuestro agradecimiento. Si en algún momento puedo seros útil para la difusión de ese vuestro conocimiento, usad de mí. Estoy a vuestro servicio.

Observé a De la Cruz. Escuchaba tranquilo. Su rostro mostraba unos rasgos muy marcados. Tenía una nariz de estatua y una mandíbula poderosa que armonizaban a la perfección con sus pómulos enhiestos y sus ojos un tanto rasgados. Los mantenía semicerrados, lo que le daba un cierto aire ausente, que distaba, como pude comprobar más tarde, de la realidad. Su expresión, cuando comenzó a examinar a mi hijo, denotaba una personalidad serena, y las pupilas, muy oscuras, brillaban con una inteligencia despierta. Contestó a mi esposo con parsimonia:

—Mucho debo al legado de mis ancestros, pero también aprendí en el colegio de los españoles. Estaré siempre pronto a compartir mi escasa ciencia.

—Habéis actuado con generosidad y talento. Instruisteis a los *franciscanos que fueron vuestros maestros en el saber antiguo* —aclaró Urdaneta, para proseguir—: Ellos, a su vez, lo han difundido en Europa, para remedio de muchos males.

Escuché con curiosidad e interés. Una vez más, me hallaba ante un intercambio, un mestizaje que iba a enriquecer nuestras vidas, y tantas otras, en el viejo y el nuevo mundo.

¡Había tanto que descubrir!

EL TEATRO

No todo habían de ser conflictos. En los atrios de las iglesias se representaban autos sacramentales de gran veracidad y elevado nivel artístico. Nos habían anunciado que en breve, podríamos asistir a *El juicio final*, cuyo

autor, fray Andrés de Olmos, había alcanzado popularidad en la década anterior. Tendría lugar en San José de los Naturales, que se hallaba a unos pasos de casa. El elevado número de participantes aumentaba el interés por esa bella distracción, pues participaban tanto castellanos como indígenas, y casi todas las familias tenían, una vez u otra, un hijo, sobrino o hermano en el escenario. Teresa interpretaba esta vez un pequeño papel, el de la Confesión. Era un privilegio porque los hombres intentaban copar todos los personajes, incluso los de mujer.

Aguardábamos con las otras autoridades al virrey, que estaba al llegar. Apareció montado en un alazán morillo, magnífico ejemplar, pero que, siendo aún joven, estaba nervioso ante la multitud que vitoreaba a Mendoza.

Tras los saludos entramos en el pórtico donde los buenos franciscanos habían colocado un importante sillón para el virrey, y a su lado, el señor obispo, fray Juan de Zumárraga. Don Antonio de Mendoza, la nariz fina y aquilina, la frente despejada, el mentón que denotaba firmeza y una mirada inquieta y escrutadora, le hacían hombre de notable distinción. En contraposición, Zumárraga, con su pelo ralo colgando de la tonsura, su aspecto fatigado y la cruz en el pecho, parecía un pacífico abuelo y no aquel que, por su coraje en oponerse a los abusivos encomenderos, había merecido el apodo de *Defensor de Indios*.

Detrás nos situaron a nosotros, a los alcaldes ordinarios, a los regidores y al escribano público y los caciques indios vestidos de fiesta con jubón, manto, medias y flamante sombrero. Más allá, el resto de los espectadores, el maestro de obras de la ciudad, candeleros, zapateros, borceguineros, curtidores y una muchachada alegre y excitada con la anticipación de lo que iban a ver.

Unos frailes de aire circunspecto, como si no se atrevieran a hacer lo que tenían que llevar a cabo, aparecieron con unas bolsas, en las que cada espectador, según sus posibilidades y su generosidad, entregaba su óbolo. Estas donaciones servirían para atender las muchas actividades que llevaban a cabo los franciscanos:

Enfermería, enseñanza, atención a pobres y abandonados, a los que cuidaban con infinita ternura.

De frente, sobre una tarima larga y estrecha, corría una cortina carmesí que ocultaba el escenario. Los niños acogidos en el orfanato se arracimaban alrededor, intentando alzar el paño para poder curiosear. Salieron por los costados unos ángeles con albas túnicas tocando las trompetas que anunciaban el inicio de la función. Se abrió el telón y aparecieron las figuras en majestad de Dios Padre y Jesucristo sentados en unos tronos dorados.

Un murmullo de admiración acogió a los actores. El Padre estaba interpretado por un indio anciano, con luengas y canas barbas postizas. Llevaba en la cabeza una tiara papal y se cubría con un precioso manto azul noche, cuajado de estrellas. Bendecía a todos con aire bondadoso. Un castellano hacía de Cristo y posaba sus pies sobre un orbe dorado, empuñaba en la mano derecha una espada de madera y en la otra mostraba una corona de flores. Jóvenes nativos vestidos de soldados, con cascos de hermosas plumas y espadas de leño, rendían guardia a los divinos personajes.

Apareció san Juan Bautista, descalzo, cubierto de rudas pieles, desencajada la faz, por ayunos y penitencias. De inmediato surgió una figura de belleza inquietante, que intentaba seducir al casto varón. Era una muchacha pobre y tunanta que había conocido en la capital, y que ahora encarnaba a Salomé. Ataviada de seda carmesí, el cinturón simulaba una serpiente que se enroscaba en su cintura, otra serpiente le subía por el cuello a modo de collar y los aretes eran unas mariposas de fuego.

Para ayudarla en sus nefastas intenciones, surgió el Anticristo al son de un trueno provocado por alguna culebrina situada no muy lejos. Lo encarnaba un cimarrón, un antiguo esclavo que ahora gozaba de libertad, robusto y de cuerpo bien formado y erguido, que llevaba orejas puntiagudas, extraños cuernos adornando su cabeza y el manto raído y del revés. El olor a pólvora que le acompañaba sobrevoló la audiencia.

Algunos de los niños se alejaron intimidados por esta aparición.

Muchos de nuestros amigos asistían a la función. Vi a los Bernáldez con sus hijos, a Diego y Estrella, a quien entusiasmaban las representaciones teatrales, tanto laicas como religiosas, y a Isabel y Gaspar. Este parecía muy poco interesado en el escenario, pues miraba sin descanso hacia la entrada, como si esperara algo. Al cabo de un rato, una vez empezado el espectáculo, llegaron Pascual y Mónica. Ella iba vestida como si fuera a salir a escena, demasiado pintada, alhajas fuera de lugar y un cierto aire de triunfo. Cuando sorprendí la mirada que Gaspar le dirigió, comprendí que era ella a quien aguardaba. Toda vez que la curiosidad centraba mi atención en ellos, Mónica dirigía insinuantes ojeadas a Gaspar.

Sentí conmiseración por Pascual. Ahora que le conocía un poco mejor, había comprendido que era un buen hombre... Mas apocado y de escasa voluntad, por lo que no sería difícil para Mónica manejarlo a su antojo.

A un lado del escenario, disfrutando el teatro, estaban varios soldados de la época de la Conquista. Usaban ropas raídas, que denunciaban que no todos habían conseguido fama y riqueza. Las cicatrices en sus rostros, y seguro

también en sus cuerpos, mostraban, sin embargo, las fatigas y batallas que habían tenido que afrontar. Eran hombres de fe recia y vida rota.

Legazpi, acompañado por su mujer, Isabel Garcés, que estaba a mi lado, me señaló entre los espectadores a fray Bernardino de Sahagún. Miguel prometió acercarse a él en el descanso para que pudiéramos conocerlo. No pude detenerme a mirarlo dado que la obra requería mi atención. Acababan de aparecer unos siniestros demonios con alas en los muslos, orejas de burro y garras en los pies, que se deleitaban sacando la lengua a todos, incluidas las autoridades. Arrastraban tras de ellos a una pobre alma cautiva del pecado, de la que tiraban con saña infernal.

Las trompetas tocaron vibrantes y del cielo bajó san Miguel, que en castellano advirtió:

¡Oh, criaturas de Dios! ¡Sabed que se acabará el mundo y las cosas creadas por Dios Nuestro Señor!

Y desapareció de nuevo en lo alto. Ahí entraron al son de dulces flautas, la Penitencia, el Tiempo, la Santa Iglesia, la Muerte y la Confesión, que era mi hija Teresa. Estaba resplandeciente en un vestido azul, que resaltaba su pelo dorado y los hermosos ojos azules heredados de su abuela. De repente, el grupo de sus amigos aplaudió con entusiasmo, y yo, agradecida, los miré. Entre ellos, divisé a Rafael, el chico de los Bernáldez. Parecía transfigurado ante una aparición. E indudablemente esa atención se centraba en Teresa. A duras penas aparté mi vista del muchacho que mostraba tal interés por mi hija. Me hacía feliz ver que ella despertaba ese sentimiento, y a la vez me desagradó, pues ella era demasiado niña aún para esas andanzas.

Me atrajo de nuevo la acción del acto sacramental. La Muerte y la Confesión dialogaban entre sí, pero lo hacían en náhuatl, en frases breves y concisas, de las que se me escapaba algún significado. Sin embargo, mis hijos, con la facilidad de los niños para las lenguas, ya se manejaban en el idioma local.

Entonces, el Tiempo, que era nuestro amigo Fermín, se volvió a los espectadores y con voz tonante declamó:

¡Son realmente dignos de lástima los hombres de la tierra! ¡Están ciegos! ¡Se les olvida que están sentenciados!

Se aproximó el Anticristo, que intentaba engatusar al Tiempo con falsas promesas. Salomé le siguió ondulante y maliciosa. Una enana demoníaca agarró los vestidos de la pecadora y le gritó:

¡La casa infernal será tu morada! ¡Ven con los demonios a los que serviste!

Comenzaron a retumbar truenos, cegadores relámpagos rasgaban el cielo, la pólvora ahogaba de nuevo la platea. Todo era terror y confusión.

Lo huérfanos más chicos se lanzaban despavoridos a buscar refugio entre los franciscanos. San Miguel apareció de nuevo acompañado de la vibrante música de numerosas trompetas a las que se unieron los caracoles marinos de un grupo de indígenas. Con un gesto veloz, el arcángel atacó al Anticristo, que intentaba escapar, pero en su huida fue atrapado por un demonio de rabo retorcido que le arrastraba al abismo del que salían feroces llamas.

Tocó el poderoso arcángel la trompeta para recibir al Salvador, que descendía de una nube rodeado de ángeles que tocaban dulces melodías en sus flautas.

Un coro de indios entonó el Ave María que era cantado por el elenco de actores y la audiencia entusiasmada. La veracidad de la interpretación y la escenografía tan real habían conseguido su propósito.

FIN DE AÑO

*E*l año cuarenta y seis había pasado en un suspiro. Al entrar todos en la rutina del trabajo de Íñigo y la enseñanza de los niños solucionada, me había dedicado sobre todo al aprendizaje del país que nos acogía, y esto había determinado que los meses pasaran en un soplo. Se acercaba el fin de año, el primero que pasaríamos en nuestro nuevo hogar, ya que el año anterior estábamos en el campo en la hacienda de unos amigos. Allí, habíamos visitado una hacienda cercana, que estaba totalmente abandonada. Nuestros amigos nos animaron a ocuparnos de ella, pero yo no estaba preparada para semejante envite. No podía sospechar el lugar que acabaría ocupando en nuestras vidas. De momento, me interesaba conocer mejor la capital y sus costumbres.

Me había preparado para fiestas, disfraces, atuendos y máscaras sorprendentes, pero la realidad que presencié superaba mi imaginación.

Los ropajes utilizados para la ocasión eran, una vez más, una unión entre lo español y lo nativo. Sedas, oropeles, abanicos, bordados y brocados, competían con la fantasía indígena, plasmada en aves de colores, fieras salvajes, flora exuberante y piedras magníficas cosidas a la extraordinaria plumería. Muchas personas recogían en los distintos talleres estupendas

máscaras, cinceladas y pintadas con tal primor que parecían auténticos rostros.

Las pulquerías estaba abarrotadas de alegre clientela aficionada al *teometl*, el famoso pulque que embriagaba los sentidos. Se les veía ansiosos aguardando del año por llegar, aquello que el viejo no había sabido darles. Aromas invitantes salían de las cocinas de las muchas tabernas que acogerían a los que no habían conseguido formar un hogar o una sólida amistad que los acogiera.

Mujeres demasiado pintadas, las «mujeres enamoradas», se asomaban a las ventanas de las «casas de la alegría», donde lucía una luz roja, intentando atraer a posibles seductores de unas horas. Nosotros celebraríamos esa noche en familia y con algunos amigos como los Buitrago y los Legazpi.

Una variedad de jazmín oriunda de aquel lugar aromaba con su intenso perfume los patios y jardines, contribuyendo así al embrujo de la estación. Pero Lagartija consideró necesario informarme de los muchos peligros que corríamos en esa festividad. Con total seriedad me advirtió:

—*Micatzin*, has de encargarte máscaras para toda tu familia.

—No lo creo necesario. Permaneceremos en casa, y no hemos de disfrazarnos —aseguré.

—No importa. Los *tzitzimites* se asomarán a las ventanas de tu casa, y si ven que lleváis el rostro descubierto os devorarán —dijo con voz segura.

—¿Y quiénes son esos *tzitzimites*? —indagué.

—Son seres extraños y poderosos que engullen seres humanos —aclaró.

—¡Vive Dios que esos duendes no se andan con chiquitas! —exclamé incrédula e irónica. Pero para tranquilizar a mi mayordomo le dije—: No sufras cuidado, Lagartija. Encomendaré al capitán que nos surta a todos los habitantes de esta casa de antifaces, para no enfadar a los *tzitzimites*.

Solo entonces nuestro leal fámulo tornó a sus quehaceres.

Pasamos una noche serena, con la esperanza de que el nuevo año nos trajera la ansiada estabilidad. Pasada la medianoche, sentimos la curiosidad de ver el ambiente de las calles, ya que los preparativos que habíamos contemplado prometían un espectáculo notable.

Íñigo conocía que los organizadores habían obtenido la necesaria licencia, y deseaba ver por sí mismo que el orden y la tranquilidad reinarían en las calles, a pesar del tumulto inherente a la mascarada.

En efecto, numerosas gentes abarrotaban calles y plazas vitoreando a un año que no sabían lo que les iba a deparar. Los disfraces revelaban extraordinaria imaginación, y comparsas de danzantes se arremolinaban

formando pasos de baile e improvisados coros. Me invadió la contagiosa euforia que recorría la ciudad, y nos unimos a los círculos donde se iniciaban danzas festivas.

Era un auténtico desfile de personajes de la historia, la biblia o la mitología. Tras una esquina, apareció una Judith justiciera, con hermosa máscara de plumas cubriéndole el rostro, ensangrentada espada en la diestra, y con la mano izquierda sujetando por los pelos la fingida cabeza de Holofernes; y por si no quedaba claro el mensaje, el decapitado lucía un cartel en la frente: «Soy el mal».

Aparecieron por la plaza unos jinetes, que, adornados con capas carmesí, ostentaban unas coronas lujosas muy lejos del espíritu de aquellos que decían representar: los doce apóstoles. Un Alejandro Magno, portando un escudo con una terrorífica cara de Medusa, montaba un brioso corcel negro como la noche, adornado con ricos arreos de cuero repujados en oro.

Frente a la iglesia de San José de los Naturales se congregaban unos hombres que pensé que habían de ser nativos, pues sus indumentarias representaban a los dioses autóctonos: Tlaloc, el de la eterna fuente que mana agua límpida; Kukulkán, o serpiente emplumada de los mayas, enfundado en un atuendo inverosímil confeccionado en plumas levísimas en tonos de azul y verde; Quetzalcóatl, el de las luengas barbas y túnica cumplida, que profetizó la llegada de los españoles, y otros muchos que tenían un aspecto aterrador.

Algunas damas se habían mimetizado con el Sol o la Luna. Las Lunas se vestían con sedas grises e hilos plateados y lucían tocados elaborados con sus cabellos, en los que brillaban pequeños astros nocturnos realizados en plata.

Las que pretendían ser el Sol usaban atuendos de rasos dorados y coronaban su cabeza con un disco solar de extraña belleza.

Marte se paseaba en un rocín alazán con estribos de plata, y se ocultaba con un antifaz de plumas rojas que no conseguía esconder su mirada, que amenazaba con inflamar mil guerras. Vulcano arrastraba en una mano su yunque, y con la otra tiraba, para que no tuviera escape, de una Venus galana, de rubia cabellera, adornada por un ropaje hecho de enormes hojas que la cubrían hasta los pies.

Los vicios también hacían su aparición. La Envidia, de un amarillo rabioso, intentaba ocultar su mal gesto tras el antifaz; la Ira, de rojo violento, caminaba a trompicones, retando a los paseantes con gestos amenazantes...

Había quien intentaba encarnar las virtudes.

La Clemencia, con una túnica azul del cielo, caminaba con gesto amable, deseando encontrar alguien en quien derramar su benéfica lluvia; la Prudencia

caminaba despacio, haciendo ondular su blanca vestimenta, midiendo su entorno y los personajes que a su paso encontraba; la Esperanza atraía todas las miradas, pues su atuendo era en verdad fabuloso: una sinuosa seda verde se deslizaba por su cuerpo, acabando en un plumerío del mismo color que le producía una levedad encantadora al andar, y en su cara, las mismas plumas verdes engarzaban sus ojos de profundidad intensa, mientras que sonreía a todo el que con ella se cruzaba.

Me fijé en su forma de moverse y de sonreír, en su porte, en su elegancia natural... ¡Era Estrellatzin! Aquella refinada princesa que lucía dientes bermejos, y que había vuelto a ver en la recepción del virrey.

Me acerqué a ella con tiento, pues no sabía si deseaba pasar desapercibida. De inmediato, varios caballeros leopardo, con sus disfraces de pieles, formaron un círculo protector en su derredor. Ella les hizo una seña para que nos franquearan el paso. Me saludó con una amplia sonrisa y me susurró:

—Vengo sola porque Diego no gusta de estos divertimentos, pero, como ves, estoy bien protegida. Espero que no me reconozcan.

Estaba muy hermosa y una extraordinaria gema centelleaba entre las plumas. Fijé en ella mi atención, pero Estrellatzin enseguida la encubrió con un gesto de la mano. No pude distinguir el motivo grabado en ella, pero sí que pude constatar que era una esmeralda. Esa esmeralda que había visto en medio de las plumas de su antifaz quedó para siempre impresa en mi memoria.

—Sabes, *Micatzin*, esta fiesta me recuerda mucho a las que yo asistía con todos los niños en el palacio de mi padre Moctezuma. —Su voz tenía tintes de nostalgia. Pero enseguida se rehízo y añadió—: Permaneceré un poco más y tornaré a mi Diego. —La felicidad brillaba en su semblante.

—Te dejamos entonces con tu compañía —contesté, y ella partió.

Muchas eran también las *tapadas*, mujeres que llevaban la mitad del rostro al descubierto, el lado izquierdo, lo que les proporcionaba un aire de misterio, que atraía a los hombres. Al ir así, embozadas, las feas encubrían sus defectos y se convertían en seductoras que lanzaban sus miradas incendiarias a los incautos varones.

Yo contemplaba subyugada ese mundo tan diverso al de mi procedencia y me sentía cautivada. Una idea me atravesó la mente:

—Íñigo, ¿es posible que aquellas que se pasean con aires de damas principales y escondidas tras el antifaz no sean sino «mujeres enamoradas»?

Él, al percatarse de mi asombro, creyó oportuno avisarme:

—A decir verdad, parece que los hombres utilizan este subterfugio para esconder citas galantes o relaciones pecaminosas.

—¡Cuánto mal esconden las sombras! —exclamé inquieta.

—Nada que no hayamos visto antes...

Unos gritos interrumpieron su explicación.

En un ángulo de la plaza, unos hombres enmascarados y disfrazados comenzaron a entonar unas aleluyas satíricas que ponían en solfa al gobierno, a los oficiales reales impopulares y a los dignatarios, que, según ellos, no cumplían sus obligaciones.

Mi sorpresa hizo que dirigiera la mirada de inmediato hacia mi esposo, para ver cómo reaccionaba ante semejante desacato.

Mi esposo nos dio raudo su opinión:

—Son máscaras a lo faceto. Hoy, y de esa guisa, tienen derecho a criticar a las autoridades y expresarse en libertad. Hay que dejarles hacer.

—Veo con placer —comentó mi amiga Juana— que conocéis ya las costumbres y las respetáis.

—Nosotros volvemos a casa —respondió mi esposo—. Ya hemos visto bastante. Os deseo un año de venturas. Quedad con Dios.

Cuando nos separamos, pregunté a Íñigo con intensa curiosidad:

—¿Es cierto que pueden censurar de manera tan desmedida a la autoridad?

—Es sorprendente escuchar esa acerada diatriba, pero son las libertades que aquí acostumbran. Y tal vez, es útil que la gente sencilla pueda expresar sus quejas y denunciar a aquellos que no se esfuerzan por servirles.

Íñigo veía su cargo como un deber que había de cumplir.

De repente, entró en la plaza una mujer galana, de piel oscura y reluciente, con un antifaz de perlas, suntuosos collares de coral y un turbante de tafetán rutilante en el que ondulaba una pluma roja. Su aspecto era el de una gran señora, aunque, por su comportamiento, era obvio que no lo era. Vestía saya de seda verde con encajes de plata; el corpiño ajustado a su estrecha cintura, en la que lucía un valioso cinto de piedras, que ponía de relieve unas caderas cimbreantes; el albor de su camisa de lino de Holanda, resaltaba su color moreno.

A su lado, un caballero enmascarado la estrechaba con ansia. Iban acompañados por un grupo de gente jaranera y ruidosa, que llamaba la atención por su manera de gritar y contorsionarse. No era un comportamiento adecuado, y pensé que el caballero no había de ser español.

Pero él, al vernos, hizo un movimiento hacia atrás para esconderse, de tan brusca manera que se le cayó el antifaz.

El que se exhibía con su amante con tanto descaro era Gaspar. Continuamos camino a casa, y cuando cruzamos la plaza, Gaspar se había desvanecido entre el manto de la noche.

El taller de música

1547

El nuevo año comenzó con otro acontecimiento. Decididamente, la sociedad novohispana amaba la diversión. Esta vez se trataba de «las suertes del Año Nuevo», ocasión en la que se sorteaba entre los caballeros el honor de ser devoto de alguna de las damas de palacio. Era una suerte de amor cortés, con delicados aleluyas. Rosario, que me acompañaba al espectáculo, me dijo orgullosa:

—¿Ves, Micaela? Usamos de los mismos entretenimientos refinados que tenéis en Castilla.

—Es fascinante conocer estas costumbres. Observo que los elementos españoles abrazan los nativos, creando un mestizaje cargado de significado — contesté.

—He de contarte que también las devociones son muy populares en México —apuntó mi amiga, muy ufana.

—Sí, lo he constatado. Las iglesias rebosan de fieles.

—No me refiero a las religiosas. Las devociones, en Nueva España, son relaciones platónicas de los caballeros de la corte con jóvenes doncellas... — Y bajando la voz susurró—: Algunas novicias son ellas también objeto de ese interés. —Y me miró para ver el efecto de sus palabras.

—¿Y qué piensan los religiosos de algo tan peregrino? —pregunté asombrada—. Intentan cortar esas modas, pero sin mucho éxito. Después de las guerras y penalidades pasadas, las gentes tienen ansias de goce.

¡Y bien decía Rosario! Algunos personajes del virreinato habían venido a estas magníficas tierras para medrar y enriquecerse, si bien es cierto que pretendían conseguirlo con el menor esfuerzo posible.

En particular me sorprendía esa moza exuberante y pretenciosa que decía venir de Sicilia. Era Mónica, la misma que mostraba una conducta tan poco discreta durante la función de teatro y doquier estuviera presente.

La que me señalaron en casa de Legazpi. Al poco tiempo de su llegada, comenzó a dar nombres de sus amistades, todas de importancia, de una manera tan chocante y presumida que las malas lenguas reían a sus espaldas.

«Dime de qué presumes y te diré de qué careces», recordaban.

Sentí una cierta pena por ella, pero sobre todo por su marido, Pascual, que parecía hombre enamorado, pero cabal. Disfrutaban ambos de una encomienda, que les proporcionaba una vida acomodada en las altas esferas capitalinas. Con todo esto pensé que era mi deber ayudarla a desenvolverse por las intrincadas relaciones que se entretejían en el palacio virreinal.

No era tarea fácil, porque además de mostrar su prepotencia, criticaba a todo aquel que se acercara. Para su desmedida lengua, nadie se libraba de culpa y defecto, siendo que todos tenemos faltas que los otros nos han de disculpar. Es la única manera de convivir en paz.

Pasados los meses, como ya observara en el teatro, advertí en su conducta trazos preocupantes, sobre todo para la buena marcha de su hogar. Nada era suficiente para Mónica.

Su esposo procuraba darle todos sus caprichos, pero si escogía una casa hermosa y cumplida en la capital, no era lo bastante para ella; si buscaba con mimo un collar de oro, había de ser de tres vueltas; si encargaba un vestido de seda, había de ser la más costosa, como la de los vestidos de la virreina. El pobre Pascual, su marido, nunca complacía a su ávida pariente.

Temí que ella se lanzara en búsqueda de otro que pudiera costear sus costosos caprichos. Y había de ser hombre por demás rico y poderoso.

Salí a pasear y me vino a la mente la pasada conversación con Juana. En Indias todas las mujeres, y muchos varones, se hacían pasar por gente principal. Incluso las esclavas se adornaban con profusión de collares, brazaletes y aretes de perlas.

Me topé con nuestro amigo Andrés y me acompañó durante un largo trecho. Con una sonrisa comentó:

—Veo con agrado que sois sobria en el vestir, y que, a pesar de tratar con los más preciados metales y brillantes gemas, no hacéis alardes.

Seguí escuchándole, pues entendí su intención:

—Muchachas sencillas, que no tienen fortuna, usan chapines muy altos, con adornos de plata. Van vestidas con caras sedas recamadas de oro.

—Tenga presente, vuestra merced —le contesté—, que zapateros, costureras, comerciantes se benefician con la creación de esas bellas prendas.

No recogió mi argumento y continuó:

—He de deciros que sois un ejemplo en esta sociedad novohispana, que se inclina en exceso a la apariencia, en detrimento de las buenas cualidades.

—Agradezco la generosa opinión de vuestra merced.

—Son damas como vos, como Isabel Moctezuma, aquellas en las que se deben mirar las doncellas. Manteneos así. —Y enseguida añadió—: Estad atenta porque el obispo va a atacar con severidad estas disolutas costumbres que esclavizan las almas, con el fin de obtener bienes materiales.

Nos despedimos a la puerta del taller al que yo me dirigía. Como nuestro amigo me había advertido, se hizo pública una carta del obispo al príncipe Felipe, para contarle la situación de la capital novohispana. La carta no tenía desperdicio. Criticaba el lujo criollo en bodas y banquetes y la ostentación en sus moradas. Ponía como ejemplo la elegante austeridad de la que hiciera gala nuestra venerada emperatriz: «Ni en la cámara de la emperatriz bienaventurada, vuestra madre, vi tantas tapicerías, camas y almohadones de sedas de Turquía^[98]».

EL TALLER DE ORFEBRERÍA

Con el taller ya en buena marcha, el trabajo fluía. Acostumbrada a tener a mi lado a Damián, echaba de menos su buen criterio y el consejo, siempre sabio, de mi padre. El fiel Lagartija me había proporcionado unos artesanos que ponían toda su dedicación en comprender lo que yo esperaba de ellos, y, en caso de necesidad, Lagartija traducía mis deseos.

Se había hecho tan indispensable para nosotros, que para verlo más feliz, habíamos accedido a que trajera a la capital a su mujer, Inés, que ayudaría en llevar la casa. Con ella vendría también su hijo pequeño. Cuando le pregunté si le gustaría este arreglo, su inexpresivo rostro dibujó una amplia sonrisa.

Imaginé que esa noche lo agradecería al dios menor correspondiente, con uno de sus extraños ritos. Sentía curiosidad, y a punto estuve de preguntarle, pero algunos religiosos eran muy estrictos en esas cuestiones, y opté por la prudencia. Y decidí sumergirme en el trabajo.

Tenía ya en mi poder unos *chalchivits*, piedras de jade labradas, de singular hermosura; unas cuantas perlas de extrañas formas; turquesas de preciosos tonos de azul, y misteriosa malaquita, que encerraba en sus anillos el secreto de un mundo subterráneo, las dos últimas gemas provenientes de la

mina de Zacatecas, y, como no podía ser menos, oro y plata para acometer algún encargo de importancia.

Acababa de abrir el taller esa mañana, cuando me anunciaron una importante visita. La dama iba precedida por varios servidores que tocaban unas flautas cortas que desgranaban una dulce, aunque un poco monótona, melodía. Cuatro mozos fornidos portaban a su señora en un palanquín pintado con exuberantes temas florales. Unos velos levísimos, entre los cuatro postes de la litera, la preservaban de miradas indiscretas, mientras que unas doncellas sostenían unos inmensos abanicos hechos de plumas rojas y azules, que no eran en absoluto necesarios, pues el tiempo era más bien fresco.

Se arreglaba con singular coquetería, vestía una túnica de algodón con extraordinarios bordados de pájaros de suntuosos colores, entre los que destacaba el rojo, que repetía en refinada armonía los tonos de los distintos collares de coral que le adornaban el escote. Decidí entonces que habría de buscar aquella maravilla que ofrecían los mares y que parecía abundar en aquellas costas. Bajó y me saludó con aquella sonrisa bermeja que tanto me había impresionado el día de nuestra llegada.

—Estrellatzin —le saludé con el respeto debido a una hija del emperador—, sed bienvenida a mi casa y a mi taller.

—No precisas ser tan cumplida conmigo, Micaela —respondió—. Tienes hermoso oficio, que a mí mucho agrada.

La construcción de sus frases a veces no era perfecta, pero hablaba el español con un deje cantarín en su voz, un tanto ronca, que la hacía seductora.

—¿Preferís que pasemos a la umbría del patio, o deseáis ver alguna alhaja ahora? —ofrecí.

—Gustaría que me enseñaras trabajos tuyos, y luego podemos charlar en el patio.

Saqué algunos broches que había realizado con turquesas del lugar y unos pendientes con *chalchivits*, que miró con agrado. Le mostré luego dos broches: uno con una perla extraordinaria que se había convertido en una rutilante sirena, y el otro, en un centauro. Entonces su entusiasmo se disparó.

Pero yo había guardado mi mejor obra para el final. Era un medallón que representaba una cabeza de medusa, inspirada tanto en lo que vimos en la mar, en aquella noche mágica, como en los mosaicos romanos que habíamos contemplado en el periplo itálico.

Era algo nuevo para ella. Acarició la superficie del oro bruñido, admiró los diamantes que surcaban los imaginarios cabellos, y alabó los dos *chalchivits* que simulaban los ojos.

—¡Ha de ser para mí! —exclamó—. Quiero una cadena para llevarla siempre a la altura de la garganta. Ha de darme su fuerza.

—Poseéis una singular cadena de oro con camarones, que admiré la primera vez que os vi —le dije.

—Sí, es muy hermosa, y además, simbólica —respondió, y luego pidió—: ¿Consientes en pasar ahora al patio?

—Con gusto, pasad, por favor.

La mujer de Lagartija apareció de inmediato con una jarra de agua de limón y otra de zumo de granada, pero hacía un poco de frío e invité a Estrella a entrar en la sala. Unos leños crepitaban alegres en la chimenea, caldeando el ambiente y provocando un aire de complicidad. Cuando quedamos solas, se arrellanó en una de las jamugas, y paladeando unas pastas de almendra, me hizo una pregunta:

—¿Sabes por qué aprecio tanto esa cadena de camarones?

—Lo ignoro.

—Es el primer regalo que me hizo Diego.

—Tenéis un esposo generoso...

—No ser solo eso... En el Anahuac, los hombres lucen las joyas más valiosas. Mi padre usaba un espléndido collar de oro similar al que te gusta. Cuando se lo conté a mi marido, buscó enseguida uno para mí.

—Es en efecto un bello recuerdo.

Asentí y ella permaneció pensativa y luego me preguntó:

—¿Te ha sorprendido que tantas mujeres mexicanas quieran casar con españoles?

—Sí... —No me atrevía a recordarle la muerte de su padre—. Habéis de ser gentes sin rencor.

—El vencedor siempre gana... Y estaba escrito que vendrían los hombres de Quetzalcóatl y se apoderarían del Anahuac. ¿Qué habíamos de hacer nosotras? —susurró resignada, para continuar con decisión—: Además, observamos la manera en que los españoles trataban a sus mujeres.

Yo escuchaba sin perder ripio.

—Os respetan, estiman vuestra opinión, no tienen tantas mujeres como nuestros hombres... y, además, os regalan aquello que anheláis. Comprobamos que eran buenos esposos.

—Estrella, no todos son maridos entregados... —objeté.

—Sí, lo sé —respondió ella—, pero vuestras costumbres son mejores en el trato hacia la mujer.

No tuve más remedio que aceptarlo. De repente me preguntó.

—Veo que no tienes esmeraldas. ¿No te gustan? Cuentan que don Hernán poseía cinco piedras muy notables.

—Su mala fortuna quiso que las perdiera en la batalla de Argel. Ahora debo buscarle unas similares.

Tuve la impresión de que sus facciones se endurecían. Pero al instante volvió a sonreír y continuó hablando.

—¿Sabes qué me gustaría que me hicieras? Un collar de perlas del océano. El emperador poseía uno fabuloso, hecho con las más bellas que jamás se habían encontrado en los mares de Coatlicue.

—¿Los mares de Coatlicue? —me asombré.

—Coatlicue es el dios que rige las tierras de Poniente. —Una vez que me había informado, prosiguió—: Amo a mi esposo. Me gusta su aroma, anhelo que me quiera siempre como me quiere ahora; deseo que durante muchos años su piel busque la mía, como lo hace ahora... —Se detuvo un instante, como sopesando si debía continuar o no. Me miró fijamente y afirmó—: Sí. Quiero que hagas para mí un collar de perlas. Recibiré a Diego vestida tan solo con aceite de azahar y las perlas nacaradas sobre mi piel oscura.

No me atrevía a interrumpir las confidencias de esta mujer sensual y enamorada. Fue ella la que continuó.

—Y a ti, ¿te hace feliz tu marido, eres dichosa con él, te gusta estar en su cama?

Yo que había recibido una educación más sobria, no estaba acostumbrada a conversar sobre esos temas. Apenas puede articular unas inaudibles frases:

—Es el hombre para mí... Creo que le amaré siempre...

—Bien, Mica, creo que seremos amigas. Me gustan las mujeres que son felices. ¡No intentan quitarte el marido!

Reímos al unísono. Entre las dos se había creado una atmósfera de complicidad que me agradó en extremo. Yo echaba de menos la amistad incondicional con mi cuñada Inés. No era lo mismo, pero yo veía mi relación con Estrellatzin como un buen principio. Ella, al percatarse de que la oscuridad comenzaba a cubrir la ciudad, exclamó.

—¡Debo irme! ¡Él estará al llegar!

La acompañé a la puerta. Allí le aguardaban sus servidores, portando todos candelas encendidas.

—¿Sabes, Mica? Desde que conocí las velas que usáis los españoles, no me canso nunca de tenerlas por todas partes. ¡Son tan mágicas!

Me encantaba su entusiasmo por la vida. Era muy hermosa, pero lo que la hacía tan atractiva era su vehemente pasión por las pequeñas cosas como las

velas, y también las esenciales como el amor.

Al despedirse me dio un abrazo y entonces me susurró:

—¡Haría cualquier cosa por él! ¡Todo!

Eran tantas las novedades que había de asumir, que el año cuarenta y siete había pasado en un soplo. Apenas había comenzado el nuevo, era el 20 de enero, y las noticias eran de nuevo alarmantes. El territorio del norte seguía revuelto, pero esta situación no había conseguido amilanar a los vascos Diego de Ibarra y Cristóbal de Oñate, que ayudados por indios tarascos, mexicanos y otomíes, encarnizados enemigos de los chichimecas, con firme decisión bautizaron el campamento minero Nuestra Señora de Zacatecas, y fundaron junto a Baltasar Tremino, la villa de Zacatecas. Era el inicio de una floreciente comarca que daría trabajo tanto a españoles y criollos, como a muchos indios^[99].

Eran importantes para mí esas noticias, pues encontraba mineral de mejor calidad, y en cantidad, a medida que la minería se desarrollaba en Nueva España. Pedí a Íñigo que, cuando llegaran a la capital estos intrépidos mineros, me avisara para poder conversar con ellos y estar al tanto de lo que allí sucedía.

Otra fuente de conocimiento del lugar eran los libros. Mi interés por ellos no se había adormecido en México. Por el contrario, buscaba con denuedo imágenes y descripciones que me ayudaran a desentrañar los misterios de esta tierra que encerraba arte y pasión a raudales. Nos encaminábamos Íñigo y yo esa tarde a la imprenta de Juan Pablos. Era el impresor más importante de la capital y contaba en su haber numerosas obras.

Toqué a la puerta despacio, casi con reverencia. Recordaba mis visitas al taller de Martínez del Olmo, en Toledo, y la expectación me hacía vibrar. Entramos en una sala amplia, encalada e iluminada por la vivida luz del altiplano. Un rayo de sol se posaba dulcemente sobre una mesa, cubierta por un espléndido tapiz de Turquía. En ella reposaban varios libros, encuadernados con esmero. Tras los saludos de rigor, mientras unos y otros comentaban los acontecimientos, yo me acerqué a mirarlos.

Me llamó la atención un manuscrito, enriquecido por una bella imagen de la Natividad en colores luminosos que llenaban de luz el pergamino. Estaba escrito en latín y en náhuatl. Busqué el texto en castellano. No lo había. Se aproximó nuestro anfitrión, Juan Pablos, y comentó:

—Veo que os interesan los libros, y que tenéis conocimiento de ellos. Os habéis ido a fijar en el primer libro que se realizó en México. Es una copia de

la *Cantiga a Nuestra Señora*. El original está en el colegio de música que fundó fray Pedro de Gante.

—Me sorprende que no esté escrito también en español —apunté.

—Sois observadora. Que esté escrito tan solo en latín y náhuatl es prueba fehaciente del respeto con el que los franciscanos emprendieron su labor educativa.

—Agradezco vuestra invitación. La biblioteca de mi padre en Toledo era fuente inagotable de aprendizaje. Creo que siempre amaré los libros —reconocí.

—Encontráis aquí algunas ediciones notables. Los indios son magníficos artesanos... —Tomó un libro entre sus manos y me lo mostró—: Mirad esta cubierta realizada en terciopelo... Observad los adornos de nácar, trabajados con primor... Las irisaciones de la concha maridan a la perfección con el precioso tejido.

Lo acariciaba recreándose en la encuadernación, pero entonces abrió el tomo, y contemplé cómo un mundo entero se abría ante mí. Numerosos personajes, artesanos, campesinos, porteadores, aguadores, pescadores, mujeres con sus criaturas, vendedoras de frutas o flores se afanaban en sus tareas diarias, dibujados sobre una corteza de árbol con trazos sencillos pero de fuerte expresividad.

Él, al ver mi asombro, se apresuró a aclararme:

—Pedí a fray Bernardino de Sahagún que permitiera que uno de mis dibujantes copiara alguna de las páginas de la que será su obra magna, *Historia general de las cosas de Nueva España*. Será un tratado muy completo de la vida de estos indígenas antes de la llegada de Cortés.

Pablos percibió que era hora de comenzar la tertulia, y con un gesto amable nos invitó a todos para que nos acomodáramos. Nuestro anfitrión recordó las nuevas recién llegadas y empezó la conversación. Hablaban con ardor de las distintas ideas, que, llegadas de España, ejercían un poderoso ascendente en los estudiosos novohispanos.

—¡No me negarás que toda la obra de Zumárraga desprende erasmismo! —decía un hombre muy serio con efusión.

—Lo acepto —le respondía un contertulio—, pero no es menos importante la influencia que la *Utopía* de Tomás Moro ejerce sobre el obispo Vasco de Quiroga.

—Ni yo lo discuto. Vasco de Quiroga ha hecho realidad muchos sueños —le contestaba su amigo.

—Os aseguro —intervenía Legazpi, que parecía estar en todas partes— que esta es una sociedad abierta, que se enriquece culturalmente con lo que produjeron los antiguos de estos lares, y con todas aquellas corrientes de pensamiento que han hecho grande a Europa. Erasmo, Moro, Vives, Aristóteles perviven en este mundo nuevo, gracias a personas como vosotros, que lo enseñaréis a una generación que recibirá ambas culturas. Somos afortunados.

Una sonora ovación coreó el parlamento de nuestro amigo. Tenía el poder de sintetizar las diversas corrientes y expresar el sentir de todos de manera excelente. Era un jefe nato.

INFAUSTAS NOTICIAS

*E*se año de 1548 prometía abundantes sucesos. Acababa de llegar a la capital el correo que traía las noticias llegadas con la Flota de abril. Yo me afanaba por encontrar las esmeraldas que me había encomendado don Hernán, pero todavía no me había sido dado hallar aquellas que poseían la talla y calidad que él requería. Estaba en el taller ensamblando las piezas de unos aretes, y vi a Íñigo parado en el umbral de la puerta. Tenía una expresión muy seria, casi dolorida.

—Infausta nueva he de darte —dijo al fin.

Comencé a temblar como una hoja, pues temía siempre el momento en que me dieran terribles noticias de mi casa.

—¡Mi padre! ¡Algo le ha sucedido a mi padre!

—No, Mica, no. Serénate, Juan y todos los tuyos están bien.

Pasado el susto le interrogué:

—¿De qué se trata entonces?

—Ha muerto Cortés —dijo lacónico.

—¡No puede ser! —Me resistía a aceptarlo—. Hace tan solo unos meses estaba lleno de ilusión y vida... ¿Qué ha sucedido?

—Mica, han pasado ya tres años desde que le vimos en Toledo. Sus pleitos con la corona fueron menoscabando su fuerza. A pesar de los buenos oficios del duque de Medina Sidonia, su prestigio y algo de su hacienda mermaron de manera considerable.

—¡No es posible! —Me dolía constatar esa realidad.

—Lo es. ¿Recuerdas la carta que escribió al emperador en febrero, hace dos años?

—La recuerdo. No obtuvo la respuesta que él esperaba —contesté, sin entender la ingratitud de la corona.

Como si me hubiera leído el pensamiento, mi marido recordó:

—No podemos olvidar que el convencimiento que tenía de la magnitud de sus hazañas le llevaron a hablar de una manera a la que Carlos I no estaba acostumbrado.

—¿A qué te refieres? —Yo no sabía en cuál de sus famosas anécdotas pensaba.

—Tras la conquista de ese inmenso imperio, cuando aguardaba en una antesala a ser recibido por el César Carlos, oyó que este preguntaba a un cortesano: «¿Y quién es ese Cortés que pretende ser recibido?».

»Al encontrarse en presencia del emperador, don Hernán inició su parlamento de esta guisa: “Soy aquel que ha dado a vuestra alteza más reinos y súbditos de los que os legaron vuestros antepasados”. Sonreímos ambos al pensar con admiración en la fascinante personalidad de Cortés.

—Su salud comenzó a declinar —continuó mi marido—. Entonces, intentando evitar los rigores del clima de Madrid, se trasladó a Sevilla.

—Bien hizo. Allí los inviernos son benignos.

—Sí, pero además en Sevilla estaba ya preparado para partir de inmediato a México nada más conseguir el permiso real.

—Y no tornar ya a España y morir en la tierra que tanto amó —concluí.

Permanecimos los dos en silencio, absortos cada uno en nuestros recuerdos de ese gran hombre que había llevado a cabo portentosa hazaña y que había muerto con el alma entristecida, Íñigo, viendo mi pesar, a modo de consolación, me dijo:

—Pero aun después de muerto, don Hernán sigue teniendo valedores. Uno de los más fieles, el duque de Medina Sidonia, ha escrito una carta admirable al príncipe Felipe, para comunicarle el fallecimiento de Cortés.

—¿Conoces su contenido? —pregunté con interés.

—Los amigos que tenía en la corte han reproducido algún pasaje de dicha carta, y tu hermano lo ha transcrito para nosotros.

Y comenzó a leerme dichos párrafos:

—*Muy alto y muy poderoso señor:*

»*El marqués del Valle falleció en una aldea cerca de esta ciudad... y según los muchos y señalados servicios que hizo a su majestad y a esta*

corona de España, no creo que será menester intercesores, para lo que toca al favor de sus hijos y negocios...

—¿Todavía es necesario recordar las tierras y las almas que conquistó don Hernán? —Yo estaba indignada.

—Cortés fue un hombre señalado por la fama, aquella que, como decían los clásicos, «se obtiene con los atributos de los héroes: valor, fuerza de voluntad y espíritu de sacrificio, amén de sabiduría y equilibrio» —relató mi marido.

Nuestros hijos, que llegaron en ese momento, escuchaban hipnotizados, sobre todo Diego, que soñaba con ser un caballero andante y acometer heroicidades que le llevaran a la fama. Pero mi mente estaba con el recuerdo de Cortés:

—Y don Hernán las poseía todas —remaché.

—Sí, pero la envidia que persigue a los mejores le acosó hasta el final —comentó Íñigo con aflicción.

—Pese a quien pese, su nombre ha entrado ya en la historia. Él será recordado. Sus enemigos, olvidados.

Permaneció callado, como si intentara reflexionar...

Enseguida se le iluminó el rostro.

—El Fénix de los Ingenios escribió para él un poema para la eternidad^[100].

Y entonces desgranó con emoción:

*Di a España triunfos y palmas
con felicísimas guerras.
Al rey infinitas tierras
y a Dios infinitas almas.*

Mi afición por el coral, que siempre me atrajo, había ido creciendo desde la visión de los maravillosos collares de Estrellatzin. Este deseo me hizo concebir una serie de objetos de uso cotidiano, utilizando tanto plata como cobre dorado. En algunas ocasiones hube de sustituir dichos metales por el oro. Realicé también unas delicadas peinetas de carey oscuro con ráfagas de luz, en las que coloqué unas crestas de plata labrada, adornándolas con pájaros, rosetas y guirnalda en intrincada selva con el fuego del coral. Probé también a añadir pequeñas turquesas o piezas de malaquita, resultando estas piezas muy del gusto local. Pronto me pidieron otras alhajas con el marino tesoro, y comencé a crear ajorcas y pulseras con cierres de plata o de oro,

finamente cinceladas por artistas del lugar, donde quise representar en el fastuoso coral escenas mitológicas o de la Biblia.

Elaboré rosarios en coral, con las bolas gallonadas y la cruz en uno de los preciosos metales. Ante el éxito creciente de estos objetos religiosos o de adorno, di rienda suelta a mi predilección por todo aquello que llegaba de la mar. En recuerdo de aquellos excelentes belenes que había admirado en Nápoles y Sicilia, quise crear dichos nacimientos en plata o cobre dorado, contando también con el arte de los imagineros sevillanos que arribaban con la Flota, o se hallaban ya instalados en la capital. Balaustradas, techos y vegetación, así como personajes, sus ropas y tocados, se fueron engalanando de esferas, bastoncillos y rosetas rojo intenso.

El simbolismo del número ocho, descubierto en una noche mágica en la isla Bisentina, me llevó a crear unas medallas octogonales, donde tronaba la imagen de la Virgen en distintas advocaciones: la Inmaculada, la Milagrosa, la Guadalupana o la siempre poderosa Virgen del Perpetuo Socorro.

Dado que las aflicciones del ser humano son numerosas, las mujeres novohispanas acudían con frecuencia al amparo de Nuestra Señora para pedir por un pariente, amigo o deudo. Y yo cincelaba con amor aquellas medallas de la Virgen que habían de socorrer los temores de tantas gentes.

En esa labor estaba el 3 de junio cuando entró Juana con expresión afligida.

—¿Qué te sucede? ¿Le ha pasado algo a Fermín?

Era una pregunta sin mucha reflexión, pues si le hubiera avenido algún mal a su esposo, Íñigo me lo hubiera comunicado a mí y hubiéramos ido juntos a decírselo.

—¡Qué hondo pesar, Mica! ¡Ha fallecido el obispo Zumárraga! Deja huérfana a la Iglesia novohispana —me informó.

—¿Y por qué las campanas no tocan a duelo? —pregunté.

—Acaba de suceder. A poco las oirás.

—¿Y cómo es que te enteraste tan presto?

—Estaba yo en el arzobispado para obtener unos papeles, y me dijeron que no me podían atender por tener que acudir a asuntos de extrema gravedad. Sabiendo que el buen obispo padecía una triste enfermedad desde hace meses, lo he imaginado.

—Pero... entonces... ¿no lo sabes de cierto?

En ese instante las campanas comenzaron a redoblar. Nos hincamos de rodillas y rezamos por el alma de Zumárraga, aunque, por la bondad de su

espíritu y la rectitud de sus obras, estábamos seguras de que estaría ya entrando en la Casa del Padre. Así nos encontró Íñigo.

—Veo que conocéis la mala nueva.

—Juana vino a comunicármela. Perdemos a un ser humano excepcional. Será difícil hallar un sustituto.

Mi amiga estaba ensimismada, y de repente como si despertara de un sueño nos preguntó:

—¿Y quién batallará ahora por la concesión de la Universidad? ¿Y quién protegerá a los indígenas? ¿Y quién verá por la educación de las mujeres?

—Es cierto que este obispo multiplicó sus quehaceres en favor de tantas gentes, pero hay que decir que no estuvo solo. El virrey trabajó codo con codo en esas tareas —respondió mi marido.

—Recuerda, Juana, cuando las clases de artes y teología se daban en una sala que mandó construir Zumárraga en el obispado... Enseguida Mendoza ofreció su casa para albergar las lecciones —aclaró mi esposo.

—Queda descansada, Juana —añadí—. Su labor no estará perdida. Alguien vendrá que continuará su senda de buen hacer.

Lo que sucedió unas semanas después nos sirvió de alivio y de pena al unísono. De consuelo, porque al fin llegaba el nombramiento de Juan de Zumárraga como primer arzobispo de Nueva España, en reconocimiento a su espléndida labor. Y de quebranto porque llegaba demasiado tarde, cuando ya era muerto. Ese 8 de julio del año del Señor de 1548, reconocía el soberano la inmensa tarea realizada por uno de sus más eficientes servidores.

Su ejemplo sería recordado en los años venideros.

JUANELO

*E*ra día de mercado y me gustaba ir con Inés, la mujer de Lagartija, porque el innato talento de los nativos por la forma artística me ofrecía una fuente constante de inspiración. Ella, halagada por mi interés hacia su cultura, me hacía notar objetos y simbolismos que me hubieran pasado desapercibidos. Los exóticos pájaros en sus jaulas; la cerámica local con sus armoniosas formas; el arte de la plumería, con sus deslumbrantes colores, y el abigarramiento de las gentes... era un cuadro que se hacía y deshacía sin pausa.

Acostumbraba yo llevar conmigo un cuaderno, y bien armada de numerosos carboncillos, dibujaba aquello que llamaba mi atención. Mientras tanto, Inés, sin perderme ojo, compraba las viandas para la cocina y aquello que hubiéramos menester para la casa. El mes de junio en México era suave y soleado, y yo me dejaba acariciar por la suave brisa de la mañana, los aromas de especias y hierbas que abundaban en el mercado, y la contemplación de una artesanía de rotunda belleza.

La atmósfera del mercado era de fiesta. Habían venido de todos los pueblos comarcanos con sus mejores productos, y los compradores eran muchos y las ventas se animaban con el pasar de la mañana. Los tenderetes se cubrían de la fuerte luz de altura, con unos toldos de algodón que formaban en las piedras del pavimento interesantes claros de luz y pozas de sombra.

En un ángulo apartado, unos desocupados, mestizos y mulatos, entretenían el tiempo jugando a los bolos, juego muy popular en estas tierras. Su piel morena contrastaba con la blancura de los calzones, que, aunque remendados, lucían limpios. Uno de ellos, un fornido mulato, tomó con resolución la pelota, agachó el cuerpo y mirando con atención su objetivo, balanceó la bola en un rápido movimiento, y la lanzó, derribando todos los bolos, que eran de piedra. Me impresionó su puntería certera. Sus compañeros lo felicitaban con efusión.

—¡Mira, chico! ¡Qué fuerza tienes, Juanelo!

Y le daban palmadas en la espalda como si acabara de ganar una importante batalla. No muy lejos, un grupo de zambos y negros mascaban algo con fruición. Lagartija, que nos acompañaba siempre para velar por nuestra seguridad, percibió mi curiosidad y me aclaró:

—Mascan *txicli*, chicle le llaman los «castillas», *Micatzin*. Es una goma a la que dan sabor y un aroma muy gustoso. Dicen que es bueno para conservar los dientes. —Y reía mostrándome su blanca dentadura.

—Es costumbre azteca, *Micatzin*, muy buena. He visto que observabas también a los *totolichi*.

—¿*Totolichi*? —pregunté—. ¿A qué te refieres?

—Al juego con la bola. También es nuestro —comentaba orgulloso—. Moctezuma era muy aficionado a ese entretenimiento, pero las bolas que él usaba eran de oro.

Detrás de nosotros se oyeron unas risas chillonas. Me volví con curiosidad, y vi a un hombre, obviamente borracho, ensayando posiciones de esgrima con afectada elegancia, que resultaba muy ridícula.

—Marchemos, *Micatzin*, ese mulato ha bebido y tiene *centzon totochtin*, cuatrocientos conejos, pero su espada es verdadera.

—No lo entiendo, Lagartija. ¿Qué tiene que ver la borrachera con los conejos?

—El *centzon* es muy fuerte, y si se abusa de él, cuatrocientos conejos se meten en tu barriga y luego suben todos a tu cabeza y te aturden. Malo. ¡Vámonos! —ordenó preocupado, mientras tiraba del brazo de su mujer.

No bien habíamos dado unos pasos, cuando sentí una punta de acero en mi espalda, al tiempo que una voz aguardentosa bisbisaba:

—¡No tan pronto, hermosura! ¿Qué hace una dama como tú con ese indio piojoso?

Lagartija echó mano a la daga, pero la espada del beodo ya le apuntaba al corazón. En ese instante, todo fue muy rápido, el mulato Juanelo se le aproximaba por la espalda sin hacer ruido, como un felino y de un golpe certero, lo desarmaba. El fanfarrón que tanto presumía, se amilanó.

—¡Por caridad! ¡No me hagáis mal alguno! —suplicaba.

Nuestro valiente salvador le replicó burlón:

—No permitiré Dios que acabe con la vida de hombre tan esforzado.

Al tumulto que se armó acudieron los alguaciles y se llevaron preso al tunante. Inés me apremiaba para dejar el mercado, asustada por lo sucedido:

—Cálmate, Inés, ha sido un incidente sin importancia. Espera, he de agradecer a este valiente muchacho su intervención.

—Sé que te llamas Juanelo. ¿Cómo puedo compensarte por tu arrojo? —le pregunté.

—Señora, soy hijo de español... En mi natura está ser caballero y proteger a una dama —respondió con dignidad.

—¿No esperabas entonces ninguna recompensa?

—No, señora —afirmó.

—Ven entonces a mi casa. Deseo que te conozca mi esposo. Lagartija, que también está en deuda contigo, te señalará el camino. —Y para que no hubiera dudas, precisé—: A las seis en punto. Antes de que caiga el sol.

Iniciamos el retorno a casa. Lagartija miraba a un lado y otro, como si hubiera un emboscado dentro de cada zaguán, prontos todos a saltar sobre nosotros.

—Serénate, hombre. Nada ha sucedido, y aunque así fuera, tú no has tenido la culpa.

—*Micatzin*, cuídate de los bellos dichos —advirtió preocupado—. A veces esconden las peores intenciones.

—Por eso le he hecho venir y encontrarse con el capitán. Si algo esconde Juanelo, mi esposo lo averiguará. Pero si lo que el muchacho proclamó con tanto garbo es sincero, merece asistencia.

Juanelo llegó puntual a la cita. A pesar de su aire desenfadado, supe desde el primer momento que tomaría muy en serio el cometido que se le asignara. Hablé con Íñigo para contarle lo sucedido, y encomendarle a este joven que, creía yo, necesitaba una oportunidad. A la memoria me vino el recuerdo de Vanozza, aquella joven que conocí en el Tivoli, y que ahora tenía una vida digna junto a su esposo en Toledo. Mi marido recibió al mulato a solas, para escudriñar en su personalidad, intentando averiguar si era tan noble como pretendía con sus palabras.

—Luego —prometió mi esposo— te daré cuenta de nuestra conversación, y veremos qué ha de hacerse.

Íñigo, aunque tenía un criterio muy claro sobre el mundo que nos rodeaba, observaba sin tregua queriendo aprender y preguntaba también mi opinión. Tenía en considerable estima la inteligencia intuitiva que adornaba a muchas mujeres.

Al acercarme hacia él para agradecerse, advirtió:

—Mas, no esperes gran cosa; son miles los que vagan por la ciudad sin oficio ni beneficio, y que ocultan su delincuencia bajo el manto de la cortesía.

Pasaron dos horas, y al ver que era llegada la hora de la ronda y que mi marido no venía, me alarmé. Llamé al omnipresente Lagartija y me dijo:

—El señor capitán ha salido con Juanelo a la vigilia de la noche.

Permanecí en el salón, asombrada por la reacción de mi esposo, de costumbre parsimonioso, y aguardé su retorno. No hube de esperar largo tiempo, pues al cabo de media hora, entró Íñigo en la estancia.

—Y bien... ¿Qué ha sido de Juanelo?

—Tenías razón. Es un muchacho que se toma muy en serio su responsabilidad. Para él, ser hijo de un hidalgo español es un alto honor que le obliga a guardar una conducta adecuada.

—¡Cuéntame cómo fue la entrevista! —pedí.

—Ante todo, le agradecí su intervención y le dije que creía que, aunque el incidente no hubiera ido a mayores, sí hubiera sido muy desagradable para ti y para el fiel Lagartija.

—¿Y qué te contestó?

—Que su padre le enseñó sobre todas las cosas, que si Dios le había hecho fuerte y valiente, su deber era proteger a aquellos más débiles e indefensos.

—¿Le crees? —pregunté, deseando oír la respuesta.

—Tanto es así, que le incorporé esta noche a la guardia que vigila la ciudad.

—¿Tan veloz? ¿De repente? —Yo estaba asombrada.

—No. Estuvimos charlando largo y en confianza. Sentí que el chico era sincero y que la adoración que sintió por su padre en vida no ha mermado con su muerte ni con el paso de los años —aclaró él. A lo que yo añadí:

—O sea que es un alma noble, y que lo llevaste contigo, para ver dé darle...

No me dejó acabar.

—No solo estuvo con nosotros en la vigilancia de anoche —continuó mi marido—, sino que ha quedado ya admitido para formar parte de la ronda de noche —afirmó con énfasis.

—Sé que tú ya lo habrás pensado, pero puede ser útil también como «ojos y orejas» —aconsejé.

—Cierto. Conoce bien el mundo en el que se mueven los desocupados, mulatos, negros, zambos, frailes escapados de los conventos y toda clase de descontentos, con razón o sin ella, que vagan por la capital.

—Y dedujiste que es poseedor de una firme lealtad, que, en esos tiempos de súbitas mudanzas y conjuras, te ha de ser de valor incalculable —concluí.

—Dios quiera —auguró Íñigo— que no conozcamos tiempos en los que la lealtad haya de ser probada hasta el límite.

LEY DE TRABAJO

Junio, 1549.

Con la Flota de junio, llegó una ley, otorgada el 22 de febrero de ese mismo año, por la que se ordenaba el trabajo de todos aquellos vagabundos que malvivían por los barrios de la capital, haciéndola insegura, pues de algo tenían que sustentarse, y lo más a mano era el hurto. Habíamos tenido un buen ejemplo el día que nos defendió Juanelo.

Otro aspecto de este mismo problema era que aquellos que ansiaban el autogobierno en manos de los criollos aprovechaban ese descontento para alistar en sus filas a los más fieros y sin escrúpulos, prontos a medrar de cualquier manera. Por tanto, esta ley obligaba a las autoridades a emplear a los desocupados en las necesidades de la capital, la agricultura y la milicia.

Íñigo, que contaba con el eficiente apoyo de Juanelo, recibió la medida con alivio, pues la consideraba de absoluta urgencia.

Las calles de la capital se habían tornado muy peligrosas. Íñigo tuvo que aconsejar al virrey que aumentara las tropas y mejorara su dotación, dado que a la ciudad acudía todo tipo de personajes ociosos, sin trabajo o sin voluntad de hallarlo, y con suficiente habilidad para vivir del robo, encargos emboscados y otros menesteres poco edificantes. Fermín aconsejó, con muy buen tino, que habían de contratar a cumplidos «ojos y orejas», que buscaran entre los revoltosos a seguros confidentes.

Muchos de estos bribones, al ser alcanzados, delatarían a sus compañeros de fechorías a cambio de buenos maravedíes.

Además, para los indígenas era un honor trabajar en esos asuntos que requerían astucia y habilidad. Lo cierto es que resultaba un tormento salir acabada la tarde y oscurecida la villa. Cuando mandaba a uno de los criados que fuera a cumplir un mandado una vez caída la noche, encontraba siempre en ellos la mayor resistencia.

El hampa se había apoderado de la bella México.

En las tortuosas callejuelas, emboscados en esquinas y zaguanes, una fauna variopinta, soldados desertores, monjes trabucaires que habían colgado los hábitos, indios desarraigados, veteranos de la Conquista arruinados pero imbuidos de su supuesta importancia, contribuían a la inseguridad de la plaza. Mucho más inquietante aún era el uso que de ese descontento podían hacer personajes de relieve que, teniendo más de lo que merecían por su mérito, estaban insatisfechos al no encontrar cauce para sus sueños de grandeza.

Por una parte, eran muchos los que, siendo descendientes de conquistadores, se encontraban en una sociedad que ya no necesitaba guerreros, sino colonos, artesanos, agricultores, arquitectos, trabajos para los que ellos no estaban preparados, pero, sin embargo, se consideraban con derecho a cargos y prebendas por ser hijos de quienes eran, sin estar de nuevo a la altura de esos empeños.

La situación parecía haber llegado a su punto álgido cuando descubrió mi marido una conjura para asesinar al virrey.

Los encomenderos que creían ser víctimas de una injusticia, los criollos que no hallaban acomodo y los revoltosos varios habían preparado una conspiración para matar a Mendoza, y pensaron que era el momento oportuno tras el revuelo que se armó al recibir las diversas leyes para ordenar el territorio novohispano y cortapisar la ambición de unos y los desmanes de otros. Pero, gracias a la astuta red de «ojos y orejas», Íñigo tuvo conocimiento

de lo que tramaban los juramentados, y los prendieron para ser juzgados por traición.

Sabían, sin embargo, que era harto posible que no hubieran apresado a todos los que habían tramado la conjura. Los más astutos seguro que escaparon, y permanecerían escondidos hasta mejor ocasión. Se rumoreaba que el tal Ocelote, del que no se conocía gran cosa, había participado en algunas reuniones, sin comprometerse a nada.

La nueva ley vino a poner orden en estas turbulentas aguas: vagabundos, mulatos, negros, zambos, todos los desocupados, habrían de trabajar en el bien de la comunidad^[101].

Pero antes de llevarla a buen término, la resistencia se haría desesperada.

Una noche que Íñigo estaba de ronda, cumpliendo con su deber, Teresa, como sucede a menudo con los niños, fue presa de una fiebre súbita que me alarmó sobremanera. Lagartija, según su costumbre, de inmediato se ofreció a ir en busca del capitán, y si no lo hallaba, correr a casa de Rodrigo a buscar ayuda. Yo, que bien le conocía, pude ver el miedo escrito en su rostro, pero no profirió una palabra, y, decidido, se perdió en la noche.

Al parecer, según me contó luego, en las anchas plazas y avenidas del centro todo estaba tranquilo, pero al no encontrar a Íñigo, resolvió correr en busca del médico. Cuando se internó en la más oscura vía donde vivían los Bernáldez, los hombres de extraña catadura fluían por doquier. Al principio no hicieron caso de un indio menudo y casi invisible en las sombras de la noche. Así, Lagartija tomó un poco de confianza y se paró junto a un portal donde un soldado, a todas luces empobrecido, cantaba con su guitarra un romance de ciego:

*¡Ay, señora Juana,
busarcé perdone,
y escuche las quejas
de un mestizo pobre,
que aunque remendado,
soi hidalgo y noble,
y mis padres,
hixos de conquistadores!*

La canción revelaba de manera excepcional la situación que se vivía en la sociedad novohispana. Absorto en esta meditación, parece que Lagartija se confió, y no observó a un grupo de tres malhechores que le miraban fijamente y se hacían comentarios. Antes de que pudiera reaccionar, los tenía frente a él.

Echó la mano a la daga, pero un puño de hierro le atenazó el brazo. Otro buscaba con afán bajo su jubón la bolsa que Lagartija no portaba. Al no encontrar lo que ansiaban, profirieron en insultos y golpes.

—¡Maldito indio! —gritaba uno.

—¡Mira qué bien trajeado va el señorito! ¡Robándonos el pan a los buenos caballeros cristianos! —vociferaba otro.

Si no hubiera estado el pobre Lagartija aterrado, hubiera comprendido la comicidad de las circunstancias. Aquellos bellacos se quejaban porque ellos, «caballeros y cristianos», estaban siendo desposeídos por el pacífico indio. El pobrecillo comenzó a rezar al patrón de los imposibles y a su Zacatlonzi para que le librara de los matones. Debieron de escucharle, porque, contra todo pronóstico, el desamparado cantante se abalanzó sobre los ladrones, blandiendo la espada con insospechada destreza, mientras aullaba:

—¡A mí del rey! ¡A mí la guardia!

El inesperado ataque distrajo a los asaltantes, momento que el soldado aprovechó para empujar al asustado indígena al amparo de un portal. Cuando los bandidos se disponían a ensartar a ambos, apareció la ronda de noche del barrio que les conminó.

—¡En nombre del rey, daos preso!

Los tres canallas huyeron en desbandada. Lagartija explicó su encargo, quién era y a quién servía, y la guardia se ofreció a acompañarle a su destino.

—¡A ti te acompaña la suerte! ¡Mira que pararte justo delante de Juanelo! La espada más audaz del virreinato.

El empobrecido soldado resultó ser nuestro Juanelo, el más astuto e intrépido «ojos y orejas» de toda la compleja organización que formara el capitán de Vidaurre en Nueva España.

Habían llegado también unos pliegos con las ejemplares admoniciones del emperador al príncipe Felipe. Era una auténtica lección de gobierno, y las autoridades del Consejo de Indias habían decidido hacerlas circular por Ultramar, como ejemplo de buen hacer y clara utilidad. Íñigo trajo una copia a casa, pues sabía de mi admiración por el emperador y de mi interés por todo cuanto a su casa concernía.

Tratad los negocios con muchos y no os atéis ni obliguéis a uno solo, porque aunque es más descansado, no os conviene.

Como regla general, la consideré perfecta. En otro pliego escribía Carlos v, recomendando la misericordia en el trance de impartir justicia.

No sabía yo cuán proféticas eran esas recomendaciones, y lo necesarias que habían de ser en Nueva España en años venideros.

—Lee con suma atención el próximo legajo —recomendó mi esposo—. Entenderás las razones de ciertos comportamientos de la corona hacia los valientes conquistadores. Necesita el emperador gentes alejadas de los intereses locales.

—¡Y tanto que lo entiendo! Desean en los territorios lejanos personas que no estén afincadas, que no tengan intereses propios.

—Y que entonces se avengan a trabajar por el bien del virreinato, de sus gentes y de la corona —añadió Íñigo. Y me hizo la siguiente reflexión—: La moderación, la templanza, además de la discreción y la afabilidad en las formas han de regir las costumbres de los gobernantes.

—Es en verdad admirable. Si todas las autoridades creyeran en este ideal, poblar estas tierras sería una importante misión —dije a mi esposo.

—Es un encargo de enorme responsabilidad, Mica —argumentó mi marido—. Este inmenso continente nos ofrece el reto de ganar sus naturales a la fe. Esto es lo que siempre me repite Urdaneta —fue su respuesta, a lo que yo añadí:

—Y enseñarles la clemencia del buen gobierno, pues por lo que cuentan los anales, el imperio azteca no perdonaba un error.

—Cierto es que algunos no han dado muestras de comportamiento cristiano, como Nuño de Guzmán, que con su crueldad hacia los nativos provocó las explosiones de rebeldía en Nueva Galicia que tantos muertos han causado —afirmó mi marido.

—Mas también hay clamorosos ejemplos de lo contrario: piensa en el estudio de océanos y mareas de tu amigo Andrés de Urdaneta, la dedicación honradísima de Miguel de Legazpi en la Casa de la Moneda, la humildad y caridad de Motolinia, como lo llaman los indios... Todos ellos prueban con su proceder que es posible un mundo más justo. —Estaba convencida de lo que decía. Él me miró con tal intensidad que temí haberme expresado mal, haber sido, tal vez, demasiado apasionada, demasiado utópica—. Esa es una de las razones por las que vinimos aquí, ¿verdad? —quise asegurarme.

Su contestación encendió mi entusiasmo:

—Supe desde el primer momento que tendrías el temple necesario para entender las portentosas aventuras que la vida nos había de ofrecer.

Fue también 1550, un año de severas controversias.

Supimos que las disensiones entre los herederos de Cortés daban pábulo a los que siempre habían deseado el mal de su casa. Se comentaba la disputa entre doña Juana de Zúñiga y el segundo marqués por asuntos de dinero. A pesar de las muchas posesiones del marquesado del Valle, pues las propiedades eran extensas, los gastos de Martín eran tan excesivos, que no conseguía pagar a su madre los diez mil ducados que su padre había destinado a doña Juana.

La corona ya había conminado a los herederos, por una Real Provisión de enero de 1548, que solucionaran sus conflictos. Pero la controversia sobre los bienes continuaba. Parece que doña Juana había otorgado una escritura por la que renunciaba a parte de la herencia a cambio de tres millones de maravedíes al año. Pedía también ciento ochenta y siete mil para su hermano, fray Antonio de Zúñiga.

Supe, de una fuente de confianza, que la viuda de don Hernán había maltratado a la hija natural de Cortés, Catalina Pizarro, a quien su padre había dejado unas propiedades cercanas a Cuernavaca. Me contaron que incluso maniobró para encerrarla en un convento.

Era una pena que casa tan legendaria estuviera en boca de todos por cuestión del vil metal y comportamientos que distaban mucho de ser ejemplares.

Además, el duro debate entre Juan Ginés de Sepúlveda, historiador y capellán del emperador, y el dominico fray Bartolomé de Las Casas encendió el fuego de la polémica. El historiador, seguidor de Aristóteles, mantenía que la guerra contra los indios era lícita, pues, tras ella, se iniciaba a civilizarlos y salvarlos de la idolatría y sus aterradores sacrificios humanos. Los propios naturales relataban a los españoles que los aztecas acostumbraban sacrificar unos veinte mil prisioneros cada año a sus dioses.

El propósito era que «la maldad azteca», fuese sustituida por «la bondad española».

Esa era la razón por la que ellos habían de enseñarles la civilización cristiana. Aunque algunos no se guiaran en absoluto por la caridad inherente al cristianismo.

Por supuesto, los encomenderos vieron en la teoría de Sepúlveda la posibilidad de justificar sus derechos adquiridos, aunque no era esa la intención del historiador. Mientras que para Las Casas, las expediciones de castigo eran ilícitas e injustas.

Pero los excesos verbales del dominico habían creado una profunda inquietud, no solo entre los propietarios de las encomiendas, que veían descubiertos muchos de sus desafueros, sino también en las autoridades virreinales y en otras órdenes religiosas^[102].

Íñigo, inquieto por las consecuencias de la disputa, mandó llamar a sus amigos, Miguel y Andrés, para intentar reflexionar y ver de prevenir los disturbios que veía llegar como un temporal.

Eran ya pasados los cinco años que habíamos fijado como límite de permanencia en Nueva España, y la idea del retorno la habíamos pospuesto en varias oportunidades. Por otra parte, Urdaneta nos animaba, con su característica tenacidad de vasco, a que contribuyéramos un poco más al bien del virreinato. Nos instaba a hacernos cargo de una encomienda, de una hacienda, y crear una explotación ejemplar en eficiencia y buen trato a los indígenas. Yo recordaba aquella tan hermosa y tan abandonada que habíamos visitado años atrás, y, sin saber muy bien por qué, le había hablado a nuestros amigos de ella. La hacienda Las Moreras se hallaba cerca de la capital y, de momento, hasta que funcionara a pleno rendimiento, yo pensaba que Íñigo podría aunar su encargo real con la vigilancia de la organización agrícola.

A pesar de que mi esposo les había reunido para otro asunto diverso, Andrés aprovechó para insistir en su idea y remachar:

—Íñigo, escúchame bien. No has de abandonar tu encargo real. Puedes aunar tu empeño con la hacienda. De momento, Mica irá reparando, arreglando y componiendo todo el desorden que aflige a esa propiedad.

—No lo veo tan fácil —argumentaba mi esposo—. Las Cédulas Reales prohíben a los oidores tener granjerías, encomiendas, minas y casas.

—Confíe vuestra merced —insistía Urdaneta—. ¡Cómo iba yo a proponerte algo que no sea acorde con la ley! Sé que amas tu encargo como capitán, pero tal vez puedas compaginar ambas tareas: hacendero y responsable del orden.

—Me turbas, Andrés, como hacías en nuestra infancia. Siempre vas dos pasos por delante de mí. He de averiguar si mi cargo es compatible con esa ocupación.

—Será Mica quien la gobierne, y si la empresa adquiere la importancia que yo presumo, el papel de ambos será importantísimo para la economía de la región y como ejemplo de buen hacer cristiano —argumentaba Urdaneta.

—Olvidáis —comenzó Íñigo con aire solemne— que ninguno de los dos somos ya mozos. Mica y yo sobrepasamos los cuarenta.

—No es necesario ser tan explícito —protesté—. Hable vuestra merced de sus años, que yo hablaré de los míos.

—¡Qué disparate! —exclamó el buen amigo—. Tenéis ambos buena edad para acometer brillantes empresas. ¡Dios sabe las que aún nos aguardan!

—Tú eres libre, Andrés —añadí—, pero nosotros tenemos dos hijos en quienes pensar.

—Pensad en ellos, pues —dijo él—. Son dos chicos de diez y doce años. Su instrucción puede continuar en la capital, donde está vuestro hogar y vuestros empeños. No os conmino a una decisión drástica, más bien a que poco a poco participéis de manera activa en la vida de este país.

—¿Más aún? —repliqué, no quería darme por vencida tan rápido—. Creo, Andrés, que hemos contribuido plenamente con nuestro quehacer: Íñigo ha conseguido restaurar el orden en esta ciudad y contener a los sediciosos, y yo, por mi parte, he montado el taller de orfebrería, donde doy trabajo a muchos buenos artistas locales.

—No se me sulfure vuestra merced —repuso Urdaneta en tono conciliador—. Si acudo a vosotros es por vuestra excelente labor, cada uno en su campo. Sé que habéis de alcanzar cotas más altas. —Y, de repente, como iluminado por una súbita inspiración, anunció—: ¡Ya está! Legazpi y yo os encomendaremos al virrey para que te nombre alcalde mayor. En este cargo, al no tener salario alguno, tendrías autorización para poseer hacienda y tomar cuenta de ella.

—Ese es cargo para Miguel. Yo tengo el mío —afirmó mi esposo.

A lo que Legazpi respondió:

—No hemos de aferrarnos a ningún trabajo. Se ha de aceptar aquel en el que seamos útiles.

Le prometimos a Andrés pensar en su propuesta, y Miguel recordó el asunto que nos reunía: la importante polémica entre Sepúlveda y Las Casas.

—Esta agria disputa ha de tener graves consecuencias en Nueva España —inició Legazpi.

A lo que Íñigo respondió:

—Recordaréis las desventuradas actuaciones del padre Las Casas, hace tres años...

—¡Cómo olvidarlo! ¡Revolucionó toda la capital! —La voz de Legazpi mostraba la inquietud pasada.

Tras reflexionar, mi esposo comentó:

—He de deciros que escucho con pesar la interpretación interesada que hacen los encomenderos de la teoría de Ginés.

—Y nefastas son las exageraciones difamatorias del padre Las Casas — apostilló con firmeza Miguel—. Vos conocéis muchos hombres honrados que laboran en justicia por el bien común. Estos han quedado calumniados por fray Bartolomé. —Y añadió—: ¿Cómo es que Las Casas no habla de los hombres y mujeres que bien trabajan en este virreinato? ¿Cómo reparará el buen nombre mancillado de esas gentes?

Andrés de Urdaneta seguía pensativo la conversación, pero intervino:

—Es la vieja batalla entre el bien y el mal, anclada en la conciencia del hombre. La codicia y el afán de poder inducen a abusar de otros seres humanos. Pero un impulso de elevación moral nos ha de empujar a actuar con valores más dignos del alma.

—Habremos de luchar no solo contra aquellos ofuscados por la avaricia, sino contra nuestro propio conformismo —pensé en alto.

Entonces Legazpi confirmó:

—La civilización cristiana tiene el deber de procurar mayor dignidad al hombre, por tanto, hemos de lograr eliminar la esclavitud de los naturales.

A lo que Urdaneta apostilló:

—Nuestra labor, llevada a cabo con plena conciencia moral, ha de traer a estas gentes la libertad. Por tanto, los abusos que algunos cometen han de ser combatidos por toda persona que crea en la ley de Dios.

—Con más razón, si su majestad anhela congregar en estas tierras súbditos, que no siervos.

—El valor está en aquellos que defienden a los más débiles —afirmó Íñigo. Era su norma de conducta.

Permanecemos en silencio reflexionando cada uno en la controversia de la Junta de Valladolid. Éramos conscientes de que esa diatriba entre Las Casas y Sepúlveda no beneficiaba en absoluto a las muchas gentes que colaboraban por el bien común de estos reinos.

—Hemos también de considerar que las exageraciones del dominico serán creídas por los incautos y propagadas por aquellos a los que beneficia el mal nombre del Imperio —explicó con su agudeza habitual Legazpi.

Y Andrés finalizó la disquisición con un extraordinario pensamiento:

—La bondad del ser humano está en la mente y en el corazón y en las acciones que emprendemos cada día. Es una regla sencilla de evocar y ardua de realizar.

EL TALLER DE MÚSICA

Septiembre.

*D*eseaba conocer la realidad de las artes en Nueva España, y para ello había determinado visitar todas las escuelas que enseñaran las diversas disciplinas. Todos se hacían lenguas del taller de música que había fundado en la capital fray Pedro de Gante en 1527, pocos años después de llegar a Veracruz. En efecto, la labor que allí ejercían era extraordinaria. Los franciscanos habían organizado su misión a la usanza de las aldeas nativas, pero con un importante elemento educativo. Habían observado que la música era un portentoso vehículo de entendimiento y que, además, los indios estaban muy dotados para ella.

Así fray Pedro pensó que una manera de dar trabajo a los nativos era enseñarles la interpretación de la música, la composición y escribir la letra de dichas obras. Y no se limitó a esto, sino que decidió comenzar la construcción de los instrumentos necesarios. Laúdes, bandurrias, guitarras y guitarrones, flautas de caña y trompas, violines y clavicordios salieron de las hábiles manos de los nativos, que además contaban con las resistentes y hermosas maderas del altiplano y de la zona tropical.

La atmósfera que se respiraba en ese entorno infundía una paz que propiciaba el fin principal de los frailes.

La mañana era espléndida y el sol de abril comenzaba ya a caldear. Bajo una techumbre de paja, se afanaban los artesanos en cortar la madera según las plantillas, lijarla, ensamblar las piezas y encolarlas, y todo elaborado con una paciencia que habría de dar excelentes resultados. Trabajaban en silencio, absorbidos por una tarea que, a todas luces, les entusiasmaba.

La voz de un profesor salía por una ventana de la pequeña escuela, y desgranaba palabras en náhuatl y sus correspondientes en castellano. Los niños coreaban con entusiasmo la hermosa letanía. Muy cerca, el poblado seguía con su vida cotidiana. Unas mujeres portaban grandes canastos de ropa para lavar en el río; otras se agrupaban al aire libre a la sombra de una potente ceiba y charlaban animadas mientras tejían en sus telares con dedos ágiles.

En las tierras vecinas, unos hombres cultivaban verduras y frutas que serían parte importante del sustento de la población. Un poco más allá alcancé a ver un rebaño de corderos que pastoreaba un par de muchachos y una o dos vacas que pacían mansamente.

Fray Toribio de Benavente, que en ese momento era ministro provincial de la orden, estaba de visita y tuvo la amabilidad de venir a saludarme. Se presentaba con un talante manso que confundía a primera vista, pues en realidad era un ser de energía inagotable. Además de sus muchas responsabilidades en las misiones repartidas por el país, continuaba con la fundación de nuevos conventos y escribía, desde 1536, la magna obra *Historia de los indios de Nueva España*. Quien había tenido la oportunidad de conocerla, decía que era la más completa y veraz realizada en las Indias.

—Hija mía —saludó afectuoso—, sé por mi amigo Urdaneta que aunáis la curiosidad por estas gentes al respeto por su cultura.

—Recibimos ambos un encargo: mi marido, como capitán del virrey, y yo, como diamantista, con el fin de encontrar para don Hernán unas esmeraldas similares a las que extravió en Argel.

—¡Qué lástima la muerte de Cortés! Tan gran hombre morir en esa tristeza. Yo le guardo reconocimiento eterno, porque no olvidaré con qué honores nos recibió cuando fuimos aquí llegados en el año veinticuatro.

Yo le escuchaba con toda mi atención, sabiendo que iba a referir una historia apasionante.

—Había de ser un cuadro curioso. Nosotros vestidos con burdo sayal, siendo recibidos con los más altos honores por el todopoderoso capitán general. —Y se reía con la alegría de los santos.

—Era menester que así os recibiera, para que los indios entendieran que erais hombres de Dios —le dije.

—Aceptamos aquellos honores, pero ¡eran tan excesivos! Habéis de saber que don Hernán mandó que barriesen el suelo por donde habíamos de pasar..., que repicasen las campanas... Nos recibieron con cruces y candelas encendidas, y el mismísimo capitán general se postró de hinojos y tentó a besarme las manos.

—Ese gesto es de las hechuras de Cortés —comenté divertida.

—No lo permití, y él, al alzarlo yo, me tomó el bajo del hábito y lo besó con respeto.

—Me contaron —dije— que os llamaban los Doce Apóstoles, pues dabais ejemplo con la manera de tratar a los nativos.

—Tenía que ser. Algunos encomenderos, no todos, habían desbocado su avaricia, anhelando en demasía oro y placeres. No podíamos predicar una religión de amor e igualdad, sino imitando su forma de dormir, de comer, de vivir. Compartiéndolo todo.

—¡Qué feliz sería el mundo poblado por gentes como vos! —exclamé admirada.

—De todo tiene que haber en la viña del Señor. Los encomenderos, si siguen el mandato del rey de bienquerencia a sus encomendados y de ayudar en la tarea de la evangelización, y muchos así lo hacen, cumplen también una importante misión.

No podía desperdiciar ni un palabra que saliera de la boca de aquel sabio.

—El señor obispo, que mereció el honroso título de *Defensor de Indios*; vuestro esposo, manteniendo el orden y la buena crianza, con respeto a los indios y lealtad a la corona, lo hacen también. Y vos, en vuestro taller, enseñando un arte a vuestros aprendices, contribuís en este empeño.

—Pero, sin embargo —argumenté por curiosidad—, cuando nuestro señor don Carlos os ofreció un obispado, lo rehusasteis.

—No era la tarea para la que yo estaba destinado. Comprendí cuál sería mi puesto cuando oí que los indios me apodaban Motolinia, y me explicaron su significado. Ahí radicaba mi fuerza.

—Y fuerte sois cuando tantas almas habéis llevado al Altísimo.

—He de decir que mi principal empeño ha sido enseñar a los hombres y mujeres que querían bautizarse a emprender una vida digna. No quiero «cristianos remojados», que no se comprometan con la justicia y la fraternidad.

—¡Hacéis que las enseñanzas de nuestra religión muden la faz de esta tierra!

—Yo amo esta tierra; me interesan sus costumbres y sus ritos; me asombra esta naturaleza feraz... —Y de manera súbita me conminó—: ¡Viajad por este país, conocedlo! Decid a vuestro esposo que este pobre fraile ha recorrido cuatrocientas leguas y que he visto en el camino las maravillas del Creador.

—¡De modo que es cierto! ¡Esa ruta mítica la realizasteis!

Su bondad, su pasión por el bien hacer me habían cautivado. Me sentía a gusto con ese hombre santo. Y protegida por él. En ese ambiente de confianza quise confesarle mi secreto.

—Hay algo que me preocupa, que rara vez comparto con mi esposo y que me gustaría contar a vuestra paternidad.

—Tú dirás, hija.

Permaneció atento como si mi desasosiego fuera la única cosa importante.

—He de deciros que mi madre, en su lecho de muerte, me reveló que su madre era judía conversa. Mi padre, castellano viejo, siempre veló por la

estricta observancia de nuestra fe, pero nunca con más ardor que lo hiciera su esposa. Venir a Indias significó también la lejanía del temido Tribunal.

—No os aflijáis —respondió con dulzura—. Somos cristianos. Hemos de erradicar la crueldad y los excesos que causa la ambición. Esa maldad es la que hay que combatir, no a aquellos que cumplen las leyes de amor para con Él y sus criaturas. Quedad descansada, ningún mal os alcanzará aquí a causa de vuestro origen.

Estaba a punto de marchar, cuando se acercó una mujer con un niño exánime en brazos. Suplicaba a Lagartija algo en náhuatl que no logré entender, pero que sin duda se refería a su hijo. No cabía la menor duda de que el chiquillo estaba enfermo. Acudió a las voces uno de los frailes y al ver la escena comprendió que era necesario actuar con celeridad.

—El hermano que se ocupa de la enfermería no está —anunció desolado—. Marchó para obtener remedios para el dispensario. ¡Marcha, hija, busca a tu cirujano!

Ordené a Lagartija que les dijera que le íbamos a curar. Nadie mejor que él para traducir y no solo el significado de las palabras. El mundo de esas gentes me resultaba complejo, y su mentalidad, diversa a la nuestra, provocaba frecuentes equívocos.

Acudimos a Rodrigo, al que hayamos entre pócimas y redomas. Era muy humano con los enfermos y enseguida tranquilizó a la asustada madre, que creía que su hijo podía ser otra víctima de la reciente epidemia. Por fortuna no era así, sino un síncope extraño de esos que tienen los niños, por estar demasiado tiempo al sol, pues la mujer lo había tenido con ella mientras trabajaba en el huerto. Observé a Rodrigo mientras auscultaba al niño. Comprendí la felicidad de mi amiga Rosario. Era un hombre bueno. Trató al chiquillo con afecto, y tranquilizó a la madre con algunas palabras en náhuatl.

Al cabo de unas horas, el muchacho estaba jugando en el patio de nuestra casa. La madre me besó las manos en un gesto de gratitud que yo quise impedir, pero ella continuaba hablando, e instaba a Lagartija a que tradujera lo que me decía.

—Me suplica —repetía Lagartija— que le agradezca lo que ha hecho por ellos. Quedó viuda con dos hijos, este que *Micatzin* salvó, y otro mayor.

—Pregúntale si recibe alguna ayuda, si su hijo gana un salario.

Largas parrafadas entre los dos.

—Dice que ella trabaja en el obraje de la misión, por eso estaba allí, y que Tlacuilo, el mayor, es pintor.

—¿Qué quiere decir Tlacuilo? —indagué.

—«El que escribe pintando» —anunció Lagartija—. Ha de ser buen pintor para obtener ese nombre.

—Yo necesitaría un aprendiz para que me ayudara en los dibujos de mis bocetos. Dile si le gustaría que Tlacuilo se uniera a nuestro taller.

La cara de la mujer denotó estupefacción primero, y luego una tal emoción que las lágrimas le caían a borbotones. Y tornó a cogermela la mano e intentar besármela de nuevo.

—¡Por favor, dile que no haga eso! Que cualquiera lo hubiera hecho en mi lugar.

A lo que, una vez traducido, ella contestó con gran vehemencia.

—Me pide que le asegure —interpretaba mi fiel escudero— que desde que murió su esposo, nadie, salvo los frailes, se había preocupado por ella. La familia del marido, campesinos de áridas tierras de Cholula, no quisieron saber nada de ellos.

—Pero... ¿acepta o no que su hijo se incorpore a nuestro empeño? —dije ya con un poco de impaciencia.

—Si *Micatzin* quiere, mañana mismo.

Al día siguiente, cuando bajé al taller, me topé con un joven de unos quince años, fuerte y con mirada recta y sincera. Me gustó de inmediato. Hablaba poco y escuchaba con atención mis indicaciones. Alguna vez di a creer que se abstraía en su labor, pero pronto tuve la oportunidad de darme cuenta de que era un chico despierto y atento a todo lo que sucedía a su alrededor.

Juana, la mujer de Fermín, me visitaba con frecuencia, y en una ocasión estuvimos hablando de las esmeraldas de Cortés en mi despacho. Pocos días después, vino la madre de Tlacuilo, y con el mayor sigilo, me susurró que deseaba hablarme. Sorprendida ante su misteriosa actitud, la invité no obstante, a pasar a la sala, seguidas por Lagartija, donde tendríamos más intimidad.

—Dice que sabe que te interesan las esmeraldas —aseguró Lagartija. Pensé que él debía de haberme oído cuando lo hablé con Juana.

—Sí... bueno, hubiera tenido que hallarlas para don Hernán —contesté—, pero ahora, tras su muerte...

—Don Hernán regaló una esmeralda labrada a Malitzin.

Aquellas palabras me interesaron de inmediato.

—Pregúntale si sabe cómo era esa piedra —ansiaba saber su paradero.

—María (ese era el nombre de bautizada de la mujer) cuenta que ella y su marido fueron servidores de doña Marina, que les trató siempre con respeto.

—Sí, bien, pero ¿vio la esmeralda?

—Mi señora la usaba con mucho reconocimiento —repetía él—. Es una esmeralda que tiene labrada la diosa Tlacútecl.

—Y esa diosa, ¿qué concede o protege? —pregunté con curiosidad, pues había de aprender su significado.

Me di cuenta de que Lagartija dudaba, que no se atrevía a reproducir lo que María había dicho con toda naturalidad.

—¡Y bien! ¿Qué ha dicho?

—Tlacútecl es la diosa del amor carnal —aclaró él con esfuerzo.

No me extrañó. Siempre pensé que la relación de Cortés con *La Malinche* tenía que haber sido pasional y muy intensa. En esos meses en los que Cortés se jugaba la vida y la gloria, el apoyo inteligente de doña Marina había tenido que crear una unión entre los dos de fuerza inconmensurable.

—Dile si sabe dónde está ahora esa gema. —Mi interés crecía por momentos.

—Mi señora me pidió que, si moría, le colocara esa piedra en la boca, debajo de la lengua.

La miré y vi que su expresión había pasado de la pena al furor. Una catarata de frases dichas con ira dio paso a unos hondos sollozos.

—Lo que cuenta María es terrible —decía Lagartija—. Cuando Malitzin expiró, María se apresuró a cumplir su voluntad. La peinó, pintó, acicaló y para su último viaje colocó la esmeralda bajo su lengua, como mandan nuestros ritos.

—¿Y la enterraron con ella? —Yo no podía esperar.

—Esa noche —continuó el traductor despacioso—, mientras velaba a Malitzin, una dama de alcurnia, que no conocía, se acercó a la señora muerta y, antes de que María pudiera evitarlo, sustrajo la esmeralda de la boca de su señora...

María me observaba para ver si yo sentía la indignación que tanto la turbaba a ella.

—Dice —seguía Lagartija— que se abalanzó sobre la ladrona, y en la breve lucha arrancó el velo que la tapaba... ¡Era mujer principal! Sus aderezos y pinturas del rostro lo certificaban.

—Y luego ¿qué sucedió? —Tenía que saber.

—No volvió a ver a esa señora.

—Por tanto no sabe dónde fue a parar la gema —deduje desilusionada.

—Dile a María que le estaré muy agradecida, si algún día tiene novedades al respecto, que se llegue a contármelas.

Ella, ante mi asombro, se inclinó, tocó la tierra con un dedo y se lo llevó a la boca. Mi ayudante aclaró mis dudas.

—Así lo hará. Te acaba de jurar fidelidad.

Nueva Galicia

1550

*P*or la ciudad corrían mil rumores sobre la marcha de Mendoza. Este, durante la guerra del Mixtón de 1547, pretendió dejar el cargo en manos de su hijo y marchar a guerrear. El emperador había sospechado que pretendían «alzarse con la tierra».

Se hablaba también sobre el nuevo candidato a virrey. Decían que era prudente y que le adornaba, así mismo, la paciencia. Había de ser cierto porque aguardó en silencio la decisión de Mendoza sobre el virreinato a elegir: permanecer en Nueva España o marchar al Perú.

Tras llegar Velasco en septiembre a San Juan de Ulúa, se reunieron ambos en Cholula. Antonio de Mendoza escogió el Perú, y don Luis, que había aguardado la decisión en Puebla, vio su futuro esclarecido.

Otras nuevas preocupaban a las autoridades novohispanas, con más motivo al no haber asumido aún Velasco, el nuevo virrey, su cargo en un momento de graves acontecimientos. A veces tenían razón los que acusaban al gobierno de lentitud en la reacción. Unas semanas antes había partido de la capital una importante expedición cargada de utensilios para los trabajos de las minas, y de víveres para colonos y mineros.

En uno de los altos del camino, detuvieron la marcha en el convento de los agustinos de Tiripitio^[25]. Era una construcción fortificada, como requería la situación bélica de la zona, en la que habían de defenderse de los frecuentes ataques de los agresivos naturales. Sin embargo, en su interior era todo paz y armonía. Los frailes dirigían una escuela de artes y oficios, en la que los indios tarascos aprendían incluso música y pintura, arte para el que mostraban inclinación y facilidad.

Contaron que, una vez que pasaron los estrechos valles que circundan el lago Cuitzeo, oyeron unos gritos aterradores que provenían de los cerros ya oscurecidos por las tinieblas. En la evanescente luz del crepúsculo, vieron las

amenazantes expresiones de hombres armados de largos cuchillos, que iban completamente desnudos. Pinturas de guerra surcaban unos rostros feroces, desfigurados por el odio de sus expresiones. No alcanzaron los españoles a guarecerse tras los carros, o a protegerse de la lluvia de flechas que les abrumaba. Los guachíchiles atacaron a la caravana, robaron todas sus pertenencias y asesinaron de manera cruelísima.

Habían caído en una fatal emboscada tendida por los chichimecas, ayudados por sus aliados guachíchiles, que se habían unido a ellos, viajando desde sus territorios del sur. Al ver el beneficioso resultado del latrocinio, los guamares se decidieron también al combate.

Era necesario contrarrestar la peligrosidad de esos solitarios caminos con una estrategia militar y colonizadora. Íñigo me contó que, a pesar suyo, era menester esperar al arribo de Velasco, pero que tenían ya preparadas diversas propuestas, como la de construir nuevos presidios y fortines a lo largo de la ruta, para garantizar la salvaguarda de personas y bienes, que decidieran trabajar en esta turbulenta zona.

Resolvieron entonces iniciar la construcción del «Camino Real de Tierra Adentro», que uniría la ciudad de Querétaro con la incipiente Zacatecas que había fundado Diego de Ibarra, junto a la ya famosa mina. A su lado, tenía un joven soldado, Franciscode. Ibarra, su sobrino, que en breve tiempo había de distinguirse como un gran estratega. En cuanto a la villa de Querétaro, era una antigua y próspera población que comerciaba con sus vecinos mexicas. Antaño recibía el nombre de Andamaxei, o Juego de Pelota Grande, por la forma de la cañada donde está ubicada.

Había sido bautizada como Santiago de Querétaro por los españoles. Decía la leyenda que en 1531, durante el transcurso de una de las más cruentas batallas contra los indígenas locales, el capitán Fernando de Tapia, con sus quinientos arqueros, vieron surcar el cielo, como del trueno, al mismísimo Santiago Apóstol, blandiendo su espada e interviniendo raudamente en la pelea. Parece ser que, de inmediato, el cielo comenzó a oscurecerse y el sol se ausentó, en un aterrador eclipse, dando la victoria a los españoles^[103].

De nuevo, surgía un mundo nuevo, pleno de promesas de prosperidad para quien tuviera el coraje necesario para enfrentar los peligros que presentaban los belicosos autóctonos.

También atraían estas minas a personajes ambiciosos, que solo veían la ocasión de aumentar su poder y fortuna, sin importarles un ápice la evangelización, ni las leyes que defendían a los indios. Mi esposo me contó que nuestro conocido, que no amigo, Gaspar, había invertido parte de su

fortuna en las minas, y que comenzaba a recibir pingües beneficios de ellas. Partió en una ocasión para Zacatecas, con nutrida escolta, tan nutrida que llevó consigo a la galana esclava negra con la que compartía una casa en las afueras de la capital.

Una tarde vino a visitarme Rosario, a quien el tal Gaspar gustaba más bien poco. Estaba escandalizada de las historias que contaban respecto a la vida y milagros del sujeto.

—Ha partido con su esclava morena... —Le dolía en verdad, por lo que estaba pasando nuestra amiga—. Isabel ha quedado en la ciudad, pero temo que algún alma caritativa le cuente lo que ya todo México murmura.

—Lo que más me ofende —contesté— es que Isabel hubo de enfrentarse a su familia para casarse con esa buena pieza de marido... Y ahora se encuentra muy sola.

—Cuentan y no paran —decía Rosario, indignada— que la bella barragana se hace portar por cuatro nativos en un palanquín forrado de seda carmesí y con las cortinas abiertas para que todo el mundo conozca que es la favorita de uno de los hombres más ricos del lugar.

—Ya lo sé. Y conozco también que ha encargado alhajas fabulosas y que las luce sin recato alguno.

No se había atrevido a venir a mi taller. Había acudido a uno de los muchos, y buenos, que elaboraban joyas para las damas novohispanas.

—He oído que busca sin descanso un collar similar al tuyo, el de los corales de fuego —me informó Rosario.

—Sé que luce a menudo ese tesoro de la mar —le dije—. Pero el mío no lo tendrá. Es único.

—Pienso muchas veces en la fortuna que he tenido al encontrar a Rodrigo. Conocía tan poco de vuestras costumbres. Me hubieran podido engañar.

—Hemos tenido las dos una suerte inmensa. ¡Gracias le doy al cielo! —exclamé.

—Amén —fue su respuesta.

Estaba a punto de terminar 1550, y, viendo Velasco ratificado su nombramiento, comenzó el 25 de noviembre a preparar su entrada oficial en la capital. Seguiría, como estaba organizado, el mismo recorrido que hiciera en su momento Hernán Cortés. El virrey saliente le había entregado un valioso documento donde le advertía de los problemas existentes y le encomendaba aquellos asuntos que consideraba esenciales para el virreinato.

Los fraudes en las minas a la Real Hacienda y el buen funcionamiento de las Cajas Reales; como también las sublevaciones de criollos, mestizos y negros.

Le pidió que cuidara de la prosperidad de la industria:

Habéis de impulsar el cultivo del trigo y de las moreras que producen seda.

Me alegré sobremanera al oír de labios de mi esposo esta recomendación, pues, siguiendo los consejos de Andrés, habíamos comenzado la recuperación de la hacienda Las Moreras, y yo me había entregado con entusiasmo al rescate de los edificios, árboles y cultivos de la finca. El trabajo ingente no me desanimó, pero lo que es más importante, observé con sumo agrado que Íñigo tomaba interés en los asuntos de Las Moreras.

«¡Ojalá sea el ancla que ate este marino a tierra!», deseé.

Mi esposo continuó con las recomendaciones del virrey saliente:

Es necesario construir puentes y acequias; así como caminos que faciliten el transporte. No podéis demorar el empedrado de la capital, a fin de evitar el polvo en verano y el lodo en la época de lluvias^[104].

—Sabes, Mica —siguió mi marido—, aconseja que revisemos las conducciones del agua, que puede ahorrarnos serios problemas en el futuro. Y que cuidemos la plantación de forraje para las bestias.

—Y me ha contado Andrés —respondí a mi esposo— que le recomienda con especial énfasis que ayude a los casamientos de las muchachas sin recursos.

Este afán de proteger a los débiles siempre me había parecido de justicia. A Íñigo no le extrañó que ese fuera el punto en el que yo mostrara mayor interés.

—Nada escapa a su atención —comenté con admiración.

—Le ruega que continúe con la construcción de conventos y hospitales, para el bien de sus gentes. Y, por último, le encomienda el cuidado de los indígenas —concluyó mi esposo.

Toda la ciudad, ¡qué digo!, el virreinato entero estaba pendiente de esa decisión. Los que se habían enfrentado con Mendoza porque deseaban verlo partir, y otros porque se auguraban tiempos felices para Nueva España.

—El común de las gentes piensa que toda novedad ha de traer mejoras — le dije a Íñigo.

Él, con su prudencia habitual me contestó:

—Lo sabremos dentro de seis meses.

Supimos que Velasco reflexionó con sumo cuidado sobre estas demandas de Mendoza, y comprendió la magnitud de la labor que le esperaba. Decían que había decidido imprimir a su gobierno la importancia que el virreinato merecía, pues en realidad a quien se acataba en la persona del virrey era al soberano. Resolvió entonces, y con la aprobación de muchos, que le organizaran un suntuoso recibimiento en la plaza Mayor. Esta nueva sociedad novohispana, con sus mineros enriquecidos y sus diligentes comerciantes, deseaba probar su capacidad y esplendor. Las fiestas habían de ser fastuosas y perdurar en la memoria de las gentes.

Dejó Velasco la villa de Puebla en un día nublado, homenajado por la música de tambores y chirimías, y acomodado en su litera emprendió camino hacia la capital. Le precedía su estandarte y le acompañaban en ruta los arcabuceros en la vanguardia y los lanceros en la retaguardia. Cuando se aproximaban por la calzada de Coyoacán, no bien avistaron la puerta de la ciudad, descendió del palanquín y montó en su caballo. Sus ropas eran acordes a la importancia de la ceremonia que ese día iba a presenciar la ciudad de México. Vestía jubón de raso carmesí, colete, recio chaleco de cuero cerrado con una agujeta de oro y piedras preciosas que centelleaban con la luz; calzas escarlata y botas de fina piel. Cubría su cabeza con montera bermeja.

Unas salvas de arma de fuego le dieron la sonora bienvenida, mientras esperaban los alabarderos del virrey, que de inmediato formaron la guardia de honor. Vestían su vistoso uniforme rojo, negro y amarillo, presentando sus armas, alabarda en mano. A la cabeza de los cien soldados de a caballo que formaban la Guardia del virrey, cabalgaba mi gallardo esposo, muy serio, valorando la histórica ocasión, y sin perder detalle de todo lo que sucedía en su entorno.

Descendió don Luis de su montura, y las autoridades locales, de la Real Audiencia, cabildo y capítulo de la catedral, hicieron el saludo de rigor y le condujeron hacia un estrado ricamente adornado por tapices y colgaduras con

las armas de la corona, en el que le fue tomado el juramento, en presencia de las autoridades virreinales.

La multitud congregada comenzó a vitorear al nuevo virrey, al que auguraban un buen mandato que trajera prosperidad a sus habitantes.

Se iniciaba este con alegría y fasto, pues el camino que iba a conducirlo hasta la catedral se mostraba repleto de las gentes más variadas, tanto blancos como indígenas. Flanqueando a Velasco, los regidores Antonio de Carvajal y Pedro de Villegas, que habían organizado la bienvenida. Tras la comitiva del virrey seguían los oidores, alcaldes y señores principales tanto castellanos como aztecas. Yo me encontraba junto a Estrellatzin en un destacado balcón, dispuesta a no perder ripio, para luego contar a mis hijos lo que no hubieran visto. Teresa y Diego aguardaban junto a la catedral, en cuyo templo se celebraría el solemne tedeum.

Era en verdad espectáculo digno de contemplar. Las damas habían elegido sus mejores galas y las sedas brillaban al sol de la mañana: nítidos blancos y marfiles, vibrantes rojos teñidos con la esplendorosa cochinilla, armoniosos azules y verdes, constituían un arco iris de vestidos, enriquecidos por sutiles encajes y rutilantes alhajas. Los nobles indígenas no les iban a la zaga. Ellos, con sus túnicas rojas y sus mantos de la más fina plumería, tocados con altos penachos de plumas azules o verdes, e importantes collares de oro adornando su pecho. Ellas, con sus huipiles bordados en morado, rojo, verde y azul, y con extraordinarios peinados.

De nuevo tornaron a tocar la música que entusiasmaba a la población: caracolas de mar con su sonido marino, pífanos de notas cristalinas y tambores de percusión rotunda construían con sus acordes una excitante melodía heroica.

Montó de nuevo don Luis en su caballo, y bajo un palio de seda carmesí, inició su camino hacia la catedral. Las riendas las sujetaban dos alcaldes ordinarios, y las varas del dosel las portaban seis regidores con expresión satisfecha por el alto honor encomendado.

Tal parecía la llegada de un personaje de la realeza, pues el recibimiento que se le otorgaba a Velasco era el de un monarca. A mí, que había presenciado la entrada triunfal del emperador en Sicilia, me parecía estar de nuevo ante el mismísimo rey. Comprendí que, con esos símbolos, se buscaba ungir al virrey del poder real.

Empezó a circular el cortejo bajo los primeros arcos triunfales y efímeros, esas arquitecturas perecederas, que ilustraban las cualidades que otorgaban a la personalidad recién llegada, o aquellas que suponían había de poseer. A un

lado del camino estaba representada la Concordia, hermosa mujer, que recibía con gesto deferente a las Virtudes: la Magnanimidad, la Industria, la Justicia y la Modestia. En otro, el virrey, encarnado en nada menos que el rey de los dioses, Júpiter, recibía al pueblo en su papel de protector de sus súbditos.

A punto de alcanzar su destino, la comitiva tuvo que pasar bajo un Arco de Triunfo donde tronaba el virrey como el astro Sol, símbolo regio por excelencia, y siete estrellas representaban la ciudad de México.

Apenas podía el séquito abrirse paso entre la multitud densa y compacta. No solo las buenas gentes capitalinas se habían echado a la calle para recibir a su gobernante. De los pueblos cercanos acudían seducidos por la fiesta y el esplendor que iban a contemplar. Las damas vestidas, adornadas y acicaladas con primor, observaban desde sus lucidos carruajes, coches, sillas y literas. Otras esperaban en sus balcones y azoteas, que habían engalanado con colgaduras alusivas a la ocasión.

Muy despacio, se fue acercando don Luis de Velasco en su montura, que, tranquila y serena, parecía ajena a todo aquel tumulto. Cuando descabalgó el virrey, tuvo un gesto que encandiló a la multitud. Se quitó la montera, y con una elegante reverencia, saludó al tendido. Unos vítores ensordecedores respondieron al gesto de don Luis, que contestaba con afecto a las demostraciones de aprecio. Iba acompañado por algunos de sus familiares, entre los que se encontraban su hijo Luis, su hermano Francisco y su sobrino Rodrigo de Vivero.

Busqué en la comitiva una carroza o una silla de manos que transportara a la virreina, pero Estrella, que parecía estar enterada de todo, me aclaró:

—Doña Ana de Castilla, la virreina, se ha visto forzada a permanecer en España, pues los posibles de don Luis no le permitían más dispendios.

—¡No es posible! —comenté incrédula—. ¡Cargo de tanta importancia y no pudo traer consigo a su esposa!

—No solo la dejó a ella... Sus otros hijos, Antonio, Beatriz y Ana, también quedaron allá.

—¡Sería para acompañar a su madre! —deduje.

—O bien este virrey no cuenta con hacienda suficiente.

La plaza había sido adornada a semejanza de un bosque encantado. Los indios habían tenido una importante participación, pues habían querido inspirarse en una antigua tradición indígena, en *Atamalqualitzi*, fiesta que simulaba la caza de las fieras. Tras los frondosos árboles habían escondido numerosas jaulas para la representación que seguiría a la solemne ceremonia. El señor arzobispo invitó a Velasco a entrar en el templo seguido de la

procesión de religiosos novohispanos, franciscanos, agustinos y sacerdotes de diversas iglesias de la capital, así como de las autoridades del virreinato y todo aquel que pudo hallar un hueco en la iglesia. La catedral aromaba de incienso, que se entremezclaba con el denso perfume de las flores tropicales y la cálida fragancia de las blancas candelas.

En el centro de la nave, un sitial de terciopelo carmesí aguardaba al virrey, que, para mostrar su respeto al Señor, se arrodilló de inmediato sobre el cojín que tenía en el suelo.

Estrella y yo habíamos bajado del balcón y corrimos al templo. Yo, que tuve la suerte de tener un lugar desde donde podía observarlo todo, me emocioné cuando la música antigua fue llenando las naves, y voces españolas y náhuatl entonaron el agradecimiento a Dios en lengua común, el latín. El virrey parecía absorto en oración, y muy devoto, cosa que los religiosos apreciaron sobremanera. Debía de recordar la máxima de la Biblia «Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios», pues cuando salimos de nuevo al exterior, la amplia sonrisa con la que recibía las aclamaciones del gentío mostraba su satisfacción, y parecía dispuesto a gozar de todos los homenajes que tuvieran dispuestos.

Se retiró a descansar de las emociones pasadas al palacio virreinal, antiguo palacio del marqués del Valle de la Oaxaca. Era el primero en ocupar el antiguo solar del conquistador, la casa de Cortés^[26]. Doña Juana de Zúñiga y su hijo Martín Cortés, sus herederos, seguían con los diversos pleitos que ocupaban sus días.

Por la noche había preparada una fiesta espléndida, con saludo al virrey y con juegos cortesanos, danzas españolas, y danzas como la pavana^[27], que don Hernán había llevado de Indias a España y allí había adquirido gran popularidad en la corte. Las damas habían tirado la casa por la ventana para estrenar esa noche los atuendos más elegantes. Las damas criollas, y las españolas también, aprovechaban esta oportunidad y galanteaban, usando espléndidos abanicos para ocultar o subrayar una mirada lánguida, de admiración, o de asentimiento.

Subían las escaleras despacio, haciendo crujir las sayas de seda bordadas con hilo de oro y de plata; los ceñidores, recamados de perlas y piedras, brillaban a la luz de las candelas; fabulosos broches sujetaban las pañoletas bajo el cuello, a guisa de rebocillo. ¡Me sentí orgullosa al comprobar que muchos eran de mi autoría...! ¡Y qué decir de los tocados! Completaban la escofieta, rodeándola de delicado encaje, con sutil redecilla de seda, atada con cintas de colores que danzaban al compás de los movimientos de sus dueñas.

Entramos en el salón donde tendría lugar el besamanos. El ambiente de anticipación coloreaba las mejillas de las mujeres, y envaraba un poco la postura de los hombres. Velasco fue saludando a los convidados con deferencia y prestando atención a los breves comentarios que le hacían las autoridades.

Conversó luego con pausa, demorándose en los diferentes corrillos que se habían formado en el salón.

A una señal del maestresala, una suave música de arpas, vihuelas y dulzainas dio inicio a la cena. Nos invitaron a pasar a otra sala en la que habían preparado el refrigerio. Las mesas, adornadas con jaulas de finísimos mimbres donde cantaban pájaros de vistoso plumaje y excelentes trinos, ofrecían las más variadas viandas en un mestizaje gastronómico que todos alabaron. Las ensaladas eran seguidas de asados de pato, pasteles de codorniz y de paloma, empanadas doradas y humeantes, y succulentos guisados. Todo ello bien regado con claretos de España y excelente pulque local. Las damas golosas esperaban los postres con curiosidad indisimulada. No fueron defraudadas. Sobre los manteles de lucido damasco, dejaron los azafates con confites de acitrón, mazapanes, manjar blanco, torta real y el humeante chocolate. Al oscurecer, y, cuando el cielo alcanzó la profundidad de un zafiro, fuegos artificiales surcaron el cielo, formando las más sorprendentes figuras, palmeras, leones y minotauros, flores y árboles de la Nueva España, veloces galeones, y para terminar, una corona real, que arrancó los aplausos encendidos de los invitados.

Muchos disfrutaron de aquella noche, pero como la naturaleza humana es la que es, personas que yo había visto aplaudir a rabiar esa noche iniciaron al día siguiente unas destructivas críticas sobre la afición desmedida de Velasco por la pompa y el fasto.

El nuevo virrey cambió muchas cosas. Nada más se aposentó en México, en el palacio virreinal, pertrechó la antigua casa de Cortés con una defensa cerrada. Culebrinas y falconetes dispuestos en la fachada, arcabuceros y alabarderos patrullaban sin cesar ante las murallas de la casona, y parecía que deseaban advertir que allí residía la inequívoca autoridad.

Aquella entrada triunfal, la ocupación de la casa del marqués del Valle y la discreción, cuando no secreto, que el virrey imponía a sus buenas acciones, le ganaron a don Luis fama de altivo y dispendioso. Nada más lejos de la realidad.

ENTREVISTA CON EL VIRREY

Las diversas ceremonias y convites, banquetes, cacerías en el bosque de Chapultepec, representaciones, máscaras, y corridas de toros tenían muy ocupado a Velasco. Las frecuentes conversaciones que tuvo con el virrey saliente en Cholula le habían sido muy útiles para conocer el punto de vista de la autoridad suprema. Unos días más tarde de su entrada solemne en la capital, don Luis quiso conocer las realidades de su virreinato. Ahora deseaba recabar la opinión de aquellas personas que, por su cargo, estaban en relación con la realidad cotidiana. Unos de ellos era su capitán de la Guardia, mi Íñigo, que acudió a la reunión con una idea sobre el personaje que iba a tratar, muy diferente a la que luego encontró.

Su decisión de acomodarse en el antiguo palacio de don Hernán, la pompa y majestad del recibimiento, y los repetidos juegos de cañas y carreras de caballos que había aceptado hicieron creer a los novohispanos que era personaje de boato y escasez en las obras. Íñigo no contaba con otros datos. Se apresuró muy de mañana a acudir a la llamada de Velasco y lo encontró ya sumergido entre papeles de informes y cuentas de su antecesor. En un ángulo de la mesa, reposaban varios libros, que parecían acompañar a su propietario. Entre ellos vio dos obras, diversas entre sí, pero del mismo autor, que denotaban los refinados y diversos gustos de su propietario: Séneca. *La primera, Consolación a Polibio*, enseñaba sobre las virtudes estoicas; y la segunda, *Calabazificación del divino Claudio*, era por el contrario, una sátira sobre el emperador romano. Levantó la vista al sentir la presencia de mi esposo, y, según me contó Íñigo después, la charla fue de sumo interés, y yo la relato tal como él me la contó:

—Capitán de Vidaurre, sed bienvenido, tomad asiento, pues deseo que platiquemos sin premura.

—Señoría, estoy a vuestra disposición para todo aquello que deseéis conocer. ¿Por dónde he de empezar? —preguntó mi marido.

—Antes de que iniciemos nuestra reunión, quiero decirles que el virrey Mendoza me ha hecho sendos elogios de vuestra persona. Conozco que lleváis el orden de la ciudad con mano firme, y que mi antecesor tenía vuestro consejo en alta estima. Por otra parte, sé de vuestra lealtad a la corona y los inestimables servicios que rendisteis a la emperatriz en los reinos itálicos, y al emperador con vuestra bravura en Argel.

El virrey ansiaba demostrar a Íñigo su conocimiento y aprecio a sus méritos.

—Agradecido a la estima de vuestra señoría —respondió mi marido.

—Me parece oportuno que os resuma mis preocupaciones y aquello que anhelo desarrollar en Nueva España —anunció don Luis.

—Quedo a la escucha de vuestra señoría —respondió Íñigo.

—Creo que hemos de desarrollar diversos cultivos que son esenciales para el crecimiento de esta sociedad: la morera y el lino en los valles cercanos, y la caña de azúcar en Tierra Caliente —avanzó el virrey.

—Estas plantas, además de darse muy bien, cubren las necesidades locales —apoyó Íñigo.

—Sé de la labor que lleváis a cabo en vuestra hacienda Las Moreras, y, sobre todo, de vuestro trato cristiano con los indígenas. Me sería grato, si me invitarais a visitarla.

—Es vuestra casa, señoría, cuando vos dispongáis —invitó mi marido.

—Así mismo, y para completar la utilidad de estos productos, habremos de promocionar los telares de seda y lino —continuó Velasco.

—Precisamente en Las Moreras, mi esposa tiene pensado montar un obraje, donde laborarán las mujeres de la aldea vecina —intervino Íñigo.

—Lo sé —repuso lacónico el virrey.

«Para estar entretenido en jolgorios, mucho ha averiguado este virrey», se dijo Íñigo.

Velasco continuó:

—Tengo sumo interés en las minas, pues creo, como lo creía mi antecesor, que será la industria más importante de Nueva España. He de instituir el Beneficio de Patio. Sabéis que al mezclar el mineral molido con mercurio y sal, mejora de manera notable la producción.

Mi esposo le dio su sincera opinión:

—Así lo estimo yo también, pero el problema grave resulta ser la belicosidad de sus naturales. Sería menester organizar presidios que jalonen el camino, para dar asistencia y protección a los trabajadores y a los aviadores que abastecen a los mineros.

—Contaré con vos para este cometido. Ahora vamos a entrar en la materia específica de vuestro empeño. El orden del virreinato ha de ser respetado. De cierto, las Leyes Nuevas han producido notable descontento entre los encomenderos. Pero son leyes justas y habrá que hacerlas cumplir. Con vuestra conocida habilidad, habréis de ir apretando poco a poco el círculo a los descontentos con el fin de desenmascarar a los sediciosos.

—Siempre el virreinato ha contado con mi afán, pero con esas vuestras ideas, contaréis con mi entrega. Sin límites. —Fue la entusiasta afirmación de mi esposo.

—He de reconocer que más me importa la libertad de los indios que las minas de todo el mundo, y que las rentas que percibe la corona no son de tal naturaleza que por ellas se haya de atropellar las leyes divinas y humanas^[28].

Íñigo sintió en ese momento rebrotar su esperanza, aquella que nació en sus primeras conversaciones con don Hernán, o las posteriores con Legazpi y Urdaneta. Y quiso transmitir ese su anhelo a don Luis.

—Agradezco a vuestra señoría sus intenciones. Son las que me animaron a trasladar mi familia a las Indias, e intentar construir un mundo nuevo, de acuerdo con nuestras ideas cristianas.

—Está en mi voluntad liberar de la esclavitud a todos aquellos que sufren oprimidos bajo esa opresión indigna^[105] —aseguró con firmeza Velasco.

—Con los encomenderos habremos de topar. Y se defenderán, como ya lo hicieron en el pasado —comentó mi marido.

—Ahí entráis vos, capitán. No solo ha de reinar la tranquilidad en las calles y plazas novohispanas, sino que habéis de prevenir conjuras y descabezar a los insumisos —contestó el virrey.

—Habremos de constituir una fuerza que controle el bandidaje, pues calzadas y caminos, así como las ciudades, se ven expuestas a los asaltos de bribones que pululan sin oficio ni beneficio —aconsejó Íñigo.

—Durante mis conversaciones con Mendoza, dedicamos ambos demorada reflexión a este problema... —Dudó Velasco un instante si debía proseguir, y continuó—: Una de las opciones sería la implantación de la Acordada, similar a la Santa Hermandad peninsular, que vigila villas y provincias con probada eficiencia.

—Habría de contar con un tribunal propio —intuyó mi marido, ya centrado en el asunto.

—No solo eso. Gozaría de suficiente autonomía, dado que asumiría poderes de juicio y prisión —añadió don Luis.

—Eso concedería celeridad al prendimiento de los culpables y posterior administración de justicia, con el consiguiente beneficio para gobernador y gobernados —concluyó mi esposo, satisfecho.

—Con hombres como vos, haremos realidad estos sueños —concluyó el virrey.

—Esas fueron las palabras de don Hernán y de Legazpi, que disiparon mis dudas, para llegarnos a Nueva España. —Fue, a modo de aquiescencia, la

respuesta de mi marido.

—Amigo mío, construyamos la utopía.

Y despidió a mi esposo con un cordial abrazo.

Tras referirme esta conversación, Íñigo me aseguró:

—Verás, Mica, que habernos buen señor a quien servir.

A lo que contesté convencida:

—Hemos de ver realizadas en este virreinato hazañas singulares. Se acercan tiempos que originarán magníficas leyendas.

6

La universidad

1551

EL PALACIO DE PAPATZIN

*M*i amistad con Estrellatzin se había convertido al inicio en una costumbre. Vernos, hablarnos y comentar era un estimulante placer. Con el tiempo, yo había desarrollado una necesidad. Su inteligencia despierta y rápida estimulaban la mía y, cada vez que venía al taller, permanecía largo tiempo, haciéndome las más variadas preguntas sobre España, sus reyes, las costumbres de mi país, la mentalidad de la gente..., nada escapaba a su ardiente curiosidad.

Sin embargo, nunca me había invitado a visitarla en su hogar, por lo que resultó una sorpresa para mí, cuando uno de sus siervos se acercó a mi casa para entregarme una nota en la que me urgía a hacerlo. Días más tarde, como había sido estipulado, uno de sus palanquines me llevó hasta la vera del lago, donde esperaba una canoa cubierta por un toldo blanco y adornada por plumas verdes. Al comenzar la travesía, la brisa de la mañana mecía el entoldado, que originaba resplandecientes zonas de claridad y misteriosas formas de sombra. Las plumas, tan leves, tan luminosas, danzaban al compás de la marcha y recibían diminutas gotas de agua, que brillaban al sol, creando así efímeras alhajas.

El agua rutilante, la suave brisa, la anticipación de encontrarme con mi amiga, me subyugaron hasta sentir una profunda sensación de euforia.

Al descender en el embarcadero, supe por qué siempre venía ella a mí. No había querido abrumarme con su riqueza. El palacio, que había recibido de Papatzin, su madre, era una imponente construcción, rodeada de cuidados jardines, fuentes rumorosas y árboles inmensos donde canturreaban los pájaros, felices de gozar de ese entorno. Enseguida la vi, erguida, esperando en una azotea a que yo apareciera. Acudió a recibirme en el zaguán y ahí tuve

mi primera sorpresa: Estrellatzin usaba un maravilloso huipil de seda bordado con fantásticos dibujos florales, pero lo sorprendente era que su pelo estaba teñido de un profundo color morado, y su rostro, tan bello, aparecía pintado en rojo y amarillo, lo que le daba un cierto aire fantasmagórico. Comprendí que deseaba mostrarse ante mí a la antigua usanza de su gente. Según su costumbre utilizaba profusión de collares de coral y alguno de oro. Me condujo hacia su estancia favorita, a través de varios patios y salones de paredes blancas.

—Ahora —anunció— te llevaré a mi lugar favorito.

Abrió la puerta. En verdad, su cámara preferida era un sueño. Al entrar, apartó unas ligeras cortinas con campanillas cosidas al suave tejido, que tintinearón con alegre murmullo. Ella sonrió al ver mi asombro y aclaró:

—Tal vez a ti parece una falta de respeto poner en casa una cortina como la que usan en Teocalli...

—En absoluto. No sabía que se usaban así en vuestros templos. Me ha gustado mucho la dulce música que producen.

Entró una silenciosa doncella, que nos traía un humeante *chocolat*, la refinada y carísima bebida, que mi padre nos había ofrecido en alguna ocasión familiar en nuestra casa en Toledo. Cerré los ojos y aspiré con fruición el aroma. Una risa contagiosa me hizo abrirlos. Estrellatzin me miraba divertida. Creo que apreciaba el gozo por la vida que yo mostraba.

—Has de saber que esta bebida alienta el deseo del hombre —me dijo con un guiño cómplice.

—¿También el de la mujer? —pregunté con curiosidad. Ella rio de buena gana y tomando mi mano aconsejó:

—Prepárala a tu esposo cuando torne al ocaso. Tengo para mí, que no dormiréis mucho esta noche.

Un poco turbada, miré a mi alrededor. Era pleno día y, sin embargo, mi anfitriona tenía en su aposento numerosas velas encendidas, que se reflejaban en los pulidos espejos de obsidiana. Su titilante luz unía sus destellos a la fulgurante claridad que entraba por el abierto balcón, formando una vivida voráGINE dorada, donde mil partículas flotaban y danzaban en lenta cadencia. Al ver mi expresión, la princesa corrió a cerrar las puertas que daban a la azotea, a fin de tener total privacidad.

Me indicó unos almohadones recubiertos de seda para que me recostara. Ardientes braseros quemaban esencias aromáticas y caldeaban la estancia con un delicioso perfume. Recorrí con la vista las paredes. Estaban pintadas en fuertes colores y con los temas más insólitos. Una de ellas, de un fondo rojo

intenso, mostraba unos conejos saltarines en un tono más suave y, en el centro, uno de los imponentes dioses aztecas.

En la otra, de matices azules y verdes, tronaba la imagen de Quetzalcóatl^[29], tan venerado por ellos y conocido por nosotros.

—Observo tu asombro. Nuestros palacios son el testimonio de nuestro excelso arte —dijo la princesa con orgullo, y continuó—: Mi madre, la princesa Papatzin, hermana de Moctezuma, era una mujer inteligente y reservada a quien el emperador tenía un profundo respeto.

—¿Siendo mujer gozaba de ese privilegio? —pregunté.

—Moctezuma sabía que ella tenía dotes premonitorias. Y ese don infundía al emperador un cierto temor. Mi madre visitó durante dos días el País de los Muertos y allí supo de la venida de los hombres de Quetzalcóatl. Cuando regresó de las Tierras sin Vida contó a su hermano lo que había visto.

—¿Y tu madre no sintió pavor ni asombro por esa revelación?

—Al contrario —respondió Estrellatzin—, nos enseñó que el mundo nuevo habría de venir y que no debíamos oponernos a él. Así, cuando conocí a Diego, no dudé. Él era mi destino —afirmó mi amiga con tal seguridad que permanecí desconcertada—. Sin embargo —continuó—, Papatzin nos animó a que mantuviéramos nuestras costumbres, a fin de que no perdiéramos nuestras esencias. Ella afirmaba que de la unión de las dos culturas nacería una gran nación.

Se quedó como ensimismada, recordando a aquella mujer visionaria y serena que había sido su madre. Yo respeté su recuerdo, pero ella enseguida prosiguió:

—Verás que en algunas salas he conservado las antiguas pinturas murales.

—He de admitir que estoy impresionada. En algunos palacios se han enjalbegado las paredes para borrar vuestras deidades... ¡Qué lástima!, pues esto que aquí hallo tiene una intensa y extraña belleza —admití.

—No me equivocaba. Tú nos entiendes.

—Admiro lo que veo, pero no conozco su significado. —Comprendí que mi curiosidad le halagaba.

—En la pared sur, la roja, corren los conejos en libertad alrededor de Xiuhtecutli, dios del fuego, mientras que en la de oriente reina Quetzalcóatl, dios del viento, que tú ya conoces, pues os trajo a estas tierras. —Me observó fijamente, para comprobar que yo también estaba al tanto de lo que para ella era obvio. Luego prosiguió—: A los lados de la puerta que da a la azotea, está representado Tlaloc, que ha de proporcionarnos la lluvia.

Observé con deleite los distintos tonos de rojo, la viveza de las expresiones, el simbolismo que desprendían las imágenes, y un comentario de mi amiga me hizo volver a la realidad.

—Pocas personas han entrado en mi casa y, menos aún, en estas estancias. Tengo miedo de perjudicar a Diego, que alguien que le tenga malquerer...

—Malquerencia —corregí.

—Eso es —continuó—, que alguien que le tenga malquerencia le acuse de idolatría, de venerar a falsos dioses, cuando lo que yo quiero es solo conservar mi origen, abrazando apasionadamente vuestra religión de amor.

Permanecí silenciosa... abrumada por el descubrimiento que acababa de recibir. Estrellatzin era cristiana, casada con español y profundamente enamorada de él, pero, en su ser más íntimo había de preservar su legado. De alguna manera, nos parecíamos. Yo era fiel cristiana, orgullosa de ser española, pero una fibra emotiva en mí recordaba con nostalgia al pueblo hebreo, y la época en la que Toledo albergaba las tres culturas.

—Te preguntarás por qué te hice aquellas confidencias el día que te visité en el taller... —me dijo en un susurro.

—¿Confidencias? Sí, pero no me causó extrañeza, al contrario, me gustó qué fueras tan sincera y expresaras tu amor de manera tan natural —afirmé.

—Has de comprender —continuó ella— que las mujeres de México apreciamos la ternura con la que los españoles tratan a sus mujeres. Esa ternura era desconocida para nosotras.

Me sorprendió tanto esa confesión que permanecí callada, expectante.

—La boca de Diego es dulce, recorre mi cuerpo con sus *tentli*, sus labios ardientes... —Dudó unos instantes... para proseguir—: Después de hacer el amor, no marcha de mi lado, sino que me abraza y me cubre de besos. Con él, acostado a mi lado, me siento la más querida y deseada de las hembras.

En ese instante comprendí la potente atracción que las aztecas ejercían sobre mis compatriotas.

«Habré de tener cuidado con Íñigo —pensé—. ¡Tan gallardo y tan varonil! Estas mujeres sensuales son una amenaza».

Viéndome Estrella tan pensativa, creyó su deber explicar todos los motivos de su invitación.

—He querido de igual modo que vinieras a mi casa para que entiendas mejor nuestra cultura. Durante todos estos años he visto cómo te interesabas por el arte, la naturaleza y todo lo que atañe a estas tierras. Creo que ha llegado el momento de quererte, y si me dejas, como a una hermana.

Pasamos el día en un suspiro. Entre los paseos por el jardín, las confidencias, recostadas en mullidos almohadones, y acunadas por la tierna música de una flauta de caña, cuando quise darme cuenta, era hora de partir.

Al marcharme, quiso que pasara por el cuarto de sus hijos. Eran dos chicos robustos a los que cuidaba una joven india. No sé si fue mi imaginación, pero me pareció detectar animosidad en aquella mujer que me veía por vez primera. Estrella, a modo de explicación, me dijo:

—Es persona de toda mi confianza. Estudiaba en el mejor *calmecac* de Tenochtitlán. Enseña nuestras antiguas tradiciones a mis hijos, que las escuchan con entusiasmo.

Diciendo esto, me tomó del brazo y me acompañó hasta el embarcadero donde nos despedimos con un abrazo. Era noche cerrada, pero el cielo estaba cuajado de brillantes luceros, y la luz de las antorchas de mi barca se reflejaba en las plácidas aguas.

Contagiada por la suavidad de la noche, me dejé mecer por la música y el suave balanceo de la canoa, sin fijarme en la ruta de retorno.

De repente, en medio de la bonanza, la embarcación comenzó a cabecear peligrosamente, pues las aguas se tornaron agitadas. Sin saber de dónde, como venida de la nada, una corriente huracanada nos arrastró hacia un costado de la laguna. Las serenas aguas se convirtieron en cuchillos afilados que arreciaban contra la frágil embarcación, inundándola con cortantes ráfagas, que apagaron las antorchas. Apenas podíamos vislumbrar el horizonte o hacia dónde nos dirigíamos. De manera inesperada, nos encontramos al borde de un peligroso remolino, que producía un ruido aterrador, parecía la boca del averno y amenazaba con engullirnos.

Uno de los remeros, espantado por la seria amenaza, no se movía, paralizado por el terror; otro, el que había marcado la ruta, agitaba descontrolado sus brazos, atenazado por el espanto de la fatal decisión.

Sin embargo, el más joven de ellos, con increíble dominio de sí mismo, manejó los remos con destreza y batalló contra la corriente, al tiempo que animaba a sus compañeros a que hicieran lo propio. El infernal agujero demandaba víctimas, y a un tris estuvo de tragarnos. Yo me agarraba con fuerza al borde de la lancha, para no caer en las oscuras aguas. El remero, luchando con habilidad contra el vórtice y la fuerza del viento que nos empujaba al abismo, logró sacarnos de aquel vértigo, y con un súbito movimiento de los remos puso proa a la salvación, consiguiendo sacarnos del epicentro de aquel horrible sumidero.

Pasado el trance, nuestro salvador increpó en náhuatl a su compañero, que había decidido la singladura. Parecía muy enojado. El otro balbuceaba, pero para mí estaba claro que no conocía de antemano el riesgo al que nos iba a exponer tomando esa ruta por el lago.

Cuando llegamos al embarcadero próximo a casa, me aguardaban allí Íñigo y Lagartija con expresión inquieta.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mi esposo—. ¿Por qué has tardado tanto?

Al contarle nuestra odisea, preguntó a los marineros la razón por la que habían hecho aquel desvío innecesario. Se aseguró de haber comprendido, pidiendo a Lagartija que hiciera la misma demanda.

El mayor de ellos, que seguía aterrado, confirmó por segunda vez que la niñera de los hijos de Estrellatzin les había ordenado tomar esa vía diciéndole que era deseo de su ama, pues, siendo esa ruta de excepcional belleza, había explicado, yo disfrutaría mucho con el viaje.

Así, él decidió ese rumbo, indicándoselo a sus compañeros, Íñigo quiso detenerlos, pero yo le rogué que no lo hiciera y que les enviara de vuelta a Estrellatzin, con una nota para ella.

Unos días después, mi amiga vino a visitarme, y yo creí que venía a causa del suceso en el lago.

—Te agradezco —le dije— que hayas acudido con prontitud. Lo cierto es que desde aquella noche, Íñigo ha estado preocupado por el accidente.

—¿Qué accidente? —preguntó ella, asombrada.

—¿No recibiste el mensaje que te envió el capitán?

—Esos servidores eran unos bandidos. Nunca tornaron.

—¿Y la barca? —indagué llena de aprensión.

—Se fugaron con ella —contestó mi amiga.

—¿Quién te dio la noticia? —Intentaba entender qué había sucedido, pues la intriga me tenía en vilo.

—El mayordomo —contestó a su vez asombrada.

Entonces le narré nuestra peripecia, y cómo el joven barquero nos había salvado y la nota que le enviara mi esposo.

—Es muy extraño que fuera por allí. Todos sabemos que en esa zona los demonios revuelven las aguas. Claro que esos muchachos eran muy jóvenes.

Estaba pensativa intentando comprender, y entonces yo añadí:

—Parece ser que la niñera de tus hijos fue la que les aconsejó que así hicieran.

—¡Es imposible! —contestó alterada—. Ella tiene suficiente edad para conocer las antiguas leyendas del lugar. ¡Nunca osaría poner en peligro a una amiga con semejante despropósito! —Ante mi expresión de desconfianza, me aseguró—: ¡Averiguaré lo sucedido, y los culpables serán encontrados y castigados! Pero la niñera está fuera de sospecha. Nació en casa. Es hija de mi niñera, y Papatzin, mi madre les tenía mucha fe.

A los dos días, recibí una nota de Estrellatzin, en la que me aclaraba que la niñera había negado el tal consejo. Mi amiga decía que la creía. Añadió que la muchacha se había deshecho en lágrimas al conocer lo sucedido y en alabanzas a *Micatzin* y al señor capitán.

Pero en mi memoria aparecía nítida la mirada dura y amarga que me dirigió al entreverme en el palacio.

Además habían hallado a los barqueros, ahogados, flotando en la laguna, muy lejos del palacio de Diego y Estrella, y la canoa a la deriva.

Deseaba ardientemente desentrañar ese horrible misterio. Íñigo se asustó mucho al saber esta noticia y comenzó a indagar, sin mucho resultado. Nadie había oído nada. Nadie había visto nada.

CÉDULA DE CONCESIÓN DE LA UNIVERSIDAD 1551.

*L*a ansiada Cédula Real con la concesión de la primera universidad, la Real y Pontificia en México, llegó por fin a la capital. Tanto el obispo Zumárraga como el virrey Mendoza lo habían pedido en numerosas ocasiones, pero lo cierto es que la carta de Velasco al rey había sido definitiva. Una de las razones para desear ardientemente la universidad había de ser retirar a los muchachos criollos de la calle, donde a menudo originaban trifulcas a causa del aburrimiento y el ocio. Al formarlos, se convertirían en los futuros profesores que la enseñanza necesitaba, los arquitectos que la ciudad demandaba y los médicos que la gente ansiaba.

Según Íñigo me contó, el punto central de la misiva era:

Es necesario que obtengamos una Universidad de todas ciencias, donde los hijos de españoles y naturales sean industriados.

Habíamos tenido que esperar al 21 de septiembre de 1551 para que el anhelado sueño se hiciera realidad.

La importancia de la capital lo merecía y el desarrollo del reino lo urgía. Apenas llegada la cédula del emperador, firmada por el príncipe Felipe, Miguel de Legazpi, recién nombrado escribano mayor, dio fe del acontecimiento^[106].

Comenzó entonces con inusitado entusiasmo la organización de este centro del saber, que se convertiría con los años en uno de los más importantes de Ultramar.

En la misma Flota en la que llegó la Cédula Real, venía un personaje que, con el tiempo, había de ser de gran importancia en la vida de la capital. Se trataba de Francisco Cervantes de Salazar.

Era el mismo que habíamos conocido con Cortés años ha, a raíz de la boda del príncipe Felipe con doña Manuela de Portugal. Le precedía su fama de escritor, pues había publicado en 1546 con gran éxito sus *Obras*. Amigo y asiduo a las tertulias de Cortés, había comenzado, con la contribución de datos veraces que le suministró don Hernán, su *Crónica de la Nueva España*, que se proponía continuar tras su incorporación a este virreinato.

Admirador y amigo de don Hernán, nada más llegar, le invitamos a casa con Andrés y Legazpi. Este último vino acompañado por Gonzalo de Aranda, hombre que con los años se convertiría en buen amigo y personaje fundamental en el virreinato. La euforia nos envolvía a todos, pues entendíamos que con la universidad iniciábamos una nueva etapa. Al calor de la chimenea, y con un buen vino, la conversación fluía interesante.

—La universidad es una institución necesaria para apoyar el proyecto de evangelización en el que estuvo comprometido el primer obispo de México, Juan de Zumárraga —destacó Andrés.

Bien conocíamos su empeño para que las leyes fueran justas, y la evangelización, el objetivo principal.

—Estoy plenamente de acuerdo. Fue una de las razones que aduje ante el Consejo de Indias, cuando preguntaron mi opinión al respecto —confirmó Cervantes de Salazar. Su mirada, profunda, denotaba una gran fuerza, y cuando hablaba, aunque el tono era sereno, revelaba firmeza en sus convicciones. La nariz aguileña y poderosa dividía con armonía su rostro anguloso y ascético.

A Miguel de Legazpi le interesaba este asunto sobremanera e intervino:

—La universidad es también fundamental para que los colonizadores puedan traer a sus familias y arraiguen en la tierra.

—Es así mismo menester para lograr la permanencia de los españoles de estos dominios, mejorar el conocimiento de sus hijos y para bien del rey nuestro señor y de la cristiandad —sentenció Salazar.

—Mucho me complace vuestro discurso. Hay muchas tierras y muchas almas que ganar para la corona, pero antes hay que afirmar con una buena enseñanza y buen gobierno los territorios ya adquiridos —intervino Íñigo.

Como persona acostumbrada a utilizar su don de gentes, Salazar quiso saber de nosotros, de nuestra vida en el Nuevo Mundo, y si había logrado realizar el encargo que don Hernán me hiciera en Toledo, el bienestar de la familia, el trabajo de Íñigo...

—Fue nuestro amigo don Hernán, como bien conocéis, quien nos convenció para que aquí viniéramos —contesté escueta.

—He oído muchas y muy buenas noticias de vos, señor capitán. Sé de vuestro arrojo, pero también que poseéis clemencia y templanza —dijo Salazar esbozando una leve sonrisa.

—Eso os lo ha referido mi amigo de infancia Andrés de Urdaneta. No creáis todo lo que os dice —ironizó mi esposo mirando a su amigo.

—Al contrario, tengo a Andrés por hombre veraz. Y, además, quien así me habló de vos no fue él, sino las autoridades del virreinato. Habéis de conocer que están satisfechos con vuestro empeño.

—Creo que no tienen quejas mayores —fue la respuesta de mi marido.

—Se nota que es vasco, ¿verdad? ¡Siempre escueto en palabras! —intervino Andrés, a lo que comentó Salazar:

—Es notable, en verdad. Sois muchos los vascongados en Nueva España.

—Al vasco le atrae la mar, y acostumbrados a su fuerza bravía, no tememos navegar en aguas desconocidas —apuntó Íñigo.

—Además —añadió Miguel—, los segundones, con el mayorazgo existente, han de buscar nuevas metas y conquistar caminos de gloria.

Yo, que contra mi costumbre había estado callada hasta entonces, vi mi oportunidad de intervenir:

—Son muchas las oportunidades en estos reinos. He de contar a vuestra merced la idea que, poco a poco, Andrés fue destilando en nuestra mente, y que nos ha llevado a tener una hacienda en la que intentamos aunar trabajo, vida familiar y cristianización de los naturales.

—¡Cuánto bien podéis hacer con estos proyectos! Mucho me agradecería visitar esa hacienda. ¿Cómo se llama? —preguntó Salazar con interés. Me dio la impresión de que él valoraba nuestro empeño.

—Se llama hacienda Las Moreras^[30]. Estamos en el inicio, pero, con el consejo de amigos sapientes como Andrés, deseábamos que fuera un lugar de convivencia. Y desde luego, cuando la casa esté preparada para recibir a vuestras mercedes, estáis todos convidados.

La casa era amplia, y, una vez arreglada, sería agradable reunir allá, en la paz del campo, a los amigos en interminables conversaciones.

—Os tomo la palabra —respondió el recién llegado.

—¡Va de prisa, vuestra merced! ¡Nosotros estábamos primero! —comentó riendo Andrés.

—Me gustaría que supierais —intervino Íñigo— que Micaela desea crear allí un telar y un taller de orfebrería para dar trabajo a las mujeres locales.

—Me han referido que aquí habéis consolidado vuestro prestigio. El propio Cortés había albergado muchas esperanzas en que le encontrarais las esmeraldas que extravió en Argel. —La mirada de Salazar denotaba tristeza al recordar al amigo fallecido.

—Por desgracia, no pude contentarlo. Murió sin que yo las hallara. Sus esmeraldas eran excepcionales, fabulosas... No encontré aquellas que él anhelaba.

Se despidieron los Legazpi, que habían de atender a su numerosa prole, y Cervantes de Salazar. Andrés se quedó con nosotros, pues la antigua amistad que le unía con mi esposo le había hecho frecuentar nuestra casa y mis hijos le adoraban. Ciertamente es que sus relatos, en los que contaba con su prolija memoria las extraordinarias aventuras que había vivido, fascinaban a sus oyentes.

—¡Narradnos qué sucedió en la expedición de Loiasa! —pidió mi hijo.

—¡Pero si te la he relatado ya...! —se defendió jocosamente Andrés.

—¡Era muy chico cuando referisteis esos hechos! ¡Ahora deseo ardientemente oírla y aprender de vos! —imploró Diego.

—Yo profesaba una inmensa admiración por Juan Sebastián Elcano —comenzó Andrés—, el gran marino de Guetaria. Cada vez que pensaba que había sido el primer hombre en completar la vuelta al mundo, me daba vueltas la cabeza, tal era la emoción que me embargaba.

—Llegasteis a conocerle bien. ¿Era en verdad hombre tan excepcional? —pregunté.

—Elcano frecuentaba nuestra casa de Villafranca, y un día mi padre permitió que me uniera a la tertulia... —Y dirigiéndose a nuestros hijos les dijo—: Debía de tener la edad que vosotros tenéis ahora... —Y tornó a su

relato—: Siempre hablaban de cosas de la mar, de vientos y mareas, de armar barcos y expediciones... ¡Era fascinante!

—¡Qué afortunado que fuisteis! ¡Tratasteis a esos seres legendarios! — exclamé con entusiasmo.

—Micaela —me contestó—, ahora y aquí hay también personas extraordinarias que escribirán la historia.

Íñigo y él cruzaron una mirada que me dio mala espina. Una cosa era escuchar exploraciones míticas, y otra muy distinta era que mi marido se dejara embaucar con ellas. Pero mi hijo rogaba de nuevo:

—¡Habladnos de Elcano y de vuestro primer viaje con él!

—Tenía yo tan solo diecisiete años, pero Juan Sebastián, ante mis repetidos ruegos, me tomó como criado en su segunda vuelta al mundo.

La cara de Diego reflejaba absoluta atención.

—Llegamos a La Coruña, donde el emperador había mandado constituir la Casa de la Especiería, y era a la sazón importante puerto atlántico y de donde habían decidido que partiríamos para esa determinante exploración. — El fuego crepitaba en la chimenea y Andrés pareció recordar algún dato importante—. En el puerto flameaban las velas de las siete magníficas naves que formaban la flota. Elcano, hombre inteligente y astuto, había declinado el cargo de capitán general en favor de García de Loiasa, que comandaba la capitana, la *Santa María de la Victoria*.

—¿Por qué decís que era inteligente, si rechazó el mando? —Mi hijo no daba crédito. Le quedaba mucho por aprender.

—Porque él sabía que, si el capitán general era alguien con influencia en la corte, contaría con más naves, pertrechos y medios para su empresa. Y Jofre de Loiasa era pariente del confesor del emperador, Francisco García de Loiasa, que más tarde incluso llegaría a ser presidente del Consejo de Indias.

—Como veréis, la habilidad de Elcano daba sus frutos —comentó mi esposo—, que estaba encantado con la lección de vida que estaban recibiendo sus hijos. Pero yo intuía en su interés algo más.

—Entonces... ¿en cuál de las naves os embarcasteis vos? —Teresa estaba inmersa en la historia.

—Con Elcano, que era el piloto mayor, y mandaba la *Sancti Spiritus*. Nunca agradeceré bastante a la providencia, la oportunidad que me brindó. Aprendí con Juan Sebastián humildad y tesón. Él, que era el hombre que había llevado a cabo la más grande hazaña que vieron los mares. ¡Nada menos que completar la primera circunvalación del mundo! No se

vanagloriaba ni envanecía. Trabajaba sin descanso, asesoraba a todos con paciencia y todo lo controlaba, hasta el más nimio detalle.

—Ahora, al beber vuestras palabras, han de pensar estos muchachos que fue una epopeya, pero decidles de vuestras penalidades y sufrimientos —aconsejé, devolviéndoles a la realidad.

—Padecimos días tristes, de hambre y sed... No teníamos agua y tuvimos que satisfacer la necesidad de líquido con nuestros propios orines.

—¡Qué asco! —Se le escapó a Teresa, interrumpiendo el relato. Reímos todos ante la naturalidad de mi hija.

—Habíamos de sobrevivir —se disculpó Urdaneta—. Un terrible temporal arreció tras pasar el estrecho de Magallanes; olas altísimas nos empujaron hacia las rocas, y por más que dirigíamos el gobernalle para embocar la mar, los vientos huracanados nos empujaban hacia ellas. Luchábamos contra la furia de los elementos, castigados por el frío de las ropas mojadas, y el temor de acabar aplastados contra los farallones por la mar embravecida...

Seguíamos fascinados las aventuras de nuestro amigo, cuando Íñigo le hizo una pregunta:

—¿Fue entonces cuando tuvisteis que abandonar la *Sancti Spiritus*?

—No podíamos navegar con ella, estaba destrozada. —Sentí su desolación al recordarlo—. Las velas rasgadas, los mástiles quebrados, el timón enloquecido, las bodegas inundadas, el casco resquebrajado... Tuvimos que embarcar en la *Anunciada* para continuar la singladura.

Y prosiguió con las aventuras pasadas en aquella expedición de Loiasa, pero yo ya no le escuchaba. Algo en mi interior me había avisado. La expresión de Íñigo, que conocía la historia que su amigo narraba, era demasiado intensa... Los ojos le brillaban con resplandor inusitado... Su mirada parecía estar en el lejano océano.

Las demoradas charlas con su amigo..., las frecuentes reuniones con él..., la expresión de felicidad cuando volvía a casa...

Las piezas fueron colocándose en su lugar: mi esposo había estudiado junto a Urdaneta mapas, astros, rutas, corrientes, vientos y mareas del Golfo Grande, el inmenso Pacífico que se había tragado tantas vidas...

El temor me hizo temblar ante la perspectiva de una nueva descubierta.

LA EMBOSCADA

Según su costumbre, al salir del palacio virreinal, mi esposo iba algunas noches a hacer la guardia de la ciudad y a cerciorarse de que todo estuviera tranquilo. Muchas veces yo me quejaba diciéndole que dejara a los soldados, hombres jóvenes pero expertos, realizar ese cometido.

—Mica, aunque las calles parezcan tranquilas, el demonio enreda, y tras los muros de pacíficas casas se esconden dañinas intenciones —explicaba él.

—En la Guardia cuentas con gentes de tu confianza. Te referirán en todos sus pormenores aquello que despierte su inquietud —replicaba yo.

—Te aseguro que daré una ronda, y, si hallare todo en orden, torno no más.

No pude reprimir una sonrisa. Apenas llevábamos unos años en México, y ya habíamos incorporado a nuestra habla modismos locales. Él, al verme sonreír, preguntó:

—¿Qué le sucede a vuestra merced que le embarga el contento?

—Veo que esta tierra se nos ha metido hasta en las expresiones —respondí.

—¿Y eso te gusta? —preguntó a su vez—. Me ha complacido oírlo en tu boca, pero al mismo tiempo me trae la eterna pregunta: ¿Hemos de tornar ya, de inmediato, o bien abandonar para siempre esta idea?

Él me abrazó con ternura y aconsejó:

—No te atormentes, Mica, sobre tomar una u otra decisión. A veces la Providencia decide... ¡Y lo hace mucho mejor que nosotros!

Se embozó en la capa, ya que el atardecer estaba siendo muy fresco, y antes de que pudiera reaccionar ya estaba él en su caballo zaino con su guardia detrás. Atravesé el patio y cuando iba a entrar en la estancia donde la chimenea caldeaba el ambiente, *Titán* me saludó con su alegre ladrido.

—Pero ¿qué haces aquí, *Titán*? Has de ir con tu amo... ¡Vamos!

Eché a correr con la intención de alcanzar a Íñigo para que llevara a *Titán* consigo, ya que el mastín era un magnífico defensor. No fue difícil encontrar la ronda, porque el olfato del perro me llevó hacia ellos sin dilación. Al verme, mi esposo se turbó.

—Mujer... ¿cómo es que sales sola, ya anochecido?

—No venía sola, sino con *Titán*, y he venido a traerte el perro. No sé cómo lo has podido olvidar... —Casi regañé.

—Gracias, Mica —dijo mi esposo—. Pero ahora ve a casa y cierra bien el portón. Yo regresaré pronto. —Y dirigiéndose a uno de su escolta ordenó—: Acompaña a doña Micaela a casa. Aquí te esperamos.

—No vale la pena —intervine—, solo estamos a una manzana.

—Las calles esconden muchas celadas —me dijo, y yo le contesté:

—Piensa en lo que acabas de decirme todo el tiempo que estés fuera de casa.

Titán saltaba en círculos alrededor del caballo, manifestando su contento por estar con su dueño. Abrió la puerta del zaguán Teresa, que al no verme en mi estancia favorita, se preocupó y me esperaba en el atrio. Despedí a mi buen guardián, y la mujer de Lagartija nos sirvió una colación ligera, mientras que las dos conversábamos a la vera de la lumbre. No serían más de las nueve cuando escuchamos un gran tumulto que venía de fuera. Asustadas, llamamos a Lagartija, que apareció de inmediato, preguntando si había de franquear la entrada o si, por el contrario, teníamos que atrincherarnos hasta que conociéramos lo que sucedía.

En esto estábamos cuando el llamador tocó en nuestra casa con insistencia y oímos la voz de Íñigo.

—¡Ah, de la casa! ¡Abrid de inmediato!

Los pensamientos se agolpaban en mi mente mientras volaba, que no corría, a la llamada de mi esposo. Lagartija venía tras de mí, lo más deprisa que sabía, pero a mí el miedo me daba alas.

—¡Dios mío —rogaba—, no permitas que le haya sucedido una desgracia!

Los pensamientos funestos se agolpaban en mi mente a velocidad de vértigo.

—Si estuviera herido de gravedad —me decía a mí misma— no tendría la voz tan fuerte.

Lagartija quitó la barra de seguridad de la puerta, que entornó con cuidado. Ante mis ojos estaba mi esposo con el fiel *Titán* chorreando sangre por un costado.

—¡Virgen del Remedio! —exclamé—. ¿Estás bien, Íñigo?

—*Titán* me ha protegido. ¡Es un valiente! Ahora te cuento. Hay que traer agua, desinfectar la herida y coserla. ¡Rápido, traed todo lo necesario!

Entre los múltiples conocimientos de Lagartija, estaba la cura de heridas que no requirieran el cirujano. Lavó, desinfectó y cosió la herida de *Titán* con enorme cuidado, mientras mi esposo y yo agarrábamos al mastín para que no se moviera y le hablábamos suavemente para que no sintiera miedo. Diego, que había acudido al oír el alboroto, estaba desconsolado, pues el perro había sido su compañero desde chico, acompañándole desde entonces en todas sus aventuras.

Más tarde, ya sentados alrededor del fuego, rogamos mis hijos y yo a Íñigo que contara lo sucedido.

—Parecía que la noche se iba a desarrollar sin altercados ni sobresaltos. Estaba pensando en marchar a casa, cuando unas voces airadas llamaron nuestra atención.

—¡Ay, Señor! ¡Qué pánico! —interrumpió Teresa.

La miré con reprobación, y su padre continuó el relato.

—Las teas de ocote, que habitualmente alumbran la calle de Los Donceles, estaban apagadas. No me gustó, pero había allí una reyerta y teníamos que acudir a instaurar el orden.

—¿Por qué hubiste de permanecer? —pregunté con reproche, a lo que nuestro hijo contestó:

—Madre, ¡tenía que dar ejemplo!

—De tal palo, tal astilla —musité con una mezcla de fastidio y orgullo.

Mi marido hizo que no me oía, y prosiguió:

—Nada más torcer la esquina, percibimos que el altercado era serio. Un hombre yacía sobre el pavimento, y unos seis o siete peleaban con furia. —Se detuvo un instante—. Cuando intentábamos rendirlos, aparecieron tres más. Los que antes luchaban entre sí, se volvieron contra nosotros atacándonos con saña.

—¡Santo Cielo, era una celada! —grité. Sentía el frío helador del miedo agarrotando mi garganta.

—Tal vez estuvieran preparados... No lo sé aún —dudó mi esposo—. Uno de ellos, en un veloz volatín, se plantó ante mí y estaba a punto de atravesarme con su espada, cuando *Titán*, con un salto prodigioso, se interpuso entre el acero y mi cuerpo, recibiendo él la estocada a mí dirigida.

—Padre, no sufráis cuidado —dijo Teresa—. Diego y yo le cuidaremos hasta que sane.

—Tu fiel guardián te ha salvado —susurré—. Él y tu ángel de la guarda.

El atentado contra mi esposo me había producido profundas dudas sobre la conveniencia de permanecer en las Indias. Por otra parte, mi padre se hacía viejo y deseaba verlo. Pero yo comprendía también que mis hijos eran felices en esta tierra, que ya consideraban suya, y yo misma me sentía muy unida a este mundo nuevo, que tanta prosperidad prometía. En esos pensamientos me hallaba y un buen día decidí hablar con Íñigo.

—El ataque que sufriste la pasada semana me ha hecho cavilar. —Abrí así la conversación, que deseaba fuera una reflexión a dos.

—No tienes nada que temer. Fue un hecho aislado. Tenemos una magnífica red de «ojos y orejas», que estarán avisados y nos prevendrán de inmediato —afirmó rotundo.

—Si están tan atentos... ¿por qué no supieron que eso podía suceder? —repliqué, para nada convencida de su seguridad.

—Porque supimos tras la investigación que eran unos borrachos, unos espontáneos que se hicieron mala sangre con sus cuitas y, al sentir el peligro, juntaron fuerzas y arremetieron con el primero con el que se toparon. —Yo seguía en mis trece.

—¿No me dijiste que había sido una emboscada?

—Los informes lo desmintieron —contestó rotundo.

Yo percibí con total claridad que lo que mi marido intentaba era tranquilizarme, lo cual me inquietó aún más.

«¿Qué nuevas revueltas de cimarrones, indios vagabundos y españoles despechados manejan sus filos de espada en la oscuridad? ¿Qué tramas se agitan en recónditos escondites?», pensé, y en un impulso irrefrenable casi grité:

—Creo que nos haría mucho bien tornar a Toledo. Son muchos los años que hemos permanecido en las Indias. Quisiera volver para ver a mi padre —afirmé.

—Lo entiendo, pero... ¿has pensado en los hijos? Si volvemos, cambiará su vida... Y si decides allí que nuestra vida está aquí, en México, será muy difícil obtener de nuevo un encargo...

Sabía lo que pasaba por su mente. Su trabajo le fascinaba; contribuir a crear un mundo nuevo le apasionaba, y estaba convencido de que Diego y Teresa encontrarían muchas más posibilidades de futuro en estas tierras. Por otra parte, esta sociedad de diversas razas me cautivaba... Ese era mi dilema.

Tras reflexionar, intenté una componenda:

—Será solo por unos meses. No quisiera separarme de ti... pero me gustaría ver a mi padre. Tal vez podría yo partir con nuestros hijos... —sugerí, y como él callaba, continué—: Siento un profundo desasosiego..., como si fuera a suceder algo, no sé... a mi familia... Es un sentimiento difuso, pero intenso.

—Sea. Has de quedar tranquila. Prepara el viaje. Os acompañaré a Veracruz. Están al llegar los barcos de la Armada de Indias y puedes hacerte a la mar a su retorno a España.

Estaba abrazándole para agradecer su comprensión, cuando tocaron recio a la puerta de casa. Apareció Lagartija en el umbral, dejando paso a un correo

que pedía ser recibido.

—He sido encargado de traer el correo para el virrey, y en el palacio me han ordenado que os entregara este despacho.

Íñigo abrió el sobre, y, cuando empezó a leer, su faz se ensombreció.

Me cogió entre sus brazos y comprendí que algo terrible había sucedido. Le arranqué la carta de las manos. Era la letra de mi hermano Damián. Me anunciaba, con sumo pesar, que nuestro padre estaba ya en la Casa del Padre.

—¡He llegado tarde, Íñigo! No he sabido comprender mi premonición. ¡He perdido a mi padre! ¡Sin verlo de nuevo!

Acudieron mis hijos alertados por Lagartija y se unieron al abrazo de mi esposo. Aquel amor me reconfortaba, pero yo había perdido al hombre que me enseñó a ser libre, que me hizo ver que el mundo era amplio y variado, que miró siempre por mi bien, que me enseñó a vivir...

El dolor me dejó el corazón helado. Me acusaba de no haber llegado a tiempo; de no haber acudido a su lado, cuando tuve aquel presentimiento; de no haberle repetido cuánto le amaba; de no haberle agradecido su generosidad y lo mucho que me enseñó...

Le había recordado, sí, pero la fascinación de mi vida nueva me había atrapado, haciendo que aplazara mi retorno. Ofuscada por la novedad de mi existencia no había escuchado mi intuición. Ya no podía hacer nada sino rezar. Por eso, cuando unos días después, Íñigo me propuso hacerme a la mar como habíamos convenido, mi respuesta le dejó lleno de asombro.

—No deseo ya marchar.

—Pero Damián te habla de resolver la herencia que te dejó... —No pudo terminar.

—Mi único interés era despedirme de mi padre. Ahora que él no está...

—Pero, Mica, tienes que arreglar tus asuntos con tu hermano —insistió.

—Damián velará por mi hacienda mejor que como yo lo haría. Además en su carta explica las posibilidades: mandarme lo que me corresponde o gestionarlo él por mí.

—¿Y qué vas a resolver?

—Tal vez... es posible... —Una idea se abría camino en mi mente...—: que decida invertir mis bienes en la hacienda, y convertir Las Moreras en el Nuevo Mundo que hemos soñado tantas veces.

LOS NOVIOS

*D*esde la azotea de nuestra casa veía las imponentes siluetas de «los novios», los dos volcanes, Popocatépetl y Iztaccíhuatl, cuya romántica historia me había siempre suscitado gran interés. Miraba con detenimiento los cónicos montes que parecían gigantes venidos de la noche de los tiempos, junto a mi hija Teresa, y le hacía notar la diferencia de luz y coloración, según las horas del día. Su temperamento artístico se deleitaba con la contemplación de la naturaleza, y más tarde, en el taller, me sugería originales maridajes de colores en las piedras, o insólitas formas para las alhajas.

—¡Contádmela, madre! ¡Contadme la historia de los dos novios! —pidió Teresa.

—¡Te la he contado tantas veces que me corriges cuando olvido algún detalle! —respondí riendo.

—¡Por favor! ¡Es tan bonita! —insistió.

—Está bien —consentí—. Dice la leyenda que un gran emperador del Anahuac se vio en la disyuntiva de entrar en guerra contra un poderoso enemigo.

Teresa se arrellanó sobre unos cómodos cojines mirando hacia la serranía.

—Sintiéndose viejo y cansado, hubo de llamar a mozos y poderosos guerreros para que vinieran en su ayuda. —Ahora venía la parte que más gustaba a Teresa—. El anciano emperador tenía una hija muy bella, tan bella que todo hombre soñaría desposarla.

—¿Y fueron a la batalla? —Se anticipaba mi hija, impaciente.

—Fueron —respondí—. Una vez que la guerra fue ganada por el joven general Popocatépetl —continué—, un traidor corrió a anunciar la muerte del verdadero vencedor, y a alzarse con la victoria.

—¡Oh, qué horror! —suspiró mi Teresa, pero como conocía el final, aguardaba.

—Pero la princesa estaba secretamente enamorada de Popocatépetl, y al conocer la triste noticia, murió fulminada por el dolor de perder al amado.

—¡Maldito traidor! —exclamaba indignada mi hija—. Seguid, madre, por favor.

—Poco después llegó el auténtico triunfador, Popocatépetl, y al ver a su amada muerta, no quiso saber nada del mundo y partió con ella en brazos hacia la montaña. Un dios benigno, admirado por el amor profundo de la desdichada pareja, decidió unirlos en la eternidad y los convirtió en los dos gigantes que vigilan la ciudad de México.

Suspiró mi niña y se abrazó a mí. Juntas *contemplamos* el atardecer que doraba las cumbres de los dos amantes unidos para siempre en amor eterno. Y permanecimos absortas en la contemplación del imponente panorama.

He de decir que había sentido el deseo de ascender al volcán desde nuestra llegada, pero hasta ese año, mi marido no había consentido que le acompañara. Nuestros hijos imploraban para participar en la descubierta, pero Íñigo, con gran sentido, se negó a llevarlos. Teresa estaba especialmente enfurruñada, pues el mito de los novios le había fascinado desde chiquita. A mi marido le interesaba la ascensión por varios motivos, siendo uno de ellos la extracción de azufre, imprescindible para fabricar pólvora de buena calidad. Hombres animosos y experimentados, que nos acompañaban en la expedición, descenderían en un balsa, un precario asiento, al centro del cráter, preservando boca y nariz con un paño húmedo, hasta que los vapores se hicieran insoportables y hubieran de ser izados a la superficie.

Formaban parte del grupo Fermín, como ayudante de mi marido, y su mujer Juana, que sentía la misma curiosidad que yo, y Rodrigo y Rosario, que, en ese tiempo eran ya nuestros grandes amigos. Siempre que nos desplazábamos a algún lugar, la presencia de Rodrigo me tranquilizaba. Su entrega absoluta a la medicina y el aprendizaje de las plantas medicinales autóctonas, al que se había empleado con determinación, le otorgaban una seguridad en el diagnóstico, que habría de remediar cualquier contingencia.

Nos detuvimos un momento en Iztapalapa, la hermosa villa a los pies de la ladera, para comprobar de nuevo que portábamos todo lo necesario para la seguridad del viaje.

Inesperadamente, nos detuvo una insólita visión. Dos indios tiraban con denuedo de una soga que un pobre fraile llevaba atada al cuello. De vez en cuando se paraban, no para socorrerlo, sino para azotar con saña su cuerpo llagado.

Él caminaba con los ojos bajos, en actitud de suprema humildad, con paso cansino mientras gruesas lágrimas le resbalaban por el rostro. Entre el estupor y la ira, ofrecimos al fraile nuestro auxilio.

—Dios os lo pague —contestó a mi marido con un profundo suspiro—. He sido yo quien ha pagado a estos buenos hermanos indios para que así me traten.

—Pero, padre —insistió Íñigo, desconcertado—, vuestra paternidad sufre en demasía... ¿A qué se debe semejante penitencia?

—Sigo el ejemplo de nuestro Redentor —explicó el hombre de Dios—. Recorro llanos y cerros de esta guisa, para que los naturales comprendan, de

esta manera veraz, el amor de Nuestro Señor a los hombres.

—¿No deseáis nuestro socorro? Puedo mitigar el dolor de vuestras llagas —tornó a ofrecer Rodrigo.

—Id con Dios, continuad vuestro camino. Yo seguiré el mío.

Y con esta afirmación se alejó de nosotros. Antes de perderlo de vista, alcanzamos a ver cómo, al caérsele al monje su cruz y agacharse él a recogerla, los dos acompañantes le escupían y cubrían de puñetazos. El afán de dar ejemplo de ese español se me antojaba excesivo. Recuperados del asombro de la escena que acabábamos de vivir, torné a la hermosura del paisaje circundante.

«¡Allá él! —pensé—. El mundo es demasiado hermoso para desaprovecharlo».

No pude por menos de contemplar con renacido asombro la grandiosidad de la altiplanicie mexicana. Enmarcada por la Sierra Madre, al sur por la cordillera volcánica y las montañas de Oaxaca, y al occidente la sierra que se prolongaba hacia Aguas Calientes, México parecía surgir de las mágicas aguas, para colmar el ansia de belleza de los seres humanos.

Pensé entonces en Estrella. Por muy enamorada que estuviera de Diego, había de echar en falta el dominio que su familia había tenido sobre Tenochtitlán. Era insólito que no mostrara nostalgia ni rencor. Mi amiga era una mujer extraordinaria.

Lo comenté a Rosario, que estaba a mi lado, y noté que le desagradaba esa mención. Respeté su silencio, pero no comprendí en qué la había ofendido. Decidí esperar a que ella encontrara la situación adecuada para explicarse.

Al inicio, como nos sucediera años atrás en el Vesubio, la ascensión se desarrollaba de manera placentera y, de vez en cuando, nos deteníamos a contemplar la esplendorosa vista de la ciudad de México, rodeada aún por restos de laguna. Pasamos delante de un convento recoleto de los agustinos, situado justo en la falda del volcán, y que databa de los albores de la evangelización, pues había sido construido en 1533, y allí seguía a pesar de lava, fuego, humos y erupciones.

A medida que íbamos subiendo, la ascensión se hacía dura y demorada, pues la respiración se alteraba al aumentar la altura. En uno de los altos del camino, Íñigo rememoró la odisea de Diego de Ordaz, que sin preparación alguna, ni ropa adecuada, subió con sus hombres hasta la misma cumbre. No podíamos ser menos.

El panorama en esta alta cota era magnífico, pero tuvimos que abrigarnos porque la temperatura comenzaba a ser muy fría. La nieve circundaba la cima

del volcán, como si la mano de un gigante hubiera cuidado de que esta se arracimara en un círculo perfecto. Destacaba la cumbre nevada sobre un cielo límpido y azul. Enormes zopilotes, los buitres de allá, volaban en derredor de la montaña, por debajo de nuestra posición, desplegando unas alas inmensas, que les transportaban en vuelo majestuoso.

De improviso, dos machos poderosos colisionaron y, cayendo, continuaron luchando en tierra. Los brillantes picos amarillos y las aceradas garras se cruzaban en la batalla, sin tregua, sin piedad, hasta que uno de ellos fue vencido.

—Como los hombres, no más —susurró Rosario—. Y es signo de mal presagio —añadió.

No hice caso y continuamos. Ya muy cerca de nuestro objetivo, hubimos de detenernos de nuevo, pues la enorme cavidad empezó a vomitar enormes llamaradas de fuego, piedras que salían disparadas como balas de cañón, abundante ceniza que obstaculizaba la visión y humo denso que impedía la respiración.

Lagartija mantuvo la calma y calibró con una rápida mirada la situación. En tono tranquilo pero seguro, nos conminó a seguirle. Nos condujo a una oquedad, que en forma de cueva se introducía en la piedra.

En ese instante la inteligencia y la presencia de ánimo de Lagartija nos salvaron, pues fueron determinantes para escapar de esa situación de peligro. Nos colocamos los paños humedecidos en el rostro, y allí, en el improvisado refugio, aguardamos hasta que la abrasadora lluvia de rocas y los vapores letales calmaron su furia.

Viendo la inseguridad en la que nos movíamos, tanto Íñigo como Fermín nos ordenaron a las mujeres que permaneciéramos al abrigo de la cueva, al cuidado de Lagartija. Vimos cómo se alejaban nuestros maridos hacia la boca del volcán, y desde lejos observamos la preparación para colocar las poleas que sujetarían el balso, y así descender al cráter.

Bajaron dos soldados a recoger el necesario azufre, y volvieron a la superficie sin daño alguno. Ante mi horror, vi que Íñigo hablaba con uno de los hombres, este accedía, y mi marido se colocaba en la silla, con la obvia intención de descender a su vez. Chillé que no lo hiciera, y él me gritó:

—¡Lo he hecho otras veces! No sufras cuidado.

Entonces, por precaución, Fermín le enroscó un cabo recio alrededor de la cintura, sujetando él el otro extremo. Apenas había descendido un metro, uno de los postes de madera quebró y la silla con Íñigo en ella se precipitó al interior del volcán. Corrí enloquecida hacia la cima, sorteando los hilos de

lava, con el terror helándome la sangre. El precavido Fermín tiraba de la cuerda ayudado por dos compañeros, y consiguieron sacar a mi marido de las fauces del infierno.

Salió magullado, tizado y chamuscado, pero vivo. Me abracé a él y mi cara tomó la sustancia pegajosa que cubría la suya. Al mirarnos de esa guisa, nos acometió una risa incontrolable.

—Un momento de atención —era la voz de Fermín—, esto es grave: esta madera ha sido serrada. No ha sido un accidente.

La evidencia de que lo sucedido era premeditado, añadido a la emboscada sufrida meses atrás, y el episodio que padecí en la laguna, nos cercioró de que nada era casual.

Esta certeza obligó a mi marido a buscar las razones del atentado. Tal vez no era para él, pues quien lo hubiera hecho no sabía con certeza si el capitán de Vidaurre iba a subir a la guindola, aunque sí que podían saber que era su costumbre hacerlo. Pero bien podía ser que ese grave percance fuera una advertencia.

Muchos eran los descontentos y los que creían tener razones para estarlo, pues al perenne problema de los beneméritos había que añadir el encono de algunos miembros de la Audiencia contra el virrey, que reprendía a estos oficiales reales por sus escándalos y abusos. Por todas estas razones, las pesquisas tenían que ser realizadas por «ojos y orejas» de suma fiabilidad y probada experiencia, y no descartar ninguna posibilidad.

Uno de los hechos a tener en cuenta era que uno de los porteadores había desaparecido. No le habíamos vuelto a ver desde aquel día.

Otro dato cierto era que la ley de 1549, que obligaba al trabajo a todos los desocupados, mulatos y mestizos que pululaban por la ciudad, crearía descontento, que suponíamos que sería aprovechado por los beneméritos y criollos que se consideraban desposeídos de algo que les pertenecía. Y mi marido había tenido que hacer cumplir esa ley.

No debíamos olvidar los aires de revuelta, que, como una epidemia, tornaban a infectar la capital. En ese desasosiego, echaba la vista atrás, y entendí que era menester conducir una reflexión razonada.

El impacto que la belleza salvaje y esplendorosa de México causó en mí me cegó, y a pesar de los datos con los que contábamos, me impidió aceptar a mi llegada, y durante cierto tiempo, la marea latente que discurría bajo la superficie, el peligro que nos acechaba.

Sin embargo, la amenaza que flotaba en el ambiente era tan densa que hubiera debido reconocerla. Tenía que haberla sentido. Una vez más, mi

pasión por la vida, mi ansia de gozarla, habían relegado al mañana la necesaria reflexión. Poco a poco, y tras los referidos episodios, su viscosa consistencia fue infiltrándose en el día a día; una extraña sensación se me instaló en la boca del estómago...

Algo indefinible, etéreo...

Y tan real como la imponente ciudad que nos albergaba. Recordando los primeros tiempos, percibo que estaba ciega. Ciega ante la realidad que pugnaba por mostrarse en toda su crudeza. No conté estos recelos a nadie. Unido esto a la tristeza por la muerte de mi padre, mi natural alegre fue mermando. Al guardar encerrados en mi mente estos sentimientos, fueron tomando contornos alarmantes que me asaltaban durante el día, y sus sombras me visitaban con frecuencia en el sueño en forma de terribles pesadillas. Hasta que, asustada de mí misma, decidí apoyarme en Íñigo.

—No sé cómo empezar. —Mi esposo me miraba expectante—. He de confiarme a ti, pero mis temores son tan difusos, que no alcanzo a darte un relato coherente.

—Cuéntame tus impresiones y te diré si algo de real contienen —me animó.

—De un tiempo a esta parte, tengo una opresión en el pecho que me disturba...

Asustado, me interrumpió:

—¿Se trata de tu salud? ¡Hemos de acudir al físico!

—Queda descansado. Me encuentro muy bien. No... es algo como un presentimiento... Un sentimiento de ansiedad que me oprime...

—No te angusties. Sabemos bien a quién nos enfrentamos. Nos encontrarán preparados.

Miré atónita a mi marido.

—¿Quieres decir que yo he sufrido a solas las penas de infierno por lo que tú ya conocías? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque nada había que contar. El descontento de unos cuantos no va a oscurecer el afán constructivo de muchos.

—Ten cuidado, Íñigo. Ya te advertí una vez que la envidia hace estragos. Si a esto unes el impedir el interés de aquellos mediocres desocupados que gozan de tiempo para conspirar, tienes ante ti fuerza poderosa.

—¡Ven aquí! Pareces una sibila.

Y me envolvió en el cálido abrazo en el que yo me sentía reparada de todo mal.

Hacienda Las Moreras

BODA DE FELIPE II 1552

Al inicio, nuestra vida en México se regía por la llegada de los galeones que nos traían las nuevas de la metrópoli, y luego, el interés por conocer las noticias se convirtió en una necesidad. Muchos eran los asuntos locales de importancia, pero, sin duda, aquellos de España marcaban la evolución de nuestra sociedad. Esta vez, un suceso venturoso nos llenó a todos de esperanza. El príncipe Felipe, con la aprobación de su augusto padre, había contraído matrimonio con la reina de Inglaterra, María Tudor. Una nueva era de colaboración y amistad se abría paso en las otrora turbulentas relaciones con Inglaterra.

Como sucedía cada vez que llegaba el correo a través de Tierra Caliente, nos reunimos a comentar las novedades y la repercusión que podían tener para Nueva España. La vida en la capital proseguía y no faltaban otras novedades de interés.

El gobierno de Velasco se había revelado diverso a como la gente suponía. Al inicio, dio muestras de agradarle en exceso fiestas y fastos, pero poco a poco y con tesón, fue tomando decisiones que serían de capital interés para el virreinato. Mandó liberar a unos ciento cincuenta mil esclavos varones indígenas y prohibió el uso de los nativos como método de carga. Estaba segura de que íbamos a ser testigos de hechos extraordinarios.

Disfrutábamos con la costumbre de reunirnos cada vez que llegaba la Flota. Ese día, la tertulia tendría lugar en casa.

Acudieron al ágape Diego, el marido de Estrellatzin, que trabajaba con Miguel en la Casa de la Moneda y era muy apreciado por Legazpi; el hermano de Diego Cano, Juan, regidor del pueblo de Tacuba, de importante situación estratégica, y entristecido en aquellos días porque había enviudado de Isabel Moctezuma. Habían gozado de un matrimonio dichoso y ejemplar.

Todo aquel mundo diverso, de origen y cultura distinta, tenía el poder de entusiasmarme. Isabel, que ostentaba tanto poder y fortuna como Estrellatzin, había sido, sin embargo, de naturaleza discreta. Esta sobria princesa visitó mi taller en alguna ocasión, y se había mostrado interesada en todas aquellas alhajas que maridaran con armonía el arte azteca y el español. Amaba sobremanera la cruz en todas sus variedades. Recordándola, me susurró Andrés:

—Era una gran señora.

—Se veía de inmediato que lo era —le respondí.

—Quiero decir —insistió Urdaneta— que durante muchos años se ocupó de que a nuestro convento no le faltara sustento y hacía provisión de todo lo que necesitábamos.

—Y nunca le oí vanagloriarse de ello —comentó Legazpi.

—Fue tal el extremo de su magnificencia, que los frailes hubieron de rogarle que cercenara su largueza.

Cuando estábamos todos ya reunidos en la estancia de la chimenea, el primero en abrir el fuego fue mi marido, pues como capitán de la Guardia había sido convocado por el virrey para instruirle sobre los acontecimientos.

—Buenas nuevas he de daros... —Hizo una significativa pausa, y continuó—: Los esponsales de don Felipe con María Tudor.

—Francisco I, tan opuesto a los intereses del emperador, habrá de padecer con esta nueva situación que garantiza la alianza entre España e Inglaterra —comentó presto Miguel.

—Sin duda. El imperio sale muy reforzado con esta unión —concluyó Andrés.

—Al tener al norte a nuestra señora doña María, al cuidado de España, y nuestras fuerzas pertrechadas en las fronteras con Francia, la tenaza que ejercen sobre Francisco es imbatible —sentenció Íñigo.

—No quiero ni imaginar, si nace un heredero... ¡Qué poderío, señor! —comentó alborozada Isabel de Legazpi, que ya había parido un número respetable de hijos.

—Este compromiso ha de favorecer también nuestros asuntos de Indias. La reina sujetará a esos malditos piratas ingleses que atacan la Flota y asolan nuestros mares. —Era clara la intensa afición a las cosas de la mar de Urdaneta.

—En todo caso, es deseable la felicidad del príncipe. ¡Mozo y solo! ¡Su matrimonio con doña Manuela fue tan breve! —apunté.

—Sí, sí, eso está muy bien, pero hemos de considerar, sobre todo, que la reina es ferviente católica y será de gran ayuda al emperador y a su esposo en los intrincados problemas que presentan los sediciosos protestantes —remachó Andrés.

—Creo que esa, junto al creciente poderío turco, ha sido la razón por la que a veces se ha descuidado la necesaria atención a estos dominios.

El comentario de Miguel era muy oportuno, pues, con frecuencia, las dificultades surgidas en Europa impedían al emperador concentrarse en el esplendor y las posibilidades de las Indias.

Isabel quiso contar algo de menor relieve, pero que había dividido la opinión de los capitalinos, tan aficionados a estas historias de amores.

—¿Sabéis de la demanda que mi tocaya Isabel de Villegas ha elevado contra el oidor Mejía?

—¿Y qué alega la buena señora? —preguntó mi marido.

—¿No lo recuerdas, Íñigo? —le dije—. Es la viuda del licenciado Herrera, y jura que Mejía casó con ella ante testigos.

—Y por lo que deduzco, el oidor se ha arrepentido —concluyó Miguel.

—Los testigos afirman que hubo desposorio, y el provisor del arzobispado está indagando lo sucedido —remachó Isabel.

Empezó una diatriba entre los partidarios del oidor, que eran casi todos los hombres, menos Rodrigo, que bien le conocía y le parecía verosímil la acusación. En cuanto a las mujeres, estábamos de acuerdo en que solo una necia se metería en tal desatino si no fuera cierto el lance. Isabel de Villegas tenía fama de discreta, pero también de dama que no permitía que pisotearan sus derechos. Lo que yo estaba siempre dispuesta a respaldar.

En esta discusión estábamos, cuando apareció en el umbral Cervantes de Salazar que regresaba de Tlaxcala.

Salazar podía ser un personaje importante para poner en marcha la universidad. Según su fama, era experto en leyes y conocía los asuntos de Indias, pues, como todos recordábamos, había sido secretario del presidente de dicho Consejo.

En cuanto vi al homenajead, me impresionó su aspecto. Estaba delgado y su figura era la de un místico. Cuando le vimos hacía tan solo unos meses, era de pocas carnes, casi enteco, pero ahora hasta su mirada parecía estar ya en otra dimensión. Sus ojos transmitían la energía que surgía de su mente. La nariz aguileña, el rostro enjuto y la mandíbula poderosa eran señas claras de su fuerza de carácter.

—¡Bienvenido seáis! —Le acogió mi esposo.

—Contad, ¿qué impresión os ha causado esa villa? —le preguntó Íñigo.

—Me ha infundido asombro sin par. He hallado la ciudad con importantes y bellos edificios, y las tierras fértiles y cultivadas con esmero.

A lo que Urdaneta precisó:

—Esa prosperidad se debe al buen gobierno. Cuando don Hernán dejó al frente de Tlaxcala a uno de sus capitanes, acertó de pleno.

—¿Conocisteis al regidor? Es un buen amigo —preguntó Legazpi, que contaba con amistades hasta debajo de las piedras.

—No tuve esa buena fortuna, pero dicen que es persona notable.

—Su empeño ha sido conseguir el bienestar de sus gobernados, y la riqueza y el contento rigen Tlaxcala. ¡Ah, si muchos siguieran su ejemplo...!

—Remachó Andrés—. Hay que considerar también que las comunicaciones de dicha ciudad son excelentes. En esta fecha el regidor ha construido ya treinta y tres puentes de piedra. ¡Nada menos! —añadió Cervantes de Salazar. Luego siguió explicando la emoción que había sentido al visitar aquellas tierras de las que tanto le había hablado el marqués del Valle—. Mi afán será contar la verdadera historia de estos conquistadores, cuyo empeño fue poblar y la administración responsable.

—¿Habéis ya comenzado vuestra crónica? —pregunté con auténtico interés. Ansiaba conocer la visión, que a través de la pluma de Salazar, habían tenido Cortés y sus capitanes ante esta tierra de fábula. Esta tierra que yo comenzaba a amar con pasión.

—No la he iniciado todavía, pero cuento con muchas notas tomadas durante mis conversaciones con don Hernán —me contestó afable.

Continuó la conversación sobre este y otros argumentos, hasta que Andrés nos pidió un momento de atención. Su actividad en los últimos meses estaba dedicada al estudio: navegación, vientos y corrientes, filosofía, teología, lógica y metafísica, nada escapaba a su afán de saber. Por eso, di en pensar que había descubierto alguna ruta a través de los mares, o bien una fórmula con la que mejorar la conducta del ser humano. Podía tratarse de cualquier asunto, dada la variedad de sus intereses.

Me hallaba desorientada. Él nos habló con voz mansa, que transparentaba una profunda serenidad:

—Queridos amigos, he de anunciaros esta mi decisión profundamente meditada.

Atendimos expectantes, en total silencio.

—He resuelto ingresar en la orden de los agustinos.

Andrés no sorprendió ni a Miguel, ni a mi marido, que, con certeza, estaban en la confidencia.

—¡Voto a bríos, mucho gana la orden con tu presencia, Andrés! — exclamó Miguel.

—Marinero, cosmógrafo y ahora fraile... ¡Enhorabuena, Andrés! ¡Tú sí que has utilizado los talentos que Dios te dio! —comentó mi esposo.

Yo tan solo me acerqué a él y quise besar su mano, como si ya fuera religioso.

—No, Micaela. Aún no soy fraile, pero, aunque lo fuera, no debes besar mi mano —me dijo Urdaneta con presteza.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —preguntó Juana, que se aprestaba a hacer lo mismo.

—Ante todo, sois mis amigos, y, además, yo aspiro a ser un servidor de mis gentes. No quiero ser superior a nadie —respondió con seguridad Urdaneta.

—Muchos religiosos admiten que se les haga la venia y el besamanos. — Yo seguía en mis trece, porque sentía curiosidad en conocer el pensamiento de nuestro amigo.

—Creo con firmeza que solo ante Dios y un niño se ha de hacer la genuflexión.

Andrés acababa de mostrar la que sería su forma de actuar.

URDANETA INGRESA EN LOS AGUSTINOS

20 de marzo, 1553.

*E*ra un día ventoso y, sin embargo, de suave temperatura. Nos habíamos preparado para participar en la ordenación del amigo de infancia, con un ligero sentimiento de pérdida, como si desde aquel momento se fuera a alejar a lugares desconocidos e inaccesibles para nosotros. Di en pensar que un hombre tan aventurero, que había navegado océanos, descubierto regiones ignotas y estudiado las mareas al borde de la mar, tendría dificultad en habituarse a la estrechez de una celda.

Íñigo ignoraba que había de vivir la mayor aventura de su vida junto a Urdaneta.

Menos mal que yo tampoco lo imaginaba. La ceremonia fue sencilla y muy emotiva. La pequeña iglesia del convento estaba a rebosar, pues eran

muchos los amigos de Andrés que querían acompañarle en jornada tan especial. Numerosos naturales se congregaban en el atrio, según era su costumbre, para seguir la ceremonia al aire libre, ya que recordaban la caridad inalterable de Urdaneta.

Los oficiantes hicieron su ingreso en la capilla en perfecto orden. El padre superior iba precedido de los profesos de menor edad.

Era curioso ver a nuestro Andrés, cumplidos muchos años, entre tantos jóvenes postulantes. Pero su expresión denotaba tanta ilusión, tanta emoción, como si estuviera en su primera juventud. Siempre me había impresionado en nuestro amigo la capacidad de entusiasmarse con empeño juvenil.

Cada uno de ellos portaba una vela encendida, que titilaba junto a las que habían encendido en torno al altar. Tras las palabras rituales de acogida, comenzaron los salmos, y en unos instantes después se produjo algo mágico:

La misa ya iniciada, un refulgente rayo de sol traspasó las vidrieras y se fue a posar en las blancas casullas de los oficiantes haciendo centellear el oro de los bordados. Al mismo tiempo, las columnas de flores blancas exhalaban un delicioso perfume y el incienso que lanzaban los incensarios de plata aromaba el ambiente, mientras que las varoniles voces entonaban cantos de alabanza al Señor. Todas estas sensaciones contribuyeron a crear una atmósfera de gozo místico, que rodeaba el corazón de una profunda alegría. Me impresionó el momento en el que los nuevos frailes se echaron en el suelo, con los brazos en cruz, simbolizando así su abandono del mundo y su entrega a Cristo.

Tras la entrañable ceremonia, pudimos abrazar a fray Andrés, y él nos aseguró que su amistad permanecería inalterada. Yo temí, a pesar de esta aseveración, que su convento le retuviera en exceso y, poco a poco se olvidara de nosotros. Estaba equivocada.

Unos días más tarde, se acercó Andrés a nuestra casa. Yo sentía gran curiosidad por conocer el origen de su vocación. Sentados cómodamente junto al fuego, en ese lugar en el que atesoraba tantas confidencias, me atreví a preguntarle:

—¿Qué os impulsó a tomar las órdenes entrado ya en años?

—Es una larga historia —contestó.

Yo aguardaba el momento en que él estimara oportuno satisfacer mi interés. Diego y Teresa, que le adoraban, escuchaban atentos y en silencio. Teresa con la seriedad en ella característica, y Diego, desbordante de pasión. Por fin el fraile se decidió a descubrirnos su secreto.

—Hace muchos años, cuando la terrible peste asoló México, admiré la labor eficiente de los agustinos. Era peligroso, y se entregaron con generosidad y reciedumbre de espíritu a los que les necesitaban. —Se detuvo unos segundos pero enseguida continuó—: Y más adelante, cuando esta congregación percibió la necesidad de alfabetización de los indígenas, acordaron dar clases gratuitas. Necesitaban donaciones de los laicos que les sufragaran los gastos y fundaron entonces la Cofradía de Jesús...

—A la que pertenecen también don Miguel de Legazpi y nuestro padre —apuntó Teresa.

—Espero que no se le ocurra a mi Íñigo seguir vuestro ejemplo —comenté.

—Cada uno tiene su camino, Micaela —dijo sonriendo fray Andrés.

En ese instante entró mi esposo en la sala.

—Bienvenida sea vuestra paternidad.

Y se abrazaron los dos viejos amigos.

—Cuenta tus experiencias con los agustinos en Michoacán. ¡Esa sí que es una aventura! —animó mi esposo.

—Los caminos del Señor son intrincados. Acompañé a Pedro de Alvarado en su campaña contra los chichimecas, y entonces pude conocer la extraordinaria labor de la orden, que es ahora la mía, en Michoacán. Nunca olvidaré el convento de Tiripitio y su escuela de artes mayores para enseñar a los indígenas.

Íñigo había ya recibido las confidencias de su amigo, pero nosotros, que no las conocíamos, seguíamos pendientes de sus labios. El fuego crepitaba en el hogar, creando la atmósfera ideal para atender al relato de este hombre que había vivido tantas experiencias diversas.

—Al año siguiente —continuó el fraile—, el virrey organizó una expedición a las islas de poniente, pero yo rechacé el mando de dicha empresa, pues me encontraba en un momento de inmensas dudas sobre el derrotero que había de tomar mi vida.

—¿Dudas? —comenté asombrada—. ¡Sois siempre tan seguro en vuestras determinaciones!

—En los pasados años había desempeñado varios cargos, visitador, corregidor... Necesitaba reflexionar. Mi decisión me salvó la vida. Los cuatro agustinos que acompañaron a Villalobos en ese descubrimiento perecieron. Pensé entonces que Dios me tenía destinado a otra tarea. —Quedó pensativo, rememorando aquella época, y completó—: Pero siempre recordaré la alegría y el entusiasmo con que se embarcaron aquellos frailes.

Ya estábamos de nuevo adentrándonos en el peligroso territorio de las exploraciones, y quise cambiar de rumbo.

—¿Cuál es ahora vuestro cometido en el convento? —indagué.

—Me han honrado con una responsabilidad inmensa: soy maestro de novicios... ¡Yo que soy tan nuevo en la orden!

—Instruiréis a toda una generación de monjes que, como vos, conocerán de la mar, la teología, la metafísica... —Diego estaba fascinado.

—Agradezco al Señor que me haya colocado en ese convento. Tal vez sea esa mi misión... —Pero enseguida añadió—: Además de mi dedicación a la educación de los jóvenes, gozo de libertad para estudiar en la espléndida biblioteca. Cuenta con libros de todas las artes, disciplinas, facultades y lenguas.

Su expresión era la de un hombre sabio que ha hallado su contento en un lugar extraordinario.

En ese momento Íñigo preguntó a su amigo:

—He oído decir que además de libros, posee una rica colección de mapas, esferas e instrumentos de medir la navegación. ¿Es cierto?

—Has de venir a visitarme, Íñigo. Te asombrará comprobar que esa compilación incluye astrolabios, horologios, ballestillas, planisferios y toda suerte de aparatos para el conocimiento de la cartografía, la náutica y la astronomía.

—¿Qué son las ballestillas y los planisferios? —preguntó Diego.

—La ballestilla es un instrumento para observar las alturas de los astros, y los planisferios son la representación de los dos hemisferios del globo terrestre sobre una superficie plana —respondió con paciencia didáctica.

Entonces mi esposo indagó:

—¿Estáis preparando alguna nueva empresa de descubierta?

El diálogo se desenvolvía ya entre los dos viejos amigos. Estaban solos en el mundo. La respuesta fue rápida:

—El Señor me hallará pronto cualquiera que sea su designio.

No sé por qué sentí un profundo temor. La pasión por la mar unía a estos dos seres. ¿Conseguiría esa afición arrancar a Íñigo de mi lado?

HACIENDA LAS MORERAS

1552.

*H*abían pasado los años y el amor a esa tierra fecunda y de pasado cultural fascinante había conquistado el corazón de la entera familia. Nunca supimos en qué momento México se había convertido en nuestro hogar. Los años pasados en Nueva España nos habían hecho amarla con pasión. Para comenzar, habíamos recibido la concesión de una caballería, pero muy pronto el virrey había añadido una caballería más.

En total contábamos con ochenta y seis hectáreas para el empeño que deseábamos realizar. Cierto es que era una deferencia hacia Íñigo por los servicios a la corona, pero verdad era también que las autoridades querían con anhelo que Las Moreras se convirtiera en un modelo de hacienda totalmente adaptado a las Leyes Nuevas. Estas normas, al prohibir la esclavitud de los indios, habían llevado a cabo un acto de justicia, pero ahora correspondía a la entera sociedad ofrecer trabajo a los naturales en pueblos y haciendas.

Si bien es cierto que hasta 1550 se habían concedido las estancias casi sin restricciones, en el momento presente, el virrey había intentado reducir las nuevas entregas, y que en las antiguas se cumplieran las normas.

De inmediato, los propietarios, con fastidiosa reiteración, hicieron oír sus vehementes protestas. Velasco había también requerido a los dueños de ganado que alejaran lo más posible a las bestias de los poblados, para que las *chinampas*, o huertas de los indígenas, no sufrieran daño alguno.

Era también urgente acometer una labor de educación, como la instaurada por fray Pedro de Gante años atrás, que formara a los indios, libres ya, en oficios que les permitieran instalarse en las ciudades. Se esperaba un extraordinario esfuerzo de religiosos y oficiales reales para organizar un mundo cambiante y prometedor.

Coincidió con mi intención de formar una comunidad, donde, mediante el trabajo serio y bien hecho, y unos salarios justos, pudiéramos prosperar en armonía. Al aceptar estas tierras, nos comprometíamos a hacerlas productivas, pagar un salario justo de doce maravedís diarios a *terrazgueros*, indios adscritos a la tierra, y *macehuales*, esclavos liberados por las Leyes Nuevas; y también, a no cederlas o venderlas en seis años. Nuestros vecinos, renteros elegantes, no se ocupaban de sus tierras. Vivían en la capital y delegaban en un *calpixque*, o mayordomo, ayudado por un capataz, de costumbre negro, la gestión de la hacienda.

Las autoridades novohispanas deseaban ardientemente que toda aquella población variopinta y desperdigada, *macehuales*, *tamemes*, negros, mulatos y mestizos, producto de una sociedad diversa, encontraran acomodo en

haciendas, minas, ingenios de azúcar o trabajos como artesanos y otros oficios, mediante unas ordenanzas justas.

Mi labor se había desarrollado en una estancia reducida cincelandando el oro y la plata, y engastando hermosas piedras en los preciosos metales. Pero, ahora, la tierra me seducía con su inmensidad, me exigía ir más allá, fundirme con ella, hacerla crecer y producir. Y había de ser una tierra madre, justa con sus hijos.

No quería *tamemes*, hombres cargados como bestias: buscaba recuas de mulas, carretas y ganado de tiro, pero no era fácil encontrar todo esto, y cuando lo hallaba, los precios eran elevados. Las autoridades acababan de anunciar la llegada con la próxima flota, de cincuenta y nueve asnos garañones, para «hacer casta», y di en pensar que esos tozudos, pero inteligentes animales, serían de gran utilidad en Las Moreras.

Cuando arribaron, Íñigo compró dos hembras y un macho.

Al cabo de poco tiempo, acudían a mi llamada, trotando con el repiqueteo alegre de sus cascos. Entonces yo acariciaba su belfo aterciopelado y su cabeza lanosa y les daba a comer las chucherías que tanto les gustaban. Mi pequeño mundo, aquel que habíamos soñado mi esposo y yo, comenzaba a ser una realidad. Comprobé que poco a poco los indios, al ser mejor tratados, se iban convirtiendo en eficientes peones.

Estábamos sentados en Las Moreras con nuestro amigo Andrés, y creo que los sorprendí a todos cuando anuncié:

—Me gustaría ampliar la agricultura de Las Moreras. Aumentar los cultivos y plantar numerosas huertas.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —preguntó mi esposo—. Será muy costoso.

—Escribiré a Damián para que tramite la herencia de mi padre. Y la invertiré en Las Moreras.

—Micaela, tienes todo mi apoyo... —Inició Andrés.

—Todo esto requiere reflexión —dijo mi marido, siempre prudente—. Mica, hemos de sopesar esa idea, pues es menester considerar varios factores.

Andrés, viendo que amenazaba una discusión, se fue a descansar.

—A vuestro libre albedrío lo encomiendo.

Con estas palabras y un afectuoso abrazo se despidió el insistente fraile. Habíamos de debatir en profundidad tan relevante decisión.

Quedamos pensativos. El momento de la resolución, que habíamos intentado posponer, había llegado.

—Tu buen amigo nos hace enfrentarnos a la realidad —inició—. Si hemos de tornar, es la hora. Nuestros hijos, en unos años, se enamorarán y contraerán

matrimonio. ¿Deseamos que sea aquí?

—Micaela, he visto a Teresa tonteando con el hijo de Rodrigo. Esto me ha hecho considerar más seriamente la posibilidad de tornar a Toledo. —Su expresión y la forma en que profirió estas palabras me decía que sentía las mismas dudas que yo.

—Son cosas de mozos. No creo que tenga la menor importancia. —Quitó seriedad al asunto, pero yo también había notado el cambio en nuestra hija.

—Si se desposan en México, echarán aquí raíces, y sería más dificultoso volver... ¿Cuál es tu deseo, Mica?

—Tengo muchas dudas —anuncié—. Hace meses que cavilo para encontrar una solución a este dilema. Considero que, de volver, este es el tiempo de hacerlo, antes de que Diego y Teresa sean mayores. Pero, al meditarlo, me estremezco ante la idea de partir.

—He de confesarte que me sucede lo mismo —me respondió él, con alivio en su voz. Tal vez yo era demasiado suspicaz, pero me pareció que respondía con demasiada vehemencia.

—¿Y por qué has callado tu anhelo? —pregunté asombrada.

—Discurrí que ansiabas tornar.

—Antes de morir mi padre, así era —repuse—. Ahora no lo sé.

—Tal vez podríamos iniciar la hermosa tarea que Andrés nos encomienda... —sugirió Íñigo.

—Y más luego, partir. Siempre podemos tomar esa decisión...

—No te inquietes, alma mía —me tranquilizó mi esposo—. Dejemos que esta tierra nos enseñe lo que nos queda por hacer y después... después se verá.

—Cierto, no hemos de forzar los acontecimientos. Meditemos nuestra resolución y gocemos de cada instante en este lugar.

En ese momento pasó a lo lejos, como una centella, nuestro hijo, montado en un caballo tordo, bien protegido por sus *chaparejos*, para protegerse de las abundantes matas espinosas, calado el sombrero y sus espuelas de plata.

Nos saludó. Era feliz.

Como me sucedía a menudo, me entregué a la hacienda con pasión. La tarea había sido ingente. Los árboles de morera los hallé descuidados; el pozo, sucio; el almacén de maíz, inutilizado; el almiar^[31], destruido, y la casa, abandonada y polvorienta.

Contaba con el dinero de la herencia de mi padre para todos los trabajos que habría de emprender. No era eso lo que me preocupaba, sino la ingente labor a la que había de enfrentarme. Conociéndome, temía que la impaciencia

por ver la casa dispuesta y el campo arreglado me empujaron a *esforzarme en exceso* y pagar las consecuencias. No podía desatender el taller de la capital, pues conmigo trabajaban varias personas que sustentaban a sus familias. El buen nombre de nuestra orfebrería había corrido por la ciudad, y recibíamos numerosos encargos, tanto de alhajas para el adorno personal, como de objetos de arte destinados a ensalzar o agradecer dones concedidos por el Altísimo.

Diego, que era un chico de ciudad, tomó con entusiasmo la organización de la hacienda, y Teresa, cuando comenzó a ver los resultados, quiso acompañarnos en nuestras visitas y, poco a poco, tomó interés en la cría de los gusanos de seda, y quiso aprender todo lo posible sobre la producción de ese esplendoroso tejido.

Le asombraba que aquellos diminutos seres pudieran estar aletargados el día entero, para despertar por la noche y devorar sin descanso las jugosas hojas. La historia de su entrada en Europa, tan misteriosa, entusiasmaba también a mi hija.

—¿Cómo es posible —me preguntaba— que los chinos, que guardaban con tanto celo el secreto de la seda, fueran desposeídos de él?

—Es una historia muy antigua. En el año 522 unos monjes que viajaban por Oriente lograron esconder en los báculos en los que se apoyaban unos huevos de gusanos de seda —recordé.

—¡Qué raro! ¿Los bastones eran huecos?

—Estaban realizados en bambú, y sabes que entre los nudos hay siempre una oquedad.

—¡Muy astutos, los frailes!

—La noticia de este hallazgo se divulgó a velocidad inusitada por Italia, España y Arabia, dando origen a preciados textiles de extraordinario valor comercial.

—¿Y de qué manera arribaron a Nueva España? —Mi hija siempre había de llegar al final.

—Cuentan que Moctezuma tenía pliegos de seda para algunos de sus documentos y escritos importantes, pero no lo sé de cierto.

»Lo que sí que sé —continué— es que un español, pasajero de uno de los barcos de la Flota, trajo consigo unas plantas de morera de la Península, que arraigaron en esta tierra, y dieron vida a todas las que ves en esta hacienda.

Cuando las larvas formaron los primeros capullos con su hilo finísimo, tan suaves, tan tiernos, gozamos ambas del sabor del triunfo. Como si hubiéramos obtenido un trofeo. Pasaron meses de intenso trabajo y por fin, arreglada la

casa, invitamos a fray Andrés a que viniera a visitarnos en el campo. Su alegría al ver lo conseguido nos compensó del mucho esfuerzo.

Hasta ese día habíamos llevado la hacienda con unos nativos que el fiel Lagartija nos había proporcionado, pero si queríamos producir la seda, añadir las plantaciones de maíz, algo de ganado, y cultivar frutales y olivos, necesitábamos mano de obra. Así lo hicimos saber a Urdaneta.

—No se pierda en bachillerías^[32], vuestra merced —me dijo—. Yo resuelvo ese problema.

La hacienda distaba unas pocas leguas de la capital, pero estaba muy cerca de una aldea de indios que, al inicio, nos miraban con desconfianza. Urdaneta, que hablaba náhuatl, se acercó a parlamentar con el cacique. Tornaron a la hacienda charlando como si se conocieran de chicos. Yo no entendía todo su discurso, pero era obvio que el cabecilla estaba de acuerdo con aquello que le pedía el fraile.

Pusimos nuestros propósitos en conocimiento de las autoridades, a fin de obtener los necesarios permisos, y de realizarlo todo con arreglo a la ley.

La casa estaba ya aseada y confortable y quedamos todos a dormir aquella noche. Nunca olvidaré mi primer amanecer en Las Moreras. Desperté sin saber muy bien dónde me hallaba. Al recordarlo, salté de la cama sin hacer ruido, y salí a contemplar el alba.

La claridad de la amanecida derramaba su vida siempre renovada, tras una sutil madeja de niebla. El sol pugnaba por atravesarla, creando una atmósfera envolvente, liviana y mágica. Me dejé llevar por la ensoñación, cuando, de repente, un haz de luz me acarició, casi con violencia, el rostro. Los pájaros, animados por esta explosión de energía, comenzaron a desgranar su dulce repertorio, mientras el murmullo de las ramas de los árboles acompañaba su canto; los penetrantes aromas, tan distintos de los europeos, me acariciaron; una brisa suave me rodeó como los brazos del ansiado amante...

Impregnada de esa atmósfera sensual, la emoción se apoderó de mí y comprendí, en ese instante, que esa tierra era mi destino, que no amaría ningún otro lugar con la pasión con la que iba a vivir aquí. El reducto del jardín estaba guardado por una doble fila de nopales, aquellos que nosotros llamábamos chumberas, y que en una cierta época del año florecían con flores de extraña belleza. Pensaba plantar algún sembrado más con dichas plantas, pues eran prolíficas en jugosos frutos, y del nopal se destilaba un licor que gustaba mucho a los indígenas.

Por si tenía alguna duda, la diosa de este lugar, una tenía que haber, me envió otro mensaje. Sobre las pencas de un nopal, un águila mañanera se

desperezaba abriendo sus alas con elegancia suprema. Dio unos trinos broncos, como confirmando su posesión del territorio, y se elevó altiva hacia las alturas. Cuando lo conté más tarde en casa, la expresión de felicidad brillaba en la cara de Lagartija.

—¿Comprendes, *Micatzin*? —Casi saltaba de alegría—. Es un signo. Significa que harás cosas grandes y que este será tu verdadero hogar.

Muchos serían los gastos si queríamos que aquella hacienda produjera unas ganancias al tiempo que ofreciera un trato justo a los indígenas. Una de las primeras medidas que tomé fue la compra de una reata de burros, que se unirían gozosos a los que ya trotaban en Las Moreras, para que transportaran la carga. Fray Juan de Zumárraga, en aquella nuestra primera conversación, me advirtió sobre el sistema de utilizar a los indios, a los *tamemes*, como bestias de carga, que era contrario al amor fraterno, en total contradicción con lo que los frailes predicaban.

Entre tanto, la autoridad de Lagartija y su buen hacer le habían ganado la confianza de los indígenas de la aldea, que distaba de Las Moreras la media legua preceptiva. Las promesas que les había hecho sobre el salario, descanso semanal y trato justo que él les había asegurado que encontrarían en Las Moreras se habían cumplido. Para satisfacción de fray Toribio eran muchas las conversiones y no precisamente de cristianos remojados. Fue así que Andrés Urdaneta nos sugirió que propusiéramos a la autoridad el nombramiento de Lagartija como alcalde de indios. Al principio no resultó tan sencillo convencer al corregidor, pues el argumento era que la aldea tenía pocos habitantes para tener tan alta autoridad.

Los insistentes argumentos de Urdaneta sobre el ejemplo que esta hacienda proponía, y la posibilidad de reunir varios pueblos menores bajo la batuta de un solo regidor, consiguieron nuestro deseo.

Otro escollo duro de salvar fue el cacique local. Desde los tiempos de la Conquista, los caciques habían sido confirmados por la corona en sus privilegios, aquellos que gozaban en tiempos de Moctezuma. Estaban acostumbrados a usar a sus indios en todos los trabajos y sin paga de ninguna clase. Lo que nosotros veníamos a imponer era un malísimo ejemplo. Pero cuando nuestro jefe local comprendió que la prosperidad podía instalarse en su entorno, cambió de actitud. Vio que el propio virrey respaldaba la idea, y sumó las ventajas que vislumbraba si accedía a que Lagartija fuera el alcalde.

Apareció el cacique una tarde en la que el viento revolvía las ramas de los árboles, creando en la tierra mágicos espacios de luces y sombras. Venía ataviado a la española, montando su espléndido caballo, la espada al cinto y el

sombrero de ala ancha bien plantado en la cabeza. Le seguía una abundante comitiva, formada por *principales*, parientes que descendían como él mismo, de antiguos gobernantes de los *calpulli*. Y que, por supuesto, ninguno pagaba tributo. Detrás, al final de la comitiva, los servidores, vestidos someramente, y prontos a satisfacer el menor deseo de su amo. A todo lo cual, tenía derecho según las normas novohispanas.

He de confesar que la actitud del flamante alcalde fue ejemplar. Decidió trasladarse de manera permanente a Las Moreras, y desde allí, contribuía a la dirección de la hacienda con absoluta responsabilidad y se ocupaba de los problemas de sus gobernados con incansable dedicación. Con frecuencia pedía consejo a Íñigo, a quien maravillaba la inteligencia natural de esa persona excepcional que Dios había puesto en nuestro camino. Muchas veces di en pensar que no hubiéramos conseguido la buena marcha de aquel complejo entramado sin su ayuda.

Porque, con el paso de los años, Las Moreras había crecido y era ya una plantación importante, y la producción de hilatura era tal, que había decidido montar un obraje, un telar, donde se tejían hermosas sedas de fascinantes diseños. Las mujeres encontraban un trabajo para el que estaban preparadas, pues por tradición sus madres y abuelas lo conocían, y su hogar estaba cercano.

Sin apenas darnos cuenta, la tierra que yo cuidaba fue formando parte de nosotros. Teníamos que tomar una decisión, pero pasaba el tiempo, y ni mi marido ni yo tomábamos determinación alguna al respecto.

INAUGURACIÓN DE LA UNIVERSIDAD

25 de enero, 1553.

Era un día grande para Nueva España. En esa mañana fría de enero se iba a inaugurar la Real Universidad de México, por la que tanto habían luchado personajes como Juan de Zumárraga y el virrey Mendoza. Fueron otorgados a ese centro de saber los mismos estatutos de la Universidad de Salamanca, y desde aquel día, se podría estudiar en México leyes, cánones y medicina con grado de licenciado y doctor. También se obtendría el título de maestro en artes.

De acuerdo con las normas establecidas, habían de elegir al primer rector, cargo que recayó en una personalidad respetada en el virreinato por su

sabiduría y buen hacer, Antonio Rodríguez de Quesada. Ostentaría esa responsabilidad durante un año, y cada 30 de junio, se escogería un nuevo director.

Para esa época, Cervantes de Salazar se había convertido en un buen amigo y fue designado para pronunciar la lección inaugural, por lo que acudíamos a la apertura con sumo interés.

El edificio que albergaba la Universidad estaba situado en el centro de la ciudad y ocupaba un chaflán en las dos calles más concurridas de la capital. Entramos Íñigo y yo en el patio y admiramos la galería de madera que recorría el segundo piso, con su torneada barandilla y hermoso artesonado. Nos dirigimos hacia la puerta ricamente labrada, que, abierta de par en par, daba paso a una luminosa sala que acogería a los invitados a la ceremonia.

La gente se apresuraba, entusiasmada, para tomar un buen lugar. Eran conscientes de vivir un momento importante en la historia novohispana. Les animaba el pensamiento de que, en adelante, sus hijos podrían instruirse como lo harían en Salamanca o Alcalá de Henares. Pero era tal la muchedumbre que muchos quedaron fuera del recinto y se habían de contentar con las noticias que les llegaban, desvirtuadas muchas veces, a través de los que estaban en el interior.

Gracias al cargo de Íñigo y a los buenos oficios de Salazar, yo me encontraba junto a Juana en un lugar desde donde podíamos observar todos los detalles.

El Aula Magna era amplia, rectangular, de sobrias paredes blancas. Destacaba en una de ellas un magnífico cuadro del Redentor en gloria y majestad. Debajo, un coro de asientos donde se sentarían los profesores estaba realizado en sólida madera tropical, que derramaba un fresco aroma de bosque. La mesa presidencial, donde se situarían el rector, el encargado de pronunciar la lección inaugural, y los catedráticos, estaba cubierta por un paño de terciopelo azul oscuro adornado con franjas recamadas en oro. Un sencillo crucifijo presidía la ceremonia, y unos cuantos rollos de pergamino sellados con lacres de misteriosos símbolos esperaban el momento de ser utilizados.

Aparecieron en el umbral, en solemne procesión, los catedráticos fray Pedro Peña, Pedro Morones y Cervantes de Salazar, y, el último, siguiendo el protocolo de la iglesia, el rector acompañado de su escolta armada y su alguacil de corte, que fueron a sentarse en un lugar no muy lejano. Las autoridades universitarias se colocaron en solemne procesión en los sitios que les habían designado. Formaban un perfecto semicírculo, y allí se

aposentaron con la gravedad que requería el momento. Ya solo aguardábamos la llegada del obispo y el virrey. Entraron acompañados de sus respectivos séquitos, el obispo Alonso de Montúfar, y a su lado, el virrey, don Luis de Velasco, que presidirían la inauguración desde los sitios que les habían preparado.

Recorrí la concurrencia con la mirada. Las damas españolas vestían atuendos de importancia, sedas azules, verdes o de tonos sutiles de gris, con sus collares de perlas de nacarado oriente, y realzando sus rostros con aderezos y escofietas, unas de gasa, otras de los más finos encajes; las criollas, en tafetanes rutilantes de colores más sostenidos como ocre o violetas; las indígenas vestían, en su mayoría, huipiles bordados, y sus espléndidos peinados adornados con exquisitos trabajos de plumería, haciendo gala de la imaginación que yo había aprendido a admirar en ese pueblo artista.

Grupos de muchachos, españoles, nativos y criollos, observaban atentamente la casa que les acogería durante unos años que serían fundamentales para su formación. Entre ellos percibí a nuestro hijo Diego, que, aunque no tenía aún la edad, pretendía en un futuro cercano cursar allí sus estudios superiores.

Cervantes de Salazar hizo hincapié en aquellas ideas que nosotros le habíamos escuchado con anterioridad:

—La Universidad es una institución necesaria para apoyar el proyecto de evangelización en el que estuvo comprometido el primer obispo de México, Juan de Zumárraga, cuya senda seguirán sus sucesores.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala. Salazar hizo una pausa y continuó:

—Es menester que sirva para que los españoles, pobladores de estos reinos, encuentren un hogar donde poder arraigar con sus familias.

De nuevo la satisfacción se leía en los rostros de los asistentes.

—Y es necesario que en estos dominios del rey nuestro señor se imparta el saber a nativos, criollos y españoles, para bien de la cristiandad.

En ese momento unos susurraban su contento y otros mostraban su desaprobación. Bien conocíamos la división de opiniones, y los bandos que luchaban por implantar su parecer.

Una vez concluida la ceremonia, tuvo lugar el besamanos al virrey, que mucho se demoró, pues todos querían saludarle en fecha tan señalada^[107].

Cumplido ese requisito, nos reunimos los amigos de siempre, Miguel con su mujer Isabel Garcés, Juana y Fermín, Rosario y Rodrigo y Diego y

Estrella, que estaba deslumbrante para tan importante ocasión. Lucía una preciosa esmeralda, en la que me fijé, quizá, con demasiada intensidad.

¡Era aquella que había entrevisto años ha, entre las plumas de su antifaz!, recordé.

No quise preguntarle por la preciosa joya, pero me dije que, en una de sus visitas a mi taller, lo haría.

La emoción nos embargaba a todos. Hoy, en el virreinato se había dado un paso de gigante. Teníamos mucha curiosidad por conocer los detalles, de estatutos y organización de la Universidad.

—¿Cómo se habrá de elegir al rector? —pregunté.

—La elección ha de recaer alternando un seglar y un religioso. Pero no puede ocupar el cargo ningún oidor, fiscal o alcalde —contestó raudo Legazpi.

La norma parecía prudente.

—Y los catedráticos, ¿cuáles son sus obligaciones y cuál es la duración de la cátedra? —Era Rodrigo quien preguntaba.

—Han de ganarla por oposición, y pueden permanecer en ella durante cuatro años, o, en algunos casos excepcionales, ser de por vida —contestó Juan Cano, que había venido de la vecina ciudad de Tacuba, que seguía gobernando con sabiduría y cordura.

—No sé si muchos querrán demorarse a perpetuidad, pues el cargo de catedrático lleva consigo la prohibición de asistir a bailes, acudir a representaciones teatrales y correr toros —remachó Íñigo.

Diego, a quien la perspectiva de iniciar allí sus estudios interesaba en verdad, preguntó impaciente:

—Padre, ¿cuándo me daréis la venia para comenzar?

—Ya la tienes.

La alegría de mi hijo era inmensa. Ya se veía él con ropas de importancia, rodeado de amigos, aprendiendo asuntos de interés, y, enseguida, bachiller. Su padre, al entender su pensamiento, le aconsejó:

—Habrás de aprovechar el tiempo y trabajar con denuedo. Los estudiantes han de acudir puntuales a las siete de la mañana...

—¡Lo haré felicísimo! —se apresuró a responder nuestro hijo.

—¡No tan deprisa, caballere! —le cortó su padre—. Por las tardes habrás de asistir también a las clases, de las dos a las seis.

—Os aseguro que lo haré gozoso.

Nunca me había mostrado Diego inclinación hacia alguna materia en concreto, y por eso pregunté:

—¿Qué disciplina vas a escoger?

—Quisiera obtener el grado en Medicina. Recuerdo aquel día en que estuve tan enfermo y don Martín de la Cruz me sanó con sus pociones y hierbas curativas. Yo quiero poder curar y aliviar el dolor.

Me enternecieron sus palabras. Las dijo con pasión, creyendo en verdad lo que decía.

—Hablaré entonces con Andrés —le dijo Íñigo— y le pediremos que te recomiende a Martín de la Cruz, para que te acepte como ayudante. No hay mejor maestro de botánica en este virreinato.

—Andrés me dijo que está Martín muy afanoso escribiendo su libro sobre la utilización de las plantas medicinales novohispanas. ¿Crees que tendrá tiempo para nuestro hijo? —Yo dudaba que admitiera aprendices.

—En este momento necesita un muchacho que le ayude en la recolección y selección de las plantas, y para hacer las anotaciones pertinentes.

Yo, que conocía el temperamento emotivo de mi hijo, resolví hacerle una apreciación:

—¿Sabes cuánto tiempo habrás de dedicar al estudio? Serán largos años de esfuerzo.

—Lo sé, madre, pero trabajaré lo que sea menester.

Entonces, Cervantes de Salazar quiso despejar las dudas de mi hijo:

—En primer lugar, habrás de ser bachiller en Artes, después estudiar tres años y medio medicina para ser bachiller en Medicina...

—Estoy dispuesto —respondió el muchacho, a lo que Cervantes añadió:

—Y otros tres años y medio en los que habrás de acudir al Hospital de Jesús para hacer disecciones de corazón, hígado y estómago... Ser licenciado en Medicina es ardua empresa. ¿No ha mermado tu ilusión^[108]?

—De ninguna manera —afirmó mi hijo—. He observado la dedicación apasionada con la que Rodrigo estudia cómo remediar los males de sus enfermos. Su vida tiene sentido. —Y añadió—: Haré lo que tenga que hacer.

Lo dijo determinado, seguro de sí mismo. Vi que surgía en él una vocación que iluminaría su vida. Y la memoria me llevó a aquella mañana en Toledo, cuando en el taller de mi padre descubrí un trabajo que me apasionaba y que desde entonces era parte de mi vida. Pero Íñigo lo había entendido ya. Estaba junto a Diego y le decía:

—Serás un buen médico.

Unos días después, fuimos invitados a otra ceremonia, que resultó solemne y de hondo simbolismo. Bajo la presidencia del virrey y del rector fue llamado el maestresala, don Álvaro Tremiño, para que otorgara el grado

de maestro a fray Alonso de la Veracruz. El agustino se acercó sereno, recogido en la importancia del momento. Entonces el maestro le depositó un libro en sus manos, el Nuevo Testamento, le puso un anillo en el dedo, lo besó en las dos mejillas, y le colocó un bonete en su venerable cabeza.

Eran hombres excepcionales, de probada sabiduría, con experiencia en universidades de prestigio como Salamanca, París o Alcalá de Henares, y a mí me conmovió pensar que en aquel Nuevo Mundo que estábamos inaugurando, el saber tendría un lugar de preeminencia. El otorgar el conocimiento era una idea generosa y moderna.

Íñigo me mostró orgulloso el comunicado final:

Se hizo y se acordó e ordenó, para que hubiese fundamento y principio en las facultades de Artes y Teología, y para que los demás se puedan graduar y examinar como Su Majestad lo manda, por la Facultad Real que hay para ello.

GUERRA CHICHIMECA

No todo eran buenas noticias en el virreinato. Por una parte, en la pasada Navidad, los criados del virrey habían golpeado con gran desacato al alguacil mayor. Tras una supuesta rigurosa investigación, estaba todavía sin resolver, pues los culpables no habían sido aún castigados. La autoridad quedaba en evidencia.

Otra novedad inquietante preocupaba a Velasco. Grupos, cada vez más numerosos de cimarrones, indios vagabundos y españoles despechados organizaban ataques en los que robaban ganado y caballerías, en asaltos nocturnos a las estancias y haciendas de la región.

Los encomenderos no daban abasto para defender sus propiedades, y los alcaldes ordinarios no contaban con medios suficientes para mantener el orden.

Determinó Velasco fundar la Santa Hermandad, que, en España era pagada por los concejos. Creada por Enrique IV de Castilla para luchar contra el asedio de los bandidos, o *golfines*, que eran la pesadilla de villas y pueblos, su implantación en Nueva España parecía de utilidad.

En las mangas usaban unos puños verdes, por lo que fueron llamados coloquialmente «mangas verdes».

Bien que al inicio esa policía rural fuera eficaz, se fue relajando y las gentes ya no confiaban tanto en ellos, pues debían de llegar cuando la fechoría ya había sido cometida. De ahí que los agredidos utilizaran la expresión «A buenas horas, mangas verdes», que usábamos nosotros.

Íñigo me dijo que esperaba que funcionaran con el mismo empeño con que lo hicieran en sus comienzos en Castilla.

En Nueva Galicia, a pesar de la construcción años atrás de fortines y presidios y la dotación militar consiguiente, la guerra contra los chichimecas seguía preocupando al virrey. Para mejorar la defensa del Camino Real de Tierra Adentro, que sería también llamado Camino de la Plata, Velasco tomó la determinación unos meses más tarde, de fundar dos poblaciones entre Querétaro y Zacatecas: San Miguel el Grande^[33] y San Felipe. Era necesario también imponer ciertas normas entre los propietarios de las minas:

En abril de ese año, una Primera Ordenanza obligaba a registrar las minas antes de iniciar la extracción del mineral, y exponía la prohibición de descender más de «tres estados», unos dieciocho pies, durante el primer año.

Tuvieron lugar un hecho y dos decisiones que habían de resultar fundamentales para restaurar el orden en esa temida Nueva Galicia. Ante todo la victoria de Francisco de Ibarra contra los chichimecas fue determinante para mostrar el poder de España.

Seguían llegando noticias que hablaban de las victoriosas exploraciones de Francisco de Ibarra. Era un hombre determinado a conquistar. Una mezcla del espíritu combativo medieval y los ideales del Renacimiento le impulsaban a internarse en el norte, en un anhelo de conocimiento que había de ser la razón de su existencia. Eran tales sus méritos, que el virrey estaba valorando nombrarle adelantado y capitán general de Nueva Vizcaya, los nuevos territorios por él domeñados. Le conocimos de manera fugaz en casa de Legazpi, y nos impresionó a todos por sus ideas claras y el tesón que había demostrado a través de los años.

La concesión de buenas tierras a los colonos para que habitaran allí con sus familias fue primordial para conseguir el arraigo de los españoles. Se les imponía la condición de residir en ellas de forma permanente y defender el territorio con las armas, a lo que estaban más que dispuestos. Se iniciaba un proceso sin retorno.

Y para afianzar aún más este estado de cosas, las autoridades novohispanas ofrecieron a los jefes y a los gobernadores otomíes la

posibilidad de trabajar como guerreros y colonos en los puestos defensivos. Decidieron así mismo utilizar las dotes diplomáticas, conocimiento del terreno y psicología de estos indígenas, primero para guerrear y, llegado el momento, negociar, con sus antiguos enemigos los chichimecas. El virrey mandó llamar a mi esposo para que se personara en su despacho. Solo supe de esa reunión lo que Íñigo tuvo a bien contarme.

—Señor capitán —saludó deferente—, sois digno de elogio por el afán que demostráis en la seguridad del virreinato.

Imagué a Íñigo atusándose la barba, en un gesto característico, pues hubo de intuir que Velasco iba a proponerle algo que le traería dificultades. Pero respondió tranquilo:

—Me favorecéis, Excelencia. Cumplo con mi trabajo y me gusta lo que hago.

—La labor de inteligencia e información que habéis desarrollado ha evitado enfrentamientos muy perjudiciales. Contáis con muy buenos elementos entre vuestros «ojos y orejas».

«Malo —pensó mi esposo—. Tanta amabilidad me confunde». —Es por esa habilidad para conocer el valor de los hombres y vuestras dotes diplomáticas para prevenir los conflictos, preferible siempre a solucionarlos, que deseo pedir os vuestro concurso.

—Señor, a las órdenes de vuestra señoría.

Sabía que Íñigo había parlamentado con el virrey, pero presentí que mi esposo no me lo había contado todo. Intuí que me escondía algo. Como siempre que algo me preocupaba, preparé mi estrategia y busqué el momento más idóneo para conversar con él. El carácter de mi marido era de tal manera que, si yo insistía en saber algo que él deseaba ocultar, cuanto más yo porfiara, más se cerraba él. Era así.

Una bella tarde de septiembre, en la que la brisa refrescaba el patio donde estábamos sentados, y él, con la dulzura del atardecer se encontraba desavisado, comprendí que el momento había llegado. El personal se ocupaba de sus quehaceres en otro lugar de la casa. Sabía que nadie nos escucharía.

—Muy atareado os veo en estos días —comencé.

Él, sin recelar, contestó:

—El virrey me consulta para la ordenación de la política que se ha de seguir para acabar con el conflicto que asola Nueva Galicia.

—Sí, lo entiendo. No solo por las pobres familias que allí se han instalado, sino por la alarma que crean esas huestes de chichimecas, gentes

sin piedad, que tal vez consigan prender el fuego de la lucha a todo el país — respondí comprensiva.

—No creo que se extienda la rebelión más allá de la frontera con el norte, pero sí que puede hacerlo hacia poniente, donde ya sufrió el virreinato duro choque en años pasados.

No sospechaba hacia dónde iba yo a dirigir la conversación.

—Entonces nada hemos de temer en la capital y alrededores —indagué.

—Puedes quedar descansada. Ni tú, ni la familia, ni nuestra casa ha de sufrir mal alguno —aseguró.

Aproveché ese instante en el que Íñigo había calmado mis supuestos temores y tenía baja la guardia, para preguntar a bocajarro:

—Y tú, ¿por qué no te incluyes en esa salvación? —Su expresión denotaba una sorpresa molesta, pero prefirió contar la verdad y aclaró:

—Me he ofrecido a Velasco para acompañar al ejército que partirá para Zacatecas el mes próximo.

Si no lo hubiera intuido antes, me hubiera caído como un bombazo, pero como estaba preparada, inicié mi argumentación:

—Has servido bien a la corona muchas veces. Ya hemos llegado a edad de descansar y disfrutar de aquello que hemos conseguido con dedicación y esfuerzo.

—Mica, no sigas... Aquello que atañere al real servicio ha de ser realizado. —Fue su respuesta. Sabía que cuando se encastillaba en una idea, necesitaría mucho tiempo para convencerle de lo contrario. Y yo no tenía ese tiempo. Pero resolví permanecer callada, para continuar con mi táctica al día siguiente.

Dormí de mala manera, ansiosa, con pesadillas de serpientes guerreras que nos asediaban con tesón, y desperté muy de madrugada, sudorosa y angustiada. Subí a la azotea desde donde tenía la imponente visión de los volcanes, y en el aire puro de la amanecida, di rienda suelta a mis pensamientos, para intentar buscar una solución que no apartara a mi esposo de mi lado. Pero no la hallé. Procuré entregarme al trabajo del taller para no angustiarme, pero mi mente me llevaba de continuo al dilema que me atormentaba.

Al mediodía, apareció temeroso. El corazón me dio un vuelco, pues pensé que le habían confirmado su partida, y que le afligía referírmelo.

Con un hilo de voz le interrogué:

—¿Qué te sucede?

A medida que mi esposo me narraba su nuevo encuentro con el virrey, un temor irrefrenable se apoderó de mí. Por toda la ciudad corrían rumores, dimes y diretes del levantamiento en Nueva Galicia.

—Te ha ordenado que partas a la campaña chichimeca. ¿No es así? — pregunté atemorizada.

—No me lo ha ordenado. —Hizo un pausa y añadió—: Me lo ha pedido... Y creo que, dadas las circunstancias, he de ser útil.

—¿Has pensado en los graves peligros que correrás en esa zona de guerra? ¿No te basta tu familia, tu trabajo en pro del orden y el magnífico proyecto de Las Moreras?

Él guardaba silencio, contrito, pesaroso, como un chico cogido en falta. Había algo más aún, algo que deseaba decirme, pero no sabía cómo.

—¿Qué te sucede? ¿Es que me escondes algo aún peor? —El corazón me latía, desbocado, aterrorizado.

—He dado en pensar... —comenzó— es solo una idea... Tal vez...

Mi cabeza sintió una presión insoportable en las sienes, parecía que iban a estallar. Había entendido su designio.

—No querrás que te acompañe Diego... No es eso... ¿Verdad?

—No se lo he comentado a nadie, ni a nuestro hijo, ni al virrey, pero será importante para él que tome contacto con el virreinato, sus problemas...

—¡Mil veces no! —grité con horror. De repente, un pensamiento luminoso se hizo camino en mi mente y anuncié satisfecha—: La ley dice que no puedes viajar sin mi consentimiento.

Mi esposo esbozó una sonrisa:

—Esa ley, que de cierto existe, se aplica nada más a los viajes de Ultramar.

Mi argumento había fallado. Permanecí perpleja, confundida, vencida.

—¡Serénate, mujer! Serán unos días no más, unas escaramuzas...

—¿Unas escaramuzas, dices? ¿Han muerto miles de hombres bragados, curtidos en muchas batallas, y dices que serán simples reyertas? ¡No me engañas, no soy tan necia! ¡Diego correrá peligro y tú también!

No entendía ese afán de arriesgar todo lo que habíamos creado.

—Mica, Diego estará siempre a mi lado, yo le protegeré...

—¿Ah, sí? ¿Y qué tal si caéis los dos? ¿Quién os protegerá?

—Nuestro hijo es ya un muchacho hecho y derecho. Es posible que después de completar la Universidad le aguarden cargos de relieve en el virreinato. Ha de ir tomando experiencia.

—Ahora no puedo contestarte. Estoy demasiado furiosa contigo. He de reflexionar.

Durante varios días sopesé los pros y los contras, y comprendí que, aunque detestaba la idea, mi esposo tenía razón. Muchos eran los problemas de Nueva España, y para mejorar el virreinato se necesitaban hombres leales, valerosos y, sobre todo, con conocimiento y experiencia. Sabía también que no podía demorar mi respuesta, y arrepintiéndome de hacerlo, di mi consentimiento para que nuestro hijo fuera con la expedición.

—¡No lo has de lamentar, Mica! ¡El chico volverá victorioso y orgulloso de servir a su tierra!

—¡Que torne salvo! —Fue mi lacónica contestación.

—Su salvaguarda será mi primera preocupación. Además, no te inquietes en demasía, porque mi labor ha de ser instruir a los otomíes en la forma de construir las relaciones con los naturales para acabar con la guerra. Ese será el aprendizaje de Diego. Dudo que entremos en batalla.

—Todo el mundo sabe que los chichimecas atacan a los ejércitos en los angostos desfiladeros que corren entre sus montañas, y que lo hacen por sorpresa —le dije un tanto enfadada. No quería que, encima, intentara nublar me el entendimiento.

—En verdad no has de preocuparte en exceso. El valeroso y determinado Francisco de Ibarra ha organizado unas expediciones en el territorio para mostrar la intención de arraigo que tenemos los españoles.

Noté su empeño en tranquilizarme.

—Algo tendrá que ver ese interés con las minas —comenté sin mucho afán.

—Han encontrado importantes vetas de plata también en Durango y Chihuahua. En otras dos recién descubiertas, Guanajuato y Fresnillo, se está extrayendo ese mineral de extraordinaria calidad. —Él ya estaba entusiasmado, y continuó—: Bartolomé de Medina descubrió una fórmula que consiste en mezclar sal, pirita de hierro, cobre y mercurio, lo que impulsa la extracción de manera muy efectiva. Todo esto contribuirá a convertir la minería en la gran industria de Nueva España.

—¿Cuándo partiréis? —indagué con un hilo de voz.

—No hemos de tardar, pero no sé la fecha exacta. Habremos de reunir los pertrechos necesarios... —Y de repente, me pidió—: ¿Consentirías en que llevara a Tlacuilo con nosotros? Es una tierra asaz desconocida. Él con su pintura y sus descripciones ayudaría en entender las razones de muchas cosas.

—No tengo ninguna objeción porque es muchacho sensato y se alejará del peligro, y, en efecto, será muy útil.

En esos conciliábulos se encontraba mi esposo, procurando el consejo que le había pedido el virrey. Yo percibía que su mente estaba ocupada por pensamientos que estaban relacionados con la dichosa guerra.

Al mediodía, apareció mohíno y cabizbajo. El corazón me dio un vuelco, pues pensé que le había confirmado su partida, que era inmediata, y que le afligía referírmelo.

Con un hilo de voz le interrogué:

—¿Qué te sucede? ¿A qué se debe tanta zozobra?

Apenas dicho, ya me arrepentía de averiguar la verdad. Pero él aclaró:

—Estoy apesadumbrado...

Sentí que me faltaba la respiración.

«¿Será posible que este hombre no me dé paz, que siempre haya de estar temiendo que su valor le empuje a todo conflicto que se produzca a su alrededor?», pensé.

La imagen de las muchas viudas que habían dejado los feroces combates de años anteriores se me impuso en el pensamiento en toda su crudeza. Entonces, cuando menos lo esperaba, se produjo el milagro:

—Velasco ha determinado que permanezca en la capital, al mando de todas las fuerzas. Dice que necesita en la retaguardia a alguien capaz de constituir fuerzas de defensa en el caso de que la lucha se extendiera.

Mi intención fue abrazarle con toda mi alma, pero me contuve para no insistir en lo que él consideraba su derrota. Enseguida añadió con ligera ilusión en su voz:

—Argumentó también que las tropas necesitarán refuerzos, yo habré de reorganizarlas, y en ese momento sí, conducir las hasta los confines con el norte.

De momento, habíamos librado. Ya me ocuparía de futuros problemas cuando se presentaran.

Organizó el virrey la tercera de las expediciones, que por fuerza había de ser la más contundente para acabar al fin con la inseguridad y alarma en la que vivían tantos mercaderes, mineros y agricultores en Nueva Galicia. Reunió Velasco una fuerza imponente cuyos jefes y capitanes se concentraron en el centro de la capital para recibir la bendición del obispo. Era una visión fabulosa. La plaza Mayor albergaba algunos de los regimientos que habían de partir para defender el Camino Real, que conducía a la zona minera.

Los españoles arropados por sus corazas de metal, asomando la faldilla bajo la armadura, sus cascos empenachados, montaban en corceles que piafaban con impaciencia olfateando la batalla. Los jefes otomíes, caxcanes, tarascos y mexicanos mostraban todo su lucimiento, pertrechados con sus cotas de algodón, sus rodela y espadas preparadas para el combate, y vistosas plumas entremezcladas en sus airosos peinados, tanto más alzados cuanto mayor era la importancia del guerrero.

Detrás iban las carretas que portaban las armas pesadas, culebrinas, lombardas y municiones; las reatas de mulas con las abundantes provisiones, carne salada, tocino, quesos, bizcocho, vinos suaves de Vinaroz y Peñíscola, y dulces de Málaga y Jerez. Al son potente de una caracola marina, un murmullo recorrió las filas de los capitanes indios. Con gesto vigoroso se golpearon el pecho con el puño y con decidido vocerío exclamaron:

—¡Corazón en mano!

—Por orden del emperador.

Con esa antigua fórmula del Anahuac, los naturales renovaban su lealtad al nuevo señor, el rey de Castilla y de las Indias. El capitán español pasó revista a sus tropas. Verificaba si iban bien guarnecidos: jubones de lienzo con las mangas forradas de bocací, calzones, medias de estameña, zapatos de cordobán de dos suelas y sombrero de fieltro. Al costado, la espada, y al otro lado, la faldriquera que soñaban llenar con sólido oro.

Una vez que hubo recibido la bendición, el ejército se puso en camino. Iniciaban la marcha los honderos, implacables en sus certeros golpes, con sus espesos lienzos amarrados a la espalda; seguían los capitanes y la caballería, con el rítmico repiqueteo de los cascos de los caballos que marchaban al compás de una música heroica, interpretada por suaves pífanos, rotundos tambores y tintineantes trompas de Florida. La infantería, marcial y decidida, era saludada por las gentes que se agolpaban a los lados de las calles y caminos. Seguían los arcabuceros con escudos de cuero, ballesteros, lanceros, soldados de espada y rodela, alguaciles, escribanos, dos «lenguas» o intérpretes, llamados Machicato y Acúñame, y, al fin, los capellanes. Marchaban detrás los colonos y, por fin, los rebaños de ovejas y reses para la alimentación de todo ese ejército. Una intensa polvareda comenzó a cubrir las siluetas y contornos de la comitiva.

Solo cuando los últimos carretones y jinetes de la retaguardia se adentraron en la calzada de Tepeyac, consintieron los deslumbrados espectadores retornar a sus casas. Muchos lo hacían con el ánimo angustiado, pues tenían hermano, padre, marido o hijo que participaba en la expedición.

LA INUNDACIÓN 1553.

*P*ero aquel año aún había de traer mayores tribulaciones. El mes de septiembre empezó con lluvias continuas y, por fin, las aguas hicieron acto de presencia de manera alarmante. Al principio, los agricultores estaban contentos, pero cuando se avecinó la época seca y no paraba de llover, la preocupación se apoderó de ellos. De nuevo tornó el aguacero, pero una mañana clareó, y al verlo disminuir, concebí la esperanza de que el diluvio hubiera terminado. Nos aguardaba una experiencia aterradora.

Los cielos, densos de nubes preñadas de lluvia, se oscurecieron hasta tal punto, que parecía que el fin del mundo se aproximaba. Los ríos descendían fragorosos de los cerros vecinos y crecían de forma alarmante. El río Cuautitlán, que bajaba de las serranías del norte, de costumbre ya caudaloso, arrollaba con ímpetu todo aquello que encontraba en su trayectoria, portando en sus entrañas madera, troncos, tierra y lama. Caía agua del cielo tan torrencial que jamás se vio cosa semejante en Nueva España.

La lluvia era tan intensa que la laguna, desbordada de aguas incontenibles, comenzó a inundar las calles de la capital y los pueblos cercanos. La calzada de Chapultepec, hasta la iglesia de San Pablo de Teopán, estaba cubierta por las aguas. Tuvimos que usar canoas para desplazarnos, pero hubo gentes que quedaron aisladas y no se les pudo socorrer, pues cada uno había de remediar su propia familia o aquellos que había más cercanos.

El virrey pidió a mi esposo que le escoltara, y tomaron rumbo con diversas canoas hacia la antigua albarrada de los indios, para inspeccionarla. Pero una vez allí, comprobaron con desmayo que estaba inútil, pues no se había reparado en años. Verificó, desalentado, que muchos de los enmaderamientos que habían de contener la avalancha estaban podridos, carcomidos e inservibles. Hubieran tenido que vigilar las albarradas, e incluso levantar nuevas, a fin de solventar las crecidas de las aguas. Pero no se había hecho. Mandó entonces Velasco construir con la urgencia requerida la albarrada de San Lázaro, que tenía que levantarse entre la calzada de Guadalupe y la de San Antonio Abad.

No se limitó a dar las órdenes, sino que, dando ejemplo, se puso manos a la obra, para infundir a los demás la energía necesaria en esa calamidad. Había que trabajar con prontitud, pues las vertientes de los citados ríos, así

como la fuente de Azumba y las avenidas de Pachuca, no cesaban de verter oleadas aterradoras en la laguna.

Íñigo, a su vez, fue enviado a los propietarios de las casas para ordenarles que construyeran con la mayor rapidez sus propias empalizadas para proteger sus casas de los vientos y las olas.

Las torrenteras, henchidas de corrientes tumultuosas, arrastraban piedras, lodo y pequeños animales domésticos que no habían podido resistir la fuerza de la riada, taponando los aliviaderos. En las escorrentías el agua corría a cascadas, los sembrados estaban inundados, y se perdieron las cosechas; cadáveres de hombres y bestias ahogados en la avalancha del torrente se pudrían, corrompiendo el agua. A pesar del desastre que sufríamos, el virrey tuvo la serenidad de coordinar a las autoridades, alarifes, ciudadanos y voluntarios, y determinar posibles soluciones.

Construyeron calzadillas de madera, una cuarta sobre el nivel del agua, para poder atravesar aquellas calles que estaban aún sumergidas, como las de San Agustín, la de Zelada, Donceles, Águila y Santo Domingo.

Cada tres manzanas, o cuadras como decían allí, fabricaron unos altos y anchos puentes de madera, de unas dos varas y media, a fin de que las canoas repletas de víveres pudieran pasar y aliviar a los necesitados ciudadanos.

Acudieron a desatascar los sumideros, dado que los portillos estaban cegados por todos aquellos materiales que la fuerza de las aguas acarreaba. Habían de desatancar los desagües para que aquella marea que amenazaba con ahogar la capital siguiera su curso. Tomaron la atinada medida de realizar drenajes «a tajo abierto», drástica solución, más necesaria para frenar semejante órdago de la naturaleza. En el extremo oriental abrieron el de la calzada de San Cristóbal; fabricaron rafas y nuevos enmaderamientos, a la par que arreglaban los arruinados; limpiaron los escurrideros de aquellos escombros que atrancaban las salidas; se reforzaron diques y se desazolvaron las acequias.

Mucho se remedió, pero en los barrios, la mayoría de las casas estaban construidas con adobe, y al reblandecerse este con la humedad, se derrumbaron los hogares, atrapando en ellos a sus desesperados moradores. Los lamentos se escuchaban por todas partes pues eran numerosos los muertos. Era laborioso obtener alimento para seguir vivo, pero era aún más espinoso enterrar los cadáveres. El agua cubría las tierras.

Los que tuvieron la posibilidad, escaparon de la ciudad, encaminándose muchos hacia Puebla de los Ángeles, que era un lugar de salvación.

Se oían voces desoladas que clamaban como fantasmas en la noche: «¡Es un castigo del cielo! ¡Es la penitencia por nuestros pecados!».

Yo di en pensar que era debido a los pecados, pero a los pecados de incuria y descuido en los que habían caído los responsables de albarradas y desaguaderos.

Pensé que era mi deber ayudar a las víctimas y sus familias, y puedo asegurar que lo que vi, dejaba el alma rota. Niños que habían perdido a sus padres; madres que habían visto a sus hijos arrastrados por la feroz marea, impotentes ante la codiciosa muerte; ancianos que habían muerto de inanición, al no poder valerse y procurarse el sustento...

En cuanto hube remediado mi propia inundación, organicé un comedor para dar de comer a aquellas gentes desvalidas, donde servíamos un plato de arroz y frijoles calientes a diario.

El patio acogía a niños y ancianos que no tenían ningún otro lugar donde acudir. Hasta que pasara ese tremendo azote, seguiríamos dando cobijo a quien lo necesitara. El trabajo era continuo, pero mis hijos ayudaban de manera eficaz, dando también un poco de alegría a esas personas tan necesitadas de ella. Teresa se ocupaba de los más pequeños. Diego, que había ya comenzado su aprendizaje como médico, curaba las heridas y golpes que sufrían muchos de ellos. Propuse a Íñigo que, ya que nuestra casa era amplia, podíamos acoger a niños que no tuvieran ningún familiar en la capital, hasta que un pariente venido de su provincia se hiciera cargo de ellos.

Tanto españoles como negros o indios.

Estrellatzin había permanecido durante ese atroz período recluida en su casa, pero en su honor debo decir que vino a verificar nuestra situación y brindarnos su ayuda en cuanto le fue posible.

Una vez que supe que toda su familia estaba fuera de peligro, le comenté los frenéticos trabajos que el virrey, con la colaboración de Íñigo y otros muchos, había tenido que llevar a cabo.

Ella escuchaba atenta, pero al acabar yo mi relato me espetó:

—*Micatzin*, sé que no te va a gustar lo que he de decirte... No se han tomado las medidas necesarias.

Intenté controlar mi enfado, porque creí ver en sus palabras severa crítica. Aunque tenía que reconocer que era cierto. Intenté calmarme, y ya en pleno dominio de mí misma, respondí serena:

—Conoces la entrega de mi esposo a sus empeños, y el impecable comportamiento del virrey. Para dar ejemplo se puso a trabajar con sus propias manos. ¡Menudo escándalo para algunos!

—No me refiero al presente. En tiempos pasados, algún fraile que sabía de qué hablaba informó a Mendoza del albarradón de Nezahualcóyotl, que era un dique interminable^[34] que nos salvó de los amenazantes diluvios —me explicó mi amiga en tono pausado.

—¿Y qué ha sucedido con ese albarradón? —pregunté interesada.

—Durante la toma de la capital, Cortés hubo de destruirlo en varios lugares para que pudieran pasar los bergantines, que tan decisivos fueron para conseguir la victoria. —Y añadió—: Existe también un profundo sumidero en la laguna, y que, ya entonces, debía de estar cegado. —Estrellatzin parecía muy segura.

—No me habías contado nada al respecto —dije un poco confundida—. Si era de tamaño interés, hubieras debido referirlo.

—Es difícil para mí —aclaró mi amiga—. Data de la época de mi padre Moctezuma y se trata de sacrificios humanos a nuestros dioses.

—Entiendo... Como cristiana nueva, has de guardarte de aquellos que dudan de vuestra sinceridad.

Yo di en pensar que a pesar de todo, tenía que haber avisado. Pero por otra parte, era peligroso admitir la participación en esos horrendos sacrificios.

—Yo no delataré a quien me lo contó, pero te ruego que me descubras ese secreto —pedí.

—Durante la fiesta de Tlaloc...

—¿El dios de la lluvia? —Le interrumpí.

Ella haciendo caso omiso continuó:

—Se mataban muchos esclavos y cautivos, debidamente ornamentados para sacrificarlos al dios. Les llamaban *tlaloques*, les arrancaban el corazón palpitante aún, y lo arrojaban a un desagüe, que llamaban *pantitlán*.

—Imagino que no deseas recordar esas tradiciones —afirmé comprensiva.

—Yo era de tierna edad, y, sin embargo, una mañana asistí a la ceremonia, pues esa vez se trataba de sacrificios con niñas, y me explicaron que yo había de aprender a cumplir con nuestros deberes. Sí. Me produce dolor recordarlo —continuó—, pero he de seguir con mi historia, para conocimiento vuestro y que me entiendas mejor.

—Estaré siempre en deuda con vuestra señoría.

Ese tratamiento que correspondía a la virreina le gustó; era princesa azteca y consciente de su rango.

—Con el fin de agradar a los dioses, buscaban así mismo por todo el Imperio niños de pecho que tuvieran un remolino en la coronilla, para sacrificarlos al dios.

Me estremecí de horror. Ella, al percibirlo, susurró:

—Ahora que tengo hijos y los amo casi tanto como amo a Diego, me espantan aquellos ritos cruentos. Pero he de confesarte que vi algo peor.

Yo la miraba atónita... Esa mujer, mi amiga, refinada, dulce, procedía de una sociedad con unas ceremonias sangrientas.

Ella observó apenada mi expresión pero reanudó su macabra crónica.

—Muchas niñas fueron desolladas con una fisga de matar patos, —y su sangre manaba, fresca, hacia el sumidero del sacrificio. Una vez desangradas, las arrojaban a la voraz tragadera—. Hizo una pausa.

Yo no conseguí articular palabra.

—Cuando los sacrificios habían acabado, la familia real, con Moctezuma al frente, nos acercábamos en nuestras canoas engalanadas con plumas, cintas y abalorios. Llevábamos enormes cofres atiborrados de collares, ajorcas y multitud de alhajas, adornadas con las más bellas piedras preciosas. En el lugar de muerte y desolación, en el sumidero por donde habían desaparecido los cuerpos de las niñas, ofrendábamos a los dioses todas las joyas que portábamos.

Calló agotada por el peso de la memoria. E inopinadamente, se echó a llorar en mis brazos. Cuando calmó sus sollozos exclamó:

—¡Ahora ya lo sabes! Espero que me creas cuando te digo que casada con Diego he conocido otro mundo y una religión que nos invita al amor.

—No todos lo cumplen como debieran...

Un tanto impaciente Estrellatzin me interrumpió:

—¡Ve a informar a Íñigo de todo esto! Tal vez puedan descubrir ese punto que está atorado y que liberaría las aguas.

Buscaron sin descanso, pero lo ocultaba todo la inundación. De repente, recordando el discurso de Estrella, me vino una inspiración repentina: ¿Tendría relación alguna el inmundo agujero del sacrificio y el remolino que casi absorbe la canoa cuando volvía yo de casa de Estrella?

Cuando bajaran las aguas, intentaría buscar el lugar donde se desarrolló esa terrible experiencia.

Para que nada faltara en cuestión de calamidades, la temida peste hizo su aparición, diezmando la población de los barrios indígenas de México y Tlatelolco. Era la fatal consecuencia de todos aquellos cadáveres humanos y animales que flotaban putrefactos en la laguna y se deslizaban en la macabra corriente, incluso por las plazas y avenidas.

De nuevo tornaron los lamentos: «¡Es un castigo del cielo! ¡Es la penitencia por nuestros pecados!».

Las piadosas gentes de la capital, animadas por los frailes, resolvieron organizar unas rogativas, pidiendo a Nuestra Señora que se apiadara de nosotros y detuviera las aguas. Las mujeres, tocadas con su peineta y mantilla, eran muy numerosas, y muchas sollozaban con sentimiento, recordando al ser querido ahogado en la riada. Llegados a la puerta de la iglesia, cayeron todos de rodillas y comenzaron sus rezos. Subían las plegarias hasta el cielo, en una espiral de peticiones. Unos imploraban el fin de las lluvias, otros, la salud de un enfermo, y había quien pedía por el inminente parto de un hijo, que en aquellas circunstancias podía presentar serias dificultades.

Esa mañana había amanecido fría, y alguien tuvo la feliz idea de encender unos braseros para calentar la espera. Los más frioleros se arracimaban junto a la lumbre, los hombres en cuclillas y las mujeres sentadas, cubiertas por bellos mantones bordados en rojos, verdes y azules. Por fin, un franciscano dio la venia para entrar en la iglesia, donde momentos más tarde se celebraría la misa. En perfecto orden y disciplina, se colocaron las mujeres del lado de la epístola y los hombres del evangelio. El día no era propicio para las libertades del «oficio de tinieblas», donde al amparo de la oscuridad, y bajo la mágica luz de las velas, los muchachos solían aprovechar para decir sus requiebros a las damas. Aunque ansiosos por recuperar la vida normal, los jóvenes observaron la mayor compostura.

El aire portaba demasiado dolor.

OTRA MALDITA CONSPIRACIÓN 1554.

*H*abíamos conocido numerosas calamidades, y esperábamos que el nuevo año nos trajera alguna ventura. Pero Íñigo seguía inquieto. Cuando estaba en casa, recibía extraños sujetos, que parecían deslizarse por las calles, casi siempre al anochecer, al amparo de las sombras. Sus pasos no hacían ruido y andaban pegados a los muros, como si recelaran de continuo. Yo nada preguntaba, porque sabía que no obtendría respuesta, pero ansiaba que los «ojos y orejas» que desfilaban por mi casa desaparecieran y nos dejaran tranquilos.

Un día se desveló el misterio. En Huatulco, una conjura había reunido a sesenta soldados, con el fin de asesinar a su alcalde mayor. De esta manera descabezarían la autoridad, sembrarían el desconcierto en la población y ellos

podrían capturar dos naves en el puerto y acudir en ayuda de los rebeldes en el Perú.

Otra preocupación del virrey era el cobro de los tributos, cómo llevarlo a cabo y hacerlo en justicia. Tras tantas penurias, resultaban odiosos a los ciudadanos. No era tarea baladí, pues la extensión del territorio, y en muchas zonas la abrupta orografía, presentaba arduas dificultades. Velasco, ya en 1550, apenas llegado, durante su viaje de Veracruz a México, comprobó además de la inmensidad novohispana, las diferencias notables de climas, terrenos y disposición de los naturales. Había aconsejado que el impuesto a cobrar a los indios fuera en «productos de la tierra», como maíz, algodón y frutas, pero debía variar según áreas específicas.

La respuesta real para que así se hiciera fue inmediata, pero limitando a dos o tres productos para cada región, y siempre que se tuviera como objetivo la defensa del indígena.

El príncipe Felipe, a quien interesaba todo aquello que sucedía en sus reinos, no en vano sería llamado con el tiempo *el rey papelero*, mandó a Nueva España un detallado y exhaustivo cuestionario. Íñigo trajo una copia a casa para que sus hijos entendieran el auténtico espíritu que debía motivar nuestras acciones en las Indias. Yo estaba en total acuerdo con esa forma de encarar nuestra actividad.

—Íñigo, por lo que dices, es un ejemplo de la preocupación de la corona por el trato justo y adecuado a la idiosincrasia de los naturales —comenté.

—Y que desea imponer en los reinos de Ultramar —añadió mi esposo—. Nada queda al azar.

Nuestros hijos escuchaban con interés y Teresa pidió:

—Padre, ¿por qué no lo leéis en voz alta, para nuestro mayor entendimiento?

—Bien, pero escuchad hasta el final. Sin interrupciones.

Mi esposo sabía de la viveza con la que se debatían en nuestro hogar asuntos de esa índole y quería asegurarse de que esperaríamos para hacer nuestros comentarios. Cuando vio que contaba con el asentimiento de todos nos explicó:

—Entre otros puntos de interés, he de subrayar que el rey desea saber qué tributos pagaban los naturales a Moctezuma.

—Es de sabios conocer las costumbres de ellos, antes de imponer las propias —dije convencida.

—Pero hay más —continuó Íñigo—. Afirma que es menester conocer los impuestos que entregaban los indios a sus caciques y los que los españoles

impusimos tras la Conquista.

A lo que Diego afirmó convencido:

—Muchos arbitrios ahogan a la población.

—Cierto —corroboró su padre—. Por eso, el rey aconseja que, al hacer las tasaciones, los indígenas tengan lo suficiente para mantener a sus familias^[109].

—¿Qué os parece? —preguntó mi marido a sus hijos. Ya conocía mi parecer.

—Tal vez lo que más me ha impresionado es la preocupación por que los indios tengan la posibilidad de mantener a sus familias con dignidad —contestó Teresa.

—En efecto —subrayó su padre—, muestra el interés del príncipe por sus súbditos allende los mares.

—Es también notable —sugirió Diego— el anhelo destacado que muestra don Felipe por evitar, en lo posible, cambios traumáticos en la vida de los naturales.

—Un príncipe prudente busca el bienestar de su pueblo —intervine yo—. Nada altera más las naciones que los abusos en los tributos; las familias sufren por carencias y penalidades, y cuando son muchos los que nada tienen, acechan las revueltas.

—El príncipe requiere la información necesaria para imponer aquello que justo ha de ser, sí, pero también las normas necesarias para la buena gobernación. Hay muchas maneras de hacer trampas, y la Real Hacienda ha de velar para que ricos hacenderos no consigan evitar el pago de sus impuestos —discurrió mi hijo.

—No solo algunos poderosos enmascaran sus propiedades haciendo ver que son menos de lo que son —aclaró Íñigo—, los indígenas se arreglan con astucia para no entregar el diezmo que, aunque menor, les corresponde.

—He oído que los tlaxcaleños no pagan impuestos... —afirmó Diego, como preguntando la razón.

—Están exentos de tributo por privilegio real y en agradecimiento a su decisivo apoyo durante la Conquista. Sin ellos, tal vez la historia se hubiera escrito de manera muy diferente —respondió mi esposo.

—No lloverá a gusto de todos en esto de los impuestos —sentenció Teresa.

A lo que su padre afirmó:

—Habrán de respetar la ley, porque esta es una ley justa.

ÍNDIGO

Cada vez que una preocupación me turbaba, o una amenaza tangible o intuida afectaba a mi vida, acudía a Las Moreras a supervisar los cultivos, pero, sobre todo, a extraer fuerza de la tierra que me albergaba. Habíamos sembrado trigo, unas treinta fanegas, aunque a los indígenas no les complacía mucho este producto, pues además del riego y la lluvia, requería cuidados con el arado y nuevas técnicas que ellos no acababan de entender.

Sin embargo, cuando comenzamos la siembra del maíz, nuestros *macehuales* mostraron su entusiasmo. Además de ser la base de su alimentación, otorgaban a este cereal una carga mágica que les libraría de todo mal.

Alrededor de la casa, me permití plantar algún olivo, en recuerdo de mi Toledo, y una pequeña viña hacía las delicias de Íñigo.

Los pies de morera, una vez restablecidos a su antigua fuerza, producían hermosos gusanos que se convertirían en la suntuosa seda. Para completar la utilidad y producción de la hacienda, había decidido cultivar especias de fragancia embriagadora, como espliego, pimienta, clavo, canela y jengibre. Los aceites aromáticos resultantes originaban un considerable valor económico, pues eran muy ambicionados por las cortes de Portugal y los reinos itálicos. Y Lagartija me convenció de que plantara alguna mata de vainilla, ya que los indios utilizaban sus olorosas vainas para condimentar sus comidas.

En ciertas épocas pasearse en los sembrados de dichas especias era un regalo para los sentidos: las hojas se movían con la brisa, los frutos brillaban con el sol y su perfume sensual invadía los campos, haciendo de aquella estancia mi particular paraíso. Cuando de manera fortuita pisaba los bordes de alguna mata, un intenso aroma me envolvía como un abrazo.

A los nopales ya existentes, habíamos añadido unos cuantos más, pues estas plantas criaban la famosa cochinilla, que producía el tan ansiado color grana. Los cuerpecillos de las hembras de estos insectos se dejaban secar y entonces se extraía ese tono particular de rojo, símbolo del poder y la realeza.

Se convirtió con el tiempo en un importante producto de exportación, que salía de nuestra hacienda, embocaba el camino de Veracruz, y allí lo embarcaban para ser distribuido por toda Europa.

Su venta en Nueva España estaba tan solo permitida en los *tianguis*, o mercados, y se pesaba con pesas de hierro convenientemente marcadas, para

poder controlar su calidad y distribución. Quien se arriesgara a comerciar con ella fuera de los canales legales podía encontrarse con una severa multa de seis pesos, que doblaría su cuantía si el culpable reincidía en su fraude.

En una de mis visitas a Las Moreras, me acompañó Tlacuilo, mi hábil aprendiz del taller. Él había tenido siempre gran inclinación por la escritura y la pintura, de ahí su nombre, «el que escribe pintando». Paseando por una vereda umbría me hizo notar una hierba, a la que yo no daba la mínima importancia. Me contó que los mayas utilizaban su jugo de un potente azul, no solo para la pintura, sino para teñir sus fastuosos tejidos.

Al día siguiente, mi fiel aprendiz me trajo un fragmento de algodón, empapado en el jugo de la hierba. El color era imponente, brillante, misterioso, algo nunca visto. Más vibrante que el azul que conocíamos como índigo. Tlacuilo lo llamó algo así como *xiuhquilitl*.

Yo estaba muy entregada al cultivo de la grana, y no sabía cómo proceder con esa hierba misteriosa, pero prometí a Tlacuilo hablar de ello al capitán, para que, a su vez, informara al virrey.

LA VIRREINA 1554.

*H*acía unos meses que la virreina, Ana de Castilla, había llegado a la capital. Todas las damas principales se afanaban por encontrarla, y deseaban, con el tiempo, ganarse su amistad. Una vez instalada en el palacio, anunció que recibiría a las señoras para una merienda.

¡Qué alboroto, qué excitación! Acudieron varias criollas importantes a encargarme aretes, ajorcas, collares, agujetas en esmalte y oro, con corales refulgentes, o perlas de delicado oriente. Me pidieron que buscara los más preciados jades, las más misteriosas esmeraldas y las mágicas turquesas. De mi taller salieron luengos hilos de perlas rematados con jades de un verde intenso, zarcillos de esmeraldas, otros con tornasoladas almendras de nácar, collares de oro y numerosos anillos de las más variadas y preciosas piedras.

Eran mujeres que contaban con una colección ya importante de alhajas, pero nada era suficiente para impresionar con su opulencia a la nueva virreina. Corrían todas después a las mejores costureras que trabajaban en la capital, para vestir sedas espléndidas o rutilantes tafetanes que encerraban la

luz en sus pliegues, y encargar tocados y aderezos que subrayaran la importancia que ellas creían atesorar.

Con tanto trabajo por delante, no tuve yo ocasión de pensar en mi atavío, y llegó el famoso día. Lamenté no tener vestido nuevo, pero me conformé con vestir las mejores galas que poseía. Era un vestido de una seda tornasolada que había adquirido en Venecia y que durante años había permanecido en un arcón. Aquí, en México, me lo habían confeccionado para la fiesta del virrey Mendoza. Tenía un tono verdoso, como las hojas de otoño en Toledo, y se iluminaba al moverme como rayos de sol dorados. Se ajustaba a mi cuerpo, en un estrecho corpiño, bordeado de basquiña, de la que emanaba una amplia saya. En torno al cuello me puse el collar de corales de fuego que usara el día que conocí a Íñigo en la ribera del Tajo. No llevaba abalorios, ni encajes, ni cintas con hilos de oro y plata, ni profusión de gemas. Por lo que había visto ordenar a las otras señoras, mi atuendo era muy sencillo. Hubiera querido tener tiempo para ocuparme con coquetería de mi arreglo, pero el trabajo me lo había impedido. Así y todo, fui contenta a palacio.

Era una honrosa invitación y decían que doña Ana era una magnífica señora.

Nos acercamos Rosario y yo caminando tranquilamente, pues nuestras casas distaban tan solo unos pasos de palacio. Frente a la entrada se agolpaban carruajes, coches y literas, portando a damas que deseaban acudir en lujosas carrozas, a pesar de que vivían muy cerca. Pero la aparición estelar corrió a cargo de Estrellatzin. Su palanquín estaba forrado con cortinas de seda verde y plumería azul índigo, y cuando bajó de él, su presencia deslumbró a las gentes que se apiñaban alrededor de palacio.

Vestía, como era su costumbre, con las sedas que usaban las españolas y criollas, pero su túnica guardaba la forma autóctona. Llevaba un magnífico collar de esmeraldas que yo no le conocía, que hacía juego con el tono de su vestido, chapines de terciopelo con adornos de plata y tocado de plumas, que siempre le acompañaban y tanto le favorecían.

Tras abrazarnos y los cumplidos de rigor, muy fríos entre las dos princesas aztecas, entramos en el zaguán. Nos condujeron al segundo piso, donde nos aguardaba doña Ana en su estrado. En este salón del palacio recibía la virreina tanto a damas como a personajes distinguidos.

Una hermosa alfombra de Turquía cubría el suelo y almohadones de seda invitaban a la distendida conversación. Ana de Castilla esperaba a sus invitadas sentada en una jamuga de cuero de Córdoba, erguida pero con amplia sonrisa. Su porte revalorizaba su distinguido aspecto, y su vestimenta

era sobria y elegante. Un espléndido collar de perlas, sujeto en el pecho con un prendedor de oro y rubíes, mostraba, sin embargo, la importancia de su casa.

A su alrededor, un círculo formado por diez o doce jóvenes españolas y de la sociedad criolla mostraba la que sería su corte en los años venideros. Las invitadas que ya se acomodaban en mullidos cojines, y que se habían compuesto con tanto lujo, ostentaban dos expresiones diversas. Unas, las necias, con indisimulado desdén, como si pensarán ¡qué virreina más poco lucida nos ha tocado! ¡Qué lástima! Y las prudentes, que reflexionaban sobre la contención que deberían adoptar en adelante.

Saludó con extremada cortesía a las dos princesas aztecas casadas con españoles, y cuando me acerqué a ella me dijo:

—Diamantista, tenía empeño en conoceros. Vos y vuestro esposo el capitán trabajáis con denuedo en mejorar estos reinos.

Abrumada por su amabilidad, inicié la reverencia.

—Acercaos —invitó—. Deseo ver de cerca ese collar de coral extraordinario. —Cuando estuve a su lado, me preguntó—: ¿Proviene del mar de Sciacca?

—No, señorita —contesté—, pero sí que tengo alguna pieza de ese coral en mi taller.

—Veo en torno a mí magníficas alhajas. ¿Sois la artífice de alguna de ellas?

Al comprobar las señoras, no sin sorpresa, la atención que me dedicaba la virreina, varias voces se alzaron para confirmar que sus alhajas eran de mi autoría.

—Habré de visitaros —prometió.

Con un leve gesto mandó que comenzara la música. El sonido acuático del arpa se hermanaba con el sutil del clavecín y el rotundo de la guitarra de Castilla. Unas doncellas silenciosas ofrecían humeantes tazas de aromático chocolate.

El ambiente era distendido, unas señoras se asomaban al balcón, para que sus parientes, que no habían sido invitadas, reconocieran su importancia, y, de paso, les corroyera la envidia.

Alguna dama criolla se aventuraba a tratar un asunto que le preocupaba en demasía, rogando la intervención de la virreina. A todas escuchaba con amabilidad y se esmeró en entretenerse unos instantes con cada participante en la merienda.

Cuando las mujeres de importancia comenzaron a abandonar el estrado, entendí que era el momento de marchar. Al ir a despedirme de la virreina, esta me tomó por el brazo y me dijo:

—Tuve el privilegio de conocer a nuestra emperatriz. Por ella supe de vuestro encargo en los reinos itálicos y el afán con el que lo desempeñasteis. Desearía contar con vuestro concurso.

—Soy solo una orfebre. Tenéis personalidades en vuestro entorno que matarían por escuchar estas palabras de vuestros labios.

Con una sonrisa, tal vez para esconder la importancia de lo que había de decirme, susurró:

—En una corte siempre hay quien aparenta ser lo que no es. El virrey conoce la lealtad de vuestro esposo. Yo sé de la vuestra.

Unas semanas más tarde, una de las criollas de más fortuna quiso agasajar a la virreina con un convite en su casa. Ana de Castilla había aceptado, y a la espléndida casa nos dirigíamos Juana, Rosario y yo, en aquella tibia tarde de abril. Nada más entrar en el zaguán, el despliegue de riqueza era imponente.

Numerosos criados esperaban a las invitadas para conducir las a través de varias cámaras. En ellas se sucedían los cofres de maderas preciadas, esculpidos con las más variadas escenas; cuadros de excelente factura con rimbombantes marcos dorados; espléndidas alfombras de Persia; tapices de Flandes... Parecía que estuviéramos en un cuento de la lejana Arabia.

Pero todavía habíamos de admirarnos mucho más. Al entrar en el estrado, las tres amigas tuvimos que contener una exclamación de asombro:

En el centro de la sala se alzaba la tarima revestida de tafetán, con una variedad de almohadones de seda recamados en hilos de oro y de plata. Señoras se acomodaban en ellos, con aire indolente de sultanas. Al no estar tan pendiente de los usos como en la recepción de la virreina, tuve el placer de fijarme en ellas. Llevaban afeites muy del gusto local, con los rostros blanquecinos gracias al solimán, un polvo de albayalde que los tornaba en porcelana; en las mejillas conseguían la naturalidad del rubor con otra confección rosa muy favorecedora, y sus labios brillaban festivos con la cera de almendras.

Unos braseros de plata esparcían aromas singulares que se fundían con los perfumes de las damas, aguas de rosas o de ámbar, mientras que unos músicos interpretaban lánguidas melodías.

Entonces, comenzó la merienda: primero refrescantes aguas de almendras o de granada, escanciadas en finos cristales de Venecia; aromáticas empanadas de canela y de limón ofrecidas en azafates de plata, y tras tocar

nuestra anfitriona una tintineante campanilla, entraron las doncellas con las consabidas tazas de porcelana con el delicioso chocolate. Las animadas conversaciones recorrían diversos asuntos que afectaban a esta rica sociedad; la vida en las haciendas; los descubrimientos realizados en peligrosas exploraciones; los hallazgos de las ricas minas de Nueva Galicia y sus valientes emprendedores, y, por último, la vida del prójimo, que era el asunto que más interesaba a la mayoría.

Cuando empezaron a conversar sobre amoríos e infidelidades, comprobé que Isabel, la mujer de Gaspar, estaba sufriendo, e intuí que algo sabía de las andanzas del tunante que tenía por marido. Era evidente que temía alguna imprudente alusión a las andanzas de su esposo.

Decidí entonces usar de la ironía para quitar hierro:

—Señoras, ¿por qué hemos de hablar de tribulaciones en el día hermoso en que recibimos a nuestra virreina?

—Vuestra merced vive dedicada al trabajo —indicó con retranca una de ellas, haciendo notar que yo no poseía la elegante indolencia de las desocupadas—. No conoce lo que sucede detrás de puertas y persianas de la capital.

—Te sobra razón, Casilda —afirmó su amiga—, muchos son los esposos que aparecen sumisos en la iglesia al lado de sus esposas, y que alegran sus noches con la querida de turno.

—Oí decir en Toledo que «en el cielo hay un jamón para el marido que sea fiel y ahí sigue desde el comienzo de los tiempos» —sentenció la tercera.

Este despliegue de opulencia, como la despreocupada cháchara, me pareció un comportamiento desacertado, tanto por el momento elegido, tras el duelo por el reciente huracán, como por la sencillez y la caridad que aconsejaban de continuo nuestros religiosos.

A pesar de mis esfuerzos, alguna de ellas continuó con los despropósitos anteriores, y entonces, la virreina, que había oído el final de la frase, cortó por lo sano:

—No es mi deseo que así desmerezcáis los méritos de esta ciudad. Su fama es de gentes laboriosas, temerosas de Dios y volcadas en el buen ejemplo que se ha de dar a los indígenas.

Reconociendo en esas mujeres las cualidades que no poseían en absoluto, la virreina infundió en ellas un ansia irrefrenable de poseerlas. Era una dama de industria y calidad, que implantaría con su ejemplo un estilo más acorde con el que las autoridades deseaban y con el que la bella emperatriz Isabel había iluminado la corte española.

Cuando la virreina se marchó, vi que afloraba en su rostro una ligera expresión de disgusto.

EL TEMPORAL

22 de enero, 1555.

*M*al había comenzado el año. La capital se estremeció con un temporal de fuerza inusitada, que azotó la Tierra Caliente con especial fiereza. Se hallaba la Flota dispuesta para zarpar hacia España, cuando comenzaron las primeras rachas del mal aire.

Parece que algún marinero inexperto se alegró con los primeros vientos y pensó que hincharían sus velas, sin percibir lo que les aguardaba. Pero, de repente, antes de que la tripulación pudiera tomar medidas, una tempestad invencible se desató sobre las naves, zarandeándolas como si fueran juguetes. La lluvia ensordecía las órdenes de los oficiales y la fuerza de las olas de altura inusitada producía tal movimiento en los galeones que muchos cayeron a la mar.

La furia de las aguas rompió las amarras de uno de los barcos, y ante el horror e impotencia de sus compañeros, vieron cómo vagaba a la deriva, empujado por los elementos, que, finalmente, hicieron zozobrar la nave al estrellarla contra unos escollos del litoral.

Mucho se perdió en aquel aciago día, pues la Flota iba cargada con la remesa anual de metales preciosos y mercaderías de alto valor, pero nuestra aflicción fue inmensa cuando supimos que un amigo, el contador Gonzalo de Aranda, se había ahogado en esa cruel tempestad. Resultaba insoportable pensar que Gonzalo había perecido tan cerca de la propia costa de Veracruz y ante los ojos de sus aterrados compañeros.

La ciudad se vistió de luto, y se ofrecieron misas y funerales por los desaparecidos en la mar en todas las iglesias y conventos. Cada familia había perdido a un pariente, un familiar o a un amigo.

PRIMER CONCILIO PROVINCIAL

El virrey Velasco, siempre preocupado por el buen ejemplo que había de dar la Iglesia, apoyó el proyecto del nuevo obispo, Alonso de Montúfar, para convocar el Primer Concilio Provincial de México. Montúfar había decidido con buen tino convocar el Primer Concilio Provincial de Nueva España, en un intento de debatir la forma de «mejorar la moralidad del clero y evitar los abusos en las costumbres».

En buena hora, pues algunos religiosos daban muy mal ejemplo con su avariciosa y desenfrenada conducta.

Fue elegido para la inauguración el 29 de junio, día del fundador de la Iglesia y el de uno de los grandes defensores de la misma, el día de los santos Pedro y Pablo^[110].

Asistieron numerosos prelados, quienes pudieron comprobar que la intención de Montúfar era evitar abusos en el clero y las costumbres, pero él mismo tenía diferencias con los franciscanos, a quienes no consiguió apartar, dado que estaban apoyados por el virrey. Este demandaba a los oidores de la Audiencia que evitaran las disputas entre ellos para dar buen ejemplo de cordura; al clero, austeridad, como paradigma del buen cristiano y para dar ejemplo de aquello que predicaban a los demás; a los encomenderos, trato justo y compasivo hacia los indios a ellos encomendados; y a todos los novohispanos, que fuéramos industriuosos en bien del virreinato.

Las normas del concilio se plasmaron en noventa y tres capítulos que fueron publicados por la famosa imprenta de Juan de Pablos. La capital estaba revuelta, pues hacía ya meses que los religiosos pedían cierta moderación del lujo, que era cada vez más notorio entre la sociedad novohispana. Pedían austeridad en las costumbres, y diligencia en la caridad con aquellos que sufrían hambre. Casi lo exigían en los sermones en las iglesias. Lo cierto es que la vitalidad de la capital aumentaba mes a mes.

Un anhelo de creación, un frenesí sacudía una villa que se adentraba en la historia. Eran muchos los extranjeros que acudían a Nueva España, esperando encontrar semejanzas con las islas del Caribe, y quedaban sorprendidos por el mestizaje arquitectónico, cultural y humano que estaba generando el nacimiento del Nuevo Mundo. El sentido artístico de los pueblos del Anahuac maridaba en potente simbiosis con la raza hispana.

Esta intensa actividad atraía a muchos mercaderes, ansiosos de entrar en la corriente comercial que se originaba a ambos lados del Atlántico, y que, con las futuras exploraciones hacia el Golfo Grande, uniría los lejanos territorios del Oriente.

Un tratante inglés, Roberto Trenton, que deseaba ampliar sus negocios con Ultramar, llegó a México, y Legazpi, por no recuerdo qué conexiones de amistad, le recibió en su hogar. No era muy expresivo el comerciante, sin embargo, cuando quiso comunicarnos sus impresiones, se produjo el deshielo y nos dijo:

—Estoy sorprendido con la abundancia de los alimentos... ¡Y qué precios!

—¿Os parecen excesivos? —preguntó su anfitrión.

—Al contrario. Por un cuarto de vaca me han pedido cinco *tomines* —aclaró.

—Son cinco reales de plata, señor. Es bastante dinero —le dije.

—En Inglaterra los precios son mucho más elevados. Además, aquí la vida es placentera. La villa está bien gobernada, es limpia y aseada. La seguridad reina en sus calles y las gentes son amables. Me parece un lugar maravilloso para vivir —aseguró.

Yo no me fiaba mucho, pensaba que podía ser uno de esos espías ingleses u holandeses que intentaban aparentar ser pacíficos comerciantes y luego resultaban ser enviados de intrépidos piratas deseosos de conocer los puntos flacos de la defensa del virreinato. Pero el recién llegado seguía con su entusiasmo, perorando sobre la hermosura de la arquitectura y los lugares que anhelaba conocer.

—He sabido que, a pocas leguas de la capital, se encuentran unas poderosas pirámides.

—Es nuestro deseo visitarlas. Hace tiempo que planeamos ir a Teotihuacán para admirar los templos del Sol y de la Luna. Si lo deseáis, podéis acompañarnos —le respondió mi esposo.

—Muy agradecido. Me interesa en grado sumo —contestó.

—Además —proseguí yo—, muy cerca está uno de los conventos más hermosos, el de Acolmán, de la orden de los agustinos.

—Es menester que avisemos a fray Andrés para que los buenos frailes del monasterio esperen nuestra visita —añadió Íñigo.

—Me uno a la expedición —dijo Legazpi.

—Tendré que comprar unas cabalgaduras... Los caballos siguen siendo caros en México —recordó el inglés.

—Cierto, no podréis encontrar un buen corcel por menos de doscientos pesos —aconsejó mi esposo.

—Vale la pena por un buen rocín español —afirmó el inglés.

Acordamos que Trenton nos visitaría al cabo de unos días, y con Miguel y Andrés, organizaríamos la expedición. Quedaron establecidos el día y la hora en que saldríamos de la capital por la calzada de Tepeyac.

Un sol radiante nos acompañaba en la fría mañana en la que nos dirigíamos al valle de los templos, pero a medida que nos acercábamos a Teotihuacán, las nubes fueron cubriendo la luz, y creaban extrañas sombras sobre las montañas que rodeaban el valle de México.

—¡Qué bella palabra, Teotihuacán! ¿Qué significa? —preguntó el inglés.

—Lugar donde nacieron los dioses. Nada más. —Y me eché a reír ante la expresión de asombro de Trenton.

Acampamos en un altozano boscoso, junto a un riachuelo de aguas claras, y por la noche, junto al fuego, mientras hablábamos de leyendas aztecas y sus mitos, creí ver unas sombras que se deslizaban tras los matorrales y que no deseaban ser vistas. Hice una seña a Íñigo, que, al ver mi desasosiego, nos tranquilizó:

—Nos siguen desde hace unas cuantas leguas. Nos observan y nosotros los tenemos controlados. Los centinelas nos avisarán de cualquier peligro. Pero no creo se haya de producir. Dormid descansados —aseguró mi esposo.

La intensa luz y la fresca temperatura de la mañana siguiente invitaba a la descubierta. Nos separaban unas leguas tan solo de los templos y recorrimos el camino con la anticipación de vivir una jornada memorable. En efecto, al aproximarnos, surgieron en el horizonte las orgullosas crestas de la serranía. Destacaba el cerro Gordo, también llamado por los indios, Madre de Piedra, pues albergaba en su seno numerosas lomas, que escondían pequeños volcanes en sus entrañas.

Los rayos de sol iluminaban las piedras de lava, haciendo crepitar con su luz tonalidades marrones, negras y rojas. Tomamos la vía central, llamada avenida de los Muertos, que desembocaba al pie del Templo del Sol, que se elevaba orgulloso hacia el cielo. Lagartija, que nos servía de guía, comenzó a contar lo que nosotros tomamos por leyenda.

—*Micatzin*, bajo el monumento existe una gruta con cuatro puertas en forma de flor.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó el inglés.

—Es nuestra tradición, y se transmite de padres a hijos. La familia de mi madre es de este valle —contestó el mexicana.

—¿Y cuál es la razón de una cueva debajo de la pirámide? —pregunté ya intrigada.

—Existe un mundo subterráneo con salas, altares y un pozo profundo —respondió Lagartija con naturalidad.

—¿Has entrado alguna vez en esas salas? —le inquirió Íñigo.

—No, capitán —respondió él con respeto—. Eso es cosa de los sacerdotes, son recintos sagrados.

—Sea como fuere —resolvió Legazpi—, habremos de subir hasta la cima.

—Son trescientos sesenta y cinco escalones, *Migueltzin* —advirtió Lagartija—. Uno por cada día de vuestro calendario.

Me armé de valor para comenzar la ascensión. Al inicio, el entusiasmo me hacía ligero el esfuerzo, pero mediada la escalera, una cierta fatiga se apoderó de mí.

—Deberías esperarnos aquí —aconsejó mi esposo.

—¡De ninguna manera! Es menester que contemple la prodigiosa visión desde lo alto.

Nos detuvimos un instante para recuperar fuerzas, y entonces observé en los empinados escalones, mordidos por la lluvia y el viento, restos de colores de antiguas pinturas. Íñigo, que percibió mi interés, preguntó:

—¿Sabes qué significan esos colores?

Ahí recordé mi visita al palacio de Papatzin, de mano de mi amiga Estrella, y expliqué:

—Creo que cada lado de la pirámide está dedicada a un dios. Al sur, al dios del fuego, Huitzilipochtli, el que los españoles llamamos Huichilobos, cuyas escaleras estaban pintadas en rojo; la de oriente, en verde, bajo la protección de Quetzalcóatl; y Tlaloc rige...

En ese momento Lagartija me interrumpió para decir algo asombroso:

—Este templo, en su origen, estaba consagrado a Tlaloc, el dios de la lluvia.

—¿Cómo? —pregunté confusa—. ¿No está ofrecido al Sol?

—Ahora, sí —respondió lacónico.

Proseguimos nuestra ascensión apoyándonos en las piedras para no tropezar, y sin mirar hacia abajo. Cuando llegamos a la plataforma superior, me di la vuelta con lentitud, paladeando la visión que iba a descubrir. Había valido la pena.

El panorama que contemplábamos era portentoso. Ni una fábula lo hubiera superado. Admiré una vez más el genio arquitectónico de este pueblo, que más me sorprendía cuanto más lo conocía. Las avenidas, amplias y bien delineadas, desplegaban sus brazos entre la verde llanura que se extendía hacia las montañas.

Más allá, el cerro Gordo, el cerro de San Lucas y el cielo límpido abrazaban el valle, elaborando un panorama imponente. Permanecimos en silencio, gozando de aquella altitud que habíamos conquistado con ahínco y tenacidad.

Descendimos con cuidado extremo para no resbalar, atendiendo escalón a escalón, y descansando de vez en cuando para no sentir mareo alguno.

Aún nos quedaba por ver la pirámide de la Luna, situada al norte. Cruzamos una amplia plaza, donde se erigía un altar en forma de cruz.

Sentí entonces una extraña sensación, algo personal y suave, como el roce de una mano amiga. Lagartija, que advirtió mi estremecimiento, me tranquilizó:

—Es Chalchiuhtlicue. La diosa del agua. Sabe que amas esta tierra. Está contigo.

La magia de esta tierra seguía adherida a mi piel, y me hacía vislumbrar mundos recónditos que yo ansiaba descubrir.

Después de esa venturosa jornada, habíamos de encaminarnos al vecino convento de Acolmán, que, como habíamos anticipado a nuestro huésped, era en verdad un imponente edificio. Construido apenas terminada la Conquista, sus gruesas torres almenadas delataban su carácter defensivo, pero su hermosa fachada plateresca era mestiza, dado que unía elementos españoles y aztecas, que le daban un aspecto palaciego, realzado por la ornamentación de sus columnas. Grutescos, guirnaldas, frutas, flores y cálices poblaban fustes, arcos y balaustres, con imaginación sin límite.

Supe que, a partir de ese día, mis alhajas también serían mestizas, desbordando con sus figuras broches, zarcillos y ajorcas.

Los buenos agustinos nos recibieron con el afecto que, imaginé, les había recomendado nuestro común amigo Urdaneta. La jornada había sido fabulosa, pero agotadora, y caí en la austera cama pensando en reposar de inmediato. Mas unos susurros, apenas silenciados, me hicieron espabalarme. Íñigo dormía con placidez, e, intentando no despertarlo, me acerqué al ventanuco para averiguar lo que sucedía.

La luz de la luna me permitió ver a Trenton hablando con una mujer a la que no conseguía ver el rostro, pues me daba la espalda. Abrí muy despacio, para intentar escuchar la conversación. Murmuraban en inglés, por tanto la dama debía de ser una compatriota. Ella se dirigía a él en un tono muy acalorado, y Trenton intentaba justificarse de algo que yo no alcanzaba a entender. La reprimenda que ella le estaba administrando era apoteósica.

«¿Por qué este encuentro secreto? ¿Qué oculta nuestro inglés?», pensé.

Y, tras un instante de reflexión, determiné contarle al día siguiente la extraña reunión a mi marido. Pero la señora se alejó de Trenton, y entonces un rayo de luna iluminó su perfil. El dolor del pasado se apoderó de mí. No pude contener una exclamación de sorpresa:

—¡No es posible! ¡Vera Dormuth!

¡La mujer que intentó envenenar a Íñigo, la que tanto daño quiso hacernos a mi marido y a mí, estaba en Nueva España! Nada bueno auguraba su presencia.

Los numerosos espías ingleses y holandeses que se acercaban al virreinato estaban siempre al acecho para aprovechar los puntos débiles y erosionar el poder de España. Casi no pude conciliar el sueño. Cada vez que me adormilaba, me despabilaba sobresaltada, con la visión de la Dormuth escanciando veneno en la copa de mi esposo. Al alba, no pude esperar y desperté a Íñigo para relatarle lo sucedido.

Él no se alteró lo más mínimo. Es más, reía con ganas, y yo se lo eché en cara:

—¡Cómo puedes tomártelo tan a la ligera! Esa mujer representó un grave peligro para ti... y para mí también. ¡Y era ella, te lo aseguro!

—Lo sé —contestó con tranquilidad. —Ante mi asombro y enfado, aclaró—: Hace meses que los tenemos vigilados. Al inglés, y a ella. —Ante mi estupor continuó—: Como recordarás, Vera abandonó a su marido para proseguir la conjura que inició en los reinos itálicos. Pero supimos que en Londres tomó contacto con piratas y maleantes que asolan los dominios de las Indias, y se unió a ellos.

Asombrada, deduje:

—La embajadora inglesa, *lady* Dormuth, una corsaria... ¡No puedo creerlo!

—Su odio visceral hacia el Imperio le ha llevado a semejante desvarío —concluyó mi esposo.

Los recuerdos se agolparon en mi mente y permanecí en silencio.

Íñigo me aclaró:

—Sabemos que los furibundos ataques a nuestros navíos, además de enriquecer a esos truhanes de piratas a nuestra costa, tienen como objetivo vencer a la monarquía española, debilitando su poder marítimo. —Empezaba a comprender el alcance de la maniobra. Íñigo añadió—: Entienden que el rey necesita los ricos minerales de las Indias para sufragar sus campañas de guerra. Si cortan ese suministro, si la plata no llega a los puertos españoles, el

monarca no podrá sostener sus ejércitos. Y la contienda en Europa tomará un giro muy perjudicial.

—¡Esta gente no se anda con chiquitas! Hemos corrido peligro. ¡Y tal vez nuestros hijos también! —exclamé indignada.

—En ningún momento os he expuesto a zozobra alguna. Nuestros «ojos y orejas» han seguido sin descanso a estos dos traidores.

—Y si lo conocíais... ¿por qué no los has apresado? —pregunté desconcertada.

—Hemos de dejarlos actuar, que se confíen y nos conduzcan hasta sus cómplices locales —me aseguró.

—Tú estabas al tanto... Sabías que Trenton...

Iba atando cabos poco a poco. Ante mi perplejidad, mi esposo decidió tranquilizarme:

—La noche en el campamento, junto al fuego, allí estaban y nos vigilaban. Y a su vez, eran vigilados. Ayer, entre los matorrales del jardín de los frailes, nuestros hombres, armados y emboscados, estaban prontos a intervenir en el conciliábulo, si hubiera sido menester. Puedes quedar descansada. Esa mujer, aficionada a encenagarse en conjuras, no volverá a hacerte ningún mal.

CARTA DE MOTOLINIA AL EMPERADOR

*E*se mismo año, un acontecimiento inesperado vino a conmover a las buenas gentes del virreinato. La controversia surgida años atrás entre Las Casas y Sepúlveda coleaba todavía. La agria polémica entre Ginés de Sepúlveda y el fraile dominico había desatado una feroz disputa y había dividido a la sociedad novohispana. Como bien adelantara Miguel de Legazpi, el desencuentro fue aprovechado por los adversarios del Imperio, que intentaron justificar sus frecuentes latrocinios a la Armada Española en una campaña de difamación destructiva: «Pues justo es acabar con un imperio que maltrata vilmente a los nativos de sus colonias».

El manso y humilde Motolinia, que había sido no solo defensor de los indios, sino que vivía entre ellos y como ellos, comprendió que no podía permanecer callado por más tiempo, y que en justicia había de contar lo que él en verdad veía, vivía y conocía.

Envió una carta al emperador, quien tenía la más alta opinión de la conciencia y el espíritu cristiano del fraile. La carta estaba henchida de santa indignación sobre los excesos de Las Casas. Huelga decir que dicha misiva desató toda suerte de parabienes por parte de los encomenderos, que tanto se opusieran antaño al comportamiento del franciscano defensor de los indios.

—Esta vez, sí —decían—, el fraile ha entrado en razón.

En dicha carta, fray Toribio refutaba las informaciones de Las Casas sobre lo acaecido en Nueva España con sorprendente vigor.

La autoridad moral de Motolinia, al que los indios llamaban así por su humildad y la caridad que hacia ellos mostraba de continuo, le permitía dar su versión de los hechos, que por fuerza, pensábamos, había de ser mesurada.

La habitual mansedumbre de fray Toribio se había tornado vendaval.

La expresión de Íñigo era de total estupor cuando entró en mi taller con un pergamino en la mano.

—¡Es asombroso, Mica! No puedo dar crédito a lo que estoy leyendo. He venido a ti para compartir mi extrañeza. Fray Toribio, de costumbre tan pacífico, se expresa de manera contundente en su carta al emperador.

—Doy por cierto que, diga lo que diga, estará inspirado por su conciencia.

—Para empezar, recuerda la libertad de la que goza fray Bartolomé, al haber podido publicar sus obras, en las que los primeros injuriados son el emperador y sus consejeros. —Me miró para ver el efecto de sus palabras y prosiguió—: Motolinia asegura: «Hoy, después de las Leyes Nuevas, casi todos los esclavos están hechos libres». —Motolinia es un santo, y como tal, se ve obligado a decir la verdad, duela a quien duela— respondí segura.

—Sí, pero en esta copia que he obtenido de la famosa carta, algunos de los datos que alega son de una dureza extrema. Defiende la guerra de Cortés cuando llegó al Anahuac, alegando que sus adversarios eran idólatras y caníbales^[111].

—En verdad, fue así. Las huestes de Cortés sufrieron penas terribles al contemplar las cruentas muertes de sus compañeros en las gradas de los templos aztecas, en los *teocallis* —aseguré.

—Esto nadie lo duda... pero atiende, y ve con qué severidad ataca a Las Casas. Le acusa de no atender a los indios, ni en su indigencia ni en su evangelización.

—Creo que es veraz la atención y el amor que los franciscanos dedican a los indígenas —afirmé convencida, pero Íñigo continuó:

—Presta atención, acusa a Las Casas de perturbador, porque destruye la gobernación con sus infundios. —Y como si no fuera bastante, añadió—: ¡Y

dice que a Las Casas le dominan los celos!

—Es una porfiada denuncia, pero tengo para mí que está defendiendo a los muchos criollos y peninsulares que bien trabajan por la justicia y el amor cristiano —argumenté, segura de que esa y no otra había sido la intención de fray Toribio, pues, además de la fe que yo le tenía, lo habíamos hablado en alguna ocasión—. Bien has de recordar las muchas ocasiones en las que Motolinia ha recriminado su proceder a encomenderos o autoridades que trataban a los indígenas con crueldad —añadí. Y continué ya embravecida—: Y fray Andrés me contó con escándalo que había visto a fray Bartolomé usar *tamemes*, hombres de carga, para transportar sus muchas pertenencias en sus numerosos viajes.

—Pero Motolinia usa máximo rigor para con el dominico —respondió mi marido.

—También Jesucristo echó a los mercaderes del templo.

—No es esa comparación cabal —me recriminó.

—Dirige tu atención a los esfuerzos de tanta gente de buen hacer, que quedarán por tierra con las afirmaciones de Las Casas. No todo ha sido malo. Muchos han sembrado el amor de Dios en estas tierras... Y merecen ser defendidos.

—Parece tal como si conocieras el consejo clarividente que envía fray Toribio al emperador: «Dios perdone al de Las Casas, y mucho más al que difame a una república o nación». —Teme que los que miran por el mal de España aprovechen estas querellas para sacar partido— deduje compungida.

—Porque el bien ha de ser reconocido, a fin de que el mal no se apodere de la tierra... Esa es tu idea, ¿no? —preguntó mi marido, aunque bien sabía la respuesta.

—Sí, pero además habremos de afanarnos para dar a conocer la labor de tanta gente callada, que sí que actúan como buenos cristianos.

—¿Y qué propones que hagamos? —demandó mi esposo.

—Seguir con nuestra labor en la hacienda, procurando trabajo y bienestar a los que con nosotros viven, como aconsejó tu amigo fray Andrés.

—Y como hacen los franciscanos en aldeas, pueblos y ciudades —añadió Íñigo.

—Y como haces tú, salvaguardando la paz de todos, pero con justicia y clemencia —rematé.

LA ABDICACIÓN

Junio, 1556.

La noticia corría por la capital del virreinato como río de fuego. Los más decididos anunciaban «a trompa y talego»: «¡El emperador ha abdicado!», gritaban unos. «¡Vive Dios que no es posible!», comentaban otros.

Se armó un terrible revuelo y la confusión dominaba la ciudad. Todo eran un vaivén de rumores y comentarios, muchos de ellos sin conocimiento real de los hechos. El Francés, el Turco, Flandes y los reinos itálicos eran alternativamente los culpables. Corrieron hacia el palacio para conocer el desastre que nos afligía. El mensajero que había arribado a matacaballo desde Veracruz se hallaba con el virrey para entregarle los despachos que habían llegado con el galeón de la Flota. No tardó mucho en comparecer Velasco en la galería del palacio virreinal, y con su estilo sobrio relató lo acontecido. Íñigo me contó que sosegarlos no fue tarea fácil.

—Tengan calma, vuestras mercedes. La abdicación no es debida a desgracia alguna en los reinos.

Poco a poco, cuando se hubieron desfogado, los ánimos se apaciguaron y los allí congregados estuvieron dispuestos a escuchar las nuevas con atención. El virrey prosiguió:

—Es la madurada decisión del emperador, que desea verla. Y gobernación en manos de quien harto preparado está, para conducir las vastas posesiones. Felipe II ha de ser un gran rey.

Un murmullo de alivio se dejó sentir, momento que don Luis aprovechó para animar a la concurrencia:

—Id y anunciad a vuestros allegados lo que acabo de referiros.

Las gentes se precipitaron a sus casas a contar la novedad a amigos, parientes y contertulios menos informados.

Yo había oído el tumulto en las calles adyacentes, pero aguardé a que mi esposo llegara y me relatara con verdadero conocimiento aquello que se repetían unos a otros, muchas veces sin verdadero fundamento.

Al verle en el umbral le espeté:

—¿Es cierto? ¿El emperador ha abdicado?

—Mira tú misma el relato de tu hermano Damián. Es emocionante —me respondió.

—Léeme su carta —le pedí.

—¿Quieres que llamemos a los amigos para compartirla? —preguntó.

—No. Prefiero paladearla contigo a solas. Luego avisarás a los demás.

Nada más hubo referido mi esposo las buenas nuevas de mi familia en Toledo, inició la lectura donde Damián narraba la abdicación.

—*La ceremonia tuvo lugar el pasado 25 de octubre, del año del Señor de 1555, en el Palacio de Bruselas.*

—¡Cuánto tiempo con un nuevo rey y sin nosotros conocer la noticia! — comenté asombrada. Íñigo me miró y le hice seña de proseguir la lectura.

—*Eran las cuatro de la tarde de un lluvioso día de octubre, y se hallaban congregados los magnates de los Estados Generales, los caballeros del Toisón de Oro y los gobernadores de las Provincias.*

»El tiempo acompañaba la tristeza de la ocasión —dijo Íñigo y continuó:

»*Subió al estrado el emperador, acompañado de su hermana María y su hijo don Felipe.*

—Siempre he admirado la habilidad que adornó al emperador, que supo utilizar a las mujeres como hábiles y eficientes gobernadoras. —No pude por menos de resaltar la extraordinaria colaboración política que habían llevado a cabo las mujeres del entorno de Carlos v^[112].

Quedamos los dos absortos, pensando en la calidad de las personas que habían dirigido nuestros destinos.

Pero mi hermano continuaba su relato:

—*El 16 de enero de 1556, renunció nuestro emperador a los reinos del Viejo y del Nuevo Mundo, en favor de su hijo, y el 20 de marzo del mismo año, fue proclamado rey don Felipe, en la ciudad de Valladolid, capital de los reinos.*

De modo que teníamos un nuevo soberano. Era en verdad el señor del mundo^[35].

Rompió mi esposo el silencio en el que estábamos sumidos.

—Es opinión general la seriedad con la que el joven monarca ha tratado los asuntos de estado. Hemos de esperar que comprenda la importancia de las Indias y actúe en consecuencia.

—Muchas serán las preocupaciones de gobierno que le aflijan, pero las autoridades novohispanas habréis de hacerle entender las portentosas posibilidades de los territorios de Ultramar —recomendé con pasión.

—Dicen que es persona reflexiva y muy dado a la labor de despacho. Los documentos que se le remitan obtendrán su mayor atención.

—Hemos de vivir tiempos extraordinarios, Íñigo, y habremos de estar preparados para afrontarlos.

EL RELIEVE MAYA

Tlacuilo aprendía rápido. Mostraba un encendido interés por el mestizaje que yo deseaba crear en mi taller. Y cierto era que el estilo del Renacimiento, tan floreciente e intrincado, se unía de manera perfecta a la imaginación y minuciosidad de los orfebres locales. Yo conocía ya algunos dibujos ancestrales de los mayas, pero un día mi buen discípulo me trajo un fragmento de corteza de árbol, en el que aparecía la copia de una pintura mural de esa cultura, que era un prodigio de forma y color.

Sobre un fondo color arena, un rey vestido de mil plumas de colores, entonando tonos verdes y aquel azul poderoso que me mostrara Tlacuilo en Las Moreras, resultaba imponente. El monarca se adornaba con collares de oro y turquesa, y llevaba a cabo un rito de ofrenda a un dios mitad serpiente, mitad pájaro.

Kukulkán, me dijo se llamaba, y era la todopoderosa Serpiente Emplumada. En el entorno del trono y el altar, danzaban unos guerreros de aspecto fiero, revestidos de leopardo, el *ocelotl* de la zona tropical, de coyote o de águila.

Este descubrimiento abría un mundo antiguo y misterioso, lleno de posibilidades diversas. Le encargué que buscara otros pergaminos con dibujos mayas, y me contestó que era muy difícil hallarlos. Contó, con mucho secreto, que ese bajorrelieve había sido copiado por un «castilla», como él nos llamaba, en una de las conquistas de Yucatán. De nuevo esa palabra, que evocaba territorios míticos, tornaba a rondarme.

En el taller, el trabajo no faltaba. Y los problemas, tampoco. Y provenían de quien menos debía originarlos. Mi buena Juana, compadecida por los avatares de un mestizo llamado Luisillo, me lo había recomendado con insistencia.

—Mira, Mica, que haces una obra de buena cristiana. Es un muchacho espabilado, con ganas de trabajar y el pobre anda como alma en pena, vagando por las calles. ¡Y son tan peligrosas! ¡Criatura! —añadía—. Tienes un buen taller, el trabajo no te falta... ¡Dale una oportunidad, mujer!

—Pero no sabrá nada, y habremos de enseñarle... —Yo me resistía—. Y ahora con tantos encargos no sé yo si...

—¡Seguro que si estuvieran aquí Motolinia o fray Andrés, lograrían convencerte! —argumentó.

—¡Que venga! No puedo resistirme a todos vosotros —acepté—. Pero enseguida añadí: —Cuando me agobie porque la labor del taller se retrasa, y las llamadas para acudir a resolver asuntos en la hacienda aumentan, te vienes conmigo y me ayudas.

—Iré contigo y lo haré con sumo contento. Gracias, Mica. —Y se fue feliz.

No era el momento más conveniente para mí, pero sí que parecía serlo para el tal Luisillo. Al principio puso todo su interés en aprender el oficio, y se portaba como un buen aprendiz. Acudía puntual, atendía todas las explicaciones, admitía los errores y se dedicaba a enmendarlos con mansedumbre.

Acabó participando en la elaboración de alguna pieza importante, y le felicité por su buen hacer. Poco a poco, se fue sintiendo superior. Una leve sonrisa de soslayo, una mirada de condescendencia, ligeras expresiones de suficiencia, delataban una creciente vanidad, que hasta entonces había permanecido oculta.

Curiosamente, quien más le había ayudado, Tlacuilo, comenzó a ser el objeto de sus críticas. Veladas al inicio, y más pesadas a medida que pasaban las semanas. Tuve que llamarle la atención por ello, y aunque no lo mostró, intuyo que el resentimiento anidó en su corazón.

Un mal día, Luisillo se atrevió a golpear a Tlacuilo, por un supuesto descuido de este, y empezó a insultarlo con saña:

—¡Indio de los demonios! ¡Maldita sea tu estampa!

Al oír esa desmesura, entendí que Luisillo no solo resentía la habilidad de Tlacuilo, sino que se sentía con derecho a maltratarlo, al considerar que él era superior. Siendo mestizo, él era superior y, por tanto, podía despreciar al indio.

Intervine, explícita:

—¡No has de tratarle así! —dije furiosa, y luego más calmada—: Ante todo no es hacer de buen cristiano... Y, además, Tlacuilo es mestizo, como tú.

La revelación tuvo como efecto, sorprender al mestizo y, de momento, calmó su inquina.

Cuando quedé a solas con mi aprendiz indio, él me quiso aclarar:

—*Micatzin*, no soy mestizo...

—Lo sé, pero he querido protegerte, Tlacuilo. Si decimos que tu padre fue español, Luisillo dejará de molestarte^[36]. Y segundo, siendo indio, no te permitirán llegar a ser orfebre. Quiero que sepas que a mí todas estas divisiones me parecen erróneas. Tú decidirás lo que quieres hacer.

En las sucesivas jornadas, la tensión entre los dos aprendices disminuyó, pero con el paso de las semanas, Luisillo volvió a las andadas, y llegó a pegar de nuevo a Tlacuilo delante de mí. Cuando le ordené que le soltara, hizo caso omiso y tuve que llamar en mi ayuda a otras personas de la casa para lograr separarlos.

—Tú lo has querido, Luisillo. No tengo más remedio que despedirte. Eres violento y no puedo consentir esos arrebatos.

Nos miró de hito en hito, a Tlacuilo y a mí. Tomó sus cosas y gritó con furor:

—¡Maldita seas! ¡Defensora de indios! ¡Si hasta pagas un salario a este desgraciado! ¡Te arrepentirás de esto!

8

Yucatán

1558

Y los años se sucedían con sus alegrías y sus penas. La vida de la hacienda necesitaba cada vez más dedicación y yo había de compartir el creciente interés que sentía por esta tierra generosa que daba abundantes cosechas de maíz, y criaba mis espléndidos árboles de morera, con la curiosidad por conocer otras zonas del país.

Desde que tuviera la visión del bajorrelieve maya, cuando quería soñar, me veía en aquellas lejanas tierras, descubriendo ciudades olvidadas, mares resplandecientes y culturas plenas de sabiduría. Pero mi esposo, ocupado por sus quehaceres diarios, no se dejaba convencer.

Eran los días cercanos a la Navidad y estábamos todos en la hacienda, esperando a Rodrigo y Rosario, que llegarían en breve con sus hijos.

A la caída de la tarde, Lagartija nos avisó de que estaban entrando por el zaguán. El alborozo al encontrarnos era una prueba del acierto de nuestra amistad. Hacía tiempo que yo observaba la reacción de mi hija cuando encontraba a Rafael, el primogénito. Enrojecía, comenzaba a hablar muy deprisa o caía en un mutismo total. Cada vez que yo había querido comentarlo con ella, se había encerrado como un caracol. Tenía tan solo dieciocho años, y yo no deseaba que se comprometiera.

Pero en la velada después de la cena, las miradas de Rafael Bernáldez no dejaban lugar a la duda. Estaban enamorados y apenas lo ocultaban.

Esa noche, ya en mi cámara, el fulgor de la luna me atrajo sin remedio y salí al balcón para bañarme en su misteriosa luz. Escondidos, creían ellos, tras el poderoso tronco de un árbol, Teresa y Rafael se besaban con ardor. Recordando el episodio de mi juventud en la isla Bisentina, me eché un mantón sobre los hombros y salí al jardín.

Aunque al inicio viéndome llegar se turbaron, Teresa confiada, se dirigió hacia mí, y uniendo su mano a la de Rafael, me pidieron la bendición, a lo que

accedí a pesar de que opinaba que Teresa era aún muy joven.

Tras despedirnos de Rafael, acompañé a Teresa a su alcoba.

—¡Quedaos, madre! Me gustaría hablar con vos —me pidió.

—He querido hacerlo muchas veces, Teresa, y siempre te negabas —le dije, con un cierto reproche.

—No era falta de confianza... es que no estaba del todo segura. Al ser Rosario y vos tan amigas, pensé que era más prudente esperar a tener la certeza de que Rafael es, y será, el hombre de mi vida.

Su respuesta me inundó de alegría. Como me sucediera años ha, mi hija había encontrado a su compañero.

—Hija, tal vez sería mejor que aguardarais un poco...

—No erais mucho mayor que yo ahora cuando os desposasteis —respondió.

—¿Cuándo vas a decírselo a tu padre? —pregunté.

—Podéis vos indicárselo como una intuición vuestra, a ver cómo reacciona.

—¡Otro médico en la familia! ¡Qué tranquilidad!

En verdad lo pensaba, pues aún a Diego le quedaba mucho para terminar su aprendizaje.

—¡Cómo va a reaccionar! Estará feliz si tú lo eres —aseguré.

—No sé... es tan serio. Prefiero que vos se lo anunciéis, porque después que pasemos estos días juntos, Rafael quiere pedir su consentimiento.

—¡Ay, mi Teresa! ¡Siempre tan discreta! ¡Te pareces tanto a tu abuela! —Nos dimos un emocionado abrazo y al despedirme la aconsejé—: Ahora duerme tranquila. Una novia debe llegar radiante a su boda.

Entré en nuestra cámara silenciosa, intentando no despertar a Íñigo, pero al instante su voz me interrogó.

—¿Qué hacías durante todo este tiempo bajo la luna? ¡Vente al lecho, esposa!

Le conté mi descubrimiento y las confidencias con nuestra hija, y me prometió ser un padre sorprendido cuando el chico de los Bernáldez le pidiera su venia para cortejar a Teresa.

Al día siguiente, a pesar de su promesa, a mi marido se le iban los ojos hacia Teresa y Rafael, escudriñando, como si fuera posible, la idoneidad del novio, a pesar de que bien le conocía, para hacer la dicha de su hija. Ante una seña mía, intentó controlarse. La tarde era un esplendor, la luz se derramaba sobre las copas de los árboles, produciendo bellas sombras sobre el reducido

jardín que rodeaba la casa. Estábamos todos sentados en el porche, mecidos por la brisa y recostados en las cómodas mecedoras.

La paz de la siesta reinaba en la hacienda, y todo lo que yo había amado y creado estaba a mi alrededor. Fui consciente de poseer uno de esos raros momentos de felicidad completa que regala la existencia.

Permanecí callada, hasta que pensé que como anfitriona había de proponer una conversación que interesara a todos.

El recuerdo del relieve maya brotó en mi mente.

—No sé si te he contado —dije, dirigiéndome a Rosario— que Tlacuilo me trajo un pergamino con un portentoso dibujo maya.

—A mí también me gustaría conocer el sur de nuestro Imperio —contestó Rosario.

«Es curioso —pensé—, ¿a qué Imperio se referirá, al de su padre o al español?».

Sin embargo, nada pregunté y seguí con mi propósito.

—Íñigo, hace tiempo que no salimos a conocer nuevos lugares, ahora que los hijos son crecidos, y reina un cierto sosiego en la capital, podríamos tal vez...

—No soy contrario a tu afán —dijo Íñigo—. Mas hasta ahora ha sido peligroso. Los mayas son gente belicosa. Sus excelentes guerreros han tenido en jaque a conquistadores intrépidos.

—Tiene razón, Mica —terció Rodrigo—. Ha sido un territorio donde se han librado crueles batallas.

—Los franciscanos, cuando llegaron en 1535 con el fin de evangelizar a los nativos, hubieron de marchar, pues, a pesar de su espíritu cristiano, fueron atacados sin piedad —insistió mi marido.

—He leído las crónicas del adelantado Francisco de Montejo —ataqué de nuevo con hazañas que podían interesar al capitán—, que relata sus avatares cuando se refugiaron en las ruinas de la antigua ciudad de Chichén Itzá.

—Hubieron de huir de los cúpules, los batalladores guerreros mayas, que los habían derrotado y los perseguían sin tregua —aclaró mi marido, y añadió—: No es lugar para las damas. Es un puesto para un soldado.

Además de la curiosidad que yo sentía por esa zona del mundo, temía que si la vida nuestra se hacía demasiado rutinaria, Íñigo acabara por echar de menos la acción de los campos de batalla y la mar anchurosa. Por esa razón deseaba organizar viajes en su compañía, que paliaran su afán de descubrimiento o de conquista.

—Íñigo —le dijo Rosario con dulzura—. Ahora los españoles lo habéis pacificado, y en verdad existen allá lugares muy hermosos, diversos a los de acá...

—He de pensarlo —concedió mi esposo—. Ahora no es mal momento... Veremos.

—Mica, si tú has decidido ir a Yucatán, lo harás. Y si me lo permites, te acompañaré —afirmó mi amiga.

—No podréis ir solas —intervino Rodrigo—. Yucatán atesora infinidad de plantas medicinales que ansío recoger. Iré también.

Íñigo se vio vencido:

—¡Está bien, Mica! Comienza los preparativos. Averiguaré cuándo parte una nave para la costa yucateca.

Mi amiga Rosario deseaba hablar conmigo. Pensando que era sobre la posible unión de nuestros hijos, o bien el viaje a Yucatán, me extrañaba que intentara varias veces quedar a solas conmigo, para luego no entrar en materia. Por fin, una mañana fresca y soleada mientras nos dirigíamos al cobertizo donde dormitaban los gusanos de seda, se decidió a hacerlo.

—Mica... —Aún dudaba—, he de decirte algo y me duele tener que contarlo.

—¡Dímelo ya! ¡No me tengas en ansia! Llevo días esperando a que resuelvas confiarme tu anhelo —la animé, un tanto impaciente.

—Verás... no es fácil para mí, siendo tú amiga de Estrella, y ella pariente mía.

—¿Qué tienes que decir de Estrella que tanto te abruma? —pregunté asustada.

—Hace mucho tiempo, cuando estábamos al pie del Popocatepetl, aseguraste que la admirabas, porque, habiendo perdido su familia el poder en el Anahuac, no guardaba resentimiento.

—Es cierto, jamás le he escuchado ninguna queja al respecto. Es positiva y práctica. Ama, idolatra a su marido, y mira hacia delante —afirmé.

—Mica —y continuó hablándome a la vez que cogía mi mano—, Estrella y yo somos primas, ella es hija de la princesa Papatzin, y yo de Moctezuma y una esclava maya. Mi madre fue tomada en la guerra, y aunque hija de cacique, no era de familia real.

Yo la miraba asombrada no sabiendo adonde quería llegar.

—Conviví con Estrella en el palacio de su tío. Siempre fue de inteligencia despierta, alegre y con fuerte voluntad.

—Y eso ¿qué tiene de malo? —pregunté, un poco fastidiada.

—A medida que fue creciendo, siendo aún niña, presentaba claro afán por un puesto preeminente en la corte del emperador.

—¡Pero si debíais de tener en aquel entonces cuatro o cinco años! — interrumpí.

—Sí —respondió tranquila—, pero luego, cuando vinieron los hombres de Quetzalcóatl, su anhelo fue desposar a uno de ellos, porque veía que el poder estaría con los blancos.

—Rosario, ¡cómo puedes decir semejante cosa! ¡Estrella ama a Diego con una intensidad que no es fingida!

—La diosa del amor le ha bendecido, es verdad. Adora a su marido, pero... su ambición no ha desaparecido. Puede que él también sea útil a sus fines.

—¿Sus fines? ¿A qué te refieres? Creo que no hablamos de la misma persona. —Yo estaba ya enfadada.

—No es nada concreto... no sé... una sensación, ¡pero la conozco y sé que algo trama!

Durante estos años había visto varias veces en sus ojos esa expresión de tormenta.

—¡No doy crédito! ¡Tú siempre tan bondadosa, ahora acusas a Estrella sin razón alguna!

—¡Mica, por favor, escúchame! No sé decirte de qué se trata —tenía los ojos llorosos mientras me hablaba—, pero no confíes ciegamente en ella. Solo te pido que observes. ¡Detestaría que te hiciera daño!

—Y ¿por qué había de hacerme ella ningún mal? Sé que me quiere — aseguré.

—Y te tiene cariño sincero. Mas, si tú, o quien sea, interfiere en su camino, lo apartará sin miramientos.

Años más tarde recordaría aún esta desabrida conversación.

La mañana que partieron los Bernáldez, como me había adelantado mi hija, Rafael pidió a Íñigo la venia para requebrar a nuestra hija, y, en el tiempo conveniente, celebrar el matrimonio. La emoción de Rosario me conmovió. Su felicidad al ver entroncadas las dos familias era evidente. Nos abrazamos y les vimos partir con la ilusión de compartir muchas alegrías en el inmediato futuro.

Teresa adquirió una expresión de dicha serena, y entre las dos comenzamos a planear la boda.

—Si os parece adecuado, me gustaría celebrar el matrimonio aquí, en la hacienda. ¡Adoro este lugar!

—Alabo tu elección, pero habremos de construir una pequeña capilla para la ceremonia.

—¡Qué idea tan magnífica, madre! ¿Tenéis ya algo pensado?

—Siempre he deseado edificar basándome en la figura del octógono.

—¿Por qué un octógono? —dijo Teresa, sorprendida.

—Cuando fuimos invitados por el cardenal Farnese a su isla Bisentina, nos instruyó sobre la carga simbólica del número ocho. No veo ocasión mejor, ni lugar más apropiado, para hacer realidad mi sueño.

—Contádmelo, madre.

—Fue una larga conversación, al arrullo de las fuentes y la magia de una noche irrepetible, pero intentaré resumírtelo: el octógono es la síntesis del cuadrado, que simboliza la tierra, y del círculo, que encarna el cielo. El día octavo se inicia la Resurrección, y, por tanto, la Redención. En resumen, ese es su sentido.

Miré a mi hija, su expresión concentrada denotaba su absoluta atención.

—Así será, madre. Es un día para que todo tenga un sentido, para que nadie sea olvidado y para crear recuerdos para el futuro.

LA CATEDRAL

1558.

*L*a primitiva catedral no podía acoger a la creciente feligresía de la floreciente capital. El arzobispo Montúfar escribió al Consejo de Indias, pidiendo licencia para construir una nueva y más amplia basílica, acorde con la situación presente, y un experimentado arquitecto para llevar a cabo la obra.

Cuando llegó el permiso, el virreinato estaba entusiasmado. A la inauguración de la flamante Universidad seguiría la construcción del más importante templo de las Indias. Una vez más, estábamos inmersos en la creación del Nuevo Mundo.

Nuestro querido amigo y paisano Claudio de Arciniega fue elegido para realizar el magno proyecto. Cada vez que, camino de uno de mis quehaceres, pasaba por delante del solar elegido, veía un enorme hueco, que se llenaba de agua, así ahondaban en él. Los paseantes se detenían preguntándose si, al profundizar, llegarían al mismísimo infierno.

Anhelábamos ver alzarse las primeras paredes, pero, sin embargo, la inmensa cavidad crecía día a día. Pasaron muchos meses en los que siguieron excavando, hasta que el arquitecto decidió que ya era tiempo de achicar toda el agua con potentes bombas.

Pero las ingentes obras habrían de demorarse durante años. Con enorme tesón, Arciniega estudiaba la manera de legar a las futuras generaciones un templo de extraordinaria belleza y que resistiera inundaciones, terremotos y huracanes.

En una de esas noches en las que los amigos nos reuníamos para comentar nuestras respectivas actividades, Claudio llegó a casa un tanto desmoralizado.

—Pase vuestra merced —le animé—, tenemos la cena preparada en la azotea, y con la luna llena, la vista conforta el espíritu más probado.

—En verdad agradezco vuestra deferencia.

Cuando subimos a la terraza, ya estaban sentados alrededor de la mesa nuestros hijos, los Bernáldez y mi esposo.

—¡Sed bienvenido, señor arquitecto! —Y al ver la expresión de abatimiento de su amigo, mi esposo añadió—: Os veo abatido... Venga vuestra merced a la buena compañía, y más luego nos contará sus avatares.

Comenzamos a cenar, y el aire tibio, perfumado de jazmines; la magna visión de la naturaleza que la luna iluminaba en todo su esplendor; el refulgente titilar de las velas, que sugerían intimidad, y la cálida amistad que le rodeaba, elevaron el ánimo de nuestro arquitecto. Poco a poco, disminuido su quebranto, Claudio nos relató las preocupaciones que le atormentaban.

—El obispo Montúfar —inició con aire cansado— desea que realice una catedral grandiosa, en todo parecida a la de Sevilla.

—No es mezquino su empeño —comenté, pero el artista respondió enseguida:

—No lo es. Y, además, el poder de las aguas dificulta nuestra tarea. Es menester que contemos con la realidad: el suelo cenagoso hace inviable una edificación de esas proporciones.

—¿Cómo vais a resolver la dificultad? —preguntó mi esposo.

—Hemos de achicar el agua hasta que no quede traza de ella. Solo entonces mandaré hundir unos gruesos pilotes de recia madera, sobre los que habremos de fabricar la torta de mampostería más sólida que haya existido y el mortero más resistente, para que ese templo desafíe el paso de los siglos. —Estas palabras las dijo con el entusiasmo que nosotros le conocíamos—. La traza es sencilla —continuó—, un rectángulo de unos ciento diez metros de largo y cincuenta y cinco de ancho...

—El crecimiento de la población experimentado en estos años exige lugares que den cabida a sus numerosos fieles. —Rosario, que había abrazado nuestra religión con entusiasmo, estaba emocionada.

Claudio ya no escuchaba. Su mente estaba en los planos en los que trabajaba de sol a sol.

—Una de las más hermosas será la capilla de los Reyes, construida dentro de una cabecera semihexagonal...

Le escuchábamos con atención.

—La nave central, espaciosa y radiante, irá acompañada por dos naves de numerosas capillas...

—Y el coro, ¿dónde estará el coro? —preguntó mi hija Teresa, que era muy musical.

—Poseerá lugar de relevancia —aclaró Arciniega—, mirando al altar mayor. —Y añadió enfervorecido—: ¡Cuatro torres esbeltas flanquearán esta basílica que será la más hermosa de las Indias! Esta catedral será nuestro legado a este virreinato —concluyó con entusiasmo^[37]. Pero enseguida añadió—: Pasarán muchos años antes de verla terminada.

YUCATÁN

Octubre, 1558.

*T*eníamos por delante los largos meses del cortejo para organizar la boda de Teresa, y mi esposo había rogado encarecidamente a nuestro hijo Diego que velara por su hermana durante nuestro viaje a Yucatán.

—Abre bien los ojos en mirar por tu hermana. No te distraigas un instante en guardarla...

—Padre, antes de que me lo encomendarais —aseguró el hijo—, ya había resuelto no perder a los novios de vista. Pero Rafael es hombre cabal. Él será el primero en protegerla.

—No lo digo por Rafael. Me preocupan los muchos tunantes que veo mariposear por la capital —contestó el preocupado padre, y añadió—: He sido testigo de las artimañas que emplean para seducir a las doncellas. Soy hombre, y lo he visto con mis propios ojos.

—Quedamos al cuidado de Fermín y Juana, que nos quieren como a familia. Lagartija anticipa cualquier intención maligna y Juanelo es un temible cancerbero... No tengáis pena y marchad descansado.

Yo estaba tranquila, pues fiaba en la agudeza y temple de mi hija, en el amor de su novio y de su hermano, en la amistad de los Buitrago y en la lealtad de nuestros fieles servidores. Había ordenado que comenzaran los preparativos de la boda que pudieran demorarse. Entre otros asuntos, no quise marchar al Yucatán sin haber comenzado mi oratorio octogonal. Una vez que dejé encargado el trazado, el tamaño y las proporciones, inicié los preparativos del ansiado viaje. Bajaríamos a Tierra Caliente por el mismo camino que habíamos recorrido años atrás.

Íñigo había estado allí en alguna ocasión para recibir algún personaje de relieve, para poner en vereda a intrigantes y desabusados, o con el fin de recoger mercancías que necesitaba con urgencia.

El tiempo en esa época era de una dulzura infinita. Habían ya cesado tormentas y tifones, tan peligrosos para la navegación, y el cielo era sereno y de un intenso azul. Nos embarcamos en Veracruz, con la intención de desembarcar en un puerto de la costa oriental que estuviera cercano a los sitios que ansiábamos conocer. Rosario insistió en que así lo hiciéramos, pues la llegada a Zama^[38] o a la vecina isla de Cozumel, decía la leyenda, eran inolvidables. La travesía fue tranquila y sin incidencias, y una atardecida en que las sombras ocultaban la tierra, nos internamos en un canal que se abría entre el inmenso arrecife de coral, guiados por unas antorchas que los escasos habitantes del vecino pueblo de Zama encendían por la noche.

Llegamos a nuestro destino y fondeamos en una rada segura para pasar la noche.

Con los primeros rayos de sol me desperté con la conciencia de que iba a contemplar algo extraordinario. Íñigo estaba ya en pie y aguardándome para subir a cubierta y descubrir juntos, como lo hiciera en aquella mañana en la bahía de Nápoles, el lugar que permanecería entretejido en nuestra vida. Rosario nos hizo cerrar los ojos, y así los mantuvimos hasta que ella nos dio permiso para abrirlos.

No pude contener una expresión de total estupor. Ante mí se extendía un mar de aguas azul muy claro, y transparentes como el cristal; de ellas surgía un peñón rocoso, en cuya cumbre tronaba un castillo solitario. Una intensa emoción se amparó de nosotros. Los testigos de una cultura antigua se alzaban para hacernos conocer sus secretos.

Enseguida organizaron el descenso a tierra para visitar ese templo, cuyo nombre rememoraba el amanecer y que estaba dedicado al dios del viento. El santuario, sin ser de grandes proporciones, resultaba imponente. Tal vez porque era ya uno de los últimos vestigios de una sugerente civilización que

me atraía con fuerza irresistible. Recorrimos las inmediaciones de piedra gris, donde una palmera solitaria acompañaba la danza de la brisa, y por fin subimos a la cúspide del adoratorio, desde donde se divisaba la vecina isla rodeada de aquellas aguas que parecían irreales.

—Me hubiera gustado poder conocer Cozumel... —insinué.

—Si pudiéramos permanecer más días... —sugirió Rodrigo.

—Sabes que no es posible, Rodrigo. No he de dejar largo tiempo a Fermín con tamaña responsabilidad —respondió mi esposo.

—Además —intervino Rosario—, vas a ver una de las maravillas que encierra Yucatán, y que está muy próxima, Xel-Há.

—¿Qué significa ese nombre tan musical? —pregunté ya intrigada.

—Lugar donde nacen las aguas —le contestó mi princesa maya.

Ante esa perspectiva me dejé convencer y tornamos a nuestra nave para recorrer la distancia que nos separaba de ese lugar tan atractivo. Toda la costa era una sucesión de playas de arena dorada, donde la vegetación recreaba el intenso verdor del trópico y grises y rotundas piedras punteaban el paisaje.

De todas las maravillas que mis ojos europeos habían contemplado, lo que hallé en Xel-Há colmaba todas mis expectativas. La naturaleza esplendente, la fauna variada y desconocida, llenaron mi mente de estupor. Estábamos ambos en la flor de la edad. Los hijos ya criados y la fortuna consolidada nos permitían gozar de aquellos intereses que nos atraían con fuerza y de los que este virreinato nunca carecía.

Desde la nave contemplamos el grandioso cuadro que la naturaleza desplegaba ante nuestros ojos asombrados. La luz del atardecer doraba las aguas que, enamoradas de la tierra, se adentraban en su ribera formando bellas calas, playas y caletas. Permanecimos mudos, conmovidos y fascinados, hasta que la oscuridad del crepúsculo cubrió ese sueño con sus sombras. Mientras cenábamos, antes de irnos a descansar, nuestros amigos nos informaron de lo que encontraríamos en la próxima jornada.

—Es tierra de dioses y magia potente —dijo Rosario, entusiasmada. Y continuó—: Nunca visité la tierra de mi madre, pero ella me hablaba de todos estos lugares donde pasó su infancia. —Y rodeándome en un abrazo me dijo —: ¡Gracias, Mica! ¡Me has ayudado a cumplir mi sueño!

Luego, como queriendo quitarle intensidad al momento se puso a describir lo que ella había oído:

—En Xel-Há la variedad de peces es infinita y están tan acostumbrados al ser humano que, cuando los nativos acuden allí a bañarse, les siguen con curiosidad, intentando atraer su atención con sus evoluciones.

Mi esposo me miró de inmediato, y, al ver mi expresión, comprendió que nada ni nadie me detendría.

—Me bañaré allí —anuncié.

Como sucediera en Sicilia, los argumentos de mi marido no lograron doblegar mi voluntad. Me hallaba ante una situación extraordinaria y no la iba a desaprovechar.

—Entraré en el agua cuando todos se hayan ido; me vestiré con todos los ropajes que puedan conservar mi decencia, pero nadaré con los peces.

—Pero, Mica —me decía Rosario—, puede ser peligroso...

—Tú has dicho —le recordaba yo— que eran tan amistosos que iban como dóciles canes detrás de los hombres.

—Mira, Mica —recomenzaba mi esposo—, tus años mozos son ya pasados.

—Precisamente. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca más.

—¡Sea! —concedió Íñigo, abrumado—. Bajaremos a tierra nosotros en un batel y yo me sumergiré contigo para cuidar de tu persona.

—En deuda quedo con vuestra merced —le contesté entre burlona y agradecida.

—¡Pero es menester que te cubras de forma decente! —añadió.

—No te inquietes —intervino Rosario—. Yo le ayudaré para que su virtud no sufra menoscabo. He de decir que aquí, en la vecina isla Mujeres, ellas se bañan desnudas.

—¿Y eres tú la que iba a ayudarme? —le dije con cierto enfado.

—Quiero decir —aclaró ella—, que, aunque así lo hiciéramos, no causaríamos escándalo alguno.

Aprovechamos que la marinería estaba ocupada en las tareas de la mar y los soldados, en la pesca, para partir en el bajel solos, los cuatro, hacia la fabulosa ensenada. Como nos anticipara Rosario, una infinidad de peces nadaba en organizados escuadrones, que se deshacían en un instante para volver a completar otras formas diversas.

Peces loro con sus vibrantes colores, macabís rutilantes, parsimoniosas rubias y rayas de pausados y elegantes movimientos armonizaban sus diferentes cadencias, entre tantas otras especies que yo desconocía por no haberlas visto jamás.

Inesperadamente, algo llamó mi atención. Las aguas, en estratos superpuestos, seguían direcciones opuestas, como si una corriente interior las lanzara en un vértigo invencible.

—¡Mirad! —señalé—. ¿Qué extraño fenómeno es ese?

Mis tres compañeros dirigieron su atención al punto que yo les indicaba, y Rodrigo sugirió:

—Ha de ser un espejismo. Tal vez se den en las aguas, como se dan en las arenas del desierto.

—No es un espejismo —aclaró sonriendo Rosario—. En este punto se encuentra el agua salada de la mar con la dulce de la laguna y no se mezclan de inmediato...

—Al no tener la misma densidad —concluyó mi marido—, la dulce flota por encima del agua de la mar, creando ese insólito efecto.

—En realidad —intervine—, este lugar parece el nacimiento del paraíso.

—Entonces... ¿ya has tenido bastante? ¿Tornamos a la nave? —sugirió mi esposo.

—Yo me voy a bañar —afirmé decidida.

—Y yo también —añadió Rosario.

Nos acercaron a una diminuta caleta de arena fina y blanca, desde cuya orilla nos adentramos con prudencia en las tibias aguas. Quedaron los dos maridos en la lancha, vigilando que nadie pudiera escudriñar lo que allí sucedía, y pendientes de intervenir ante un posible peligro. Las camisolas que nos tapaban entorpecían nuestros movimientos, pero nos dejábamos llevar mansamente por la suave corriente que los propios peces originaban en sus evoluciones alrededor de nosotras. Metí la cabeza bajo el agua, y su abrazo me produjo una tranquilidad tal, que cerré los ojos y, en vez de mirar, comencé a sentir:

El tacto de las aguas en mi piel; el roce suave de las aletas de los peces al pasar; el aroma punzante de los arbustos circundantes; el sabor fresco del agua dulce; el murmullo de las ondas besando el ribazo... hasta que algo terso y delicado acarició mi espalda. Abrí los ojos y el estupor me dejó inmobilizada. Una enorme raya evolucionaba bajo mi cuerpo, que flotaba abandonado a las sensaciones. Estaba intentando despertarme de mi letargo y me animaba a seguirle en su acuática danza.

Me quité una de las camisolas para sentirme más ligera, y comencé a nadar con ella, que lideraba la compleja coreografía que estábamos realizando. Otra raya de piel más oscura se unió a nosotras, y enseguida apareció Rosario, que comenzó a nadar acompasadamente sin mostrar la más mínima sorpresa. El interés por nuestra presencia crecía, pues cada vez eran más numerosos los peces que se incorporaban al baile improvisado. En una ocasión, miré hacia el fondo y sorprendí a una barracuda con sus ojillos malignos fijos en mí.

Era un lugar demasiado hermoso para que el mal estuviera presente, y la ignoré y continué nadando. No sé de cierto cuánto tiempo permanecemos allí, pero cuando nos vinieron a buscar los esposos, cansados de esperar, el sol estaba ya en lo alto. Al subir a la barca dije con total seguridad:

—No parece el paraíso. Lo es.

ISLA MUJERES

Nuestra próxima etapa sería isla Mujeres. Hernández de Córdoba la había bautizado de esta guisa, cuando la descubrió en 1517, por la abundancia de mujeres que allí se acercaban portando ofrendas. Luego supieron que dicha isla era lugar de peregrinaciones pues estaba consagrada a Ixchel, diosa de la fertilidad, y muchas nativas acudían a pedir su ayuda, ofreciéndole dones con forma femenina. Avistamos la isla, y, al instante, como si fueran el comité de recepción, unos delfines se acostaron a la nao y la acompañaron con sus cabriolas. Era una ceremonia que realizaban con pasmosa agilidad mientras lanzaban unos alegres gruñidos de satisfacción al comprobar la atención que suscitaban.

Un poco más lejos, pero perfectamente visibles, una familia de tortugas nadaban pacíficas y sin miedo al hombre depredador. Era cosa de asombrar ver a qué velocidad se deslizaban entre las aguas, aleteando de forma armoniosa a pesar de su pesado caparazón. En ese momento sentí la ausencia de mis hijos, porque conocer Yucatán era una de las grandes ilusiones de Teresa. Pero la imaginé bien ocupada con el tradicional cortejo de Rafael.

Por otra parte, me decía a mí misma que ellos empezaban su vida, y tendrían mil oportunidades de gozar esta tierra, mientras que Íñigo y yo nos íbamos haciendo mayores. La mano de mi marido se posó sobre la mía. La emoción que sentía cada vez que él estaba cerca de mí era la misma y era distinta. Igual porque le necesitaba a mi lado, y distinta porque el sentimiento se había enriquecido con un velo de ternura donde antes primaba la pasión.

—Este viaje, ¿es lo que esperabas? —dijo simplemente.

—Mucho más... Es lo desconocido, es un mar alcanzable, es...

—Mica, ¿tú sin palabras? ¡No doy crédito! —aseguró asombrado.

—A veces es preferible dejar fluir las emociones, gozarlas, vivirlas y, una vez que hayan penetrado la memoria, ponerlas en palabras.

Me abrazó y así permanecimos, en proa, contemplando la mar esplendorosa que nos circundaba, con la brisa de la tarde en nuestros rostros y la convicción de ser unos de esos instantes irrepetibles que nos regala la vida.

Durante los siguientes días de navegación, hasta llegar a la ciudad de Mérida, se multiplicaron las visitas de delfines y tortugas. Tuve de nuevo la misma percepción que me asaltara en Xel-Há, de ser testigo del inicio del mundo, cuando todavía estábamos en la edad de la inocencia, de la bondad sin malicia, de la hermosura sin ruindad.

El paraíso.

Arribamos sin novedad a un pequeño puerto donde nos aguardaban gentes de a caballo para acompañarnos a Mérida. El calor era sofocante debido a la altísima humedad; además tuvimos que partir en pleno día hacia la ciudad donde ya nos esperaban desde hacía dos días. Íñigo traía despachos del virrey para el regidor de la ciudad, y había de entrevistarse con el alguacil mayor, ya que las revueltas habían sido tenaces, y la pacificación de la zona, reciente.

Al día siguiente, con el frescor de la mañana, salimos a recorrer la ciudad, mientras mi marido atendía sus ocupaciones. La villa estaba muy concurrida porque era día de mercado y gentes de los pueblos de alrededor acudían a vender sus mercancías. En aquella época, Mérida se había convertido en una ciudad floreciente, con unas iglesias cristianas de elevados campanarios, entre las que destacaba la iglesia y el convento fundados por fray Diego de Landa. En cualquiera de los territorios que recorriamos, reconocíamos la presencia de los esforzados conquistadores. Algunas casas principales rodeaban la plaza Mayor, con escudos sobre el portón que revelaban el origen de sus fundadores.

Era diverso a todo lo que había visto hasta entonces, pues así como en México la ciudad española se construyó a la zaga de una espléndida ciudad existente, viva y dinámica, aquí, las blancas casas de adobe de los conquistadores, y las de palma de los nativos, estaban situadas entre las ruinas de una antigua civilización.

La refinada y sabia cultura maya.

Por doquier, admirábamos esbeltas columnas posadas sobre la tierra; templos sin techo que daban un aire de ceguera a sus ventanas; paredes con magníficos bajorrelieves que nos hablaban de un espléndido pasado.

El bullicio del mercado nos atrajo de inmediato. Se vendían y compraban los objetos más variados, la artesanía más insólita y las comidas más aromáticas. En un puesto dos jóvenes mujeres, que lucían hermosos tocados con cintas de colores entretejidas en la negrura de su pelo, ofrecían sus

bordados con hilos de algodón de colores; en otro, un muchacho y su padre mostraban collares, aretes, ajorcas y broches de coral rojo de varias tonalidades, o de un extraño coral negro que me apresuré a comprar.

Mozos cobrizos, vestidos tan solo con un blanco maxtlal, el paño que ocultaba sus vergüenzas, portaban pesados fardos a sus respectivos puestos.

Un tlameme cargaba a sus espaldas una jaula espaciosa, pero leve, donde aves de precioso plumaje se agitaban al verse encerradas. Papagayos de brillantes plumas rojas, quetzales diminutos de titilante vuelo, tucanes de inmenso pico, y, en otra pajarera, halcones de mirada altiva, hacían oír sus quejidos, airados unos y dolientes los otros, hasta que algún comprador se dignara llevarlos a lugares más holgados.

El exótico perfume provenía de comidas ya elaboradas y de aquellas que cocinaban según el deseo del adquiriente: esponjosas arepas; puchero de gallina con ají, picante e inolvidable, y unos deliciosos dulces hechos con yuca y miel, o bien de camote y coco. Cuando Íñigo se unió a nosotros, su expresión denotaba contrariedad, pero, en cuanto me vio, su rostro dibujó una sonrisa.

—Y bien, señor capitán, ¿qué sorpresa nos depara vuestra merced? — pregunté.

—Lo que para mí supone una dificultad va a resultar tu contento.

—¿Qué quieres decir?

—El regidor me ha rogado que permanezcan nuestros soldados unos días más, a fin de tener más tiempo para entrenar a la guardia de Mérida en las nuevas armas que hemos traído.

—Eso significa que...

No me atrevía a hacerme ilusiones, pero mi marido concluyó mi frase:

—Que tu sugerencia de visitar Chichén Itzá se puede hacer realidad.

—¡Gracias, Íñigo! Nunca olvidarás este viaje.

—No sé si yo alcanzaré a ir. Tal vez deba permanecer aquí y vigilar los entrenamientos. —Al ver mi expresión desilusionada matizó—: Haré lo posible por partir, pero las lombardas, arcabuces y culebrinas que portamos requieren un entrenamiento previo.

—¿Por qué no vas tú con ellas y yo me quedo a supervisar las maniobras? Conozco su manejo —se ofreció Rodrigo.

—Buscaré otra solución —decidió mi esposo.

Quedó determinado que nos encaminaríamos hacia las ruinas mayas con algunos soldados que vendrían con nosotros, mientras otros cuatro permanecerían en la ciudad con el propósito de enseñar la utilización del

armamento. Así Rodrigo se unió a la expedición con el contento de su mujer, que ansiaba enseñarle la magia de su tierra yucateca. Los caballos que nos adjudicaron parecían mansos y tranquilos, lo cual era muy importante al adentrarnos en la selva. Tomamos así mismo una reata de mulas que cargaban los petates, las provisiones necesarias y lo imprescindible para montar el campamento donde la prudencia aconsejara y fuera nuestro deseo. El capitán del fuerte nos instó a que nos acompañaran en la expedición dos guías leales y buenos conocedores del territorio.

LOROS Y MONOS

*A*l internarnos en la selva, el anterior fulgor se fue tamizando, creando un espacio misterioso, que era esclarecido por súbitos rayos de sol. Avanzábamos lentamente detrás de los guías, que, cortando con los machetes la maleza, creaban la inexistente vereda. El miedo a los reptiles nos hacía caminar con prudencia mirando dónde colocábamos los pies. Nuestras botas altas de buen cuero español nos daban cierta confianza, pero sabíamos de algunas serpientes que se dejaban caer desde los árboles sobre el desprevenido descubridor.

Unas voces chillonas, que venían de lo alto y parloteaban un idioma desconocido, me produjeron espanto. Creí que íbamos a ser víctimas de un ataque. Pero los indígenas que abrían la marcha, al ver mi expresión, rieron divertidos, y al instante comprendí que no corríamos peligro. Un vuelo rápido cruzó el haz de luz, mientras se oía en la espesura un grito de guerra bien conocido por nosotros: «¡Toledo, Toledo!», repetían mil voces. La quietud de la jungla intensificaba el griterío. Mi asombro no tenía límites. Mas pronto desentrañó Íñigo la incógnita.

Estábamos en la zona que Cortés, con unos cuantos valientes, había decidido explorar en los años posteriores a la Conquista. Alarmados ellos también entonces por el parlamento de lo que solo eran aves habían decidido atacar al enemigo con un clamor general de: «¡Toledo, Toledo!».

Los loros del lugar, aplicados y de buena memoria, lo utilizaban con excelentes resultados para asustar a aquellos que osaban internarse en sus dominios.

Insólito, sorprendente. Nueva España contenía territorios ricos en flora y fauna, de los que iba a inspirarme durante años para mi trabajo de orfebrería.

Continuamos avanzando y la maleza se hizo más densa, el aire, cargado de humedad, irrespirable, y el calor del mediodía, abrumador. De repente, vi cómo unas extrañas formas saltaban entre las copas de los árboles con extremada agilidad. Permanecimos atentos para observarlas.

Eran unos monos extraordinarios, con hermoso pelaje repartido por su piel de tal manera que en su carita blanca brillaban ojos negros y brillantes rodeados de un círculo rosado, y sus manitas parecían enfundadas en unos largos y sedosos guantes negros. Uno de ellos, intrigado por nuestra presencia, se acercó a estudiarnos, manteniendo su cola enroscada a la rama que le sostenía. Tenía unos límpidos ojos azules, el morro rosa y lleno de manchas oscuras y las orejas muy negras.

—¡Qué belleza! —exclamé—. ¡Será un magnífico broche que habré de elaborar en mi taller en cuanto regrese!

—¡Rápido, Mica! —me instó mi marido—. ¡Saca tu cuaderno y haz un boceto ahora!

Mientras lo estaba realizando, uno de los soldados de la expedición comentó:

—¡Mirad cuántos acuden!

En efecto, había cundido el ejemplo de su compañero y venían a conocernos y calibrar si representábamos un peligro, o bien éramos inofensivos. El mayor de ellos, que había de ser el jefe de la tribu, tenía una mancha negra en el dorso que parecía una enorme capucha.

El mismo soldado comentó:

—¡Ese parece totalmente un monje capuchino...!

—¡Vive Dios que es cierto! —afirmó mi marido.

A partir de entonces, los llamaríamos siempre «monos capuchinos».

Quietos, callados, permanecimos observándonos mutuamente.

—¡Qué curioso! —dije—. Forman una especie de batallón...

A lo que el indagador soldado contestó.

—Los monos que vi en la costa africana sorprendían por su inteligencia y organización. Estos han de ser así también.

El sortilegio fue interrumpido bruscamente.

Una enorme serpiente se deslizaba por el tronco de un árbol donde se habían instalado los monos. Para ella significaban un apetitoso manjar y no estaba dispuesta a desperdiciarlo. Apenas el macho dominante la vio, estalló en una catarata de gritos de alerta de estridente agresividad que nos heló la sangre.

Mientras preparaban la retirada de las hembras y crías, los monos de mayor envergadura se enfrentaban a la serpiente amenazándola con terribles ademanes y enseñando unos dientes puntiagudos que nos provocaron pánico. La mordedura de semejante sujeto había de ser letal. Algunos se tiraron al río cercano, donde demostraron ser espléndidos nadadores, y los otros escaparon en organizada retirada.

Nosotros imitamos su ejemplo y tornamos a nuestro campamento.

CHICHÉN ITZÁ

*M*e emocionaba pensar que íbamos a entrar en el lugar donde los valientes soldados que conquistaran Yucatán hubieron de buscar refugio ante el tenaz ataque de los indios. El primer edificio que apareció ante nuestros ojos atónitos fue el imponente observatorio, por cuya cúpula, perfecta y esférica, los españoles le habían apodado el Caracol.

Tras unos frondosos árboles, se erguía la cumbre de la pirámide de Kukulkán. Fuimos todos presa de la emoción, pues el espectáculo que estábamos presenciando era en verdad grandioso.

El sol de la tarde comenzaba su descenso hacia la tierra e iluminaba, en un juego de sombra y claridad, la enorme serpiente de piedra que descendía ondulante, con extremada veracidad por las gradas del templo, dignándose visitar a los hombres; las copas de los árboles parecían arder con lumbre inagotable; las numerosas aves que poblaban la selva, buscaban acomodo para la noche en jubilosa algarabía.

Asistimos en silencio a la ceremonia de vida que la floresta ofrecía, hasta que la penumbra cubrió con su manto todo el recinto. Enseguida la noche nos obligó a montar las tiendas y encender las antorchas para ahuyentar a las alimañas. Cuando nos dirigíamos hacia el lugar escogido para guarecernos de la intemperie, pasamos delante del Cenote sagrado cuyas aguas se tornaban azules de piedra preciosa. Al día siguiente continuaríamos nuestra descubierta, que para mí significaba el amanecer del conocimiento de otra cultura de las Indias, que me iba a causar una profunda admiración, que me acompañaría el resto de mi existencia.

Me despertó el agudo trinar de los pájaros y los ruidos de la selva, que despertaba con los primeros rayos de sol. Esta claridad nos llegaba tamizada por el denso follaje de la tupida vegetación que rodeaba nuestro campamento.

Disfrutamos de un copioso desayuno a base de tamales de maíz, tan nutritivo; frutas recién cogidas, que conservaban el tibio calor del sol, como el fresco y carnoso camote con sus verdes entrañas brillando a la luz; una dorada yuca, cocinada hasta sacar su sabor más excelso, y, por último, una deliciosa bebida caliente que confortaba el cuerpo.

Como signo de singular estima nos ofrecieron también un brebaje rojizo que ellos llamaban niachi, y que supe con horror que era sangre de un animal apenas cazado y degollado en el lugar, a la que añadían sal y el aromático cilantro. Yo la rechacé lo mejor que pude, pero tanto Rodrigo como mi esposo hubieron de tomarla para no ofender a nuestros entusiastas guías yucatecos.

Con semejante alimentación estábamos ya preparados para la visita que durante tanto tiempo yo había deseado. Salimos del campamento y nos dirigimos hacia las ruinas. De repente, al clarear las copas de los árboles, se abrió ante nosotros un insólito panorama. Mi corazón tocó a rebato ante el majestuoso espectáculo. Permanecemos atónitos, pues el soberbio cuadro nos había dejado mudos de estupor.

Un imponente atrio con un intrincado bosque de columnas precedía a la airosa pirámide que albergaba el Templo de los Guerreros.

Uno de los guías comenzó a referir algo que debía de tener importancia pues Rodrigo le escuchaba con singular atención. Mientras tanto la cara de Rosario expresaba sus mezclados sentimientos de nostalgia de su cultura desvanecida, orgullo por la grandiosidad del conjunto arquitectónico y emoción por la inherente belleza de naturaleza y obra del hombre. Recordé que su madre había sido una hermosa prisionera maya y comprendí el tumulto de sensaciones que la turbaban.

—Nuestro fiel lazarillo me pide que os diga que, aunque ese atrio que contemplamos es llamado «el de las mil columnas», cuenta tan solo con doscientas.

—¡La impresión que ofrece a la vista es portentosa! ¡La perspectiva las multiplica! ¡No me extraña que las presenten como un millar! —exclamé admirada.

Tras la columnata se erigía el templo en cuatro alturas escalonadas, y en la cumbre, la entrada a dos amplias salas.

—Habremos de ascender las gradas del templo en silencio, para no alterar la respiración, pues, como podéis apreciar, es una ascensión considerable. — Fue el consejo de Rosario.

De la misma manera que hiciéramos en Teotihuacán, comenzamos a subir con lentitud. En parte, porque habíamos de conservar el aliento, y también,

para poder gozar de los diversos panoramas, cambiantes a medida que subíamos por las gradas. Una vez que alcanzamos la cima, antes de entrar en una de las salas, nos detuvimos delante de una poderosa escultura de un dios reclinado de extraordinaria fuerza.

—Es el *Chac Mool* —nos aclaró Rosario—. En lengua maya significa «gran jaguar rojo».

—¡Esas dos serpientes que sustentan el dintel son terroríficas. Sus fauces abiertas amenazan ruina! —apunté. Nunca me había llevado bien con esos maléficos reptiles.

—Sé que no te gustan —me dijo Íñigo riendo—, pero recuerda que en la biblia nos aconsejan: «Sed astutos como la serpiente». Algo hemos de aprender de ellas.

—En todo caso, son de un realismo sorprendente —admití.

Nos internamos en una de las salas cuyos techos abovedados causaban extraño sobrecogimiento. Al cruzar el dintel y salir al exterior, la potente luz de mediodía nos cegó. Cuando volví a abrir los ojos, tuve una visión que no olvidaría jamás.

El paisaje que se extendía bajo la vista, era de las cosas más hermosas que había de contemplar: la naturaleza desplegaba el verde manto de la selva, entre la que se elevaban los monumentos que formaban la antigua ciudad maya. Una paz singular se apoderó de todos nosotros. El sentimiento de la belleza se amparó de mi entendimiento, y me senté sobre la cálida piedra para gozar de uno de esos instantes de la vida en los que somos conscientes de nuestra efímera, pero intensa, felicidad.

A mi lado, muy cerca, oí un suave aleteo. Dirigí la mirada hacia uno de los arbustos que crecían entre las oquedades de las piedras y vi un extraordinario pájaro. Aquel que había visto ya enjaulado, pero observado de cerca era fascinante. Era pequeño, movía sus alas a extraordinaria rapidez, mientras introducía su fino pico en las flores; su cuerpo irisado reunía fabulosos tonos de verdes y azules.

Rosario, al ver mi interés, me comentó:

—Es un colibrí^[39], muy respetado entre los mayas, pues pese a su diminuto tamaño, recorre muchas leguas.

—Es realmente mágico —confirmé.

Deseé permanecer allí para siempre, lejos del mal, apartada de desastres, a salvo de maquinaciones... Experimenté, de nuevo, como lo hiciera años atrás en Sicilia, la plenitud.

Pasadas las horas de la canícula, nos fuimos a visitar el juego de pelota, la grandiosa cancha^[40] donde los mayas jugaban a un esparcimiento tan enérgico como peligroso. El sol comenzaba a caer y doraba las rotundas piedras que formaban el conjunto. Las sombras producidas por el bajo relieve de la piedra insuflaban vida a las figuras, y parecía que de un momento a otro iban a cobrar vida y comenzar a jugar.

—Como os anuncié ayer —comenzó Rodrigo—, esta competición no era un mero divertimento. Contenía también un ritual sagrado.

—¿La pelota había de pasar por los aros que vemos en lo alto?

—Era muy difícil encestar, pues esas argollas no solo están muy elevadas, a siete metros y medio del suelo, sino que su circunferencia es ajustada por de más para el balón, que es pesado y, siendo de hule, elástico.

Al observar las pesadas arandelas, percibí que una de ellas estaba coronada por una representación que me pareció Quetzalcóatl.

—¡Qué imponente escultura! Es Quezalcóalt, ¿no es cierto? —pregunté.

—Sí, es Quetzalcóatl, el Ehecatl maya, dios del viento y las tempestades, que hace renacer, cada día y cada noche, el sol y la luna —contestó Rosario.

—¿Cuántos hombres formaban cada equipo de este juego? —preguntó Íñigo.

—De seis a ocho y si miráis a esos bajo relieves de las paredes laterales, veréis en qué consistía la competición —añadió Rodrigo, que estaba versado en la cultura de su esposa.

En efecto, la piedra nos revelaba a unos hombres protegidos por unos anchos cinturones, y unas magníficas protecciones que cubrían rodillas, muslos y antebrazos. Estaban representados en imposibles movimientos, y con peinados extraordinarios de plumas y lujosas joyas.

—¡Qué extrañas posturas! ¿Por qué juegan de esa manera? —indagué.

—El balón había de estar siempre en movimiento y no estaba permitido el uso de las manos ni de los pies. Debían golpear la pelota con las caderas, muslos, rodillas y antebrazos. De ahí las defensas —aclaró Rodrigo.

—Habían de ser formidables jugadores —comentó mi marido.

—Lo eran, pero además les espoleaba otro estímulo: el que la dejara caer, era sacrificado —nos informó nuestro amigo.

—Por otra parte —intervino Rosario—, al primer tanto, se acababa el juego.

Evoqué a los espectadores en las gradas, animando a su equipo, afeando un mal movimiento de un jugador, o ensalzando a un noble competidor. Mi imaginación los trajo de la noche de los tiempos, vestidos los sacerdotes con

sus túnicas blancas o negras: las mujeres con huipiles bordados de colores vibrantes y sagrados collares de turquesa; los hombres con el pelo recogido en un moño enhiesto y penachos de plumas ondulantes y discos de oro en su nariz y labio inferior; y los jugadores formando las más estrepitosas formaciones en su ir y venir... Podía oír el clamor de los asistentes, los lamentos de los vencidos y el estruendo de los triunfadores.

Entonces la sosegada voz de mi amiga maya me devolvió a la realidad.

—Rodrigo ha descrito el procedimiento del juego, pero yo debo añadir que la simbología que contiene es asaz poética.

—¿Qué símbolos encierra?

La curiosidad, inherente a mi persona, se despertaba aún más cuando se trataba de alegorías que me permitieran añadir un secreto a una de mis alhajas.

—El campo donde se desarrolla la competición es la tierra y la pelota, el sol. El anillo es el orificio por el que ha de entrar el astro. —Y continuó—: Venid, os mostraré un bajorrelieve que es de singular importancia para entender nuestra cultura, tan apegada al universo.

En uno de los laterales, trece personajes en pie, de inusitado realismo, parecían mostrarnos un camino.

—Es la marcha del sol por el mundo —aclaró Rosario—. Estas figuras representan los movimientos del sol, del alba al ocaso.

En la parte de abajo descubrí unos hombres descabezados, de cuyo cuello salían, amenazadoras, siete serpientes de cascabel.

—¿Quiénes son esas figuras terroríficas del centro? —inquirí horrorizada.

—Representan el mediodía, el instante de mayor energía solar —contestó Rosario.

Ya fuera, la calma del lugar nos invitaba a la contemplación y a recordar aquella importante ciudad, donde se había desarrollado una cultura seductora, de la que yo comenzaba a conocer los aspectos simbólicos gracias a Rosario que había recibido esa herencia de su madre. El sol era ya un ardiente disco que enrojecía el firmamento y daba la señal, como ocurriera el día anterior, para que cada criatura selvática buscara acomodo para la noche.

De manera inesperada, el cielo comenzó a teñirse de un tono plomizo, que ocultó el fulgor bermejo de los cielos; la atmósfera se tornó densa e irrespirable, y una calma de mal agüero se apoderó de la floresta. Un rayo súbito apareció en el firmamento yendo a caer como una maldición a escasos metros del lugar donde nos encontrábamos. El viento irrumpió con fuerza

creciente entre las ruinas, otorgando a las mismas un clima de amenaza, como si los dioses del lugar hubieran considerado nuestra visita un desacato.

Eso debieron de suponer los guías mayas porque el terror se pintó en sus rostros.

—¡Kukulkán, Kukulkán! —repetían.

Asustada, pregunté a Rosario por la razón de su miedo y por qué repetían la misma palabra.

—La leyenda dice que si en el cielo se desencadena una tormenta inopinada, es que Kukulkán, el dios serpiente, señor todopoderoso de estas tierras, ha considerado irreverente el comportamiento de los hombres, y mandará a sus acólitos a destruirnos.

—¿Y quiénes son esos acólitos? —pregunté temerosa.

—Las serpientes de cascabel que están en los muros que hemos visto —contestó firme mi amiga.

—Es un mito..., es imposible que la piedra adquiriera vida —argumenté sin mucha convicción.

—Será mejor que corramos hacia nuestras tiendas, la lluvia no tardará en llegar —aconsejó Rodrigo con buen sentido.

Estábamos apenas a dos metros del campamento cuando una tromba de agua nos cegó. Caía con tanta reciedumbre que no distinguíamos los contornos del mismo. A tientas conseguí abrir las lazadas que mantenían cerrada la entrada, y me recosté en el camastro. Nuestro refugio, al estar instalado sobre unos convenientes postes, nos tendría a salvo de la riada, pero recordé que las serpientes podían deslizarse y encaramarse en silencio por árboles y maderos.

Me resistía a dormirme, pues, aunque no creía en el dios vengador de Rosario, sabía que tras la lluvia esos desagradables reptiles salían a tomar el fresco.

Una sensación viscosa y fría me rozó el pie. Me incorporé rauda y vi con horror que dos serpientes, cuya expresión era de intenso reproche, se enroscaban decididas en mis piernas. Paralizada por el terror, no osaba moverme por si las inmundas bestias, sintiéndose en peligro, decidían contraatacar. En ese instante Íñigo apareció en el umbral, y haciéndome una seña para que permaneciera quieta, echó mano a una daga. Pero detrás de él, se erguía un cuerpo descabezado del que salían las siete serpientes con los ojos negros hinchidos de muerte. Me sentí perdida, y, peor aún, muerto aquel que yo quería más que a mi vida.

De repente me faltó la respiración, un sudor frío me recorrió el cuerpo y mi corazón tocó a rebato. Entonces, todos aquellos nefandos reptiles estallaron en obscenas carcajadas. Un grito ronco salió de mi garganta y unos brazos poderosos me rodearon.

Desperté ante las reiteradas preguntas de mi esposo.

—¡Micaela, despierta! ¿Qué te sucede? Háblame. ¡Por la Virgen del Remedio, dime qué tienes!

—No es nada, una pesadilla... ¡Pero tan real! —balbucí.

No bien había proferido estas palabras, escuchamos de manera nítida pasos de gentes que se acercaban a cencerros tapados^[41] y amparados por la oscuridad. Íñigo dio la señal de alarma. Mi esposo tomó raudo, esta vez sí, su espada y su daga, y apartó la cortina para salir a enfrentarse a los intrusos. Rodrigo, con los vigías y otras gentes de guerra, acudieron con prontitud, y, entre todos, lograron poner en fuga a los asaltantes. Parece que estaban armados tan solo con arcos y flechas, pero si nos hubieran hallado dormidos, muchos estaríamos muertos.

Rosario, pálida y demudada, repetía:

—Los guías tenían razón. Era la venganza de Kukulcán.

—No, Rosario, te equivocas —la rectifiqué—. La Santísima Virgen me ha mandado esa pesadilla para que despertara y avisarnos así del peligro que corríamos.

Al día siguiente sorprendí a uno de los pajes mayas poniendo una vela a la imagen de María que yo llevaba siempre conmigo.

El retorno a la ciudad se produjo sin ningún acontecimiento aciago más y la travesía hasta Veracruz fue placentera. Yo ansiaba llegar a casa, a mis hijos... No sentía ningún temor por ellos, pues, con Fermín y Juana, estarían atendidos en cualquier ocurrencia. Pero deseaba abrazarlos y también comenzar a realizar algunas ajorcas y colgantes inspirados en ese viaje singular a Yucatán, que no olvidaría jamás.

Una de las noches, cuando salí a cubierta a contemplar las estrellas, que brillaban como gotas surgidas de la inmensidad del firmamento, hallé a Rosario hincada de rodillas rezando.

La misericordia de Nuestra Señora había vencido a la venganza de Kukulcán.

La compasión

1558

Una vez tornados a la capital, lo cotidiano se amparó de mi vida. Una Cédula Real había conmocionado a muchos encomenderos y propietarios, pues a las lógicas dificultades de proveerse de los útiles y el ganado de tiro necesarios, la norma obligaba a «formar pueblos de españoles, y luego se da orden de juntar a los indios en pueblos para ver qué tierra queda y creación de pueblos para recoger también españoles y mestizos vagabundos».

Como era costumbre, se armó un gran revuelo en la sociedad novohispana, pero a nosotros no nos asustó semejante norma, porque, años ha, habíamos hecho aquello que las autoridades exigían ahora.

El trabajo del taller, con todo lo que me había sido revelado durante las jornadas en el Yucatán, lo realizaba con premura, espoleada por el miedo de que el pasar de los días me robara algún recuerdo.

Me hallaba inmersa en una pieza de elaboración minuciosa cuando Isabel, la esposa de Gaspar, pidió venia para entrar. Isabel me inspiraba compasión. Mostraba siempre una gran tristeza, de la que yo intuía el origen, y sabía que era real y profunda. Hoy, enarbolaba un aspecto desolado. Los cabellos revueltos, la faz más pálida que de costumbre y los ojos enrojecidos. Supe al instante que necesitaba sincerarse con alguien, y yo era la persona más cercana, pues su casa distaba poco de la nuestra. Le abracé con preocupación y la animé a contarme sus penas.

—Isabel, ¡qué lástima verte así! Dime, ¿qué te sucede? ¿En qué puedo ayudarte?

Por toda respuesta se echó a llorar con desconsuelo. Le ofrecí un chocolate caliente, que la mujer de Lagartija se apresuró a traer, y, una vez que hubo recuperado el resuello, inició su relato.

—Gaspar fue siempre hombre más bien frío conmigo. He de admitir que él es hombre brillante, y yo, ¡pobre de mí!, solo sé de mi marido y mi casa.

Siendo esta de alcurnia, mi esposo debió de pensar que yo sería mujer de más ambición, acorde a la suya.

—Él ha de considerar la fortuna que posee al tenerte a su lado...

Al oír esas palabras de ánimo, otra catarata de lágrimas interrumpió su relato. Esperé. Cuando se hubo calmado, la animé a continuar.

—Empezó a recriminarme que no fuera más experta en usos cortesanos; que no supiera atraer la atención de los poderosos de la corte para favorecer sus empeños... Pero yo no tengo maña en esas cosas...

—Eres mujer discreta y prudente... ¡Debiera admirarte! —Yo intentaba no dejarme llevar por la rabia de verla menospreciada.

—¡Y estoy inquieta, Mica! Se reúne con gentes extrañas, personas que no conozco y que conversan con él en voz baja y a puerta cerrada, para no ser escuchados.

—¿A qué personas te refieres? ¿De qué hablan? —Yo comenzaba a vislumbrar serios problemas.

—No lo sé, Mica. Se encierran a cal y canto, pero temo que algo traman. Y temo por él.

La abracé, y, de nuevo, mi compasión le hizo llorar con gran desconsuelo.

—No te he contado aún lo peor.

Su mirada extraviada, ausente, como si no pudiera creer lo que me estaba confesando, me produjo escalofríos.

—Si lo deseas, puedes desahogarte, Isabel. Nadie sabrá de esta conversación.

—Te lo ruego, Mica, no cuentes nada... —Y luego dijo amedrentada—: ¡No sé lo que me haría Gaspar!

—Isabel, bien sabes que Íñigo...

Su expresión viró al terror y exclamó:

—¡Por Dios santo! ¡No! ¡Eso sería mi perdición! ¡Júrame que no le dirás nada al capitán!

Intenté calmarla y explicarle que no deseaba jurar, que mi palabra tendría que bastarle, que mantendría sus confidencias en secreto, y entonces continuó:

—Hace meses que sospechaba que mi marido tenía una amante. He sufrido con las numerosas insinuaciones que algunas conocidas me hacían. Siempre las rechacé como malevolentes, pues deseaba creer a mi marido. Pero la verdad es que llegaba tarde a casa, y cuando le preguntaba, se enfurecía y me acusaba de ser una mujer necia que no comprendía las necesidades de su marido. —Se detuvo un instante y suspiró—. Cuando se

calmaba, me aseguraba que sus ausencias eran debidas a reuniones importantes, de las que a mí, para su desgracia, no se me daba un ardite. Entonces yo me sentía culpable de no estar a su altura, y callaba.

—En verdad no existía la tal manceba. —Quise creer.

—No lo creas. Me había estado mintiendo. Pero lo peor estaba por suceder. Una tarde se presentó con una negra garbosa, moza bien plantada y con mucho descaro, a la que presentó como mi nueva camarera. «Somos gente de calidad. Nuestra importancia requiere unos servidores que den lustre a nuestra casa», me dijo. Y la impuso.

Escuché abrumada. No solo cometía la falta de respeto de tomar una querida formal, sino que la llevaba al hogar que compartía con sus hijos.

—Imagina lo embarazoso que es convivir en mi casa, con mis hijos y con esa... —Su voz era apagada, triste, sin ánimo—. Para él es más cómodo, la legítima y la barragana bajo el mismo techo. Menos paseos, menos gastos de mantenimiento de una segunda casa... —Parecía casi resignada.

—Isabel, ¿quieres un consejo?

—Sí, por favor. No puedo acudir a mi familia, porque se opusieron a mi boda con Gaspar y sé que ellos me aconsejarán que deje a mi esposo... ¡Y eso me mataría, me mataría! —Y repetía esa frase como si estuviera poseída por el demonio.

Comprendí que mi razonamiento iba a caer en saco roto, pero que, en conciencia, había de dárselo.

—Has de enfrentarte a la realidad. Gaspar estima mucho la importancia de tu familia y el prestigio que conservan. Por tanto, si le dices que estás resuelta a no consentir esa situación, cederá. En el peor de los casos, si se marcha, ganarás en dignidad y tranquilidad junto a tus hijos.

—¡No le conoces! —respondió—. Es capaz de dejarme sola, sin recursos y vilipendiada. No tengo fuerzas para enfrentarme a él.

—No estás sola, nosotros podemos ayudarte, Íñigo...

—¡Ni se te ocurra mencionárselo a tu marido! ¡Te lo pido por amor de Dios!

Y escapó envuelta en su mantón antes de que yo pudiera evitarlo.

Al día siguiente de confiarme sus pesares, se comportó de manera extraña. Salía yo de la Audiencia, y vi que ella se aproximaba por la calle de enfrente. Estoy segura de que me vio. Pero cuando acudí a su encuentro, Isabel dio media vuelta y se alejó presurosa. Permanecí perpleja, confusa ante su comportamiento.

La víspera, me entregaba sus preocupaciones, como hacen dos buenas amigas. Hoy me evitaba. Comencé a cavilar sobre los complicados resortes del comportamiento humano. Tal vez se avergonzaba de su desahogo, temía que yo lo repitiera y se arrepentía de habérmelo confesado. O quizás Isabel era, y yo no lo había percibido con anterioridad, uno de esos seres que no perdonan el favor recibido. O, tal vez, y era lo más probable, le atenazaba el miedo.

¿Por qué? ¿Qué era lo que ella me había revelado en sus momentos de angustia y que ahora le causaba tanto temor haberlo hecho? ¿Sería prudente contárselo a Íñigo a pesar de mi promesa?

Era un asunto que merecía reflexión.

Cuando entré en su recámara, Íñigo supo al instante que yo me debatía ante la necesidad de consultarle un asunto de importancia.

—Imagino que has de referirme lo que en confidencia se te ha relatado.

—He pensado mucho si debía guardar silencio, como prometí, o si he de desvelarte lo que en secreto se me ha entregado.

—Se trata de Isabel, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo has adivinado?

—La vi salir ayer del zaguán, e iba muy turbada.

Le detallé nuestra conversación, y permaneció silencioso un buen rato. Luego preguntó:

—¿Crees conveniente que le haga saber que conozco su problema y que estoy dispuesto a ayudarla?

—No —contesté—, estaba demasiado asustada. Hemos de protegerla sin que ella lo sepa.

—Tienes razón... —concedió mi esposo.

—Pero hay algo más —anuncié—. Gaspar anda en malos pasos..., se reúne con gentes sospechosas...

—Lo sé —afirmó lacónico mi esposo.

—Se me alcanza —afirmé— que deseas que él ignore tu recelo.

—Es preciso que Gaspar esté confiado. Así podré vigilarlo mejor.

La conclusión fue que, en el futuro, sería mejor mantener una cierta distancia con ellos. Eran infelices, pero resentían el apoyo prestado y ocultaban algo que podía ser demoledor. Algo que Íñigo, dado su cargo, había de investigar. Además, esparcían el dolor en su entorno. Sentí que una amenaza difusa nos envolvía.



LIBRO III:

LA CIUDAD IDEAL 1558-1566

La mayor cosa después de la creación del mundo,
sacando la encarnación y muerte del que lo crio,
es el descubrimiento de Indias;
y así las llaman Nuevo Mundo.

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA.
Historia general de Indias.

Hombre libre, amarás siempre el mar.
CHARLES BAUDELAIRE.

Boda en la hacienda

1558

La hacienda Las Moreras era un lugar privilegiado. Gracias a los consejos de fray Toribio y fray Andrés, y los buenos oficios del flamante alcalde de indios, que no era otro que el leal Lagartija, la vida cotidiana y el trabajo se desarrollaban en armonía.

La lealtad que *Titán*, nuestro mastín, había regalado a Íñigo y la compañía alegre que este perro había proporcionado a mis hijos hizo que encargáramos una pareja de mastines, *Trueno* y *Dina*, que vinieron en la Flota desde España. Todavía algunos indígenas temían a los perros, pues corrían leyendas sobre aquellos canes que participaron en la Conquista, como seres invencibles, que tornaban a la vida después de muertos. He de decir que cuando llamaba yo a *Dina* y a *Trueno* y acudían con sus orejas ondulantes, las largas lenguas colgando y sus enormes corpachones trotando a toda velocidad y se abalanzaban sobre mí en señal de afectuoso saludo, comprendía el temor de los nativos.

Encolerizados, podían ser peligrosos. Vivían en la hacienda y, justo en el día de hoy, *Dina* acababa de parir cinco cachorrillos.

Teresa era mi única hija, y, por tanto, puse todo mi empeño en la preparación de su ajuar. Había de ser el que yo no pude tener en mi boda en Sicilia. En el baúl, de olorosa madera, se encontraban esos tesoros que yo había reunido para ella a lo largo de los años. Abrimos las dos con cuidado el arcón, como si fueran a romperse. Tomé el primer vestido de seda verde, del color de la piel de las manzanas; siguieron otros dos, uno color del fuego, y otro gris como las brumas mañaneras; basquiñas de terciopelo y raso, y otras guarnecidas con plata y oro, «a la turca»; dos mantos de seda; refinados chapines de terciopelo, alguno con hebillas de plata; un delicioso sombrero de tafetán pespunteado, a la moda de las Indias; un capotillo de damasco negro,

con pasamanería de oro, con el que estaba Teresa muy galana, y varios tocados acordes con los trajes.

Disfruté sobremanera encargando junto a mi hija estas maravillas, pero tenía un regalo especial que había elaborado con mis propias manos.

Como hiciera mi padre conmigo en las fechas señaladas, así hice yo con mi hija. Tomé una caja octogonal de terciopelo carmesí, con escenas novohispanas labradas en plata, y la puse en sus manos. Me miró interrogante.

—Es tu regalo de boda —aclaré.

—Madre, ¡me ha hecho tantos!

—Este es especial. ¡Descúbrela!

Era una cadena de oro con pequeñas conchas del mismo precioso metal, que recordarían a mi hija la hermosa travesía que hicimos para llegar a estas tierras a través del inmenso Atlántico.

A raíz de aquel viaje, ese océano de aguas verdosas, estrellas fugaces y fuegos celestes inquietantes quedaría para siempre inmerso en nuestros corazones. Fue la primera aventura que disfrutamos juntas.

—¡Madre, es una hermosura! ¡Qué fulgor! ¡Y el rubí tiene el rojo de la sangre de pichón!

Esa piedra central era única, y protectora del amor. Yo la había buscado durante mucho tiempo, esperando siempre encontrarla, para realizar para mi hija en el día de su casamiento una alhaja que fuera también un talismán que velara para siempre sobre ella.

—Es, en verdad, una gema extraordinaria. Hube de encargarme a tu tío Damián que la ordenara a la India, a un orfebre que acostumbraba traer piedras para tu abuelo.

—¿Queréis decir que ha recorrido tantas leguas para llegar a vuestras manos?

—Hija, yo deseaba hacer para ti un collar extraordinario y que la fuerza del rubí fuera un amuleto que amparara tu amor con Rafael.

—¿Creéis de verdad en el poder de las piedras?

—No tanto, pero cada vez que te adornes con ese collar, me recordarás y tendrás presente el amor que te tengo. Y ese afecto te dará fuerza en los momentos duros de la vida, que, por desgracia, no han de faltar.

Al terminar estas palabras, sentí un agudo dolor de nostalgia. Hubiera querido saber a ciencia cierta que la existencia de mi hija se iba a desarrollar con toda la felicidad. Pero sabía por propia experiencia que, entre fatalidades, envidias, malquerencias, abandonos y otras tristezas, muy pocos seres libraban con bien.

Teresa percibió mi gesto de preocupación y preguntó:

—¿Qué ocurre, madre? ¿A qué viene esa expresión de tristeza?

No quise aguar la fiesta y dejar ver mi temor ante su partida a otra casa, a otro lugar donde la llevaría su esposo. Lejos de mí. La vista se me nubló y dos lágrimas veloces, que no acerté a contener, surcaron mis mejillas.

—¡Madre, por Dios bendito, no me asustéis! Decidme qué os sucede.

—Comprendo ahora la generosidad de mi madre cuando yo partí para los reinos itálicos y no dejó escapar ni un suspiro... ¡Cuánto debió de costarle mi marcha!

Al ver mi pesar, mi hija me rodeó con un cariñoso abrazo, que caldeó mi corazón.

—¡Ojalá pudiéramos volver atrás en el tiempo! —Fue mi anhelo—. Diría a mi madre todo lo que no alcancé a expresarle. Veo las cosas de manera diversa a como se ven en la juventud.

Permanecimos las dos abrazadas, hasta que Íñigo entró, y, al vernos así, mohínas, preguntó asombrado:

—¿Qué significan esas caras de luto en la casa de una novia feliz? ¡Arriba los corazones!

Aparté esos melancólicos pensamientos, y con mi marido a mi lado, entendí que sería capaz de soportar cualquier ausencia... menos la suya.

Había reflexionado durante semanas sobre los detalles que, sin ser excesivos, podían embellecer la boda de Teresa. Aunque la distancia desde la casa no era muy grande, había decidido que mi hija llegara a la capilla en una carreta, como lo había hecho yo el día de mi boda en Sicilia. No estaría pintada con los motivos tan queridos de aquella isla, sino con los florales propios de México y de la hacienda en la que habíamos vivido tantos momentos dichosos.

Para dar un toque español, hice tejer a las mujeres del obraje unas cintas en las que habían trenzado relucientes cascabeles. Cuando los colocaron en la testuz de los caballos para ensayar el efecto, las tintineantes sonajas atraieron a algunos viejos del lugar que repetían asustados:

—¡Huitzilipochtli! ¡Huitzilipochtli!

No entendía yo la confusión creada por el inocente repiqueteo, y pregunté a Lagartija:

—¿Qué sucede? ¿Por qué están atemorizados?

—El dios Huitzilipochtli es poderoso y vengativo. No le gusta que sean cristianos. Creen que ha vuelto para tomarles cuenta de su desafecto.

—¿Y qué tiene que ver ese dios con el tañido? —indagué asombrada.

—Huitzilipochtli precede los ataques a sus enemigos con el rumor de cascabeles.

Recordé en ese momento que ya me lo habían contado con anterioridad.

—Diles que en España es señal de bienvenida a los cristianos que presencian una boda.

No parecieron muy convencidos tras las explicaciones de su alcalde, pero se retiraron en orden y concierto a sus quehaceres. Al cabo de unos días hube de ausentarme para gestionar los últimos detalles en la ciudad y traerlos a Las Moreras. Encargué al clérigo de la hacienda que vigilara todo lo mejor que pudiera, y para contentarlo le proporcioné doble ración de buen vino y mejor aceite, venidos en el galeón.

Habíamos comenzado a criar también cerdos y gallinas, y con estos dos alimentos, la hacienda era casi autosuficiente. Era mi mundo.

A mi retorno a la capital, encontré un mensaje de Estrella en el que auguraba felicidad a los contrayentes y me pedía que nos encontráramos con presteza. Mandé decirle que la vería con el mayor placer. La admiraba y la quería, pero desde las explicaciones que me diera Rosario sobre dicha princesa, la sombra de la duda planeaba sobre nuestra amistad. Y me sentía culpable de haber permitido que mi opinión se enturbiara de esa manera. Acepté su invitación, y al llegar vi que tenía preparado su palanquín más hermoso, aquel en el que yo la viera por vez primera a nuestra llegada a México. Al verme, su rostro se vistió de luz y tras un abrazo me invitó a acomodarme en la silla de manos.

—Voy a hacer a Teresa dos regalos: uno material, para que recuerde siempre mi amistad con su madre, y otro inmaterial, que debes ignorar, pero que le traerá ventura.

—Me tienes en ansia, dime tu secreto —le pedí con auténtica curiosidad.

—No tengas cuidado. Te ha de complacer. Ahora nos dirigimos hacia Chapultepec.

La jornada era placentera, la brisa suave, el cielo límpido, y hablando de una cosa y otra, el camino se hacía amable. En realidad, el famoso bosque distaba tan solo media legua de la capital. Tenía un aura de magia para los nativos, porque era allí donde enterraban a sus emperadores, cuando, tras la muerte, se habían convertido en auténticos dioses. Cuando llegamos a la fuente, esta estaba rodeada por una floresta densa y misteriosa, donde destacaban los *ahuehuetes*, árboles inmensos cuyos troncos inabarcables estaban habitados por toda clase de hermosas plantas parásitas; las raíces eran asaz inquietantes, pues zigzagueaban en la superficie terrosa, como rampantes

serpientes; las ramas se curvaban hacia la tierra, en profunda adoración del agua milagrosa. Observé con atención esas raíces:

Parecían estrellas que extendieran sus brazos de luz, en un afán eterno de transmitir la claridad a los hombres. Pensé en realizar un prendedor para corpiño que representara aquellas extremidades arbóreas, largas y sinuosas, cubiertas de ríos de diamantes brillando al fulgor de las velas en una noche de fiesta. Y, pendiente de alguna que otra rama, aquí y allá, una lágrima del más puro brillante.

—Micaela, sabes que os quiero de verdad. Por eso te llevo a tomar agua de esa fuente que, entregada por manos de princesa azteca, concede felicidad perenne a quien la bebe. Así afirma la leyenda. Mira estas dos botellas de hermoso cristal: encomienda a la novia que la beba tan solo cuando la desgracia vaya a rozarla con sus alas de niebla.

Yo la miraba embobada. Era una mujer de un atractivo poderoso, a pesar de no estar ya en su primera juventud. Además, el mundo de fábula que era el suyo se había enriquecido con el universo nuevo que habíamos aportado los españoles. Esta unión no creaba en ella ningún conflicto, al contrario, la había convertido en un ser múltiple, curioso, deseosa de aprender y entender. Según la poética costumbre azteca, sostenía en la mano un pequeño ramo de rosas perfumadas, que se acercaba al rostro y aspiraba con deleite. Y, sin embargo, no se limitaba a su ser sensual, su mente rápida estaba siempre a la búsqueda de respuestas.

—He de confesarte —y me miró fijamente— que, a veces, me hubiera gustado ser castellana.

—¿Por qué dices eso? —pregunté asombrada—. Siempre creí que estabas muy orgullosa de tu ascendencia real azteca.

—Y lo estoy. Pero no puedo dejar de pensar que mi madre, en vuestro país, hubiera podido ser una gran reina. Como Isabel —contestó con firmeza.

—Nada fue fácil para doña Isabel. Todo lo tenía en contra, y hubo de luchar para conseguir su objetivo —respondí.

—Papatzin era una princesa preparada para el Nuevo Mundo que había de venir. Quetzalcóatl la condujo al «reino que no tiene ventanas^[42]» para contarle de la venida de sus enviados. Cuando volvió del país de la muerte, ella advirtió a Moctezuma, pero él no la escuchó. Papatzin hubiera mantenido el reino, fundiendo las dos estirpes.

Yo la escuchaba confundida, no alcanzaba a comprender su designio.

—Tal vez hubiéramos debido disputar el liderazgo de mi tío... y realizar casamientos que fundaran una nueva raza..., una poderosa estirpe —afirmó.

—Diego y tú habéis formado una nueva estirpe.

—Pero hemos sido vencidos y muchos han tenido que morir. La mujer actúa de otra manera.

No sabía a ciencia cierta por qué esta conversación me producía tanto desasosiego, pero agradecí que hubiéramos ya alcanzado nuestro destino. Al tornar con las dos botellas con el preciado líquido, quiso ella que permaneciera en su casa a pasar la noche.

—Mandaré un paje para que avise que, siendo el camino demorado, quedas aquí para descansar hasta mañana —ofreció con cariño—. Así podremos seguir nuestra plática —añadió.

—Me complacería en demasía, pero he de tornar. Quedan pocos días para la boda y mucho que realizar.

Nos despedimos con un sincero abrazo, pero yo sentía un pinzamiento en el corazón. No deseaba hablar con mi amiga. ¿Por qué me habían desazonado tanto las ideas de Estrella?

EL AMOR ES CONTAGIOSO

*M*uchas habían de ser las emociones en la boda de mi hija, y yo era consciente de ello, pues pensé que ella querría trasladarse a una casa propia, y la idea de perder a mi adorada Teresa me corroía el alma. Siendo yo su madre, muchas veces sentía que de ella fluía hacia mí una fuerza serena que me recordaba en todo aquella que mi madre derramaba sobre mí. Atareada con los mil detalles que supone una boda en casa, posponía el deseo de mi hija de hablar conmigo en total sosiego.

Estaba yo indecisa entre un encaje y otro más fino, que debía adornar los manteles del banquete, y Teresa me tomó de las manos y me dijo muy seria:

—Madre, dejad eso. Hemos de conversar.

Al verla tan compuesta me temí lo peor: ansiaba tornar a Toledo con su marido, o habían decidido irse a vivir a una hacienda lejana, o aún peor, anhelaban irse a descubrir tierras ignotas, según la inclinación de muchas gentes en aquella época. Ella comprendió mi aprensión, y rauda quiso aclarar su intención.

—Deseo pedir os algo que es importante para nosotros... —No terminó la frase y vi que me observaba.

—Tú dirás —la animé, aparentando tranquilidad.

—¡Seríamos tan felices, Rafael y yo, si aceptarais que viviéramos todos juntos!

—¡Hija, por la Santísima Virgen! ¡Qué susto me has dado! ¡Creí que ansiabas marchar!

—¡Todo lo contrario! Entonces, madre, ¿aceptáis que me quede en casa y que Rafael se una a nosotros?

Me emocionó encontrar en ella la misma discreción de mi madre. Nada le era debido, todo lo pedía y todo lo agradecía.

—¡Pues claro que sí que acepto! ¡Nada me podría hacer más feliz! ¡Verás cuando se lo digamos a tu padre!

Nos fundimos en un cálido abrazo y así nos encontró Íñigo, que cuando supo la noticia se llenó de contento. Hasta *Trueno* y *Dina*, nuestros poderosos mastines, gruñían de satisfacción, entendiendo que algo singular estaba por suceder.

La enfermedad del amor se había apoderado de la hacienda. Con el correr de los años, habíamos formado una pequeña familia, y otra más extensa en la que contábamos con personajes de tanto valor como Lagartija e Inés con sus tres hijos; el aprendiz Tlacuilo, que ya enamoraba a una mocita del poblado, el valeroso Juanelo, los amigos de infancia de Íñigo, Urdaneta y Legazpi, este con su numerosa familia, Rosario y Rodrigo, Fermín y Juana, y, por supuesto, Estrella y Diego.

Esta última había obsequiado a mi hija unos valiosos aretes de oro y rubíes con motivo de su casamiento. Una vez desvelado su misterioso presente, intenté averiguar cómo había conseguido que fueran a juego con el collar por mí elaborado. De alguna manera había sobornado a Tlacuilo para que le contara lo que yo estaba preparando para Teresa y le había ordenado que los ejecutara a juego con la gargantilla.

En la mañana señalada, fueron llegando todos a la hacienda, las mujeres en calesa para no estropear atuendos y tocados, y los hombres, erguidos y montados en sus caballos, enjaezados con el cuidado que requería la ocasión. Bridas y arneses de cuero repujado; alamares de diversos colores en las cabezadas, y las espesas crines trenzadas primorosamente con cintas de algodón.

A pesar de que mis ojos solo veían a mi Teresa del alma, tuve una breve visión de la mirada que intercambiaron mi hijo y Luz, la hija de Isabel y Gaspar, que era muy amiga de mis hijos. Se hizo la claridad con la fuerza de un fogonazo. Era una explosión de amor. Así como el carácter sereno de mi hija era en todo similar a mi madre, la pasión que Diego sentía por la vida era

toda mía. Se había entregado al amor de la hermosa Luz con todas sus fuerzas.

No tuve tiempo de detenerme más en esa reflexión, porque me ocupaban los detalles y atenciones que había de tener con los invitados.

El virrey nos había hecho el honor de presidir el matrimonio de Teresa, y fray Andrés bendeciría la unión en la capilla.

Según lo dispuesto, en cuanto el virrey llegó con doña Ana, di la señal para que la novia subiera a la calesa. Don Luis tenía fina estampa, pero se había esmerado para la ocasión; el jubón de terciopelo acuchillado, las mangas en seda tornasol, y el blanco albor del lino de la camisa que asomaba por el cuello revelaban el cuidado en el aderezo. La virreina lucía discreta y refinada como era su costumbre, y más en una boda, donde la que había de destacar era la novia. Velasco saludó a los convidados con un cortesano gesto del chambergo, y una vez descabalgado, ayudó a doña Ana a descender de su carruaje, y se aproximaron para saludarnos.

La calesa de la futura esposa, que estaba tirada por mulas blancas enjaezadas con cantarines cascabeles y perfumadas flores de la hacienda, recorrió el corto sendero de forma pausada. *Trueno* y *Dina*, los fieles mastines, seguidos de alguno de sus cachorrillos, acompañaban con sus alegres ladridos.

No pude por menos de recordar mi propia boda en Sicilia, la carreta pintada a la palermitana, el intenso aroma del azahar, recogido al amanecer por un veloz jinete, en el valle de los templos, y... la mirada de Íñigo cuando aparecí en la catedral de Palermo. Solo por esa mirada hubiera valido la pena vivir.

Aparté esos pensamientos para centrarme en la realidad que requería mi asistencia. Oí un tumulto en sordina, que provenía de las dependencias de los criados de la hacienda. Hice una seña a Lagartija para que se acercara, y le pedí que averiguara qué estaba sucediendo. No tardó en venir, y musitó en voz baja la razón del problema.

—*Micatzin*, los trabajadores están alterados al sentir los cascabeles de las mulas.

—¿De nuevo? ¿Pero no se lo habías aclarado? —pregunté:

—Sabes, *Micatzin* —Lagartija no había aprendido a usar nuestras fórmulas de respeto, y seguía tuteándome—, que la antigua religión, cuando el diablo viene a buscar a los hombres, lleva cascabeles en las sandalias...

—Recuerdo que hace días ya lo comentaste —dije un tanto impaciente.

—Pero estos son otros. No lo saben.

—¿Les has explicado que no es así? —insistí.

—Les he dicho que en nuestra religión de ahora, los ángeles las portan cuando van a colmar de bendiciones a los hombres.

Contuve una sonrisa. Siempre había admirado la imaginación y el sentido práctico del flamante Alcalde de Indios, que fue a colocarse ufano en el sitio que le correspondía como autoridad local.

La capilla octogonal, de blancas paredes y muy sencilla, que había mandado construir para la boda, era de pequeñas dimensiones, por tanto, cabían tan solo los novios, padres y hermanos respectivos, además de los virreyes. Al tener abiertos cuatro laterales, el resto de los invitados podía seguir la ceremonia con toda comodidad. Oficiaba fray Andrés, que estaba muy emocionado, como uno de los amigos más antiguos de la familia.

El altar lucía un paño realizado en el telar de la hacienda, y mezclaba de forma armoniosa motivos hispanos y locales; las flores, como las de la calesa, provenían de la hacienda. En la capilla, las blancas azucenas, que habían recogido al alba algunas mujeres del lugar, derramaban su delicado perfume. La belleza de la ceremonia nos conmovió a todos. Pero la emotividad no se debía tan solo a la hermosura del momento. Por expreso deseo de mi hija, habíamos invitado exclusivamente a quien en verdad hubiera tenido relación con ella.

Fue un acierto. Una suave onda de sincero afecto entretejía las horas de aquel día.

Ya casada y del brazo de su marido, salió Teresa de la capilla, para recibir las felicitaciones de los presentes. El primero, fray Andrés, que estampó dos sonoros besos, tanto a la novia como al contrayente. Luego se aproximó el virrey, que saludó a Teresa, besándole la mano. Ahí, mi hija me buscó con la mirada, y antes de que nadie más se acercara, me dio un abrazo entrañable, que aún siento en mi recuerdo.

Los dieciocho años de Teresa la mostraban en todo el esplendor de la juventud. La felicidad afluía en su piel, que parecía iluminada por una poderosa luz interior. Ella había querido casarse con un vestido realizado con la seda que cultivábamos en la hacienda, y el tejido, tan leve, al moverse con la brisa, daba a mi hija un aire de mariposa. Llevaba al cuello el rubí que yo le había regalado, como talismán que mantuviera ese amor para siempre.

¡Para siempre...!

De repente, una idea vino a enturbiar aquel glorioso día. Los seres humanos ansiamos que todo aquello que amamos, permanezca... Cuando, en realidad, ¡todo es efímero!

Aparté estos pensamientos, y me compuse para atender a los invitados que se dirigían ya hacia los porches donde se serviría el ágape.

En el centro de cada uno de ellos habíamos montado una fuente que, a modo de cuerno de la abundancia, ofrecía las frutas, algunas abiertas mostrando su reluciente interior. Sobre los manteles, los azafates ofrecían comidas nativas y españolas, las mismas que serían servidas en las mesas. En estas habíamos colocado unas sensuales flores locales, que abrían sus opulentos capullos al atardecer, derramando una fragancia embriagadora.

La concurrencia comenzó a animarse, y, como ocurre en esas ocasiones, las conversaciones giraban en torno a la belleza de la novia y los deseos de felicidad a los nuevos esposos.

Percibí que necesitábamos reponer las mesas centrales, y entré en la casa para ordenar más viandas y vino. Ante mi asombro, vi a Juanelo que besaba con fruición a una joven, en un ángulo apartado. La luz tibia de un candil se posó sobre el rostro de la muchacha. Era Elvira, la hija mayor de Lagartija. Al verse sorprendida me miró con sus negros ojos, tan negros que parecían robados a la noche más oscura, y advertí su confusión. Escapó la muchacha, y Juanelo se aproximó para darme una explicación.

—*Micatzin* —había adoptado el mulato el tratamiento azteca—, es un amor verdadero. Tengo intención de pedirla en matrimonio, pero deseaba aguardar a que tuviera lugar la boda de la señorita Teresa.

—Bien has pensado, Juanelo. Una boda al día es suficiente. Ya nos ocuparemos de la tuya.

Él, agradecido, lo tomó como un consentimiento, y me besó la mano con fervor.

—¡Calma, chico, calma!, que primero has de pedir el consentimiento de sus padres.

Al alejarme para atender mis deberes de anfitriona, me saludó con una profunda reverencia. Decididamente, el amor se había adueñado de nuestra familia. Era una auténtica epidemia. Mi corazón saltaba de contento.

Torné a mi lugar en el momento oportuno, pues Íñigo se preparaba para decir unas palabras a los novios.

—Con la venia de vuestra señoría —dirigióse al virrey— desearía encomendar nuestra hija a Rafael. Teresa es un ángel que Dios nos mandó para colmar de felicidad, un hogar al que ya había enviado muchas bendiciones.

»Si en mi mano estuviera, apartaría de vosotros las dificultades que puedan llegar. Como no tengo ese poder, pido a María Santísima que os

proteja, y a vosotros que seáis el uno para el otro leales compañeros en las tormentas de la vida. Juntos seréis fuertes.

»Y recordad que el amor es la verdadera razón de la existencia.

Cuando mi esposo acabó, un profundo silencio se instaló entre los presentes, tras estas sentidas palabras.

Una música festiva y local rompió el encantamiento. Los invitados, y yo misma, intrigados, salimos al jardín. En un extremo de la alameda, detrás de la casa, se iban congregando todos. Acudimos con curiosidad para encontrarnos con la sorpresa que mi amiga Estrella había prometido. Y que con la complicidad de Lagartija, había preparado y ocultado con tiento. En el centro de un claro, se alzaba, a por lo menos veinte metros, un altísimo palo. Aderezado por cintas de colores que colgaban de un cuadrado, estaba coronado por una hermosa cruz. De él descendían unas sólidas maromas, que casi llegaban al suelo. Ante mi asombro, cuatro muchachos indígenas se ataron una cuerda cada uno a la cintura y treparon de esa guisa por el poste, hasta alcanzar la plataforma cuadrada.

Estrella, tras besar a la novia, ofreciéndole el extraordinario espectáculo, vino a colocarse a mi lado.

—¿Qué haces para mantenerte tan hermosa, a pesar de los años? —le dije.

Dejó oír su risa cantarina y antes de que pudiera responder, le susurré para que nadie lo oyera:

—Aunque sea brujería, he de saberlo —pedí en broma.

Nunca lo hiciera. En ese instante, dos frailes que acompañaban a Urdaneta dijeron en voz alta para que lo oyéramos:

—¡Qué desvergüenza! ¡Estos son ritos satánicos! ¡Están prohibidos! ¡Brujería, brujería!

No eran mis palabras las que habían causado la indignación de los frailes, sino el Palo Volador con el que Estrella obsequiaba a mi hija. Esta manifestación cultural azteca no estaba bien vista por algunos intransigentes.

Fray Andrés los mandó callar de inmediato, pero el incidente desagradable había sido escuchado por muchos invitados.

El redoble de tambores y la suave cadencia de las flautas atrajo la atención de la gente. El caporal dio la señal convenida para empezar. Uno de los jóvenes se lanzó boca abajo al vacío en una pirueta formidable; el cuadrado del extremo comenzó a girar, y en cada evolución, saltaba otro indígena, hasta que los cuatro danzaban en el aire, como si fueran pájaros.

Estrella, aproximándose más, me susurró:

—Cada uno ha de voltear trece veces. Si lo multiplicas por cuatro, sale cincuenta y dos, los años que tiene el ciclo del calendario azteca.

Comenzó la gente a aplaudir, y uno de los voladores, con agilidad pasmosa, en agradecimiento al público, dobló las piernas y se tocó los pies con las manos. Tras volatines y cabriolas magníficas, fueron poco a poco bajando el diapasón, y acercándose a la tierra. Mi amiga explicó:

—Ahora han de descender, como la lluvia desciende a la tierra, acariciándola y fertilizándola con su manto.

—Ha sido magnífico, gracias. Sabes cómo aprecio tu amistad, mas... —Inicié, pero antes de que pudiera terminar ella continuó:

—Yo también he oído las quejas del fraile. Siento mucho si te he causado algún inconveniente. Quería regalar a Teresa una pincelada de las tradiciones de esta tierra, que ya es la vuestra.

—Aprecio tu intención. No te preocupes. Fray Andrés, que tiene un espíritu abierto, lo arreglará.

Me acerqué entonces a Urdaneta, que estaba parlamentando con sus protestones compañeros.

—No lo has entendido, Joaquín —aseguraba Andrés a uno de sus compañeros—. No han querido introducir ningún rito satánico en este santo matrimonio. Era un juego local.

—¡Sí, sí, juego! ¡La intención bien vista estaba! —expresaba colérico uno de los frailes.

—Si vuestra paternidad me lo permite —rogué.

—Habla, hija —admitió, intentando serenarse.

—Acabo de reprender a Estrella por hacerlo. Pero asegura que era un esparcimiento que ella admiraba de niña en el palacio de su tío, Moctezuma...

—¿Pero no lo veis? ¡Añora los tiempos de los ídolos! —Otra vez desatada su ira.

—De ninguna manera. Os lo aseguro, es fiel cristiana... Ha añadido que está dispuesta a que vayamos juntas a la iglesia para realizar la penitencia que vuestras paternidades consideren que sea justa. —Y antes de que pudiera enhebrar otra frase continué—: Y para probaros su sinceridad, está dispuesta a donar una limosna de importancia para vuestras obras.

—Si existe arrepentimiento, no hay nada más que decir. —Y se marchó, ya calmado, a rellenar su copa de vino.

—Bien conoces su talón de Aquiles. Es buena persona, aunque un tanto intransigente. Y aprecia los óbolos generosos. No te inquietes, hablaré con el virrey para que no pueda prosperar infundio alguno —concluyó Andrés.

Ninguna boda estaba completa sin danza. Yo había pedido a unos músicos de la capital que vinieran a tocar una elegante y alegre gallarda, que mis hijos, y nosotros mismos, bailábamos «a la manera de Castilla», forma que tenía unas reglas muy precisas. Me habían propuesto también bailes de cascabel, zarabandas y zambapalos, pero yo no había consentido porque recordaba la severa crítica de los religiosos a estos bailes. Sobre todo a la zarabanda, que según decía algún clérigo era «baile alegre y lascivo, muy feo en los meneos, que basta para pegar fuego, a las personas más honestas».

Respiré aliviada al recordar mi decisión. ¡Solo faltaba un provocativo baile, después del Palo Volador!

Las notas de la gallarda comenzaron a sonar y todos los invitados se reunieron en torno a los novios, que iban a comenzar su danza.

El rostro de Teresa mostraba ese peculiar fulgor que otorga el amor. Se situaron uno frente a otro, hicieron una reverencia grave, como el estilo requería; la expresión de ambos se tornó seria y concentrada; se miraban con intensidad y era obvio que el mundo había desaparecido. Estaban solos con la música y su pasión. Ella, erguida y compuesta, inició un leve movimiento con la rodilla, los brazos suaves, acompañando el cuerpo al compás de la melodía.

Dieron una vuelta al círculo que había formado la concurrencia, y él la tomó con delicadeza por la cintura, pero pude sentir la corriente de deseo en las miradas que se dirigían. La luz de las antorchas de ocote, y las candelas encendidas por doquier en el jardín, daban un aire mágico a la noche.

Deseé en ese momento para mi hija la dicha que yo había gozado junto a su padre.

TÚMULO IMPERIAL PARA CARLOS V 1559.

*U*na triste noticia relegaba siempre al olvido la anterior. La muerte del emperador había conmovido a todo el virreinato. Luis de Velasco mandó al arquitecto Claudio de Arciniega que elevara un túmulo imperial en la iglesia de San Francisco.

El virrey había conocido en Puebla de los Ángeles a Arciniega, cuando este residía en dicha ciudad. Desde entonces, desarrollaron una sólida amistad, y don Luis confiaba en la maestría de su amigo. Miguel de Legazpi, que a la sazón era alcalde mayor, con el respaldo del virrey, decidió que

habían de celebrar las honras fúnebres de Carlos v, y hacerlo con el mayor fasto y lucimiento. Era la primera vez que en la capital se organizaban unas honras fúnebres reales, y tenían que ser inolvidables.

La capital se tiñó de luto. Los balcones estaban adornados con negros crespones, y en edificios del virreinato y en las iglesias, oscuras colgaduras mostraban el dolor de los novohispanos por perder a tan grande rey.

En todas las calles y plazas se reunían las gentes para comentar la desolación que se había abatido sobre nuestros reinos. Cuando los representantes del rey se desplazaban por la ciudad, los súbditos del magnífico monarca les ofrecían sus condolencias.

Velasco mandó leer un pregón^[43]:

Veinte días antes de las exequias imperiales, todos los hombres y mujeres de cualquier estado y condición han de traer luto en muestra del pesar por el fallecimiento de nuestro señor rey.

Y se acató con la mejor voluntad de la población, que se sentía parte de esa gran familia que perdía a un soberano excepcional. Además, los prohombres criollos acudían con afán a todos los actos, pues con esa participación, ansiaban igualarse a la nobleza de Castilla^[113].

Era importante para la corona que estas muestras de lealtad fueran conocidas en el mundo, tras las diversas conjuras y conspiraciones provocadas por las justas, pero impopulares, Leyes Nuevas.

Así, Felipe II no dudó en declarar^[44]:

Conozca el mundo por esta breve relación cómo llora la Nueva España a su rey, y conocerá también cómo le amaba.

De inmediato, todos los tribunales y las instituciones, alcaldes y oficiales, religiosos y laicos acudieron a palacio a dar el pésame al virrey. Largas filas de hombres compungidos esperaban su turno para expresar su pesar, abarrotando la plaza de personajes importantes.

También las damas, vestidas de riguroso luto, crespones y terciopelos, velos y mantillas cubriéndoles la cabeza, se apresuraron a visitar a la virreina, doña Ana de Castilla, que recibía en su estrado. La gente caminaba por la

ciudad con la cabeza gacha y la expresión apenada. Todos, ellos y ellas, vestíamos el luto que se nos había ordenado, pero, además de la apariencia, flotaba en el aire un sentimiento de pérdida muy sentido.

La oración fúnebre fue encomendada a Cervantes de Salazar, que en aquellos años era una personalidad respetada en la capital. Los arcos triunfales y efímeros habían sido encargados al arquitecto de la catedral.

La unión del conocimiento de Arciniega y el talento de Salazar producirían una ceremonia fastuosa. El arquitecto se había inspirado en el estilo renacentista, tan amado por el emperador.

Una tarde que acudimos a visitarlo a su estudio, como teníamos costumbre, nos enseñó los bocetos del magno acontecimiento.

—¡Es portentoso! —exclamé—. ¡Nunca se vio nada semejante en Nueva España!

—De eso se trata —respondió satisfecho Claudio—. Es la primera vez que organizamos el entierro de un emperador.

—Hacéis uso de acertado simbolismo, muy renacentista, pleno de alegorías y significado —comentó mi esposo.

—Y desde mi punto de vista como diamantista —propuse—, la visión de cada detalle serviría como modelo para una preciosa alhaja.

—Servíos de mis diseños como gustéis —ofreció el arquitecto—. En vuestros prendedores y broches he podido complacerme con vuestra inspiración del Renacimiento.

Rodeando el túmulo, se alzaban otros cuatro altares laterales. Cada templete estaba sostenido por doce columnas de orden dórico, y rematado por el águila bicéfala del Imperio español. Las imágenes tenían que mostrar el gran rey que habíamos perdido, y, para conseguir ese propósito, habían de realizar diversas pinturas que representaran las virtudes y victorias de tan insigne monarca. Pude asistir, fascinada, ese día y muchos otros, a la creación de este túmulo, pues nuestro amigo Claudio me permitió acudir de vez en cuando a comprobar los progresos que realizaban.

Excelentes pintores y bordadores fueron convocados. En uno de los cuadros aparecía Carlos V, auxiliado en viaje postrero por la Prudencia y la Fe, ya que se había distinguido como defensor de la cristiandad; una semana más tarde, incorporaron un lienzo donde el emperador era la encarnación de la Virtud, pues estaba adornado por la Fortaleza y la Constancia; luego alzaron una imagen del rey como el mayor de todos los héroes, flanqueado nada menos que por Hércules y Júpiter.

Naturalmente, el creciente fervor llevó a otro pintor a describirlo en el centro de los grandes guerreros de la historia, siendo Carlos V preferido a todos por la Fama y la Gloria. La figura de Cortés aparecía también en varias telas.

No pude por menos de expresar mi opinión al maestro:

—A mi entender, quizá la más bella sea la que está en la capilla de San José, donde aparece don Hernán a caballo, con el estandarte real en la mano y los navíos al fondo.

—Yo prefiero —contestó él— el tapiz que representa al emperador acogido por la Gloria y la Fama, pues ambas las mereció con largueza.

Más allá, escenificaba el artista a Cortés y sus hombres, en lo alto del *teocalli*, el templo de Huitzilipochtli, o Uichilobos, como lo llamaban los españoles, derrocando a los ídolos.

—Y siempre la cruz y la espada, dominando cada escena —observé.

—Bien decís, la cruz debe en todo momento enseñorear la espada, y que la Clemencia sujete a la Justicia —dijo convencido.

Ese pensamiento era bien familiar a todo el grupo de amigos, pues con frecuencia habíamos debatido sobre la importancia del ejemplo en la evangelización y el uso de la clemencia al impartir justicia.

Tardaron tres meses en completarlo, pero el resultado era esplendoroso. Y por fin llegó el día en el que Cervantes de Salazar declamaría su oración fúnebre. La jornada de las exequias imperiales.

Las damas de calidad, y aquellas que no lo eran tanto, habían tirado la casa por la ventana para asistir con espléndidos atavíos a tan insigne ocasión. Las más elegantes llegaron en carroza, descubierta para que se pudiera apreciar la riqueza de la casa:

El interior estaba tapizado de terciopelo, con clavos dorados y cortinajes de damasco de Granada. Parecía un estuche realizado para que lucieran las señoras sus vestidos de terciopelo negro, con la botonadura de oro y ricos broches del mismo metal engarzados en el corpiño. Los tocados rivalizaban en imaginación y gusto. Algunas llevaban perlas entrelazadas en los oscuros cabellos; las más rubias, cintas de oro, dorando así su peinado.

En la capilla central, el escudo imperial, con una gran corona, cubría el catafalco. Para subir a esta capilla, había que ascender unas empinadas escaleras, que simbolizaban en lo espiritual la dificultad para entrar en el cielo, y en lo terrenal la altísima majestad de Carlos V.

El catafalco estaba adornado por riquísimos brocados y hermosas alfombras cubrían el suelo. Una luz portentosa iluminaba esta capilla, pues

numerosos candelabros acogían innumerables y titilantes velas, que producían misteriosas zonas de umbría. Los incensarios de plata quemaban incienso y copal, añadiendo una atmósfera misteriosa. Las autoridades ocuparon sus puestos en perfecto orden; luego los religiosos y la clerecía se situaron en las naves laterales. Las señoras y las mujeres principales, ataviadas de riguroso luto, con vestidos de negros tafetanes o terciopelos y tocas de cumplidos velos, se colocaron, como era preceptivo, separadas de los varones, en las otras dos naves laterales. La iglesia de San Francisco estaba abarrotada, y expectantes todos, esperaban con interés la que sería, sin duda, una gran pieza oratoria.

El aspecto de Salazar, ascético y mesurado, imponía ya respeto, pero su voz, firme y segura, produjo un inmediato silencio.

Sus primeras palabras se elevaron a la bóveda del templo, recayendo sobre la audiencia como un mandato divino:

—Luchó por el engrandecimiento de España... Su inclinación por Flandes de sus años juveniles se había transformado en un profundo amor hacia los reinos de España...

La gente contenía la respiración.

—Hombre inteligente, fue concediendo al príncipe Felipe poderes en vida, mientras que él buscaba el sosiego de su espíritu en un rincón perdido de Extremadura, en el monasterio de Yuste.

Comprobó Salazar que contaba con la atención de todos, y luego prosiguió:

—Hemos de recordar con señas palpables a los moradores de este Nuevo Mundo lo mucho que deben al invicto Carlos v, que Dios tiene, y la reverencia y el amor que hemos de tener al felicísimo sucesor, el rey don Felipe, nuestro señor.

—¡Viva el Rey! —gritó la concurrencia al unísono.

Cervantes prosiguió:

—Excelso varón, entendió mejor que ningún otro de su estirpe el mandato divino. «Compañera te doy y no sierva...». Había observado así mismo la habilidad y prudencia con las que su tía doña Margarita se había hecho cargo de la gobernación de Flandes... Años después entregaría las riendas de España a la bella emperatriz, cuando hubo de guerrear en Europa. Acudió a su hermana María, reina de Hungría, para pacificar sus reinos de los Países Bajos y como mediadora en las diferencias relativas al imperio que Carlos v mantenía con su hermano Fernando.

De inmediato busqué con la mirada a Estrella. En efecto, allí estaba, absorta, bebiendo las palabras de Salazar, como si fueran dirigidas a ella.

Me vino a la mente aquella conversación mantenida con ella años atrás sobre el papel preponderante de la mujer en España, superior incluso a cualquier otro país de Europa.

Antes de que terminara el año, nuevas de la zona minera conmocionaron la capital. En Guanajuato acababan de encontrar la veta madre, una veta riquísima, que parecía ser un filón inagotable. De inmediato el virrey llamó a Íñigo, pues esa abundancia había de atraer a numerosos bandoleros que vivían de la rapiña. Había que preparar una fuerza de contraataque para defender la plata de esos ladrones que se escondían en las montañas y que bajaban a velocidad inusitada para caer sobre villas y caravanas.

Los propios mineros actuarían con rapidez y rigor, pues su posición había mejorado, al convertirse los metales preciosos, en la auténtica base de la economía novohispana. Los «señores de las minas» habían obtenido poder y mejorado su hacienda al permitir la corona la explotación de las minas a los particulares. Algunos mineros, que habían sido antes descubridores, alcanzaron gran notoriedad, como Diego de Ibarra, que había desposado a la hija del virrey Velasco.

EL AMOR DE DIEGO

Nuestro hijo, aunque estaba aún dedicado a obtener el grado de médico en la Universidad, estaba enamorado. La afortunada, y lo digo a sabiendas, era la hija de los acaudalados Isabel y Gaspar. No veía yo con buenos ojos ese compromiso, porque, bien que la muchacha era de buen ver y mejor hacer, su familia tenía comportamiento y educación muy diferentes de nuestras costumbres.

Luz era muy distinta a sus parientes, pero la dudosa reputación de su padre y los problemas conyugales que yo conocía me hacían dudar de que ese amor pudiera ser duradero. Preocupada, traté de escoger el momento idóneo para comentarlo con mi esposo.

—Íñigo —inicié—, no sé si habrás notado la inclinación que nuestro hijo tiene hacia Luz.

—¿Por Luz? —Mi marido estaba asombrado—. ¿La hija de los Revuelta?

—Sí, Luz Revuelta. Ella es buena chica, pero lo que ha visto en su casa es opuesto a lo que ha vivido Diego.

—Ciertamente, es mujer galana —comentó Íñigo, atusándose el bigote.

—Me intranquiliza la perspectiva de tener a Gaspar como consuegro. Al fin y al cabo, se convertiría en familia.

—No te alteres, Mica. Tal vez sea un sentimiento pasajero.

—Tengo para mí —afirmé decidida— que no debemos oponernos, pues, si lo hiciéramos, el carácter apasionado de nuestro hijo le empujaría a desearla con más obstinación.

—Tienes razón. Dejemos fluir los acontecimientos...

—Lo que sí que podemos hacer —declaré— es comentar lo negativo que ha sido para tal o cual muchacho el casamiento con persona equivocada.

—Entonces habríamos de comenzar por Isabel, la madre de Luz —ironizó mi esposo.

—No lo tomes a la ligera. El matrimonio puede arruinar la vida de un hombre —afirmé con sequedad.

—Sin duda alguna —aceptó Íñigo—. Pero has de notar que no tenemos certeza alguna... Habrá que observar...

—Y reflexionar —añadí—. Mas he de seguir tu consejo. Ya me ocuparé de ese problema cuando sea una realidad.

Ese año del Señor de 1559 había de empezar con un desastre y acabar con una esperanza. Pero no he de revolver los acontecimientos, sino contarlos en su debido orden. Felipe II había ordenado a nuestro virrey que organizara una exploración al territorio de La Florida.

En la imaginación popular, aquella era una región donde los intrépidos descubridores solo podían hallar propicias mareas, ciudades esplendorosas, ríos de inmenso caudal y gentes inocentes, además de bellas. El entusiasmo dominaba la mente de muchos. Partieron pues las naves al mando del ilustre Tristán de Luna, con la seguridad de hallar las siete ciudades de Cibola que poblaban los sueños de las buenas gentes del virreinato. El mito había de realizarse.

Sin embargo, la realidad se impuso en toda su crudeza. Los invictos argonautas fueron esta vez vencidos por los elementos. Una pavorosa tempestad arrasó buques y navegantes. Perecieron tantos que el desánimo se apoderó de todos nosotros. No obstante, habíamos de conocer días de gloria.

El destino había decidido que la victoria coronara otra expedición.

La Cédula Real que el virrey esperaba llegó al fin. Felipe II decretaba que se hiciera realidad la exploración a las Filipinas, argumentando, en contra de

la opinión del Consejo de Indias:

«[...] Bastaría con que hubiera una sola persona que sostuviera el nombre y la veneración de Jesucristo para que enviara todas las rentas de España a difundir el evangelio. El buscar minas de metales preciosos no es la única obligación de los Reyes».

Así mismo, emplazaba al fraile Andrés de Urdaneta, como máximo experto, a que se hiciera cargo de la expedición, pero este declinó el honroso cargo, y a su vez aconsejó que se nombrara a su amigo Miguel de Legazpi para ese empeño. Urdaneta aseguró que tomaría cuenta de navegación y los preparativos náuticos de la empresa. En ese instante se puso en marcha la organización de la magna travesía para surcar los mares del Gran Golfo, el océano Pacífico, e intentar encontrar una vía para el Tornaviaje.

Luis de Velasco estableció de inmediato armar cuatro naves, que, con sus respectivas características, fueran marineras y recias para soportar los temporales de aquella zona.

Fueron construidos en Acapulco dos galeones, uno de ellos la capitana, un galeoncete y un patache.

El mando de la Flota fue adjudicado a Miguel López de Legazpi, que, aunque no tenía experiencia en la mar, era un leal servidor del reino y había probado su capacidad y honradez en la Casa de la Moneda, como escribano mayor y desde el inicio de este año de 1559, y sus dotes de mando y organización como alcalde mayor de la ciudad de México.

El piadoso fraile agustino Andrés de Urdaneta, avezado marino y superviviente de la expedición de Loiasa en 1525, fue designado como piloto en la ambiciosa descubierta, por deseo del propio rey, quien escribió una carta muy pulida al religioso, en la que le encargaba y le rogaba que se pusiera a las órdenes del virrey para organizar y luego participar en la prometedora expedición^[114].

No le quedaba escapatoria al buen Urdaneta. Aunque buen marino como vascongado de pro, contaba ya los cincuenta y había encontrado la anhelada tranquilidad en su convento de México.

Pero, sin tardanza y con obediencia, se entregó a la preparación del viaje, que suponía que sería demorado. Además, al recibir la venia para la exploración, las autoridades novohispanas dieron todo tipo de facilidades.

Felipe II concedió a Urdaneta la facultad de pedir los recursos necesarios para la empresa a la Real Caja de México. No quería el rey que su acariciado proyecto careciera de los medios adecuados.

Yo sabía de las frecuentes conversaciones que mantenían mi esposo y el fraile. Temía que Andrés acabara involucrando a Íñigo en su aventura. En efecto, una de las personas consultadas fue mi esposo, como amigo, como soldado experimentado en batallas y como vasco, conocedor de todos aquellos que recalaban en el virreinato provenientes de la patria chica de ambos.

Cuando Íñigo me refirió la conversación, temí lo peor.

—Habréis de sufrirme con paciencia, señor capitán. Pues he de pedir os consejo —pidió el padre agustino. Siempre que le hablaba a su amigo de temas serios, utilizaba su grado.

—¿Qué consejo puede pedir vuestra paternidad, que es experto navegante y hombre sabio? —contestó Íñigo.

—He de cumplimentar muchos deberes antes de iniciar la navegación. Cabotaje de los barcos, armamento, bastimentos, tripulación... ¡Magna tarea para magno viaje! —Íñigo me contó que tenía entonación cansada.

—Ha de comenzar por la tripulación —parece que aconsejó mi esposo entusiasmado—, deben ser marineros de experiencia y acostumbrados al tormento de una mar embravecida, vascongados que hayan luchado con temporales y no les haya temblado la mano en el gobernalle.

—El timón estará en buenas manos. Bien, seguid —animó el fraile.

—He de conocer qué clase de naves construiréis —aseguró Íñigo.

—El virrey ha dado orden de armar dos galeones^[45], uno de los cuales será la capitana.

—¿Conocéis su eslora?

—Los dos miden veintiocho metros —contestó Urdaneta, y añadió—: Las otras dos naves son un galeoncete^[46], el *San Juan*, y un patache, el *San Lucas*.

—Enhorabuena —le felicitó mi marido—. Al final habéis obtenido los dos barcos más que estimabais necesarios.

—El rey tiene serio empeño en esta misión, pero conoce que no soy amigo de dispendios, y aquilataré con rigor los gastos de esta empresa.

Mi esposo me dijo que el fraile le animó a que continuara con sus opiniones:

—Dadme vuestro parecer en cuanto a tripulación y avituallamiento, por favor.

—Son de importancia suma los bastimentos —apuntó Íñigo—. Es frecuente que, por falta de los alimentos adecuados, ataquen dolencias que diezmen la marinería... Y que mueran capitanes, pilotos y contramaestres. Es vital seguir una dieta apropiada.

Siguió un breve silencio y Andrés le dijo al amigo:

—A propósito de las dolencias que aquejan a los oficiales, habéis de conocer que el propio rey ha avisado que se embarquen dos gentiles hombres o consejeros que sean hombres suficientes y prácticos de la mar y de la guerra, que puedan sustituir a aquellos que enfermen.

Íñigo sabía, y yo lo intuía, de las intenciones del navegante. Él me contó después que permaneció callado, pensando en la responsabilidad que Andrés quería entregarle. Ante su actitud, el fraile parece que insistió:

—Aprendí muchas cosas en la expedición de Loiasa, pero una de las más importantes fue que se ha de incorporar a gentes de conocimiento y prestigio, a fin de cubrir las vacantes que se han de producir.

—¿Las vacantes...? ¿A qué os referís? —dijo mi esposo que fue su pregunta.

—En la descubierta de Loiasa, él falleció primero y le sustituyó Elcano, que a su vez murió semanas más tarde. Corrieron la misma suerte el contador general, el piloto y el alguacil mayor.

—¿Y quiénes han de ser esos suplentes?

Entonces aprovechó Urdaneta para pedirle a Íñigo lo que venía meditando desde que comenzó la idea del viaje:

—Vos. Haríais un señalado servicio a nuestra santa religión y a vuestro rey... capitán... ¿Deseáis uniros a nuestra empresa?

Me sentí desfallecer. Lo que tanto temía se había hecho realidad. Aguardé con el alma en vilo la respuesta que mi esposo había dado a su amigo.

—No lo niego a vuestra paternidad. Es un reto imponente, pero participar en él sería para mí una gran dicha.

—¿Qué os retiene? Cierto soy que seríais de gran utilidad. Conocéis del mando sobre los hombres, tenéis aquella cualidad que se requiere para, sin perder autoridad, escuchar las quejas de vuestros subordinados y solucionar, con mano izquierda, posibles conflictos; amáis y respetáis la mar...

Íñigo me describió la felicidad que leía en el rostro del fraile. Y luego continuó su relato:

—Habremos de hacer acopio de gran cantidad de pipas^[47]. Es necesario que aprovisionéis habichuelas, ananás y cocos, a fin de derrotar el amenazador escorbuto...

Percibí en la voz de Íñigo, mientras lo relataba, tal entrega, que se me encogió el corazón, pues me vi vencida. Íñigo ya no me escuchaba. Estaba inmerso en su futuro.

—En el virreinato se habla de vuestra exploración con Loiasa... ¿Entonces aprendisteis las lenguas de aquellos lugares?

—Permanecí en las Molucas nueve años, tiempo que aproveché para aprender malayo, útil en esas islas, y para estudiar las corrientes y los vientos de ese vasto océano —respondió Andrés.

—¡Navegasteis como ayudante de Elcano! —dijo Íñigo, y continuó aún con más entusiasmo—: ¡Qué marino ilustre! ¡Qué aventura extraordinaria! ¡La vuelta al mundo!

Estaba segura de que mientras Urdaneta observaba a Íñigo, alcanzó a comprender el ánimo singular que embargaba a su amigo.

—¿Qué derrota pensáis seguir?

Cuando el fraile percibió tal afán preguntó:

—Capitán... ¿deseáis uniros a nuestra empresa?

Lo que tanto me inquietaba había sucedido. Andrés ofrecía a mi esposo participar en aquella aventura.

—No sé si a Micaela le gustaría... Repite que a nuestra edad, tendríamos que vivir retirados en la hacienda, gozando de los hijos... o tal vez tornar a Toledo...

—¿Cuántos años tenéis? —preguntó Urdaneta.

—Sabéis que somos coetáneos. Voy a cumplir cincuenta y seis.

—Dios os ha conservado en buena salud —comentó el fraile—. Yo tengo ya cincuenta y siete, y el rey nuestro señor me ordena esta misión.

No dudo que esta vez fue Íñigo el que animó.

—Ahora vuestra preparación es superior a la de entonces. Muchas veces me habéis relatado que en estos años en el virreinato habéis estudiado los ciclones y vientos tropicales y los remedios para enfermedades, para nosotros desconocidas, que os afligieron en aquella descubierta.

—Es cierto —respondió Urdaneta—. Navegaremos con mayor conocimiento de los peligros y dificultades que vamos a encontrar. —Parece ser que miró al capitán y prosiguió—: Armaremos unos buenos galeones con hechuras sólidas, que navegan más en un día que otras urcas y navíos en dos. —Y tras esa promesa, insistió—: Gustaría de contar con vuestra asistencia... Vos que sois gente de guerra y tenéis aguja de marear para resolver conflictos... Seríais de suprema ayuda.

Íñigo me contó que permaneció pensativo un buen rato, pero terminó por contestar, determinado:

—Conversaré con mi esposa, veré de convencerla.

—Hacedlo con tino —aconsejó el religioso—, de esa manera suave y habilidosa que bien aprendisteis en los reinos itálicos.

Íñigo pidió:

—Dadme vuestra bendición.

No tenía certeza alguna sobre la resolución de Íñigo, tras la charla con Urdaneta, pero bien le conocía. Él buscaba desde hacía días el momento oportuno para iniciar la conversación conmigo. Di en imaginar que su entusiasmo se inflamaba cada vez que se veía en el puente de la nave, rumbo a las Molucas, en pleno océano Pacífico. Pero seguro que luego recordaba a su mujer y la promesa que me había hecho: «En adelante nuestra vida proseguirá de manera plácida».

Una expedición para tratar de encontrar la ruta del tornaviaje no era empresa tranquila.

Percibía el desasosiego de mi marido. Conocedora de las suposiciones que sobre dicha exploración corrían de boca en boca por toda la ciudad, me estremecía al imaginar el deseo que mi esposo acariciaba y que yo me negaba a aceptar. Por tanto, cada vez que veía a Íñigo con aspecto de confiarse a mí, huía a toda velocidad pretextando cualquier tarea de urgencia, en vano empeño de retrasar lo inevitable.

Finalmente, creo que decidió confesarme su determinación. Esa mañana regresó a casa más temprano que de costumbre y me encontró enfrascada en la elaboración de un esplendoroso relicario para la futura catedral.

—¡Qué hermosura, Mica! ¡Es una alabanza a Dios hecha arte!

—¡Se te ve tan radiante cuando creas estos objetos sacros!

—Me siento muy afortunada al poder trabajar en aquello que tanto amo.

Tras esas palabras, percibí el lugar al que Íñigo me había conducido, pero ya era tarde para corregir mi error.

—Entonces has de entender bien mi añoranza de la mar —soltó Íñigo como un aldabonazo.

—Ya estuvimos de viaje por el esplendoroso Yucatán.

—Fue hace tiempo... y no prometía ser la magna empresa que ahora acometen mis amigos Urdaneta y Legazpi —contestó raudo él.

—Entonces... es como yo temía... Deseas participar en ella..., embarcarte rumbo a lo desconocido... —Forcejeaba yo con la idea. Me resistía a aceptar que mi marido deseara navegar por ese océano ignoto, y que,

a mis ojos, escondía mil derrotas—. Has de reparar —intervine con ardor— los inmensos peligros a los que fueron sometidos Urdaneta y sus compañeros en la anterior expedición a las Molucas.

—Los avances en la ciencia de la navegación son considerables —argumentó él—, los mapas, de mayor precisión, y las naves, mejor pertrechadas y artilladas.

—Fiebres, hambruna, enfermedades, ataques de los nativos... ¿Recuerdas que me dejarás en ansia y que tienes una familia que te necesita?

—Eres dama de coraje y cordura extremas para administrar la hacienda hasta mi retorno. Además, nuestros hijos son de edad cumplida para ayudarte en tus obligaciones.

—¡No lo entiendes! ¡No temo quedar sola, no me asusta hacerme cargo de nuestros asuntos! Me preocupa tu cuidado... temo tu audacia... me estremece imaginarte en aquellos mares tempestuosos... me... —Permanecí pensativa, buscando datos en mi memoria, y volví a insistir—: ¡Has oído mil veces los peligros y desastres que padecieron en la expedición de Loiasa! Naves destrozadas, epidemias, hostilidad de los aborígenes...

—¡Basta, basta, acabarás por intimidarme! —dijo él, mientras me abrazaba riendo. Y luego, ya serio—: Es una ocasión histórica, Mica, te lo ruego, ¡entiéndelo! ¡He de ir!

—¿Cuál sería tu cometido? —pregunté con voz de hielo.

—Capitán de artillería en el galeón *San Pablo* —respondió, y continuó con entusiasmo, haciendo caso omiso a mi desesperación—: Los navegantes más experimentados, los soldados más audaces, la marinería más avezada formarán parte de este glorioso viaje.

—Sea —respondí exasperada—, mas, en retornando, te ocuparás tan solo de tu familia y hacienda... ¡Será tu última aventura! ¡Prométemelo! —exigí.

—Te lo prometo —afirmó él con seriedad—. Envejeceré a tu lado, seré tu pacífico y obediente marido.

—Te impongo otra condición: habrás de llevar a Tlacuilo —conminé.

—¿A Tlacuilo? —Íñigo estaba asombrado.

—Te tiene mucha fe y es hombre de lealtad probada. Además, será tu fiel escriba para mostrar con imágenes los prodigios que hallaréis. Como aconsejé cuando estuviste a punto de partir a Michoacán.

Nos abrazamos con emoción; él por la anticipación de las tierras por conocer y los mares que domeñar, y yo por los avatares amenazadores que intuía en el futuro cercano.

LOS OIDORES 1563.

La vida transcurría entre el trabajo, la hacienda y la familia, cuando nuevos acontecimientos vinieron a turbar nuestra existencia. El virrey, en su afán de cortar de cuajo la corrupción, se había enfrentado con los oidores, a quienes había prohibido poseer propiedades rurales, ya que esta situación propiciaba los abusos. Pero lo había hecho, en contra de la opinión de Íñigo, con rigor extremo, situándose en una posición excesivamente rígida que había anulado toda posibilidad de diálogo. Los oidores, en respuesta, habían enviado un informe al Consejo de Indias por el que demandaban la intervención de la Audiencia en los asuntos de gobierno, lamentando, de manera hipócrita, que Velasco estuviera «demasiado anciano» para decidir cuestiones de vital importancia para el virreinato.

La reacción no se hizo esperar. Con la Flota llegaron las órdenes de Felipe II, de mano del visitador Valderrama, que había de originar, para mal de estos reinos, más problemas que soluciones. Un huracán no hubiera causado el desastre que provocó el visitador.

Donde se necesitaba un hombre capaz de producir una negociación flexible, hallaron los novohispanos una personalidad obtusa, que no se interesó por conocer las características locales, y que intentó implantar su autoridad sin discusión, lo que le enemistó de inmediato con todos.

Íñigo intentaba conciliar posiciones que resultaban irreductibles.

Valderrama implantó una reforma tributaria que ahogaba la economía local. Y lo hizo sin escuchar consejo alguno del alcalde mayor, capitán de la Guardia, o de los muchos pobladores que, además de experiencia, eran hombres justos y habían vivido muchos años en Nueva España. Ignoró de manera suicida las posibles consecuencias de medidas de tamaña dureza.

Oidores, religiosos, frailes, encomenderos, criollos, todos argüían que sus derechos habían sido conculcados. El ambiente se deterioró y en la capital se veían corrillos de insatisfechos que nada bueno auguraban. Yo aguardaba a Íñigo, cada mediodía y cada tarde, con la mayor preocupación. Uno de esos días, le vi llegar con una expresión desolada.

—¿Qué te sucede? —pregunté.

—La desgracia nos afecta a todos. El visitador muestra tal severidad en sus decisiones que temo un levantamiento.

Mi esposo desdramatizaba las situaciones, por tanto esas palabras delataban un serio peligro.

—¡No lo quiera Dios! —exclamé asustada.

—Vengo de una asamblea en la Real Audiencia... Valderrama ha acusado a los frailes de entrometerse en los asuntos de gobierno, en la justicia, en la hacienda... —explicó con voz enojada.

—Imagino que habrás intentado calmar los ánimos y no te habrán escuchado —supuse.

—Es desesperante... Le he recordado al visitador los muchos y buenos oficios tanto de las autoridades civiles como de las religiosas... ¡No escucha! —dijo airado. Y continuó—: Da la impresión de que venía de España con una idea fija de las medidas que era menester tomar, y que nada de lo que oiga o vea cambiará esa determinación.

—Y el virrey, ¿qué opina de este desatino? —pregunté sin mucha esperanza.

—Es el primer destinatario de las invectivas del visitador —contestó mi marido.

Entonces una idea me vino a la mente:

—Y los franciscanos que tanto bien hacen en Nueva España, ¿por qué no intentan hablar con Valderrama y reducir su inquina?

—Han sido también acusados de mil delitos y han respondido con mansedumbre que ellos cumplen la Real Cédula en todos sus aspectos —me informé.

—Me pregunto si existirá para este juez inclemente algún hombre cabal —comenté entristecida.

—Todos estamos bajo sospecha. Acumula prohibiciones indignas para hombres libres... —Se detuvo un instante y prosiguió con auténtica furia—: Ha prohibido a los religiosos manifestar sus opiniones en el púlpito...

—¿Cómo lo hiciera Zumárraga años atrás en defensa de los indios? —Yo no daba crédito. Era una contradicción.

Íñigo continuó:

—Valderrama se ha opuesto también a los regalos a monasterios, sin tener en cuenta la extrema pobreza en la que viven muchos de esos frailes, tan solo aliviada por presentes donados por los fieles.

—¿Quieres decir que no podremos en adelante regalar una gallina u otras viandas a esos monjes desnutridos?

Esperé su respuesta.

—Temo que sea así. Lo que más me preocupa es que esta serie de injusticias genere un profundo descontento, que multiplique las ansias de alzarse con la tierra de algunos. Y que sean escuchados.

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué resoluciones has de tomar? —pregunté inquieta.

Él respondió con voz apagada:

—Cumplir con mi deber. Defender la justicia.

Bien sabía yo que cuando se interfiere en el camino de un poderoso, corre peligro quien a él osa enfrentarse. Pero Íñigo había visto mucho mundo para amilanarse.

Lo más deplorable fue que, tras su desastrosa intervención, Valderrama presentó a la corte y a su soberano un panorama de Nueva España con mil falsedades que nada tenía que ver con la realidad.

Sin embargo, las buenas gentes del virreinato mostraban una vitalidad ajena al malfecho de sus autoridades. Era como si hubieran comprendido que habían de seguir su importante cometido, al margen de las querellas y acusaciones mutuas de aquellos que hubieran debido liderarles. Un frenesí de descubrimientos y exploraciones conmocionaba a la sociedad novohispana. Bien fuera un ardiente deseo de desvelar los secretos de los océanos, o enseñorear la inmensidad de los ríos y las sierras, o de desentrañar los tesoros que escondían las minas de esa tierra feraz, todo espoleaba a hombres y mujeres a partir a los remotos confines del virreinato o allende los mares. La capital era un hervidero de emprendedores que se asentaban en la ciudad o se pertrechaban de todo lo que precisaban para su siguiente descubierta.

Todos estos propósitos originaban una efervescencia dinámica en México, lugar de paso de todos estos intrépidos descubridores, y era la villa desde donde tenían que partir enseres, avituallamiento y armas de estos proyectos, tantas veces heroicos.

Al año siguiente, Ibarra seguía adentrándose en territorios desconocidos para los españoles. Era un hombre de trato afable con los indios, a los que ganaba su confianza demostrándoles su consideración. Ellos, a su vez, le acompañaron en su exploración de la Sierra Madre, olvidando así, esperando de una vez por todas, la sañuda persecución a la que fueron sometidos por Nuño de Guzmán, responsable del levantamiento de las belicosas tribus.

SEGUNDA BODA

Otro acontecimiento familiar vino a turbar nuestras vidas. Como yo había anticipado, Diego continuó su romance con Luz, a pesar de nuestra disconformidad. He de reconocer que la muchacha era un primor. Galana, tenía un gran parecido con su padre, pero sin la expresión ladina que tanto a él afeaba. Era alta, como Gaspar, y rubia como Isabel.

Tal vez el sufrimiento que había contemplado en su madre le había enseñado a estar muy atenta a las verdaderas cualidades necesarias en un hombre, para sustentar el entramado difícil de un matrimonio.

Se había fijado en Diego, en quien admiraba su pasión por la vida, su sincero apego a la familia y sus sólidos valores morales. Comprendí con el tiempo que su decisión, al inicio, había sido totalmente cerebral. Había escogido alguien opuesto a su padre.

En cuanto a mi hijo, la hermosura de Luz le había deslumbrado desde el primer instante. Cuando descubrió, con el trato, el carácter afectuoso, reflexivo y equilibrado de Luz, supo que ella era la mujer de su vida.

La boda se celebró en la mansión que en la capital poseían los Revuelta. Nada fue suficiente para mostrar la riqueza y el poder de Gaspar. Donde en la boda de Teresa había afectos y lugares entrañables, en la de Diego se mostraba todo aquello que el dinero puede comprar:

Tapices y alfombras de Turquía pavimentaban los suelos; innumerables velas iluminaban las estancias; fluían los mejores vinos de Castilla, y en preciosas fuentes, los manjares más exóticos eran norma; los fuegos artificiales resplandecían en la noche y un demorado juego de cañas precedió al baile...

Yo, en absoluto impresionada con ese derroche, rezaba para que mi hijo estuviera tomando la decisión acertada.

Gaspar les montó de inmediato una casa equipada con acierto y buen gusto. Vi la mano y el buen sentido de Luz en todo ello:

Bellas alfombras de Persia de suaves colores; muebles de taracea de nácar; cuadros enconchados^[48] de los más reputados artistas; un fresco patio adornado con un amplio brocal de piedra; plantas variadísimas en el jardín...

Diego tuvo todo aquello que nunca pidió. Pero era feliz. Y acabamos por aceptar a Luz. Fue una de las mejores decisiones de mi vida.

Un universo nacía en estas tierras. Y yo, afortunada, era testigo y participante de unos hechos que escribirían la historia.

Exploración de Poniente

1563

EL MARQUÉS DEL VALLE DE LA OAXACA

La llegada de los Cortés a la capital había sido un acontecimiento. Traían muchas noticias de la metrópoli, y una de ellas nos llenó de asombro: Felipe II había mudado la capital trasladándola de Valladolid a la villa de Madrid. El rey, muy enamorado de su joven esposa, Isabel de Valois, se había inclinado a la preferencia de la reina por dicha ciudad, considerando así mismo otras razones de peso, como su centralidad y la ausencia de propiedades de los poderosos nobles en la misma.

En México, unos opinaban a favor del cambio, otros en contra, deteniéndose en algo que, en realidad, no nos afectaba. Ignoraban, sin embargo, que el recién arribado provocaría unos acontecimientos que iban a convulsionar nuestras vidas.

El segundo marqués del Valle venía acompañado de la aureola del héroe, ya que hacía unos años, el 10 de agosto de 1557, había participado en la primera batalla de Felipe II, la victoria de San Quintín. Triunfo por el que el rey determinó construir el monasterio de El Escorial, en agradecimiento a san Lorenzo, santo venerado en ese día.

Vino Martín Cortés acompañado de su hermano don Luis y de don Martín, *El Mestizo*, hijo de *La Malinche* y don Hernán. Por sus incontables propiedades novohispanas, recién otorgadas por el rey tras los pleitos con la corona, se le consideraba el hombre más rico de Nueva España, y como tal se comportaba.

No había fasto, deseo y derroche que no estuviera a su alcance. Lo cierto es que la ciudad le rindió un desmesurado recibimiento, que acabó de confundir su idea de la realidad.

Íñigo y yo contemplábamos atónitos el despliegue del séquito del marqués, rodeados de fanfarrias, trompetas, atabales, tañedores y cantantes. Caballos y monturas enjaezados con extremo lujo; caballeros de su cortejo vestían las más ricas prendas: almillas, greguescos de las más finas sedas y jubones de fino hilo de Flandes.

Llevaban también ropetas de rutilantes terciopelos. Los mestizos de su comitiva montaban hermosas mulas e iban todos vestidos de blanco para resaltar su color baza^[49]; rodeleros, piqueros, escopeteros, flecheros, soldados armados con lanzas, adargas, flechas y escopetas, componían un retablo más amenazador que heroico.

Lo cierto es que la ciudad, quizás harta de las penurias sufridas en días pasados, le rindió también una bienvenida triunfal. Balcones, ventanas y azoteas, adornados con lujosos doseles, se veían abarrotados de señoras principales, y de otras que no lo eran, todas ataviadas con riquísimos vestidos de sedas y tafetanes multicolores, con multitud de cintas a tono con las telas, que al ser movidas por la brisa, hacían centellear el oro de los bordados. Eran en sí mismas un espectáculo. Se habían reunido para contemplar la corte de este hombre, al que mitificaron de inmediato.

Recordando el marqués la cortesía con la que su padre siempre trataba a las damas, tuvo el gesto de saludarlas, quitándose el sombrero, y efectuó una galante inclinación con la cabeza. Esta amable actitud encandiló a las gentes, que, con enardecido entusiasmo, comenzaron a gritar:

«¡Gracias a Dios! ¡El Señor nos envía un gran personaje a nuestra ciudad!».

La muchedumbre que se apiñaba por las calles, al oír semejante aclamación, creyó que era un semidiós, otro enviado de Quetzalcóatl, que traería prosperidad y bonanza a la ciudad, y estalló en vítores. Cortés dirigió su vista en derredor, y vio a un pueblo entregado. Este despliegue no era lo más adecuado, tras las normas severas de austeridad del discutido Valderrama.

Por doquier se podían admirar efímeros alusivos a las victorias de Hernán Cortés; triunfos, arcos y carros alegóricos se sucedían por calles y plazas en alabanza a un hombre al que la buena gente atribuía las mismas cualidades que a su padre. El segundo marqués se encargaría de demostrarles que no era así. Hasta en las huertas y los jardines que rodeaban la capital se veían motivos mitológicos propios del recibimiento a un titán. Mientras que barcas engalanadas con plumerío de intensos colores surcaban las azules aguas de los canales, mostrando las hazañas de don Hernán. Ya adentrados en la ciudad,

azacanes presurosos ofrecían agua aromatizada con almendra o granada; a las puertas de las casonas, mujeres indígenas brindaban bandejas repletas de deliciosas almojábanas^[50].

Unas salvas de lombardas celebraron la entrada del hijo de Cortés en la plaza Mayor, mientras algunos nativos huían asustados ante el estruendo de los cañones, gritando: «¡Tepuzquez!».

Una vez apaciguado el tumulto causado por el estruendo de los cañonazos, y la humareda de la pólvora, de varias azoteas de la plaza bajaron, como si del cielo vinieran, unos ángeles con túnicas blancas y alas de estremecidas plumas azules o rosas. Descendían poco a poco, cantando hermosos versos e inundando de flores la senda que iba recorriendo Cortés. Ya posados en tierra, se acercaron a él y le ofrecieron unas bandejas cubiertas por espléndidos paños bordados en oro y plata, que contenían los preciados dulces que elaboraban las pacientes manos de las monjas, en el silencio de los conventos.

Miró al tendido, recorrió la plaza con su mirada, y agradeció el fastuoso recibimiento, con una profunda reverencia. Cuando se alzó, dijo con voz poderosa: «He tornado a mi casa».

La respuesta fue un rugido de entusiasmo.

XOCHIMILCO

El mayor interés de los capitalinos se centraba en las fiestas que se organizaban en su honor. Gastaba quien podía hacerlo y quien no podía, también. Hubo quien empeñó su peculio para sufragar esos excesivos gastos. Algún hacendado llegó a perder su propiedad al no alcanzar a pagar los plazos de su deuda. La magnífica hacienda, la casa palacio o las propiedades pasaban entonces a manos del avisado prestamista.

Siguieron numerosos festejos, juegos de cañas, bailes y teatros... Debo admitir que la procesión acuática que Cortés hijo ofreció a la ciudad de México fue inolvidable. Xochimilco, «campo cultivado de flores» en náhuatl, se asentaba sobre el resto de la antigua laguna de Tenochtitlán. Sus famosas huertas, *chinampas*^[51], proveían de las mejores verduras y frutas a los capitalinos. Sus jardines lacustres y colgantes eran un placer para la vista. Distaba a pocas leguas de la capital, y don Martín había organizado el divertimento con exactitud.

—¡Qué pena que no emplee su tiempo en trabajos más productivos! — comentó mi esposo.

Pero yo quería conocer todas las facetas de ese esplendoroso diamante que para mí era México, y le convencí para que aceptáramos la invitación. A regañadientes, accedió a acompañarme. El paseo en la mañana fresca era una delicia para los sentidos. Los caballos piafaban gozosos, y se lanzaron de inmediato a un alegre trote.

Llegados a la ribera, vimos a otros invitados que se nos habían adelantado y, un poco después, oímos el traqueteo de unas ruedas de un carruaje que se aproximaba a toda velocidad. Era nuestro anfitrión, con unos amigos ruidosos y alegres, que saludaban con efusión a los participantes. Su carroza era más suntuosa que la del virrey:

Imponentes escudos adornaban sus puertas, el oro relucía al sol en volutas interminables, y los diseños de frutas y aves tropicales se debían a la mano de un buen pintor. En el interior, una seda carmesí hacía destacar las blancas vestiduras del marqués y sus acompañantes. Una vez llegados al ribazo, admiramos los cultivados campos, que eran una auténtica maravilla, pues a los bordes del agua crecían jardines colgantes de impactante hermosura. Era un lugar idílico. La ribera estaba flanqueada por fuertes ahuejotes^[52], que con sus numerosas raíces sujetaban la tierra, al tiempo que favorecían la fauna acuática.

Las barcas estaban esperando para acomodar en cada una a una decena de personas. Cortés se instaló rápidamente en la mayor, que estaba profusamente adornada con pinturas alusivas a la epopeya de la Conquista, en la que, naturalmente, su padre, el gran Cortés, era el centro de la acción. Iba engalanada, como todas ellas, con guirnaldas de fragantes flores, y mullidos cojines alineados sobre la madera de la embarcación.

Un airoso toldo protegía a los navegantes de los rigores del sol. Una vez que estuvimos instalados, comenzó la navegación. Al ser el canal estrecho, no podían ir más de tres embarcaciones a la par, lo que permitía acercarse o alejarse según el interés de la conversación o el atractivo de las damas. La placidez de las aguas consentía que las canoas se deslizaran con suavidad; los altísimos árboles producían una fresca sombra y un intrigante juego de luz y umbría.

Martín, que lideraba la marcha, mandó reducir la velocidad a sus remeros, hasta que estuvimos a la altura de su lancha.

—Señor capitán —dijo a mi marido en tono festivo—, mucho me congratulo que hayáis aceptado mi agasajo. Mi padre hablaba de vos con

estima.

—Era un gran hombre a quien mucho deben la Iglesia y la corona. Además de admiración, le profesábamos sincero afecto.

—¡Cierto, cierto! Habláis en plural, pues a vuestra esposa le hizo encargo singular —recordó Martín.

—Era una empresa difícil —intervine—. Las esmeraldas de vuestro padre eran únicas en el mundo.

—Me complacería que siguierais intentándolo. Desearía reponerlas en memoria de mi padre. ¿Podrías hacerlo, diamantista?

—Si es vuestro deseo... —respondí no muy convencida, porque yo intuía que la aproximación de Cortés tenía como objetivo a mi marido.

—El virreinato necesita cambios, señor capitán —susurró en voz muy queda Martín—. Nada quiero más que tener vuestra lealtad, como la tuvo mi padre.

—Por la memoria de vuestro padre, que siempre he de buscar vuestro bien —dijo Íñigo muy serio.

El marqués del Valle se dio por satisfecho, de momento, y como sus amigos le incitaban a proseguir, lanzó:

—¡Seguiremos esta conversación... Divertíos... Será una jornada espléndida!

En efecto, comenzó la música que interpretaban dulces flautas, acuáticas arpas, sonoras y antiguas trompas mayas en forma de cono y las melodiosas caracolas que ponían el contrapunto marino en las aguas fluviales. Los músicos estaban instalados en dos chalupas que iban recorriendo las distintas barcas, y ofreciendo sus canciones, tristes, de amores, o alegres y heroicas, según se lo reclamaban. Las damas se animaron ante el inminente torneo de canto que iba a comenzar.

Era una costumbre novohispana, en la que las señoras podían mostrar sus muy apreciadas dotes melódicas. Una de las participantes era Estrella, que se levantó majestuosa y, tras desgranar unas notas agudas, entonó una canción azteca que imitaba los trinos de los pájaros. Parecía una diosa. De pie, vestida con un huipil de seda azul índigo y adornada con suntuoso collar de perlas, paseaba su profunda mirada que ella rendía misteriosa, e iluminaba su rostro con una cautivadora sonrisa.

Gaspar, que participaba en el festejo, la observaba con indisimulada lujuria, hasta que percibió que Diego fijaba sus ojos en él. Entonces se volvió hacia su mujer, Isabel, comentando alguna nimiedad. En otra de las barcas se

encontraban Pascual y Mónica. Reparé en el indisimulado disgusto de esta cuando percibió la mirada de Gaspar a Estrella.

«¿Será posible? —pensé—. ¿A cuántos hombres ha de tener Mónica al retortero para estar contenta?».

A eso del mediodía, los servidores del marqués comenzaron a repartir deliciosas viandas, codornices y becasas, pasteles de caza, succulentos tamales y las tradicionales tortillas de *huitlacoche*. El todo regado por frescos claretos recién llegados de España. El vino hizo su efecto y las aclamaciones al anfitrión subían de tono:

—¡Nadie es tan generoso como tú, marqués!

—¡Él sí que sabe cuidar a los amigos!

—¡*Complimenti a la mamma!* —gritaba un italiano.

—¡Igualará a su padre en hazañas!

—¿Qué dices? —Argüía otro—. ¡Ya es un héroe, batalló frente a Argel y San Quintín!

—¡Será la estrella que guiará Nueva España!

En ese instante, Martín mandó a su batelero acercar la lancha a la orilla y descendió con unos acompañantes que portaban unos paquetes con cuidado.

—Permaneced aquí, os lo ruego. Torno súbito. Voy a visitar a fray Bernardino y llevarle los tamales de los que tanto gusta. Luego seguirá la fiesta.

Íñigo comprendió de inmediato la intención de Martín. Quería asegurarse la inclinación a su persona de los personajes que tuvieran influencia en el virreinato. Mi esposo, disgustado por los exagerados halagos a Cortés, me sugirió:

—¿Por qué no partimos? Ya has visto la fiesta. No habrá nada más de interés.

Teresa me miró compungida, y quiso convencer a su padre:

—Me han anunciado que tras el almuerzo que están sirviendo y la consabida siesta al arrullo de suaves cantos, seguirá una merienda en el ribazo, a la que Cortés ha convidado a los lugareños...

—No creo que sea oportuna mi presencia aquí... Además, tu esposo te aguarda —interrumpió Íñigo a nuestra hija.

Pero ella insistió:

—... Y en llegando la oscuridad, ofrecerá Cortés unos sorprendentes fuegos artificiales, ¡cómo nunca se vieron en México!

—¡Vivan los Cortés!

—¡Loor y gloria a los verdaderos conquistadores de México!

Cuando mi esposo oyó estas aclamaciones nos conminó:

—¡Vámonos! ¡Antes de que digan lo que temo escuchar!

Desembarcamos, montamos nuestros caballos que guardaba nuestro fiel Juanelo, e iniciamos el regreso. Inesperadamente, vi algo que me causó profundo estupor. Detrás de unos árboles, sin recato alguno, Mónica besaba con ardor a Gaspar. Me envolvió un arrebató de enojo:

—¡Mónica tiene el corazón preso de tinieblas!

Nada mencioné a mis acompañantes, pues Íñigo y Teresa estaban inmersos en su conversación, pero mi pensamiento voló hacia Isabel. Otra visión me llenó de congoja. Sentada en cuclillas, esperando a su ama, estaba la niñera de los hijos de Estrella. Cuando me vio, acudió presurosa, y me saludó con excesivas muestras de afecto y respeto. Me besó las manos, y yo pensé en la mordedura de una serpiente. Hizo unas profundas reverencias a mi esposo y a Teresa, y se alejó sin volver la vista atrás.

Ya en camino, aparté de mi mente la viscosa sensación que el encuentro me había producido.

Caída la noche, al oír los truenos de los fuegos artificiales, imaginé el resplandor, formas y colores reflejando su fulgor en las quietas y oscuras aguas.

¿Conseguiría el joven Cortés asimilar toda esa adulación?

Íñigo y yo, que habíamos conocido a su padre en el apogeo de su gloria, jamás le vimos comportarse de manera tan extrema y frívola.

De inmediato, los descontentos, encomenderos, criollos y mestizos se pusieron a navegar en su estela.

Así se lo comenté a Íñigo, y me respondió con una frase lapidaria:

—No es ninguna estrella. Veremos dónde va a parar la vanidad de este cometa.

EL GALEÓN ACAPULCO

Otra importante decisión vino a espolear la organización de la descubierta del Tornaviaje. Legazpi había sido nombrado «almirante, general y gobernador de todas las tierras que encontrase».

Urdaneta, como él mismo propusiera, quedó a cargo de la navegación y cosmografía de la expedición, y sumamente aliviado de no tener el mando de

los numerosos hombres que participarían en la empresa, escribió agradecido a su majestad^[115].

El fraile agustino gozaba de buen nombre en la corte, pues como buen vasco, nunca había callado su leal criterio, aunque no coincidiera con los deseos de la autoridad, fuera esta la que fuese. Además, su dilatada experiencia como cosmógrafo en diversas expediciones como la de Jofre de Loiasa, le habían acreditado como consejero a ser tenido en cuenta para estas empresas.

Legazpi, muy afincado en México y rodeado de su extensa familia, tomó su tiempo para meditar acerca del encargo con el que Felipe II le honraba. Aunque su situación económica era boyante, él era consciente del sacrificio que habría de hacer y que tendría que invertir su patrimonio para sacar adelante el magno proyecto.

«¿Dejaré herencia alguna para ellos?», se preguntaba.

Sus nueve hijos, más nueras y nietos, merecían heredar algo más que fama y el agradecimiento de la patria.

Estaba sumido en sus cavilaciones, cuando le anunciaron la visita de su amigo y paisano, mi señor esposo. Don Miguel tenía en alta estima a su amigo cuya lealtad probada y habilidad diplomática habían resuelto espinosos conflictos en el virreinato.

Como Íñigo me lo relató, así lo cuento:

—¡Adelante, Íñigo! Me halláis sopesando los pros y los contras de esta aventura.

—Ardua empresa me parece —admitió mi esposo—, pero si encontráis la ruta del Tornaviaje, la gloria os situará en el mito.

—Primero hemos de encontrar ese derrotero, y, luego, querido amigo, no olvidéis que nuestros compatriotas tienen la memoria corta para sus héroes.

—Vascongado sois como yo, y amante de la mar... Pensad en el océano a navegar, los vientos a domeñar, las corrientes a descubrir... —le animó Íñigo.

—No es tarea sencilla —reflexionaba don Miguel en alta voz—. Hemos de hallar una senda en la ancha mar que nadie ha podido encontrar... Y por si fuera poco, hemos de rescatar a los supervivientes, si los hay, de la expedición de Villalobos... en tierra desconocida... tal vez hostil...

—Por eso el virrey os ha recomendado, porque en vuestros cargos de escribano y alcalde mayor habéis dado cuenta probada de buen mando —aclaró mi esposo.

—Olvidáis mi edad, paso ya de los cincuenta —argumentó don Miguel. Y añadió—: Además el que de verdad sabe de mareas y corrientes, vientos y

rutas, es Urdaneta. Había de ser él el capitán de la expedición.

A lo que su amigo replicó:

—Bien conocéis su estima por vos y que la carta que escribió al rey fue decisoria para vuestro nombramiento. Alguna cualidad de gobierno y descubrimientos habéis de poseer.

Don Miguel contraatacó:

—Mucho me empujáis a que acepte ese cometido, pero ¿qué fue de vuestro deseo de acompañarnos en dicha empresa?

—A eso venía. A deciros que Micaela ha consentido en mi anhelo. Si vos lo permitís, zarparía con vos.

—Habéis inclinado la balanza —respondió Legazpi—. No abrigo ya duda alguna. Partiremos, y juntos hallaremos el triunfo o la derrota.

—Ninguno de los dos impostores, triunfo o derrota, inclina mi decisión. Me atrae la mar y el deseo de conocerla mejor.

—Por orden del rey, con vos y Urdaneta, descubriremos nuevas tierras y llevaremos la fe a esos pueblos.

Los preparativos seguían su curso en el año del Señor de 1564, a pesar de cierta oposición de los que encaraban el descubrimiento como una pérdida de tiempo y, sobre todo, de buenos maravedíes. Pedro de Ledesma, uno de los antiguos conquistadores que conservaban prestigio e influencia, había llegado a escribir una carta al rey en estos términos:

No se debía gastar tanto en descubrimientos y viajes como el de Florida o el proyectado hacia Poniente, sino gastar estas sumas en el desarrollo interior del virreinato, ya que si una pequeña parte de los gastos Vuestra Majestad mandara emplear en Nueva España, estuviera la mejor tierra que hubiera en el mundo y la Hacienda Real de Vuestra Majestad en grandísima cantidad aumentada.

Yo estaba de acuerdo en que Nueva España fuera la mejor tierra, pero, a pesar de lo que me dolía ver marchar a Íñigo, consideraba la magnitud e importancia de su descubierta.

Mas los preparativos marchaban en armonía, y el anhelo de exploración y que esta fuera coronada por el éxito, infundía ánimo en la variopinta

tripulación. Pero surgieron otra vez divergencias que pusieron en peligro los proyectos de Urdaneta. Además, el desastre sucedido con la expedición de Tristán de Luna a La Florida pesaba en el recuerdo y el ánimo de muchos.

Fray Andrés, recalcitrante ante la idea de conquistar terrenos que podían pertenecer a la corona portuguesa, encontró a un enemigo en su antiguo adversario Juan Pablo del Carrión. El visitador, que ya abrigaba cierta inquina hacia los agustinos, encontró en Carrión un firme apoyo a sus designios para desacreditar la fama de Urdaneta.

Tras muchos dimes y diretes, el fraile cosmógrafo aceptó acatar las órdenes que le fueran dadas, pero la Audiencia decidió, de manera salomónica, dejar a Carrión en tierra. El conocimiento y el prestigio de Urdaneta habían vencido.

Sin embargo, otros opinaban que los descubrimientos eran la más grande hazaña que relatarían los tiempos, y hacían que el entusiasmo por el plan trazado siguiera creciendo, cuando una noticia inesperada vino a paralizar la empresa. El virrey, don Luis de Velasco, moría el 31 de julio, y ante el asombro general, moría pobre. Entonces fue cuando los gobernados supieron de las muchas obras de asistencia a los necesitados que el virrey sostenía con su propio peculio.

¿Retrasaría este infortunio la empresa marítima?

Sentía pena sincera por el fallecimiento del virrey, pero de manera egoísta, di en pensar que tal vez no tuviera lugar la singladura, y mi Íñigo permanecería a mi lado.

Los participantes en la misma se lamentaban, pues la confusión reinó en los días siguientes. Barahúnda que aprovecharon los revoltosos para pedir que no enviaran de España virrey alguno y que se había de nombrar capitán general a Martín Cortés. La Audiencia, advirtiendo el peligro que se cernía sobre Nueva España, y de acuerdo con el visitador Valderrama, asumió la gobernabilidad del virreinato. En cuanto a la expedición, parecía que se iban a tomar disposiciones para continuar lo que Velasco había iniciado.

Tanto Legazpi como Íñigo se ocupaban de contratar la marinería y las gentes de guerra. La proverbial hospitalidad de Legazpi, que atendía a todo aquel que llegaba al virreinato, dio sus frutos. Conocía a muchos experimentados marineros que ansiaban hacerse a la mar.

Yo, resignada a lo inevitable, escuchaba muchos de sus planteamientos, intentando que el interés por la histórica empresa apaciguara mis temores. Estábamos en el patio, paladeando un buen vino de Peñíscola, y la conversación fluía amable.

Íñigo, que siempre había admirado el don de gentes de Miguel, subrayó:

—De los trescientos hombres que habremos de embarcar a vuestras órdenes, al menos cien somos vascongados.

A lo que Legazpi contestó.

—He tratado con asiduidad a más de uno desde que llegaron a Nueva España.

—Y son por cierto avezados marinos. Han de ser útiles en el Golfo Grande, con ganada fama de tempestuoso —reconoció mi esposo. Al mirarme, se arrepintió de haberlo dicho.

—No solo eso —apostilló don Miguel—. Las costumbres de la mar, la manera de enfrentarse a los elementos, acostumbrados como estamos a la mar bravía, crearán buen maridaje en borrascas y galernas.

—Habréis de disculpar mi pensamiento... —Esta vez era Íñigo quien dudaba—. A veces recuerdo los fracasos anteriores, y me pregunto si la ilusión no ciega la realidad.

«¿Será posible que mi esposo tenga dudas?», pensé asombrada. Sombras pavorosas rodearon mi corazón.

Legazpi respondió:

—No seríais hombre cuerdo si no lo hicierais. Yo también tengo presente aquellos desastres. Pero esta vez, Urdaneta, nuestro jefe real, sabe lo que hace... Ha participado en varias expediciones y ha dedicado muchos años en estas tierras a estudiar corrientes y vientos tropicales, las enfermedades que pueden asaltarnos y cómo curarlas... ¡Y hemos de confiar en el Señor!

—Hay otro asunto que me inquieta sobremanera —apuntó Íñigo.

—Vos diréis —animó Legazpi.

Yo escuchaba, esperando vanamente que esas dilaciones retrasaran la partida.

—Vislumbro gran agitación en la ciudad. Desde que llegó a la capital Martín Cortés, observo a los hermanos Ávila en el entorno del marqués y todos muy crecidos. El segundo marqués no tiene el valor ni la inteligencia de su padre, pero sí que es tan arriesgado como él.

—Hablad claro. ¿Qué teméis? —urgió Miguel.

—Ambición y vanidad unidas conducen a los hombres a los peores desatinos —fue su respuesta.

Entonces yo quise opinar sobre el entorno de don Martín:

—Los Ávila son hombres gallardos y valerosos, pero son también osados e imprudentes en demasía.

—Yo tengo la misma impresión —contestó Íñigo.

Legazpi preguntó preocupado:

—¿Insinuáis que puede producirse una revuelta?

—No estoy cierto que se atrevan a tanto... Pero sí que recelo que se producirán altercados y demandas desmesuradas que alterarán la andadura de estas tierras.

—Y os preocupa no estar aquí para impedirlo —sentenció su amigo.

—Confío en la capacidad, lealtad y valor de Fermín, que velará por el buen orden en la capital. Pero ¡es tan pesada responsabilidad!

Mi esposo estaba en verdad inquieto. Miguel, con su habitual parsimonia, le confortó:

—Habéis tomado todas las providencias necesarias. El resto está en manos de Dios.

LA DESPEDIDA

*E*l día de su marcha, mi desconsuelo no tuvo límites. Aquel océano inconmensurable, en el que se iba a adentrar mi esposo, se me antojaba las enormes fauces de un monstruo que tragaría las frágiles embarcaciones.

¡Tantos habían ya perecido en esas ignotas aguas!

Le vi en el umbral, erguido como un héroe de la antigüedad, su noble rostro iluminado por una sonrisa dibujada por la anticipación de la mar.

En ese instante, odié los océanos, odié las exploraciones y odié al rey que las alentaba. Y que me separaba de Íñigo. Pero entonces él me miró y, no sé por qué, supe que volvería.

Entonces pensé: «Persigues las estrellas, y las conquistarás». Le admiraba. Sí, tomaría. Triunfante... Pero...

¿Cómo iba yo a sobrevivir sin él todos esos meses?

¿Sin la firmeza de su criterio?

¿Sin su hombría de bien, que siempre le acompañaba? ¿Sin el calor de su cuerpo en mi lecho?

¿Sin sus caricias en mi piel?

Cuando le ajusté su fajín en torno a la cintura, él me dirigió una mirada de miel, y yo me sentí desfallecer. No quería proferir palabra alguna, porque temía que mi sentimiento de pérdida me traicionara y estallara en lamentos.

Entonces, él me besó en la boca, y con mis labios aún húmedos, le vi partir.

Me quedé allí, tiesa, paralizada, hasta que los cascos de los caballos resonaron en lontananza.

«No debí consentir su marcha... He sido débil... ¡Los peligros que correrá! ¡Pero ansiaba tanto la mar!».

Así me lamentaba desde que mi esposo partiera, mientras rumiaba mi soledad. Salí al mirador, mas la tarde era húmeda y fría, y entré de nuevo, cerrando tras de mí el balcón. Me acomodé en mi sillón favorito en la ya casi penumbra de la sala, y torné, como me sucedía de continuo, a pensar en Íñigo y las mil penalidades que, estaba segura, le asediaban.

En la cámara contigua oía a Teresa cantando una tierna nana a su hijo. El nacimiento de este niño había mitigado mi desesperación ante la marcha de mi esposo.

Un poco más allá, desde el comedor, llegaba el rumor de los pasos quedos de las muchachas que preparaban nuestra mesa con un discreto entrecuchar de platos y cubiertos. En la calle, tamizado a causa de las cerradas ventanas, se abría paso el trajín propio de la urbe de importancia que era México.

Un aguador proclamaba su vivificante líquido; un vendedor de especias, sus aromáticas plantas venidas de allende los mares; un ciego cantaba romances en los que intrépidos caballeros descubrían tierras lejanas inundadas de magia.

Y yo pensé en Íñigo, y, bien a mi pesar, dos gruesas lágrimas rodaron por mis mejillas. En la anochecida, mi hija, que había conseguido dormir a su niño, entró con un candil en la mano, y al verme, preguntó alarmada:

—Madre, ¿qué hacéis aquí sola en la oscuridad?

Como yo no respondiera de inmediato, porque esperé a fortalecer mi ánimo y que no me temblara la voz, tornó a decir:

—¿Qué os sucede? ¿Qué os aflige?

—Siento la ausencia de tu padre y me angustia no tener noticias de él.

—La expedición es de importancia, con muchas gentes de mar y de pelea, y recordad que padre es capitán de cumplida experiencia. No debéis temer por él.

—Me repito todos estos argumentos, pero el miedo a perderlo es más fuerte que mi razón.

Permaneció Teresa pensativa un buen rato, y luego aseguró:

—Es mujer de fortuna la que desposa al único hombre por el que sentirá amor sin fin.

—No hija, no. No es suficiente. Han de amarse los dos. Un amor no correspondido puede dar mucho sufrimiento. La fortuna es encontrar al

hombre que te amaré siempre y al que tú amarás eternamente.

—¿Es difícil de hallar ese amor! —me contestó con un deje de melancolía tal, que olvidé mi añoranza para preocuparme por mi hija.

—Teresa, ¿guardas alguna pena que yo no conozca?

—No madre, no —respondió sonriendo—, pero alguna vez me pregunto si tendré la dicha de querer con la pasión con la que os queréis vosotros... Y sin que los años la empañen.

—Te has casado enamorada de Rafael y él de ti. Pero es menester que ambos cuidéis de ese amor. Solo así superaréis las asechanzas de la vida.

—¿Asechanzas? ¿Qué peligros intuís, madre? —preguntó alarmada Teresa.

—Has de prepararte para cuando vengan las dificultades, no todo han de ser venturas... Bien quisiera que tu vida fuera de completa felicidad. Pero es harto raro que así sea. Pon tu confianza en tu esposo... y en Dios.

Me abrazó y, en ese cariño de mi hija, encontré la fuerza que necesitaba para esperar a mi Íñigo del alma.

LA MISIVA

En esa penosa nostalgia andaban los vericuetos de mi mente, cuando tocaron a la puerta de mi aposento. Entró Lagartija con una carta en la mano, que me apresuré a abrir anhelando que me trajera noticias de Íñigo. Era su letra.

Puerto de Navidad, 21 noviembre 1564.

Amada mía:

No puedo zarpar sin repetirte lo mucho que te echo en falta. Sabes que la mar ejerce un poderoso influjo sobre mí, pero esta será la última vez que de ti me aleje. La emoción ante el desafío que nos aguarda estimula nuestra actividad, que, en verdad, es incesante.

No has de inquietarte. Contaremos con todo lo necesario para una feliz singladura. En este momento los marineros están cargando canastos llenos a rebosar de ananás y cocos, además de sacos de habichuelas y pipas de agua que mantendrán la salud de la tripulación hasta que volvamos a pisar tierra firme. El avituallamiento ha de ser almacenado con esmero

para que no se descoloque durante la travesía y nada se estropee o se pierda. En este nuevo intento por encontrar la ruta de retorno, hemos cuidado con esmero los bastimentos y el artillado de las naves; el agua y la comida, vino y aceite; así como el armamento, arcabuces y lombardas, para enfrentarnos a largos meses de navegación y a los más feroces ataques.

Puedes quedar descansada.

Carpinteros y calafates reúnen todo lo que habrán de menester para reparar las naves durante la navegación.

La energía se contagia de unos a otros en el Puerto de Navidad, en esta tierra de Xalisco ^[53]. El convencimiento de participar en una empresa singular hace que una corriente de alegre dinamismo cautiva a cada miembro de la expedición. Todos y cada uno se afanan en cumplir su cometido, pues la buena preparación del viaje puede determinar la suerte de la empresa.

Ante nosotros se extiende un mar infinito, el Gran Golfo, del que no conocemos aún ni su verdadera magnitud, ni la potencia de sus tempestades. Fiamos, y mucho, en el fraile tranquilo que participó en la malhadada exploración de Magallanes y logró sobrevivir. Durante estos años ha estudiado las corrientes y mareas, que en la mar Grande, dice él, tienen un movimiento circular, como las agujas del reloj.

La nao capitana, la San Pedro, muestra un aspecto imponente con sus quinientas toneladas y su elevado castillo de proa. En ella navegarán el capitán general, Miguel López de Legazpi, el piloto mayor, Esteban Rodríguez, el alguacil mayor, Gabriel de Ribera y los capitanes de infantería y de artillería, Martín de Goytiy Juan Maldonado. Nuestro amigo Urdaneta, y los frailes agustinos Aguirre y De Rada serán fundamentales para decidir la derrota que marcará el buen rumbo. Yo navegaré en la San Pablo, en la que me acompañarán el tesorero, Guido de Lavezares, el contador, Andrés de Caúchela, y los padres agustinos fray Diego de Herrera y Pedro Gamboa. Ves que marchó en buena compañía. Mi cometido será mantener el orden y la disciplina y auxiliar a la capitana durante un posible ataque, y, caso de producirse las

frecuentes bajas que sufrieron en la exploración anterior, tomar el mando cuando fuera preciso.

Te amo con toda mi alma, pero los años de tranquilidad en México me han hecho añorar la mar y el desconocido placer de la descubierta en tierras ignotas.

El galeoncete San Juan, lo comanda el capitán Juan de Isla y lleva como piloto a Rodrigo de Espinosa, hombre experimentado y de recia lealtad.

El patache San Lucas tiene al mando a un hombre que temo que con el tiempo dará muchos quebraderos de cabeza, Alonso de Arellano. Es hombre ligero de carácter y poca seriedad, muy amigo de notoriedad y poco dado al esfuerzo. El piloto es un mulato de nombre Lope Martín, y el maestre, un griego llamado Nicolao.

La Flota cuenta con un total de trescientos cincuenta hombres, entre gentes de pelea^[54] y gentes de mar^[55] y doce negros, mujeres y hombres, que tienen la responsabilidad del cuidado de los oficiales.

El capitán de cada nave ha de ver por el buen estado del artillado de su barco: culebrinas^[56] de largo alcance y cañones de fuerza y potencia mayor, que estén bien colocados «a la redonda», defendiendo la nave en derredor; falcones y falconetes^[57] que protejan el castillo de proa, y en la popa, los cañones de defensa del timón.

Las tropas se han colocado en orden impecable para recibir la bendición que los frailes agustinos impartirán a los gallardetes y la tripulación, implorando la buena resolución de su empresa. La mar aguarda calma y tranquila que las naves quieran surcarla, y el viento hace tremolar los estandartes en una imagen plena de emoción y color. Resulta una visión esplendorosa.

Legazpi, el primero, ya que ha sido nombrado almirante, general y gobernador de todas las tierras que conquistase, y tras él sus capitanes vestidos como si fueran a entrar en batalla: morrión y casco, los escudos enhiestos, la espada de costado y la armadura brillando al sol. No muy lejos de él, se encuentra, emocionado, su nieto Felipe de Salcedo, joven valiente y de notable sentido del deber.

Enfrente, los cuatro religiosos, con sus humildes hábitos negros, están ya dispuestos a concitar la protección del Altísimo.

Y, en recogida atención, aguardan los más de trescientos hombres, soldados y marineros, entre los que destacan los mexicanos ataviados según su tradición. Se mantienen erguidos, envueltos en luengas capas de algodón entretejidas con hermoso trabajo de plumería de brillantes colores, sus torsos protegidos con ichcahuipillis^[58] y grebas^[59] de oro en sus piernas. Como guerreros que son, lucen el pelo recogido hacia arriba, con vistosos penachos de plumas que se desbordan por la espalda, formando una riada de verdes o azules o bermejos que la brisa remueve en torbellino multicolor.

Tengo cerca de mí al ángel custodio que dispusiste a mi vera: Tlacuilo mira con recelo la ancha mar y agarra con firmeza su petate, donde guarda pinceles y carboncillos.

Los barcos engalanados esperan la bendición de los estandartes que corre a cargo de los frailes. El viento comienza a soplar mansamente. Los marineros, con la cabeza gacha, en recogida actitud, rezan unos con devoción y otros piensan cómo enfrentarán las dificultades que vamos a encontrar.

Lodo está preparado para la euforizante travesía que va a comenzar.

Hoy es el 21 de noviembre y la aurora inicia sus destellos de luz penetrando la penumbra de la noche. Hemos de aprovechar el viento terral^[60], que comienza a rizar la superficie de las calmadas aguas, y a hinchar los vientres de las velas, y que a esta hora sopla ya con fuerza; el maestre da la orden al piloto de guindar^[61] las velas y hallar el punto^[62] y las gentes de mar aparejan los navíos para ir al encuentro de las aguas en el Golfo Grande, aquel océano Pacífico en el que nos hemos de adentrar y del que habremos de desentrañar el secreto del Tornaviaje.

Micaela, lee esta carta a nuestros hijos, y si quieres a nuestros amigos. Quiero que sepan de la magna empresa que vamos a acometer.

*Amada mía, razón de mi ser y existir;
te llevo en el pensamiento, y así será,
hasta que el Altísimo nos vuelva a unir,*

tuyo,

ÍÑIGO.

EL ASALTO

*A*l cabo de unos días vino Diego a verme y me anunció que tenía que ir a Las Moreras para resolver algunos asuntos con el grano. Decidí acompañarle, pues ese año la cosecha había sido fecunda, y el granero no era suficiente para almacenarlo todo. El maíz crecía poderoso y su vibrante verde auguraba, también, un buen resultado. El huerto con sus plantas de tomate, frijol y calabaza, nos hacía esperar un invierno de abundancia.

Tenía que hacer también unos pagos, y vigilar el sistema de riego, que, por fin, parecía funcionar a pleno rendimiento.

La idea nos la habían proporcionado el cacique y Lagartija, usando la técnica de las chinampas de la tradicional agricultura azteca, que probamos y, creía, había resultado. Algunos años atrás, plantamos en cuatro filas de a dos, formando una cruz, unos árboles llamados ahuejotes, que producían unas raíces que se entrecruzaban, formando una potente malla que sujetaba las tierras. Cuando crecieron lo necesario, cavamos unas zanjas asaz profundas entre las filas de dichos ahuejotes. En el lugar donde surgía el manantial, se dejaba en el centro un camellón que servía el agua a los cuatro canales, y estos, a las distintas terrazas de cultivos.

Llegamos con un atardecer radioso, que me hizo tener aún más nostalgia de mi marido, pero los afanes de la hacienda no me dieron lugar a la melancolía. Sentía una gran curiosidad por ver las chinampas. Apresuramos Diego y yo el paso para ver si las acequias iban realmente cargadas. El sistema superaba nuestras expectativas. El agua corría clara y presurosa por los regatos, cantando su música suave, mientras se acercaba a los huertos para transformar la hacienda en un vergel.

Pasamos unos días ocupados con el riego, el ganado, el grano y el jardín, que, a pesar de los múltiples ocupantes de Las Moreras, todavía seguía en pie.

La noche antes de regresar, la cena transcurrió agradable, disfrutando Diego y yo del trabajo realizado y del merecido descanso, además de la

deliciosa cena que nos había preparado Inés, bien condimentada de chile, según costumbre del lugar.

Conversamos hasta tarde, organizando la labor del día siguiente, y nos fuimos a dormir, ya que de mañanita iniciábamos la última tarea. Yo caí rendida en la cama y, al poco, dormía como una bendita. Creí soñar con gritos de alerta, humos y sofoco, pero la pesadilla era tan vivida que desperté angustiada, para comprobar que no era sueño sino alarmante realidad. Los gritos de «fuego, fuego» y «ataque, ataque» me hicieron saltar de la cama y asomarme al mirador de mi cuarto. Lo que vi me dejó el alma helada. Enormes lenguas de fuego lamían la madera del granero, el crepitar de las llamas producía un ruido aterrador, y, por si esto fuera poco, una cuadrilla de jinetes hacía chasquear sus látigos, para que reses y caballos, enloquecidos y encabritados, salieran de las cuadras. Las gentes de la hacienda corrían con vasijas de las acequias al granero, y el capataz manejaba la pequeña bomba de agua intentando salvar parte de la cosecha.

Me calcé las botas, me puse un capote por encima del camisón, cogí mi escopeta y corrí hacia fuera. Lagartija subía ya a encontrarme y su expresión me dijo que las noticias podían aún tener peor alcance.

—¿Qué ha sucedido? —indagué.

—Me avisaron de que el granero se quemaba, y, *Micatzin*, salí corriendo a organizar a los trabajadores y alcancé a ver unos hombres que intentaban llevarse los animales. No pude conseguir que...

«El desánimo le hace detener su explicación», pensé yo.

—Y esos bandidos habían antes prendido el almacén —deduje.

—*Micatzin*, estamos intentando apagar el fuego con el agua de la bomba y de los canales que corren cerca de la casa, pero es un mal fuego, es abrasador...

De repente noté la ausencia de Diego:

—¿Dónde está mi hijo? —pregunté con el corazón ya desbocado, comprendiendo las dificultades de Lagartija para contar lo sucedido.

—Es muy valiente, tu hijo... —empezó Lagartija, y yo enloquecida tomé su brazo gritando:

—¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está?

—Ha recibido una herida de los asaltantes —contó mi ayudante.

—¿Asaltantes? Pero... ¿qué estás diciendo?

—Llegaron hombres armados. No solo venían a estropear la cosecha. Deseaban hacer daño a las gentes de Las Moreras.

—Llévame junto a mi hijo —ordené.

Verlo. Salvarlo. Lo demás carecía de importancia.

Estaba echado en su cama, con la faz muy pálida, y un paño blanco rodeándole el pecho, teñido ya de abundante sangre. Creí morir.

«¡Él, no, Dios mío, él, no!», pensé.

En ese instante entró en la alcoba el médico indio que tanto sabía de plantas medicinales y le colocó un emplasto maloliente de diferentes hierbas, y tapó la herida con ellas. Pude entonces comprobar con alivio que la cuchillada había rozado la parte superior del pecho, cerca de la axila. No era grave. Diego intentó contarme lo sucedido, pero le recomendé descanso y le dije que ya hablaríamos al día siguiente. Mandé a todos que fueran a ayudar en la extinción del incendio, y yo permanecí toda la noche recostada en una tumbona en el cuarto de mi hijo.

De mañana vino Inés a relevarme y yo fui a vestirme para comprobar los daños sufridos. El grano se había perdido, y el granero estaba seriamente dañado. Pero el sobrante que no cabía en el almacén y lo habíamos guardado en otro depósito de la factoría se había salvado. No era suficiente para todo el año, pero quedaba el maíz que no había ardido, hortalizas, frutas y verdura.

Caballos y ganado habían sido en parte robados, pero buscaríamos al responsable, y, tras devolver lo sustraído, sería juzgado. Sobre todo, nadie había salido dañado o herido de importancia.

Cuando hube efectuado el recorrido, volví a la casa a ver a Diego. Estaba sentado en su cama, devorando un apetitoso desayuno, mientras Inés lo contemplaba con adoración.

—¿Cómo ha ido el recuento, madre? ¿Alguien más resultó herido? ¿Es mucho el desastre? —preguntó preocupado, e hizo ademán de levantarse.

—Calma, Diego. No te alteres. Hemos de curar la herida. Luego contarás lo que viste. Es menester que dilucidemos el origen de este ataque —pedí.

—No tenía sueño y me acerqué a la capilla. Sentía necesidad de estar en ese lugar y pedir por mi padre. Es como si intuyera que algo maléfico nos acechaba.

—Tan intuitivo como tu abuela —comenté.

—De repente —continuó— oí un tumulto de cascos de caballos que se acercaban a pleno galope, y enseguida los vi aproximarse con teas encendidas en una mano y la espada en la otra.

—¡Virgen de Guadalupe! ¡Protégenos de nuestros enemigos! —exclamé horrorizada, pensando lo que podía haber ocurrido.

—Lagartija, que había escuchado el vocerío, apareció con muchos hombres de la tierra armados y decididos a repeler al agresor. Tanto así, que

Lagartija formó una fila compacta, con las espadas en alto, intentando detenerlos.

—¡Qué temeridad! —dije.

—No lo creáis, madre. Fue muy valiente, no arriesgado, pues en el primer momento, no sabíamos qué fechorías estaban dispuestos a cometer los asaltantes.

—Tienes razón. Estaba resuelto a defendernos de la manera que fuera necesaria —reconocí.

—Desde ese momento todo ocurrió muy deprisa. Una vez que se produjo el choque entre los dos bandos, ambos luchaban enfurecidos y yo corrí hacia ellos. Uno de los hombres me pasó un arcabuz, y me aprestaba a tirar, cuando vi a un jinete rezagado que galopaba hacia Lagartija para ensartarlo con su estoque.

—¡Vive Dios que cuando sepa quién está detrás de esta felonía, lo mataré! —exclamé desesperada.

—No reparé, mientras apuntaba, que tras de mí se acercaba un atacante con la intención de atravesarme. En el último momento sentí una presencia, y al girarme, erró su estocada, pero yo acerté el disparo.

—¿Entonces cayó herido?

—Sí, y está preso para llevarlo a la capital para ser interrogado —aclaró mi hijo.

—Y el fuego... ¿cómo sucedió? —pregunté.

—Algunos de los salteadores se precipitaron al granero y a los campos de maíz, y arrojaron allí las teas encendidas —contestó él.

—He pasado por los sembrados de maíz y están bien —le dije intentando tranquilizarlo.

—El riego abundante de ayer ha impedido que ardieran, estaban encharcados. El agua los ha salvado de la quema —concluyó él, aliviado. Pero al instante su rostro adquirió una gravedad preocupante—. Hay algo que habéis de saber... —dijo—, los malhechores, al escapar, pues se vieron vencidos, gritaban: «¡A ver si escarmentáis, protectores de indios! ¡La tierra para los criollos!». —Ya me temía yo que fuera un aviso de aquellos que no aprueban nuestra forma de dirigir la hacienda... Y han aprovechado la ausencia de tu padre— comenté con tristeza.

—No os aflijáis, madre. Encontraremos a los culpables, y más importante, padre regresará salvo... y con gloria.

Me abracé a él, intentando no lastimarlo.

—¡Dios lo quiera, hijo!

Era consciente de que teníamos que averiguar el origen del ataque, pero algo muy tenebroso e intangible en esta trama me paralizaba. Fermín, que se había tomado muy en serio el incidente, comenzó a mover sus peones, y durante días, o más bien noches, sus «ojos y orejas» visitaron tabernas, garitos y pulquerías, para recabar la información que necesitábamos. Como suele suceder en ese gremio, siempre había algunos bribones que estaban alacanzados, y con tal de ganarse unos pesos, o *tomines*, estaban dispuestos a vender a sus compinches.

El que se pintaba solo para esos menesteres era Juanelo, que se había ya desposado con Elvira, la hija de Lagartija, y, al sentirse parte de la familia, se dedicaba con todo ahínco a descubrir a los culpables.

Para colmo de males, con la Flota llegó una ley por la que se suprimía la encomienda de segunda vida, o sea la posibilidad de heredar las encomiendas. Para aquellos sediciosos que consideraban Nueva España como su propiedad, y no se planteaban adquirirla con su esfuerzo, fue una provocación.

Fermín, y por supuesto Juana, que ya estaban muy conturbados desde el ataque a Las Moreras, comenzaron a sufrir perturbadora inquietud. Algo maligno, turbulento y amenazador flotaba en el ambiente. Mil veces Diego le ofreció su asistencia, y mil veces Fermín la rechazó, alegando que mi hijo debía atender a nuestra seguridad hasta que Íñigo tornara.

El capitán en funciones desdoblaba su actividad, vigilando las calles, entreteniéndose con sus confidentes, visitando la Real Audiencia tras cada pesquisa, preparando la milicia para una posible sublevación.

Muy cerca hubo de estar de la trama de los conjurados, porque un amanecer tenebroso apareció atravesado por un acero de Toledo, como si sus asesinos quisieran dejar firmado el delito. Se trataba de un español, y su muerte tenía que ser a manos de un compatriota... ¿no ha mucho llegado de España?

Le lloramos con pesar infinito. Fermín había sido el amigo presente y fiel, el compañero de tristezas y alegrías, y nunca podríamos hallar a alguien como él. La desesperación de Juana no tuvo límites. Cuando se lo trajeron inerte a casa, se abrazó a su cuerpo, y, por más que sus hijos porfiaban para que les dejara amortajarlo, ella no cedía. Casada en la adolescencia con ese hombre cabal, había aprendido a vivir a su lado y no podía imaginar una vida sin él.

—¡No te vayas, no me dejes! —imploraba sin querer admitir que él ya no podía escucharla—. ¡Mira que yo no sé vivir sin ti! —le conminaba. Pero Fermín ya había recorrido el largo túnel de la oscuridad.

Enterramos a Fermín en un día triste y lluvioso de invierno. Un viento feroz agitaba las ramas desnudas de los árboles; el agua fría azotaba nuestros rostros compungidos por el dolor. Era como si la naturaleza acompañase nuestra pérdida. En el momento de dar tierra a Fermín, presencié una de las escenas más terribles de mi vida:

Juana, enloquecida, intentó arrojarse al hueco donde se hundía el féretro, y sus hijos hubieron de detenerla para que no se lanzara a él. Los gritos desgarradores que mi amiga profirió esa mañana resuenan aún en mi mente.

Sentí la falta de Íñigo con un agudo dolor de ausencia, y, viendo la desesperación de Juana, comprendí lo que me aguardaba si mi esposo no regresaba del Tornaviaje.

¡Eran tantos los que habían perecido en la afanosa búsqueda!

Una mañana, la capital se despertó con ruido de espadas y arcabuces. Fueron presos Cristóbal de Oñate, *El Mozo*, y los Quesada.

Antes de morir, Fermín había dado cuenta a la Audiencia de la traición que tramaban esos desdichados.

3

La crónica

La vida, con sus preocupaciones cotidianas, había de ser atendida, y yo pensaba muchas veces que me gustaría que Teresa, en el porvenir, heredara Las Moreras, o que al menos se ocupara de la hacienda en igualdad con su hermano. La empresa se presentaba harto difícil, pues la ley no contemplaba la titularidad de las encomiendas para las mujeres.

Tiempo atrás, Carlos v había declarado la incapacidad de la mujer para tener encomiendas.

Siempre me había extrañado esta disposición del emperador, incomprensible en un hombre que había confiado los asuntos delicados de gobierno a mujeres de su entorno. Era una cuestión de costumbres, y por eso a mí me habían criticado con frecuencia. La mujer en casa. Sabía en concreto que Gaspar e Isabel, y algún otro, lo habían declarado así, por encargarme de trabajos que debían realizar los hombres.

Una Cédula Real había de cambiar todo aquello. Unos meses atrás, en 1564, la Cédula expresaba con claridad:

Si alguno casare con mujer que por sucesión esté gozando de encomienda, se haga nuevo título y se ponga a nombre del marido, aunque este solo la disfrute mientras viva su mujer.

Si la mujer quedaba viuda, la encomienda tornaba libremente a ella. Pero un codicilo precisaba:

La mujer que hubiese de suceder en encomienda al marido, hubiese sido casada con él legítimamente, seis meses, los cuales se cuentan de día a día.

A pasos medidos, las costumbres cambiarían.

Diego y Teresa se ocupaban con esmero de Las Moreras, aunque cada uno se dividía las responsabilidades. Diego tomaba cuenta de riegos y sembrados, del grano y el maíz; de los salarios y retribuciones de los trabajadores y de mantenerlos en salud.

Teresa, del telar y las tejedoras; me ayudaba en el taller de orfebrería y dirigía la producción de la seda. Por tanto, todo lo que se refería a este hermoso tejido era de su incumbencia.

Habíamos logrado brillantes colores gracias a la famosa cochinilla. En uno de los cobertizos hervían los peroles, tiñendo de vibrante rojo las rutilantes telas.

Mi hija me había animado a innovar, utilizando un azul intenso, el índigo.

Años atrás Tlacuilo me había mostrado la hierba maya que producía el color índigo. Como le prometí en aquel momento, hablé con Íñigo y el virrey escribió a la corte, añadiendo unas muestras de ese fulgurante tono de azul. La respuesta, ya en 1558, fue que se ocupara de su hallazgo y posible producción. El famoso Pedro Ledesma dijo haberlo descubierto, y lo cierto es que durante tres años se dedicó a buscar la planta que proporcionaría el añil, como fue llamado entonces. En una de sus cartas a la corte mostraba su entusiasmo: «He de afirmar que el añil novohispano es mejor que el mejor de la Berbería».

Así, su negocio había ido en aumento, hasta que el mismo marqués del Valle quiso asociarse con él, y plantaron grandes extensiones en Yautepec.

Mientras tanto, yo seguía con mis trabajos y el insoportable dolor de la añoranza de Íñigo. Mas el niño de Teresa me regalaba una intensa ternura. Cuando le acunaba en mis brazos, demasiado a menudo según mi hija, yo aspiraba con fruición el delicado perfume de su piel, acariciaba sus manitas que agarraban mis dedos con férrea voluntad y observaba si sus ojos eran ya capaces de ver las maravillas del mundo.

Y me embargaba una felicidad sin límites.

Pero al instante, la falta de mi esposo me laceraba. En su ausencia, el ambiente en la ciudad se había enrarecido con el transcurso de las semanas. Parecía que aumentaban las personas que veían en Martín Cortés la promesa de un inmejorable gobierno, que acabaría con los problemas del pasado. Un domingo, el gran amigo del marqués, Alonso de Ávila, partió de su encomienda de Cuautitlán con una comitiva de veinticuatro caballeros y se presentó frente a la casa de Cortés. Este estaba reunido en una importante

celebración, a la que habían acudido damas principales y notables personajes. Incluso el visitador Valderrama se hallaba entre los asistentes.

Todos ellos, ante el ruido producido por los cascos de los caballos de Alonso de Ávila y su comitiva, salieron a la plaza a darles la bienvenida. Estaban preparados. Habían resuelto representar *La Primera entrada de los españoles en Tenochtitlán*.

Por supuesto, Martín iba vestido con rico brocado y usaba la armadura, escudo y casco que don Hernán utilizara entonces. Ávila se había adjudicado el papel de Moctezuma, con su túnica, el manto real y el *xiuhuitzolli*, imponente tocado de plumas, símbolo de la realeza azteca. Los compañeros de cortejo, los disfrazados *tlatoanis*, simulando los poderes militares y religiosos a ellos encomendados, repartían a las señoras asistentes ramos de flores atados con cintas que llevaban versos escritos. Alguna dama, que los leyó de inmediato, quedó asombrada de la osadía de los mismos. Hablaban, de manera más o menos disfrazada, de revuelta.

Los instrumentos musicales desgranaban una heroica melodía que enardecía los corazones, y unas voces angélicas exaltaban las virtudes del conquistador.

Martín se había convertido en don Hernán.

Se acercó el «emperador» al «conquistador», y con sumas muestras de afecto, le coronó con una guirnalda de plumas, un *copilli*, semejante a las que usaba el soberano mexicano. Alonso de Ávila tomó otra corona de plumas y la colocó sobre la cabeza de la marquesa del Valle.

La multitud congregada ante el espectáculo irrumpió en aplausos, momento que uno de los asistentes aprovechó para exclamar: «¡Tómate esa corona, marquesa^[63]!».

Acudí atraída por la música, y ante mis ojos incrédulos, vi entronizar al rey y a la reina de Nueva España. Pensé con horror que ese acto testimoniaba un claro desafío a la corona. Apresuré el paso para refugiarme en casa. Lamenté, más aún, la ausencia de Íñigo, su fuerza, su serenidad, su lealtad.

EL RETORNO

Diciembre, 1565.

*E*ra ya el final del otoño y unos jinetes habían llegado a todo galope, desde el puerto de Acapulco, decían, con noticias de las naves de la

expedición a las islas de Poniente. No pude esperar, y mandé a Juanelo que avisara a mis hijos para que acudieran allí. Me envolví en el primer mantón que encontré y corrí al palacio del virrey. Los guardias, que me conocían, me hicieron pasar enarbolando una amplia sonrisa. Les pregunté si sabían algo, pero respondieron que solo podían decir que creían que se trataba de buenas nuevas.

Subí las escaleras a zancadas, el aire me faltaba y me sentí desfallecer. Pero no era el momento para eso, y me precipité hacia donde vi un grupo de caballeros que se congratulaban unos a otros. Mi esperanza creció un tanto, pero a vertiginosa velocidad, mi mente me trajo la posibilidad de que Íñigo no estuviera entre los supervivientes. Al verme llegar, uno de ellos indicó a sus compañeros que me hicieran camino. Al final, en el umbral de la sala, vi al alcalde mayor, hombre bondadoso de cierta edad, que me recibió con los brazos abiertos y una frase que habría de recordar de por vida:

—Acercaos, señora. Esposa sois de un héroe, que junto con fray Andrés, llegará en breve a esta ciudad.

Me hiqué de rodillas, desfallecida, en el frío suelo, exclamando:

—¡Gracias, Dios mío, gracias al cielo que los ha protegido! El alcalde me alzó y continuó:

—Se están recuperando de las muchas penalidades y sufrimientos del viaje, pero podréis celebrar el fin de año con vuestro esposo. Lo han conseguido. Han hallado la ruta del Tornaviaje. —Y alargando su mano, me ofreció una carta—: Es del capitán de Vidaurre, escrita apenas desembarcado en el puerto de Acapulco.

«¡Tal y como él me había prometido!», pensé.

Tomé la misiva como si fuera un tesoro, anhelando leerla a solas, en la intimidad de mi cámara. La emoción contenida me había dejado exhausta, pero el alivio al conocer el desenlace me había dado alas recuperando al instante las fuerzas. Volé al encuentro de mis hijos que subían por la escalera. Nos abrazamos con la intensidad de aquellos que recuperan a un ser amado al que el peligro le ha rondado demasiado tiempo.

Al llegar a mi aposento, me recosté en la cama para gozar de su misiva. La abrí poco a poco:

Puerto de Acapulco, 12 de octubre de 1565.

Amada mía:

Doy gracias al Altísimo porque he de encontrarte en breve, y a ti, querida esposa, agradezco la generosidad que tuviste al permitir que participara en esta expedición, gloria de los siglos venideros. ¡Son tantas las aventuras que he de narrarte!

Pero comenzaré en buen orden.

Grande fue nuestra sorpresa cuando, al día siguiente de iniciar la singladura, tras unas cien leguas de navegación, el escribano Riquel dio lectura a las órdenes secretas que llevaba consigo:

Se mandaba siguiese la armada la derrota de Filipinas o a otra de su comarca de las que caen en la demarcación de Castilla... Según la derrota que llevó Villalobos el año 1542.

La corona no deseaba ningún enfrentamiento con Portugal a causa de las demarcaciones de ambos países. El capitán general, Legazpi, contaba con acatar esas instrucciones con total fidelidad, pero la traición a estas buenas intenciones acechaba escondida en una de las naves. El 30 de noviembre dio orden al San Lucas que navegara delante de la capitana, dado que su menor calado le permitía avisar de los posibles bajíos sin riesgo para su casco.

Pero al día siguiente, el patache había desaparecido. La felonía que creí intuir se hacía realidad. La avidéz de recompensa había decidido a Alonso de Arellano a buscar sus propios derroteros, afín de descubrir y aumentar así su nombre y sus caudales.

Unas semanas después, avistamos las primeras islas de las muchas que habíamos de tomar en nombre del rey. Descendimos a tierra Urdaneta, Salcedo y yo, guardados por un retén de soldados para nuestra guarda y protección. Los isleños eran amables y nos dieron las provisiones que tanto necesitábamos tras la demorada navegación. Eran seres curiosos que observaban a los recién llegados, tan distintos en todo a ellos. Lucían unas largas barbas que inspiraron a los marineros el apelativo del lugar: islas de los Barbudos^[64], comenzando así a constelar de nombres españoles aquel océano ignoto.

Continuaron las naves la navegación, y una amanecida en la que la noche se resistía a dejar paso al alba y su esclarecedora luz, divisamos tierra. La brisa era tibia y la mar en calma nos llevó a una isla hermosa,

de altas palmeras, donde los naturales se apresuraron a acercarse a la nave, en sus veloces embarcaciones, ofreciéndonos agua fresca, arroz, aceite, frutas de aromas invitantes y peces recién pescados. Por gestos, pedían su retribución antes de entregar las mercancías.

No vimos mal en ello, pero en cuanto los nativos percibieron su pago, escaparon remando con ahínco. Cuando los marineros abrieron vasijas y cestos, comprobamos con enojo que en los cestos había una fina capa de arroz, el resto era arena, y en los recipientes, bajo dos dedos del óleo, solo había agua.

No cesaron los intentos de los picaros aborígenes para engañar y robar. En diversas ocasiones aprovecharon la oscuridad para saquear lo más accesible de las naos. La tripulación, indignada, comprendió lo merecido del nombre dado con anterioridad por los hombres de Magallanes: isla de los Ladrones^[65].

He de relatarte todas las tierras fabulosas que hemos conocido...

El candil se acaba y me falta la luz. Mi siguiente relato te lo susurraré al oído.

Anhelo tenerte junto a mí, besarte, acariciarte... Bien de mi alma.

ÍÑIGO

Leí mil veces la misiva para entretener mi ansia. Pasamos días de angustiosa espera, en los que no conseguía imponer en mi atribulado espíritu la certeza del retorno de mi amado. Mis hijos me recriminaban:

—Madre, ¿cómo es posible que no os tranquilicéis ahora que sabéis de la llegada de nuestro padre?

—El terror que he sufrido de no volverlo a ver ha sido tan profundo que es difícil de extirpar —confesaba angustiada.

—Tenéis la cara demacrada y padre no ha de veros así. Habéis de estar radiante —aconsejaba Teresa.

—Ella siempre estará deslumbrante —dijo una voz tenue desde el umbral.

Él estaba allí, delgado, macilento, como cuando tornó de Argel, pero derecho como una vela, erguido en su alta figura. El abrazo que nos dimos contenía toda una vida. Un mundo. Todo. Amor, pasión, ternura, inquietud extrema, pavor de perderlo...

No sé cuánto tiempo pasamos así, abrazados, viviendo un instante de eternidad...

Los días siguientes, Íñigo determinó pasarlos entre los muros de nuestra casa, gozándose en sus acogedoras estancias, en su jardín perfumado y en sus patios protectores. Y rodeado por su familia. Ni él ni yo queríamos compartir nuestro reencuentro con nadie. Había de ser solo nuestro. Ni él me contó su fabulosa aventura, ni yo le relaté las nuevas acaecidas durante su ausencia. Ya habría tiempo para eso. Más adelante. Cuando nos hubiéramos saciado de miradas y tiernas caricias. Además yo no consentía en dejarlo un instante. Un miedo secreto a perderlo de nuevo me hacía estar pegada a él. Observándole. Asegurándome de que era cierta su presencia.

Poco a poco, alguna frase, algún comentario, fue haciendo camino a la confianza. Di entonces en relatarle los muchos cambios acaecidos durante su ausencia. Ya sabía del asesinato de su querido Fermín, pero ignoraba aún los pormenores. La traición de emboscados presos del mal, había empujado a los conspiradores a alzarse con la tierra, y al ser descubiertos por Fermín de Buitrago, lo habían asesinado. Mas aún quedaban muchos cabos sueltos. La investigación, con los datos ya recabados, siguió su curso implacable.

La capital, estremecida, temía que hubiera más acontecimientos que habrían de conmocionar a sus habitantes. Muchos se preguntaban cómo las autoridades habían podido estar tan ciegas y no haber comprendido lo que se tramaba ante sus ojos; otros permanecían espantados al comprobar la culpabilidad de personajes que les parecían fuera de toda sospecha... La mayoría sentía un recelo difuso que envenenaba sus días.

—Podré hallar un amigo igual a Fermín, pero nunca uno mejor —expresó doliente mi esposo.

Yo intenté explicar lo sucedido:

—Muchas fueron las causas de la sublevación. El nuevo virrey no tomó posesión hasta octubre, por tanto la sede del poder supremo estaba vacante. Personas respetadas, como Legazpi, Urdaneta y tú, ausentes, ocupados en la expedición, y los odores divididos por interminables disputas... y por fin, la desmedida ambición de los conjurados, que había colocado al virreinato al borde del desastre —intenté explicar.

—¿Te contó Fermín sus sospechas? —indagó mi esposo.

—Ni tan siquiera Juana conocía del peligro que su marido corría —aseguré. Y ante el silencio de mi esposo proseguí—: Fermín se propuso acabar con la sublevación, y, en silencio, sin advertir a sus amigos y familia,

les hizo frente con las armas de que disponía: valor, lealtad y conocimiento de los hechos.

Mi esposo reflexionaba en voz alta:

—Y los amotinados creyeron que con la muerte de Buitrago su conjura triunfaría.

—Pero Fermín ya había puesto en conocimiento de la Real Audiencia todos los datos que obraban en su poder —asentí.

—Un juicio severísimo espera tanto a los hermanos Ávila como al resto de los sublevados —concluyó Íñigo.

—Desde que el marqués del Valle fue nombrado hace unos meses capitán general por el Ayuntamiento de la ciudad, estaba muy envalentonado —añadí.

—¡No es posible que el hijo de don Hernán esté metido en la conspiración! —exclamó Íñigo, rotundo.

—Es solo una sospecha, pero cierto es que escuchaba con agrado a aquellos que jaleaban sus méritos —insinué.

—Pero de sentirse halagado a convertirse en un conspirador media un gran paso. —Mi marido aún no podía creer tamaña infamia en un hijo de don Hernán. El tiempo aclararía nuestras dudas.

—No todo han sido malas nuevas —anuncié, y como vi que Íñigo me escuchaba proseguí—: Tu paisano, el guipuzcoano Francisco de Ibarra, ha protagonizado diversas expediciones, apaciguando territorios y creando hermosas ciudades.

—Personaje de calidad es Francisco. Valiente, trabajador y tesorero —confirmó mi esposo.

—La última villa que fundó el pasado año fue la de San Sebastián^[66], en honor a su origen guipuzcoano —expliqué. Como él callaba, le pregunté—: ¿No va vuestra merced a iluminarnos con el relato de sus prodigiosas aventuras? En la misiva que mandaste, nos hablabas de tierras extraordinarias...

Permaneció unos instantes con la mirada ausente, como si tuviera que hacer un esfuerzo para recordar. Mas luego, como queriendo contentarme, comenzó:

—¡Son tantas las maravillas que he de contarte!

—Te escucho.

Le animé. Entornó los ojos y, como si la tuviera presente en la retina, comenzó la descripción de aquella singladura.

—Las Filipinas, así llamadas en honor del entonces príncipe Felipe, aparecieron a la vista de la tripulación en todo su esplendor, el 13 de febrero

de este año, año del Señor de 1565. El aire era tibio y las aguas tranquilas espejeaban al sol del amanecer como si fueran de plata.

—La misiva que mandaste desde Acapulco rezumaba poesía.

—¡Hubiera deseado tanto compartir contigo aquella aventura!

Lo dijo con tal sentimiento, que alerté mis cinco sentidos, y le dije:

—A través de tu relato, he de vivirla contigo.

—Mis descripciones en las cartas tenían ese objetivo —aclaró. Y ante mi expectación, retomó su descripción—: La esperanza brotó de nuevo en los corazones de nuestros intrépidos marineros, que habían sujetado sus temores y privaciones, y que ahora veían unas islas hermosas de suave paisaje, donde podríamos reparar los barcos y hacernos con provisiones.

Yo escuchaba como si mi vida dependiera de sus palabras.

—El capitán general decidió mandar una lancha con el propósito de encontrar un puerto que abrigara la Flota. Al mando colocó a dos hombres de su máxima confianza, el cosmógrafo Urdaneta y el maestre de campo Martín de Goyti.

En ese instante entraron Teresa y Diego que venían a saludar a su padre. Se sentaron en silencio, dispuestos a oír la extraordinaria historia del encuentro con las islas de Poniente.

—Los nativos les recibieron con cierto recelo, y por el intérprete conocieron que sería difícil hallar la comida que necesitaban. Legazpi organizó una descubierta hacia el norte a cargo de Juan de Isla. Pasaban los días, los víveres escaseaban y no había noticia de la expedición. La inquietud flotaba en el ambiente.

—El asesinato de Magallanes debía de estar en la mente de todos —sugirió Diego.

Íñigo continuó:

—Sin duda. El temor a perder hombres perseguía sin descanso al almirante. Tened en cuenta que nuestra misión consistía también en el rescate, ya que otro de los objetivos era encontrar supervivientes de la expedición de Villalobos. Envió en ayuda de los primeros expedicionarios a un hombre valeroso y templado, Andrés de Ibarra, que, con unos cuantos valientes, navegó en una lancha hasta la orilla. Este, además, era conocido por su buena estrella. —Miró en lontananza, como si intentara buscar en su memoria—. Le acompañaba como guía un indígena que, desde su arribo a esas islas, nos había mostrado amistad. Este les condujo a la desembocadura de un río caudaloso, y se internaron en él siguiendo las indicaciones del nativo.

»La mansedumbre de las aguas, las gráciles palmeras, la vegetación toda ella exuberante, les daba la bienvenida. Y se confiaron.

—¡Virgen Santa, una celada! —exclamó Teresa.

—Pero la buena fortuna o la intuición de Ibarra mostró su eficacia una vez más. Vio indicios de traición, una expresión, un no sé qué en los ojos del improvisado lazarrillo, que le hizo recelar.

—Y permanecieron a salvo en los botes —dedujo Diego. Estábamos inmersos en la narración.

—No. A pesar de desconfiar, Ibarra consintió bajar a tierra, pues la necesidad de víveres era muy grande. Se hizo acompañar por unos cuantos soldados, y el indio dejó dos de sus hombres como rehenes en el batel. Al poco de marchar el alguacil al poblado, las dos prendas nativas se echaron al agua, y nadaron hacia tierra. —Se detuvo, y su expresión demostraba genuina aflicción—. El crepúsculo comenzaba a adueñarse de la luz, y los de la embarcación comenzaron a temer una emboscada y salieron en busca de sus compañeros.

Conteníamos hasta la respiración.

—En efecto, cuando se acercaron a las chozas, vieron a gentes en armas con ademanes guerreros. Tras unos cuantos arcabuzazos, atemorizados los locales por el desconocido estruendo, aprovecharon los españoles todos para regresar al batel y remar con toda la fuerza que da la supervivencia, hasta que se vieron a salvo.

Íñigo tomó un sorbo de su agua de almendras, y siguió:

—Por su parte, Isla había regresado al encuentro de la Flota, pero su fortuna no había sido la misma. Uno de sus hombres, que había desobedecido las órdenes y había desembarcado cuando no debía, fue herido de un lanzazo y tornando a la embarcación murió en brazos de sus compañeros.

Ahí yo interrumpí:

—¡El cielo sea loado! En qué azarosos pasos has andado, y te has salvado.

Íñigo me tomó de la mano y continuó:

—Una vez reunidos todos, pasamos unas semanas navegando e intentando encontrar un puerto de refugio y los necesitados alimentos.

—¡Bien necesitados estabais de alimento! —exclamó nuestra hija, que sufría de ver a su padre tan demacrado.

—Uno de los caciques que se avino a darnos noticias del lugar dijo que a pocas leguas hallaríamos una isla, Masugua^[67] la llamaban, y otra aún mayor, Mindanao, de gran importancia entre los de su raza. Bojeamos la isla, que de nuevo parecía el paraíso terrenal, con su mar transparente, la vegetación

hinchida y un cielo calmo y límpido. Pero cuando más confiábamos que esa isla sería nuestra salvación, aparecieron unos moros en unas embarcaciones veloces, con las que se movían con asombrosa rapidez.

Estábamos pendientes de sus labios.

—Atacaron de inmediato la nave capitana, disparando unos cañones pequeños pero de considerable alcance. Cuando se acercaron un poco más, nos rociaron con una lluvia de flechas.

Pero lo más dañino eran unos dardos que lanzaban con extrema habilidad desde unas cumplidas cerbatanas.

El miedo que sentía por sus andanzas me hizo coger de nuevo la mano de Íñigo. Él, deferente, nos preguntó con una sonrisa:

—¿En verdad deseáis que prosiga?

—Es un gran descubrimiento, eres un héroe, y, lo que es más importante, el hombre que amo ha tornado salvo a nuestro lado —aseguré—. Nada puede ser más interesante.

Él, complacido, recomenzó:

—Uno de nuestros arcabuceros distinguió en la proa de una piragua al caudillo que daba las órdenes de ataque, y de un certero disparo acabó con él. Viendo muerto a su jefe, al instante abandonaron la pelea.

Se nos escapó un suspiro de alivio.

En ese instante entró Rafael, que discretamente nos había dejado disfrutar del reencuentro, para interesarse por su suegro. Luz ya estaba con nosotros, pero con su habitual prudencia, escuchaba y callaba. Pero yo sabía por mi hijo que se sentía orgullosa de la proeza de Íñigo.

Tras preguntar Rafael a mi esposo sobre su salud y recuperación de fuerzas, se sentó dispuesto a atender la continuación de las aventuras de aquel puñado de valientes.

Mi esposo comenzó de nuevo lentamente:

—Levamos anclas para retomar la descubierta e iniciamos rumbo a la isla de Bohol, cuyo cacique, afirmaba el guía moro, era hombre cabal y de influencia en el lugar. En una resplandeciente alborada del mes de abril, nos sorprendió una impresionante visión. La tierra se mostraba a nuestros asombrados ojos circundada de una densa niebla, como si flotara suspendida sobre las quietas aguas. Poco a poco, la brisa fue desvelando un poblado extenso, que comenzaba a despertar a la actividad cotidiana. Se oyó un redoble de tambores de aviso, y muy pronto un marinero en la capitana señaló una canoa que se aproximaba, parecía, con intenciones pacíficas.

»Subieron los naturales a la nave, y el “lengua” confirmó que venían en son de paz.

»—El poderoso Sicatuna, nuestro jefe —traducía el intérprete—, desea hacer un pacto con vuestro capitán...

»—Decid a vuestro cacique que me siento honrado —declaró Legazpi.

»—Dice también —continuó el moro— que habréis de bajar a tierra para sangraros con él.

»Los oficiales del almirante murmuraron con desaprobación temiendo una emboscada. Recordaban la muerte a traición en la isla cercana de Magallanes, como tú bien decías, Diego.

—¡Cómo hubiera querido estar con usted, padre! —expresó nuestro hijo con un entusiasmo que me disgustó sobremanera.

Íñigo retomó su relato.

—Don Miguel respondió: «Represento al rey de Castilla, sin igual en todo el orbe, por tanto no me es permitido descender a tierra y desamparar su armada». Hubo un estremecimiento de desilusión entre los indígenas, pero nuestro almirante ofreció:

»—Venga él a la nave para ejecutar entre los dos la ceremonia de confederación y paz^[68].

»Asintieron los enviados, pero hicieron una pregunta que el moro transmitió de inmediato:

»—Tememos por la seguridad de Sicatuna en esta nave que llega por el cielo. ¿No emprenderá el vuelo con él dentro?

Reímos todos al unísono. Y Diego, apasionado por las hazañas de Cortés en la Conquista, comentó:

—Entiendo el asombro que produjeron nuestras naves a los aztecas, cuando arribó don Hernán.

—Es lo que recordamos los allí presentes —afirmó Íñigo, y siguió—: Contuvieron los españoles la sonrisa y Legazpi aseguró: «Decid a vuestro señor que mandaré rehenes a su satisfacción». Dicho y hecho. Partieron con la embajada nativa dos capitanes y dos moros de Borneo. Otros oficiales y yo mismo observábamos con el catalejo lo que sucedía en tierra. Sicatuna, tras escuchar a sus hombres, se embarcó sin dudar en el bote que le conduciría a la *San Pedro*. Era un hombre solemne, alto para los de su raza, y con ojos de expresión inteligente. Imponía por su aire de autoridad. Iba ataviado con un penacho de plumas verdes en la cabeza y un manto de seda, verde también, que podía venir de la China, ya que el comercio con aquella tierra está muy asentado en esas islas.

Entonces Teresa preguntó a su padre:

—Esas sedas rutilantes que me ha mostrado madre, ¿las habéis traído de la China?

—Esas y otras más que traigo de regalo para mi hija querida... —Se detuvo y mirando a Luz le dijo—: Y para mi otra hija también.

Luz, enamorada de Diego, y admirándole como le admiraba, había decidido ver en nosotros el ejemplo que le había faltado en su padre. Éramos una familia.

—Padre, ¡continúad, por favor! —Diego, con su habitual impaciencia, no podía aguardar. Quería oír de aquellas tierras.

—El hallazgo del Tornaviaje cambiará el comercio en Europa. Pero dejadme que continúe con la historia.

Diego lanzó una mirada de reprobación a su hermana, que intentaba comenzar una frase, e Íñigo pasó a contar su aventura:

—Era notable el color^[69] escogido por los naturales, y algunos españoles lo tomaron como declaración de amistad con el islam, que tanto se prodigaba en aquel archipiélago.

»Sus acompañantes portaban bandejas trenzadas con hoja de palma, con frutas extremadamente aromáticas y otras muy grandes, de extraña apariencia. El rey nativo mostró su brazo a Legazpi, que ordenó el inicio de la ceremonia.

»—Os ofrezco, señor, en nombre de mi soberano, la amistad entre nuestros pueblos —dijo Legazpi.

»Asintió Sicatuna y tomó resuelto el afilado cuchillo que le presentaban los suyos. Se hizo un corte decidido y pasó el arma al almirante, que a su vez se sangró, y juntaron la sangre con un poco de buen vino de Castilla. Hecho esto, vertieron aquel líquido en tres vasos de los que bebieron el gobernador Legazpi y el cacique Sicatuna. Así fue sellado el pacto de sangre.

—¡Qué extrañas costumbres! —murmuró Teresa.

—Creen que, al beber la sangre de un buen guerrero, adquieren sus cualidades —explicó mi esposo, y anunció que los siguientes hechos tenían relevancia—: Ofreció entonces asiento y refrigerio don Miguel al cacique y comenzaron a charlar por medio de los intérpretes. Urdaneta escuchaba atento para intentar desentrañar un posible engaño, pero Sicatuna parecía sincero y, sobre todo, confiado.

»—Es menester —inició el almirante— que os agradezca vuestra disposición hacia nosotros. Hemos sufrido ataques inexplicables, dado que venimos en amistad por orden del rey nuestro señor.

»—No habéis de admiraros —afirmó el cacique—. Blanco sois.

»—No se me alcanza vuestra intención... ¿Esa es la razón por la que se nos maltrata? ¿Por ser blancos? —dijo Legazpi, perplejo. A lo que Sicatuna respondió:

»—Antes que vosotros, recalaron en este archipiélago los portugueses, y cometieron gran desafuero. Mataron a más de setecientas personas..., un desastre... Mis gentes piensan que sois de la misma nación.

»—Mi rey don Felipe solo desea de vosotros buenas relaciones de concordia y comercio.

»Fue la reconfortante respuesta. Vio entonces Legazpi que yo anhelaba intervenir y me dio permiso para que hablara.

El orgullo se leía en la expresión de nuestros hijos. Íñigo nos miró satisfecho, y al vernos expectantes, prosiguió:

—Con la venia de Vuestra Excelencia —pedí a mi capitán, y dirigiéndome a Sicatuna, con la ayuda del «lengua», indagué—: ¿Qué afanes traen a los musulmanes a estas tierras?

»Me miró Sicatuna como evaluando si era persona de calidad y contestó:

»—Al ser expulsados de la India acudieron a las islas del sur para tomar asentamiento. Traen de aquellas tierras, que en su tiempo habitaron, bellas sedas y artefactos de hierro para la guerra.

»—Señor —continué—, ¿qué les dais vos a cambio?

»—Nos piden oro y esclavos —fue la lacónica respuesta.

»Urdaneta, que ardía también en ganas de indagar, hizo una leve seña a don Miguel y este accedió.

»—Los musulmanes gustan de hacer proselitismo... ¿Son aquí muy activos en pro de su religión?

»Sicatuna contestó con un deje de impaciencia:

»—Lo intentan. Han fundado el sultanato del sur y anhelan extenderlo a estas islas que son solo nuestras.

»Ya sabíamos aquello que deseábamos conocer. Era el momento de la distensión y la amable convivencia.

»—¡Traed un refrigerio para nuestros amigos! —pidió el almirante, pero los bastimentos eran pocos y solo pudimos ofrecer unas galletas y vino. El cacique mandó entonces traer frutas y un caldo que ellos elaboraban de plantas...

—¡Cielo Santo! ¿No temíais que os envenenaran? —interrumpió Teresa.

—No... Gustamos los hambrientos españoles de los aromáticos presentes, pero, de improviso, un hedor repugnante invadió la recámara. Provenía de la

fruta de extraño aspecto que habíamos visto con anterioridad. Sicatuna animó a los españoles para que la probaran:

»—Habéis de gustarla... Da vigor al hombre y energía para sus empresas... —Y reía malicioso al pensar que, tras probarla, esos hombres poderosos dejarían tras de sí muchos hijos. Al notar el poco convencimiento de los extranjeros, insistió—: Es un regalo de los dioses... Se llama *durian*. —Y tomó un buen pedazo del maloliente alimento y lo saboreó con delicia.

»No tuvimos más remedio, los oficiales que rodeábamos a Legazpi, que hacer lo propio, ante la hilaridad contenida de la marinería.

Hubiéramos dado oídos todo el día a estas increíbles andanzas, pero observé que Íñigo mostraba fatiga y pedí que le dejaran descansar.

—Ha de recuperarse —anuncié—. Mañana continuará sus portentosas aventuras.

Subimos solos a la azotea. Estuvimos contemplando el majestuoso panorama, en silencio, gozando el placer del reencuentro.

Mientras tanto, Juana, Rosario y Rodrigo, Estrella y Diego aguardaban el momento oportuno para visitar a Íñigo e interesarse por su salud. Consulté con mi esposo, y me respondió que, en un par de días, estaría dispuesto a recibirles y contar a todos las siguientes aventuras que vivieron en aquel archipiélago.

Llegada aquella tarde, esperábamos con impaciencia a que mi esposo se levantara de la siesta, para asombrarnos con sus recuerdos. Saludó, y, ya más descansado, y con la memoria alerta, hizo un resumen de lo que nos había contado y desgranó sus vivencias posteriores. Se acomodó en una jamuga, y, con voz un tanto recuperada, empezó a narrarlas:

—El 15 de abril el capitán general tomó posesión de la isla en nombre de su majestad, y para hacerlo de manera correcta, ordenó al escribano, Hernando Riquel, que redactara, a su dictado, el documento oficial que había de constatarlo. —Íñigo se detuvo un instante, rememorando—. Era digno de ver el porte y seriedad de Sicatuna, el cacique local, que de pie escuchaba atento, como si entendiera que iba a firmar alianza con el rey más poderoso del mundo^[116].

Evocó entonces mi esposo aquellas islas bendecidas por Dios:

—La naturaleza en este lugar era pródiga en árboles de anchísimos troncos, que podían servir para las reparaciones que necesitábamos realizar en las naves. Al cortarlos, pudimos comprobar la dureza de la madera, y los nativos nos hacían señas corroborando su resistencia a las inclemencias de la mar. Los indígenas proveían nuestra exhausta despensa a base de frescos

pescados y frutas, y hablaban de una gran isla que quedaba a pocas leguas de navegación y que ellos llamaban Cebú.

—¿No es allí donde fue muerto Magallanes? —preguntó Rodrigo.

—En efecto, ese nombre traía para los marineros amarga evocación de los peligros y desventuras de Magallanes. Así y todo, Legazpi mandó aparejar un batel para explorar la costa y que le trajeran noticias. Escogió para ese cometido a hombres de probado talento y lealtad sin tacha: el capitán Juan de Aguirre, fray Diego de Herrera, el piloto Esteban Rodríguez y un intérprete negro que se llamaba Cristóbal, al que consideraban de buen augurio para el viaje. El almirante me pidió que me uniera a ellos. Nos acompañaba también el moro, que había sido tan útil y tan fiel, y unos cuantos soldados para protección y ayuda.

—¡Ay! ¡Jesús! —exclamó Rosario—. ¡Qué trances habréis sufrido!

Hizo Íñigo una pausa, como si necesitara ordenar sus recuerdos. Rafael, premuroso, le acercó una copa de malvasía. Nos aprestamos a la narración.

—Supimos después que el almirante, al no tener noticia de nuestra avanzadilla, estaba muy afligido. Don Miguel entonces conversó con Sicatuna, para organizar un equipo a fin de socorrernos. Estaban en plenos preparativos, cuando un atardecer el vigía aguzó la vista, pues creyó divisar un punto en el horizonte, y, lleno de alegría, nos avistó. En efecto, poco a poco, la blanca vela fue creciendo de tamaño recortada sobre un cielo rosado que el crepúsculo teñía de rojo, naranja, girones de nubes grises de sombras violáceas.

Los presentes vitoreamos a Íñigo como si estuviéramos aguardándole en la capitana:

—¡Vivan los descubridores! ¡Bravo por los valientes!

Observé a Estrella. Parecía enajenada. Acompañaba nuestras alabanzas con repetidos y sonoros aplausos. Sus ojos centelleaban. Era obvio que admiraba a un hombre decidido y tenaz como mi esposo. Pero Íñigo retomaba su aventura:

—Así fuimos recibidos y tras una salve marinera, cantada por la tripulación en cubierta y con todo el fervor del momento, el almirante nos convocó a su cámara para que hiciéramos el recuento del viaje.

»—Señores, soy deudo de vuestras mercedes; habéis realizado un esclarecido servicio a la corona. Relatad vuestros hechos.

»—Excelencia —inició Aguirre—, hemos de lamentar una pérdida irreparable: nuestro moro de Joló sufrió una emboscada en la que fue

asesinado mientras se lavaba según los ritos de su religión en un claro arroyo de Cebú.

»—Narradme, ¿cómo sucedió?

»Aguirre me hizo una seña para que lo contara.

Íñigo se detuvo. El rostro de mi esposo se ensombreció. Debían de apreciar en extremo a Joló.

—Hasta ese día, la descubierta se había desarrollado en total armonía y contento con los naturales. Como en ocasiones anteriores, habíamos desembarcado para tomar muestras de flora y fauna, tan ricas en aquel lugar, y reconocer los poblados de gentes amigables y dispuestas a colaborar en la búsqueda de alimentos.

Era notorio que le desagradaba en grado sumo lo que había de recordar.

—Joló, como era llamado nuestro noble moro, se apartó y se dirigió hacia un límpido torrente para hacer sus abluciones en intimidad. Descansábamos de la jornada bajo la sombra de un tupido árbol, pero tuvimos que incorporarnos con rapidez pues escuchamos unos sospechosos murmullos.

La pena se leía en el semblante de los oyentes. Estábamos pendientes de sus labios.

—Acudimos a la vera del río... pero llegábamos tarde... Joló yacía con el pecho atravesado por una lanza y... su cabeza había desaparecido.

Un murmullo de horror interrumpió a mi esposo. Él continuó:

—¡Válgame Dios! ¡Qué desgracia! —lamentó Legazpi—. Denme vuestras mercedes su opinión: ¿Corremos peligro? ¿Es posible una sublevación de los naturales?

»—No lo creo, Excelencia —respondió Aguirre—. Es el único incidente; los nativos se mostraron pacíficos en todo momento.

»—Y vos, Íñigo, ¿qué pensáis? —interrogó don Miguel.

»—Creo que es un hecho aislado. He de corroborar lo dicho por el capitán Aguirre: los indígenas han sido en todo amistosos.

»—¿Cuál es entonces la razón del ataque a Joló? —El almirante había de estar seguro de la conveniencia de arribar a Cebú. Entonces le aclaré:

»—Ha de ser obra de algún fanático de la religión mahometana, resentido porque uno de los suyos ayudara a cristianos u otro motivo que desconocemos.

»—Ved de encomendar a su rey, que entregue a la familia de Joló los bastimentos y recompensas que necesiten —encargó don Miguel al capitán—. Una cuestión más, ¿es tan importante esa isla? ¿Vale la pena el peligro que correrán los nuestros?

»—Así se hará, señor capitán general, con la familia de Joló —afirmó Aguirre—. En cuanto a la isla, es abundante en ríos de excelente agua; los pueblos son los más ricos y poblados que hemos visto; los bosques, nutridos de árboles frondosos; las variedades de plantas y frutos, sin fin, y sus gentes, industriosas, pues los cultivos se extienden por llanos y laderas.

»—Íñigo, ¿aconsejáis que zarpeamos hacia allí? —Quiso cerciorarse Legazpi.

»—No hallaremos mejor lugar para poblar, descansar y preparar el Tornaviaje.

Por fortuna, Lagartija apareció en el umbral para avisarnos de que la cena estaba pronta. No quería que Íñigo se fatigara, y nos encaminamos hacia el comedor y el acogedor fuego de la chimenea. Quedaban muchos días para oír los pormenores de su odisea.

CEBÚ

*E*n tanto que Urdaneta daba cuenta a la Real Audiencia de los hechos acaecidos, Íñigo contaba su historia. Se había corrido la voz entre amigos y parientes que la mejoría del capitán era notoria, y eran muchos los que acudían a nuestra casa pidiendo oír de labios de mi esposo la formidable aventura y las fabulosas tierras que habían conocido. Íñigo, ya repuesto, estaba dispuesto a complacer a su auditorio. Pero llegó una notificación de la Real Audiencia que emplazaba a Íñigo para que acudiera a dar su versión. Al día siguiente, cuando mi marido entró en la sala, la expectación era notable, pero cesaron los murmullos y mi esposo contó lo que ya habíamos oído días atrás. Los oidores le escuchaban con suma atención. Cuando Íñigo retomó el punto donde había dejado el recuento el día anterior, aguzamos todos la atención:

—En el año del Señor de 1565 levamos anclas el 20 de abril, con la emoción de conocer el lugar donde habíamos de fundar ciudad principal. Sicutuna había garantizado que el rey de Cebú, llamado Tupas, nos acogería con amistad. Para iniciar la negociación, enviamos una barca con uno de los frailes y el maestro de campo, que por medio del intérprete, y desde el bote, les ofreció la paz.

»Sin embargo, no había de ser tan fácil. Ante nuestra sorpresa, la playa se fue llenando de indígenas en actitud de combate. Blandían sus lanzas y

coreaban los gritos de guerra que les dirigía su jefe.

Algunas damas presentes se parapetaron instintivamente tras sus abanicos.

—Al llegar a Cebú, ante la belicosidad de sus habitantes y el rechazo de nuestras ofertas de amistad, no quedaba otro remedio que defenderse, pues los indígenas comenzaban a armar sus *paraos*, lanchas de guerra del archipiélago, para iniciar el ataque.

Un murmullo de miedo recorrió a los asistentes. Mi esposo prosiguió:

—Legazpi ordenó, bien a su pesar, zafarrancho de combate. Unos soldados acarreaban las sacas de pólvora para que los artilleros llenaran las polvoreras; otros encabalgaban los cañones ligeros, culebrinas y lombardas. Los capitanes dieron la orden de abrir las portas de la Santa Bárbara^[70] y comenzaron un fuego nutrido desde las naves, mientras dos bateles repletos de combatientes avanzaban hacia la orilla. Tuve el honor de dirigir uno de ellos acompañado por Isla, y en el segundo iba Martín de Goyti. Ambos aventurábamos una pelea denodada, pero el estruendo producido por los cañones produjo tal espanto entre los nativos, que los ahuyentó y escaparon monte arriba. No eran tan fieros como querían hacernos creer.

»Los proyectiles habían alcanzado algunas chozas que empezaron a arder, contagiando el fuego al resto del poblado.

»Legazpi resolvió montar allí mismo, y esa misma noche, el acampamiento. Unos soldados organizarían los turnos de guardia, mientras otros recorrerían las chozas para ver si allí se ocultaba algún enemigo preparando una traición. Hallamos en una cabaña algo que nos produjo una sorpresa singular. Era una talla del Niño Jesús. Tomamos con mucho cuidado la imagen y fuimos a comunicar el hallazgo al capitán general. Este recordó la historia que le habían contado años ha.

»—Hemos de venerar esta imagen —anunció muy serio Legazpi—. Según oí en su tiempo, Magallanes regaló este Niño Jesús a la otrora reina de Cebú, cuando ella recibió el bautismo. —Y continuó—: Es una señal de que nuestro empeño en traer a estos pueblos nuestra santa religión es deseo divino.

»Asintieron los capitanes e hice notar: Ha de ser venerada por estas gentes. Mirad cómo el Niño conserva su camisa almidonada, la hermosa túnica de damasco bermellón, la gorra de estilo flamenco, la cruz de oro y el orbe en su mano derecha.

Nuestros amigos, que seguían ávidos el relato, se santiguaban pensando en el Santo Niño que había de depararles su protección. El asombro se pintaba en sus rostros.

Íñigo bebió un poco de agua y se preparó para seguir su narración:

—La tranquilidad dominaba el Real^[71], mientras se preparaban para realizar un asentamiento lo más definitivo posible. Por fin teníamos frutos sabrosos y la mar hervía de peces prontos a ser pescados. Una mañana vislumbramos entre el bosque de palmeras que rodeaba la playa una comitiva de unos treinta hombres que portaban bandejas de presentes y venían desarmados. Algunos pensaron que podían ser tretas de buhonero y que los combatientes se mantenían ocultos, pero cuando pasaron los minutos y la embajada aguardaba paciente a que conversáramos con ellos, decidió Legazpi preguntarles, por medio del «lengua», cuál era el motivo de su visita.

»—Dicen, Excelencia —tradujo el intérprete—, que el rey Tupas suplica a vuestra merced que nos devuelva la imagen.

»—¿Por qué he de hacerlo? Os hemos hecho oferta de paz y la habéis despreciado. Es de un artista español. Nuestra es.

»Urdaneta intervino entonces:

»—Señor capitán general, estas buenas almas han recibido la llamada de la fe..., respetan la imagen... Démosla a Tupas a condición de que venga a rendir pleitesía a nuestro poderoso rey don Felipe.

»—¡Sea! Mantengo mi ofrecimiento de amistad. Id y contad a vuestro señor que aguardo su visita.

»—Y el Niño, ¿nos lo dais? —insistió el “lengua”.

»—Jesús Niño presidirá la iglesia que voy a construir —consintió don Miguel.

»Durante varios días sufrimos ataques en el campamento. Se trataba de leves escaramuzas, pues los indios disparaban sus flechas apostados detrás del palmeral. Cansado Legazpi de la pertinaz negativa de Tupas a presentarse, y de los repetidos asaltos al campamento, ordenó quemar todas las palmeras. Al quedar expedito el camino, encontramos una vereda que nos llevó a un anchuroso río de limpias aguas. Sería fundamental para el aprovisionamiento del Tornaviaje.

»Averigüé, haciendo las preguntas pertinentes, la devoción que ofrecían los devotos nativos a la ansiada imagen del Niño Jesús. Cuando la sequía asolaba sus campos, sacaban en efecto al Divino Niño en procesión hasta la orilla del mar. Una vez allí, lo metían dentro del agua y no lo sacaban hasta que llovía. Acudí un tanto divertido y un poco asombrado a la tienda del capitán general para narrarle esta peculiar manera de tratar a la divinidad.

»—¡Ah, amigo mío —concluyó Legazpi—, mucho nos queda para enseñar a este pueblo para convertirlos en cristianos cabales!

»Otro asunto me ocupaba y me atreví a sugerir:

»—Dentro de unos días es la fiesta de la aparición de san Miguel... Podríamos disponer las maderas, clavos y todo aquello que habremos menester para erigir la iglesia y el fuerte que conformarían la primera ciudad española en las islas de Poniente.

»—¡Enhorabuena, Íñigo! —aprobó entusiasmado el almirante, y luego, como hablando consigo mismo—: Primero la iglesia que presidirá el Sagrado Niño, luego el perímetro del fuerte defensivo, y dentro de él, una casamata para guardar munición, rescates y bastimentos a seguro.

»Llegó la celebración de San Miguel y nos halló preparados. Con las primeras luces del alba, nos dirigimos, conscientes de la importancia de lo que íbamos a iniciar, hacia el lugar que había escogido el capitán general. Estaba protegido de los vientos por una punta que avanzaba hacia la mar, y no distaba mucho del aprovisionamiento del agua. El gobernador de la nueva ciudad horadó la tierra con una azada siguiendo el surco que él mismo había trazado días atrás.

»Un penetrante aroma de tierra rica, plena de nutrientes y minerales, nos envolvió, contagiando a los capitanes y oficiales el entusiasmo que mostraba Legazpi. Ante el rumor de los picos hiriendo la tierra, los loros y guacamayos, que observaban desde lo alto de los árboles, comenzaron a desgranar una extraña melodía, intercalada de expresiones malayas. Unos ojos asombrados observaban la escena, a buena distancia para no ser vistos, pero no tan apartados como para no comprender lo que estaba sucediendo.

»A toda celeridad escaparon para ir a contar a su rey Tupas lo que allí disponíamos. Esa misma noche, aprovechando la oscuridad de una noche sin luna, asaltaron los nativos la incipiente villa, causando un incendio que no provocó mayores males que el sobresalto sufrido.

Los oidores pidieron a Íñigo que detuviera el relato. Tras consultarse entre ellos, le animaron a que continuara.

—Sin embargo —prosiguió mi esposo—, nos aguardaban desagradables incidentes y un hecho realmente triste: uno de los mejores soldados, que se había alejado, imprudente, del Real, apareció decapitado. Supimos entonces que la decapitación era un rito que había de cumplir todo *visaya*^[72] al entrar en la edad adulta. Dobló el almirante la guardia y esperamos al famoso Tupas, que no aparecía. Pero sí que se aproximó un lugarteniente suyo que quiso sangrarse con Legazpi. Este dijo que su rango solo le permitía hacerlo con el mismo Tupas.

»Mientras tanto, dentro del campamento, unos cuantos sediciosos iniciaron protestas muy sonoras sobre las guardias y otros trabajos que les tocaba hacer. No contentos con alborotar impidiendo el trabajo de los demás, prendieron fuego a la cabaña del gobernador.

De nuevo los oidores interrumpieron la declaración de mi esposo. Hablaron entre ellos alarmados, y con una seña, le dieron venia para seguir.

—Legazpi, aconsejado por los oficiales que le habíamos advertido de la seriedad de la insubordinación, se había retirado en el mayor secreto a la nave capitana. Los rebeldes no habían conseguido su propósito. Tras ser juzgados, fueron ajusticiados.

Una oleada de aprobación recorrió la sala.

—Don Miguel consideró que las órdenes recibidas le empeñaban en la población de aquellas islas, y mediante el buen trato y el ejemplo, que eran sus normas, llevar almas a Cristo. —Se detuvo mi esposo unos instantes, para, con su silencio, concitar la atención de los oidores—. He de ilustrar a vuestras mercedes sobre la ingente labor llevada a cabo por fray Andrés en la cristianización de los isleños, respaldado en todo momento por el capitán general, don Miguel de Legazpi. Árabes expulsados de la India y asentados en Joló laboran sin tregua por la penetración del islam en aquellas islas.

Gestos de preocupación siguieron a las palabras de Íñigo. En el Mediterráneo, el Turco, sus aliados musulmanes y los piratas berberiscos tenían en jaque a las riberas cristianas.

Se hizo un denso silencio de expectativa. Entonces el presidente de la Audiencia invitó a ambos marinos a explicar las razones del capitán general:

—Siendo así —dedujo el presidente— unos debían permanecer y asentar nuestra presencia, y otros habían de enfrentarse a la ruta desconocida. —Y luego pidió a mi esposo—: Narrad la decisión de Legazpi de permanecer en Filipinas y enviaros a tan fatigosa exploración.

E Íñigo comenzó:

—Nos llamó a sus capitanes y altos oficiales y, reunidos en consejo, nos comunicó sus reflexiones:

»—Alguien ha de partir para intentar encontrar la ruta de retorno, y, caso de hallarla, dar noticia de ello a la Real Audiencia del virreinato.

»Todos aguardamos a que el almirante continuara:

»—Creo ser menester que el cosmógrafo, fray Andrés de Urdaneta, el hombre que mejor conoce estos mares, encabece la expedición.

»Asentimos sin dudarlos los oficiales.

»—Al partir yo, ¿quién de mis hermanos será nombrado prior en mi lugar? —inquirió, preocupado, fray Andrés.

»—No sufráis quebranto, buen prior —contestó don Miguel a Urdaneta—. Las almas de estas gentes y la evangelización de los nativos correrán a cargo de fray Diego de Herrera.

»Mostró su contento Urdaneta, y entonces yo pregunté:

»—¿Qué nave pensáis mandar a la descubierta?

»—La capitana. La *San Pedro*, con Felipe de Salcedo, mi nieto, al mando de la misma. Y vos, capitán de Vidaurre, iréis en ella.

»—Pero, señor —argumentó Esteban Rodríguez, el piloto mayor—, con la *San Lucas* desaparecida, y la capitana de retorno, quedaréis desguarnecido.

»—No es así, señor piloto. El fuerte nos salvaguarda de las escaramuzas y las naves que permanecerán aquí están bien artilladas para la navegación y la defensa. Además —prosiguió—, hombres de todo coraje y lealtad, conmigo quedarán. Poblaré estas islas de Poniente con Martín de Goyti, Ibarra e Isla más todos los soldados, marinería y tripulación.

»—Excelencia —sugerí—. Tal vez sería bueno llevar con nosotros algunas de las mercaderías que los *sangleyes*^[73] intercambian con los indígenas.

»—Lo estimo conveniente —afirmó Legazpi—. Cargad especias, marfil y sedas, y no olvidéis añadir también esas extraordinarias alfombras de la India. —Y continuó—: Tomad, así mismo, algo de oro, que estas gentes cambian por esas mercancías.

»Comprendí que había de resumir la preocupación de mis compañeros:

»—Señor, la capitana es nave de importancia, se requiere una dotación señalada... ¿No sería mejor hacernos partir con la *San Pablo*, que necesita menos tripulación?

»—Agradezco vuestro cuidado, Íñigo, más la misión que habéis de acometer requiere los mejores medios. Es menester que halléis primero la ruta de retorno, y que lleguéis con bien y podáis proclamar nuestra victoria. Será el mejor servicio que podáis hacerme. A mí y a vuestro rey.

El Tornaviaje

EL GALEÓN DE ACAPULCO

Con el descubrimiento de la ruta de retorno de las Filipinas se había abierto una puerta a un mundo misterioso y refinado, que poco a poco íbamos a desvelar.

La capital estaba revolucionada con todas las maravillas que en su bodega habían traído los hombres del Tornaviaje. Nunca antes se habían podido contemplar en México ese lujo oriental de sedas y terciopelos, tafetanes y rasos de colores rutilantes; bordados de excepcional delicadeza, con aves en pleno vuelo; extrañas flores de múltiples pétalos y peculiar aroma, curvadas en sus tallos, que llamaban peonías; pequeños personajes representados con minuciosidad extraordinaria; marfiles suntuosos; cajas y mesas de laca de Cipango con detalladas escenas palaciegas o campestres; imponentes espadas japonesas de acerado filo, y jarrones de translúcida porcelana, que narraban la vida cotidiana en lejanos países.

Llamaron mi atención unos arcones de madera labrados profusamente con exóticos temas florales. Los cerraban a cal y canto unos bellos cierres de metal dorado cincelados con mucho arte. Levanté la tapa de uno de ellos, y me envolvió la fragancia poderosa que destilaba su madera. Me dijo el vendedor que se llamaba «alcanfor» y que tenía la importante propiedad de preservar lo que guardaba su interior de polillas y otros destructivos insectos, a la vez que su perfume no se agotaba jamás. Tomé una arqueta pequeña y mandé a Lagartija que recogiera dos más grandes para conservar en ellas la ropa blanca.

Una fragancia embriagadora sobrevolaba la sala donde estábamos reunidos unos cuantos privilegiados para contemplar en primicia los fabulosos objetos. Una carga había ya embarcado con rumbo a España, para que Europa supiera de los tesoros que continuarían arribando de Oriente, a través del galeón de Manila. El penetrante perfume del clavo se unía al sensual de la

canela y al incitante de la pimienta. Todos deseaban incorporar esos sabores a su mesa.

Alguna dama se deleitaba aspirando con fruición los intensos efluvios del suntuoso ylang-ylang, que, usado en los esponsales, pasaba por tener la propiedad de reducir la ansiedad y producir felicidad; del mítico sándalo, que proveniente de la India, proporcionaba a quien lo usara la armonía espiritual, y del excitante almizcle traído de la China en diminutos frascos, cerrados por tapones de preciadas piedras.

Las mujeres pasaban cuidadosas sus dedos sobre los suaves tejidos, anhelando poseerlos en vestidos suntuosos. Elegantes caballeros escudriñaban los objetos que darían un toque de distinción a su morada, y había quien probaba el afilado acero japonés en precisos movimientos de esgrima.

Me adelanté unos pasos para acercarme al lugar donde mostraban las preciosas gemas traídas de Poniente. Hilos de perlas de Oriente rosados, dorados o grisáceos, recibían la luz de la mañana, tornándola mágica con sus destellos; bejuquillos^[74] exóticos de dorados fulgores; fascinantes esmeraldas mostraban su brillo misterioso y seducían a las damas que se atrevían a tocarlas.

Imagué entonces las inmensas posibilidades que se abrían ante mí: el oro y la plata de las ricas minas novohispanas recibirían en su seno estas gemas en intrincada elaboración de estilo azteca, español o chinos.

Un mundo opulento y desconocido se incorporaba a la sociedad novohispana. Yo di en imaginar en ese momento la sorpresa que causaría este esplendor a su llegada al puerto de Sevilla.

Cuando recordaba mi España, un cierto temblor de nostalgia recorría mi espíritu, pero enseguida contemplaba mi vida en México y me daba cuenta de la enorme dicha de conocer diversas culturas y amarlas todas.

Además, mientras tuviera a Íñigo, él sería mi patria.

LA REAL AUDIENCIA

*L*a Real Audiencia había de investigar la verdad de lo ocurrido en aquel viaje que había hecho historia. Aunque el prestigio de Urdaneta y mi esposo era en todo superior al del pérfido Arellano, quisieron los oidores escuchar la versión detallada y completa de boca de los héroes del Tornaviaje, antes de decidir el viaje de fray Andrés a España para desenmascarar a los traidores. Y

ahora querían oírlos al unísono. Allí se llegaron los dos amigos, acompañados tan solo de la verdad.

La Real Audiencia estaba de nuevo a rebosar, pues la noticia del Tornaviaje había despertado un enorme interés en la capital, y la gente ansiaba conocer la verdad clamorosa de esa aventura. Comenzó Urdaneta su relato con parsimonia:

—Zarpamos del puerto de San Miguel^[75] hacia lo desconocido el 1 de junio de 1565 y tomamos la ruta de poniente, para más tarde enderezar el rumbo y dirigirnos hacia el nordeste. Habíamos de apresurarnos para ver de evitar las tempestades que eran frecuentes en esa zona, entre julio y octubre.

Al inicio, los vientos del monzón de suroeste nos fueron propicios, pero días después, las condiciones se fueron tornando adversas. Teníamos que subir hacia el norte, a pesar del frío y las tempestades. A esto hay que añadir la angustia que muchos sentían ante lo desconocido. Nunca ser humano alguno había completado esa ruta.

Los asistentes dejaron oír un susurro contenido. Muchos de ellos conocían la desesperación que anida en los corazones, cuando en el panorama solo se divisa el inmenso horizonte de la mar. Ante una seña de los oidores, Íñigo se incorporó al relato.

—La tripulación, a pesar de ser duchos en las cosas de la mar, comenzaba a mostrar signos de agotamiento. Nos visitó a menudo el dios de los temporales, Huracán, que tanto temían los mexicas. Los indígenas que navegaban con nosotros se mostraban muy atribulados con la demostración de su fuerza destructora.

»No habíamos abandonado las aguas de las Filipinas, y ya habíamos perdido quince hombres.

»Las tempestades y la dureza de cada singladura fueron minando la salud de la dotación. La marinería, supersticiosa de por sí, estaba muy asustada por los fenómenos que habíamos encontrado y la naturaleza desconocida de aquellas aguas.

»Las nieblas pertinaces que nos envolvían como un sudario, y que ahogaban los sollozos de algunos de nosotros, nos impedían la visión, contribuyendo al desasosiego general. Comenzaron a surgir voces de descontento y hube de manifestar a fray Andrés mi creciente inquietud.

Urdaneta miró largamente a mi esposo, y tomó de nuevo la palabra:

—El capitán de Vidaurre, a su vez, se preocupaba por mí, ya que mis horas de descanso eran mínimas. Yo estaba empeñado en mis mediciones para asegurar el rumbo, y los cambios que había de introducir.

»—Vuestra paternidad debe reposar y dejar a otros que resuelvan el derrotero a seguir —me indicaba Vidaurre.

»—No habéis de inquietaros, amigo mío —le respondía yo—. Soy fuerte a pesar de mis años, y además tengo la responsabilidad de la navegación.

»—¿Podéis decirme qué nos sucedería si vos vinierais a faltar? —Y mi buen amigo continuaba decidido—: Sois el único que conoce el camino que se ha de tomar. Habéis de guardar *el necesario reposo. Por el bien de todos.*

»Pero yo argumenté: “Es el bien de esta nave lo que me incita a estudiar de continuo. Me pesa el alma, cuando recuerdo las muchas muertes acaecidas en este viaje, y las enfermedades que afligen a tantos miembros de la tripulación”». Apenas había pronunciado estas palabras, cuando el maestre tocó en la puerta, y le di licencia para pasar, comprendí qué malas eran las nuevas.

»Era evidente la expresión de tristeza de Andrés mientras declaraba.

»—Venga presto vuestra paternidad, el piloto Esteban Rodríguez ha empeorado y tememos por su vida.

»Nos apresuramos a correr al lado del piloto, y alcanzamos tan solo a recoger su postrer suspiro. Dile la extremaunción y tras rezar un paternóster y avemarías, hubimos de preparar su cuerpo para entregarlo a la mar. Era una ceremonia necesaria, pero muy dolorosa para la tripulación, que decía adiós a un compañero, echándolo a las frías aguas, para ser devorado por los peces.

»A pesar de la evidente fatiga del fraile, este prosiguió:

»—Íñigo no cejaba, atendía a todos, reflexionaba y acudía a mí, con el fin de ponerme en guardia. Arreciaron las voces de descontento, que el capitán Salcedo aún podía domeñar, pero el capitán de Vidaurre vino a manifestarme su creciente inquietud.

»—Gran pérdida la de Esteban Rodríguez, pero mayor puede ser la vuestra. Habéis de tomar cuidado de vuestra salud. ¿Qué sería de nosotros sin vuestro conocimiento de las mareas y corrientes? —Remachaba.

»—Capitán —utilicé el cargo para dirigirme al amigo—, el piloto que sustituye a Esteban, Rodrigo de Espinosa, va muy probado, y, sin embargo, toma, concienzudo, las notas del viaje. Yo también he de cumplir mi deber.

»Ante ese tono de autoridad, Vidaurre me ofreció su ayuda.

»—Contad conmigo —propuso Íñigo—. No atesoro vuestra sabiduría en las cosas de la mar, pero no me asustan las aguas embravecidas, ni el esfuerzo de horas de vigilia.

»A lo que contesté obligado a Vidaurre:

»—Agradezco vuestra premura, y se me alcanza vuestra preocupación, pero faltan ya pocos días para que mudemos la singladura. Pondremos rumbo al este, y si Dios nos asiste, hallaremos la corriente de Kuro-Siwo que nos hará cruzar el Pacífico libres de mal.

»—¡Que nos asista el Altísimo y nos haga coronar esta empresa! La marinera va muy probada...

»—Confiad en Él, Íñigo. No ha de abandonarnos en esta magna exploración que abre caminos para la cristiandad.

Los oidores resolvieron finalizar por el momento la declaración, para reanudarla al día siguiente. Habían de reflexionar sobre las importantes noticias que acababan de escuchar. Era la primera vez que alguien recorría esa ruta.

Terminada la sesión, la gente permanecía en los alrededores de la Audiencia, comentando sus impresiones. Los que habían asistido a las declaraciones, con aire de suficiencia; y los que se habían quedado fuera, interesándose por las novedades del caso. Los supervivientes del Tornaviaje eran vitoreados por calles y plazas. Una tarde, Íñigo, que se resistía, llegó a casa cargado a hombros, como si fuera un vencedor de un juego de cañas. El Tornaviaje quedaría para siempre en la historia de las grandes exploraciones.

EL MALDITO ARELLANO

A la mañana siguiente, de nuevo, la expectación era máxima. Vivíamos pendientes de las sesiones de la Real Audiencia. Era natural que yo estuviera fascinada por el relato de las aventuras a las que mi esposo había estado expuesto, pues el temor de perder a Íñigo había sido de tal calibre, que no me cansaba de oír la historia de sus hazañas. Ansiaba, así mismo, percibir la reacción de los oidores ante sus declaraciones. El maldito Arellano, con taimada osadía, había sembrado alguna duda antes de partir hacia España.

Pero estaba asombrada ante el entusiasmo de las gentes novohispanas.

Habían tomado el éxito del Tornaviaje, con sus penalidades y fatigas, como algo suyo. Muchas familias habían perdido en esa empresa a un pariente o a un amigo, y lloraban su ausencia.

Estaban indignados con la insolencia de Arellano, que había intentado robar la gloria a los auténticos héroes, y había pretendido engañar a toda la

ciudad. Al mismo tiempo, se enorgullecían del valor que había demostrado ese puñado de hombres que logró encontrar la ruta de retorno.

Este hallazgo había abierto para Nueva España las puertas del mítico Oriente, a sus sedas, muebles, tapices, marfiles y piedras preciosas, sin olvidar las codiciadas especias. Y el centro de ese fabuloso comercio, que habría de dejar boquiabierto a Europa, era México.

Las naves arribarían cargadas de mercaderías a Acapulco, en la costa del Pacífico; a lomos de mulas y en carretas, cruzarían Nueva España de oeste hacia el este, para embarcar los productos de Ultramar en el puerto de Veracruz, en el océano Atlántico. De allí partía la flota que consignaría esos tesoros en el puerto de Sevilla, para ser distribuidos por toda Europa.

El primer mercado, que con mucha inteligencia se había organizado de inmediato, con las maravillas salidas de la panza del que sería llamado el galeón de Manila, o galeón de Acapulco, era prueba fehaciente del hallazgo.

Pero, ante todo, esta empresa confirmaba que el mundo era vasto y que era posible la comunicación entre diversos continentes^[76]. Ante una concurrencia sumida en un absoluto silencio, Urdaneta inició la narración del momento culminante del apoteósico descubrimiento:

—Las corrientes desconocidas, las turbulencias de las olas, que se encrespaban poderosas hasta la cubierta, hacían temer a los marineros. Imaginaban que, con las aguas, aterradoras serpientes e inmensos dragones de mar invadirían el barco, llevándoselos a las profundidades.

La imaginación hacía ver a cada asistente a la sesión de la Audiencia los increíbles monstruos que atacaban a las naves.

—Al fin nos acercamos al paralelo cuarenta, donde debíamos encontrar la corriente de Kuro-Siwo. Las cartas de navegación la describían como un curso de aguas azules y cristalinas. Sin embargo, lo que encontramos fueron unas aguas oscuras, como si un turbión denso y amenazador, la corriente Negra, como la llaman los japoneses, fluyera con rapidez hacia el este, en un ilimitado sendero marino de profundas simas.

De nuevo se oyó el murmullo de los asustados oyentes.

—Mas, unas leguas más al este, al unirse con la corriente fría del sureste, y convertirse así en la corriente del Pacífico Norte, la mar se tornó verde y transparente, con el consiguiente alivio de la marinería. No habían acabado aún nuestros padecimientos.

»También nos visitó el fuego de San Telmo varias noches consecutivas, aterrando a la tripulación, por los incendios que con frecuencia provocaba. Al mismo tiempo, conocían que era un buen augurio de buen fin de la singladura.

Pero desgracia trajo aquella lumbre, pues encendió unos aparejos en la cubierta, quemando a uno de los marineros, que sufrió dolorosas llagas en la piel, que hubimos de curar durante largos días.

Descansó el buen fraile y bebió un poco de agua para suavizar su garganta. Él sabía que había de terminar su declaración para que le dieran permiso para partir hacia España y desenmascarar a Arellano. Sacando fuerzas de flaqueza, continuó con renovado vigor:

—A mi memoria acudía sin tregua el fatal recuerdo de la expedición de Loiasa, en la que un tremendo temporal nos deshizo las velas y casi nos hizo naufragar.

El silencio en la sala era denso y profundo. El fraile prosiguió:

—Las tempestades que temíamos que nos asediaran dada la época del año hicieron acto de presencia. Cuando creímos, al alcanzar la corriente del Kuro-Siwo, que nuestras calamidades se desvanecerían como un mal sueño, fuimos zarandeados por recia galerna que produjo grandes desperfectos en el velamen. Los rayos caían en las frías aguas, llenando de espanto el ánimo de los marineros. Las cuadernas gemían con los vaivenes de las olas, y el agua irrumpió violentamente, con altura inusitada, en el casco de la nave. Tuve que mandar a veinte hombres, débiles y desnutridos, que achicaran el agua con las bombas de a bordo, para que los calafates pudieran arreglar más tarde la vía de agua.

El temor recorrió la concurrencia. Muchos de los presentes imaginaban los peligros por los que sus seres queridos habían pasado. Y en los que muchos habían perecido.

—Además —continuó Urdaneta, una vez que se hizo el silencio—, hubimos de luchar con otros factores asaz temibles. La escasez de alimentos frescos, ya que no conocíamos puerto donde pudiéramos recalar, hizo estragos entre la marinería; nos atacaron las enfermedades que se derivan de estas carencias: escorbuto, malnutrición, deshidratación y disentería. A esto hay que añadir la turbación que muchos sentían ante lo desconocido. Nunca ser humano alguno había completado esa ruta.

»Los trabajos, que ya eran arduos, se tornaron una carga difícil de soportar, dado el agotamiento que pesaba sobre nuestros maltrechos cuerpos. Tras semanas de navegación, cuando agotados y desesperanzados observábamos el horizonte, unos picudos, pájaros de gran tamaño propios del Pacífico, que podían medir de tres a cuatro metros, nos acompañaron dando saltos fuera del agua. Era una magnífica señal, pues, aunque se encuentran en

mar abierto, siguen las corrientes cálidas de ese océano, y pensamos que California^[77] había de estar ya cerca.

»Dios nos guiaba y avistamos tierra el 26 de septiembre. Ante nuestros ojos se elevaba, mágica, la ansiada costa. Un pronunciado cabo se adentraba en el océano, y di en llamarlo cabo Mendocino, en recuerdo de aquel virrey que iniciara el proyecto que acabábamos de coronar con éxito.

Permaneció unos instantes fray Andrés con la cabeza gacha, como si no acabara de creer lo que habían realizado:

—Habíamos pasado cuatro meses en un océano que era de todo menos pacífico, y, a pesar de todas las penurias del viaje, habíamos conseguido nuestro objetivo: hallar la ruta del tornaviaje.

»—¡Demos gracias a Dios Nuestro Señor! ¡Él nos ha guiado! —exclamé para animar a la marinería.

»—¡Victoria, Victoria! —Prorrumpieron los oyentes en la sala, locos de contento. Era en verdad un momento histórico: un puñado de valientes había encontrado la ruta de retorno, el tornaviaje, como sería llamado en los siglos venideros. Eran doscientos hombres recios los que partieron de Filipinas el 1 de junio del año anterior. Apenas regresaron dieciocho y muchos de ellos enfermos y probados en grado sumo. Los oidores mandaron guardar silencio, y Urdaneta, un tanto fatigado, pidió a su amigo Vidaurre que tomara la palabra.

»La tripulación se recogió en una ardiente acción de gracias. Eran muchos los compañeros periclitados en el empeño, y cada uno de nosotros recordaba con emoción al amigo muerto en la travesía, y ansiaba el retorno al hogar.

»Salcedo, nuestro capitán, comprendió que había de considerar la magnitud del esfuerzo y su vital importancia para el futuro de España, y decidió arengar a sus hombres:

»—Sé de vuestro sufrimiento; he vivido vuestras penalidades; he sentido el dolor de enterrar en las frías aguas al camarada fallecido, pero la hazaña que habéis llevado a cabo unirá las costas a ambos lados del Pacífico.

Un estremecimiento recorrió a los hombres que recibieron la comprobación de su éxito.

En la Real Audiencia la emoción era incontenible. Los presentes profirieron nuevos vítores a los héroes.

—¡España y sus hombres dominan los mares!

—¡Viva la armada española, vivan nuestros excelsos marinos!

Los oidores dejaron que los titanes que habían acometido semejante proeza gozaran de la admiración popular. Pero ansiaban saber la continuación

de la empresa y pidieron a mi esposo que la relatara, pues el fraile daba signos evidentes de cansancio.

—Alcanzamos el puerto de la Navidad el 1 de octubre, pero Urdaneta, nuestro excelso cosmógrafo, decidió continuar la singladura, hasta el puerto que él consideraba más propicio: Acapulco, en el que tomamos tierra el 8 de octubre. Inmensos bosques rodeaban la costa, con su abundancia de madera para la construcción de los futuros barcos. Quedaba inaugurada una senda en la mar que unía Nueva España con Oriente.

Una salva de cerrado aplauso interrumpió la declaración de Íñigo. Ambos amigos tenían preparada la declaración de una persona, que, si la Audiencia conservaba aún alguna duda, había de esclarecerla sin sombra de discusión.

Pidió Urdaneta la venia de los oidores para que entrara Rodrigo de Espinosa. Venía sostenido por dos marineros de la nave *San Pedro*, y, una vez sentado frente al tribunal, desgranó su testimonio con voz muy débil:

—Domingo 16, tomé el sol en 35 grados y este día eché de singladura 28 leguas, y este día fuimos de parecer que gobernásemos al este... —Miró sus apuntes y continuó leyendo—: El 26 de septiembre, vimos tierra a unas 3 leguas. Esta costa se corre noroeste sudeste, y esa punta arriba dicha es el remate de la tierra de California... Llegamos el 1 de octubre al puerto de la Navidad... Habíamos recorrido 1892 leguas...

La admiración recorrió el aula como un río de afecto, pero Espinosa quiso añadir:

—Zarpamos doscientos hombres... Regresamos apenas dieciocho, muchos enfermos...

El objetivo se había cumplido y había quedado claro para la Audiencia quién lo había realizado.

Urdaneta y mi esposo mostraron entonces las cartas de navegación utilizadas durante el viaje, el diario que fray Andrés había escrito cada día de la navegación, y las notas y apuntes de mi marido, así como el testimonio escrito del piloto Rodrigo de Espinosa, cuyas fuerzas no le permitían seguir su exposición.

Los oidores se dieron por satisfechos con pruebas tan concluyentes, y finalizaron la sesión:

—Queda evidenciada la traición de Arellano, y el gran servicio que habéis prestado a la corona. Sería oportuno que partiera vuestra paternidad a España, para relatar la verdad de vuestra proeza al Consejo de Indias.

Consultaron entre ellos los oidores y el presidente añadió:

—Señor capitán de Vidaurre, consideramos que debéis acompañarle.

A lo que mi marido respondió:

—No puedo hacerlo, sin faltar mi palabra a una dama. Prometí que permanecería con mi familia al retorno.

Los oidores consultaron entre ellos y concluyeron:

—Bien está. Valoráis en lo que merece a vuestra familia. Descansad de vuestras fatigas y... ¡que Dios os bendiga!

Enseguida, el presidente entregó los documentos al agustino y le conminó:

—¡Desenmascarad al traidor Arellano con estos documentos! ¡Id y mostradlos por doquier y ved que se despache también al correo mayor de las Indias en Sevilla! —Y añadió con furia apenas contenida—: ¡Maldito sea quien con él me juntó! ¡No se saldrá con la suya ese bribón! —El presidente de la Audiencia mostraba su cólera, pues había sido él también engañado por Arellano, y remachó decidido—: Fray Andrés, ¡zarpad de inmediato con don Melchor de Legazpi^[78]! Tomad esta misiva en la que confirmo vuestro relato.

Fue la única vez que vi violencia en nuestro amigo Andrés:

—¡Mostraré por doquier los documentos! ¡Ay de ti, Arellano!

Como si se tratara de un héroe de leyenda, tomó la multitud a fray Andrés en volandas y lo acompañó cantando sus loas y las de sus compañeros del Tornaviaje. No se contentaron con sacarlo en gloria de la Real Audiencia. Insistieron en hacerle cortejo hasta las mismas puertas del convento, y una vez allí, él se despidió de todos sus compañeros, que estábamos en verdad emocionados, y saludó a las buenas gentes que lo aclamaban sin cesar. En su modesta celda se recuperaría de las fatigas sufridas, y recobraría la salud que necesitaba para enfrentarse a un nuevo reto:

Desenmascarar la traición de Arellano ante el Consejo de Indias y la corte.

MUERTE DE MOTOLINIA

*R*ecibimos una noticia desoladora, que me hizo sentirme huérfana. Nos anunciaron la muerte de uno de los hombres que más se había esforzado por instaurar ese espíritu de concordia que debía reinar en Nueva España. Motolinia acababa de fallecer. El buen fray Toribio de Benavente, aquel que enseñaba con humildad y amor al prójimo la esencia de nuestra religión. Dejaba una senda de trabajo bien hecho, de coraje y de ejemplo de las virtudes que deberían presidir nuestros actos.

Una oleada de tristeza recorrió el virreinato. Los indios dejaban ver su dolor por la pérdida de su acendrado defensor. Reunidos en los atrios de las iglesias, rezaban en silencio por aquel que siempre les amó, y pedían al Señor que acogiera a «su Motolinia».

El duelo fue sincero.

En una de esas ceremonias, di en imaginar un objeto sacro que albergara al Señor en sus entrañas. Transcurrían los últimos días del año de 1565, y tras la fatigosa expedición a Poniente y el milagroso Tornaviaje, diseñé una custodia, en agradecimiento al feliz retorno de mi Íñigo del alma.

Era un resplandor de coral que se arracimaba en su base octogonal, ascendiendo, así mismo, por el esbelto fuste, en pequeñas lágrimas, gotas de diversas formas, bastoncillos y rosetas, hasta alcanzar el centro, donde cuatro querubines rendían guardia al Señor que derramaba su amor y poder hacia los seres humanos en forma de rayos y llamas de refulgente coral^[79].

Las prolongadas declaraciones ante la Real Audiencia convencieron a los oidores de la razón que acompañaba a Urdaneta, y se preguntaban sobre la fecha idónea para su partida. Pidieron a fray Andrés si ya estaba dispuesto a viajar a España y declarar ante el Consejo de Indias. Temí entonces que tornara a convencer a Íñigo para que le acompañase, pero dejó que mi esposo permaneciera con su familia, que tanto le había añorado.

Embarcaron con Urdaneta fray Andrés de Aguirre y Melchor de Legazpi, hijo de don Miguel, muy respetado en la ciudad, pues había servido bien como concejal del cabildo. Salieron para Veracruz a mediados de diciembre, y supimos que habían zarpado de ese puerto el último día del año.

La indignación de Urdaneta al conocer la mala fe de Arellano había sido de las que hacen época. Y ahora navegaba rumbo a las costas españolas para presentarse ante el Consejo, y ante el rey si fuera menester, para hacer justicia con los leales servidores de la corona y desenmascarar al impostor Arellano.

No podía este imaginar la tempestad que se le avecinaba.

La rebelión

1566

LA IMPLACABLE JUSTICIA

16 de julio, 1566.

Los habitantes de Nueva España teníamos motivos sobrados para estar orgullosos de la empresa acometida y la consiguiente victoria. El rey, cuyo empeño en la realización de la descubierta había sido tenaz, comprendió la importancia de la misma y decidió crear el Tercio de la Mar Océana, dotándolo de armas, hombres y los medios necesarios para proteger a los galeones de los piratas y corsarios. A su vez, la infantería de marina adquirió el prestigio que merecía, pues puso de relieve su importancia, tanto en las batallas navales, como en los desembarcos en tierras hostiles.

Pero corta fue nuestra dicha. Terribles acontecimientos habían de horrorizar a las gentes de la capital.

Abstraídos en nuestro reencuentro y la narración de las aventuras de mi marido y sus compañeros en las islas de Poniente, habíamos vivido los últimos meses en una burbuja. Ante los avatares sufridos en el viaje, los oidores habían aconsejado a Íñigo que permaneciera unas semanas más recuperándose, antes de incorporarse a su puesto.

«Os hemos de necesitar más que nunca. Tomad fuerzas para los tiempos difíciles que se avecinan», le habían recomendado.

Una mañana, un recado de la Real Audiencia requirió la presencia inmediata del capitán de Vidaurre para que tornara a su cargo. Cuando volvió a casa, mi marido estaba blanco como un aparecido.

—Las noticias que me han comunicado son de extrema gravedad. Al hilo de la investigación del asesinato de Fermín, han hallado indicios de una conjura que no solo costó la vida a nuestro amigo, sino que se revela más dañina.

—¡Santo Bendito! Íñigo, me asustas. ¿Qué sucede? —pregunté llena de temor.

—Los integrantes de la conspiración son personas relevantes del virreinato, lo que provocará alarma en la capital. Pero lo más mortificante para mí es que debo prender a los conjurados, y entre ellos están los Cortés, los hijos de mi amigo.

Creí sentir un mazazo en el corazón. Entendía la dificultad de mi esposo en cumplir su deber.

—Me produce profunda aflicción tener que prenderlos, pero al mismo tiempo, si fuera cierto, ¡qué vanidosa necedad pensar que podía alzarse contra un Imperio y ser coronado rey! —Íñigo, dolido por la muerte de su amigo, lamentaba así mismo la falta de realidad de Martín Cortés.

De manera lenta pero implacable, la justicia había desentrañado el laberinto de la conjura. El 16 de julio fueron apresados los Cortés, el marqués del Valle de la Oaxaca, y Luis y su hermanastro Martín Cortés *El Mestizo*. Íñigo tuvo el penoso deber de detener a los hijos de su amigo, del hombre al que tanto admirábamos, y a quien debíamos la idea de aposentarnos en Indias.

Fueron días turbulentos, vertiginosos, donde muchos estaban bajo sospecha, y nadie se fiaba de su pariente o amigo. La gente se reunía en corrillos en las calles, abrumada por el intenso calor y la angustia de una traición que pudiera envolver a seres queridos. Todos murmuraban en voz baja, con cuidado de quien pudiera escucharles.

Temíamos la noticia de la implicación de un vecino, hasta ese momento considerado intachable; la traición de un amigo, el deshonor de un pariente. La sospecha y el miedo se apoderaron de los corazones, y vivíamos en un sobresalto continuo.

El proceso a los Ávila fue rápido y decisivo. La capital estaba conmocionada, pero aguardaban a los novohispanos tiempos aún más inquietantes:

El 3 de agosto fueron condenados a muerte Gil y Alonso de Ávila. La pena fue sumaráisima. Los dos hermanos fueron ajusticiados; sus cabezas, colocadas en picas en la plaza Mayor, y abandonadas a un ardiente sol, para que se pudrieran a la vista de los ciudadanos, como escarnio de renegados y advertencia a posibles seguidores.

Luis Cortés recibió la misma condena, pero su ejecución fue retrasada, y tuvo la enorme fortuna de que llegara el nuevo virrey, Gastón de Peralta, marqués de Falces, hombre magnánimo, que decidió revisar las condenas de los Cortés, y así Luis salvó la vida. De momento.

Para terminar de complicar más la ya tensa situación, el galeón de julio trajo una pavorosa noticia. Al parecer, una embajada de moriscos de Granada había viajado hasta Constantinopla, y ante la Sublime Puerta había presentado su ruego de ayuda eficaz al cada vez más poderoso sultán turco.

Los mismos «ojos y orejas» que habían avisado de esta conspiración previnieron al Gran Maestre de Malta de un inminente ataque a su isla. Jean Parisot de La Valette pensó que aún tardarían unos meses en asediar Malta y cuando tuvo frente a ella, a mediados de mayo, a la gran armada de Solimán, tuvo que pedir socorro al virrey de Nápoles.

Con la corona ocupada en defender el Mediterráneo del poder otomano, era el peor momento para una sedición en Nueva España. Temí que los castigos fueran inmisericordes, y que Íñigo se encontrara en la terrible situación de presenciar el ajusticiamiento de los hijos de su amigo, y no poder hacer nada para evitarlo.

Pero la incorporación del marqués de Falces, en el mes de septiembre, como ya os dije, iba a torcer el curso de los acontecimientos. El nuevo virrey, en contra de la opinión de los oidores, insistió en revisar los procesos y suspender las penas severísimas de las sentencias ya pronunciadas.

Cuando ya creíamos llegados tiempos más sosegados, la Real Audiencia mostró su incipiente, pero determinada, inquina hacia Gastón de Peralta.

El virrey propuso mandar a los presos, el marqués del Valle de la Oaxaca y El Mestizo, debidamente escoltados a España, para que allí fueran juzgados. Pero la Audiencia no cejaba en su afán de justicia. Todos estos acontecimientos me produjeron una inquietud angustiosa, porque percibí la determinación de sosegar los ánimos del virrey, y la contraria de la Audiencia. Y en medio del conflicto, se hallaba mi esposo.

Tras sereno pensamiento, decidí tener con él una seria conversación.

—Íñigo, es menester que me escuches, pues lo que he de decirte es para tu cuidado.

Me miró con detenimiento y comprendí que él, de costumbre tan templado, sentía total desasosiego.

—Sé lo que quieres tratar. Es asunto de muy difícil solución —anunció.

—Corren rumores por las calles, y me aterran —inicié. Como él callaba, me atreví a continuar—: Dicen que en la Real Audiencia están haciendo graves comentarios sobre la lealtad del virrey hacia la corona... Que es posible que pueda estar implicado en la conjura para «alzarse con la tierra».

—Conozco ese disparate. Pretenden que el tratamiento de Excelencia que ha impuesto para su persona es claro indicio de su voluntad de alzarse con los

reinos. ¡Fíjate qué desatino!

—Todo eso, con preocuparme mucho, no me turba tanto como la situación en la que te coloca tu cargo —le dije.

—¿Cuál es tu intención, Mica? ¿Qué me inhiba? ¿Que calle?

Quise decir algo, pero la voz de Íñigo era un torrente imparable, que necesitaba seguir su curso. Mi esposo necesitaba desahogarse.

«Mejor que sea conmigo», pensé.

—Creo que Peralta es inocente de esas acusaciones, pero el ambiente de venganza creado en la capital impide ver que lo que él pretende es que se haga justicia, sí, pero con clemencia —afirmó vehemente.

—Razón no le falta —concedí—, pero solo te ruego que no le defiendas a capa y espada, cuando las cosas se tuerzan. Que lo harán. Él es poderoso, sabrá ampararse.

—No te agites, Mica, confía en mí. Los oidores me aprecian, y, desde mis declaraciones en la Audiencia, y tras el servicio del Tornaviaje, me muestran su deferencia de continuo. —Quiso así tranquilizarme.

—El interés hace mudar la opinión de los hombres. No te fíes —aconsejé.

—Conozco lo que sucede en el virreinato... Mis confidentes me avisarían de cualquier peligro. No temas.

—Sé que te respetan, sé del prestigio del que gozas en la capital... pero esto es diverso... Son dos poderes enfrentados y tú... tú entre los dos. Estate prevenido.

En verdad yo así lo creía. Recordaba el viejo proverbio castellano: «Entre dos piedras molares, nunca pongas los pulgares».

Y yo veía a mi Íñigo del alma en semejante circunstancia. Observando mi esposo mi aflicción, me confortó:

—¡Ea, mujer de poca fe! Te prometo que utilizaré mis dotes diplomáticas para no enfadar a ninguno de los bandos.

Al detectar una cierta ironía en su tono, contesté enfadada:

—¡Íñigo, te conjuro! ¡No lo tomes a la ligera! ¡Aquí va a tener lugar una batalla por el poder, y estás en un lugar de relevancia, pero, a la vez, no tienes los apoyos con los que ellos cuentan!

Con un gesto suyo característico, se envaró y me respondió muy serio:

—Yo represento la ley. A eso me limitaré.

Parecía que la conspiración de los Ávila y los Cortés había sido descabezada. Si hubo más revoltosos que respaldaron las locas ideas de alzarse con la tierra, se habían desvanecido en la oscuridad del anonimato.

Seguro que habían aprendido una cierta prudencia ante los severos castigos infligidos a los traidores a la corona.

URDANETA ANTE EL CONSEJO DE INDIAS

Otro usurpador había quedado descubierto. En palacios y moradas, mesones y conventos, se hablaba de las andanzas de fray Andrés por España. Melchor de Legazpi, hermano del almirante, envió a la Real Audiencia de Nueva España una pormenorizada relación de la actuación de Urdaneta ante el Consejo de Indias. Me sentí muy afortunada cuando Íñigo trajo a casa la carta para leérnosla.

Cuando estuvimos todos reunidos, mi esposo inició la lectura:

—*La navegación hacia el puerto de Sevilla se había producido sin contratiempos, y lo primero que hizo fray Andrés fue presentarse ante la Casa de Contratación de dicha ciudad. Allí deshizo las alambicadas mentiras de Arellano, y se dirigió a continuación a Madrid, capital del Imperio por influencia de Isabel de Valois, que adoraba dicha villa.*

»*Aunque su intención era tener una audiencia con Felipe II, quien así lo deseaba, las numerosas ocupaciones del monarca no lo permitieron. Reinaba la expectación por conocer la versión del fraile agustino, pues corrían por los mentideros de la villa mil anécdotas. Os referiré tan solo una, que vuestras mercedes ya conocen, pero que ha causado mucha admiración en la capital, pues muestra la humildad y el rigor que adornan a Andrés:*

»*Recordaréis que, al preguntar un novicio a su maestro fray Andrés, una determinada cuestión, él con la mayor naturalidad le respondió: “No conozco la respuesta, pero he de estudiarla, y así lo sepa, os lo aclararé”.* — Recuerdo muy bien el día que nos la narraron— rememoró Íñigo, interrumpiendo la lectura—. Parece que era cosa de ver el asombro del novicio.

—Fray Andrés ha sido un claro ejemplo para todos nosotros —intervino Diego.

—Cuando llegué, ¡echaba tanto de menos al abuelo! Y él derrochó ternura conmigo —musitó Teresa.

—Alguna vez le pedí consejo y favor para los problemas que sucedían en casa. Siempre me escuchó con bondad —confesó Luz.

Yo nada sabía de esas conversaciones, y pensé que mi nuera había mostrado excelente criterio al acudir a Urdaneta.

—¡No olvidaré jamás cómo me defendió en tu boda, Teresa! —contó Estrella—. Yo estaba afligida, pues había querido regalarte algo bello de esta tierra... ¡Y casi me acusan de idólatra unos frailes intransigentes!

Una oleada de cariño sobrevoló en la sala. Andrés había derramado afecto y comprensión.

—¡Ojalá vuelva presto! Le necesitamos —concluí.

Mi esposo tornó a la lectura.

—*Así es el fraile. Auténtico y veraz. Urdaneta declaró ante el Consejo de Indias y presentó las pruebas, mapas, derrotas y diario de a bordo, que confirmaban la autoría de su descubierta y la impostura de Arellano. Fray Andrés, leal con su amigo Legazpi, y siguiendo su inclinación por la justicia, reclamó con firmeza los honores que Miguel merecía, y la retribución de la enorme suma de dinero que mi hermano había adelantado para la empresa.*

»*Habrán de tener vuestras mercedes en consideración —argumentaba el fraile— el importante sacrificio que hizo un padre de nueve hijos, poniendo a disposición de la corona todos sus haberes para una empresa querida por el rey nuestro señor».*

El Consejo deliberó y decidió que presentarían esta petición a su majestad con la mayor urgencia.

—Es de justicia restituirle las grandes sumas que invirtió en la expedición. Empeñó toda su hacienda en la empresa. —Al decir esto, Íñigo pensaba en las muchas penurias que su amigo había sufrido.

—Con más razón, cuando promete ser un próspero negocio, que lleve mercaderías de tres continentes a una Europa deseosa de poseerlas —intervino nuestro yerno. Rafael tenía conocimiento de estos asuntos, pues él mismo se ocupaba de recibir los productos del galeón de Manila, que a lomos de mulas cruzaban de poniente a oriente, y embarcarlas en Veracruz, con destino a los puertos de Sevilla o Cádiz.

Estábamos todos ansiosos por conocer el final de las aventuras de nuestro amigo Andrés, y pedimos a mi esposo que retomara la lectura:

—*He de deciros —continuaba Melchor en su misiva— que un murmullo de aprobación recorrió la sala, pues bien sabían los miembros del Consejo la expectación que generaba en toda Europa la llegada de los galeones procedentes de Indias*^[117].

Tras este párrafo, la satisfacción se leía en el rostro de Teresa. Íñigo tomó la ocasión para reconocer la valía de su yerno.

—Tu visión es acertada, Rafael. Esta ruta comercial será de suma importancia para la hacienda de la corona.

»*Son muchos meses de navegación por el Golfo Grande, que no merece en absoluto su nombre de Pacífico* —precisaba Urdaneta—. *Temporales, hambrunas, asaltos de los piratas amenazan la vida de esos valientes marinos y soldados.*

El recuerdo de la aflicción sufrida por los peligros a los que se había expuesto mi amado aún me atenazaba el alma.

Teresa, al ver mi expresión, intervino:

—Padre, mientras navegabais, el temor de nuestra madre era infinito. Todas esas penalidades han de tener recompensa.

—Sobre todo aquellas familias que no tuvieron la fortuna de ver regresar al ser querido —apostillé, y pedí a Íñigo que prosiguiera:

—*Así mismo, creo de justicia conceder ayudas y mercedes a mis compañeros de travesía que tantas penalidades sufrieron en el servicio a la corona*^[118].

—Como podéis comprobar, Andrés no se olvida de sus amigos y compañeros —sentenció Íñigo.

—¡Qué carta tan contundente e interesante! —exclamó Estrella, con admiración.

—¡Aguardad! —advirtió mi esposo—. Ahora llega el desenlace. Ved lo que nos cuenta Melchor.

»*Y para terminar, Andrés arremetió contra la traición del capitán del patache San Lucas, que había abandonado a sus compañeros en mitad de la travesía:*

»*Arellano tuvo la malsana intención de arruinarnos con sus tropelías. Fue doblemente felón, pues no colaboró con su esfuerzo al proyecto común y luego se atribuyó el mérito de otros, asegurando que eran todos muertos, y él, el único superviviente.*

—Al ver la disposición de Arellano y sus comparsas, tuve mala impresión —recordó mi esposo—. Tenían la traición en los ojos —añadió.

—¡Qué intuición la vuestra, padre! —expresó Diego con admiración.

—No es intuición, hijo. Es el conocimiento del alma humana, que tu padre ha estudiado durante tantos años —recalqué.

—¿Será intuición la que me llevó a desposarte? —dijo Luz con humor.

Reímos todos, pero yo bien sabía que la elección de mi nuera había sido meditada con suma reflexión.

—Acabemos la misiva —propuso Íñigo— y luego comentamos lo que sea menester.

»*He de anunciaros —continúa Melchor— que el Consejo ha determinado la prisión de Arellano, a pesar de que desconfío, dado que tiene influencias en la corte. No tardaréis en ver a fray Andrés de nuevo, pues ha pedido encarecidamente al Consejo: “Me den licencia para tornar a México, tierra que amo como a la mía propia, y donde deseo continuar con mi labor de estudio y evangelización”.*

Las expresiones de alborozo por el pronto retorno del amigo interrumpieron de nuevo la lectura. Mi esposo también enarbolaba un gesto de contento inmenso.

¡Eran tantas las cosas de las que habían de conversar!

¡Tantos los recuerdos que rememorar!

Con voz muy queda, como si estuviera ya saboreando el reencuentro con Andrés, leyó:

—*Quiero añadir que la sesión del Consejo finalizó con una escueta y grave sentencia del agustino, refiriéndose a Arellano: «Quiso de mentira hacer verdad».*

Mientras tanto, en la capital novohispana, la implacable actitud de los oidores seguía su curso. Habían tenido la osadía de interceptar las cartas que el virrey mandara a España, y, en su lugar, habían enviado documentos con graves acusaciones contra Peralta. Cualquiera que hablara de clemencia podía ser considerado traidor.

En esta atmósfera de confusión y temor, llegaron los dos pesquisidores que enviaba Felipe II a requerimiento de la Audiencia. Eran personajes crueles que habían de cambiar la armonía que nosotros habíamos conocido a nuestra llegada^[119].

Implantaron un régimen de terror, desconocido hasta entonces en el virreinato. A Martín Cortés *El Mestizo* le dieron tormento, pero, como poco sabía, poco pudo declarar. Íñigo señaló a la Real Audiencia que no debían continuar en la porfía por ajusticiar a los hijos de Cortés, pues sería una enorme equivocación. El recuerdo del capitán general había adquirido en Nueva España la categoría de mito, y era muy posible provocar la insurgencia si se ajusticiaba a los Cortés.

Enterada la corona de la inquina con que se comportaban sus anteriores enviados, la profunda división creada y el peligroso ambiente que crecía en tierra novohispana, aceptó la propuesta del virrey Peralta de que los Cortés embarcaran hacia España para ser allí juzgados.

Se multiplicaron los arrestos y la sospecha era un oscuro torbellino, que enturbiaba nuestras vidas. El espía Trenton se pudría desde hacía meses en una celda mexicana, pero la Dormuth, tras su aparición en Acolmán, había vuelto a escapar sin dejar rastro.

Me atemorizaba saber que podía estar escondida en algún lugar cercano, aunque lo probable era que estuviera refugiada en alguna cueva corsaria. Habían sido apresados personajes de relieve en el virreinato como los hermanos Quesada y Cristóbal de Oñate *El Mozo*, hijo de unos de los más respetados conquistadores de la vieja guardia, lo que había contribuido a la sofocante tensión que se vivía en la capital. Mi esposo se debatía entre el deber de mantener el orden y la convicción de que los oidores no perseguían la justicia, sino librarse de una vez por todas del virrey Peralta.

—He resuelto aconsejar al marqués de Falces que se pliegue en apariencia a los deseos de los oidores y parta para declarar ante el Consejo de Indias.

Yo asombrada le respondí:

—Eso será como admitir su culpa. Y tú le crees inocente de sedición. ¿No es así?

—Estoy convencido de su honradez. Por eso creo que en España tendrá un juicio más ponderado. Aquí los asuntos están ya muy enmarañados, y cualquier tipo de sentencia encendería una facción o la contraria.

Entendí en ese momento la intención de mi esposo. Buen conocedor de las circunstancias, sabía que un juicio celebrado en la capital despertaría todo tipo de intereses encontrados, y cualquier decisión contribuiría a encender los ánimos de unos y otros, ya muy exaltados. Su acertado razonamiento me llenó de admiración.

—Haces ver a los oidores que respetas sus designios, cuando, en realidad, estás ayudando al virrey a escapar de un veredicto que ya conoces que será injusto.

En efecto, el marqués de Falces se embarcó en Veracruz unos meses después, para dar cuenta de su breve actuación al Consejo en España. Antes de emprender viaje, entregó el gobierno al visitador Martín Muñoz, que previamente había sometido a Peralta a un juicio de residencia.

Como Íñigo había esperado, el juicio del Consejo de Indias fue benévolo para los Cortés, aunque el segundo marqués del Valle fue desposeído de sus bienes, condenado a pagar una multa y desterrado a Orán, con la prohibición expresa de tornar a Nueva España.

Martín *El Mestizo* fue exonerado de culpa y se unió a las tropas que combatían la rebelión en Granada.

En cuanto a Peralta, Felipe II creyó en sus razones de aplicar benevolencia en lugar de acritud, y quedó libre de cargos.

Pensé que los males, que fueron muchos, habían acabado en ese año turbulento, pero aún nos quedaban por vivir extrañas aventuras.

El resultado de la intervención de Urdaneta ante el Consejo fue que en enero de 1567 el virrey mandó dos galeones con trescientos hombres a Filipinas, en ayuda de don Miguel, bajo el mando de Felipe de Salcedo, nieto de Legazpi. Felipe iba acompañado por su hermano Juan, y los dos, junto a los soldados mencionados, eran muy necesarios en esos territorios.

Salcedo regresó unos meses después a México para entregar una misiva de su abuelo, don Miguel, que nos admiró a todos por su visión y sentido diplomático.

Íñigo había leído varias veces la carta de su amigo y almirante en jefe. Recordaba con nostalgia los amaneceres de descubierta, cuando una isla apenas se intuía en la sinuosa claridad del alba; el viento de la mar hinchando las poderosas velas; el trabajo denodado durante los temporales, cuando el conocimiento podía salvar la vida al compañero; la libertad y la exigencia de cada singladura...

Yo leía con claridad sus pensamientos, y temía que una nueva aventura me lo robara una vez más.

Él percibió mi inquietud, y, con un tierno abrazo, me aseguró:

—Nada tienes que temer. Prometí que era mi última aventura, y solo tengo una palabra.

Le miré a los ojos y, en efecto, no vi en ellos pesar sino firmeza.

—Solo quiero leerte estas letras de Miguel... —Y prosiguió con entusiasmo—: Y que compartas conmigo la alegría y el honor de haber conocido a un gran hombre, y gozado de su amistad. —Miró la carta, y quiso aclararme—: Se refiere a las naves y los hombres enviados en su ayuda.

»Estas fuerzas que acabamos de recibir han de ser de ayuda inestimable ante los frecuentes ataques de portugueses y piratas de Mindoro, Borneo y Joló. Pues hemos de defender las Filipinas por ser un foco comercial para el tráfico de la especiería, Japón y China, aprovechando el contacto con los numerosos chinos residentes en la isla de Luzón.

—Es en verdad esforzado —acepté—, pues Miguel es unos ocho años mayor que tú.

—Atiende —dijo mi esposo—, escucha su atinada propuesta:

»Sería deseable establecer, a la mayor brevedad, negociaciones con el Celeste Imperio, para el bien de España y toda la cristiandad.

Diego, que escuchaba atentamente, intervino:

—Padre, yo bien quisiera que me recomendarais para una de esas expediciones de descubierta.

—¡Quita, quita, hijo! Ya he tenido bastante con las aventuras de tu padre —exclamé asustada—. Además, bastante aventura tienes con hacer de Las Moreras una hacienda ejemplar, y con tus conocimientos de medicina, mejorar la vida de todos nosotros. Para peligros... ¡los que corres al respetar las leyes!

—Sé que algunos criollos —admitió— no están de acuerdo con nuestra forma de actuar. Vos, madre, fuisteis la que me enseñó que la esclavitud es una vergüenza para la humanidad, y así seguiré... pero cuando oigo los relatos de padre, Legazpi y Urdaneta sobre mundos por descubrir...

—¡Calla, calla! Hemos de ir a Las Moreras a solucionar varios problemas. Ya hablaremos más adelante de ese tu anhelo.

Y di por terminada la discusión. Pero padre e hijo se cruzaron una mirada que me hizo temblar.

DON HERNÁN TORNA A MÉXICO

Otoño, 1567.

Entre tanta tribulación, traiciones y desacato, hubo una noticia que nos llenó de contento: el galeón *San Jerónimo* zarpaba hacia las Filipinas, consolidando la ruta comercial y la unión entre tres continentes. Significaba también una importante ayuda militar para Legazpi, que ya había sufrido algún levantamiento de sus propios gentilhombres.

El problema era el mismo en tierras asaz diversas: algunos hombres que se consideraban con derecho a fama y caudales, eso sí, sin trabajar y haciendo valer su linaje, organizaban revueltas que se saldaban con el mal de muchos.

Otro acontecimiento vino a zarandear nuestras vidas: supimos que habían desembarcado en Veracruz los restos del que fuera gran conquistador y capitán general de Nueva España. Al fin se cumpliría el deseo de Cortés de ser enterrado en la Tierra Grande y Noble, como él la llamaba con profundo afecto.

El 23 de mayo de ese mismo año sacaron el sarcófago de la iglesia de San Isidoro de Sevilla, para ser trasladado a tierras novohispanas. Era la voluntad de Cortés expresada en su testamento. Pedía ser enterrado en el convento construido con sus mandas en Coyoacán. Los pleitos familiares y el desorden en los gastos del segundo marqués habían hecho imposible la construcción de dicho convento y colegio adyacente.

Para colmo de males, la situación del segundo marqués del Valle, acusado de sedición y exiliado, le impedía ocuparse de los restos de su padre.

Abrumados mi esposo y yo por la tristeza, decidimos intervenir y acompañar a don Hernán a su última morada. Consultados los antiguos compañeros de armas, resolvimos darle sepultura en la iglesia de San Francisco de Texcoco, y allí nos dirigimos el reducido grupo en una ventosa jornada de otoño.

Parecía que el universo se unía a nuestro pesar. El viento ululaba sin piedad; el polvo del camino nos cegaba de continuo, disimulando las lágrimas provocadas por el quebranto; el frío, inusual en aquella época, nos helaba más aún el corazón, y, en un intento de recobrar el ánimo, comenzamos a rememorar las horas de gloria de Cortés.

—Nunca olvidaré la frase del cronista Bernal Díaz del Castillo, sobre nuestro capitán general^[120]: «Porque era tan temido y estimado el nombre de Cortés en toda Castilla, como en tiempo de los romanos solían tener a Julio César o a Pompeyo».

—Y no fue adulación o alabanza desmedida, pues, cuando Bernal lo escribió, don Hernán ya había fallecido —recordó Íñigo.

Cervantes de Salazar, que le había conocido en tiempos felices, contaba:

—Era hombre apasionado por el descubrimiento y la milicia. Muchas penalidades pasó en la expedición a Las Hibueras... pero él ansiaba conocer el territorio, y, pudiendo mandar a otro, cumplió con lo que consideraba ser su deber.

—Fue hombre cabal —afirmaba otro que vivió aquellos acontecimientos—. Cuando le tentaban con la corona de Nueva España, él dijo que despreciaba a los tontilocos y que denunciaría a los traidores al gobernador Estrada. Juro por mi vida que así se lo oí decir.

A lo que respondí.

—No necesitas jurarlo, te creemos. Llegado Ponce de León a México para aclarar las acusaciones contra Cortés de querer alzarse con la tierra, dio por cierto que eran calumnias maliciosas de gentes mezquinas que deseaban su mal.

Rodrigo Bernáldez quiso dar también testimonio de la grandeza de don Hernán:

—Pudo haber sido el primer virrey de Nueva España... como él ansiaba...

—Permaneció silencioso, absorto en sus recuerdos.

—¿Qué se interpuso en su deseo? —pregunté.

—Fueron varias las razones, pero tal vez una de las de mayor peso, la sospecha del emperador hacia los conquistadores, tan fuertes, tan legendarios, tan lejanos... —contestó Rodrigo.

—Díaz del Castillo añade otra razón: la enemistad de Los Cobos —agregó mi esposo.

—¿Por qué tornó Los Cobos su amistad inicial en hostilidad hacia don Hernán? —No conocía yo el motivo de ese drástico cambio.

—El cronista cuenta una historia, que, de no haber tenido un desenlace funesto para Cortés, hubiera resultado jocosa —afirmó Íñigo.

—¿Puede contarla vuestra merced? —pedí.

—Parece ser asunto entre damas principales...

Yo escuchaba con suma atención.

—Afirma Bernal que, años ha, llegado don Hernán al monasterio de Guadalupe para cumplir una promesa, halló en ese lugar a las hermanas Mendoza, Isabel desposada con el poderoso Los Cobos, y Francisca aún soltera. Las colmó de atenciones y regalos, y doña Francisca tomó la generosidad de Cortés por interés amoroso...

—Pero Cortés estaba comprometido con doña Juana, sobrina de su protector, el duque de Béjar —interrumpí.

—Ahí está la clave del misterio. Cuando las damas vieron que Cortés estaba decidido a desposar a doña Juana de Zúñiga, cambiaron las alabanzas hacia don Hernán, en las que habían sido pródigas, por tenaz inquina.

—Y el capitán general se quedó sin virreinato —concluí.

—Para remachar bien su poder y demostrar que la ofensa no había sido olvidada, Los Cobos consiguió el virreinato para un Mendoza, don Antonio.

El camino había sido demorado y triste, pero habíamos llegado a nuestro destino. Confiamos el féretro de cedro a los buenos frailes, rezamos por su alma y abandonamos la iglesia.

Allí lo dejamos, descansando junto a su madre, Catalina Pizarro, y a su hijo Luis, muerto a temprana edad^[121].

FUNDACIÓN HOSPITAL ENAJENADOS

Muchas eran las necesidades en la capital, pero fueron también muchos aquellos que resolvieron los quebrantos ajenos. Desde el inicio, los hospitales, el primero fundado por Cortés, cumplirían una importante misión. Desde tiempo ha, vagaban por las calles de la capital las pobres almas que habían perdido la razón y no hallaban quien las atendiera, buscando refugio a su miseria en porches y plazuelas.

Era un triste espectáculo ver aquellas mujeres y hombres desvariando y con el grave peligro de hacer daño a otros ciudadanos o a sí mismos.

Fray Bernardino Álvarez, como hiciera Cortés años atrás, había comenzado una campaña para recabar donaciones que hicieran posible la construcción de un hospital que albergara a esos enfermos. Y con su tesón habitual, por fin lo había conseguido. Muchos miraban esta penosa dolencia como obra del diablo y así llamaban a quienes la sufrían «endemoniados», con la consiguiente carga de temor y desprecio que conllevaba dicho apelativo.

Se apartaban al verlos pasar y evitaban su contacto para no ser contaminados por tan terrible mal. Fray Bernardino, con una visión de amor por los más necesitados, se empeñó en remediar tal estado de cosas, y logró fundar el Hospital de San Hipólito.

Ese 9 de mayo del año del Señor de 1567 amaneció radiante. Era digno de ver la paz reflejada en los rostros de aquellos seres humanos que hasta entonces habían rodado sin esperanza de aquí para allá, y que habían hallado quien les cuidara y confortara en su pena.

No dejaron algunos de denominar este hospital... hospital de los Endemoniados, pero, entre las paredes del recinto, estos «endemoniados» hallaban amor y cuidados.

El bien combatía el mal. Y lo vencía. Con el Amor.

6

Los piratas

1568

*H*abía Íñigo de prepararse para bajar a Tierra Caliente, pues la flota que traería al nuevo virrey, Enríquez de Almansa, estaba a punto de arribar. Yo veía a fray Andrés cada vez más débil y probado, y por ese motivo, intentaba acompañarlo en su paseo diario por la capital. Ese día, antes de partir a Veracruz, Íñigo se unió a nosotros. El afecto que teníamos a Urdaneta estaba entretejido de ternura, estima y admiración.

«La admiración es la gratitud de la inteligencia», solía él decir.

Gustaba de visitar nuestro hogar, sobre todo cuando estaban presentes nuestros hijos, a quienes daba buenos consejos, exentos de toda prepotencia. Diego y Teresa le adoraban, y a pesar de que Andrés contaba la misma edad que su padre, le trataban con la reverencia que se debe a un abuelo.

Caminábamos los tres despacio, y quiso el fraile que nos acercáramos a la plaza donde estaban construyendo la catedral nueva. Habían excavado sin pausa, hasta encontrar el agua omnipresente, y entonces tuvieron que achicar con bombas hasta secarla.

Arciniega, que vigilaba a diario la obra, mandó construir una inmensa plancha de mampostería, hasta que hubo alcanzado el nivel del suelo. Entonces colocaron potentes muros y columnas de la que sería la más hermosa basílica de Nueva España.

Cuando embocamos la entrada de la plaza, divisamos de inmediato al arquitecto con los planos en la mano, observando la solidez de los pilares. Al vernos, entregó sus documentos a su ayudante, y salió a recibirnos con una amplia sonrisa.

—¿Cómo está el mejor arquitecto de Nueva España? —le dijo Urdaneta.

—Eso del mejor... es generosidad de vuestra paternidad. Si lo fuera, esta catedral estaría ya acabada —respondió pesaroso Arciniega.

—No os culpéis —aconsejó Íñigo—, magnas obras requieren magnos plazos.

—Cierto es que hemos tenido que desecar la laguna para obtener los cimientos necesarios, y esto ha tomado excesivo tiempo —admitió el arquitecto.

—Disculpadme, Claudio, me gustaría permanecer en esta amistosa charla, pero desde hace unos días, siento una fatiga invencible. Quedad con Dios —bendijo fray Andrés— y que Él inspire vuestra labor.

Continuamos con nuestro paseo hacia el convento, y Urdaneta nos dijo en voz muy queda:

—¡Qué pena no ver terminada obra tan colosal!

—¡No digáis esas cosas!, fray Andrés —supliqué—, asistiremos juntos a la inauguración. —No estaba muy convencida de que esto último fuera a cumplirse.

Urdaneta con una ligera sonrisa anunció:

—¡Quizás esté ya terminada en el nuevo siglo!

—Hemos de rememorar muchas de nuestras andanzas, Andrés —le dijo mi marido con afecto.

—¡Anda, sigamos el paseo! —ordenó el fraile.

Atravesamos una plazuela donde estaba el colegio de Tlatelolco, y fray Andrés lo miró con devoción.

—¿Sabéis que fue uno de los primeros centros donde se enseñó a los indígenas la cultura europea, sin abandonar en ningún momento el náhuatl?

—Sí, Andrés —fue la respuesta de Íñigo—, la educación de los nativos ha sido vuestra obra señera.

Quedó el fraile pensativo mientras caminábamos, recordando los empeños logrados. En ese instante, la campana de la iglesia de Santiago tocó el Ángelus.

—¡Me llaman!, ¡me llaman! —repetía Urdaneta, y apresuró el paso.

—No se apure vuestra paternidad, es pronto aún —intenté calmarle.

—No entiendes, hija... He de prepararme para mi viaje definitivo.

Yo quedé perpleja, pero el rostro de Íñigo reflejaba un intenso dolor.

Pocos días después las campanas del convento de San Agustín anunciaban la muerte de nuestro Andrés.

BATALLA DE SAN JUAN DE ULLJAL ***4 de septiembre.***

Apenas tomara posesión de su cargo, el virrey Martín Enríquez de Almansa habría de enfrentarse a serios problemas. Los malditos piratas se habían hecho fuertes en la isla de Sacrificios, cercana a la entrada a San Juan de Ulúa. Era su refugio, adonde ellos tornaban tras lo que Hawkins llamaba «misiones comerciales», que eran en realidad provechosas ventas de seres humanos, ese horror que llamaban esclavitud.

Los seres humanos apresados en la costa occidental de África viajaban en las bodegas de los navíos en condiciones infrahumanas. Eran atados en parejas, y apenas recibían agua y alimentos. Aquellos que sobrevivían, tras la desnutrición, las tempestades, las enfermedades y los castigos con el látigo, eran vendidos a cambio de buenos doblones.

Las ventas tenían lugar en diversos puntos del Caribe.

Estos desalmados que se enriquecían con el comercio de personas dañaban el buen nombre del virreinato, el comercio y la tranquilidad del lugar. A pesar de las quejas, contundentes y repetidas del embajador español en Inglaterra, la reina Isabel regalaba buenas palabras al paciente legado, y luego, no solo cerraba los ojos ante las fechorías de Hawkins, sino que alentaba sus desmanes porque estos corsarios proveían a la necesitada corona inglesa de buenos doblones españoles.

Su osadía era tal, que el objetivo final de los piratas era hacerse con el fuerte de San Juan y controlar la entrada y salida de los barcos cargados de mercancías. Creían poder comportarse con total impunidad. Pero la inteligente estrategia de Enríquez iba a poner coto a tanto desacato.

Y la Fortuna puso también su grano de arena.

En una de sus habituales correrías, la flotilla de Hawkins, una vez finalizada su infame venta de africanos en un puerto del Caribe, padeció, frente a la costa de Cuba, una fuerte tempestad de vientos huracanados y mar bravía. Su imponente escuadra había sido diezmada por los elementos, y no tuvo más opción que buscar un puerto donde reparar las naves antes de emprender el viaje de retorno hacia Inglaterra.

Se las prometía muy felices, ya que, además del beneficio obtenido con los esclavos, había logrado capturar una carabela portuguesa que tuvo la desfachatez de renombrar *Grace of God*^[80]. A tanto llegaba su impudicia.

Entre sus barcos, el más dañado era el *Jesus of Lubek*, que contaba nada menos que con veinticuatro piezas de artillería. Los cuatro restantes, *Minion*, *Swallow*, *Judith* y el *Ángel*, no resultaron tan perjudicados. Llegó a Veracruz con sus naves desarboladas, pues, en el combate, el enemigo le había

quebrado varios palos. Pero confiado en su suerte y que lograría engañar una vez más con la historia de su «misión comercial», cosa que logró en los primeros días, entró en el puerto tras dos pacíficas naves. Era el 14 de septiembre.

Íñigo se hallaba inspeccionando las atarazanas y el puerto, para ver que se pagara el impuesto de armería, tributo sobre las mercaderías que entraban y salían del puerto y, sobre todo, para comprobar que la seguridad no presentara ningún fallo. Faltaba muy poco para el arribo de la Flota de Indias, que, al mando del almirante Francisco Luján, estaba formada por doce barcos comerciales y un solo, más potente, barco de guerra. Además, navegaba con ellos el nuevo virrey, Martín Enríquez de Almansa, y había que preparar la ceremonia de bienvenida.

Cerca de donde él se hallaba, vio entrar en uno de los abarrotos con extensa variedad de productos para el aprovisionamiento a una dama cuya apariencia le recordó el pasado. Había en ella algo familiar que le resultaba inquietante, sin poder definir muy bien la razón de su desasosiego. Era alta, de figura gallarda, se tocaba con amplio chambergo con pluma que ocultaba buena parte de su rostro, pero las maneras eran elegantes, y, posiblemente, en su tiempo, hubo de ser bella. Antes de entrar en la expendeduría, volvió la cabeza y miró al capitán con descaro. Tenía unos claros ojos azules, bellos, pero fríos, que hicieron pensar a Íñigo en un acero de Toledo, pero una sinuosa cicatriz le desfiguraba el rostro.

Mi esposo continuó con sus quehaceres, sin dejar de dar vueltas en su memoria a la figura de la señora apenas entrevista. Con la fuerza de un rayo, la evocación se abrió paso:

—¡Vera Dormuth! ¡Aquella maligna mujer que hemos rastreado desde hace meses! Está irreconocible. Solo su porte delata su elegante pasado. — Fue la rápida conclusión de Íñigo.

Había aparecido y desaparecido como un fuego fatuo, siempre en dudosa compañía. Me contó mi esposo que, con celeridad, comenzó a descifrar las razones que la habían traído de nuevo a estas tierras, y ninguna era buena. Habían seguido su rastro tras la reunión con Trenton, y sabía Íñigo de su presencia, pero no la había vuelto a ver desde hacía muchos años.

Corrió hacia la tienda, penetró como una tromba en ella, pero la dama ya no estaba. Preguntó la dirección que había ella tomado.

—Señor capitán —apostilló el tendero—, me dijo se llamaba Leticia Amberes... Parece señora principal...

—¡Habla sin demora! ¿A dónde se dirigía? ¿Qué ordenó aquí?

—Me encomendó que reuniera bastimentos ultramarinos para el barco de los comerciantes ingleses y me dijo que mandarían un batel de la nave a recogerlos. Y fue...

Íñigo ya no le escuchaba. Con *potente voz* de mando, ordenó a unos de sus soldados que le siguieran hasta el puerto. Cuando allí llegaron, era tarde: un chinchorro con cuatro remeros se abarloada a estribor de una de las naves ancladas en la bahía, para que una mujer, sentada en la guindola, fuera izada a cubierta.

Se aprestó el capitán a ordenar un bote y más soldados, pero en ese momento el vigía dio señal de arribo. Avistaron una imponente flota, con los barcos empavesados, engalanados con paños coloreados y sus gallardetes ondeando al viento de la mar. Era el 23 de septiembre y la escuadra llegaba antes de lo esperado.

Hawkins y su pariente, un joven Francis Drake, que se hallaban cargando los víveres para la travesía, se prepararon para el asalto y pusieron a punto sus barcos, una carabela, una pinaza, dos carracas y tres bricbarcas.

El pirata inglés pidió conferenciar. Ansiaba ganar tiempo para atacar a las fuerzas españolas cuando más confiadas estuvieran. Pero el almirante y el virrey conocían bien las estratagemas que usaban «El Draque» y «El Achins», como eran llamados, castellanizando sus nombres, los dos corsarios. No se dejaron engañar.

Luján ordenó que, diligentes, llevaran a cabo el desembarco de las mercancías, pero con aparente normalidad. Martín Enríquez, que viajaba en la nave capitana, fue informado de la estrategia, y se sumó con entusiasmo a la maniobra.

Sabía que el elemento sorpresa era fundamental para la seguridad de la flota, pues cogiéndolos desprevenidos, reduciría de manera considerable el número de bajas.

Ambos ingleses daban ya por suyas las riquezas españolas y soñaban con ofrecerlas a su reina.

Para cumplir con el honroso código de conducta que había de respetarse en la mar, Luján concedió una breve entrevista a Hawkins. Tan pronto como el pirata estuvo de vuelta en su capitana, el almirante mandó encabalgarse las lombardas sobre el madero; levantar las portañolas, que se abrieron con un amenazador gemido de los bisagrones, que mostraron los amenazadores cañones, y aprontar el combate.

Atacaron los ingleses con nutridos disparos de los cañones. El cielo se cubrió de un polvo denso y negruzco. Las naves maniobraban para tratar de

esquivar los proyectiles, que silbaban aterradores por los aires; los gritos de los que comandaban la contienda de ambos bandos tronaban en el cielo de México, produciendo todo ello temor infinito entre las poblaciones nativas.

El buque de guerra español, muy cerca ya de uno de los ingleses, inició la maniobra de orzar, haciendo girar la nave, para disparar la artillería montada en sotavento contra la lumbre del agua de la nave enemiga. Consiguieron su propósito alcanzando en pleno la línea de flotación del barco y hundiéndolo sin remedio.

Mientras tanto, en tierra, la actividad era impetuosa, frenética. El plan se había organizado en breve tiempo, pero de manera eficiente. Íñigo, acompañado de aguerridos soldados que confiaban en su experiencia en numerosas campañas, lideraba el contingente que partió a la isla La Gallega a reforzar el ataque que lanzarían desde la fortaleza de San Juan de Ulúa. Observaron desde su posición que, en el momento que los buques pirata estaban a merced del viento, el alcaide del fuerte, al grito de ¡Toledo!, ordenó entrar en combate y comenzaron a disparar desde tierra. Las naves inglesas estaban situadas bien a tiro de los cañones de la fortaleza, que, con rumor fragoroso, fueron alcanzando con tino la flota bucanera. Las balas cruzaron el cielo para caer con extrema fuerza en la primera bricbarca, que no tardó en hundirse. El rugido de los cañones y los arcabuces, los escalofriantes gritos de los piratas, unidos a los lamentos de los heridos llenaban el aire. El humo cegaba la visión, y las crepitantes llamas de los diversos fuegos estremecían el ánimo. Era la antesala del infierno. En la isla La Gallega, mi esposo y sus hombres impedían la huida de los barcos ingleses manteniendo un fuego cerrado con culebrinas y falconetes. Los caídos a la mar intentaban salvar la vida nadando en dirección a los suyos o hacia tierra, sujetos a un madero, donde serían apresados.

Lucharon con ahínco los españoles y pronto comprendieron que el combate estaba ganado, porque, cuando capturaron una carraca, una carabela y una bricbarca, los arrojados capitanes Hawkins y Drake se dieron a la fuga en dos bajeles, maltrechos pero hábiles para escapar a toda vela, dejando a sus compañeros bajo el fuego de los cañones y al albur de una terrible derrota.

Y lo fue, ya que los ingleses sufrieron más de quinientas bajas, dos naves destruidas y tres de sus barcos fueron capturados, pasando el botín de un año de saqueos piratas a su dueño legítimo.

En ese día nació el odio imperecedero que atesoraría Francis Drake por España y el Imperio, que se traduciría con los años en numerosos ataques en Ultramar y Cádiz.

No solo se obtuvo ese día, 23 de septiembre, una gran victoria, sino que se demostró con ella que se podían cercenar los abusos de piratas y corsarios.

Enríquez de Almansa quiso completar la faena, y montó una expedición para desalojar de una vez por todas a todos los malhechores de la vecina isla de los Sacrificios. La población respiraría tranquila. Un hombre con decisión y mando había llegado a Nueva España.

Con posterioridad, tanto el almirante como el virrey concertaron organizar un tedeum solemne, tras el cual agradecerían públicamente en el palacio virreinal, ante la entera población, a todos aquellos que habían participado en la contienda.

Acudirían a la recepción las autoridades principales del virreinato: el alcalde mayor de Indias, algún alcalde ordinario y dos o tres alcaldes de Indias, junto con sus caciques, alcaides, el alguacil mayor de Audiencia y los bravos defensores de Veracruz.

La barahúnda armada por el ataque de los piratas había dejado en segundo plano las noticias que llegaron con la Flota. Y, sin embargo, eran de extrema gravedad, ya que en la ciudad de Granada, la de la esplendorosa Alhambra, se habían alzado en armas los moriscos de las Alpujarras. La estrategia combinada de turcos y berberiscos en el Mediterráneo, apoyando así mismo las revueltas de los moriscos de Granada y los piratas ingleses y holandeses en el Caribe, era alarmante.

Pero, entre los muchos problemas que se acumulaban, habíamos de buscar tiempo para la alegría. La decidida victoria contra los corsarios lo merecía.

Las setenta leguas que mediaban entre esta ciudad y México se les hicieron leves a los viajeros. La importancia del triunfo sobre los ingleses les había insuflado tal fuerza que se creían capaces de los mayores retos y las más singulares aventuras. Además, Íñigo me había asegurado que habían hallado el cadáver de Vera Dormuth entre los fallecidos en la contienda.

Encontraron su cuerpo flotando en la bocana del puerto, enfundado en sus refinadas ropas, el rostro ya desfigurado por la permanencia en la mar, y los miembros hinchados por los golpes y heridas que recibió durante la batalla. Cuentan que vieron a una mujer en la cubierta de uno de los navíos ingleses, animando con sus gritos a los piratas: «¡A ellos! ¡Hemos de aniquilarlos hasta que la mar esté tinta en sangre! ¡Fuego y destrucción! ¡Abajo el Imperio!».

Hasta que, comenzada la guerra galana, con su atronador cañoneo, una bala impactó su bricbarca, haciéndola volar en mil pedazos.

—Su odio no nos perseguirá nunca más —me aseguró mi esposo.

Al día siguiente de la llegada, la capital estaba preparada para la ceremonia. La mañana amaneció soleada, fresca la brisa y el cielo límpido.

La iglesia donde se celebraba el solemne tedeum estaba llena a rebosar, ya que sus dimensiones eran reducidas. La catedral, recién comenzada cinco años atrás, no estaba aún terminada. El templo aromaba incienso y algo de esencia de copal, que quemaban en unos hermosos sahumerios de plata.

Un religioso entonó la primera frase del cántico: «*Te Deum laudamus...*», y le respondió la sosegada voz de un joven seminarista criollo. La multitud se recogió en un respetuoso silencio para dar gracias por librarles del peligro de los piratas. A todas las mentes de los asistentes acudieron las funestas visiones de los ataques a islas y puertos del Caribe. Con excesiva regularidad, llegaban terroríficas noticias sobre asaltos corsarios, de crueldad infinita, ya legendaria. Los filibusteros saqueaban las ciudades, entraban en las casas a sangre y fuego, mataban a los hombres, y secuestraban a mujeres y niños para hacerlos sus esclavos, o aún peor, venderlos en algún mercado al mejor postor.

Robaban los barcos con las mercancías destinadas a la Península, y para completar tamaña destrucción, destrozaban y quemaban aquello que no alcanzaran a llevarse.

La desolación y la ruina dominaban los lugares que ellos atacaban.

Cuando el sacerdote cantó la última parte («*En Ti, Señor, confié no me veré defraudado para siempre*»), se elevó desde el coro un alegre himno de alabanza, seguido de una música etérea que desgranaban flautas, címbalos y las caracolas marinas.

El virrey estaba sentado en un entarimado alzado en la gran sala de Casas Nuevas, el nuevo palacio virreinal^[122].

Su porte era firme y, al estar derecho como un sable, parecía más alto. Comenzó su alocución, que anunció que sería breve:

—Vengo a Nueva España con varios propósitos. El primero terminar con las disensiones de sus habitantes. Es esta una tierra asaz hermosa. Entre todos, hagámosla prospera.

Un murmullo de asentimiento recorrió a los asistentes.

—Tengo en mi ánimo acabar con la insolencia de los piratas. Tras la victoria en San Juan de Ulúa, hemos desalojado a los ingleses de la isla de los Sacrificios. —Hizo una pausa y añadió—: Señor capitán de Vidaurre, habéis demostrado valor y una capacidad de reacción insuperables. El virreinato está en deuda con vos. —Y entonces Enríquez de Almansa manifestó con decisión

—: No he de ser yo quien, ciego a la evidencia, tenga ociosos a los mejores hombres del virreinato.

—Excelencia —contestó mi esposo—, fue la determinación de mis soldados, la prontitud del alcaide de San Juan de Ulúa y el arrojo de los ciudadanos de Veracruz lo que repelió la invasión. —Y añadió de inmediato —: Y la inoportunidad de los ingleses al elegir el día y hora del asalto.

Todos rieron con el apropiado comentario. En efecto, había sido motivo de largas tertulias la desinformación de los piratas. ¿Cómo era posible que desconocieran el inminente arribo de la Flota?, se preguntaban con asombro.

Entonces el virrey, para mostrar su estima a los defensores de Tierra Caliente, bajó de su estrado y les felicitó uno por uno. Al llegar a mi marido, le susurró algo, que no alcancé a escuchar.

Terminada la recepción le pregunté a Íñigo lo que le había comunicado Enríquez.

—Desea tener un coloquio conmigo para conocer la situación novohispana.

—¿Por qué a solas? —Ya temía que empujaran a mi esposo a otra aventura.

—Conferenciaré con todas las autoridades del virreinato, tanto seculares como religiosas. Desea estar bien informado.

La guerra en Nueva Galicia asolaba de continuo aquellos hermosos territorios. Enríquez de Almansa comprendió que solo con abundantes tropas y medios para dotarlas alcanzaría una victoria total. Todo aquel que quisiera infringir la ley, pensando que Nueva Galicia quedaba muy lejos del poder de la corona, sabía ahora que los controles serían regulares y exhaustivos^[123].

Al mismo tiempo, iba a entrar en escena un mestizo, personaje que haría cambiar el rumbo del conflicto. Se llamaba Miguel Caldera y era hijo de español y de india chichimeca. Había pasado la infancia y la juventud en esa tierra que conocía como la palma de su mano. Al morir su madre, siendo él aún niño, su padre lo encomendó a los franciscanos que regían un convento muy cercano a Zacatecas. En este año de 1568, Caldera tenía veinte años y se había incorporado al ejército.

El virrey organizó un consejo en el que sentó a personas que conocieran el terreno: soldados de frontera, mineros, clérigos del lugar, ricos ganaderos locales y los funcionarios de la corona destacados allí. Su idea inicial sobre los medios necesarios para terminar con el conflicto llevó a todos a pensar

que se imponía crear una fuerza de combate regular, con gentes conocedoras del terreno.

Al socaire de la nueva ofensiva, muchos criollos y españoles apostaron por invertir en las minas, que una vez libradas de la lucha con «los desnudos», comenzarían a producir abundantes cantidades de los preciados metales^[124].

Almansa decidió, como primera medida, establecer los, «presidios de frontera», como el de Ojuelos y Portezuelos, defendidos a su vez por escoltas militares, para garantizar los viajes de mercaderes y provisiones, y asegurar la buena marcha de las haciendas y la productividad de las minas.

A mí, ese movimiento bélico, que entusiasmaba a los hombres, me producía cierta ansiedad, pues temía que Íñigo se dejara seducir por el ardor guerrero, cuando apenas había regresado de su aventura naval.

Entre nuestros conocidos, Gaspar era el hombre que había conseguido mayores beneficios por su inversión, sin arriesgarse en exceso. Salvo una vez en la que visitó el territorio, años atrás, para comprobar con sus propios ojos las posibilidades que el negocio ofrecía, nunca había vuelto por allí. Parece que había dado plenos poderes a un compinche, el cual había elegido a un brutal capataz, que conseguía burlar las leyes para que los trabajadores de la mina laboraran sin descanso en condiciones inhumanas. Pero nada se había podido probar, pues las víctimas no se atrevían a denunciar los excesos cometidos. El resultado es que la fortuna de Gaspar crecía sin medida. Y su prepotencia también. Empezaba a parecerme peligroso.

EL GALEÓN SAN GERÓNIMO 1569.

*U*na noticia de España nos entristeció sobremanera: Martín Cortés *El Mestizo* había muerto combatiendo a los moriscos de las Alpujarras. Luchaba bajo el mando de don Juan de Austria, y parece que con suma valentía. Era de preocupar, y mucho, el apoyo que el Turco daba a los moriscos que habían permanecido, por propia voluntad, en Granada.

Sin embargo, en México, y tras rechazar a los infames bucaneros ingleses, un creciente esplendor iluminaba sus calles y plazas, y la capital se ocupaba de sus propias historias. No faltaban chascarrillos y cuentos que alborotaban la ciudad, poniendo unos a favor y otros en contra del desdichado, que veía sus cuitas aireadas por plazas y mercados.

Cuchicheaban de los amores de este o aquel; los lances entre caballeros celosos o las estrategias de damas poco resignadas a los devaneos de sus esposos. Una de las historias que apasionaban a las gentes era la cuestión de la bigamia, porque la lejanía incitaba a algunos al olvido de las responsabilidades aceptadas años atrás.

Sucedió que a la capital llegó la queja de Diego López del Castillo, que denunciaba a su suegro Arsenio López, de semejante guisa: «Ese suegro mío, con poco temor de Dios y de su conciencia, se tornó a casar otra vez en esa tierra de las Indias, en un pueblo que se llama la Puebla de los Ángeles, y ahora de presente vive en la Venta Nueva, cerca de la ciudad de México».

Las autoridades perseguían la bigamia, apoyados con ardor por los religiosos, ya que ambas instituciones defendían a las mujeres e hijos abandonados, a veces en situaciones dramáticas.

Oía yo los comentarios mientras me acercaba a la iglesia o salía para hacer algunos encargos de mi taller o para Las Moreras.

—¡Qué desvergonzado el tal Arsenio! ¡Hasta se hacía el santurrón! —decía una.

—¡Para que te fíes! De los hombres ya se sabe...

—Lejos de los ojos, lejos del corazón —concluía su comadre.

—¿Y qué me dices de la mosquita muerta de su actual amante? Bien había ella de saber que el muy truhán tenía ya familia en España —intervenía otra, a lo que una mujer que deseaba ser clemente respondía:

—Tal vez la pobre chica de acá también ha sido engañada.

—Sí, sí, engañada... —refunfuñaba la primera—. Vio la manduca asegurada, y se dijo «¡aquí me quedo, y allá penas!».

Y así hubieran continuado, si la aparición de una nueva compinche que traía sabrosas noticias no hubiera interrumpido sus suposiciones.

—¡Escuchad! ¡Vais a poder admirar las mil maravillas de Oriente!

Se volvieron todas hacia ella como atrapadas por un imán.

La que gobernaba el grupo preguntó:

—Muchacha, ¿es que te has vuelto loca? ¿Qué dices?

—Os vengo a anunciar, y lo sé de buena tinta, que se va a celebrar un mercado donde podremos contemplar, y quizás adquirir, aquellas sedas de China, mantones de Manila y los tesoros que solo unos privilegiados pudieron conocer.

Tras su aviso, las miraba de hito en hito, convencida de la importancia de su revelación. En efecto. Se armó entre ellas un alboroto sobre quién

conseguiría la prenda más codiciada, y cómo convencerían a sus maridos de que el buen nombre de la casa necesitaba de una esposa bien presentada.

Los rumores del emporio que iba a ser mostrado en la plaza recorrió la capital. El interés de las gentes estaba en su punto álgido, pues iba a tener lugar el mercado con todas las maravillas traídas de Oriente, aquellas que algunos habíamos podido contemplar en primicia.

El retorno del segundo galeón que zarpara rumbo a Manila produjo un considerable asombro. Las lujosas mercancías habían sido transportadas desde el puerto de Acapulco a lomos de mulas hasta la capital, y custodiadas, como era costumbre, por una bien entrenada tropa. Se anunció con gran pompa el mercado que iba a mostrar los codiciados objetos de Oriente, las mercaderías y artesanías novohispanas, junto a los productos que provenían de la Península.

Tres continentes unidos en la ciudad de México.

La plaza Mayor presentaba un aspecto de animación inusual. Los días de feria, la ciudad entera y los pueblos comarcanos acudían al mercado, pero la voz había corrido sobre los exóticos objetos que se ofrecían, y que los afortunados podrían comprar en México por vez primera. De todas partes del país llegaban mercaderes ansiosos de participar en esa feria mítica.

En efecto, tinajas de aceite, botellas de aguardiente, necesarios útiles de hierro, extraordinarios cueros repujados, refinados encajes y lencería de batista, procedentes de España; *cacahueteros* ofreciendo oscuras nueces de cacao, los tejedores con mantas de henequén o algodones purísimos; zapateros creadores de cómodas *guarachas* realizadas con corteza de árbol; vendedores de vistosas pieles de nutria, venado, tejón, gato montés y el espléndido jaguar; hermosos bordados de flora y fauna autóctona en todos los colores, refinados trabajos de plumería en sutiles matices de verdes y azules, se unirían y mezclarían desde aquel día, y gracias al galeón de Manila, a desconocidas especias, muebles de taracea de nácar y marfil, dorado ámbar con la mar encerrada en sus entrañas; perfumes cuya esencia de ylang-ylang y sampaguita embriagaba el olfato; tapetes de la India de abigarrados dibujos, y alfombras de la China con signos de su misteriosa caligrafía.

Y, también, rutilantes sedas, unas sutiles como alas de mariposa, otras recias sedas crudas, y por fin aquellas acariciantes como un beso, colgaban de los improvisados mostradores en sinuoso arcoíris.

Por supuesto, no habían de faltar las gavias con animales salvajes y aves exóticas. Separados del resto, cada uno en su jaula, los fieros ocelotes con su

manto soberbio y sus magníficas manchas; guajolotes de plumas tornasoladas y garganta carmesí, temerosos, sin comprender lo que les sucedía.

En las pajareras de fino mimbre, inquietos papagayos de rutilantes colores; indomables halcones con los ojos tapados; vistosos tucanes chasqueaban sus enormes picos, ante el temor de los indígenas que les consideraban los mensajeros entre los vivos y los muertos; en unas más pequeñas, los *tzinton*, colibrís de plumas azules y verdes, pugnaban por escapar hacia la dulce miel de sus flores preferidas.

Un tanto alejados del barullo central, con el fin de atender con parsimonia a los compradores, se habían instalado los tratantes de piedras y perlas. De un lado, el esplendor del oro y la plata de las minas de Zacatecas; jade, o *chalchivits*, portador de la suerte y poderoso contra el mal de ijada; turquesas sanadoras y de valor sagrado: amatistas protectoras del hogar y defensoras ante temores y pesadillas; corales del Yucatán contra el mal de ojo, y perlas del Pacífico, las extraordinarias perlas de Aljófar.

Yo seguía buscando las esmeraldas que algún día se convertirían en tentadoras sirenas, audaces centauros, o delicadas flores, pero no había aún hallado aquellas excepcionales que requerían esas alhajas. Sin embargo, ya había realizado algunas ajorcas y unos cuantos aretes con esa piedra. No había logrado olvidar la historia que me contara la madre de Tlacuilo, pero, si la esmeralda que perteneció a *La Malinche* todavía estaba en Nueva España, estaba bien escondida. Estrella poseía una magnífica, mas era Quetzalcóatl el que estaba representado, no aquella diosa lujuriosa que me había descrito la madre de Tlacuilo.

Además, cada vez que había querido hablar de esa gema con mi amiga, cambiaba la conversación. Es posible que fuera un legado de Moctezuma y ella deseara ocultarlo.

Conocía a estas alturas a mucha gente poderosa; por mi taller habían desfilado muchas damas principales para que les realizara alguna joya extraordinaria, pero nadie parecía saber nada de la sexta esmeralda, la que Cortés, en su época de gloria y pasión, regaló a doña Marina. Esa gema misteriosa debía de ocultar algún secreto.

La atmósfera de fiesta, el asombro de las gentes era tal, que decidí gozar de esa vida palpitante que discurría a mi alrededor. Todos los sentidos estaban alerta:

El punzante perfume de la canela, la pimienta y el clavo estimulaban mi olfato; la visión era requerida por tantas cosas a la vez que no sabía dónde mirar; el oído se deleitaba en las baladas de los sonoros guitarrones o en la

dulce melodía de una flauta; gocé con el tacto suavísimo de los tejidos de la China y gusté de los alimentos locales, maíz y tomate, aderezados con las nuevas especias...

Mi sueño del paraíso fue interrumpido de forma brusca por una visión que me desagradó: en un recodo del mercado vi a Gaspar muy arrimado a Estrella, en lo que, desde lejos, parecía un decidido cortejo. Me extrañó que mujer enamorada, como yo sabía que era Estrella de su marido, permitiera esas galanterías extremadas a hombre poco de fiar como todos conocíamos que era Gaspar.

«¿Qué estará tramando ese malandrín?», fue la pregunta que me vino a la mente. Pero el día era de fiesta, no de preocupación. El sol radiante, el contento general y el esplendor que se ofrecía a mis ojos habían de ser disfrutados. Eso requería mi atención. Los niños correteaban entre los diferentes puestos, mientras los padres admiraban la variedad de aquella riqueza que reunía la cultura de tres continentes y convertía México en el corazón del Imperio.

LA BARRAGANA

Nuestro consuegro empeoraba su talante a medida que crecía su fortuna. Cuando antaño Gaspar quiso imponer a su querida en su propio hogar, Luz, su hija, se había encarado con su padre, afeándole su conducta. Consiguió que Vicenta abandonara la casa, y podía parecer que Isabel había ganado la partida. Pero habían pasado los años... Y Gaspar, aumentado su poder.

En verdad, la amante de Gaspar había ido acrecentando su osadía, al ver que sus desmanes pasaban desapercibidos, o bien nadie quería ofender al cada vez más temido Gaspar. Y ella se confió.

No había seda suficientemente brillante, ni mantón de Manila cuyo bordado fuera de la categoría de esa «mujer enamorada», ni chapín que gastara tanta plata, ni joya, ni ajorca, ni zarcillos que le bastaran.

Además, Vicenta comenzó a pasearse con aire retador, bajo las ventanas del hogar de su amante. Luz, a la que yo había tomado sincero cariño, me contó que no soportaba ver sufrir a su madre, y que animó a Isabel para que reclamara a su marido un comportamiento más digno. Mi nuera me relató la confrontación que ambas tuvieron con el padre y marido:

—No reparas en mi honor, ya lo sé... —Isabel todavía dudaba si continuar—. Mis parientes acumulan reproches contra ti...

—¡Se me da un ardite de tu parentela! ¡Agradecidos tenían que estar que te acogiera en mi casa! ¡No sirves para nada y encima estás carcomida por los celos! —gritó Gaspar, cegado por la ira.

—Yo te aviso: el desaire que a mí haces recae sobre mi familia y no han de aceptarlo de buen grado. —Era su último recurso.

—¿Que no han de aceptarlo? ¿Quién te crees que eres? Vienes de una familia hidalga, pero mientras ellos han quedado como estaban al venir a estas tierras, yo he prosperado, soy rico, tengo poder y he de mostrar el boato de mi casa.

—¿Piensas hacer patente tu importancia del brazo de una esclava? —acusó Isabel, al borde de las lágrimas.

—Tus parientes no son nada... Y en cuanto a la esclava... ¿Quién te cuenta esas historias absurdas?

La hija preferida de Gaspar, Luz, se había erigido en defensora de su madre, y con tal ahínco, que la certeza del bribón se tambaleaba. Él procuraba parecer seguro, pero una vez pasado el ramalazo de la ira, sabía que no le convenía enfrentarse a la familia de su mujer. Eran honrados, nobles y respetados.

Entre tanto, los hermanos de Isabel se reunían para reflexionar sobre las actitudes desconsideradas de su cuñado.

—¡Bien que avisamos a nuestra hermana que con él no se desposara! ¡Intrigante, advenedizo...! ¡Y ahora rico! —bramaba el mayor.

—No te sulfures tanto hermano. Ya no se permite la barragana en Castilla —dijo el tercero, a lo que otro de los parientes añadió:

—El amancebamiento, y más aún si es con una esclava, es un pecado público. Le denunciaremos.

—Sí, pero habremos de utilizar la astucia, pues he sabido que anda con muy malas gentes, matones que quitan la vida en un resuello —aconsejó otro familiar.

—Iremos a las autoridades, pero con sigilo, sin alharacas. Tenemos la ley de nuestro lado —sentenció el segundo, que era el más reflexivo.

—De todo esto, ¡ni una palabra! ¡Chitón! Que no sepa cuando le arresten de dónde le vino el golpe —concluyó el primogénito.

Pero el mediano sugirió con una sonrisa enigmática:

—Puede ser que no necesitemos ni intervenir nosotros. Con hacer llegar a las autoridades cierta información sobre las andanzas, y no precisamente

amorosas, de Gaspar, se verá altamente comprometido. Será su fin.

EL VIAJERO DE GUATEMALA

Con el pasar de los años, el entusiasmo con el que la capital había recibido la universidad disminuyó, debido a la ausencia de los profesores, que no cumplían con el trabajo requerido. Las denuncias de absentismo se multiplicaron, hasta que una queja, hecha con gracejo e intención, recorrió los mentideros de la villa, dejando en evidencia a los maestros. Un universitario, Gaspar Ruiz de Coruña, natural de Guatemala, escribió unos pasquines, en los que relataba su peripecia:

Él había venido doscientas sesenta leguas, solo a seguir el curso de Artes. Y que el maestro Hernando Ortiz no comenzaba a leer, causando gran perjuicio, sobre todo a los estudiantes foráneos^[81].

Los comentarios llegaron hasta el virrey, que dio orden terminante al descuidado profesor para que acudiera a impartir sus clases de inmediato.

Diego, que se dedicaba con pasión a la medicina, había estudiado en la época que la universidad contaba con profesores más responsables, pero había aprendido también con el sabio Martín de la Cruz, y nuestro dedicado amigo Rodrigo Bernáldez.

Todos contribuyeron a denunciar la ausencia de esos maestros que no cumplían con su deber, causando graves perjuicios a los estudiantes, que viajaban muchas lenguas, con el deseo de conocimiento.

Desde que Íñigo tuviera la entrevista con el virrey, no soltaba prenda. Quise saber de qué habían tratado, pero mi esposo se limitó a contarme asuntos generales de gobierno, aunque yo, que bien le conocía, presagiaba que había algo más que Íñigo me ocultaba. Temía que la estima que el virrey tenía a Íñigo se concretara en un nombramiento de responsabilidad y total confianza.

Si así era, mi esposo, que conocía mi deseo de retirarnos a la paz de la hacienda Las Moreras, no debía de saber cómo contármelo. Aunque nuestro buen amigo Rodrigo nos acompañaba, decidí que había de ayudarme, y comencé la plática:

—Mohíno veo a vuestra merced... Íñigo, conozco que deseas decirme algo... No me tengas en vilo.

—Tengo para mí que imaginas de qué se trata. —Todavía se resistía.

—Tú dirás. No se me alcanza tu intención. —Bien sospechaba yo lo que el virrey y mi marido tramaban.

—Enríquez de Almansa estima que la defensa de San Juan de Ulúa estuvo muy bien urdida... —Se quedó en silencio. Sopesaba la mejor manera de confesar su anhelo, y prosiguió—: Desea concederme un alto honor. Quiere nombrarme alcalde mayor de la ciudad de México.

Yo le contesté rauda:

—Me habías prometido que, tras la ausencia del Tornaviaje, marcharíamos a vivir a Las Moreras —dije a modo de reproche.

Rodrigo, que a todas luces estaba al tanto, opinó, sin embargo:

—Como español de Ultramar, me gustaría tener un alcalde mayor tan diligente como tú. Como amigo, preferiría verte en la tranquilidad y disfrute de Las Moreras.

—Me alegra que seas de mi parecer, Rodrigo. No solo es situación más adecuada a nuestra edad, sino que el capitán de Vidaurre —yo le llamaba así cuando estaba enfadada— ya ha prestado numerosos servicios a la corona. Es hora de gozar de la familia.

Mi marido había tenido tiempo para organizar su estrategia, y con ímpetu renovado comenzó a decir:

—Mica, piénsalo. Es una responsabilidad que me llena de satisfacción. Sería jefe político y juez... Defender a aquellos que necesitan de nuestra protección... ¿Te das cuenta cuánto bien se puede realizar desde esa posición?

—El mayor bien que hemos llevado a cabo en esta tierra es la hacienda Las Moreras. Allí hemos demostrado a todo el virreinato que se puede tener un ingenio productivo y, al mismo tiempo, dar un trato cristiano a los indios —contesté con la misma pasión.

—Sí, pero, además de eso, desde ese cargo, puedo fomentar la agricultura, y velar con más autoridad por el comportamiento de los encomenderos con los indígenas, ya que tengo competencia para administrar justicia.

Comprendí que tenía la batalla perdida, pero intenté un último razonamiento:

—Esforzados empeños son esos. Siempre que así sucede, surgen enemigos —y ya contáis con unos cuantos— porque, sin saberlo, truncáis sus mezquinos fines. Nos ponéis a todos en peligro.

Era una baza extrema, pero él no se dejó amilanar.

—El virrey ha permitido que lo piense con quietud. Serán solo tres años...

Su expresión implorante me conmovió. Él tomó mi silencio como signo de aprobación, y, a pesar de la presencia de su amigo, me abrazó con la dicha del hombre a quien es permitido seguir su destino. Yo deploraba ya mi flaqueza.



LIBRO IV:

LÁGRIMAS DE TLALOC 1570-1578

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero.

GARCILASO DE LA VEGA,
Soneto v.

Oportunidad perdida

1570

Yo debía ocuparme de los asuntos de la hacienda porque mi marido andaba atareado con los deberes de su cargo. Lo había tomado con tal dedicación, que apenas podía visitar Las Moreras, y era yo quien recorría — cada vez con más cansancio, he de confesar— las leguas que, aunque no eran muchas, separaban el campo y la ciudad. Para no entorpecer la labor de la orfebrería, algunas joyas las elaboraba en el taller de Las Moreras, y, con gran sorpresa, comprobé que las mujeres de allá aprendían con prontitud. Había formado a dos jóvenes nativas, que, espoleadas por la belleza de su trabajo, eran incansables. No daban por terminada una alhaja hasta que resultaba perfecta.

Quise, así mismo, organizar una modesta escuela para niños, a imitación de aquella que visitara años atrás con Motolinia. Muchas de las madres trabajaban en el campo, en el telar o la sedería, y al acabar su tarea, encontraban a sus hijos, sanos, salvos y aprendidos. Ante las ausencias de Íñigo, Diego se había ido incorporando a las faenas de la finca que antes realizaba su padre, y llevaba en estricto orden la contabilidad, que siempre se me había resistido; la cría del ganado y los pastos que daban el forraje necesario para los animales; la siembra de trigo para abastecer a las ya numerosas familias de la hacienda, y el cultivo de hortalizas y árboles frutales en las huertas feraces, para la alimentación de esa pequeña-gran familia que vivía y trabajaba en Las Moreras. Poco a poco, las chozas de zacate, hechas con la sólida fibra vegetal, habían sido sustituidas por casas de adobe, más frescas y seguras.

Así mismo, se ocupaba mi hijo de la salud de la población, y, además, y con mucho tino, de las relaciones con el cacique de indios.

Y no era un quehacer sencillo, pues desde que le habían otorgado al cacique el derecho de tener renteros para cultivar sus tierras, montar a caballo,

llevar espada y, sobre todo, ser tratado de «don», pensaba ser, al menos, un príncipe romano.

Mi hijo Diego había canalizado su intensa pasión por la vida en una profesión, la medicina, que saciaba su afán de conocimiento mediante el estudio de la botánica. Esta disciplina le empujaba a estar en contacto con todas las novedades científicas que llegaban de la Península, y que le concedía practicar el servicio a sus conciudadanos, sobre todo a los más pobres y necesitados, curando sus dolencias. Así cumplía con el ansia de justicia que albergaba su corazón.

Muchas veces me preguntaba a mí misma cómo podía mi hijo encontrar tiempo para tanta actividad. Debo reconocer que la inmensa fortuna de Gaspar, derramada con largueza sobre su hija y su yerno, permitía que Diego no tuviera la preocupación frecuente en la mayoría: ganar nuevos doblones para el sustento de su prole. Luz, su esposa, le había dado ya tres varones que eran el ojito derecho de su abuelo Gaspar, pues sus otros hijos habían tenido solo niñas. Nada era suficiente para esos nietos. Los más hermosos caballos, los juguetes más costosos venidos de la Península... Y algo que yo agradecía: los mejores maestros que mandaba venir de España.

Mi hijo era un hombre asentado en la existencia. Gozaba del respeto de la sociedad capitalina, y crecía su renombre como médico humano y dedicado al aprendizaje constante de su ciencia. Podía dedicarse a las actividades que le interesaban, y Luz, mujer discreta y enamorada, le dejaba ocuparse de sus asuntos, mientras ella llevaba con mano firme las riendas de la casa.

Eran queridos y considerados en la capital, y Gaspar, que buscaba siempre el respeto que no lograba, se felicitaba por ello.

LEPANTO

1572.

Como de costumbre, esperábamos con inmenso interés las nuevas que llegaban con la Flota, llamada en aquellos años, Tercio de la Armada del mar Océano. Era el mes de junio y estos expertos marinos traían la noticia de una gran victoria: el 7 de octubre del año del Señor de 1571 había tenido lugar una lucha feroz contra el Turco en el golfo de Lepanto. La Santa Liga, formada por el Papado, Venecia y España, bajo el mando del capitán general don Juan de Austria, había infligido una portentosa derrota a la armada de Solimán.

La batalla había durado cinco horas, y la soberbia estrategia de don Álvaro de Bazán, además del arrojo de las fuerzas cristianas, había inclinado la balanza a favor de los coaligados.

No se hablaba de otra cosa en el virreinato, pues semejante acontecimiento fortalecía el imperio sobre los mares de nuestro país. Comprendí que mi esposo hubiera deseado participar en semejante ocasión, y para satisfacer su curiosidad, le insinué que invitara a casa al capitán que trajo las nuevas.

Era un joven familiar del lugarteniente de don Juan, Luis de Requesens, que se había distinguido por su astucia y valor en Lepanto. Reunirnos para la ocasión a los amigos de siempre, y al frescor del patio iniciamos la velada.

—Narradnos, capitán, la famosa contienda. Estamos ansiosos por conocer cuanto allí sucedió —rogó Íñigo.

—Nada me hará más feliz, pues creo que confirma el poderío español.

—Prosiga vuestra merced —le animé.

—Habéis de saber que un valiente soldado, don Miguel de Cervantes, que perdió un brazo en esas lides, la definió como «la más grande ocasión que vieron los siglos». Y no exageraba... ¿Sabéis cuántas gentes de guerra conformaban nuestra fuerza?

El silencio era absoluto. Todos estábamos pendientes de sus labios.

—Veinte mil doscientos treinta españoles dispuestos a vencer o morir. Y eso sin contar la marinería y los remeros deseosos de empuñar las armas si fuera menester.

Rodrigo, que deseaba conocer la estrategia, preguntó:

—¿Fuisteis a perseguir al Turco, o ellos presentaron guerra?

—Las galeras de Juan Andrea Doria, sobrino del gran almirante, habían avistado la flota otomana a inicios de septiembre. Don Juan intuyó que la armada turca se dirigía a Corfú, y dio la orden de zarpar, el 15 de ese mes.

—Las fuerzas de la Sublime Puerta habían de ser también imponentes... —aventuró mi hijo Diego.

—No lo dudéis. Era una visión formidable. Se habían guarecido en el golfo de Lepanto, adonde fuimos a buscarles. El capitán general, al salir el sol, dio la orden de ataque. —Miró en derredor y comprobó que la audiencia estaba ya entregada—. Frailes franciscanos y religiosos jesuitas, encargados de ello por Pío v, impartieron la bendición a las tropas.

Me fijé en mi esposo. Sus ojos brillaban como ascuas.

«¿Por qué no se saciará este hombre de aventuras? ¿Será que no le basta una vida tranquila junto a mí?», pensé. Pero el narrador continuaba.

—Tremolaban en el aire del alba las flámulas y banderillas azules del Papado, las verdes de los genoveses, las amarillas de los venecianos, y las blancas con las armas reales de los españoles... Y, abanderando todos ellos, el estandarte, con una cruz bordada, que representaba toda la Liga. —Lo refería de manera tan vivida, que realmente estábamos participando en la acción marítima.

—Siento el gusto de la sal de las olas en mis labios... —susurré a mi hija, pero ella estaba absorta en el relato del capitán.

—Don Juan de Austria mandó tocar la alarma y formar la empavesada. Al mismo tiempo, el comandante turco, generalísimo Ali Pachá, dio *orden* a la flota turca de salir formada en media luna, según costumbre de ellos, y a toda boga, intentaron romper el ala izquierda cristiana, y envolverla, atacándola por la espalda.

Un murmullo de inquietud recorrió la sala.

—Podíamos escuchar los gritos amedrentadores de los jenízaros, la temida infantería del sultán^[82], en la nave capitana turca; y veíamos, a cada instante con mayor nitidez, la imponente fuerza de arcabuceros y arqueros dispuestos a la lucha.

—He oído decir que la acción de nuestros arcabuceros fue decisiva —apuntó Íñigo.

—Estáis bien informado, capitán. Demostraron un valor y una astucia admirables. —Hizo una pausa y retomó su discurso—. Embistieron los otomanos el ala izquierda de la Liga, esto es, las galeras venecianas, que cerraban con su formación la posible huida del enemigo hacia las islas Equinadas.

—¿Cuál era el número de soldados enemigos a los que nos enfrentábamos? —La pregunta la había hecho Rodrigo Bernáldez, y era cabal, pues nos sentíamos todos implicados en los sucesos de aquel amanecer.

—Era en verdad una visión terrorífica: doscientas diez galeras, ochenta y siete galeotas, que podían albergar unos ciento veinte mil hombres de guerra. —Se detuvo para beber un sorbo de agua de almendras. Y Diego, al que interesaban las cosas de la mar, aprovechó para preguntarle:

—¿Cuál era la posición de don Álvaro de Bazán?

—Se situó en la retaguardia con veintiún galeras españolas, diez venecianas y cuatro pontificias, todas de insuperables condiciones marineras. Allí aguardaban para acudir al socorro del flanco, que de su ayuda hubiera menester —respondió, y tras meditar un instante dijo—: Tras cinco horas de denodado combate, gritos de dolor de los heridos, hombres caídos en las

aguas, que eran llevados al abismo por la corriente, humareda de los barcos incendiados, tronar aterrador de los cañones... fue declarada la ansiada victoria.

Se detuvo para ver el efecto de sus palabras. Y mi marido comentó:

—Terrible derrota para el sultán. Le mantendrá sosegado durante una temporada.

—No os confiéis, Íñigo. ¿Sabéis lo que manifestó al conocer la noticia del desastre?

Aguardábamos con curiosidad.

—Proclamó: «Habéis afeitado la barba del Gran Sultán, pero esa barba brotará con más fuerza en semanas». Esa fue su reacción.

—En todo caso, ha sido un triunfo deslumbrante para la Liga, y un descalabro enjundioso para el Turco —afirmó Íñigo.

—Sin duda —respondió el capitán—. Afianza el poderío del Imperio en los mares, por muy extensos que estos sean. Por cierto, Íñigo, he oído decir que tuvisteis un quehacer relevante durante el ataque de Hawkins a Veracruz.

—Los piratas ingleses intentan menoscabar el dominio español de los mares, robando los buques de la Armada del mar Océano, pero esta vez, no estuvieron sagaces. Decidieron atacar en el momento que llegaba el nuevo virrey, con los galeones y el buque de guerra de escolta.

Rieron todos, recordando la humillante desbandada inglesa.

—Además, demostraron poco aprecio a sus compañeros. El tal Drake escapó con el único barco superviviente, dejando a sus compinches heridos o ahogándose en la mar —apostilló mi esposo.

—Lo más inquietante es que la reina Isabel, en lugar de atar corto a esos bandidos, les premia con título y honores —sentenció Íñigo.

—¡Vive Dios que acabaremos con ellos como los bravos soldados han hecho con el Turco! —exclamó Rodrigo.

Pero el capitán, que había vivido tan de cerca la contienda, afirmó:

—Hemos de analizar la estrategia otomana. Además de sus propias fuerzas, que son numerosas, han logrado aglutinar a otras tan diversas como los fanáticos que luchan por el islam, o los que esperan hacerse ricos mediante un jugoso botín de guerra.

Y esta diversidad es controlada y liderada por la férrea mano de los generales y almirantes del sultán. La disciplina otomana es rígida: una muerte horrenda aguarda a aquellos que cometan traición. O simplemente, un error. —Y añadió—: El conocimiento riguroso y veraz del enemigo es lo que nos dará la victoria.

Un tumulto de voces entusiasmadas coreó la frase de nuestro amigo.

Yo miré a Íñigo y su faz no revelaba tamaña seguridad.

La intuición de mi esposo, una vez más, resultó acertada. A final de año, nos llegó una horrenda noticia. El Draque y sus secuaces, apoyados económicamente por unos avariciosos nobles ingleses, habían organizado una potente flota, que se dirigió al Caribe. En Puerto Escondido recabaron información de unos cimarrones, que les dieron los datos de la caravana de mulas que transportaba la plata del Pacífico al Atlántico, para ser embarcada en las naves españolas.

La comitiva avanzaba con lentitud por el angosto camino. El calor y la humedad reinantes habían infligido el lógico cansancio en los hombres y en las bestias. Sin embargo, los emboscados habían descansado en el campamento de fortuna que habían montado en la selva, y ahora aguardaban en calma a que su presa se encontrara en el punto donde se hallarían más indefensos.

Las mulas, como si hubieran detectado el peligro, se resistían a avanzar. Pero los soldados les forzaron a ir al encuentro de su destino.

Los piratas cayeron sobre la reata de acémilas, robando el abundante mineral que necesitaba Felipe II para cubrir sus abundantes gastos en las campañas militares. Con este latrocinio se cubrían dos objetivos: enriquecer las arcas de la reina Isabel, protectora de estos desmanes, y vaciar las del rey español, que no podría hacer frente a tantos frentes de batalla.

Conocíamos de antemano que el recibimiento que dispensarían al Draque sería fabuloso.

Y, para colmo de males, supimos que corsarios ingleses apoyados por hugonotes de Francia habían organizado una flota, los «Mendigos del Mar», destinada únicamente al ataque de barcos españoles que navegaran hacia o desde Flandes^[83].

EL VIRREY ENRÍQUEZ

*D*e Oriente las nuevas venían cargadas de gloria. Legazpi, a pesar de su avanzada edad, acababa de fundar la «siempre leal y distinguida ciudad de España en el oriente de Manila». Felipe II, promotor entusiasta de la empresa, mandó un real decreto para que se construyera de inmediato la ciudad intramuros, según planos del arquitecto Herrera.

Los que de allí tornaban se hacían lenguas de la belleza de su naturaleza, la hermosura de una mar azul y transparente, y la sensata y valiente gobernación de don Miguel.

Tantos trabajos, y tan bien llevados, hicieron que el rey determinara nombrar a Legazpi gobernador vitalicio y capitán general de Filipinas.

Íñigo no cabía en sí de gozo, y vino a contarlo con sincero entusiasmo. Al poco, entraban los Bernáldez, para indagar sobre los rumores que habían escuchado.

—¿Es cierto, Íñigo? ¿Le han concedido una renta de dos mil ducados? —preguntó Rodrigo.

—Por fin lo ha conseguido. Vivía con suma estrechez, pues, como sabéis, la corona no le había resarcido de los muchos gastos en que incurrió para la expedición del Tornaviaje —aseguró mi esposo.

—Solo le faltó empeñar o vender su casa. El resto de su hacienda lo invirtió en bastimentos, construcción de naves y lo necesario para la gloriosa empresa —recordé, indignada con la lentitud real.

—Es un hombre excepcional —añadió mi hijo Diego con admiración—. Cuenta con extensa familia, y hasta ahora lo único que podía dejarles era la fama, pues los caudales los había gastado en hazañas para la corona.

—No menosprecies la fama —fue la respuesta de Íñigo—. Un puñado de hombres valientes y decididos están haciendo historia... y nosotros somos tan afortunados que hemos participado en ella, y hemos trabajado codo a codo con esos hombres legendarios.

Los muchos amigos que le recordábamos con estima y admiración vimos partir la caravana que portaba su nombramiento y los tan esperados dos mil ducados de renta en dirección a Acapulco, para tomar el galeón de Manila.

Cada vez que la expedición con las mercaderías del galeón de Manila llegaba a la capital, corríamos ansiosos a saber de nuestro buen amigo Miguel. Pero este año de 1573, el afán era mayor, pues deseábamos conocer la reacción de Legazpi ante su nombramiento y el fin de sus apuros económicos.

Lo que nos entregaron fue una carta de su lugarteniente, Guido de Lavezares. En un estilo muy pulido, pero con inmenso dolor, nos anunciaba la muerte de Miguel^[84] el pasado 20 de agosto.

Señor capitán de Vidaurre:

Por la antigua amistad que sé que os unía a nuestro gobernador y capitán general, me veo obligado a informar a vuestra merced del fallecimiento de don Miguel de Legazpi. Una brutal apoplejía se lo llevó en medio de una penuria económica, que le dio mortal sufrimiento.

La Real Cédula de su majestad con el honroso nombramiento de gobernador vitalicio y capitán general llegó demasiado tarde. Don Miguel, grande entre los grandes, ya era muerto, cuando arribó la noticia^[125].

Mucho había peleado fray Andrés para que otorgaran a don Miguel lo que justo era concederle. En todos los empeños que la corona exigió a Legazpi, este se había entregado con generosidad inusitada y una manera de gobernar firme, pero siempre clemente, la cualidad que solo adorna a los mejores.

Como amigo y compañero de descubrimientos, Íñigo sintió que era su deber difundir la ingente labor de Miguel de Legazpi, haciendo conocer la carta de Guido de Lavezares, que acababa así:

A pesar de la congoja de estas nuevas, espero que esta carta os halle en salud a vos y a vuestra familia.

Al servicio de vuestra merced en estas remotas tierras.

GUIDO DE LAVEZARES

En la Siempre Leal y Distinguida Ciudad de Manila.

LUJO EXCESIVO

24 de noviembre, 1577.

Los años habían pasado y, escuchando mis ruegos, Íñigo había dejado su cargo, lo cual le permitía pasar más tiempo con nosotros, y a mí gozar de

su compañía. Se mostraba muy activo, porque, entusiasmado como siempre con la mar, se dedicaba al estudio de los vientos, corrientes y tempestades que había encontrado en el Tornaviaje, y de los que fray Andrés había dejado numerosos documentos. Poco a poco, se iba interesando por la hacienda. Aunque, por fortuna, ya no tenía que intervenir en los conflictos que no dejaban de producirse, el virrey tenía en alta estima su conocimiento y experiencia, y acudía con frecuencia a su consejo.

Otros, sin embargo, preferían ocuparse con la exhibición de un lujo desmedido. La competencia con la corte de España y el recuerdo de los esplendores aztecas habían originado a través de los años un desmesurado afán por las actividades refinadas y aristocráticas.

Esto conllevaba una exagerada afición por sedas, joyas, alfombras de Turquía, muebles de maderas preciosas, carruajes forrados en tafetanes... Nada era suficiente para los privilegiados que disfrutaban de estas maravillas, sobre todo, desde que Urdaneta abriera el retorno de Oriente, origen de toda clase de objetos preciosos, que confirmaban, en hogares y atavíos, la importancia de sus poseedores.

Estos excesos habían provocado en el pasado serias reprimendas por parte de las autoridades tanto civiles como religiosas.

El virrey, que era hombre sobrio, daba ejemplo de comedimiento, pero las principales familias criollas seguían compitiendo en poder y apariencia. Este despliegue llegó a tal punto que el 24 de noviembre Martín Enríquez dio a conocer la Cédula Real que conminaba a los habitantes de Nueva España a limitar sus excentricidades. Quedaba terminantemente prohibida la ostentación en coches, caballos y mulas^[126].

Las bellas criollas consideraron una ofensa la privación de sus carrozas, que a veces usaban para trasladarse a veinte pasos del portal de su casa.

¡Qué alboroto se armó en la ciudad!

Pero como los acontecimientos se ocupan de imponer la realidad, mientras algunos novohispanos estaban ofuscados manteniendo lujos y privilegios, los piratas ingleses no descansaban. Dos años atrás, la villa de Nombre de Dios había sido atacada y saqueada sin piedad.

Ahora, en los albores del año del Señor de 1578, mi esposo recibió de uno de sus mejores espías, con los que seguía manteniendo buena relación de amistad, una noticia que le causó la máxima preocupación. En el puerto de Plymouth, el Draque estaba preparando una flota con cuatro barcos bien artillados y pertrechados, que, aventuraban con razón, podían dirigirse a los puertos de Ultramar.

Se tomaron las medidas necesarias para la defensa de villas ribereñas, pero, al mismo tiempo, supimos de una feroz operación contra el buen nombre de nuestra patria.

Mi esposo estaba desolado, pues eran muchos los intereses que se unían para debilitar tanto a España como a las Indias.

—Los ingleses, aliados a Flandes, han emprendido una campaña de difamación contra nosotros, para justificar sus latrocinios —me dijo apesadumbrado.

—Mas la crueldad y avaricia con las que asolan, matan y roban esos piratas, son de sobra conocidos —afirmé.

—Te equivocas. Las noticias que propagan no respetan la verdad. Ocultan los desmanes de sus compatriotas, revistiendo su cruel comercio de seres humanos con ínfulas de humanidad...

—¿Y cómo es eso posible? ¿Quién puede dar crédito a semejante patraña? —pregunté indignada.

—Aquellos que desean difundir lo que les conviene. Han de presentar a España como una nación cruel, que esclaviza a sus súbditos de Indias. Ellos serán entonces los liberadores de ese pueblo oprimido y justificarán así lo que no son sino latrocinios y desmanes. Y enriquecerán sus bolsillos.

—Y la reina Isabel, ¿no aborrece ser tan mal servida?

—En absoluto, mientras esos picaros corsarios llenen sus arcas.

De repente, un súbito recuerdo cruzó mi memoria:

—¡Ahora veo el sentido que encerraban las palabras de Urdaneta! Bien lo preveía él.

—¿A qué te refieres? —inquirió mi esposo.

—Recuerdo como si fuera hoy —dije con seguridad— una conversación con él y con Miguel, en la que afirmaba que todos esos ataques eran una organizada estrategia, y que una vez convencida la gente de las calumnias, sería casi imposible hacerles creer la verdad.

—No debes albergar duda alguna. Por una parte, los asaltos a nuestras naves en el Mediterráneo a manos de turcos y berberiscos, en las Indias por piratas y corsarios ingleses y holandeses, los levantamientos en las Alpujarras y Flandes, la flota de los Mendigos del Mar, es cumplida maniobra para debilitar al Imperio y acabar con él. —Se detuvo un instante y continuó—: Han encontrado modos infames de luchar contra nosotros... Una campaña de difamación que nos presenta ante el mundo como una nación cruel que tiraniza a sus súbditos..., un imperio al que hay que arrancar el poder de cualquier modo... aunque sea ilícito —completó Íñigo.

—¿No existe manera de frenar esa maledicencia que tan mal nos presenta?

—Sí, Mica, algunas naciones construyen calumnias, y a otras les conviene creerlas a pies juntillas. Ardua es la tarea de desmentir falsedades.

Matlazahuatl

1578

LA AUTÉNTICA CONSPIRACIÓN

Los excesos de nuestro consuegro habían causado con frecuencia dimes y diretes, pero todavía me quedaba por conocer la parte más oscura de nuestro, a mi pesar, familiar. En los últimos meses, Gaspar se mostraba cada vez más insolente y seguro de sí mismo, hasta tal punto que comenzó a tratarnos con desdén.

Entonces mi esposo creyó conveniente poner en mi conocimiento un informe que me dejó consternada, pero convencida de que nuestra antigua decisión de poner distancia entre él y nosotros había sido acertada. Los rumores de revuelta se habían acallado hacía muchos años, y nadie sospechaba que, soterrados y escondidos, algunos inconscientes traidores continuaban con el absurdo anhelo de «alzarse con la tierra».

Todas las piezas encajaban y lo que tantos temían nos había sucedido a nosotros. Amigos ajenos a toda sospecha estaban implicados en la soterrada revuelta. Íñigo, con extremo pesar, me enseñó los documentos que sus espías le habían entregado. Uno de los suyos, un «ojos y orejas» infiltrado entre los conspiradores, hacía un minucioso recuento de la reunión secreta a la que había asistido:

Reunidos en aquella casa oscura y pobre, se encontraban personajes de considerable poder. Hablaban bajo, como si los muros estuvieran entretejidos de espías dispuestos a delatarles. La preocupación se leía en sus rostros, sobre todo en el de la galana princesa Estrella, que

veía peligrar sus intereses, pero ante todo, la seguridad y prestigio de su amado Diego.

Reflexioné: yo, que conocía que la pasión volcánica que encendió el cuerpo joven de Estrella se había ido transformando con el pasar de los años en una adoración sin límites, imaginé lo peor. Ella había forjado con sus sueños un mundo para agradecerle el trato que recibía como mujer. Dama de inteligencia intuitiva, había comprendido que ningún hombre de su raza la hubiera considerado de la manera que Diego la trataba.

Al mismo tiempo, su ambición le espoleaba a tomar el lugar que las señoras españolas ocupaban en la sociedad. Había oído hablar de esa reina de Castilla que consiguiera domeñar la nobleza, el clero e incluso a su astuto esposo, y ya se imaginaba así misma señora adorada del Anahuac.

Contemplaba el linaje que Diego y ella habían sembrado en esta tierra que reverenciaba, y estaba dispuesta a conseguir sus fines a cualquier precio.

Continué leyendo:

Se adelantó la princesa y razonó de tal manera:

—Siento mucho que Fermín, tan amigo de los Vidaurre, se interpusiera en nuestro camino, pero como había oído a mi madre, Papatzin, eran bajas achacables a la guerra —se lamentó junto a su esposo.

Le sacó de sus pensamientos la entrada de Gaspar, embozado como un furtivo y mirando a todos los lados como si temiera traiciones incluso de los suyos.

—¿Qué caras largas son esas? —murmuró el recién llegado con rabia.

—¡Bienvenido, Ocelote! —exclamaron todos a coro.

¡Santo Cielo! Descubrí en ese momento que el famoso Ocelote de antaño no era otro que Gaspar.

—Los hechos son muy graves —intervino Diego— y nos ponen a todos en peligro...

—Tenemos traidores en nuestro seno. Si nos descubren, no habrá piedad... Recordad el ajusticiamiento de los Ávila, y los castigos a los Cortés —añadió otro con preocupación.

—¡No seáis pendejos! ¡Os asustáis como mujerzuelas! Nunca lograron esos inútiles de Ávilas y Cortés comprender que necesitaban nuestro firme apoyo. Por tanto, no estuvimos implicados. Y nadie sabe de nuestras intenciones presentes —espetó Gaspar con furia.

—¡Pero tirarán de los hilos y nos descubrirán! —exclamó uno de ellos, atemorizado.

—Discurrid un poco. ¡Voto a bríos! Estos asuntos nos favorecen.

—¿Nos favorecen? —dijo, ya interesada, Estrella— Citlati. —Explicaos.

—Sabíamos entonces que la Real Audiencia sospechaba, gracias a sus espías, que la trama de una conjura estaba en marcha. Al prender a ese inútil de Martín, la creyeron descabezada. Nos hemos mantenido en la clandestinidad, con habilidad, con astucia, hasta contar con la aprobación de muchos. Ahora tenemos la vía expedita para nuestros designios.

—No será tan fácil. —Diego razonaba con prudencia—. Sabemos que entre nosotros cobijábamos a un traidor; y que ha hablado. Vidaurre es perro viejo, atesora experiencia y tenacidad.

Gaspar aseguró con voz firme:

—*Que están avisados es cierto, pero Vidaurre ya no ocupa ningún cargo... Y si es necesario haremos que esté ocupado con otra amenaza.*

—*¿Qué insinuáis? Hablad claro, pues no quiero comprometer mi nombre en sucias trampas y asesinatos*
—*aseguró Estrella.*

Sentí un ligero alivio. Si Estrella era tan astuta como yo creía, tenía que saber de la capacidad de Gaspar para la ruindad, y no se complicaría en esa conjura.

—*Si queréis mantener vuestro prestigio, no hagáis preguntas.*

Al leer estas palabras amenazantes, mi corazón se alarmó. Pero quería saber. Saberlo todo, para estar preparada. Proseguí entonces:

Los otros callaban con el temor de enfrentarse a acciones demasiado atroces para sus conciencias.

Continuó entonces el cabecilla:

—*Los criollos hemos visto conquistar esta tierra por nuestros padres, y, sin embargo, nos apartan de los cargos de relieve, ocultándonos las decisiones que se toman sin nuestra intervención.*

—*¡Bien dicho, Gaspar!* —*apuntó uno de los revoltosos*—. *Nos niegan la oportunidad de mejorar el gobierno novohispano con nuestras determinaciones.*

—*Muchas son las deficiencias de estas autoridades que nos imponen desde la Península* —*continuó Gaspar, ya embravecido.*

—*Estoy con vos en este argumento, pero habéis de jurarnos que no habrá de nuevo derramamiento de sangre.*

—*La voz de Diego sonaba tranquila, pero en su interior se debatía entre la lealtad a su patria, que había aprendido de su padre, lugarteniente de don Hernán, y las reivindicaciones de su mujer.*

Comprendí que cuando Estrella se las planteaba, ¡le habían de parecer tan justas!

Recordé aquella frase que tantas veces le había oído a mi amiga, y que martilleaba mi memoria sobre todas las demás: «Soy hija de princesa azteca, y Papatzin siempre me dijo que los hombres de Quetzalcóatl llegarían del cielo, para crear con nosotros un nuevo mundo, una nueva raza».

La siguiente descripción me llenó de temor:

A pesar de ser proferida en voz muy queda, alcancé a escuchar que la princesa musitaba, zalamera, a su esposo:

—*Está en el orden de las cosas que una princesa azteca, casada con un hombre de Quetzalcóatl, se alce con la tierra. Ese sería el verdadero mestizaje.*

Por lo que yo sabía de mi amiga, lo que no decía Estrella-Citlati era que su madre nunca le habló de traición contra la autoridad. Esas ideas facciosas se las había inoculado, gota a gota.

Gaspar, quien aspiraba, así mismo, al lecho de la exótica princesa, que, como dama principal del Anahuac, le auparía al vértice del poder.

Estaba convencida de que mi amiga intuía estos designios, pero amagaba sin dar, para no contrariar al traidor que tan útil era para sus ansias de poder. Ya habría tiempo, cuando reinara junto a su adorado Diego, para ponerle en su sitio.

Algo en el escrito me llamó la atención:

Estrella acarició la portentosa esmeralda con la efigie de Quetzalcóatl que ocultaba bajo su huipil, y parecía darle la fuerza que necesitaba para semejante empresa.

Esa misteriosa esmeralda volvía otra vez a unir a don Hernán con unos extraños acontecimientos...

Gaspar, con paciente determinación, ahora lo percibía yo con claridad, había ido dando los pasos necesarios para ir alcanzando poco a poco el puesto que le designara como el hombre único que pudiera gobernar Nueva España.

Y lo había llevado a cabo en silencio, manteniéndose en la sombra.

El matrimonio con Isabel, ella de claro linaje, le aupaba a una condición superior a la suya; los favores concedidos a los desfavorecidos hidalgos, que contaban, sin embargo, con el prestigio de haber combatido junto a don Hernán, y que le apoyarían si fuera necesario; el acrecentamiento de su fortuna, con la concesión de las ricas minas; la respetabilidad obtenida con las extensas propiedades, tanto en la ciudad como las haciendas y ganaderías que ahora poseía...

Todos estos hechos habían estructurado una paciente tela de araña, en la que todos aquellos que habían recibido las mercedes de Gaspar quedaban atrapados. Esa parroquia apesebrada, unida a su inmensa riqueza, le conduciría al puesto en el que Gaspar creía encontrarse.

No pude detenerme en mis pensamientos, y tomé el esclarecedor documento:

La voz determinada de Gaspar volvió a la princesa a la realidad.

—¿Por qué habéis de estar sometidos a unos hombres que nada conocen de estas tierras? —Y continuó su arenga —: ¿No recordáis las valientes palabras de Bernal Díaz^[85]?

Como un actor que estuviera recitando desgranó:

—Porque como no habéis gastado cosa alguna en estas conquistas, ni sabíais ni teníais noticia destas tierras estando como estabais en aquella sazón en Flandes y

viendo una buena parte del mundo que os entregamos, como vuestros más fieles vasallos, lo tuvierais por bien y nos hicierais merced dello, y no andaríamos «de mula coja» y abatidos e mal en peor, bajo gobernadores que hacen lo que quieren.

«¡Qué bribón! —pensé—. ¡Cómo ha estudiado su papel!».

Un murmullo de admiración corrió entre los conjurados, que adoptaban palabra por palabra los reproches de Bernal.

—¡Yo también tengo unas singulares palabras de Bernal que demuestran lo mucho que nos debe la corona y la iglesia! —rugió otro espoleado por el vino consumido, y con voz titubeante recitó: Mas si bien se quiera notar, después de Dios, a nosotros los verdaderos conquistadores que les descubrimos y conquistamos, y desde el principio les quitamos sus ídolos y les dimos a entender la Santa Doctrina, se nos debe el premio y galardón de todo...

El ambiente se iba caldeando, y muchos de esos hombres habían en verdad llevado a cabo esforzados trabajos, y algunos habían sido testigos de audaces palabras proferidas sin ambages.

Es el momento indicado, hubo de pensar Gaspar, e hizo un imperceptible ademán a uno de sus compinches, que se apresuró a comentar:

—¡Razón lleváis, Gaspar! ¡Por vida mía, que si no tomamos alguna providencia, no merecemos ser hijos de quienes somos!

—¡Qué hable «Lucero»! ¡Qué hable!

Gritaron todos. Este Lucero, así apodado por su astucia y clarividencia, comenzó:

—Vuestro negocio se ajusta con el mío, y con estas valientes palabras del gran conquistador, Lope de Aguirre... amonestaba a Felipe II de esta manera:

»Os servisteis de los conquistadores y os quedasteis plácidamente a miles de kilómetros, mientras ellos daban la sangre por acrecentaros vuestros reinos.

»Hijo de fieles vasallos tuyos en tierra vascongada.

»Yo, rebelde hasta la muerte.

»Por su ingratitud.

»Lope de Aguirre, *El Peregrino*^[86]».

Un clamor entusiasmado coreó la última palabra. En un ángulo de la sala, amparada en la oscuridad, un caballero, a todas luces extranjero, observaba complacido el desarrollo de la reunión. Tras una seña del desconocido, Gaspar aseguró a sus secuaces:

—Inglaterra, poder ascendente, nos apoya en nuestras aspiraciones. Nos piden algo que nos beneficia: la destrucción de la Flota en Veracruz. Corta la retirada de las fuerzas gubernamentales y constituye la aniquilación en la que ellos ansían participar.

Al conocer esta horrenda traición, sentí una honda tristeza. ¡Habíamos compartido tantos años de, creía yo, sincera amistad, y ahora se desvelaban personas totalmente diversas! Me daba miedo lo que iba a descubrir:

En eso, unos recios aldabonazos resonaron en la puerta.

—¿Quién va? —preguntó más muerto que vivo uno de los conspiradores.

—La savia de la tierra —respondió una voz muy queda.

Al oír la contraseña, abriéronle de inmediato. Era el tal Luisillo, a quien el ánimo de venganza contra Micaela de Vidaurre y Tlacuilo había llevado al círculo de los conspiradores. En el hampa que pululaba por los bajos fondos corría la versión del creciente poderío de Gaspar, y el mestizo había visto en él su ocasión para desquitarse.

El terror se amparó en mí. Ahora estaba segura de que el ataque a Las Moreras había sido orquestado como un aviso por parte de Gaspar. Pero Luisillo lo había aprovechado para vengarse y había ido más allá de las órdenes recibidas. Mas su sed de revancha no se había saciado... Si estaba en su mano, dañaría de nuevo.

—Saludo con respeto a vuestras mercedes.

—¿Qué nuevas nos traes, Luisillo? ¡Mejor que sean buenas! —advirtió Gaspar.

—Sí que lo son, Excelencia —afirmó el mestizo.

Adulado por el tratamiento que daba Luisillo, el jefe le animó con un gesto para que continuara.

—La muerte de Fermín fue un aviso para aquellos que aún defienden el nombramiento de virreyes venidos de la Península.

—¡Nuestras vidas y haciendas nos pertenecen! ¡Impidamos el nombramiento de un nuevo virrey! — gritaron a coro los conjurados.

Gaspar impuso silencio con un gesto de las manos.

—Así se hará. Con la muerte de Fermín, dimos un rudo golpe al capitán de Vidaurre. Espero que comprenda el poder desconocido al que se enfrenta, y doblegue sus ansias de justicia. Así actuando, salvará la vida.

Luisillo, cegado por su odio desmedido hacia el capitán y su familia, iba a proferir unas palabras, pero Gaspar, con un gesto airado, le contuvo. Entonces, el taimado mestizo se explicó de la siguiente manera:

—Vos conocéis que son muchos los que os guardan lealtad, y numerosos los que aguardan una muestra de vuestras bondades. Los mestizos estamos alacanzados y prontos a cambiar esta situación injusta que nos mantiene empobrecidos.

Era evidente que las continuas peticiones monetarias de Luisillo habían hastiado a Gaspar, pero comprendía que era necesario mantener contentos a esos desarrapados, que, en el momento adecuado, podían producir graves tumultos en la capital.

—Es menester que te relaciones con mulatos, indios vagabundos, frailes renegados y todos los que ruedan las calles sin oficio. ¡Y no olvides a amarrones y negros!

—A estos últimos los tiene conquistados vuestra merced —dijo el bribón con gesto pícaro.

Todos los presentes conocían la relación más que amistosa de Gaspar con Vicenta, la lujuriente esclava negra.

—¡Dad una orden y seremos vuestros! —exclamó el mestizo.

—¡Calma tu ardor, Luisillo! Este negocio requiere primero astucia. Ya vendrá la hora de la lucha.

Al oír estas palabras, Diego se sobresaltó e irrumpió en la conversación:

—¡Acabáis de dar vuestra palabra de que no habrá más violencia!

—Tenéis mi palabra. Vale todos los enriques^[87] de Castilla, florines de Aragón y ducados de Italia — sentenció el jefe de los sediciosos.

Pero Estrella captó una rápida mirada de entendimiento entre Gaspar y Luisillo. Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

Partieron de uno en uno para no levantar sospechas, y escrutando las sombras de la noche para no ser sorprendidos. En el instante en que Diego se alejó para cerciorarse de que la vía estaba expedita, Gaspar se acercó ronroneante a Estrella, y pude oír que le susurraba:

—¿Qué hace la Estrella de mi vida con un apocado como Diego? —Y después le murmuró al oído, invitante —: Yo os daría lo que anheláis: poder, riqueza, linaje. ¿Sois una mujer que merece todo? ¡Miradme! ¡No me abandonéis en esta cruel soledad!

Ella le sonrió de manera vaga, pero en sus ojos se leía el desasosiego que Gaspar le causaba. Así y todo respondió:

—En mucho tengo vuestra astucia para conseguir lo que perseguimos, mas no puedo consentir la muerte del marido de mi amiga Micaela. ¡Prometedme que lo cumpliréis!

—A vuestros deseos me rindo. No sufrirá ningún mal. Cuando obtengamos el poder, que no enrede más y le permitiremos que se retire en paz a su hacienda. ¡Os lo prometo!

Mientras se alejaban Gaspar y Luisillo por las oscuras calles, se podía oír, si se aguzaba el oído, que los dos compinches apenas sofocaban unas alegres risotadas.

Cuando acabé de leer, de nuevo un fuerte temblor se amparó de mi cuerpo.

—No temas —aseguró Íñigo—, les damos cuerda para atrapar a todos esos bribones. Pero les llegará la justicia del rey.

—No tengo miedo —contesté—. Me turba el dolor que me produce la traición.

No paró ahí la inquietante realidad. Una semana después, mi marido me enseñó una carta con los resultados de nuevas pesquisas. Comencé a leerla, con anhelo:

Así mismo, he de comunicaros que el ataque que sufrió vuestra familia en la hacienda fue capitaneado por Luisillo, aquel que acogió Micatzin en su taller.

Ese apelativo... ¡llevaba la firma de Juanelo! ¡Nuestro fiel Juanelo había velado por nosotros todo ese tiempo! Tenía dotes naturales para el disfraz, que era de suma utilidad en sus actividades, pero había comprometido su seguridad, infiltrándose en la cueva de estos peligrosos personajes. Sin alharacas, sin vanagloriarse...

Miré a Íñigo. Yo no podía dar crédito... Enseguida recordé las amenazas de Luisillo, cuando hube de echarlo por su mal comportamiento con sus compañeros. Me rehíce y volví a la misiva.

Parece ser que frecuentaba una pulquería donde compartía borrachera con sus compinches, ante los que no cesaba de fanfarronear:

—Tengo antiguos pleitos que concertar con los Vidaurre.

Y cuando nuestro informador le tiró de la lengua, no tuvo rebozo en confirmar:

—Son amigos de indios, ¡mala gente!, ¡qué perjudican a buenos cristianos como yo y como vos!

Hice una pausa en mi lectura, pues recordé la afición de algunos al ajuste de cuentas apelando a la falta de creencias cristianas, de las que muchos habían sido acusados.

Pero tenía que conocer lo que se ocultaba en las sombras para hacernos mal.

Ante las risotadas de su grosera audiencia aseguró:

—Ya he matado a uno de ellos. Ahora iremos a por el cabecilla.

Me abrumó desolación extrema al conocer esta última noticia. Aquel joven al que Juana había querido ayudar y para el que me pidió trabajo le pagó su interés asesinando a su esposo.

—¡Pobre Juana! —dije a Íñigo—. Nunca debe saber que aquel al que hizo un bien le arrebató lo que ella más quería.

Permanecí en interna reflexión sobre la miseria de la naturaleza humana. Como Íñigo había recomendado, no dije una palabra a nadie, ni tan siquiera a mis hijos, de los terribles secretos que habíamos conocido.

Íñigo había conservado estos papeles en confidencia con sus informadores, porque era fundamental la discreción y que de ninguna manera supieran los conspiradores que estaban cercados. Parece ser que tras el fallido

intento de Martín Cortés, el hatajo de sediciosos se había ocultado bajo la tranquilidad de sus respectivas ocupaciones.

Sea porque Gaspar pensaba que su edad no permitía ya más dilaciones, o porque consideraron que era el momento idóneo para sus propósitos, decidieron retomar su ansiado proyecto. Pero lo que ellos no tuvieron en cuenta es que la vigilancia sobre ellos había continuado. Discreta y eficiente.

Luisillo hubo de conocer que algo había transcendido, porque un día se presentó en mi casa y pidió verme. Contuve mi ira y le hice pasar. Di en pensar que tal vez podría averiguar algo que nos fuera de utilidad. Le precedía Lagartija, que detestaba a Luisillo, pues él bien conocía que el mestizo era un tirano con los indios. Lagartija se situó en un ángulo y no consintió en dejarme sola.

Luisillo, tras mil reverencias y pamemas, comenzó a sollozar mientras se disculpaba:

—Yo no quería entrar en sus sucios negocios, pero Gaspar me amenazó. ¡Perdón, perdón! —Y tornó a sus lamentos.

—Serénate, hombre —le dije, para nada convencida de su arrepentimiento.

—He sabido que malas lenguas andan diciendo que tuve que ver con el asalto a Las Moreras... ¡Mentira, yo nunca os dañaría, señora!

Ante tamaña hipocresía, comencé a temer que todo estuviera preparado y que esta comedia pudiera ser una celada. De manera instintiva, di un paso atrás, hacia la mesa donde sabía que guardaba Íñigo un arma. Al mismo tiempo, Lagartija avanzó y echó la mano a su daga.

—No deben tener cuidado vuestras mercedes. Estoy de vuestro lado —argumentó Luisillo, a lo que yo respondí con frialdad:

—Tu despedida no fue muy amistosa... Recuerdo que me amenazaste.

—Un arrebató insensato de juventud, señora. Estoy cambiado. Os pido humildemente perdón. —Y se inclinaba hacia el suelo, como si le pesara la culpa.

—Aguarda aquí un instante —le dije, dejándole bajo la atenta guardia de Lagartija. Sabía que Íñigo querría saber de esta visita, y le mandé recado. La respuesta llegó de inmediato: «Le tenemos vigilado. No temas. Finge que aceptas su relato. Si está confiado, nos llevará a otros de sus cómplices».

Torné a mi taller, y con una calma inusual en mí ante tamaña mezquindad le anuncié:

—Está bien. Quizá merezcas una segunda oportunidad.

—¡Gracias, gracias por vuestras bondades! A la vista está que sois dama de alcurnia.

Ya le iba yo a responder irritada por tanto fingimiento y adulación, pero recordé la advertencia de mi marido y puse miel en mi voz:

—Vete en paz. Y no te busques malas compañías.

Él pidió con mansedumbre:

—¡Os tengo tanta fe! Tal vez podríais admitirme de nuevo en vuestro taller...

Intenté contestar con la calma necesaria:

—Déjame pensarlo. No puedo prometerte nada.

Él marchó confiado, creyendo que me había engañado, y yo permanecí convencida de que, bajo su apariencia sumisa, ocultaba un designio perverso.

Era una terrible información que encajaba en un horrible rompecabezas, todas las viles piezas: la traición, la avaricia y la inmoralidad. Percibí con dolorosa clarividencia que mi admirada amiga Estrella se había dejado engañar por alguien sin escrúpulos como Gaspar. O peor aún. Sabía y había seguido su juego porque le convenía. Además, Gaspar era nuestro consuegro, con lo que la situación era en verdad penosa.

Parlamentamos Íñigo y yo sobre la conveniencia de mantener estos acontecimientos aún en secreto, y dejar a nuestros hijos en la ignorancia hasta que la autoridad suprema, el virrey, decidiera tomar una resolución acerca del padre de nuestra nuera. Nos mortificaba el pensar que nuestra querida Luz vería, con certeza, la prisión de su padre, a causa de sus devaneos con los que le apoyaban en un nuevo intento de «alzarse con la tierra».

No tuvimos que esperar mucho tiempo para conocer la decisión del virrey. Sucedió muy deprisa. Con desaforado escándalo de los capitalinos, la guardia se presentó en casa de Gaspar para apresarle, pero descubrieron que habían llegado tarde, pues el astuto traidor había husmeado el peligro y había escapado.

No había partido solo. Le acompañaban Vicenta, la opulenta esclava, cosa que no me sorprendió. Sin embargo, cuando conocí que con él había huido Mónica, me quedé atónita. Parece que la relación entre los dos era muy sensual y entregada, me contaron, pero, además, Gaspar había prometido a sus queridas lujos sin cuento y una vida libre y regalada en una idílica isla del Caribe. Con toda seguridad, allí disfrutarían de la agradable compañía de piratas y corsarios.

Y Gaspar intentaría, a falta de algo mejor, convertirse en el jefe de todos ellos. Sociedad bien alejada del elegante palacio virreinal.

Tengo para mí que ninguna de las dos sabía que haría ese viaje en compañía de la otra. Pascual, el marido abandonado, recibió una herida mortal. Se dedicó al cuidado de sus hijos, intentando que el tumulto organizado por su mujer no lastrara los casamientos de sus hijas. Su bondad le impedía reconocer que Mónica era un escorpión.

Otra sorpresa me aguardaba: al prender a Luisillo, lo encontraron encamado con la niñera de los hijos de Estrellatzin. Aquella que quiso mi muerte. Les había reunido el deseo de venganza. Cuando la apresaron, se enfureció y gritó fuera de sí: «¡Acabaremos con vosotros! ¡No pudo ser en el sumidero, ni en la hacienda! ¡Pero pronto veréis vuestro final!».

Me inquietaba el pesar de Isabel, la buena esposa, y sobre todo, la aflicción de mi nuera Luz, que se mostraba disgustada ante las repercusiones que la conducta de su padre pudiera tener en el buen nombre de sus hijos.

¿Qué sucedería con mi amada Estrella, la fulgurante princesa azteca?

Probablemente, al no ser pieza fundamental del contubernio, el virrey preferiría relegarla, a ella y a su marido, a una discreta reclusión en un lugar apartado. Eso es lo que pensaba mi esposo que sería la determinación de Enríquez. Pero a los dos nos escarnecía la proximidad de la conjura y la participación en ella de personas muy queridas.

Lejos estaba yo de saber que estas preocupaciones quedarían relegadas al olvido por unos hechos que habían de desarbolar mi vida.

LA VISITA DE ESTRELLATZIN

*A*l cabo de unos días se produjo una circunstancia que me causó gran asombro. Sin mandar aviso ni ser anunciada, se presentó en mi casa Estrella. Aunque su garbo no había desaparecido, su rostro reflejaba la derrota sufrida. El cariño que nos unía fue superior a mi enojo, y me fundí con ella en un emocionado abrazo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se rehízo y decidió explicarse:

—Vengo a despedirme.

—Lo temía —contesté.

—Hemos sido desterrados a una lejana propiedad de mi madre.

—Algo había oído. —Yo tenía el corazón encogido.

—Me equivoqué, Mica. Amo tanto a Diego que quise procurarle el reino que él no ambicionaba. Y me apoyé en un mal sujeto, Gaspar.

—Este terrible enredo ha supuesto para todos nosotros un gran dolor — confesé—. Luz, mi nuera, aunque bien conocía las flaquezas de su padre, está desolada.

—No creas que Gaspar me engañó —admitió—. Siempre supe de su mala casta. Decidí aprovechar su red de revoltosos para mis fines.

Me dolía verla en ese trance.

—Estrella, ¿no imaginas cuánto siento tu aflicción!

—Me cegué, Mica —lamentó—. Me obsesioné con la idea de que un hijo de Quetzalcóatl y una princesa azteca habían de regir los destinos del Anahuac.

—Tal vez Gaspar pensara lo mismo y por eso te buscó.

—¡Jamás hubiera traicionado a Diego! ¡Qué petulancia la de Gaspar... No le llega a la suela del zapato a mi Diego! —Una vez calmada su furia, comentó acongojada—: ¡Ojalá hubiera comprendido entonces que el verdadero cambio lo iban a crear gentes como vosotros! —Se expresó con vehemencia, y sin esperar mi respuesta, añadió—: Te traigo un regalo de despedida.

Y sacó una preciosa caja de taracea. Al abrirla, la seda que forraba el estuche exhaló un perfume sensual. Sobre el tejido bermejo resplandecía una gema excepcional. Aquella que yo había buscado todos estos años, y no había encontrado. Al ver mi expresión de sorpresa, explicó:

—Esta esmeralda lleva grabada la imagen de Tlacúetl, diosa del amor carnal. Bien me ha servido. He gozado a Diego en mi cama durante muchos años. Y en la otra cara...

Un recuerdo asaltó mi mente, y la interrumpí:

—¡La esmeralda de *La Malinche*! —exclamé incrédula.

Estrella, sorprendida por mi reacción, continuó:

—Cortés la regaló a doña Marina, y llegó a mí en extrañas circunstancias. Mi niñera, la madre de la que tú conociste, me aseguró que *La Malinche* se la había entregado para que a mí me la diera. El reverso representa a Quetzalcóatl... Quien poseyera la piedra obtendría el poder en estas tierras.

—Su profecía no se cumplió —intervine.

—¿Por qué Marina me la mandó antes de su muerte? —preguntó—. No puedo explicármelo. Apenas me conocía.

—Creo que puedo aclarar el misterio —dije.

—¿Tú? —preguntó recelosa.

—La vida es un laberinto, Estrellatzin. A veces las personas modestas revelan secretos que son de suma importancia.

—No te entiendo, Mica. —Estrella estaba en verdad confusa.

—Hace años —aclaré—, ayudé a una madre desesperada cuando su hijo estaba enfermo. Esa mujer había servido a doña Marina hasta la muerte de esta. Como su señora le había encomendado, al morir *La Malinche*, le colocó la esmeralda que le regalara don Hernán en la boca, como salvoconducto en su viaje al «país que no tiene ventanas».

—Entonces no puede ser esta piedra..., pues la muerta se la llevó consigo.

—No —negué—, mientras la fiel sirvienta velaba a su ama, una mujer principal forzó la boca de la fallecida y robó la esmeralda. En el forcejeo para evitar el latrocinio, la doncella arrancó el velo de la ladrona y comprobó que era dama de alcurnia. Pero mi confidente no pudo evitar que escapara con la gema.

—¡No es posible! —Mi amiga estaba en verdad escandalizada—. ¡Ahora comprendo algunas incógnitas! —declaró con tristeza.

—¿Qué quieres decir? —Ahora era yo la turbada.

—Así como la niñera que tú conociste se mostraba indiferente hacia los extranjeros, la mía concebía viva hostilidad hacia los españoles. A duras penas conseguí que respetara a Diego. Cuando comprendió que él sería su amo, me animaba a producir una estirpe que regentara el Anahuac. Era su manera de vengarse de la derrota.

—Veo que no conoces los últimos apresamientos —dije pesarosa.

Me miró interrogante animándome a proseguir:

—Acaban de detener a Luisillo y a su amante, la niñera de tus hijos. Ocultaba, ladina, su odio a los españoles, para así maniobrar en la oscuridad del anonimato. Pero se veía con frecuencia con Luisillo, que está inmerso en la conspiración.

No había nada más que decir. Ambas entendíamos lo sucedido. Nos miramos con afecto. Ella me entregó la esmeralda y suplicó:

—No hagas como yo. Haz buen uso de ella.

Yo, a mi vez, le rogué:

—Espera un instante.

Saqué del cajón de un bargueño una joya a la que yo tenía mucha estima. Representaba a la Guadalupana, labrada en un jade de intenso verde y rodeada de rayos del más resplandeciente coral. Una corona de oro sujetaba el manto que estaba constelado de estrellas realizadas con diminutos diamantes. Coloqué esta alhaja en un collar de perlas y lo puse alrededor del cuello de Estrellatzin. Ella lo acarició y se despidió sin palabras, con un abrazo.

La vi partir sin esperanza de volver a verla.

MATLAZAHUATL

No era la primera vez que una epidemia azotaba Nueva España, pues, cuando nosotros arribamos a las Indias, el *cocolitze* acababa de atacar a la población. Esta vez, el tifus, *matlazahuatl* como lo llamaban los indios, tomaba unas proporciones alarmantes. Tanto Diego como Teresa permanecían con sus familias en la hacienda, con la esperanza de que el mal no les atacara allí. Mi hijo se afanaba en Las Moreras y sus alrededores en mitigar el azote de la enfermedad.

Estaban acompañados por Lagartija y los suyos, a su vez protegidos por Juanelo, que había resultado un excelente padre de familia. El tifus diezmaba la población, y la mortandad se extendía y masacraba a muchas familias de los naturales. Nadie estaba a salvo de la pestilencia, pero sobre todo se ensañaba con los indígenas. Y en la capital se propagaba con celeridad. Como siempre que acaecía un problema en la ciudad, Íñigo sentía que su obligación era atenderlo y repararlo. Y allí estábamos.

Era así que se multiplicaba para revisar que se cumplieran las necesarias medidas de higiene, para intentar cortar la enfermedad: cada vecino de México había de lavar la entrada y acera de su casa todos los días; salir a la calle lo menos posible, y, si había de hacerlo, protegida la faz con un espeso lienzo; quien tuviera la desgracia de ver morir en su casa a un cristiano o a un indígena había de enterrarlo a la mayor brevedad y en un hoyo lo más hondo que pudiera.

Pregoneros recorrían de continuo la ciudad, avisando a los pobladores de estas órdenes, con la intención de evitar que el contagio hiciera aún más estragos.

La situación era pavorosa: las personas caían muertas por la calle, los cadáveres quedaban insepultos, dado que no se daba abasto a enterrarlos, y el aire portaba tal pestilencia, que la contaminación era aterradora. Sentí miedo de que el cansancio hiciera mella en su cuerpo, y cualquier malhadado día me trajeran a Íñigo enfermo.

La edad que ambos habíamos alcanzado demandaba cuidados y merecida tranquilidad, pero mi marido, aunque había ya dejado su cargo de alcalde mayor, consideraba su deber ayudar a la comunidad. De nada valieron mis ruegos, súplicas y amenazas. Él persistía en su empeño de colaborar con el

virrey, para erradicar la maldita epidemia que asolaba nuestra tierra. Sí, ya la considerábamos ambos nuestra tierra.

Encontraba a mi esposo cada vez más cansado y le presionaba para que se diera un tiempo de reposo antes de continuar. Creí que lo había entendido, pero, ante mi asombro, lo encontré en el patio con la capa y el sombrero, dispuesto a marchar.

—Pero... Íñigo, ¿no pretenderás volver a las andadas? ¿No?

—No sé qué quieres decir con «las andadas» —contestó evasivo e intentando ganar tiempo.

—Sabes muy bien que no puedo consentir que sigas exponiéndote de esa manera —le dije ya enfadada.

—Todos estamos en peligro, Mica. Es una atroz calamidad que hemos de atajar —argumentó. Y, en un intento de convencerme me dijo—: ¿Recuerdas lo que nos dijo Andrés, sobre lo que le decidió a ingresar en los agustinos?

—No quiero recordar. Solo me importa el presente, y que permanezcas junto a mí, y vayamos a Las Moreras. Nuestro sueño hecho realidad.

Pero él continuó impertérrito:

—«Cuando la terrible peste asoló México, admiré la labor eficiente de los agustinos. Era peligroso, y se entregaron con generosidad y reciedumbre de espíritu a los que les necesitaban». Ese fue su ejemplo —afirmó convencido.

—Deja a los jóvenes que realicen su parte. Tú has tenido ya tus deberes, que cumpliste con largueza en tu tiempo. —El temor me atenazaba la garganta. Mi voz sonó ronca y metálica.

—Eres tú la que tienes que cuidarte. Estás acatarrada. —Quiso cambiar la conversación.

—¡Por Dios Santo, Íñigo, escúchame! Esto es muy serio, la gente está muriendo a raudales. Estás agotado y ese cansancio te hace más débil ante la enfermedad. —Casi gritaba de desesperación.

Él me abrazó y pretendió tranquilizarme.

—¡Ea, ea!, no te sulfures. Voy a hacerte caso. Hoy no puedo faltar, pero les anunciaré que esta es mi última ronda. Te lo prometo.

Le vi partir un poco aliviada, y, como siempre que una preocupación me obsesionaba, acudí al taller a entretener mi tiempo de espera montando o dibujando alguna alhaja. No podía concentrarme por más que lo intentaba. Una rara angustia me envolvía el corazón.

Me repetía una y otra vez que nada le iba a suceder, que nos quedaban muchos años para disfrutar de la hermosa familia que la providencia nos

había regalado. Acudía con insistencia a la ventana, intentando escuchar los cascos de su caballo repicando sobre las piedras de la calzada.

Al fin, cuando ya la angustia me quitaba la respiración, apareció con aspecto cansado, pero satisfecho, me dijo, de haber cumplido su deber. Ciertamente era que la epidemia hacía estragos en la capital, pues las aglomeraciones en sus barrios más populosos ayudaban a la propagación de la enfermedad. Por eso era de suma importancia que las autoridades vigilaran el estricto cumplimiento de las normas de higiene. De ahí que Íñigo considerara su deber comprobar que así se hiciera. Pero una vez más, le insté a que nos retiráramos a Las Moreras. Ante mi asombro, aceptó.

—Se me alcanza que tienes razón. Creo que he participado en la construcción de este Nuevo Mundo, y que he procurado defender a los que de mí necesitaron...

—Íñigo, si continuamos con la labor en la hacienda, estaremos contribuyendo también, pero de forma más sosegada. Es lo que necesitamos a nuestra edad —insistí.

—Bien dices... Además viviendo allí de manera permanente, veremos con claridad aquello que puede ser mejorado, o aumentar la producción, o incluso integrar algo nuevo que haga de la hacienda un lugar innovador.

Se expresaba con ilusión, como si de repente hubiera encontrado una poderosa razón de ser en esa hacienda, que desde el inicio había sido mi más querido proyecto. Pensé que sería oportuno que, pasada la epidemia, aunque nuestros hijos volvieran a la capital, viniesen a visitarnos con frecuencia, pues con el crecimiento de la ciudad esa parte del campo cada vez quedaba más cerca.

Nos instalamos en Las Moreras en una tarde radiante, en la que la naturaleza nos ofreció una calurosa bienvenida.

Con la promesa de Íñigo en la mente, los días discurrían plácidos y en la más total felicidad. Hacía años que no sentía esa paz que bañaba, en el presente, nuestros corazones. Me veía acabando nuestros días en la serenidad de Las Moreras, en esa tierra amada que nos había acogido.

Atrás quedaban tornaviajes y aventuras; exploraciones y batallas de la vida; preocupaciones y desencuentros; traiciones, ambiciones y desamores...

Cuando los hijos regresaran a la capital, les aguardaríamos en Las Moreras. Él y yo. Solos, en calma. Para gozar de la vida. Cuando recuerdo aquellos días, puedo decir que conocí la felicidad total. Pero... ¡fue tan breve!

Una anochecida, mientras cenábamos al arrullo de los pájaros que buscaban acomodo para la noche, y las luciérnagas realizaban su mágica

danza, Íñigo comenzó a temblar como una hoja.

Diego, que estaba con su familia en la hacienda, palideció.

—¿Qué te sucede? —pregunté asustada.

—No sé, siento frío. He debido de resfriarme —contestó mi esposo con voz cansada.

—¡Ve de inmediato a la cama! Te acompaño y te tomas un caldo caliente que te haga entrar en calor —ordené.

Al día siguiente, su aspecto había empeorado y la frente le ardía. Por indicación de nuestro hijo, mandé llamar al médico del poblado, que era un indio sabio que seguía el tratado de Martín de la Cruz, que, se decía, conocía una planta para curar cada enfermedad. Diego necesitaba el apoyo de su saber. Lo vi llegar con alivio, y lo conduje al aposento de mi marido. Diego le ayudó a explorar a su padre. Lo examinaron despaciosamente, sin prisa, pero cuando terminó, mandó preparar una tisana con unas hierbas que traía, y me dijo:

—Ha de tomarlas presto. Ahora, dejémosle descansar. Vamos a conversar a la salita.

Una vez solos, su expresión me heló la sangre en las venas.

—Es un resfriado, ¿verdad? —Intentaba desoír la voz interior que me anunciaba el inminente desastre.

—*Micatzin*, hemos de observar al enfermo. Le he administrado unas potentes hierbas, que, si es un catarro, por fuerte que sea, sanará.

—Entonces... no es nada grave... Se curará —dije deseando que fuera como yo decía.

Tardó unos instantes en contestarme, y, cuando lo hizo, arrastraba las palabras, como si estuvieran lastradas por la pena.

—*Micatzin*, quiero equivocarme, pero temo que pueda ser *matlazahuatl*.

—¡No es posible! Ha estado sano y fuerte durante semanas... Desde que llegamos a la hacienda no ha vuelto a la ciudad.

—¿Ha estado en contacto con enfermos de esa epidemia, de reciente? —inquirió.

—¡Desde que llegamos a la hacienda no ha vuelto a la ciudad! —Casi grité.

—El contagio incuba durante semanas. Lo único que podemos hacer es observarle, aliviar sus molestias, y si es tifus, medicarle con las plantas necesarias para que reaccione y sane.

Yo había visto demasiados muertos por las calles para no sentir el vértigo de temor que se estaba apoderando de mí. El doctor, al verme tan perdida, me

aconsejó:

—*Micatzin*, has de ser fuerte. Él te necesita, pero ten mucha prudencia, protégete. Es una enfermedad muy contagiosa.

Nos retiramos Diego y yo a una salita apartada donde pudiéramos hablar sin ser escuchados.

—Diego, dime que se equivoca.

—Tendremos que esperar, madre... pero temo que tenga razón.

Desolada, mandé recado de que viniera otro médico de la capital para que visitara a Íñigo. Al cabo de unas horas, cuando el doctor llegó, encontró a mi marido amodorrado, la cara encendida por la temperatura, y enseguida comprendí que las noticias eran terribles.

—Es el tifus, Micaela. Esa horrenda enfermedad que nos trae esta cruel epidemia —explicó escueto. Y añadió—: No deberías estar tan cerca de él y acariciarle como lo haces. Te pones en peligro.

—No me importa enfermar. No quiero vivir si él no está conmigo —musité.

—No seas insensata. La mejor manera de ayudarle es mantenerte sana para favorecer su curación —sentenció.

Apenas estaba asimilando la veracidad de sus palabras, cuando una idea surgió en mi mente. Avisada Teresa, que había regresado a la ciudad, de la enfermedad de su padre, no consintió en permanecer en la ciudad y estaba camino de Las Moreras.

—¿Es peligroso que mis hijos y sus familias permanezcan aquí? ¿Qué debo hacer?

—Sería bueno aislar al capitán...

—¿Han de marchar?

—Si no tienen contacto con él, no. La casa tiene muchas dependencias... Pueden permanecer en otra parte de la hacienda. Pero tomad drásticas medidas de higiene. Y que le saluden y hablen desde la puerta. Hay que pensar en ellos y en los niños.

—Gracias. Así se hará.

—No te preocupes, bastante tienes. Yo os visitaré con frecuencia para ver cómo evoluciona Íñigo, y si hay algún contagio.

La fiebre, en lugar de disminuir, aumentaba con el pasar de los días. Íñigo, que mantenía la lucidez, se quejaba de continuo de intenso dolor de cabeza, que no le daba tregua. Sus ojos, siempre tan firmes, brillaban de calentura y taladraban mi alma al leer yo en ellos el sufrimiento.

Diego no se separaba de su padre. Pero por la noche, quedaba yo sola con mi Íñigo. El rostro de Diego reflejaba toda la tristeza de su alma. Limpié con un paño fresco la frente sudorosa de mi esposo, acaricié su mano inerte...

Solo Diego y yo estábamos de continuo junto a él. Los demás saludaban todos desde el dintel. Observaban con angustia al padre amado que parecía un naufrago en el pulcro albor de las sábanas. Intercambiaban unas palabras, pero enseguida Íñigo mostraba su cansancio y entonces partían para que yo le diera la pócima que calmaba sus tremendos dolores de cabeza.

Un mediodía, bajaron a tomar algo al comedor y yo me retiré a mi cuarto a rezar. Lo hacía con tal intensidad pidiendo la sanación de mi marido, que el ansia me nublabá el sentido, y acababa diciéndolo en voz alta, para ver de no equivocarme. Así me encontró mi hija.

—¡Con qué ahínco pedís la salud de padre! —exclamó.

—Pido a Dios que me lleve a mí en vez de a él —contesté.

—¡Qué generosa sois, madre!

—No lo soy. Por el contrario, es egoísmo, porque la idea de perder a tu padre es tan cruel, que no me hallo con fuerzas para soportarlo.

Me tomó de las manos y, con esa dulzura que yo hallaba siempre en mi madre, me rodeó con sus brazos, y yo me sentí por unos instantes a salvo, como si la fuerza del amor de mi hija pudiera detener a la misma muerte.

Entonces, con gran sosiego en mi espíritu, le confesé:

—Prefiero marchar yo, y esperarle allí.

—¡No digáis esas cosas que me hacéis estremecer! —se lamentó, y luego finalizó—: Hemos de hacer que sane. Con el aliento que le demos, su reciedumbre y el amor que nos une, recobrará las energías y podremos disfrutar juntos de largos años.

—¡Dios te oiga!

La mirada de Íñigo mostraba tal desasimiento, que comprendí, sin esperanza alguna, que la muerte rondaba a mi amado. Lamenté entonces aquellos afanes que me hubieran privado, tan siquiera un instante, de la presencia de mi esposo. Todo me pareció fútil, innecesario. Y absurdo.

El médico Juan de Torres, asistido por nuestro hijo, había usado lo mejor de su ciencia, pero la epidemia era funesta y no perdonaba su cosecha ni en chozas, ni iglesias, ni palacios. No consentí separarme de su lado. Mis hijos, el propio médico y todos los que bien me querían me hablaban del peligro de contagio.

¿Cómo no percibían que lo que yo quería era irme con él?

Por la noche, me angustiaba la idea de que pudiera necesitar ayuda, y dormitaba en una tumbona, a su vera, en atribulado sueño. En una de esas duermevelas, me despertó el canto de un pájaro.

Era un *tecolotl*, el ave siniestra que, según los aztecas, anunciaba muerte segura. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y en ese instante un abismo de terror me arrastró a sus profundidades. Toqué la frente de Íñigo. Ardía de temperatura y mi amado no reaccionó cuando intenté aliviar su sufrimiento aplicándole paños fríos. Permanecí largo tiempo observando sus facciones, escudriñando un atisbo de mejora.

A la mañana siguiente despertó de su letargo y, a pesar de su faz demacrada, le vi hermoso como un ángel. Su expresión era la manifestación clara de su comportamiento a lo largo de su vida: claro, limpio, sereno, valiente. Se preocupaba de dejar todo ordenado y establecido: su sepultura; las misas que debían ser cantadas por la salvación de su alma; el bienestar que para mí quería tras su marcha, las partijas de la hacienda y otros bienes que deseaba que fueran distribuidos de manera equitativa entre sus dos hijos; las mandas para todos aquellos que nos habían ayudado en el camino de la vida.

Nada escapaba a su organización y cuidado. Cada palabra que salía de su boca y confirmaba su inmediato final era una afilada daga que se me clavaba en el corazón. Pero yo sabía de la necesidad de mi esposo:

Ansiaba un fin sereno. Y yo había de ocultar las lágrimas, esconder mi angustia y aparentar la tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. Nunca deseé mi muerte con más violencia. Me sentía acobardada para enfrentar mi vida sin él.

No pude vencer mis lágrimas y, por una vez, el llanto me sofocó.

—¡Ea, ea! ¡Mi galana esposa! Tú bien sabes que nos hemos de encontrar de nuevo —consiguió articular con voz apenas audible—. Ahora escúchame atenta. Si continúas con el deseo de partir hacia los tuyos, hazlo ya, no te demores.

—Tú eres los míos, Íñigo. Has sido mi padre, mi marido, mi hermano, mi amante... Si te vas... ya no tendré nada...

—Has de concluir tus asuntos aquí. Pide ayuda al virrey. Vende nuestra hacienda, llévate a Diego y Teresa y a sus familias y goza de unos merecidos años de reposo en Toledo.

—¡Has de sanar! ¡Tiene que ser!

—Mica, eres lo que más he amado en la tierra. Nunca dejé de hacerlo y te esperaré en el umbral de la muerte para darte la mano. Piensa en mí cada vez

que te abruma un problema. Mi espíritu estará a tu lado para confortarte y ayudarte.

Y cayó en un profundo sopor.

Besé sus párpados sombríos, acaricié el rostro adorado y con su noble cabeza entre mis manos, Íñigo expiró.

Me había amado durante treinta y cuatro años. Yo le seguiría amando todos los días de mi existencia. Pedí a Dios con rabia infinita que no demorara la jornada de mi partida hacia Su Casa.

Acudieron Diego y Teresa a abrazar a su padre por última vez, y yo me fui a componer, pues las prolongadas vigiliass me habían dejado desarbolada como un barco tras la tempestad. Un vacío infinito se produjo en mi alma, y entendí que acababa de precipitarme en el helado territorio del sufrimiento que no encuentra consuelo.

Velamos a Íñigo, unidos todos en el amor hacia él y en la sincera oración. Las lágrimas fluían mansamente, sin barullo, sin aspavientos. El dolor era más profundo que un mero desahogo.

Por la noche, mis hijos me obligaron a que descansara un poco, mientras ellos estaban con Íñigo. De madrugada, cuando mi hijo me avisó, me levanté rauda para correr junto al amado. Allí estaba Lagartija y, aprovechando que estaba solo, desgranaba una oración a sus dioses:

—Ya ha querido nuestro señor llevaros, porque no tenemos vida permanente en este mundo, y breve, como quien se calienta al sol, es nuestra vida. Y ya os fuisteis al lugar oscurísimo que no tiene luz ni ventanas. Mictlantecuhtl te llevó y te acoge.

Al leer el testamento, confirmé lo que ya sabía. Íñigo pedía que lo enterráramos en la tierra que tanto había querido, en la hacienda, en México. Pedí permiso para sepultarlo a los pies de un roble robusto, bajo el que, con frecuencia, almorzábamos en los soleados mediodías de primavera.

Le enterramos bajo el árbol que él tanto amaba y que para todo vasco era símbolo de fortaleza. En adelante, el frondoso árbol extendería sus ramas dando protección a los restos del que yo amaba. Además, esa zona del jardín era la primera visión que yo tenía al levantarme y mirar por el balcón.

Aquella primavera fue la más hermosa de cuantas yo había vivido en la hacienda. Las abundantes lluvias habían penetrado en la tierra y el sol había hecho brotar flores y arbustos hasta entonces desconocidos para mí. Innumerables colores tapizaban el manto verde que cubría los campos de resplandeciente esplendor.

Mi corazón helado rechazaba esa vida restallante que no me devolvía al amado. Pasaba por instantes de profunda desesperación, en una inercia total de remordimientos por no haber sabido imponerme, por haberle dejado acudir a lo que él estimaba su deber y yo sabía que era un peligro; recriminaba al Señor que le hubiera tomado a él, en lugar de llamarme a mí...

Pero en ningún momento pensé en marchar a Toledo. Acabaría mis días en aquella tierra extrema y bella que me había seducido.

Una vez que tornamos a la capital, al acudir al funeral, pensamos que estaríamos la familia y algunos buenos amigos. Pero la noticia de su fallecimiento había corrido por la ciudad, y eran muchos los que quisieron despedirle y agradecer con un último gesto su bondad y dedicación. La ceremonia en la catedral reunió a todas las autoridades, amigos y allegados que querían, estimaban o respetaban al capitán de Vidaurre.

Algunas de esas personas, al recordarme momentos felices, hicieron que me emocionara y no pudiera retener las lágrimas. A partir de aquella tarde no volví a llorar jamás.

¡Ojalá hubiera podido! ¡Aliviar la pena que me corroía el alma!

Me quedaba un asunto por resolver. Había de decidir el destino de la esmeralda que Estrella me regaló en la triste despedida. Daba vueltas a las diferentes alternativas y ninguna me convencía.

¿La regalaría a mis hijos, para que su estirpe se afianzara para siempre en estas tierras? Me parecía egoísta guardar el poder de esa gema para una sola familia.

¿La donaría al virrey para que le confiriera la autoridad necesaria para gobernar Nueva España? ¿Y si caía en manos de un gobernante desaprensivo? No. Era un peligro desmedido.

¿Sería conveniente enviarla al rey, para que administrara México con justicia? No. El monarca estaba demasiado lejos.

En esas cavilaciones andaba mi mente, cuando de modo súbito una imagen me dio la respuesta que buscaba con tanto ahínco. Veía a la Guadalupana resplandeciente, mirándonos a todos los que poblábamos Nueva España con amor de madre. Españoles, criollos, indios mestizos, mulatos, cimarrones, todos bajo su protección.

Comprendí entonces.

Crearía una alhaja que tuviera como centro la poderosa esmeralda, para que la supuesta prepotencia de la piedra preciosa quedara dominada por la omnipotencia de Nuestra Señora. Ella guiaría los pasos de esta nación, y la salvaría de aquellos que solo miran por su beneficio.

Y visitaría su santuario con mis hijos y mis nietos, para depositarla a sus pies, rogándole que siempre los protegiera.

Mi hija, que vivía junto a su familia con nosotros desde su casamiento en la casa de la capital, me acompañaba a todas horas. Una tarde me encontró pensativa.

—¿Qué os sucede, madre? Hoy parecéis más contrita que de costumbre.

—Pensaba que... ¡fui tan feliz! Y no se me alcanzaba lo precedera que es la dicha.

—Madre, sí que erais consciente... Tengo muy presente vuestras ansias por ver aparecer a padre al atardecer... Vuestro contento al tenerlo en casa...

—Sí, es cierto, pero... hubiera debido levantarme cada mañana dando gracias al cielo... y decirle lo mucho que le quería... ¡Fue tan breve!

—Madre, fuisteis muy afortunada... Gozasteis de un amor verdadero. ¡Muchos no lo conocerán jamás!

—Lo sé —asentí—, por eso me arrepiento de no haberme percatado de lo excepcional de mi vida, de haber vivido como si fuera natural ser agraciada con tantos dones.

Diego y Teresa eran mi gran apoyo. Estaba orgullosa de los dos, porque, ante todo, eran personas cabales. Siendo muy distintos, se compenetraban a la perfección, y dirigían la hacienda de manera eficaz y humana.

Teresa seguía ocupándose del telar y de la seda en Las Moreras, así como de los talleres de orfebrería de la capital y el campo. Su talante sereno creaba un atmósfera de trabajo tranquila, que se acoplaba muy bien al temperamento de los indígenas. Ansiaba la perfección, pero no importaba cuántos días necesitara cada pieza para hacerla única.

Vivía también pendiente de su familia, de Rafael, su marido, a quien adoraba de manera sosegada, como mi madre había idolatrado a mi padre. Rafael, a su vez, la amaba con el profundo amor que une a aquellos que, desde niños, han comprendido que son el uno para el otro. Desde aquel esplendoroso día de su boda en Las Moreras, rara vez una nube enturbió esa sólida unión.

Dios les había bendecido con dos varones, que hablaban con dejes mexicanos y, nacidos ya en esta tierra, de ella se consideraban. Y luego estaba Ángela, mi debilidad, mi única nieta. Desde chiquita hacía honor a su nombre, pues en verdad sus tirabuzones dorados y los profundos ojos azules, heredados de Teresa y de mi madre, le otorgaban un aspecto seráfico. Sin embargo, su vitalidad, curiosidad y alegría la convertían en un ser que contagiaba su euforia y sus ganas de vivir a todos los que la rodeábamos.

Unía a esas cualidades una sensibilidad especial, que le hacía comprender los sentimientos inexpresados, que ella parecía adivinar. Sin esfuerzo. Huelga decir que es la niña de mis ojos.

Diego, en contra de mis iniciales temores, había formado un hogar dichoso con Luz. Mi nuera es una mujer de apariencia dulce, pero de firme carácter, que ha logrado poner bálsamo en las heridas de su madre.

La huida de Gaspar, y la razón por la que hubo de hacerlo, produjo en Isabel y sus hijos profunda congoja, pero yo pienso que hubiera sido más dañino para todos tenerlo cerca recluido en un penal. Y así lo manifesté tanto a Luz como a Isabel.

Esta, aunque sufrió al principio, poco a poco va apreciando la serenidad de su nueva existencia.

En fin, todo esto para confesar que considero que Dios me ha bendecido con la familia que tengo...

Pero no impide que la ausencia de Íñigo me taladre el pensamiento cuando despierto por la mañana. Me conturba a toda hora, todavía busco con la mirada a mi esposo, del alba al anochecer. Y más aún en las tinieblas de mi dormitorio.

Estábamos de nuevo en Las Moreras, y entró en ese instante mi hijo, rompiendo mis pensamientos.

Venía con Luz, para ese momento de charla en el porche, en el que veíamos ponerse el sol, dorando las copas de los árboles. Verificó ella que me encontraba bien, y, argumentando no sé qué ocupaciones, se ausentó de modo discreto. Yo sabía que nos dejaba para que habláramos de asuntos de familia.

Entonces, vino Teresa, que se dirigió a su hermano:

—Veo a madre muy probada... ¿No crees que deberías recetarle un reconstituyente? Tú que sabes de plantas, tienes que conocer alguna que le infunda vida.

—Ya estoy preparando ese remedio —respondió Diego—, pero temo que su mal sea debido a la tristeza por la muerte de nuestro padre. Y tiene cura difícil.

—Estoy bien de salud. No os preocupéis —les aseguré—. Soy fuerte... pero el duelo hay que pasarlo.

—¡Dejad que os acompañen los amigos! —reclamó Teresa—. La soledad, en estas circunstancias, no es buena.

—Gusto de vuestra compañía, y me parece oportuna. Sin embargo, los consejos de algunas gentes que me empujan a distraerme se me antojan absurdos. El duelo, repito, hay que pasarlo.

—Sí, madre —contestó mi hija—, todos hemos de pasarlo, pero pasémoslo juntos, con las personas que nos son de verdad afectas.

—No creas que no aprecio las muestras de cariño. Inés y Lagartija me procuran todo lo que saben que me gusta —admití.

Teresa, cogiéndome las manos, me dijo:

—Rosario y Rodrigo han pedido haceros una visita... cuando vos lo deseéis... No quieren ser inoportunos, pero ansían veros —aseguró mi hija.

—Madre —intervino Diego—, mi poción estará pronta mañana, y poco a poco os encontraréis con ánimo para recibir a aquellas personas que han sido vuestro entorno desde que llegamos aquí.

—¿Qué es lo que me estás preparando, señor físico? —indagué.

—Valeriana, para combatir el insomnio; borraja, que calma el sistema nervioso; diente de león, para estimular el apetito, que habéis de tomar todas las noches. Además, habréis de poner en el baño aceite de espliego, que es un sedante poderoso, y cuando os aflijan los dolores de cabeza, darse un masaje con extracto de menta. —Cuando pensó que me daba por satisfecha me advirtió—: Madre, hay otro asunto del que deseamos hablaros...

—Tú dirás, hijo.

Por una vez no intuía lo que habían de anunciarme.

—Tal vez os agradaría visitar Toledo antes de que el viaje por mar os resulte fatigoso —soltó por fin mi hija.

—¿Yo sola? —pregunté.

—No, no —intervino Diego—. Os acompañaría yo, y así visitaría a la familia de España.

—O podríamos viajar con vos Rafael y yo con los niños. Nos ocuparíamos de los preparativos... Vos no habrías de preocuparos... Y no temáis el viaje por mar. La navegación y los barcos han mejorado.

—¿Temer la mar? En absoluto. Ese horizonte infinito me da la vida.

—Entonces, ¿aceptáis nuestra propuesta? —exclamaron al unísono.

—No. No deseo marchar.

—¿Por qué? ¿Qué os retiene? —Ambos estaban asombrados.

—Vuestro padre.

—¿Nuestro padre? —preguntaron al unísono. Vi que dudaban de mi juicio.

—Todas las mañanas —inicié—, cuando camino sola hacia la tumba de mi esposo, siento que la vida renace en mí. La esperanza de volver a verlo es lo que da sentido a mi existencia. Os quiero con toda mi alma. Doy gracias a Dios, por vosotros, por los amigos a los que quiero, y a esta tierra que nos

acogió... Pero anhelo el día en el que vuelva a ver a mi Íñigo del alma. Por eso no puedo alejarme. Necesito estar cerca de mi próxima morada.

Epílogo

*P*or más que intentaba agarrarme a la existencia, atendiendo a las peticiones de mis hijos, los recuerdos de mi vida pasada con Íñigo me acompañaban a todas horas del día. Yo, que nunca había cedido a la nostalgia, me sentía arrastrada hacia ella con una fuerza invencible.

Todas las mañanas, cuando emprendía el camino hacia la tumba de mi amado, recordaba las horas dichosas que vivimos juntos. Aunque el recordarlas me producía un dulce consuelo, la realidad de la ausencia atenazaba después mi corazón.

Ante mi vista aparecía la soleada tarde de junio en la que conocí al capitán de Vidaurre; la brisa del Tajo nos envolvió como una nube mágica, y en aquel momento no percibí que me traía al amor de mi vida. Tras el trágico y misterioso asesinato de mi novio de entonces, vino el encargo de la emperatriz Isabel en los reinos itálicos, y en ese escenario de portentosa belleza surgió el amor de Íñigo, que me acompañaría toda la vida. Mi boda en Sicilia vio el día más feliz de mi existencia. ¡Y pensar que tan solo unos meses antes creía que nunca obtendría la felicidad!

Nacieron Teresa y Diego, y ¡me pareció tan natural ser afortunada!

Mi deseo de conocer mundo se materializó al recibir la petición de don Hernán, y mi esposo, siempre dadivoso, buscó encargo en las Indias, para colmar mi dicha. Aquí sufrí las penas que afligen a los mortales más afortunados: molestias sin importancia.

Y he conocido la amistad buena y noble.

Visité este hermoso país, al que he llegado a amar, como propio. Escalé los más empinados volcanes; conocí seres extraordinarios, que dieron su vida entera por el amor al prójimo; desentrañé los secretos de las selvas con sus misteriosas civilizaciones antiguas; navegué por los mares azules y

transparentes, donde moran las sirenas, siempre acompañada por mi Íñigo del alma.

Encontramos un mundo rico de tradición y cultura, que aprendimos a respetar. Y con el tiempo, a amar.

La civilización maya, con sus dioses y sus símbolos, y la azteca, crisol de muchas otras, nos mostraron un universo poblado de magia. Al inicial deseo de tornar, se fue imponiendo la fuerza de esta tierra prodigiosa, que nos ataba cada vez más a ella.

A medida que fuimos conociendo en los diversos viajes, Tierra Caliente, Yucatán, Puebla y tantos otros, nos fuimos enamorando los dos de sus gentes y de este país que llegamos a considerar el nuestro.

Una hermosa tarea provocó nuestros desvelos y ocupó nuestros días: en la hacienda Las Moreras construimos nuestra magna obra. Contribuimos, espero yo, a la labor de enseñanza y de amor, que Urdaneta, Legazpi, Motolinia y muchos más regalaron sin descanso. Convertimos en nuestro deber el contribuir a formar en Nueva España un universo más justo, donde pudiéramos llevar el mensaje de amor cristiano con el ejemplo de nuestras vidas.

Un impulso de generosidad me hizo permitir a mi aventurero esposo que participara en ocasiones históricas como la frustrada toma de Argel y la victoriosa exploración que buscaba la ruta del Tornaviaje.

Aún hoy, me arrepiento de aquellos meses que me fueron robados a mi vida con él. Pero también entendí que Íñigo ansiaba la mar, y el desafío de desentrañar caminos en el infinito océano, que acabaría llamándose, gracias a valientes esforzados como mi esposo, el mar Español.

Participó en la sonada victoria contra los malditos piratas, que tramaban contra España, mientras engrosaban su fortuna. Y la acrecentaban sobre la injusticia más grande cometida contra el ser humano: la esclavitud. Ese triunfo contra los corsarios fue para ti, y para los que pensábamos como tú, un acto de justicia.

Tuvimos una vida plena. El mundo era un lugar demasiado hermoso para ponerle límites, y tú conociste y viviste muchas existencias. Y al hacerlo, regalaste a tus hijos y a los amigos del corazón, y a mí, otras patrias.

He admirado tu lealtad sin mancha y la tranquila curiosidad que te hicieron estar en el lugar donde te necesitaban, armado de tu coraje y tu sabiduría.

Y cuando pensaba que envejeceríamos juntos, serenos amantes, compañeros leales, la enfermedad me lo arrebató. No hallo consuelo. Ni lo

busco.

Como remedio para mi alma atormentada, resolví escribir una carta a Íñigo y depositarla entre la tierra que cubre su tumba, para que él, mi amor, mi compañero, mi alma, escuche el desgarró que siento por su ausencia. Me acerqué al frondoso y corpulento árbol que guarda su sueño, y sentada en el suelo, deslicé bajo la tierra el papel perfumado con el aroma de azahar que él tanto amaba. Así me encontró nuestra hija. Hablando contigo.

Y se asustó.

Pensó que quería irme ya a tu lado. Me soltó una larga retahíla sobre cuánto me necesitaban mis nietos, y un sinfín de razones para anclarme en este mundo. Pero yo ansío volar junto a ti. Y ellos tienen todo lo que necesitan, y se tienen a ellos mismos. Han aprendido de nuestro amor.

CARTA DE MICAELATZIN AL CAPITÁN DE VIDAURRE

Íñigo de mi alma:

Siento que no he de permanecer por mucho tiempo en este mundo, porque la curiosidad que sentí por las cosas de la vida se ha desvanecido, y ya no se asienta en mi corazón aquella ilusión de antaño.

La Providencia ha sido generosa en extremo conmigo. Gocé de un hogar feliz en mi juventud; tuve un padre clarividente que me dio un oficio para que pudiera ser libre, y una madre que me enseñó la riqueza de la ternura. Damián, mi adorado hermano, mi cómplice de sueños y juegos, trajo a casa una mujer que acabó siendo la hermana que nunca tuve.

Dirás que el asesinato de Diego fue una terrible experiencia para una muchacha de tan solo dieciocho años.

Lo fue. Pero, como si la existencia quisiera hacerse perdonar la muerte del primer amor, tú me fuiste enviado para hacer mi vida plena, radiante, apasionada...

Abriste para mí la ventana a un mundo que me era desconocido. Poblaste mi existencia de mares infinitos, paisajes prodigiosos y personajes irrepetibles. Cierro los ojos y veo nuestra llegada a Nápoles en un atardecer mágico.

«Nel imbrunir del giorno», y a Palermo en una amanecida mítica.

Siento aún el calor de tu abrazo y la dulzura de tus labios en los míos. Fue la época de una pasión invencible, a la que yo deseaba entregarme.

Cuando creíamos que ya habíamos visto tanto mundo, aceptaste mi ilusión de viajar a las Indias. Me faltaba conocer el océano y la infinidad de su horizonte. El viaje a través del Atlántico significó mi pacto de amor con la mar. Siempre lo mantuve.

Y arribamos a Nueva España. Me deslumbró. Nunca hubiera podido imaginar el profundo amor hacia México, que en ambos nacería. Y así iniciamos el período de construcción.

Formamos una familia, que nos enorgullecía a los dos, y creamos una Hacienda, la hacienda Las Moreras, donde la existencia discurría activa, pero en paz, con pan y libertad para todos sus habitantes.

Juntos hemos estado durante muchos años. Hemos crecido juntos. Hemos amado al unísono.

Mas tu generosidad te llevó al exceso, y esa horrible enfermedad, el tifus, te arrebató de mi lado.

Hubiera querido partir contigo, pero aquí me hallo desolada y triste.

Dios te ha llevado junto a Él, dejándome abandonada y huérfana de ti, pero no sola, ya que me acompañan los dos hijos que tú me diste. Mis dos alhajas.

Y nuestros nietos, que despiertan en mí ese sentimiento que necesito tanto como el aire: la ternura.

Pero... ¡me faltas! Me faltas de tal manera, que cuando recuerdo cómo era mi vida a tu lado, el corazón da un vuelco y la nostalgia me corta la respiración.

Sé que te encontraré allá donde tú estás.

Sé que me aguardas.

Sé que me ansias.

Sé que mi anhelo es el tuyo.

Sé que nuestro reencuentro se acerca.

Sé que...

Espero con impaciencia volar a la casa del Padre, correr a tu encuentro.

Él nos unirá entonces como lo hizo en la tierra.

Y no hemos de separarnos por toda la eternidad.

Tuya siempre,

MICAELA.

Dramatis personae

Personajes históricos

Ana de CASTILLA, esposa del virrey Velasco.

Andrea DORIA (1466-1560), almirante genovés al servicio, primero, de Francisco I, rey de Francia, y luego, de Carlos v.

Andrés de URDANETA (1508-1568), navegante, capitán y descubridor de la ruta del Tornaviaje.

Andrés OLMOS, fray, autor de éxito de autos sacramentales de la época, entre ellos *El Juicio Final*, descrito en la novela.

Antonio de MENDOZA (1490-1552), primer virrey de Nueva España, de 1535 a 1550.

Antonio RODRÍGUEZ DE QUESADA, primer rector de la Universidad de México.

BARBARROJA, Kareidín o Jeiredín, y su hermano Aruj, piratas que asolaron el Mediterráneo.

Bernal DÍAZ DEL CASTILLO, conquistador y autor de *Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España*, acabada en 1568; la primera copia manuscrita llegó a España en 1575.

Bernardino de SAHAGÚN (1499-1590), fray, etnólogo de la vida cotidiana indígena, autor de *Historia de las Cosas de Nueva España*.

Carlos v (1500-1558), emperador, hijo de Juana I y Felipe el Hermoso.

Diego de IBARRA (Éibar, 1520-1576), descubridor de las minas y fundador de la ciudad de Zacatecas.

Felipe II (1527-1598), rey de España, Indias, Filipinas y las Molucas; rey de Nápoles, Sicilia y Cerdeña; señor de Milán, de los Países Bajos y el Franco Condado, rey de Portugal.

Francisco CERVANTES DE SALAZAR (1514-1574, 1575), autor de *Crónica de Nueva España* y rector de la Universidad de México.

Francisco de IBARRA (Éibar, 1539-1575), conquistador y colonizador de Michoacán, explorador de Durango y Chihuahua.

Francisco y Luis de VELASCO, hijos de Luis y Ana.

Francis DRAKE (1539-1596), corsario y navegante inglés.

Gastón de PERALTA, marqués de Falces (1510-1580), tercer virrey de Nueva España, de 1566 a 1568.

Hernán CORTÉS (1485-1547), conquistador de México, primer marqués del Valle de la Oaxaca.

Isabel de VALOIS (1546-1568), tercera esposa de Felipe II.

Isabel MOCTEZUMA (1510-1550, 1551), hija del emperador Moctezuma.

John HAWKINS (1532-1595), pirata, negrero y contrabandista inglés.

Juan CANO, gobernador de Tacuba y esposo de Isabel Moctezuma.

Juan de ZUMÁRRAGA (1475-1548), fray, franciscano, primer obispo de México.

Juana de ZÚÑIGA (1510-1579), segunda esposa de Cortés, con quien tuvo cinco hijos, Martín, María, Catalina, Juana y Luis.

LA MALINCHE (?-1527), *Malitzin*, doña Marina, intérprete de Cortés en náhuatl y maya, hija del cacique noble de Painala.

Luis CORTÉS, hijo de Hernán y Juana de Zúñiga.

Luis de VELASCO (1511-1564), segundo virrey de Nueva España de 1550 a 1564.

María Manuela de PORTUGAL (1527-1545), primera esposa de Felipe II, princesa de Asturias e infanta de Portugal.

María TUDOR (1516-1558), reina de Inglaterra y segunda esposa de Felipe II.

Martín CORTÉS (1532-1589), segundo marqués del Valle de la Oaxaca, e hijo de Hernán y Juana.

Martín CORTÉS *El Mestizo*, hijo de Hernán y *La Malinche*.

Martín de la CRUZ, botánico de Nueva España en el siglo XVI.

Martín ENRÍQUEZ DE ALMANSA (1510-1583), cuarto virrey de Nueva España, de 1568 a 1580.

Melchor LEGAZPI GARCÉS, hijo de Miguel López de Legazpi.

Melchor LÓPEZ DE LEGAZPI, hermano de Miguel López de Legazpi.

Miguel LÓPEZ DE LEGAZPI (1510-1572), escribano mayor, alcalde mayor de México y capitán general de Filipinas, fundador, en 1571, de la ciudad de Manila.

Moctezuma II (1466-1520), emperador azteca.

PAPATZIN, princesa azteca, hermana de Moctezuma.

Toribio de BENAVENTE, *Motolinia* (149?-1565), fray, franciscano, defensor de los indígenas, escribe *Historia de los indios de Nueva España*.

Personajes de ficción

Damián VALLESTEROS, diamantista y hermano de Micaela.

Diego CANO, marido de Estrellatzin.

Estrellatzin, Citlati, hija de la princesa Papatzin.

Fermín DE BUITRAGO, vicecapitán y caballero de capa y espada.

Gaspar REVUELTA, encomendero y propietario de minas.

Inés, mujer de Lagartija Verde.

Íñigo DE VIDAURRE, capitán de Infantería de Marina, y esposo de Micaela.

Isabel, mujer de Gaspar Revuelta.

Juana, esposa de Fermín el Buitrago.

Juanelo, leal servidor de los Vidaurre.

Juan VALLESTEROS, diamantista y padre de Micaela.

Lagartija Verde, Xochitonal, mayordomo de los Vidaurre.

Luz, hija de Gaspar Revuelta e Isabel.

Micaela VALLESTEROS, la diamantista.

Pascual y Mónica, matrimonio de encomenderos.

Rafael BERNÁLDEZ, hijo de Rodrigo y Rosario.

Rodrigo BERNÁLDEZ, amigo de los Vidaurre, médico y botánico.

Rosario, hija de Moctezuma y esposa de Rodrigo.

Teresa y Diego de Vidaurre, hijos de Micaela e Íñigo.

Tlacuilo, «el que escribe pintando», orfebre del taller de Micaela.

Breve diccionario

Abarloarse: pegarse al costado de la nave.

Abarrotes: lugar donde se venden artículos para el abasto.

Alarife: maestro de obras.

Alcaide: jefe de fortaleza militar. Su misión consistía en defender la fortaleza y proveer de armas y hombres para su defensa.

Alcalde mayor de Indias, o corregidor de Indias: jefe político, administrativo y juez. Tenía mando sobre los alcaldes ordinarios. Su ayudante era un asesor letrado de capa y espada.

Almilla: jubón interior.

Almojábanas: empanadas rellenas de queso fresco.

Almojarifazgo: derechos de aduanas a pagar al salir de España y al entrar en las Indias.

A mujeriegas: cabalgar a la amazona.

Arbolarse: elevarse mucho las olas de la mar.

Arrecido: entumecido.

Arrería: impuesto sobre los productos de importación y de exportación.

Atabal: tamboril.

A trompa y talego: a bombo y platillo.

Aviadores: aquellos que abastecían de crédito y mercancías a los mineros.

Azacán: aguador.

Azafate: bandeja.

Bajel: en el siglo XVI (sinónimo de nave).

Ballestilla: instrumento para observar las alturas de los astros.

Balso: lazo en forma de asiento, en el que bajaban al Popocatépetl para recoger azufre.

Balzo: tocado en forma redonda del siglo XVI.

Barlovento: la parte por dónde viene el viento.

Beneméritos: hijos, legítimos o bastardos, de los españoles de la Conquista, que tenían derecho a cargos en la administración de Nueva España.

Bocací: lienzo teñido.

Borceguí: calzado hasta el tobillo, que se ajusta con cordones.

Bricbarca: barco de tres palos y velas cuadradas.

Caballería: correspondía a cuarenta y tres hectáreas.

Calabazate: dulce de calabaza.

Cazar: tirar para sí de un cabo cualquiera.

Chaparejos: zahones, usados para protegerse de las abundantes matas espinosas.

Chirimía: instrumento musical cuyo origen se remonta al siglo XII, y que los españoles llevan a Hispanoamérica a final del siglo XV.

Cimarrón: esclavo que había obtenido la libertad.

Coleto: chaleco de cuero.

Color baza: cobrizo.

Condottiero: mercenario al servicio de un monarca o de una ciudad.

Culebrina: cañón de la época.

Derrota: rumbo que toma un barco para dirigirse de un puerto a otro.

Desarbolar: romper a un buque los palos en combate.

Doctrineros: aquellos que enseñaban la doctrina.

Empavesada: defensa que la tropa hacía con los escudos para cubrirse.

Encabalgar: montar la lombarda sobre un madero llamado «encabalgadura».

Enconchados: pinturas con inclusiones de nácar pintado, muy populares en la época.

Escofieta: tocado de la época.

Estar alacanzado: necesitado de dinero.

Estrado: salón en el segundo piso del palacio virreinal, donde recibía la virreina tanto a damas como a personajes importantes.

Estribor: costado derecho del barco.

Fardaje: impedimenta.

Filibustero: pirata que se dedicaba a la captura de barcos.

Fisga: arpón.

Flámula: gallardete corto y ancho.

Galeón: el mayor buque de vela, con alcázar y castillo altos y popa plana.

Galeoncete: galeón pequeño de unas trescientas toneladas.

Governalle: timón.

Greguescos: calzones anchos y muchas veces acuchillados.

Guerra galana: cañoneo.

Guindar: subir las velas.

Guindola: silla hecha de dos tablas y lona, que, afirmada en una driza, sirve para izar marineros caídos o para labores de mantenimiento.

Hallar el punto: marcar el rumbo.

Juicio de residencia: procedimiento del derecho castellano e indiano, por el que, al término de su mandato, al funcionario público se le revisaba su actuación y se escuchaban todos los cargos en su contra.

Latinidad: letras, gramática y latín.

Lengua: traductor en el siglo XVI.

Literatura de cordel: llamada así porque eran hojas sueltas atadas por un cordel.

Lombardas: cañón de la época.

Lumbre del agua: línea del agua en el barco.

Luminiscencia: fenómeno marino provocado por nudibranquios, medusas o anélidos.

Maestre de campo: segunda autoridad en un galeón.

Mujeres enamoradas: mujeres entretenidas.

Navíos empavesados: navíos engalanados con fajas de paño coloreadas.

Orzar: hacer girar el buque.

Paños: compartimentos en el navío para guardar provisiones y munición.

Patache: nave de menor calado y tonelaje, pequeño buque de dos palos.

Pavana: baile para el que existen dos teorías: una dice que es americano y que Cortés lo trajo a España. La otra afirma que es baile español que fue llevado a las Indias por los españoles en el siglo XVI.

Picudo: pez propio del Pacífico.

Piteo: meteoro de fuego que aparece en el cielo en forma de tinaja.

Planisferios: representación de los dos hemisferios del globo terrestre sobre una superficie plana.

Portañola: puerta que se abre para sacar el cañón.

Real: campamento en el siglo XVI.

Regidor: consejero municipal.

Salvar: dos veces al día, al amanecer y al anochecer, se reunían las naves.

Sotavento: parte opuesta de donde viene el viento.

Su gracia: su nombre.

Tajamar: tablón grueso que sirve para hender o dividir el agua cuando el buque se pone en marcha.

Tres estados: equivalían a dieciocho pies.

Trompas de Florida: flauta de la época originaria de La Florida, que llevaba colgando unos discos de metal que producían un sonido tintineante.

Urca: nave de menor calado y tonelaje.

Valona: cuello grande en tejido sutil, que cubría el escote.

Verdugado: saya acampanada del siglo XVI.

Zabra: nave de menor calado y tonelaje.

Zaragüelles: calzón interior ancho y con pliegues.

Zorrera: dicese del buque o embarcación pesada.

Diccionario náhuatl

Ahuehuete: árbol de gran porte, que muestra sus raíces a flor del suelo.

Ahuejote: árbol de la familia del sauce.

Anahuac: «Entre las Aguas», imperio conocido hasta la llegada de Cortés, meseta y valle de México.

Atamalqualitzi: fiesta de la Caza de Fieras, que se representaba cada ocho años.

Calpixque: mayordomo.

Calpulli: Barrio.

Cenote: estanque cubierto o abierto, donde realizaban sacrificios de animales o humanos.

Centzon Totochtin o Totochtan: cuatrocientos conejos.

Copal: árbol mexicano que produce una resina que se quemaba para perfumar templos y palacios.

Chinampa: Huerta.

Copilli: corona real azteca que unía lo terrestre con lo celeste.

Guajolote: pavo silvestre.

Huarachas o guarachas: sandalias.

Huehuetl: tambor.

Huipil: túnica que usaban las mujeres aztecas.

Huitlacoche: hongo del maíz.

Ichcahuipillis: cotas acolchadas de algodón o fibra de maguey.

Macehuales: esclavos liberados por las Leyes Nuevas y que el gobierno deseaba asentar en la tierra.

Maguey: planta de la que los aztecas sacaban espinas para los sacrificios.

Maxtlal: prenda de vestir hecha en algodón blanco.

Niachi: bebida hecha con sangre de animal recién cazado. Sarape: prenda de vestir masculina del campesino en México.

Taclahuilomes: fantasmas que presagian la peste y el hambre. Tamil: manto de paño.

Teocalli: Templo.

Teometl: pulque.

Teponaztli: tambor.

Tepuzquez: cañón.

Terrazgueros: indios adscritos a la tierra.

Tiangui: mercado.

Tlaloque: ayudante del dios Tlaloc, encargado de repartir el agua por la tierra.

Tlatoani: autoridad con funciones tanto militares como religiosas.

Tomín: moneda en curso en Nueva España, siglo XVI.

Tonalpouhque: curandero, hechicero.

Totolichi: juego de bolos.

Tzitzimites: duendes maléficos que se apoderaban de las personas en fin de año.

Xalisco: Jalisco, «en la superficie de arena».

Xiuhquilitl: «hierba azul» que crece en Tierra Caliente, tono de azul también conocido en México como azul maya.

Xiuhuitzolli: diadema de plumas, símbolo de la realeza azteca.

Zacate: fibra vegetal con la que se realizaban chozas.

Zopilote: buitre negro americano.

Deidades aztecas y mayas

Chac Mool: Gran Jaguar Rojo.

Chalchiuhtlicue: diosa del agua.

Coatlícue: dios de las tierras de Poniente.

Ehecatl: dios maya del viento y las tempestades.

Huitzilipochtli: dios azteca de la guerra y los sacrificios humanos.

Ixchel: diosa maya del amor y de la fertilidad.

Kukulkán: Serpiente de Plumas, dios maya del viento y el agua.

Mictlantecuhtl: dios de los muertos.

Quetzalcóatl: Serpiente Emplumada, dios azteca del viento.

Tlacútetl: diosa azteca del amor carnal.

Tlaloc: dios azteca de la lluvia.

Tecolotl: pájaro que anuncia la muerte.

Tonatiuh: el sol.

Xiuhtecútl: dios azteca del fuego. Simboliza el sur.

Zacatlónzi: dios azteca del viaje, protector del camino.



Pilar de Arístegui: nace en Bruselas y cursa estudios en Madrid, París y Londres. Como hija, hermana, esposa y madre de diplomáticos, ha residido en países tan dispares como Filipinas, Perú, Suecia o Kenia. Tiene una visión del mundo abierta y plural. Pero no oculta su debilidad por la cultura y las gentes de la América Latina.

Presenta su primera exposición en Madrid en la galería «El David» en diciembre de 1975. Pintar le mantiene la curiosidad, y su fuente de inspiración es el mundo que le rodea, que está en continuo cambio debido a sus vivencias y viajes en varios países de distintos continentes. Pinta como cronista, narrando historias, captando la realidad y contribuyendo al intercambio cultural.

En 1983 establece su residencia en Washington, donde prepara su cuarta exposición, «*Spain is a Festival*», que tiene como tema las fiestas populares españolas, y que tendrá lugar en Nueva York en 1984. En 1991 ingresa en la Academia de las Artes de San Antón. Entre sus numerosos trabajos: ilustra libros (*Diario de Colón*; *El Arpa en América, España y Filipinas*, de María Rosa Calvo-Manzano; *Trilogía del Cosmos* de Ken Wilber; *Hacedores de Europa, Hacedores de América, El Arpa en la Biblia...*); realiza exposiciones y eventos (Los Viajes de Colón, II Cumbre de Jefes de Estado Iberoamericanos...).

En abril de 2004, publica su primer libro, *Il Palazzo di Spagna, l'Ambasciata Piú Antica del Mondo*. En 2005, es elegida Académica de Bellas Artes de Cádiz y en noviembre de 2006, ingresa en la Real Academia.

En junio de 2008, publica su primera novela histórica sobre una orfebre toledana en el siglo XVI; *La Diamantista de la Emperatriz*, y en 2010 su segunda novela histórica, *La Roldana*, trata de un personaje real del siglo XVII

.

Notas

[1] Ramón Menéndez Pidal, El padre Las Casas: su doble personalidad, cap. IV, p. 190. <<

[2] Hijos, legítimos o bastardos, de los españoles de la Conquista, que tenían derecho a cargos en la administración de Nueva España. <<

[3] Algunos historiadores dan la fecha del 13 y otros la del 15, como día de reunión de la flota. <<

[4] Roger Crowley, *Empires of the Sea*, Nueva York, Random House, 2009.
<<

[5] *La diamantista de la emperatriz*, p. 262. <<

[6] Janire Ramila, *Las conquistadoras del Nuevo Mundo*, Clio, 2012. <<

[7] Tata Vasco, «Padre Vasco», era así llamado por los indios debido a su dedicación y amor hacia ellos. <<

[8] Juan Ginés de Sepúlveda, «*Crónica de las Azañas de los Españoles en el Nuevo Mundo y en México*». <<

[9] Hoy Guadalajara. <<

[10] *Juicio de residencia*, procedimiento del derecho castellano e indiano, por el que, a término de su mandato, al funcionario público se le revisaba su actuación y se escuchaban todos los cargos en contra. <<

[11] *Alcalde mayor de Indias*, o corregidor de Indias: jefe político, administrativo y juez. <<

[12] Frase que Cortés dirige a sus compañeros cuando les convence de la necesidad de conquistar Tenochtitlán, capital del imperio azteca. <<

[13] «*Se puede vencer, pero no avasallar*», proverbio italiano. <<

[14] Casa de Andrés de Urdaneta. <<

[15] La Infantería de Marina Española es la más antigua del mundo. En 1537 Carlos I ordenó crear unidades de arcabuceros para la Real Armada. <<

[16] 1508 d. C. <<

[17] 1516 d. C. <<

[18] 1510 d. C. <<

[19] José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México D. F, Universidad Nacional de México, 1991, p. 36-37. <<

[20] 1519 d. C. <<

[21] Alberto Baena, *Mujeres novohispanas e identidad criolla*, cap. 1, p. 46. Madrid, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, 2009. <<

[22] En la época de Moctezuma, la ciudad de México contaba con cerca de doscientos mil habitantes. <<

[23] La primera imprenta en México data de 1535. <<

[24] «Latinidad»: letras, gramática y latín. <<

[25] El convento de Tiripitio, uno de los más importantes de Michoacán, fue totalmente destruido en el incendio de 1640. <<

[26] Hoy Palacio Nacional. <<

[27] Otra de las teorías del origen de la pavana es, baile de Indias que fue adaptado por los españoles y llevado a España. <<

[28] Palabras textuales del virrey Velasco. Diccionario de la Historia de España, tomo 3, p. 921. <<

[29] Quetzalcóatl, Moctezuma cree que Cortés es la encarnación de ese dios y que vuelve a posesionarse del Anahuac, como presagiaban sus profecías. <<

[30] Hay una teoría que sitúa a la antigua hacienda de Las Moreras, donde está la actual hacienda de Los Morales, en lo que hoy es Ciudad de México. <<

[31] «Almiar», pajar. <<

[32] «Perderse en bachillerías», dejarse de tonterías. <<

[33] Hoy, San Miguel Allende. <<

[34] *El albarradón de Nezahualcóyotl*, que medía dieciséis kilómetros de longitud y quince metros de ancho, fue construido en tiempos de Moctezuma por consejo de Nezahualcóyotl, rey de Tezcuco, y evitó las severas inundaciones que Tenochtitlán había padecido hasta entonces. <<

[35] *Diccionario de Historia de España*, Tomo 1, p. 695, Madrid, *Revista de Occidente*, 1968. <<

[36] Si el padre español reconocía al hijo natural, este pasaba a tener ciertos derechos. <<

[37] «La Catedral de México ha resistido sin hundirse, inclinarse ni formar grietas profundas». Jorge Bernales Ballesteros, *Historia del Arte Hispanoamericano*, Madrid, Alhambra, 1978, cap. III. «El virreinato de Nueva España», p. 55. <<

[38] Zama, la actual Tulum. <<

[39] Ese colibrí de las selvas mexicanas recorre miles de kilómetros para llegar hasta Minnesota, guiándose por el movimiento de las estrellas y el campo magnético de la Tierra. <<

[40] Esta cancha, la mayor de las trece que cuenta Chichén Itzá, mide 166 metros de largo por 68 de ancho. <<

[41] «A cencerros tapados», a hurtadillas. <<

[42] «El reino que no tiene ventanas», el más allá. <<

[43] «Pregón del virrey Velasco», Alberto Baena Zapatero, Mujeres novohispanas e identidad criolla (siglos XVI y XVII), Madrid, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, 2009. <<

[44] «Relación de Felipe II», Mujeres novohispanas (siglos XVI y XVII), cap. 3.2
, p. 218. <<

[45] «Galeón», el mayor buque de vela, con alcázar y castillo altos y popa plana. <<

[46] «Galeoncete», galeón pequeño de unas trescientas toneladas. «Patache», pequeño buque de dos palos. <<

[47] «Pipas», contenedores de agua potable. <<

[48] «Enconchados», pinturas con inclusiones de nácar pintado, muy populares en la época. <<

[49] «Color baza», piel cobriza. <<

[50] «Almojábanas», empanadas rellenas de queso fresco. <<

[51] Las chinampas de Xochimilco son Patrimonio de la Humanidad desde 1987. <<

[52] «Ahuejote», árbol de la familia del sauce. <<

[53] «Xalisco», palabra náhuatl que significa «en la superficie de arena». <<

[54] Soldados. <<

[55] Marineros. <<

[56] Tipo de cañón de la época. <<

[57] Tipo de cañón del siglo XVI. <<

[58] Cotas de algodón o fibra de maguey, acolchadas y con tiras de cuero usadas por los guerreros aztecas. <<

[59] Protecciones de las piernas. <<

[60] «Terral», viento que procede de la tierra producido por la frescura de esta en las noches, madrugadas o primeras horas de la mañana. <<

[61] «Guindar, izar». <<

[62] «Hallar el punto», marcar el rumbo. <<

[63] Manuel Orozco, Noticia histórica de la conjuración del marqués del Valle, pp. 38 y 39, México, Editorial del Universal, 1853; Alberto Baena, Mujeres novohispanas, siglos XVI y XVII, cap. 2.3, p. 172, Madrid, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, 2009. <<

[64] Hoy islas Marshall. <<

[65] Hoy Guam. <<

[66] San Sebastián, ahora llamada Concordia. <<

[67] Hoy Limasagua. <<

[68] Leoncio Cabrero, Andrés de Urdaneta, p. 113. <<

[69] El verde es color del islam, y en aquel lugar y tiempo, los musulmanes que habían sido expulsados de la India y recalado en el archipiélago fraternizaban y llevaban a cabo un proselitismo activo. <<

[70] La puerta que se levanta para el servicio de artillería. <<

[71] Campamento en el siglo XVI. <<

[72] Habitante de Cebú, Leyte o Samar. <<

[73] «Sangleyes», comerciantes chinos. <<

[74] «Bejuquillo», cadena de oro, traída de la China, muy de moda entre las damas novohispanas tras el Tornaviaje. <<

[75] Hoy puerto de Cebú. <<

[76] El galeón de Manila, o galeón de Acapulco, es decir, naves españolas, siguieron esta ruta durante doscientos cincuenta años, completando, en cada viaje, veinticinco mil kilómetros, y uniendo tres continentes. <<

[77] «California», nombre imaginario proveniente de la novela *Las Sergas de Esplandián*, publicada por Rodríguez de Montalvo en 1510. <<

[78] Melchor de Legazpi, hijo de don Miguel. <<

[79] Esta custodia, de origen desconocido, se encuentra hoy en la Galería Interdisciplinar Regional de Palermo, Sicilia. <<

[80] *Grace of God*, Don de Dios. <<

[81] Alberto M.^a Carreño, Efemérides de la Real y Pontificia Universidad de México, p. 38. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.
<<

[82] «Jenízaros», infantería otomana y guardia pretoriana del sultán. <<

[83] Joan-Lluís Palos, «La espada del Imperio Español», Historia y Vida, n.º 544, p. 33. <<

[84] Miguel de Legazpi falleció el 20 de agosto de 1572. <<

[85] Carta del cronista Díaz del Castillo al rey Felipe II. <<

[86] Versión y extracto de la carta de Lope de Aguirre a Felipe II, 1560. <<

[87] Moneda de uso en esos reinos. <<

[127] «Pedar», pagar impuestos. <<

[128] «Penas de Cámara», pagos al Fisco Real por delitos de cierta gravedad.
<<

Notas históricas

[89] «Fue cosa muy de ver, porque los de un pueblo venían todos juntos por su camino con toda su gente, cargada de los materiales que eran menester, para hacer luego sus casas de paja. Hay indios *herrerros y tejedores, y canteros, y carpinteros, y entalladores...* También hacen guantes y calzas de aguja de seda, y bonetillos y también son bordadores razonables... Hacen también flautas muy buenas».

Fray Toribio de Benavente, *Motolinia, Historia de los indios de la Nueva España*, Tratado 3, cap. 13. <<

[90] Unos años atrás, en 1530, recién acabada la Conquista, la ciudad de México contaba con el primer centro de instrucción interracial, al que asistían niños criollos y los hijos de los caciques. Cuatro años más tarde, por iniciativa del obispo Zumárraga, y respaldada la idea por la bella emperatriz Isabel, hicieron venir a ocho franciscanas terciarias, para iniciar un Recogimiento de Niñas Indias, con el fin de dar un hogar a las muchachas desprotegidas y sin familia.

Y en 1538, en la conflictiva Michoacán, los agustinos fundaban la Casa de Estudios Mayores, donde los jóvenes podían estudiar Artes y Oficios. En los cuarenta, se había fundado el primer monasterio de mujeres, el monasterio de la Concepción. La protección del obispo de México a toda iniciativa destinada a mejorar las condiciones de vida de criollos y naturales le había llevado a respaldar la fundación de la primera Casa Cuna de Nueva España. <<

[91] De ello cuidaban con celo el antiguo profesor de don Felipe, Juan Martínez Silíceo, obispo de Cartagena, el duque de Medina Sidonia y el embajador español en Portugal, Luis Sarmiento de Mendoza. <<

[92] Esta aldea gozaba de escuela para chicos, donde se formaban como agricultores, y otra para niñas, donde se aplicaban en el arte de hilar y tejer. Vasco de Quiroga, *Tata Vasco*, había organizado la comunidad indiana de doscientas familias, en unas tierras comunitarias, y les instaba a «asistirse los unos a los otros, como cristianos a las derechas».

En esas granjas se enseñaba también a utilizar el agua, construyendo molinos, y se les iniciaba en la ganadería. No descuidaban los buenos clérigos la salud de sus protegidos, y así fundaron varios hospitales, Zumárraga el Hospital del Amor de Dios (hoy Academia de San Carlos), en México, y Vasco de Quiroga, el de Santa Fe.

Estas iniciativas eran respaldadas por el virrey, a quien preocupaba la creciente marea de gentes ociosas. Él opinaba, como Pedro de Gante y Vasco de Quiroga, que las gentes necesitaban doctrina, pero también mejorar su vida.

Tras leer esta admirable labor de buenos cristianos, comprendí que la utopía de Erasmo anidaba en sus corazones, a pesar de que las obras de este habían ya sido prohibidas. <<

[93] Los indígenas aprendían ante todo a leer, ya que gozaba la institución de una completa biblioteca, así como latín, retórica, música y pintura, para la que mostraban los indios interés y talento natural.

Al estar la pintura muy cerca de los signos y jeroglíficos aztecas, aprovechaban los frailes esa familiaridad para evangelizarlos en la doctrina cristiana. Usaban también el teatro como forma de acercamiento y, siendo los indígenas aficionados a la magia y el mito, adoraban los autos sacramentales, a los que asistían con devoción, admirando las mil maravillas que en estos se representaban y creyendo todo a pies juntillas.

Se les enseñaba también aquellos oficios permitidos a los indios, con los que pudieran desenvolverse en el mundo que comenzaba. <<

[94] Fueron pregonadas las Leyes Nuevas unos meses más tarde, en marzo de 1544. En un ambiente amenazador, Juan de Zumárraga, obispo muy respetado en aquellas tierras, calmó con sus palabras a los amotinados. A esto había que añadir los iniciales encontronazos del visitador con el virrey, que socavaban la autoridad de ambos en un momento en el que hubieran debido mostrar un entendimiento sin fisuras. <<

[95] «¡Ay, qué sufrimiento! La corona no desea respetar mis derechos. ¡Yo que he trabajado tanto estas tierras! ¿No podría vuestra reverencia apoyarme en mi demanda?».

Documento escrito por la viuda al virrey reclamando su ayuda. <<

[96] «Como los conquistadores tienen a vuestra señoría tan apasionado contra ellos, entienden que lo que procura por los naturales no es tanto por el amor de los indios, cuanto por el aborrecimiento de los españoles».

Ramón Menéndez Pidal, *El padre Las Casas: su doble personalidad*, cap. IV, p. 192. <<

[97] «Deseando que las dos naciones, española e india, sean amasadas para que vivan y se perpetúen, pues ellas son hueso y carne, necesitados de un espíritu que dé vida a este compuesto, el cual tuvo Dios por bien de juntar».
«Este concepto antirracista, ya expuesto por Zumárraga, será expuesto con igual viveza por el Inca Garcilaso». Ramón Menéndez Pidal, *El Padre Las Casas: su doble personalidad*, cap. IV, p. 190. <<

[98] «Ni en la cámara de la emperatriz bienaventurada, vuestra madre, vi tantas tapicerías, camas y almohadones de sedas de Turquía. Y a dos desposorios que aquí se han hecho este año, me dicen que han concurrido a cada uno cuarenta o cincuenta mujeres que han llevado a cuestras atavíos que valen lo de cada una tres y cuatro mil pesos».

«Carta del obispo Zumárraga al príncipe Felipe», Alberto Baena, *Mujeres novohispanas*, cap. 3.1, p. 198. <<

[99] Era el inicio de una floreciente comarca, que daría trabajo tanto a españoles y criollos como a muchos indios.

Habían descubierto que, utilizando el mercurio, era mucho más fácil desprender la plata de la roca, y por tanto este producto se hizo indispensable. La crueldad extrema de los asaltos de chichimecas y guachichiles hubiera podido quebrar la férrea voluntad de los españoles, pero estos contaban con la inestimable ayuda de indios tarascos, mexicanos y otomíes, encarnizados enemigos de los chichimecas. <<

[100] Lope de Vega escribe esas frases años después de la muerte de Hernán Cortés, ya que el Fénix de los Ingenios nace en 1562, pero me he permitido la licencia de recordarlas en el momento del entierro de Cortés en 1548. <<

[101] «Es importante hacer justicia rectamente, pues es el ser de reyes juzgar con criterios puramente objetivos, y si acaso, guiado por la misericordia, de suerte que la una no borre la otra, pues de cualquiera de ellas que se usase demasadamente sería hacerla vicio y no virtud.

»Convendría que los más alejados virreyes y gobernadores fuesen personas de estricta confianza, que compartiesen nuestros ideales de religiosidad y justicia.

»La moderación, la templanza, la discreción, la afabilidad, y también la gravedad de las formas; todas virtudes necesarias en las tareas de gobierno... Pues más os ha hecho Dios para gobernar que para holgar».

Carta del emperador Carlos V a su hijo el príncipe Felipe. <<

[102] La actitud de Las Casas era una posición arbitraria, pues hablaba en general del maltrato dado a los nativos, olvidando de manera injusta que muchos en el gobierno, y los religiosos en sus colegios y misiones, se dedicaban sin descanso a la cristianización de los indios, alentados por las buenas intenciones y mejores obras. <<

[103] Unos años más tarde, los franciscanos fundaron en 1545 uno de sus conventos, el Convento Grande de San Francisco de Asís, que llevaría, según su costumbre, el ejemplo de vida cristiana a los «pueblos de indios». Entretanto, Fernando de Tapia había sido nombrado gobernador vitalicio, en un intento de coordinar la experiencia con el empuje de las armas. <<

[104] «A propósito de las aguas, es menester mejorar la traída de las mismas para luchar contra las inundaciones. Y habréis de plantar hierba en los alrededores de la capital, para abastecer el forraje de las bestias.

«Robusteced el crecimiento y población de Michoacán y Veracruz. Son, y lo serán más en el futuro, vitales para el buen andamiento del virreinato».

Memorándum del virrey Antonio de Mendoza al virrey Velasco, 1550.

«En esta Nueva España hay muchas doncellas, hijas de personas muy honradas. Es necesario que Vuestra Señoría tenga especial cuidado en favorecer en sus casamientos, porque esto importa mucho a la perpetuidad de la tierra. En todo lo que yo podía favorecer en sus casamientos, lo hacía, porque además de ver que así convenía, y era servicio de Dios Nuestro Señor, su majestad me lo tenía encargado; y para animar a que se casasen, las prometía y daba a algunas personas corregimientos y ayudas de coste, Será necesario que V.^a S.^a haga lo mismo.

»Cuidad de colegios y hospitales, ayudad en la construcción de monasterios y conventos que favorezcan la labor de evangelización.

»Mirad que los indios sean bien tratados, que no se vean oprimidos por tributos y trabajos excesivos, y atendedles en sus quejas.

»Sé que actuaréis con justicia y yo os estaré por siempre agradecido».

Memorándum del virrey Mendoza, a su sucesor, el virrey Velasco, 1550. <<

[105] El virrey Velasco emancipó durante su mandato a ciento cincuenta mil esclavos varones. <<

[106] En esa Real Cédula se precisaba:

I. Real Provisión a la Audiencia de México, mandando fundar un estudio con iguales privilegios que la de Salamanca, a excepción de jurisdicción y no pechar^[127] los graduados.

II. Dos Reales Cédulas de 1000 pesos de oro de minas, 500 pesos de la Real Hacienda, y otros 500 pesos de Penas de Cámara^[128].

Cédula Real del 21 de septiembre de 1551 <<

[107] Ese mismo día, el licenciado Morones empezó a leer decretales, y el canónigo Juan García, catedrático de Artes, inició su lectura de la *Lógica* de Soto. La gramática corrió a cargo de Blas de Soto. Miguel de Legazpi se matriculó en Cánones, dando así ejemplo a los ya maduros para que no dejaran el estudio, y el 12 de julio, Cervantes de Salazar se hizo cargo de la Retórica.

En los días siguientes, nuevas y prestigiosas personalidades se fueron incorporando al claustro universitario, pues el virrey y el rector, acompañados por los oidores, y a la vez licenciados, Francisco de Herrera y Antonio Mejía, determinaron convocar una importante reunión. En ella se decidió incorporar a fray Alonso de la Veracruz como maestro de Santa Teología, y al arcediano Juan Negrete, que ya había sido profesor en la Universidad de París, para que enseñara Artes. <<

[108] El Hospital de Jesús fue fundado por Cortés en 1524, en el lugar en el que mantuvo su primer encuentro con Moctezuma, y acogía a personas sin recursos. <<

[109] El virrey y uno de los oidores han de informarse de:

1. Tributos que se pagaban a Moctezuma, cuántos y cuáles y su valor en pesos.
2. Tributos anuales que los naturales pagaban a los caciques.
3. Personas que estaban exentas de tributar, aparte de labradores y macehuales, si se incluía a los mercaderes.
4. En qué época del año se recogían y quién era el encargado de cobrarlos.
5. Si eran tributos reales o personales.
6. Qué tributos pagaban los indios a sus caciques en estos años.
7. Cuáles eran los cacicazgos por herencia o por elección, y qué poder y jurisdicción tenían.
8. Qué tributos se impusieron a raíz de la Conquista.
9. Si las tasaciones se hicieron siguiendo normas prehispánicas o si fue cosa nueva y en mayor cantidad.
10. Si la tasación se hizo con la aprobación de los indígenas.
11. Si al hacer la tasación, se pensó en dejar a los indios lo suficiente para mantener a sus familias.
12. Si en el pago de los tributos a los españoles se incluían, en principio, los mercaderes y oficiales.

Justina Sarabia, *Don Luis de Velasco, virrey de Nueva España, 1550-1564*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, cap. VIII, p. 329. <<

[110] Asistieron numerosos prelados, como el virtuoso obispo de Michoacán, Vasco de Quiroga; y los obispos de Tlaxcala, fray Martín de Hoja; de Chiapas, don Juan de Zárate, y de Guatemala, don Francisco Marroquín. <<

[111] «Dios Nuestro Señor era muy ofendido y los hombres padecían muy cruelísimas muertes, y el demonio nuestro adversario era muy servido con las mayores idolatrías y homicidios más crueles que jamás fueron. Quisiera ver yo a Las Casas quince o veinte años perseverar en confesar cada día diez o doce indios enfermos, llagados, y otros tantos sanos, viejos que nunca se confesaron, y entender en otras cosas muchas, espirituales, tocantes a los indios.

»Este perturbador, turba y destruye acá la gobernación y la república; y en esto paran sus celos...

»La gracia del Espíritu Santo more siempre en el ánimas de V. M. Amén».

Carta de Motolinia al emperador, 2 de enero de 1555. <<

[112] «Con sorprendente humildad, Carlos v confesó sus errores y pidió perdón por sus faltas. El emperador lloraba y su hijo intentó besarle las manos, pero su padre, hablando entonces en español, procedió a darle la investidura de los Países Bajos.

»En ese instante, la reina de Hungría declaró que había intentado hacer todo el bien que había podido como gobernadora de Flandes, pero que ahora se retiraba con su hermano a Yuste. Rey de España, Castilla, Aragón, Navarra, Rosellón y Baleares, Nueva España y El Plata, Oceanía, Molucas... En África, Orán, Bugía y Túnez. Rey de Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Señor de Milán, los Países Bajos y el Franco Condado...». <<

[113] «Los moradores de esta Nueva España, entre los demás vasallos de su majestad, aunque están muy distantes de la persona real, tienen tanta fidelidad a su rey, como si cada uno de ellos fuese su particular criado».

«Pregón del virrey Velasco», Alberto Baena, *Mujeres novohispanas e identidad criolla (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Madrid 2009. <<

[114] «El rey: Devoto Padre Fray Andrés de Urdaneta, de la Orden de San Agustín:

»Yo he sido informado que vos siendo seglar fuisteis en la Armada de Loyasa y paseasteis al estrecho de Magallanes y la Especería donde estuvisteis ocho años a nuestro servicio. Y porque ahora nos hemos encargado a Don Luis de Velasco, nuestro virrey de esa Nueva España, que envíe dos navíos al descubrimiento de las islas del Poniente, hacia los Malucos, y les ordene los que han de hacer conforme a la instrucción que el le ha enviado; y porque según de mucha noticia que diz que tenéis de las cosas de aquella tierra y entender, como entendéis bien, la navegación della y ser buen cosmógrafo, sería de gran efecto que vos fuédes en dichos navíos, así para toca la dicha navegación como para servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro. Yo vos ruego y encargo que vais en dichos navíos y hagáis lo que por el dicho virrey os fuere ordenado...

»De Valladolid a 24 de Septiembre de 1559 años.

»Yo el rey».

Carta de Felipe II a fray Andrés de Urdaneta, 24 de septiembre de 1559.

Puede consultarse en:

https://es.wikipedia.org/wiki/Miguel_López_de_Legazpi. <<

[115] «El virrey don Luis de Velasco ha nombrado por general para esta jornada a Miguel López de Legazpi, natural de la provincia de Guipúzcoa e vecino desta ciudad donde ha seido casado, y al presente está viudo, e tiene hijos ya hombres e hijas casadas que tienen ya hijos, tiene otras hijas mujeres para podellas casar; es de edad de más de cincuenta años, es hijodalgo conocido, onrrado e virtuoso y de buenas costumbres y exemplo, de muy buen juicio e natural, cuerdo y reportado, e ombre que ha dado siempre buena quenta de las cosas que se le han encomendado del servicio de V. M. Espero en Dios que ha de ser muy aceptado en quél vaya por caudillo de la jornada». Carta de Andrés de Urdaneta a Felipe II, del 1 de enero de 1561. <<

[116] «... El muy ilustre señor Miguel López de Legazpi, gobernador y capitán general por su majestad de la gente y armada del descubrimiento de las islas de Poniente, por ante mí, Hernando Riquel, escribano de gobernación de las dichas islas de Poniente por su majestad, habiendo su señoría del dicho señor Gobernador saltado a tierra y hecho decir y celebrar misas a los religiosos de la orden del señor san Agustín, y hecha amistad con su principal de dicha isla llamado Sicatuna, y estando de pies en la dicha isla, dixo que en nombre de su Majestad Real tomaba e tomó e aprehendió la tenencia e posesión real desta dicha isla y de las demás a ellas sujetas y comarcanas...».

«Documento del escribano H. Riquel», Leoncio Cabrero, *Andrés de Urdaneta*, Madrid, *Quorum*, 1987. <<

[117] Quiso Urdaneta insistir sobre la importancia de la ruta recién hallada: «Hemos conseguido el intercambio comercial entre tres continentes. Cuando el galeón de Manila, cargado con los tesoros de China e India, arriba a Acapulco, ya está todo preparado para que se carguen las mercaderías en carretas y a lomos de mulas. Una vez entregadas aquellas que se destinan a México, el convoy seguirá camino hacia Veracruz, donde serán embarcadas con destino al puerto de Sevilla o el de Cádiz».

Versión libre de la carta de Melchor de Legazpi a la Real Audiencia de Nueva España. <<

[118] «Fray Andrés hizo una pausa y escrutó la expresión de los consejeros. Vi que comprendía que era el momento idóneo para hacer sus peticiones:

»—He de aconsejar a vuestras señorías, que se envíen con prontitud a las Filipinas unos seiscientos soldados con el necesario armamento.

«Asintieron los miembros del Consejo, y él prosiguió»:

»—Así mismo, creo de justicia conceder ayudas y mercedes a mis compañeros de travesía que tantas penalidades sufrieron en el servicio a la corona. Y pido fervientemente que toméis la decisión de mandar misioneros a aquellas tierras, para continuar la ingente labor de evangelización allí comenzada con buenos resultados.

»Puedo afirmar que, tras examinar las pruebas, apoyaron su declaración los mejores “estrelleros” del país, Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo mayor del reino; el maestro Pedro de Medina; Jerónimo de Cháves, y Sancho Gutiérrez, a quienes el Consejo de Indias había pedido opinión».

Versión libre de la carta de Melchor de Legazpi a la Real Audiencia de Nueva España. <<

[119] Los pesquisadores se llamaban Albornos y Carrillo. <<

[120] Bernal Díaz del Castillo, compañero de Cortés en la Conquista, escribe *Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España*, que acaba en 1568. La primera copia llega a España en 1575. <<

[121] Los restos de Cortés reposan, después de numerosos traslados, en la iglesia de Jesús Nazareno de México, junto al hospital del mismo nombre fundado por Hernán Cortés. <<

[122] En 1562 se había comprado a Martín Cortés el palacio de Casas Nuevas, para residencia del virrey. <<

[123] En 1568, Francisco de Ibarra seguía ampliando el mundo conocido con sus descubrimientos. Unos meses atrás había partido hacia el valle del Yaqui, en dirección norte, y cruzó la sierra hacia Casas Grandes. El visitador Valderrama, en su inspección al territorio, había puesto orden tanto en la Audiencia, oficiales reales y cabildos, realizando también una investigación de «toma de cuentas». <<

[124] La mina de Guanajuato, descubierta en 1554, progresaba en la extracción de la plata. Cada año mejoraba en calidad y en cantidad. Al construir la ciudad en las faldas de las montañas, las casas se elevaban a través de las estrechas calles y empinadas cuestas. Prometía convertirse en ciudad de importancia, pues, además de la plata, habían encontrado oro, cobre, cuarzo y ónix. <<

[125] «Dominicos y agustinos pueden atestiguar de su celo por la evangelización, y que esta fuera siempre realizada, con acendrado espíritu cristiano.

»Puedo afirmaros que su ejemplo me guiará en todas mis acciones, y que estoy cierto que sus hechos serán conocidos para orgullo de sus amigos y compatriotas».

Carta de Guido de Lavezares a la Real Audiencia, 1572. He tomado la licencia de dirigirla a su amigo el capitán de Vidaurre. <<

[126] «Por lo cual mandamos y expresamente prohibimos que de aquí en adelante ninguna persona en Nueva España, ni en parte alguna de Nuestras Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, so pena que la persona o personas que tuvieren los dichos coches o carrozas y usaren de ellos..., incurran en perdimiento de ellos y de las mulas o caballos que los guiaren, y que ninguna persona pueda pasar coche ni carroza».

Cédula Real del 24 de noviembre de 1577. <<